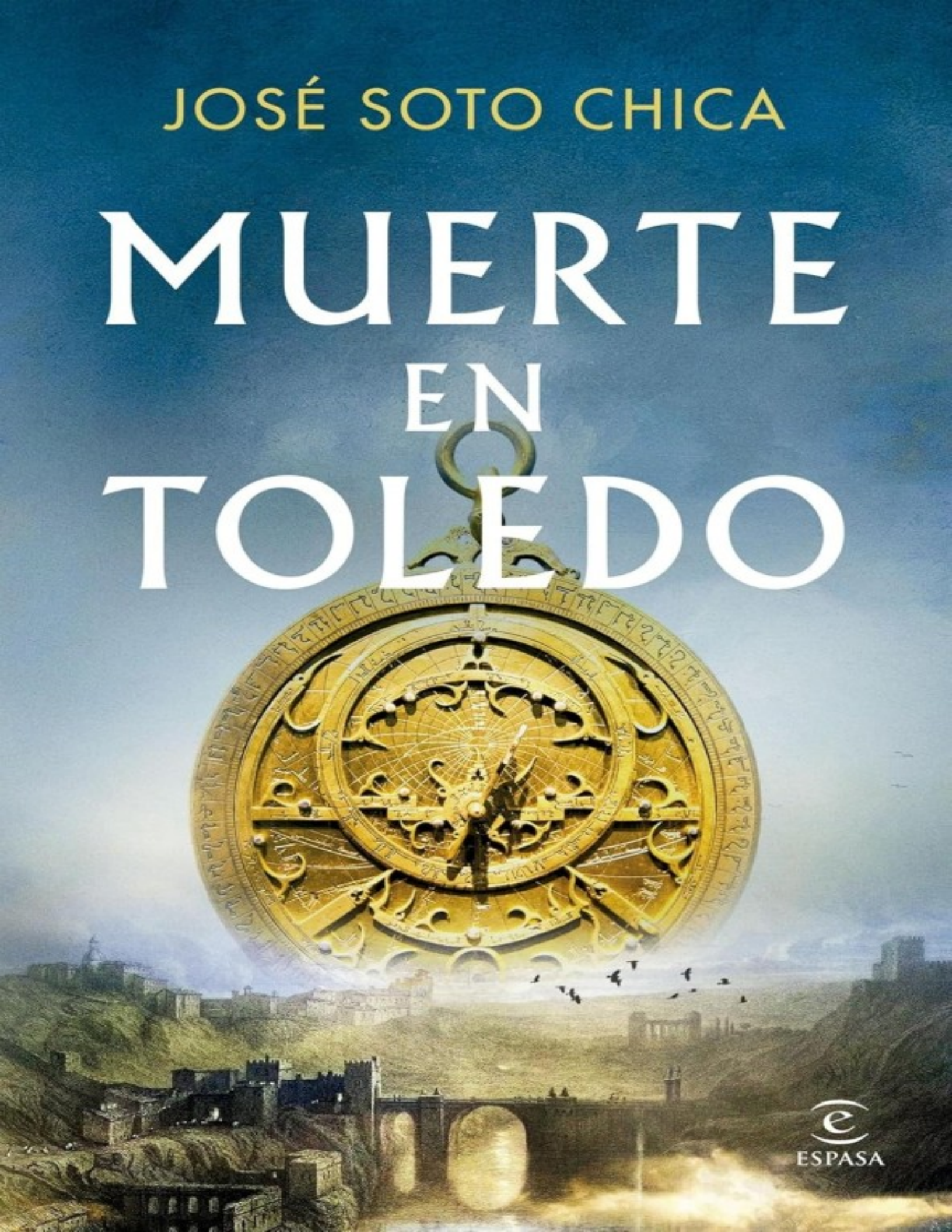
JOSÉ SOTO CHICA

MUERTE EN TOLEDO



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. TOLEDO, FEBRERO DE 1259

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

SEGUNDA PARTE. DE TOLEDO A ATENAS. MARZO-SEPTIEMBRE DE 1259

1
2

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

TERCERA PARTE. LO QUE VINO DESPUÉS

1
2
3
4

NOTA HISTÓRICA

AGRADECIMIENTOS

Notas

Créditos

MUERTE EN TOLEDO

JOSÉ SOTO CHICA

Para Irene: corazón grande, bravo y leal.
Porque a veces la vida te hace regalos y a mí me
regaló tu amistad:
hermandad profunda y sincera, gracias a la cual
hemos vivido juntos momentos muy difíciles y
también otros muy hermosos,
pero siempre sin soltarnos de la mano.

PRÓLOGO

Bagdad, 10 de febrero de 1258

El día en que Omar halló el libro fue el mismo en que murió, y con él lo hicieron un millón de personas. Amanece y sabe, porque lo siente muy adentro, que su último suspiro es inminente. Cien mil mongoles acampan frente a las murallas de Bagdad desde hace trece jornadas porque sus gigantescas máquinas de guerra chinas, los Pi Li-Pao, semejantes a grandes catapultas, y los *uochong*, largos tubos de bronce cargados con una demoniaca sustancia, la pólvora, derriban las torres y murallas con truenos, llamas y humo negro. Además, el kan de los bárbaros, Hulagu, nieto de Gengis Kan, ha jurado que sus guerreros no tendrán piedad alguna, pues ha consagrado la ciudad de los califas a la aniquilación.

Así debe ser, ya que hasta el cielo está enlutado, y no solo con las miríadas de flechas color azabache con las que de continuo lo entoldan los arqueros mongoles. Ahora también cubre todo un gris ominoso, hecho a base de las cenizas de los incontables incendios que, de continuo, provocan los proyectiles lanzados por los mongoles contra los tejados de palacios, mezquitas, bibliotecas y casas de Bagdad. El tronido, la flama y una acre oscuridad de densas nubes sofocan los gritos y las desgarradoras lamentaciones de los que sobreviven a su impacto.

Todo es muerte, llanto y tinieblas en la asediada Bagdad, y en ella, él, Omar al-Garnati, el joven llegado tres años atrás desde

Granada, camina como si lo hiciera dentro de un sueño o, mejor dicho, de una pesadilla en la que se revuelven y confunden los sollozos de las madres, los quejidos de los hombres y la infantil histeria de unos niños que presienten que nunca serán adultos. Y es que absolutamente todos los seres vivos de Bagdad conocen ya de sobra su destino: la muerte sin excepción.

Sin detenerse, sin atender súplicas ni advertencias, Omar cruza calles laberínticas atestadas de gentes aterrorizadas que corren sin saber a dónde, pasa junto a fuentes privadas de la risa de mujeres y niños y mercados huérfanos de mercaderes para, al final, detenerse ante una de las entradas que dan acceso a la Ciudad Redonda, la porción más gloriosa de Bagdad. Allí se alzan el gran palacio del califa, las treinta y seis bibliotecas que han hecho célebre a la capital del califato y las espléndidas mezquitas de cúpulas y bóvedas recubiertas de deslumbrantes azulejos en tonos cobalto, turquesa y esmeralda, las cuales hoy, con sus colores amortajados por el cielo preñado de cenizas, parecen un llanto cromático y desesperanzado.

Justo en ese momento, el proyectil redondo propulsado por uno de los maléficos ingenios chinos de los que se sirven los mongoles para destruir la ciudad se estrella contra la cúpula principal de la mezquita del califa al-Mansur, y provoca un ensordecedor estruendo y su parcial desmoronamiento. Omar, desquiciado, echa a correr envuelto por el humo negro y, en esa nube asfixiante, tropieza con otro hombre y lo derriba. Presa del pánico, no se detiene a auxiliarlo, sino que lo pisotea sin clemencia alguna y avanza sin freno hasta dejar atrás los gritos, la humareda y el polvo.

Ahora está en una pequeña plaza en la que una diminuta fuente presta sus aguas a un estanque. Un poco más allá, dos hombres cavan un agujero para enterrar de forma apresurada el cadáver de una anciana, quizá su madre, ajenos al caos que reina y en el que la

única consigna que parece cumplirse es la de huir. Pero no hay a dónde. Bagdad está rodeada: el río Tigris, que la atraviesa, está bloqueado; los canales que llevaban agua a las huertas y sembrados han sido destruidos, y sus aguas, antaño vivas, son ahora fango entreverado de cadáveres de hombres y ganado. Mientras, las aldeas que acogían a los campesinos que alimentaban a la gran urbe con el fruto de sus campos han sido reducidas a la condición de mataderos donde yacen docenas de miles de cuerpos insepultos... Por tanto, y por mucho que se quiera, no se puede huir.

Omar ni se lo ha planteado. Vino a Bagdad desde la tierra que los cristianos del más lejano poniente llaman Espanna[1] y lo hizo buscando sabiduría. El viaje fue largo, pero lo alentaba la visión gloriosa que le llenaba el corazón: la de alcanzar la ciudad de sus sueños, aquella en la que treinta y seis bibliotecas recogían el saber de los tiempos antiguos y modernos desparramado por infinitos anaqueles e incontables arcones repletos de manuscritos griegos, indios, siriacos, persas, coptos, árabes... Para alguien como Omar al-Garnati, un joven educado en reverenciar el saber, el hecho de estudiar en la más célebre biblioteca del mundo era lo más parecido al paraíso de cuanto podía hallar sobre la Tierra. Albergaba la Bayt al-Hikma o Casa de la Sabiduría, en la que se custodiaban, desde hacía cuatro siglos y medio, más de cuatrocientos mil volúmenes. Aquel edén estaba en Bagdad, aguardando a quien osara transitar sus misterios de tinta acunada en papel, pergamino y papiro, y Omar se había atrevido y lo había hecho con una pasión que rayaba la locura.

Tal vez por ello, porque en el fondo es un loco, en vez de tratar de huir, en lugar de mesarse la barba y los cabellos al tiempo que derrama lágrimas e invoca la protección de Dios, prefiere correr hasta las frescas y calmas salas de la Casa de la Sabiduría y esperar

allí su última y violenta hora en compañía de sus mejores amigos: los libros.

Ahora, al dejar atrás la arruinada mezquita de al-Mansur, deambula entre gentes que se saben condenadas y a las que ya no les merece la pena contar las horas que les quedan. De tanto en tanto, llegan hasta él los rugientes ecos del impacto sordo de algún proyectil lanzado por las máquinas de guerra chinas que manejan los mongoles o el aullido lejano de los bárbaros mientras, empujando arietes o torres de asedio móviles contra las defensas de la ciudad, tratan de romper, al fin, su postrer e inútil resistencia. De súbito, el unificado grito de la multitud se impone a todo: «¡Los mongoles han entrado en la ciudad!». Y el clamor, recogido, multiplicado, alzado hasta los cielos por cientos, por millares de voces desgarradas, empuja a Omar a correr más deprisa y, como puede, se infiltra entre los ciudadanos que ya anticipan el acero y la brutalidad de los conquistadores.

Al fin llega a su destino, a su ansiada tumba, y se detiene ante la fachada de ladrillo y azulejos vidriados de la gran biblioteca, la Casa de la Sabiduría. Omar se llena los ojos con aquella maravilla y, por un momento, se le pasa por la mente que los verdes, los azules y los amarillos de los ricos azulejos que adornan los magníficos edificios parecen dispuestos a desafiar la desesperanza. Mas no se deja engañar por esa ilusión, dado que también los colores perecerán en aquel día de juicio inexorable.

Como si estuviera en un estado febril, tambaleándose, sintiendo cómo el miedo y el ansia se apoderan de su espíritu por el temor a morir antes de recibir el adiós de lo que más venera, que son los libros, Omar penetra en el gran conjunto de edificios engarzados entre sí por patios y jardines de ensueño. Recorre salas atestadas de incontables volúmenes dedicados a todas las disciplinas y saberes, y

entre los que ahora sabios llegados desde todos los rincones de la Tierra intentan aparentar serenidad, seguir absortos en su trabajo, como si aún fuera posible ignorar el mundo y la maldad que contiene. Pero no lo es... Algunos sabios rebuscan manuscritos entre las enormes estanterías, cofres y arcones que contienen los viejos tomos y códices. Otros se afanan en traducir textos griegos, persas, siriacos o indios que ya nadie leerá, y también están quienes debaten en voz baja cuestiones filosóficas que nunca resolverán.

Omar pasea entre aquellos hombres doctos sentenciados a muerte como lo haría un espectro. Nadie parece verlo, nadie le habla, nadie le cierra el paso o se lo franquea. Así, sala tras sala, patio tras patio, llega hasta una de las más recónditas estancias de la Casa de la Sabiduría: la que contiene los libros y manuscritos más desatendidos por los eruditos. Allí, el olor a cedro, a tinta y a papel se mezcla con el de los viejísimos pergaminos y papiros de los siglos más lejanos, los cuales jamás serán leídos ni desvelarán ya sus secretos. El bibliotecario encargado de la sala, un viejo de luenga barba blanca y ojos pequeños y burlones, alza la cabeza del viejo libro que está leyendo y esboza una sonrisa a modo de saludo para Omar.

—No te va a dar tiempo de leer ningún libro, muchacho —le espeta con el despiadado regocijo con que un hombre de ochenta años y en la antesala de la muerte interpela a un joven de veintitrés —. ¿Acaso no has oído ahí fuera que los mongoles ya están en el interior de Bagdad matando sin freno? En una hora, calculo, llegarán aquí, y tú y yo mezclaremos nuestra sangre con la tinta de todos «estos» —concluye con un amplio gesto que abarca los libros que los rodean.

Omar no responde. Tiene la boca seca, y su miedo es tan vivo y ardiente que parece bailarle como danzante llama en las entrañas. El viejo, al percibirlo, ensancha aún más la sonrisa burlona y, con un

provocador y desdeñoso ademán, lo invita a explorar los incontables anaqueles y arcones donde aguardan, como siempre, los libros que nadie leerá. Silencioso, ido, como en un sueño propiciado por algún despiadado demonio, Omar se adentra en aquella sala que días atrás le hubiera parecido el paraíso y que ahora, a escasos momentos de su agonía, se le antoja un inmenso sepulcro.

Con las manos temblorosas, recorre los estantes y tienta en ellos los polvorientos tomos sin saber muy bien qué espera hallar. Arrastra los pies y trata de leer las etiquetas, los protocolos, los desvaídos títulos que identifican los arcanos volúmenes, los apolillados pergaminos, los vetustos papiros... Muchos de aquellos libros ni siquiera tienen nombre, sino que yacen, desordenados, olvidados, medio corroídos por los siglos, apilados de manera anárquica sobre amplios estantes o arrojados en profundos arcones. Sin saber por qué, Omar revuelve el fondo de uno de estos últimos y extrae de él un viejo códice griego muy deteriorado. Lo abre y, para su asombro, comprueba que su *protocolos*, esa primera página destinada a recibir el título y autor de la obra, informa, a quien sepa descifrar las crípticas palabras, de que aquel maltratado libro contiene una copia secreta de un trabajo de Aristóteles que no debería existir: «To mystikon ton mysticon». Esto es, el *Secretum Secretorum*[2] .

Su duda estaba en si sería cierto. Pese a su juventud, Omar es maestro en numerosas disciplinas y sabe que son muchas las falsificaciones de obras supuestamente redactadas por Aristóteles que circulan por el mundo. Es consciente de que muchas de ellas se custodian allí, en la Casa de la Sabiduría, pero desconoce si ese viejo códice griego es otro falso Aristóteles. Entonces lee las primeras líneas del segundo folio de vitela del deteriorado libro y el corazón se le detiene: «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la

regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable. Se hizo de este modo para que los secretos que contiene solo puedan ser desvelados por un rey amante de la sabiduría que con este "tesoro" gane plenitud y felicidad»[3] .

Al leer y comprender el mensaje oculto en la posición de los astros anotada en el comienzo del códice, las manos le tiemblan, pero no de miedo, sino de algo que creía tan destinado a morir como su propio cuerpo mortal: la pasión por saber, que ahora, revolviéndosele en el corazón como un animal acorralado, pugna por liberarse. Entonces, con el libro entre sus brazos, se aproxima con premura a una mesa, arrima con nervios un taburete y lo abre de nuevo deslizando con los trémulos dedos las suaves y casi translúcidas páginas de costosísima vitela de primera calidad[4] . Tiene la boca seca, se lame los labios, y está tan concentrado que ha olvidado que en breve algún despiadado mongol lo decapitará para llevarse su cabeza y arrojarla a una de las pirámides de cráneos que Hulagu ha ordenado erigir como horrendo recordatorio de que ninguna ciudad puede resistírsele.

Poco importa ya eso, al menos para alguien como Omar, quien, teniendo en sus manos el libro más buscado, más precioso, más deseado del mundo, se siente señor dichoso y colmado. Y es que ahora puede leer, aunque sea durante unos instantes, lo que siempre creyó leyenda: el libro que los árabes conocen como *Kitāb Sirr al-Asrār* o *Libro del secreto de los secretos*, la obra más excelsa de Aristóteles, la que escribió para su más afamado discípulo, el gran conquistador Alejandro Magno, y que, según se dice, contiene la sabiduría necesaria para dominar y gobernar a los hombres.

Una risa nerviosa se le escapa de los labios cuando sus ojos comprueban, línea tras línea, que aquel libro no es una falsificación

más, sino el verdadero *Secretum Secretorum* o *Tesoro de Alejandro*. Aunque durante muchos siglos han circulado por todo el orbe multitud de falsificaciones, de supuestos *Secretum Secretorum*, ahora, contra toda lógica y esperanza, el azar ha colocado un ejemplar auténtico en sus manos... «El día 19 de ramadán del año 223 de la hégira, el califa al-Mutásim conquistó la ciudad de Amorio y, en ella, oculto, fue hallado este libro que te dispones a leer y que en origen fue mandado copiar por el docto Antíoco, quien halló la obra original escrita por el gran Aristóteles de su puño y letra para el Señor del mundo, Alejandro Bicorne, y que la prudencia le llevó después a esconder de los ojos de los hombres codiciosos, en espera de que un verdadero rey sabio lo hallara de nuevo y descifrara sus misterios. Estos proceden de antiguo y contienen no solo la sabiduría de Aristóteles, sino también la de Hermes Trismegisto»[5] .

Eso lee ahora y nuevamente le embarga una emoción desbocada, pues algo de esa historia había llegado a sus oídos a través de un viejo matemático y astrónomo de la Casa de la Sabiduría: «En tiempos del califa al-Mutásim, cuando se conquistó la ciudad fortaleza que los romanos llaman Amorio, se trajeron de allí muchos tesoros y multitud de libros, y, entre ellos, según se dice, un ejemplar auténtico de *El tesoro de Alejandro*. Cuentan algunos, pero Alá sabe más, que el códice estaba escrito en griego y que contenía sabiduría sin par, pero que la exponía con enigmas que pocos podían ya descifrar. Frustrado, el califa ordenó a los sacerdotes de los paganos sabeos de Harrán[6] que examinaran la obra y que le ofrecieran una traducción árabe en la que quedasen revelados todos sus secretos. Así lo hicieron, pero el califa, al posar los ojos sobre la traducción del trabajo que Aristóteles había redactado para el gran Alejandro, quedó demudado primero y, luego, presa de terror, arrojó lejos de sí el libro que tanto había ansiado leer. Nadie sabe qué pudo

turbar tanto la mente del califa. Lo que yo sí sé es lo que ahora te revelo: que el califa ordenó que el libro fuera destruido y, con él, la copia en árabe que había ordenado hacer a los sacerdotes de los paganos sabeos».

Eso fue lo que el viejo matemático le contó a Omar un año atrás. Pero, por lo visto, no se cumplió la orden dada por el califa al-Mutásim, sino que alguien, quizá el sabio sacerdote sabeo encargado de descifrar y traducir la obra de Aristóteles, decidió preservarlo y esconderlo de la manera más efectiva y genial: arrojándolo entre los centenares de miles de viejos códices y volúmenes que contenía la biblioteca de la Casa de la Sabiduría». A fin de cuentas, en ningún sitio puede ocultarse mejor un libro que dejándolo abandonado entre otros cientos de miles.

De modo que ahora, por azar o por voluntad de Dios, él, Omar de Granada, un hombre destinado a morir, ha hallado el códice original traído cuatrocientos veinte años atrás desde la debelada Amorio por el califa al-Mutásim, para extraviarlo en la biblioteca más grande del mundo.

—¡Ja, ironía suprema! —se dice a sí mismo Omar—. ¡Un hombre condenado a morir halla, en el día de su muerte, un libro que fue condenado a la destrucción! Sí, y ahora, en esta jornada de aniquilación, ambos, el hombre y el libro, perecerán juntos. —Y al concluir ese pensamiento, se le vuelve a escapar una risa histérica que bordea la locura.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Has dado con alguna escandalosa comedia escrita por algún pagano griego de los días de Alejandro? —La voz cascada del viejo bibliotecario lo sobresalta y, cuando el anciano se dirige hacia su mesa para ver qué está leyendo, Omar reacciona como nunca habría sospechado que pudiera hacerlo: poniéndose en pie, toma la banqueta en la que estaba sentado y la

estampa contra el asombrado viejo, quien, tras recibir un alud de despiadados golpes en la cabeza, cae al suelo, muerto y ensangrentado.

Sin detenerse a pensar en la barbaridad que acaba de cometer, Omar, hasta ese momento un ser afable y piadoso, se sumerge de nuevo en la enfebrecida lectura del viejo manuscrito griego. Sus labios se mueven a toda prisa deletreando las arcaicas palabras escritas en un griego que, sin duda, procede de la Atenas en la que enseñó Aristóteles. El estilo, por lo demás, es el del viejo maestro heleno... No hay duda. Aquel libro desgastado, apolillado, ignorado y hallado en el día del juicio final es la obra perdida que Aristóteles escribió para Alejandro Magno y que ahora él lee antes de morir.

Apenas le queda tiempo. Desde las salas y los patios exteriores llega ya el bramido torvo de la matanza, y por la puerta que hay a veinte pasos de donde ahora se halla se pueden entrever figuras que corren en busca de un refugio que no hallarán, mientras alaridos de terror y dolor saturan de ecos horribles las bóvedas y los patios de la Casa de la Sabiduría. Pero nada de eso importa. Por supuesto, Omar sabe que está loco y que aquello, leer una obra de Aristóteles desaparecida del mundo siglos atrás, forma parte de esa locura. Mas él prefiere morir así, llevándose consigo, al otro mundo, el saber más excelso, el secreto más codiciado, el libro más precioso.

Un tanto contrariado, arruga la frente ante el cada vez más ensordecedor y molesto griterío de pánico y muerte que, al paso de los feroces mongoles, inunda el hermoso interior de la Casa de la Sabiduría. Entonces, un sabio, aterrorizado, penetra en la sala perseguido por un joven y salvaje guerrero que lo decapita desde atrás con un certero golpe de su sable de las estepas, y que luego, alzando la mirada, ve a Omar enfrascado en la lectura del libro.

Omar intercambia una larga mirada con el mongol y luego, como si el bárbaro asesino solo fuera una sombra inerme y no la personificación de su condena a muerte, baja la cabeza y retoma su enajenada lectura del *Secretum Secretorum* con renovado frenesí, ya que ha advertido otra cosa que lo desazona y contraría más que su inmediata decapitación: el códice está incompleto. Ante ese descubrimiento, chasquea los labios y menea la cabeza con fastidio, justo cuando el sable mongol estrella su filo contra la nuca del joven andalusí y lo decapita limpiamente. Omar se derrumba y su sangre salpica el libro más buscado y deseado de cuantos se han escrito. El asesino, ignorante de todo excepto de su ansia de muerte y destrucción, recoge las cabezas que se ha cobrado y sale de la sala repleta de libros condenados a sucumbir.

Cae la noche y Bagdad es el infierno. Cien mil mongoles la recorren matando sin piedad, degollando con metódica crueldad a niños, mujeres, ancianos, hombres... Apilan sus cercenadas cabezas en grandes pirámides repletas de sangre y de rostros de ojos yertos, incendian edificios hermosos y anegan todo de horror. En mitad de dicho espanto, en esa visión apocalíptica, algo destaca por su incongruencia: cientos de salvajes guerreros de las estepas cargan con miles de libros y, acercándose a las orillas del rápido río Tigris, los arrojan al agua. Así lo ha ordenado su kan, Hulagu, nieto de Gengis Kan, y son tantos los libros sacrificados al Tigris que las aguas se oscurecen con la tinta que en ellas se diluye para siempre.

De este modo fue destruida la Bagdad de los califas. Dicha suerte corrieron el millón de personas que fallecieron en un solo día, y de semejante forma pereció una biblioteca que era más grande y portentosa que la de Alejandría. Con ella murió también mucho del saber de los antiguos, y así debió perecer igualmente el libro que Omar encontró justo antes de morir. Pero no lo hizo.

Un libro. Cuán poca cosa. Fue escrito, fue leído, quizá ya nadie pueda nunca volver a hacerlo. Ahora, olvidado, manchado de sangre, sepultado bajo los escombros, yace envuelto en oscuridad. Aunque no por mucho tiempo. Pasan los días y Bagdad es un matadero. Entre las ruinas, blancos osarios parecen reinar en soledad. Pero, cuando los mongoles dejan atrás la devastada ciudad, aquí y allá aparecen, como sombras huidizas, los supervivientes. Siempre los hay. Ahora, tras los días de aniquilación, surgen de pozos, de sótanos, de escondites impensables. Miran alrededor y se enfrentan a algo que ya saben que es peor que la muerte: sobrevivir contra toda esperanza.

Sin embargo, el hombre es siempre más fuerte que la muerte, y lo es de tal modo que hasta puede carecer de esperanza y seguir viviendo.

Bajo la luz anaranjada de una tarde de invierno de 1258, un niño de diez años revuelve entre los escombros en busca de algo que llevarse a la boca. Aquí y allá pueden verse otras figuras espectrales que se mueven entre las ruinas dejadas atrás por los mongoles, pero el niño se mantiene alejado de ellas, pues ha aprendido en los días que quedan atrás que nada hay para él tan peligroso como sus semejantes. Y es que, en un mundo de desolación como el que ahora habita y en el que ya no rigen ni las costumbres, ni la religión, ni la ley, un niño como él es solo una presa.

Su pequeña mano levanta un cascajo y evalúa este o aquel resto en busca de algo valioso. Ansía algo que comer o que entregar al viejo comerciante que, escondido en un sótano de la Ciudad Redonda y protegido por sus dos gigantescos esclavos negros, ha sobrevivido para seguir haciendo lo que siempre hizo: negociar. Y en esas halla algo. Un viejo libro que extrae del polvo y los cascotes. Un códice con las guardas rasgadas, manchado de sangre y a todas

luces incompleto. El niño no sabe leer y el objeto en cuestión es poco atractivo. Por un momento piensa en arrojarlo de nuevo entre los escombros. Pero, al abrirlo y pasar los ligeros folios que lo componen, advierte en ellos hermosos dibujos que parecen representar estrellas y figuras geométricas y que, una vez soplado el polvo que los vela, revelan vivos colores azules, rojos, dorados, argénteos... Eso le fascina y, cuando el estómago le recuerda cuánta hambre tiene, se le aviva el ingenio que le susurra que quizá aquel libro valga un puñado de harina de los que guarda en su sótano el viejo comerciante.

El niño tiene los cabellos de un castaño oscuro y brillante, y todo apunta a que serían hermosos, como su rostro, si estuvieran limpios. Está muy delgado, y ha visto tanto horror que ya nada debería asustarlo, pero es un niño y, en su camino hacia el escondido sótano del viejo comerciante, no puede evitar sentirse aterrorizado, a la par que fascinado, por las negras siluetas de los buitres que, codiciosos, tientan los cielos de Bagdad en infinitos y aéreos círculos de los que, de tanto en tanto, se dejan caer en busca de carroña. Cuando eso sucede, el niño aprieta el paso y esquiva a las aves carroñeras. Sus ojos lucen en su cara verdes y vivaces, aunque teñidos de la nostalgia propia de haber visto morir a sus padres, a sus hermanos y a toda su familia.

Aprieta el paso, la noche ya se le echa encima. Deslizándose entre montañas de escombros, evitando a otros supervivientes, avanza hasta la entrada del sótano del añoso comerciante, quien, al tener entre sus manos el deteriorado códice, chasquea los labios mientras reflexiona si vale la pena entregar unos puñados de harina a aquel niño flaco y condenado a morir de hambre que tiene enfrente. El vetusto mercader tampoco conoce el griego, pero sí sabe algo de libros, y, al ojear aquel, comprende que es un volumen escrito siglos

atrás y en el que se emplearon magníficos materiales y costosas tintas, así que quizá, cuando llegue el momento, pueda conseguir por él un poco de plata. El trato fue el siguiente: ocho puñados de harina y un trozo de carne salada a cambio del libro.

Dos días más tarde, el niño fue perseguido entre las ruinas por un loco furioso y el pánico llevó sus infantiles pasos lejos de Bagdad y los precipitó al ancho mundo. Eso sí, su destino quedó entrelazado con el libro. En cuanto al viejo comerciante, fue asesinado por sus esclavos negros, quienes cargaron con todo lo que pudieron, abandonaron la asolada Bagdad y se dirigieron a Mosul. Nunca llegaron a ella, pues fueron sorprendidos por una patrulla mongol y pasados a espada. Los guerreros de la estepa se repartieron el botín, y el viejo códice, escrito por el más sabio entre los sabios para el más poderoso de los reyes de la tierra, terminó por ser propiedad de un bárbaro que no sabía leer y que había crecido pastoreando cabras en el más lejano rincón del globo.

No lo conservó demasiado. Lo vendió en Mosul a un comerciante judío a cambio de diez monedas de plata. Aquel fue el comienzo de un largo trayecto para el libro. De mano en mano, viajó hacia Occidente y dejó tras de sí un mundo arruinado por la guerra. Antioquía, Acre, Alejandría, Túnez, Ceuta, Algeciras, Sevilla y Toledo, esa fue su ruta, e incontables fueron sus peripecias hasta llegar al extremo Occidente, a Espanna, donde un poderoso monarca, Alfonso, el décimo de su nombre, se consideraba sabio y reinaba en una ciudad llena de sabios, libros e intrigas. Así sigue esta historia, una que no debió ser escrita y que su lector nunca podrá olvidar.

PRIMERA PARTE

TOLEDO, FEBRERO DE 1259

1

Alfonso X, por la gracia de Dios rey de Castilla, León, Toledo, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia y Jaén; señor de Baeza y Almería y de toda la tierra de Cádiz y de los Algarbes; rey de los romanos y emperador electo, tiene muchos títulos y reinos y un humor de perros. Y es que desde Alemania e Italia solo le llegan malas noticias que le dan cuenta de que su rival por el trono imperial, el muy inglés y cabrón de Ricardo de Cornualles, gana partidarios entre los príncipes y obispos alemanes. Mientras tanto, él, el piadoso, sabio y poderoso Alfonso, los pierde. Eso es posible porque Ricardo, apoyado por su hermano, ese traidor de Enrique III de Inglaterra, arroja sin parar oro sobre los electores del Sacro Imperio, sobre el papa y sobre todo aquel que pueda favorecer su pretensión a hacer efectiva la corona que sus partidarios le ofrecieron en Aquisgrán tres años atrás.

Cierto es que también él, el décimo de los Alfonsos, fue proclamado rey de los romanos en abril de 1257 en la ciudad de Fráncfort del Meno, al recibir el apoyo de cuatro de los siete electores del imperio, pero le ha servido para muy poco, excepto para gastar a manos llenas dinero en su empeño por ser no solo emperador *totius Hispaniae*, como lo fueron sus antepasados Fernando I, Alfonso VI y Alfonso VII, sino también para poder serlo de Alemania, Italia, Bohemia, Holanda y de cuantas tierras quedan bajo la corona imperial que el papa debería poner sobre su cabeza, y solo sobre la suya.

Contrariado más allá de toda medida, Alfonso se pone de pie, se abre paso entre los nobles y cortesanos que tratan de calmarlo, y avanza, imperioso, furioso, hasta la ventana más próxima para mirar por ella con gesto ceñudo y expectante. Es como si, en vez de ver Toledo a sus pies, pudiera contemplar el mundo y fulminar con sus ojos castaños a ese necio de Ricardo de Cornualles. No puede evitar preguntarse qué se han creído esos perros ingleses, si acaso así le pagan que entregara a su preciosa hija en matrimonio a ese «piernas largas» de Eduardo[1] , heredero de Enrique III y sobrino del traicionero Ricardo. En su cabeza no entra que de tal modo le agradezcan esos condenados ingleses que armara caballero al príncipe inglés en el monasterio de las Huelgas de Burgos. Pero, por lo visto, así es. El mundo está lleno de ingratos.

Resopla, fulmina el horizonte con la mirada, se ajusta el pesado manto de seda azul forrada de armiño y se gira, brusco, sin querer cruzar palabra alguna con sus cortesanos, mientras se encamina a la biblioteca en busca de un libro que le calme el ánimo. Alfonso tiene treinta y nueve años, es de complexión recia y su rostro, pulcramente afeitado y enmarcado por sus abundantes y lacios cabellos castaños cortados al estilo castellano en una redondeada media melena, parece desmentir las arrugas que ya le cortejan los ojos y la boca. Despide a todos y se queda a solas con sus libros. Poco a poco, se le suaviza el gesto, y su rostro, donde destacan una rotunda y recta nariz, unas arqueadas cejas que le confieren un gesto concentrado y una boca pequeña y bien definida, se va relajando con el gozo del saber. Acunado por tal remedio, recupera calma e ingenio, y con ellos sopesa de nuevo el problema. Tiene claro que para desbancar a Ricardo de Cornualles de la carrera por el imperio necesita oro y plata. Oro con el que sobornar a príncipes, obispos, ciudades y hasta al papa de Roma. Mas le preocupa dónde

encontrarlo en cantidad suficiente, pues las ciudades y villas de sus reinos se muestran renuentes a seguir entregándoselo; sus nobles y obispos son tacaños, y en cuanto a judíos y mudéjares, los ha exprimido tanto como ha podido y poco más podrá ya sacarles.

De nuevo, súbitamente confundido, da un puñetazo sobre el miniado códice que está leyendo. Arrepentido, suspira, cierra el libro y, con él, los ojos buscan en la oscuridad una luz que ilumine su ambición y su mente, y le revele dónde hallar las riquezas que tanto necesita.

—Nuño... —murmura. Nuño González de Lara. Claro que confiará de nuevo en la astucia del conde. Es hombre sagaz e inflexible, y seguro que sabrá descubrir la manera de conseguir más dinero con el que seguir batallando contra Ricardo de Cornualles por la corona imperial. Sí, desde luego, solo en un hombre así, ambicioso, fuerte y sin escrúpulos, puede confiar para llevar a buen término semejante empresa. Cierra el códice, se pone en pie y, a grandes zancadas, regresa a la sala donde da audiencia, y, mientras allí se encamina, a voces, ordena que don Nuño González de Lara acuda de inmediato a su presencia.

En ese mismo momento, no lejos de allí, sin atender al frío que parece atenazar a Toledo, Juana, hija del conde de Lara, Nuño González[2] , toca el arpa con infinita melancolía mientras su padre acude a toda prisa a presencia del rey para tratar de calmar su ansia por hallar dinero con el cual pagar su ambición imperial. Los dedos de Juana, blancos y ágiles, delinean con maestría una cantiga de amor compuesta por el célebre trovador Bernal de Bonaval[3] que escuchó, esa misma noche, en la corte del rey Alfonso X. No obstante, al contrario que el trovador, ella, Juana de Lara, llora mientras toca el arpa y canta las palabras teñidas de anhelo y desdicha. La razón es que ama, que es joven, que sabe que su amor

no tiene más destino que morírsele en el corazón. A los veinte años no se escoge a quién se ha de querer, y ella ama a quien no debe: a un simple caballero del rey y no al conde a quien su padre la ha destinado.

A veces, en días como este, la tristeza le quiebra la voz y le detiene los dedos sobre el arpa. Hoy canta y sazona su canto con lágrimas. Se lo debe a él, a Tello Bermúdez, caballero del rey, a quien, no hace ni dos horas, le ha roto el alma al decirle que no lo ama. Sin duda, no le será posible decir mentira más grande que esta en lo que le quede de vida. Pero era la única manera de que Tello no cometiera una locura que comprometiera su honor y hasta su vida.

Juana, con el hermoso rostro demudado, deja de tocar el arpa, se enjuga las lágrimas y se queda con los ojos fijos en ese lugar al que uno mira cuando le duele el alma. O sea, en ninguna parte. Siempre es ahí donde posa los ojos cuando se siente desdichada más allá de toda medida.

Entonces, dejando el arpa en el suelo, se incorpora, se coloca bien el pellote sin mangas de damasco verde brillante que la envuelve y deja entrever la rica saya de seda carmesí, y, gracias a su redondo escote, puede imaginarse su finísima aljuba[4] de lino blanco bordado en oro que le sirve de ropa interior. Bajo esta última e íntima prenda, sobre la piel de los senos, oculta el viejo camafeo romano de ágata que, meses atrás y cuando regresó de las guerras de Italia, le entregara Tello como prenda de amor[5]. Tello..., su caballero, el único que reinará siempre en el secreto de su corazón.

—Te he dicho que no vuelvas nunca a verme, Tello, y, sin embargo, nunca te apartaré de mí —murmura, jurando para sí y para él, aunque solo ella lo escucha.

Tello Bermúdez es un hombre alto. En verdad, pocos caballeros del rey son tan altos y fuertes como él, y ninguno tan audaz ni tan diestro en asuntos bélicos. Y, pese a ello..., no posee más que dos caballos, el de guerra y un palafrén castaño, amén del que monta su escudero y las armas que lleva cuando parte a la guerra. Eso, y una miserable hacienda que apenas sí basta para sostener con decoro a su hermana viuda, a su sobrino huérfano y a él mismo.

Hace mucho frío y sobre la superficie del Tajo se ha formado una quebradiza capa de hielo. Frustrado, Tello arroja una pesada piedra que quiebra el hielo breve y parece despertar al agua, que, estimulada por su rabia, fluye de nuevo. Ante semejante acción, su caballo de silla da un respingo, sobresaltado más por la ira y la tristeza de su dueño que por el sordo sonido que el pedrusco ha hecho. Raudo, ignorando la disimulada y reprobadora mirada de su escudero, Tello calma al animal y luego vuelve a sus dolorosos pensamientos en los que, una y mil veces, las desdeñosas palabras de Juana de Lara se repiten como el inclemente eco del martillo sobre el yunque. Tal vez de veras pretendía que la hija del señor de la casa de Lara, uno de los nobles más ricos y poderosos de Castilla, le confesara su amor y se arrojara a sus brazos. Quizá creía que una dama tan noble iba a comprometer su honra y su futuro al aceptar el amor de un simple y pobre caballero. Porque, no podía engañarse: él, Tello Bermúdez, podrá ser todo lo célebre que quiera gracias a su espada y su lanza, tan famosas ya en España e Italia, pero jamás contará con los medios necesarios para ofrecer a Juana la vida que se merece y a la que está acostumbrada.

—Las cosas son como son... —masculla antes de arrojar otra piedra al río.

Luego, monta de nuevo en su caballo castaño y, seguido por Ramiro López, su escudero, se encamina de regreso a Toledo sin

saber que, en ese mismo instante, el libro llegaba a la ciudad y cambiaba para siempre su destino, el de Juana y el de los reinos de la Tierra. Justo en ese momento de fría mañana recién nacida en Toledo, todo es ya bullicio en Santa María, la nueva catedral que se está erigiendo en obra francesa[6] sobre la vieja, que, a su vez, se construyó sobre la antigua mezquita mayor, la cual, por su parte, fue alzada encima de la visigótica Basílica Regia de Santa María. Es, pues, un lugar con muchos siglos de historia y en donde han rezado sin pausa primero cristianos y luego musulmanes, y, de nuevo, cristianos. Pero rece quien rece allí, ahora es un hormiguero que despierta, antes de que claree el levante, con la primera arremetida del nuevo día. Docenas de obreros ya se afanan en andamios y precarios talleres esculpiendo capiteles, levantando con altas grúas pesados sillares, aserrando vigas de fuerte roble y colocando mitrales y ventanales de vidrios emplomados de intensos colores rojos y azules salpicados de amarillos y violetas que proyectan arcoíris de alborada sobre la piedra clara.

Las obras, iniciadas treinta y tres años atrás, son, a todas horas, un hervidero de canteros, vidrieros, albañiles y carpinteros. Algunos han llegado desde Francia, otros son albañiles mudéjares de Toledo, y otros, artesanos cristianos llegados desde León, Galicia, Álava, Vizcaya y hasta el último rincón de la ancha Castilla. El enorme edificio en construcción necesita más y más trabajadores para seguir creciendo día a día, tal y como lo haría un ser vivo hecho de piedra caliza. Un ser que aspira a ser perfecto y a atrapar con sus arbotantes, pilares y nacientes naves la luz que proviene de los cielos, mientras revela ya y en todo su esplendor su hermosa y gran cabecera, con su presbiterio, su majestuoso ábside y su grácil girola escoltados por la capilla mayor y las siete radiales, conectado por un espacioso ambulatorio. Conjunto que, con sus correspondientes

altares, permite ya celebrar misas y ceremonias, pese a que aún se trabaja en los altos muros del crucero, en el transepto y en las naves de la gran iglesia, y aunque las altas torres y la enorme fachada que la completarán habitan solo en la imaginación de los maestros de obras[7] .

De ese mundo de sueños futuros, de atareados obreros, de precarios andamios y grúas, de ventanales de colores, de innumerables vigas de roble y de serena piedra blanca tallada con fe y mimo de buen artífice, emerge un hombre que esquiva artesanos y curiosos. En cuanto se libra del estruendo de la monumental obra, se sacude el polvo del hábito de clérigo antes de meterse por una de las estrechas y laberínticas calles que desembocan frente a la catedral de Santa María y que, aunque apenas se anuncia el nuevo sol, ya están repletas de gentes que se afanan en esas mil cosas diferentes que son el pulso de toda ciudad.

El clérigo, pequeño, delgado, de pelo cano y escaso, de barba escueta pero nívea, cojea un tanto y alumbra su arrugado rostro con una sonrisa. Es casi un anciano y se debe a pocas cosas, y en su caso, a una sola: el saber. Su nombre es Julián de Ávila y es uno de los sabios que labora en Toledo bajo la protección del rey Alfonso. Deja atrás la espartana habitación que ocupa y el *scriptorium* donde se afana. Ambos están situados en la zona norte de la naciente catedral, junto al cabildo y en torno al provisional claustro en que ha sido convertido el patio de la antigua mezquita mayor. Se encamina a saciar el más apremiante de sus vicios: comprar libros.

Toledo es una ciudad única en el Occidente. En sus empinadas calles se mezclan cristianos, judíos y musulmanes, y a ella llegan libros escritos en sus respectivas lenguas y en otras que pocos conocen. Él es uno de esos «pocos», pues domina el griego y lo que es menos meritorio en aquella ciudad, el latín y el árabe.

Pero hable lo que hable y lea lo que lea, Julián de Ávila prefiere, ante todo, la astronomía, la medicina, las matemáticas y la magia. Al fin y al cabo, comenzó su carrera como discípulo del gran Miguel Escoto[8] , el más afamado conocedor de Aristóteles y, ante todo, el más célebre de los magos. Fama tan crecida que facilitó al escocés abandonar Toledo y marchar a Italia, primero a Roma, para asistir a los papas, y luego a Palermo, en Sicilia, para entrar al servicio del emperador Federico II y convertirse en su consejero y astrólogo.

Un niño se le cruza corriendo y casi lo tira. Julián de Ávila maldice y luego se arrepiente de haberlo hecho y se apresura a persignarse. Ya se sabe que, cuando tienes sesenta años, maldecir y arrepentirte son acciones que nunca se separan. Con dificultad pero con restablecido buen humor, recupera el equilibrio y se adentra, cojeando un poco, en el mercado de libros. Una empinada cuesta en donde los mercaderes ofrecen tinta, pergamino, papel, libros, aceite de cedro y toda suerte de productos y artilugios relacionados con los trabajos y placeres del saber. Al poco, en mitad de su gozoso ascenso por aquella cuesta repleta de tiendas maravillosas, ve cómo de una casa sacan un cuerpo amortajado para acomodarlo sobre unas parihuelas que serán su último vehículo antes de recibir sepultura en el cementerio. Esa imagen le devuelve a la mente la singular estampa de su añorado maestro, Miguel Escoto. La noticia de su muerte, veinticuatro años atrás, lo sobresaltó sobremanera, ya que, para un hacedor de maravillas como Miguel Escoto, morirse, por así decir, parecía más un descuido que un hecho ineludible y natural.

—A mí también se me acerca la vieja dama —murmura para sí, pero como si lo hiciera para los espectrales oídos del fantasma de Escoto—. Pronto, querido y añorado maestro, en unos pocos años, me darás de nuevo lecciones..., espero que en el cielo, aunque,

conociéndote como te conozco, escocés, más bien me las impartirás en el infierno.

Y con esa cínica broma en los labios, Julián de Ávila comienza su supremo deleite: rebuscar entre las mercancías que ofrecen los seis mercaderes que en Toledo, ciudad del asombro, ofrecen costosísima vitela, pergamino de distintas calidades, preciado y raro papel de Játiva, así como cálamos fabricados con plumas de oca, cisne, ganso y cuervo. Y, por supuesto, también tintas, desde la común *atramentum scriptorium*, de color negro o azul oscuro, pasando por las rojas y carísimas minio y cinabrio, hasta las prohibitivas tintas azules, verdes y doradas, las primeras, denominadas ultramar, hechas a base de moler lapislázuli y aglutinarlo con goma arábiga o con clara de huevo; las segundas extraídas de la malaquita, y las últimas, las doradas, fabricadas con polvo de oro sobre base de bolo armenio. En suma, todos los instrumentos necesarios para que alguien como él pueda evadirse de este triste mundo y sumergirse en el gozo de escribir, de iluminar, de traspasar conocimiento y belleza desde los viejos libros a los nuevos. Porque sí, también hay libros en estos benditos establecimientos, y, tras proveerse de tinta común, de piedra pómez y hasta de un precioso y pequeño tintero de cobre bañado en plata, Julián de Ávila examina el que le ofrece el mercader. Una sencilla copia del voluminoso *Historiarum adversus paganos libri VII*, de Paulo Orosio[9] , una obra notable, es evidente, pero sobradamente conocida por Julián.

Así que cambia de puesto, sube lentamente y renquea por la empinada cuesta en dirección a la tienda del hebreo Samuel de Madrid. Y mientras lo hace, por el rabillo del ojo vigila a un pilluelo de doce o trece años que, por lo visto y por su parte, evalúa si le será posible o no aligerar a Julián de su pesada bolsa. Dinero no le falta, ya que el rey, su señor, le ha señalado un sueldo similar a los

que ha dispuesto para los mejores profesores que enseñan en la Universidad de Salamanca: quinientos maravedís[10] . Además, en las ocasiones en que a Julián no le ha bastado tan soberbia paga, ha podido acudir al arzobispo Sancho de Castilla, ya que el jovenzuelo (el santo en cuestión no tiene más de veintiséis años) es generoso y, como buen infante de Castilla, siempre tiene bien repletos los cofres de su tesoro[11] .

Con esa tranquilidad que da el tintineante oro, Julián entra en la tienda de Samuel de Madrid, que es una suerte de Arca de Noé de prodigios. Allí uno no solo encuentra tintas, plumas, pergamino, papel y algunos libros, sino también especias y perfumes del Oriente. Incluso, si sabes las palabras que deben decirse, arcanas sustancias y drogas que pueden usarse para curar, para matar y hasta para conseguir el amor de una joven dama y satisfacerla por completo, aunque seas un hombre de sesenta años. Esto último, lo del amor con las jóvenes damas, siempre ha traído de cabeza a Julián de Ávila. Le resulta inevitable, el pecado siempre lo ha tentado.

Así que, tras elegir una pluma de cuervo y una buena cantidad de pergamino barato listo para ser usado, espera a que la tienda se vacíe de clientes y luego, en secreto y con decoro, susurra unas palabras en latín para, a continuación, deslizar cinco maravedís con disimulo en la mano presurosamente extendida por el comerciante, y este, a cambio, le entrega una bolsita que contiene un polvo blanco que aviva las partes íntimas de un hombre y las dispone para yacer con una mujer.

Enseguida entra un nuevo comprador, y Julián de Ávila, ya sin prisa y relamiéndose por los futuros gozos carnales e intelectuales que se le anticipan con aquella mañana de compras, se entretiene examinando una excelente vitela para pasar luego a manosear, por

puro placer, un albo papel fabricado en Italia y terminar poniendo a trasluz, por el simple deleite de que el sol evidencie su intensidad, un frasquito repleto de tinta de ultramar lapislázuli, más cara que el oro. En tal gozo se halla cuando la tienda vuelve a quedarse vacía. Samuel, presto, como si quisiera confesarle algo que solo a él le está reservado, se le acerca con su mejor sonrisa de zorro codicioso.

—Os contaré un secreto, buen padre. Anoche me llegaron tres viejos libros enviados por mi primo, David ben Yehuda. Aún no he podido examinarlos con calma, pero dos parecen muy antiguos y uno de ellos está escrito en griego sobre vitela. ¿Queréis pasar a verlos antes que nadie? —Y la pregunta va acompañada de un meloso ademán de invitación a pasar a la trastienda.

Las palabras del comerciante judío ponen en gozosa alerta a Julián de Ávila, pues no es la primera vez que encuentra un pequeño tesoro en la trastienda del hebreo.

—¿Vais a vaciarme la bolsa, Samuel? —pregunta con sorna Julián y en su rostro se dibuja una traviesa sonrisa de complicidad.

—Así haréis el camino de vuelta más ligero —le contesta Samuel con descarada picardía al saber que el clérigo preferiría privarse de la comida antes que de un buen libro.

La trastienda del hebreo casi no puede contenerlos a los dos, ya que está repleta de estantes y cajones que albergan un sinfín de mercancías y, entre ellas, casi dos decenas de libros, tres de los cuales yacen, apilados con un poco de descuido, sobre una mesa en la que también se amontonan plumas de cisne y de cuervo prestas a ser afiladas y endurecidas al fuego, así como recipientes colmados de hollín, de goma arábiga, de agallas de roble y de otras sustancias necesarias para fabricar tintas.

Con un gesto de satisfecha complicidad, Samuel entrega el primero de los libros a Julián y el viejo erudito lo examina con esa

felicidad que está destinada a los que viven su verdadera existencia no en este mundo, sino en reinos de papel y tinta. Sin embargo, entre las manos solo tiene una versión árabe de los *Tratados hipocráticos*, obra de sobra conocida y que, además, y en este caso, ofrece una pésima traducción del original griego.

—Este no me interesa.

—¿Mejor este otro entonces?

Y Samuel le entrega el segundo ejemplar, el cual, con las cubiertas un tanto apolilladas pero con vistosos cierres de cobre, contiene un pequeño y célebre tratado latino sobre cómo fabricar sustancias inflamables para ser usadas en la guerra. La obra, titulada *Liber ignium ad comburendos hostes* y atribuida a un tal Marcos el griego[12] , está iluminada con vistosos dibujos que muestran sifones y naves de guerra que se arrojan fuego líquido entre sí.

—Este puede ser interesante... —medita sopesando si la traducción del tratado en cuestión interesará o no al rey—. ¿Cuánto?

Samuel ilumina sus ojillos castaños con la chispa de su avaricia y evalúa de reojo cuán provista viene la bolsa del pequeño Julián de Ávila.

—Sesenta maravedís burgaleses[13] . Es un precio ajustado por esta maravilla de erudición que, seguro estoy, puede ser útil a los hombres de guerra que sirven a nuestro amado rey.

Julián niega con la cabeza y hace un gesto desdeñoso para indicar que es demasiado viejo para que le tomen el pelo, que, en su caso, es poco. Y es que sesenta maravedís burgaleses equivalen al precio de un caballo de silla.

—Está bien... —concede Samuel—. Seré honrado con vos. ¿Qué os parecen cuarenta burgaleses? —concluye con gesto de quien ha sido pillado en una falta y está dispuesto a enmendarse.

—Treinta y dejemos de perder el tiempo, codicioso hebreo.

—Treinta y cuatro, pero que quede claro que buscáis mi ruina.

—Llevo comprando libros más de cuarenta años y este está sobradamente pagado con treinta. Pero mirad, soy hombre generoso y añadiré a la cuenta dos más —se planta Julián.

El judío alza las manos y los ojos al cielo, y luego, más compungido que si le hubieran dicho que su familia al completo había sido arrojada a una jauría de perros hambrientos, resopla, aparentemente frustrado y vencido.

—Tuyo es, clérigo cruel, ¡ya que te tengo en gran estima!

—¡Samuel, Samuel, un día bajarán los ángeles del cielo a tirarte de las orejas por mentiroso!

Los dos ríen y las monedas y el libro cambian de manos en aquella minúscula habitación atestada y sofocante que a ellos les parece tan acogedora. Y todo habría quedado en una compra más, pero entonces Julián de Ávila posa los ojos sobre el último libro llegado desde Sevilla. Es un vetusto códice, con las guardas desgarradas, manchado de sangre, con varias páginas dañadas y escrito en griego. Todo esto lo invita a posar sobre él las arrugadas manos y a abrirlo para examinarlo con interés. Así lee: «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable. Se hizo de este modo para que los secretos que contiene solo puedan ser desvelados por un rey amante de la sabiduría, que con este "tesoro" gane plenitud y felicidad»[14] .

Con eso basta para que se le detenga el pulso y le vacile el corazón. Esas palabras, escritas en un griego perfecto, indican una posición de los astros que solo un sabio astrólogo podría conocer. Uno que se tomó el cuidado de anotar con críptica precisión para que otro erudito comprendiera de inmediato cuán grandes secretos

se ocultaban en aquel códice. Para él ha sido como si un trueno estallara sobre su cabeza y el relámpago que lo siguiera lo cegara por completo. En su mente, como centellas, se iluminan los astros a los que el texto hace mención. Puede verlos moviéndose por el zodiaco, y sus labios, sin ser consciente de ello, murmuran cifras que surgen de cálculos que ya no puede detener y señalan en una única dirección: un texto escrito que convoca el poder de los cielos para propiciar que la fuerza pueda regir el mundo mediante la razón.

La revelación que acaba de experimentar le causa vértigo. Cierra los ojos, pues no da crédito a lo que está caligrafiado en el elegante griego usado, quince siglos atrás, en la antigua Atenas, y, para asegurarse, vuelve a leerlo. Después, examinando con cuidado la calidad de la carísima vitela de los folios del códice, pasa varias páginas y advierte que para aquel libro fueron también usadas las mejores tintas.

—¿Estáis bien?

La voz del hebreo está repleta de preocupación, pero Julián tarda en responderle, ya que sus ojos están ahora enredados en la penúltima línea de la penúltima página del libro: «Este es el libro dorado que fue depositado bajo la bóveda de oro tras ser leído por Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, quien dijo: "Oh, tú, seas quien seas y leas cuando leas este libro que yo recibí de mi maestro, Aristóteles, debes saber que, si sigues sus enseñanzas, ciertamente obtendrás el reino de la Tierra"». Eso es lo que se puede leer escrito en un griego ático, fluido y perfecto, aposentado sobre una caligrafía elegante, digna de los mejores trabajos realizados en los días antiguos y expresando ideas, conceptos y maravillas que remiten, una y otra vez, a los más grandes misterios, los de Hermes Trismegisto, al más sabio de los filósofos, Aristóteles, y al más grande de los reyes, Alejandro Magno.

—Estoy bien, no os preocupéis... Estoy viejo, eso es todo —contesta al fin, en un intento de disimular su emoción. Samuel es astuto y, si descubre que el códice contiene una obra perdida de Aristóteles, pedirá una fortuna por él—. ¿Cuánto pedís por este otro libro? Tened en cuenta que está roto, sucio e incompleto.

Ante aquella pregunta, formulada en un tono que no ha logrado ocultar cierto grado de ansiedad, Samuel se acaricia la barba y examina con detenimiento, primero al clérigo, visiblemente nervioso, y luego al libro que sostiene y que parece haberle robado el color del rostro y la voluntad.

—No sé griego, pero vos sí, y sea lo que sea que esté escrito en este libro, os ha quitado el aliento —concluye con afilada sagacidad.

—Es un tratado sobre astronomía. Nada relevante. Lo conozco bien, pero no os negaré que esta copia es la más antigua de cuantas he visto hasta hoy, y que me he encaprichado de ella por mor de las iluminaciones de astros, climas y zodiacos que la adornan —miente con descaro, pero sin mucho provecho—. ¿Os parecerían bien sesenta maravedís burgaleses por ella?

Es una buena suma, desde luego. Pero Samuel sabe cuándo tiene una buena presa entre las garras.

—Ciento veinte serían una suma más ajustada a su valor —lanza sintiéndose audaz y rogando que la crecida cifra no espante al erudito.

Pero Julián de Ávila ni siquiera parece haberlo escuchado. Sus ojos han vuelto al libro, y ahora, desorbitados, examinan otra de las ligeras páginas de vitela manchadas de sangre.

—¿Ciento veinte? ¡Desde luego! ¡Ciento veinte y no se hable más!

Ahora es Samuel quien se queda blanco como el papel de Játiva.

—¿Habéis escuchado bien? —pregunta, pues no termina de dar crédito.

—Sí, os escuché. Ciento veinte habéis dicho y, en cuanto regrese al claustro, buscaré al joven Miguel, mi discípulo, para enviarlo de vuelta aquí con el resto de la suma. Mientras tanto, aquí tenéis la mitad. —Saca la bolsa, la vacía sobre la mesa. Las monedas de oro y plata tintinean y ruedan hasta detenerse. Samuel tiene clavados los ojos en el acuñado metal, pero Julián, por su parte, no puede apartarlos del libro.

—Faltan tres para completar los sesenta que hacen la mitad de la suma —dice ahora Samuel y, mientras, en su mente, luchan entre sí la codicia y la frustración, ya que acaba de percatarse de que podría haber pedido mucho más por el apolillado libro, mientras que, por otra parte, ciento veinte maravedís burgaleses es una suma notable y pocas veces entregada por un libro viejo y deteriorado.

—No temáis. La cuenta quedará saldada y añadiré un maravedí de más por vuestra espera y amabilidad —insiste Julián, como si temiera que Samuel pudiera desdecirse.

Aquello acaba con la última resistencia del judío, pero no con su asombro. Julián, sin aguardar más, se apresura a salir de la tienda, y se lleva el extraño libro griego, pero se olvida del tratado latino sobre sustancias inflamables. Al percatarse de ello, Samuel corre tras el erudito con el abandonado códice, el clérigo se vuelve y lo despide, destempladamente, y le dice que puede quedárselo junto con el dinero que pagó por él. Y el mercader hebreo se queda allí, en la cuesta, viendo cómo el traductor se aleja, renqueante, pero con más agilidad de la que nunca le conociera, con el vetusto códice griego bajo el manto como si fuera el único libro que quedara en la tierra y, sobre todo, como si fuera el único que mereciera la pena ser leído.

—Loco... —murmura para sí Samuel. Pero hay en todo aquello un misterio, y eso, quieras que no, le aviva la curiosidad. ¿Y por qué

negarlo? También impide que se le apague la codicia. Puede que él, un simple mercader, no sepa griego, pero no hace falta conocer mucho de la lengua de los antiguos helenos para identificar una de las palabras que Julián de Ávila, inconscientemente, silabeó en uno de sus emocionados murmullos: *thesaurós*, esto es, 'tesoro'.

Regresa a su tienda y, tomando cálamo, tinta y papel de Játiva, garabatea unas apresuradas líneas. Luego, pliega con cuidado la hoja, la envuelve en lienzo y llama a voces a uno de sus hijos, y se la entrega junto con un susurro en el que habitan el destinatario del aviso y el cambiante destino de los hombres.

2

Nuño González, conde de Lara, teniente de Écija y mano derecha del rey Alfonso, es el hombre más poderoso de Castilla después del rey, y eso, estar detrás de alguien, aunque sea su rey, no le gusta. Quizá por ello, siempre que puede y con tanto disimulo como le es posible, se opone a cuanto place a Alfonso X. Lo que más desea su real señor es ser emperador. Por esa razón, Nuño González de Lara es quien, en secreto, capitanea a todos aquellos que en Castilla se niegan a continuar facilitando fondos al rey para que pueda seguir enviando sobornos, regalos, caballeros y costosas embajadas a los siete grandes electores[1] y al sinfín de ciudades, principados, obispados, maestres y abades alemanes, flamencos, italianos, bohemios, alsacianos y borgoñones que tienen algo que decir en tan imperial asunto. Por lo pronto, piensa Nuño, y, al hacerlo, su rostro pálido y enjuto no puede impedir aflorar una tenue sonrisa, la cosa va bien. El rey, que se cree tan amigo suyo y tan «sabio», es en verdad tan necio que confía ciegamente en él. Gracias a sus secretas intrigas, Alfonso está perdiendo la carrera, por así decir, contra el otro pretendiente: Ricardo de Cornualles. Supone que, si el rey supiera de sus tejemanejes en la sombra, reaccionaría muy mal, pues Alfonso se sentiría traicionado más allá de toda medida. Y es que desde siempre, desde su más temprana juventud y mucho antes de ser rey, Alfonso lo ha favorecido y protegido, y por eso mismo lo tiene por su más fiel amigo y consejero. Por ende, descubrir que alguien a quien tanto has dado en secreto te desprecia y labora

contra ti sería imposible de encajar. Sin duda, el rey lo castigaría con exilio o incluso muerte. Esto último, la condena capital, sería algo cierto si Alfonso se enterara de que está en tratos secretos con el pretendiente inglés. Pero no se enterará.

No obstante, tiene que ir con cuidado... Astucia y prudencia deben seguir yendo siempre de su mano. Por un lado, continuará estorbando en secreto los proyectos de Alfonso relativos al «fecho del Imperio», como ya se llama al costosísimo empeño del rey por lograr ceñir la corona imperial. Por otro, seguirá consolidando su influencia entre los concejos de las ciudades del reino y la cada vez más turbulenta nobleza, con vistas a, cuando llegue el momento, imponerse por completo al rey.

En este último campo, el de expandir su influencia personal, Nuño ha logrado un gran éxito, el de concertar la boda de su hija Juana con el riquísimo y poderoso señor de los Cameros, el conde Simón Ruiz[2] . Varón maduro, poco agraciado y de mal carácter, sin duda, pero dueño de extensos dominios y que ahora, como aliado suyo, reforzará aún más si cabe su posición en el reino y en la corte.

Desde luego, como padre que es, lo siente por Juana, a la que quiere mucho, pero una joven como ella debe prescindir de cualquier cosa que no sea la obediencia debida a su sangre. Además, Juana ha sido educada para esto, para casarse con un hombre poderoso que aumente el poder del linaje de los Lara. En ese momento, un sirviente interrumpe sus cavilaciones. Conduce tras él al hijo de Samuel de Madrid, rico comerciante judío que provee a Alfonso y a sus sabios de materiales para sus caros, estúpidos y librescos trabajos, y que, por eso mismo, por estar en continuo trato con el rey y sus sabios, recibe de don Nuño un secreto pero generoso «donativo» para que lo mantenga bien informado de cuanto le pueda parecer relevante sobre el monarca de Castilla. La

información, bien lo sabe don Nuño, es un arma afilada, desde luego, pero de la que nunca se sabe dónde se hallan sus filos.

—¿Mi señor?

Nuño asiente con la cabeza para dar permiso a su servidor para que conduzca ante su presencia al joven hebreo, y, mientras los dos hombres avanzan hacia él, clava en el hijo de Samuel los aquilíferos ojos azules, tratando de anticipar qué nuevas le envía el comerciante judío.

El joven, casi un adolescente, hace una profunda reverencia y, tras murmurar unas palabras de saludo y reverencia, extiende la temblorosa mano y entrega a don Nuño un papel envuelto con una nota garabateada que el señor de la casa de Lara lee con el entrecejo fruncido. «¿Esto es todo?», se pregunta en silencio don Nuño, un tanto contrariado.

Julián de Ávila, uno de los traductores más estimados por el rey, ha comprado un viejo libro que, por lo visto, contiene algo valioso y secreto. Tanto que el anciano se fue de la tienda turbado y a todo correr.

«¿Qué habrá de cierto en todo esto?», se cuestiona una y otra vez. El hebreo no lo sabe, pero sospecha que el libro en cuestión terminará en manos del rey. Julián de Ávila gusta de sorprender al monarca presentándole libros raros cuya traducción paga Alfonso con generosa largueza.

—¿Esto es todo? —pregunta de nuevo, pero esta vez en voz alta y taladrando al hijo de Samuel de Madrid con una mirada tan fría como implacable.

—Julián de Ávila es un hombre tacaño. Mi padre cree que no habría pagado una suma tan crecida por ese viejo libro si no hubiera considerado que el códice en cuestión era extremadamente valioso. Fueron ciento veinte maravedís burgaleses lo que pagó, sin regatear,

por un libro apolillado e incompleto. No solo eso, mi señor conde, el erudito parecía empeñado en mantener el secreto sobre el autor, título, contenido y carácter de ese códice. Y esas dos cosas juntas, el dinero y la necesidad de secreto, suelen esconder cosas valiosas.

Nuño asiente. El joven y su astuto padre tienen toda la razón: el oro y el secreto siempre guardan cosas valiosas, y lo valioso, tanto si se sabe usar como si se desconoce, puede ser útil y hasta peligroso. En cualquier caso, si el hebreo tiene razón y el libro en cuestión custodia algún secreto relevante, será él y no el rey quien de ello se beneficie primero.

—Hay algo más, mi señor conde. Algo que mi padre no quiso confiar al papel, sino solo a mis oídos.

Ante esa revelación, don Nuño presta toda su atención y asiente para dar a entender que lo va a escuchar con atención. Lara está anticipando la que, sin duda, será la información más importante, la que realmente ha motivado que el astuto Samuel de Madrid le envíe, a todo correr, a su hijo.

—Habla, pues, muchacho.

—A Julián de Ávila se le escapó una palabra griega cuando sus labios silabeaban una línea del códice: *thesaurós*.

Don Nuño no sabe griego. Pero ¿quién necesita saberlo cuando escucha semejante palabra? *Thesaurós*, 'tesoro'. Eso es lo que precisamente busca el rey... Un tesoro con el que pagar los inmensos gastos que requiere su carrera por la corona imperial y, por lo que puede deducirse del extraño comportamiento de Julián de Ávila, aquel viejo libro quizá, al fin y al cabo, no solo contenga riquezas para el espíritu, sino también materiales, de esos que se acuñan en metales preciosos y llenan las siempre hambrientas arcas de los reyes.

—Puedes irte. Dile a tu padre que siga con los ojos y los oídos bien abiertos, y entrégale esto como muestra de mi favor. —Se saca un pesado anillo de oro coronado con un brillante granate y se lo arroja al muchacho. que lo caza al vuelo y se retira dando las gracias y haciendo reverencias.

De nuevo solo, don Nuño deja vagar sus fríos ojos a través del ventanal que ilumina la estancia y por el jardín orlado de severos cipreses que hay más allá. Sus pensamientos lo llevan a la tupida red de informadores que ha tejido en Toledo: la ciudad y la corte, sus iglesias, sus mercados y hasta el último de sus rincones están vigilados por gentes que reciben dinero de los Lara. Puede que Alfonso ciña la corona, pero él, don Nuño, señor de la casa de Lara, decide en la sombra quién prospera y quién declina, y, para seguir ostentando ese poder, debe tener control sobre lo que se hace, lo que se dice y lo que se piensa.

El conde permanece así, mirando los cipreses por la ventana durante un largo rato. A lo lejos, un perro ladra. Quizá sea uno de los nuevos canes que engrosarán su jauría, pero, en cualquier caso, el apagado ladrido sirve para que se interrumpan las maquinaciones de don Nuño y su mente vuele de nuevo hasta su hija Juana.

La niña debe casarse con el señor de los Cameros, lo quiera o no. Ama a su hija, desde luego, pero no dejará que su juvenil fascinación por el caballero Tello Bermúdez sea un obstáculo para los planes de poder de la casa de los Lara... No, Tello Bermúdez no enredará a su hija en ninguna tonta historia de esas que luego cantan los trovadores en las grandes salas donde celebran los reyes o en las plazas donde se congregan las gentes humildes... Pero, si ese aventurero, ese ínfimo caballero del rey que no posee más que sus armas y su caballo, de nuevo lo intenta, lo aplastará, sin dudarlo y sin piedad.

3

Nada más llegar a su habitación, Julián de Ávila echa la llave y, al tiempo que se sienta en la pequeña mesa, deposita en ella el misterioso libro y lo abre con manos temblorosas. Ahora, al fin, está a solas con el viejo códice y junto a una vela. Hombre, libro y luz. Una combinación que puede dar los resultados más insospechados y que, nuevamente y en este caso, los da.

En esa jornada de frenético estudio y en las que siguen, Julián de Ávila hace más comprobaciones y cálculos que en toda su larga vida, y los números y las pruebas que obtiene apuntan en una dirección. Realmente parece que el azar ha querido que tenga en su poder una vieja copia, quizá la única auténtica, del libro más buscado de Aristóteles, el *Secretum Secretorum* o *Tesoro de Alejandro*. Una obra de la que se ha hablado y escrito mucho, de la que circulan infinidad de supuestas copias, todas falsas hasta el momento, y de la que, en puridad, solo se sabían dos cosas: que Aristóteles la había escrito para uso exclusivo de Alejandro Magno y que este la consideró tan valiosa que, en agradecimiento, envió a su maestro la enorme suma de ochocientos talentos de plata con una misiva en la que, con suprema ironía, explicaba a Aristóteles que le entregaba aquella inmensa cantidad de plata para que pudiera «dedicarse a terminar tranquilamente sus investigaciones sobre los animales».

¿Tranquilamente? ¡Soberbio y conquistador cabrón! ¡La cantidad de plata que Alejandro de Macedonia envió a su maestro era tan absurdamente enorme que hubieran hecho falta para transportarla

no menos de veinte carros tirados por bueyes! Para lograr descifrar los misterios de aquel libro prodigioso Julián va a necesitar ayuda. Eso, claro está, lo inquieta, ya que, si comparte con otros lo que ha descubierto hasta ese momento, se arriesga a ser traicionado y, por encima de todo, se verá obligado a compartir la gloria y la fama, y esa palabra, *compartir*, se le antoja ahora odiosa.

No, la gloria será solo para él. Si es necesario, trabajará en el libro hasta dejarse los ojos, pero logrará descifrar todos sus secretos y, cuando lo logre, cuando domine los misterios y la sabiduría que contiene, hará una traducción y, entonces, triunfante, se presentará ante el rey para entregársela.

A la luz de la vela, Julián imagina su éxito. Se relame como un gato y se ve a sí mismo portando el códice y su traducción, mientras se acerca al rey, que lo aguarda sentado en su trono al tiempo que el resto de sabios de Toledo contempla la escena con supremos celos y envidia.

Sin duda, medita, el rey lo colmará de oro y lo designará como el más célebre de los eruditos del reino. Con tales visiones, con tal ambición, opta, ya sin duda alguna, por mantener el secreto y no revelar a nadie que posee una copia del legendario libro. Mas, como necesita de lo que otros saben para poder progresar en su secreta labor, Julián también decide entablar, como de casualidad, discusiones y debates con otros sabios versados en el conocimiento de los saberes y las disciplinas de los antiguos griegos.

Es así como en los días que siguen ronda al viejo Juan de Aspa[1] , astrónomo de renombre, amén de experto en Aristóteles y, por lo tanto, hombre adecuado para informarle sobre el estilo y las maneras del viejo filósofo griego. Julián también frecuenta la compañía del hebreo Yehuda ben Moshe[2] , el médico del rey, además de un hombre insufrible. Sin embargo, sabe más que nadie

sobre la disciplina de la astrología conforme a como la practicaban los antiguos griegos. Gracias a ello, Julián puede progresar en el desciframiento de algunas partes del códice.

En fin, Julián ha tenido que recurrir también a la compañía del filósofo, médico y matemático musulmán al-Ricutí[3]. En sus encuentros, Julián ha conseguido dirigir sus debates hacia cuestiones que versen sobre Aristóteles, Alejandro y la supuesta obra que el primero redactó para el segundo. De esta forma tan taimada como ingeniosa, Julián de Ávila ha ido atesorando más y más información y, con ella, a la luz de la vela, en el silencio y secreto de la noche, puede avanzar en la lectura y comprensión del críptico y arcano *Secretum Secretorum*.

Con mucho, el sabio que más información le proporciona es el siempre confiado y vivaracho al-Ricutí. Julián se ha sumado a uno de los largos paseos que al andalusí le gusta dar por las orillas del Tajo. Los dos sabios, arrebujados en sus mantos, caminan hacia el poniente, el cual, encendido en cinco tonos de naranja, aguarda a la noche. A su paso, al ruido de sus voces, los pájaros levantan el vuelo y de tanto en tanto alguna alimaña se escabulle entre la vegetación. Y así, entre espantadas aves y despavoridas bestezuelas, con tacto y astuto disimulo, Julián termina por llevar la conversación hacia donde le conviene. Y siembra la duda sobre qué sería lo que realmente ocultaba el libro conocido como *Tesoro de Alejandro*. Julián tiene la sospecha de que esas páginas custodian varios misterios y de que pueden ser leídas de diversas formas.

—Si ese libro existió realmente —le comienza a responder al-Ricutí —, tuvo que ser escrito en clave.

—¿En clave?

—Era un libro destinado, en parte, a contener y transmitir el conocimiento hermético, y eso, amigo mío, significa que debía ser

redactado de manera que los ojos profanos no pudieran entender lo que realmente se quería revelar.

Julián se detiene al escuchar esto último y asiente lentamente, como si conviniera con el sabio murciano que así debió de ser. Se felicita en el secreto de su corazón por haber acertado con sus sospechas de que el libro, si se poseen las claves, revela mucho más de lo que en apariencia cuenta.

—¿Creéis que ese tratado es algo más que una leyenda? —se atreve a preguntar mientras reanuda el paseo.

Al-Ricutí se acaricia la barba a lo largo de doce pasos y luego, como si se decidiera a revelar algo, se detiene nuevamente y mira hacia las aguas del Tajo antes de contestar.

—Por supuesto que existió. Seré sincero con vos: el califa al-Mutásim de Bagdad halló una copia en la ciudad de los romanos de Oriente que vosotros, los cristianos, llamáis Amorio, y la llevó hasta la biblioteca de la Casa de la Sabiduría, donde mandó hacer una traducción del texto. Se dice que, cuando se dispuso a leerla, el califa, un hombre extremadamente sabio, comprendió los terribles peligros que implicaban los saberes ocultos del texto, por lo que empalideció y ordenó que destruyeran tanto la copia griega como la traducción, para salvaguardar así al mundo de la ambición de hombres menos escrupulosos que él.

Al escuchar aquello, que la única copia auténtica del *Secretum Secretorum* fue destruida cuatro siglos atrás, Julián se queda sin palabras y siente en el estómago un vértigo que ya le es familiar y, al mismo tiempo, una inquietud nueva: si lo que acaba de contarle al-Ricutí es cierto, no tiene en su poder el verdadero libro, sino otra falsificación más sin valor alguno.

—Entonces nunca podremos leer esa obra de Aristóteles... —se le escapa como en un doloroso quejido, y la decepción que portan sus

palabras no necesita de fingimiento alguno.

—Bueno, algunos dicen que los sabios de la Casa de la Sabiduría no cumplieron con lo ordenado por el califa y ocultaron de nuevo el libro entre los cientos de millares de obras que se custodiaban en tan portentoso lugar.

—Entonces ¿es posible que siga existiendo? —La ansiedad con la que Julián formula la pregunta es tan imperiosa que al-Ricutí lo mira extrañado.

—Mi buen Julián, he dicho «custodiaban» y no «custodian». ¿Acaso no habéis oído que hace un año Bagdad y, con ella, la Casa de la Sabiduría fueron destruidas por los bárbaros mongoles? Ciertamente, así fue. Se dice que no dejaron ni un libro sin arrojar al río Tigris, el cual, por tanta tinta diluida en su corriente, tornó oscuras sus claras aguas. Así que el *Tesoro de Alejandro*, de haber sobrevivido a la orden de destrucción dada por el califa, debió de perecer bajo el salvajismo de los mongoles.

La sentencia desazona a Julián, es cierto. Pero también lo alienta. Por algún afortunado azar, aquella obra se libró de perecer y ha cruzado medio mundo hasta llegar a su poder. Él, Julián de Ávila, está en posesión del tratado más extraordinario de cuantos se hayan escrito.

Por largo tiempo, los dos sabios, el cristiano y el musulmán, se quedan allí, mirando a las aguas del Tajo mientras reflexionan sobre los avatares que ordenan y desordenan los reinos de la tierra y los caminos que transitan los sabios. Luego, un pato azulón cruza raudo de orilla a orilla y se posa en la líquida superficie, y, tras el recodo del camino, llega el amortiguado cascabeleo de los cascos de un caballo que avanza al trote desde la penumbra creciente. Aguzando la mirada, los dos eruditos atisban al poco a un caballero que, con la cabeza al descubierto, parece tener nimbados los castaños cabellos

con la última luz del ocaso, y que, para sorpresa de Julián de Ávila, con júbilo es saludado por al-Ricutí.

—¡Saludos, mi señor caballero!

El jinete, un hombre alto y fuerte que viste manto, jubón y calzas de paño sencillo, y que lleva al costado una larga espada, monta el caballo de guerra más grande que Julián haya visto jamás. Desde el lomo de aquel gigantesco y gris equino, levanta la mano para corresponder al saludo de al-Ricutí a la par que exige a su montura que acorte el trote hasta detenerla a tres pasos de los dos sabios.

—Es Tello Bermúdez —informa al-Ricutí—, caballero del rey. Durante los años que ha pasado en Italia combatiendo contra genoveses y florentinos, le ha cogido gusto a los libros que cuentan las hazañas de los antiguos.

Tello Bermúdez tiene los ojos grandes y del color de la miel de naranjo, lleva el rostro afeitado, los abundantes cabellos lacios le enmarcan el rostro bien formado como lo haría la melena de un león, y todo en él parece señalar en una misma y única dirección: es un hombre fuerte, leal y bueno.

—Os veo ocupado, maese al-Ricutí —dice el caballero a modo de saludo—. Me habían dicho que os hallaría por aquí, de paseo y cavilando, y os buscaba para que me contaseis más cosas sobre las guerras del gran rey Alejandro a cambio de que yo os hablase de Pisa, Florencia y Génova. Pero veo que el célebre erudito Julián de Ávila está con vos. Así que no os importunaré.

—Buen caballero, vuestra compañía siempre es grata para mí. ¿Qué os pasa? Se os ve ojeroso y con mal semblante... ¿Acaso estáis preocupado por la salud de vuestra hermana, la dama Isabel? ¿Queréis que acuda de nuevo a atenderla como médico? ¿O sois vos quien ha caído enfermo? ¿Queréis que os examine?

Ante la amistosa y atropellada reacción del erudito andalusí, Tello Bermúdez sonríe tristemente y niega con la cabeza. Al-Ricutí no solo es un afamado matemático y un instruido astrólogo, sino también un diestro médico, pero el mal que él padece no tiene cura.

—No, pero os lo agradezco. He salido de la ciudad para ejercitar a mi caballo y despejar la mente, y ya es hora de regresar con mi hermana Isabel. Pero mañana, si os place, hablaremos en mi casa de Alejandro y de Italia —se despide y se aleja a medio trote. Deja a los dos sabios junto al río.

La noche llega, así que también ellos emprenden el camino de regreso a Toledo. Pronto avistan las puertas de la ciudad y Julián cree entonces llegado el momento de retomar la conversación en el punto en que la habían dejado y que tanto le interesa. Sin embargo, cuando el animado diálogo entra de lleno en el asunto de los misterios que la perdida obra de Aristóteles hubiera podido realmente contener, al-Ricutí se torna, por así decirlo, «más prudente». Tanto que, cuando cruzan las puertas, sella sus labios en el preciso momento en que Julián se atreve a plantearle algo que empieza a sospechar y que le ronda la mente desde hace unos días: que el libro no solo contiene sabiduría para saber gobernar a los hombres y conocimiento astrológico, alquímico y mágico para dominarlos, sino también un tesoro, digamos, más «material».

—¿Calláis? —aguijonea al árabe, deseoso de que al-Ricutí responda de una vez y le desvele más cosas sobre el *Secretum Secretorum*.

—Hombres como nosotros, amantes del saber, no deben hablar de cosas profanas... —se excusa el andalusí.

—¿Profanas? —insiste Julián, deteniéndose en el punto en donde sus caminos deben separarse para conducirlos a sus respectivas moradas.

Pero al-Ricutí, tozudo, calla. Julián, audaz, se decide a actuar sin más dilación y, al tiempo que se saca la bolsa de debajo del sencillo hábito, toma las manos del sorprendido árabe y se la entrega. Al-Ricutí es un hombre que gasta demasiado. No le faltan caprichos en los que hacerlo y, para colmo, es generoso y tiene esa cara manía de ser piadoso en extremo y no querer cobrar a los enfermos por sus servicios como médico. Así que siempre anda en busca de oro que complete el estipendio del rey. Julián lo sabe y a sus sesenta años también es conocedor de otra cosa: de que el oro suelta todas las lenguas. Y la de al-Ricutí no es una excepción.

—Algunos afirman que Aristóteles hizo dos versiones del *Secretum Secretorum*, esto es, de la obra que escribió para Alejandro Bicorne[4] : la primera contenía solo la sabiduría que el rey le demandó y que le era necesaria para dominar y gobernar el mundo que había conquistado; mientras que la segunda, efectuada tras la muerte del gran rey, era, además, depositaria de las claves que permitían hallar el inmenso tesoro que envió Alejandro a su maestro y que este se vio obligado a ocultar cuando tuvo que huir de Atenas para salvar su vida. Por eso, ciertamente y no por otras razones que se aducen de manera errónea, el libro recibió su segundo nombre: *El tesoro de Alejandro*. Se dice que permite encontrarlo.

—¿Tesoro?

—Sí, ¿acaso no recordáis que Alejandro envió a su maestro ochocientos talentos de plata? Cuando Alejandro Bicorne murió de forma inesperada en Babilonia[5] , los atenienses, libres del miedo que le tenían, se revolvieron contra Aristóteles y quisieron condenarlo a muerte, tal y como, décadas atrás, habían hecho con Sócrates. Pero Aristóteles, al contrario que Sócrates, no se quedó a defender su inocencia, sino que huyó a Calcis, en la isla de Eubea, para ponerse a salvo. ¿Y sabéis que nunca hallaron su enorme tesoro? Y nadie lo

hará. Ese tesoro quedó bien oculto y las pistas para encontrarlo quedaron, a su vez, crípticamente escondidas en un libro que, sin duda, fue destruido en Bagdad y que nadie podrá ya ni leer ni descifrar.

No hay más palabras. Julián se despide de al-Ricutí y el sabio musulmán se aleja en la noche mientras su compañero de paseo, pertrechado con tan reveladoras noticias, sonríe satisfecho. Ahora está más seguro que nunca de que tiene en su poder el auténtico *El tesoro de Alejandro*.

Envuelto en las sombras nocturnas, oye aún el eco de los pasos de al-Ricutí. Julián tiene el loco impulso de ir corriendo a solicitar audiencia con el rey para mostrarle triunfante el maravilloso códice que el destino le ha entregado. Pero cuando regresa a su habitación, de nuevo a solas con el libro, sus cansados ojos se enredan un instante en las posiciones que marcan sobre la suave vitela una serie de crípticas imágenes, cifras y palabras primorosamente trazadas y caligrafiadas con carísimos cinabrio, lapislázuli y malaquita, y es como si los ángeles bajaran del cielo para revelarle los secretos más ocultos. Todo cobra entonces sentido. Tanto que la boca se le seca y se siente desmayar. Lo que realmente revelan las enigmáticas imágenes, cifras y palabras es un lugar..., uno muy especial, pues es aquel en el que Aristóteles, mil seiscientos años atrás, escondió su tesoro. Aunque... los muertos no poseen nada... No, ese tesoro ya no pertenece al maestro de Alejandro Magno, sino que le pertenece a él, a Julián de Ávila. Ahora, si consigue descifrar por completo las claves, pasará a ser suyo.

Así que se pone a trabajar de nuevo, como un poseso, sobre lo oculto que Aristóteles había escondido en lo secreto. No puede darse tregua, pues ahora tiene un claro y urgente propósito: hará una copia del libro en la que eliminará, cuidadosamente, cualquier pista

o indicación respecto a dónde se oculta el tesoro de Alejandro. Esa será la copia que enseñará glorioso al rey y por la que recibirá una buena cantidad de oro. Pero la auténtica copia del original aristotélico, la que contiene por completo el deteriorado códice que la fortuna ha querido guiar hasta sus manos, se la quedará él.

Le gusta pecar, y pecar es caro. Tanto que no le basta con lo que el rey le da o con lo que le pueda ofrecer, pero sí con lo que podrá hallar si parte en busca del gran tesoro que Alejandro el Grande entregó a Aristóteles. Así se sucedieron sus días y sus noches. Las de un sabio de sesenta años que, de repente, se niega a ser viejo y sueña con futuros de opulencia y dicha. Un hombre transmutado por la ambición. Un erudito que se agota, jornada tras jornada, en el estudio de un libro escrito para desconcertar a los que se creen sabios. En suma, un hombre que se anima a seguir adelante imaginando las inmensas riquezas que le aguardan. Por supuesto, el suyo era un sueño descabellado. Pero esos son los sueños que mueven a los hombres.

En cierta ocasión, nervioso más allá de toda medida, decide acudir a la compañía de un viejo amigo: Egidio de Portugal. Antaño fue discípulo de Miguel Escoto. Ahora, su reputación está arruinada por su desmedida afición a la nigromancia. Es un hombre marginado y excluido del círculo del rey. Egidio tiene mala fama, pero esa «fama» señala que es el vidente, el adivinador más diestro de Toledo, y Julián, aunque no cree en esas cosas, se convence a sí mismo de que no perderá nada por beberse un vaso de vino con Egidio y, de paso, darle unos maravedís a cambio de que lo tranquilice leyéndole el futuro inmediato que le aguarda.

La casa de Egidio es, en parte, cueva. Bueno, también es «en parte» otras cosas menos recomendables y más oscuras. Un *athanor*[6] en el que prepara sus pócimas e invoca a espíritus y

demonios. A «esos» sabe llamar el bueno de Egidio, y ahora, aquí, junto a su viejo compañero de estudios, trata de que semejantes entes lo tranquilicen, por así decir. Pero, por lo pronto, Egidio ha llenado de agua un viejo caldero de cobre y le ha añadido mandrágora, cáñamo y laurel antes de ponerlo al fuego. El agua hierve y carga de vapores aromáticos la estancia, y Egidio, preparado ya, insta a Julián a hacerle la pregunta cuya respuesta quiere conocer.

—¿Triunfaré en el propósito que ahora me ocupa? —interroga, ansioso, al concentrado Egidio, quien, sin decir nada, pero girándose e inclinándose sobre el caldero, parece dispuesto a olvidar su presencia.

Luego, tras largo rato, se gira de nuevo y responde con una voz que pretende ser de otro mundo.

—¿Propósito? El devenir de los hombres solo tiene uno: la muerte, y de ese, Julián, no puedes triunfar.

Ante aquella respuesta, Julián, fastidiado, chasquea la lengua y aguarda a que Egidio deje de inhalar vapores y se le acerque. Cuando lo hace, el portugués tiene los ojos desenfocados y enrojecidos, pero a la vez extrañamente vivaces e intensos y con pupilas tan dilatadas que parecen salírsele del rostro oscuro.

—Andas trabajando en un libro. Uno que está maldito —le susurra Egidio, en teoría poseído.

—Siempre ando con libros y todos pueden ser, según convenga, maldecidos o santificados. Tales cosas no dependen de ellos, sino de los hombres que los leen. ¿Qué clase de patético demonio te ha poseído que solo es capaz de revelarte lo que es evidente? —se mofa Julián, molesto e hiriente, ya que aquella pantomima no le impresiona lo más mínimo.

Egidio no le responde de inmediato. Ahora los ojos le parpadean a toda velocidad y de sus labios brota una espumilla teñida de un alarmante rosa sanguinolento.

—Este libro es y será distinto... —añade Egidio, con un cambio en la voz—. Lleva cosas ocultas consigo y te llevará a emprender un largo viaje. El más largo de cuantos has hecho.

Eso sí que agrada e impresiona a Julián de Ávila. Si su secreta empresa tiene éxito, si descifra por completo el libro, ciertamente emprenderá un largo viaje para hallar el tesoro de Alejandro.

—Con eso me basta... Toma los doce maravedís que me pediste, y ahora deja de hacerte el poseído e invítame a un buen vaso de vino —espeta, con sorna, pero satisfecho, a su viejo compañero de estudios.

Egidio reprime las palabras airadas que se le juntan en la lengua y, tras los labios, se esfuerza por sonreír, toma las monedas y rebusca en un arca destartalada un par de vasos que luego llena con el contenido de una jarra de vino.

Le molesta que Julián se burle de sus artes oscuras, pero necesita dinero. La vida de un nigromante, en contra de lo que suele creerse, es bastante penosa. Leer el futuro, en estos tiempos, da para poco, y en cuanto a invocar demonios, tampoco suele ser vehículo que llene de plata una bolsa vacía. Así que no le va a hacer ascos al dinero de su viejo compañero, sino todo lo contrario. Fuerza una sonrisa descarada y se sienta de nuevo junto a Julián. Luego, en silencio, alzan los vasos y beben. Dos sabios compartiendo recuerdos de juventud. Eso es todo. Pero cuando Julián deja la cueva, Egidio aviva el fuego que calentaba la olla y, cuando los vapores vuelven a surgir de sus metálicas entrañas, torna a aspirarlos para que la mente se le abra y le muestre los secretos en los que, realmente, se encuentra trabajando Julián de Ávila.

Julián sigue a su tarea. Noche tras noche, entre sombras y secretos, labora hasta el agotamiento. Una madrugada, con la mente embotada de tanto estudiar, copiar y traducir, Julián siente que necesita evadirse... Se para a pensar en cuánto tiempo lleva sin poseer a una mujer. La respuesta le llega a la entrepierna en forma de molesto calambre. Así que decide «hacerse un regalo» y acudir a la casa de Beatriz la Loba, una joven viuda, bella como un atardecer y que, por un precio crecido, pero justo, recibe en su casa a quien tenga oro para pagar sus servicios.

Julián lo tiene. Así que, discretamente, se encamina a la casa de Beatriz y, durante una hora, bendita hora, se olvida del libro y del tesoro que guardan los astros en él dibujados con costosas tintas.

Beatriz sabe más que ninguna otra mujer de Toledo de las artes de Venus. Una fémina con semejantes mañas consigue que un hombre ya satisfecho se vuelva imprudente. Julián no es la excepción: tendido sobre la cama de Beatriz, agotado y dichoso, deja fluir sus pensamientos y deseos, ya que tiene la necesidad de vaciar, por así decir, su enfebrecida mente. No es que sea un necio, pues cree estar a salvo mientras habla en latín, y Beatriz, aburrida ante semejante e incomprensible cháchara, se incorpora y se entretiene peinándose los largos y rubios cabellos. Su espléndido cuerpo desnudo ofrece una estampa tan maravillosa como tentadora, y el rijoso Julián se deja llevar en tan placentera contemplación. Se engaña al convencerse de que, cuando tenga en sus manos el tesoro, podrá vivir sus últimos años en gozo cada día con aquella magnífica hembra. Tal pensamiento logra algo que no había ocurrido en los últimos veinte años: que el miembro viril del viejo sabio se reanime, vigorosamente.

Media hora más tarde, cuando Julián queda de nuevo satisfecho y Beatriz, solícita, lo ayuda a vestirse, ambos se despiden con una

caricia y una sonrisa bien pagadas por el oro del sabio. Luego, con premura, la meretriz regresa a su cuarto, se viste a toda prisa y sale a la noche, embozada en un amplio manto, para ir con prisa a la casa de un hombre que, al igual que ella, sabe latín.

4

Frío, noche, luz y un libro. Todo eso junto y un hombre al que la ambición ha trastornado tanto que la soledad le parece ahora palacio, y el futuro, un paraíso que lo aguarda con las puertas abiertas. Vuelve a mojar en el tintero la pluma negra de cuervo y repasa de nuevo el texto del viejo códice, continúa adelante con su censurada copia, la que entregará al rey y no contendrá nada que pueda conducir al tesoro.

Una noche más de trabajo. Una más... Cuando llega la mañana, agotado más allá de toda medida, Julián se levanta, toma el viejo códice y lo oculta en el lugar secreto que ha dispuesto para tal fin. Luego, sin recoger nada más, se tiende en la cama y se queda dormido.

Despierta por la tarde. Tiene hambre y, como no quiere perder tiempo, en vez de ir a comer algo, se contenta con roer un trozo de pan duro que le quedó de la cena y que acompaña de una pizca de queso que guardó.

Fortalecido, extrae el libro de su escondite y trabaja de nuevo en su desciframiento y en la copia parcial que de él hará. Una hora, dos horas, tres.... Símbolos que desentrañar, cálculos que repasar, mediciones que hacer, trayectorias que trazar, palabras que traducir y, finalmente, tras tantos días y noches, descubre, ya sin duda alguna, el lugar a donde tendrá que ir a buscar su tesoro. Su tesoro. Solo suyo será. Está tan feliz, tan satisfecho de sí mismo como astrónomo, matemático y geógrafo que decide de inmediato darse

descanso y alegría. Por hoy no trabajará más, sino que irá a casa de Beatriz la Loba a solazarse, a cenar como Dios manda y a festejar que, en unos meses, sí, en tan solo unos meses, será uno de los hombres más ricos del mundo. Decidido, eleva los ojos como para dar gracias a Dios, esconde con cuidado el viejo códice, oculta también la copia y traducción que lleva a cabo y, una vez hecho esto, puede asearse. Para ello, la gran vasija repleta de agua, la jarra que junto a ella descansa y la jofaina dispuesta en una mesita, y, sonriente como un niño, se pone a recoger sus utensilios de escritura.

Entonces le tapan la boca. Una mano recia y callosa se la cierra a la par que tira con fuerza de su cabeza y lo hace caer al suelo. Espantado, Julián trata de morder la mano, pero un fuerte golpe en el costado de la cabeza y el pinchonazo de una daga en las costillas le advierten de que no es buena idea. Lo ponen en pie sin dejar de taparle la boca, y tiene tanto miedo que se mea encima.

Los ojos se le desorbitan, ya que quien lo sujeta con tanta violencia acaba de deslizar la hoja del cuchillo hasta su entrepierna para clavársela en los testículos. El aullido de dolor que entonces lanza es ahogado, y en el terror que viene después, Julián comienza a comprender que va a morir, pero no antes de sufrir lo indecible. Por alguna razón, oculta en ese lugar incomprensible que toda alma humana alberga, la certeza, la de una muerte dolorosa, no lo lleva a la desesperación, sino que lo provee de un inesperado asidero de valor. No dirá nada, se espeta a sí mismo antes de que comience la carnicería. No, no dirá nada. El tesoro, ahora que no va a ser suyo, no será de nadie. El dolor regresa. Una y otra vez. Sangre, miedo, obstinación y muerte en Toledo. Y oculto, allí mismo, un libro por el que se mata y por el que se muere.

Así, tras el sufrimiento, tras el pánico, las lágrimas y la sangre, el silencio, y, con él, Julián emprende el largo viaje que le profetizó su amigo Egidio de Portugal: el que da comienzo cuando se abre la puerta que franquea la muerte. Entonces la noche se quiebra en frenética búsqueda: la de los asesinos que ansían aquello que Julián se ha negado a revelarles pese a la tortura que sin misericordia le infligieron. Pero por más que revuelven, destrozan, examinan, comprueban, no hallan lo que buscan, y, frustrados, tres horas antes del amanecer, se van como vinieron, entre sombras y en silencio.

5

Miguel de Zamora tiene diecisiete años y adora el conocimiento. Precisamente por eso es discípulo y aprendiz de Julián de Ávila, y por eso también, porque es un muchacho despierto y de buen corazón, decide ir a ver qué le pasa a su maestro, al que lleva sin ver dos días con sus respectivas noches. Así que deja el *scriptorium* y se encamina a la estancia que ocupa su maestro y, tras llamar a la puerta sin obtener respuesta alguna, se atreve a empujarla, lo que le hiela el corazón. Julián de Ávila nunca, nunca se deja la puerta abierta cuando está dentro de su habitación. Está dentro... ¡Vaya que si lo está! Esparcido por todos lados y casi irreconocible. Su cuerpo ha sido salvajemente mutilado y la carnicería resultante, con su rosario de partes cercenadas, sangre coagulada y entrañas desparramadas, golpea los ojos, la mente y el estómago del pobre Miguel, quien, al ver aquello, se dobla en dos y vomita el desayuno. Cuando logra enderezarse, solo tiene aliento para hacer dos cosas: ponerse a gritar y salir corriendo.

Fue el comienzo de un día extraño. ¿Cómo denominar si no a uno en que se tiene claro que ha aparecido el diablo? Aquello, la espantosa muestra de crueldad y barbarie que representa el cadáver mutilado de Julián de Ávila, solo al demonio puede atribuírsele. ¿Por qué tan terrible ser se cebó así con un pobre clérigo? Algunos recordaron entonces, alarmados y con un comedido tono de reproche —pues uno no empieza a hablar mal de los muertos cuando están aún de cuerpo presente, aunque el susodicho esté

despedazado—, que Julián había sido discípulo del mago Miguel Escoto y que frecuentaba, de tanto en tanto, al oscuro y mal afamado nigromante Egidio de Portugal, y, claro, ya se sabe que quien tienta al diablo lo encuentra. Otros apuntaron en dirección al pecaminoso gusto por las mujeres que el difunto tenía y que, aunque trataba de ser discreto, era cosa tan notoria como escandalosa y, quizá también, digna de recibir castigo.

En cualquier caso, habladurías aparte, la mala nueva alarmó a todos y corrió como la primavera en abril hasta llegar a la corte y a los oídos del rey.

Al principio, Alfonso no dio crédito a lo que le contaron y, como buen sabio que era, decidió verlo por sí mismo. Los reyes, a menudo, también tienen malas ideas, y esta lo fue en grado sumo. Cuando, acompañado por sus nobles y oficiales, entró en la habitación donde aún yacía el descuartizado cuerpo, Alfonso se quedó muy quieto, muy pálido, muy impresionado... y, tras la impresión, perdió toda su real prestancia y apostura. Se dobló en dos, hizo lo mismo que el pobre y joven Miguel, quien, también en la escena, añadió el almuerzo al ya expulsado desayuno. Tras calmar un tanto el estómago, el rey pudo persignarse y, sin apresurarse más allá de lo que exigía el regio decoro, salió a toda prisa de aquel lugar infernal. Y es que la horrible escena solo podía ser explicada echando mano de la presencia del diablo. No cabía en mente alguna que asesinos humanos pudieran haber recurrido a tal grado de crueldad, de maldad, de inhumanidad... Sobre todo porque no se podía entender que alguien pudiese odiar tanto a un simple sabio, miembro de la Escuela de Traductores de Toledo, la cual el rey, como antes de él todos los reyes de Castilla desde Alfonso VII[1] , sostenían generosamente.

Cuando Alfonso recuperó el ánimo en sus habitaciones, fue capaz de reflexionar de nuevo con cierta tranquilidad y llegó por sí solo a la única conclusión racional: la crueldad desmedida es atributo que pertenece a los hombres en exclusiva. El diablo se limita a empujarlos en la dirección del mal, pero son las manos humanas las que causan el dolor y las que de sangre se manchan. Dicho de otro modo, un asesino andaba suelto y lo mínimo que podía hacer por el alma del pobre Julián de Ávila era descubrirlo, apresarlo y someterlo a justo castigo. Nadie había visto ni oído nada y nadie conocía razón alguna para tan cruel asesinato, ni se sabía nada sobre un enemigo manifiesto que pudiera haberlo llevado a término con semejante mala saña. Por otra parte, no era fácil hacer con un hombre lo que con Julián de Ávila habían hecho. Para llevar a cabo algo así, se necesitaba habilidad con el cuchillo, desde luego, pero también conocimientos de anatomía y medicina. Y es que el cuerpo, o lo que de él quedaba, mostraba señales de haber recibido no solo heridas, sino también apresuradas curas que impidieron que se desangrara antes de tiempo.

Aquello era, en suma, no solo un horrendo asesinato, sino también un enigma, y Alfonso, tras la cena, decidió llamar al más sagaz de los hombres del reino para resolverlo: a Martín Pérez de Zamora. Canónigo de la catedral, médico, jurista, teólogo y astrónomo, y, además, un hombre avezado en enfrentarse al mal y en descubrir dónde se esconde.

Martín Pérez de Zamora tiene cincuenta y cuatro años y un buen dolor de cabeza. Es una combinación perfecta para que tuerzas el gesto si alguien, a las once y media de la noche, se pone a aporrear tu puerta y a gritar tu nombre para sacarte de la cama. El primer impulso es mandar a paseo a quienes profieren con tanto ímpetu su nombre, pero entre las voces Martín Pérez distingue la de alguno de

los hombres del rey, y entre sus palabras a gritos reconoce un mensaje claro y que no se puede desatender: el rey Alfonso ordena que acuda de inmediato a su presencia. La extrañeza y el miedo se mezclan en sus pensamientos mientras trata de vestirse a toda prisa. El hecho de que un rey, por muy sabio que sea, exija tu presencia al filo de la madrugada suele traer malas nuevas, de esas que acostumbran a venir acompañadas del filo del hacha. Semejante ira real la ha despertado con algunas cosas que espera que nadie sepa y que ahora mismo, mientras se calza las austeras sandalias, ruega a Dios que nunca se conozcan y que el rey siga ignorando. Tiembla, quizá de frío, quizá de miedo, quizá de ambos. Abre al fin la puerta y la luz de tanta antorcha lo ciega un instante y lo obliga a parpadear, los ojos claros se le llenan de lágrimas que, Cristo Bendito así lo quiera, espera que no sean un anticipo de las que tenga que llorar si las cosas van mal. Sin embargo, no van mal, o al menos no para él. Durante la apresurada caminata que emprende escoltado por los hombres del rey, a su asustada mente llegan retazos de confusas informaciones que mezclan cosas tan extrañas como pueden serlo el diablo, la muerte de uno de los sabios que trabajan bajo la protección del rey y también, con todo ello, nigromancia, misterio y crueldad sin límites. Todo así, de corrido, medio gritado, medio mascullado y sin que pueda ordenarse en algo que tenga pleno sentido.

En este estado, atribulado, tiembla y trata de guardar una calma que no tiene. Lo llevan en presencia del rey. Lo acompaña don Nuño González de Lara y el joven arzobispo de Toledo, Sancho de Castilla. Aquel lo aguarda envuelto en un pesado manto de lana cuartelado con las armas de sus reinos y bordado en oro sobre fondo carmesí.

—Os he convocado, mi buen Martín Pérez, para que esclarezcáis si el crimen que angustia a Toledo lo cometió el diablo, como algunos

dicen o, como yo considero, algún malvado que permanece en la sombra.

Martín Pérez de Zamora casi suspira de alivio al comprobar que, efectivamente, aquello, después de todo, nada tiene que ver con sus faltas, sino con las de otros. ¡Vaya faltas! Cuando le cuentan en detalle lo que ha pasado, visita la habitación del crimen y analiza lo que allí encuentra, le tiembla el alma. Aquello, en verdad, solo puede ser obra del diablo. Está solo. Los hombres del rey que lo han llevado allí se han querido ahorrar tener que volver a lidiar con aquel desazonador y carnicero misterio. En cuanto al tembloroso Miguel, el discípulo del fallecido, al que se ha ordenado que lo asista, ha preferido también quedarse junto a los hombres de armas, en la puerta de la estancia. Al verla, a Martín Pérez se le ocurren otros nombres más ajustados a lo que está viendo: matadero es uno de ellos. Allí no se ha cometido un asesinato, sino que se ha llevado a cabo un ritual satánico o lo que uno pueda imaginar que se podría hacer si se quisiera agradar al mal más absoluto. Por las paredes y muebles hay sangre encostrada y pedazos de carne humana, y en el centro, abandonada, mutilada, está la cabeza de Julián de Ávila. Es una imagen muy inquietante para ser contemplada a la luz de una solitaria vela, la que sostiene en alto Martín Pérez. Afuera, en silencio, aguardan los guardias y el discípulo del desgraciado sabio despedazado. Las antorchas que portan también prestan algo de su luz al macabro espectáculo y hacen danzar sombras siniestras por la habitación, un espacio que Martín examina con cuidado y tratando de imponerse al miedo. Lo primero que le llama la atención es que las paredes, el escritorio, el taburete, la cama, la vasija, la jofaina, la jarra, la mesita y hasta el último objeto y mueble de la habitación están empapados o salpicados de oscura sangre reseca, pero el suelo permanece totalmente limpio de ella. Eso no es natural y

obliga a Martín Pérez a agacharse y acercar la vela al piso de la estancia en busca de más información.

No la halla: el suelo, pulgada a pulgada, está limpio..., limpio de sangre. Demasiado. Es evidente que alguien se tomó la molestia de limpiarlo antes de dejar el escenario del crimen, y quien se toma una molestia busca ocultar algo.

—¿Miguel? —llama al tembloroso discípulo de Julián de Ávila, quien, a regañadientes, entra en la habitación sujetando, o eso intenta, una antorcha.

La suma de nueva luz afirma a Martín Pérez en su suposición: aparte de las marcas de vómito dejadas por Miguel y por el rey, el suelo está libre de sangre excepto por una mancha amarillenta situada a tres pasos del taburete volcado. Con cuidado, Martín Pérez se acerca al escritorio y recoge del suelo una pluma de cuervo. Al acercarla a sus ojos azules y penetrantes, observa que la fisura de la negra pluma está limpia de tinta[2] . Evidentemente, Julián de Ávila, experto en las artes de la escritura, la limpió antes de... guardarla. Dicho de otro modo, lo asesinaron justo cuando terminaba de concluir un trabajo de escritura. Raudo, Martín Pérez examina con cuidado toda la habitación, pero no halla pergaminos, ni papeles que justifiquen que Julián de Ávila acabara de terminar de escribir cuando el asesino —o asesinos— se le echó encima. Una idea le acude entonces a la cabeza. Se gira con brusquedad, se encamina al sólido escritorio y observa la posición del taburete caído y, un poco más allá, la de la extraña mancha de color amarillo: la única que, junto con las de vómito, mancilla el suelo limpio.

—Acerca la antorcha a esa mancha amarilla, muchacho —ordena con voz calma al asustado Miguel.

Acompañado de la luz, Martín Pérez examina la marca y luego, para sorpresa de Miguel, pega la nariz al suelo y olfatea.

—Orina. Esto es orina —dice reflexivo mientras se pone en pie y se sacude las manos blandas de erudito—. ¿Qué quiere decir todo esto, joven Miguel?

Pero el joven Miguel se limita a tragar saliva con dificultad y a mirarlo con ojos dilatados de puro terror. Así que Martín Pérez chasquea la lengua ante tan poco carácter y se explica:

—Tu maestro, justo antes de morir, trabajaba en una copia o en cualquier otra labor de escritura. Entonces, cuando ya se hallaba en la limpieza y guardaba sus útiles de copista, lo sorprendieron por la espalda, lo arrastraron hacia atrás tapándole la boca y lo colocaron en el taburete justo ahí, sobre esa mancha de orina. La orina de Julián de Ávila. Luego, probablemente para evitar que los meados de tu maestro lo salpicaran, el asesino lo arrastró un poco más allá —señala junto a una de las encostradas paredes— y dio inicio a la orgía de sangre —continúa Martín Pérez con una serenidad y una frialdad que pocos pueden poseer.

—¿Cómo podéis saber eso, señor canónigo? —se atreve a preguntar el muchacho, estimulado, por así decirlo, por la calma y reflexiva actitud de Martín Pérez.

—Es evidente, Miguel. Si el asesino hubiera comenzado a herirlo cuando a tu maestro se le soltó la vejiga, la sangre se hubiera mezclado con la orina y, teniendo además en cuenta cuánto se preocupó el asesino por limpiar del suelo cualquier rastro de sangre, no habríamos podido detectar la marca amarilla.

El joven se queda con la boca abierta ante la explicación. Aquello sigue dándole mucho miedo, desde luego, pero Martín Pérez, el canónigo, muestra tanto aplomo y tanta sagacidad, y lo explica de manera tan lógica, que el gusto por el saber que siempre ha poseído a Miguel comienza a alentar su interés y a amortiguar el terror que lo embarga.

El muchacho mira en dirección a Martín Pérez y lo ve examinando de nuevo el suelo y las paredes: el primero tan limpio; las segundas, tan repletas de sangre. A la luz de la vela y la antorcha, Miguel ve a un hombre de cincuenta y tantos años, enjuto, con cabellos entrecanos que flaquean en la coronilla, rostro agraciado, bien afeitado y ojos pequeños, vivaces y de claro y cambiante color.

—Sí, definitivamente. El asesino o los asesinos se tomaron la molestia de quitar la sangre del suelo —vuelve a decir Martín Pérez —. Fíjate, Miguel, ¿no ves que la vasija, esa grande de ahí, no tiene ni una pizca de agua? Salta a la vista que la usaron para limpiar el suelo, y emplearían también esas sábanas que hay ahí tiradas en un confuso montón y que tan sucias parecen —dice ahora señalando con la vela las cosas que nombra—. Pero eso, joven Miguel, nos debería llevar a la gran pregunta.

—¿La gran pregunta? —balbucea el joven.

—¿Por qué?

Miguel trata de pensar en la respuesta, de veras que sí. Pero entonces su mirada termina por posarse en la cabeza cortada de su maestro, que, sin ojos en las cuencas, parece hacerle también la misma pregunta: «¿Por qué?». Así que se le seca la boca, primero, le sube una náusea, después, y, oh fatalidad, vuelve a inclinarse para vomitar. Así que Martín Pérez, meneando la cabeza con fastidio mientras su improvisado ayudante se alivia, termina por contestar él mismo a su propia pregunta:

—No fue un asesino, sino al menos dos, los que se cebaron con el desgraciado Julián de Ávila. El demonio no estuvo aquí. El diablo no necesita borrar huella alguna. Los hombres sí. Piensa en esto cuando termines de echar fuera la cena, muchacho. Si solo hubiera intervenido un asesino, no le habría importado que viésemos sus huellas. Pero, por el contrario, se afanó en borrarlas todas, las suyas,

las de Julián de Ávila y las de su compañero. Lo que quería ocultar era que no actuaba solo.

—¿Cómo entraron en la habitación sin que mi maestro se alertara de ello y gritara? Habéis dicho que estaba guardando sus útiles de escritura cuando lo sorprendieron —pregunta ahora el joven, quien, por lo visto, tiene más clara la mente tras aclararse también el estómago.

—¡Buena pregunta! ¿Cómo crees tú posible semejante cosa?

Miguel se toma su tiempo. Lleva, llevaba, cuatro años aprendiendo y trabajando con Julián de Ávila, y pocos hombres eran tan metódicos y cuidadosos como su finado maestro, y entre sus muchas manías cuidadosas estaba la de cerrar con llave la puerta de su habitación cuando se quedaba a solas.

—Mi maestro siempre echaba la llave si estaba aquí dentro —afirma convencido—. Pero la puerta, eso lo comprobé yo mismo, estaba abierta y no estaba forzada.

—¿Eso a dónde nos lleva? —inquiere Martín Pérez, alentando con un gesto de la mano que porta la vela y con su aguda mirada al ahora huérfano discípulo.

—Bueno... Si mi maestro no abrió la puerta, si no se percató de que entraban y si la puerta no fue forzada...

—¡Tenían la llave o una copia de ella! —completa Martín Pérez, quien, por lo visto, es de los que no esperan—. ¿Y a dónde nos lleva eso?

—¡El asesino... o, mejor dicho, los asesinos, conocían a mi maestro o lo frecuentaban lo suficiente como para robarle la llave!

—¡En efecto, muchacho! Así que vamos progresando: primero, aquí no hay diablo que valga. El diablo no necesita limpiar sus huellas, ya que no es un ser material, ni tampoco necesita hacerse con ninguna llave para traspasar una puerta. Segundo, fueron dos o

más los asesinos y tenían interés en que ese dato no se descubriera. Tercero, Julián de Ávila fue sorprendido. No esperaba el ataque y lo sufrió justo cuando terminaba de trabajar. Cuarto, los asesinos habían tenido acceso a la llave de su habitación y, por ende, o conocían al asesinado o compartieron con él espacio y tiempo. Y quinto, y muy importante: el móvil del asesinato fue lo que tu maestro estaba escribiendo. ¿Por qué? —pregunta, pero es pura retórica, pues ya tiene la respuesta—. Porque, como ves, muchacho, en esta habitación no ha quedado ni un papel, ni un folio de pergamino, ni un libro... ¡Nada! Los asesinos, evidentemente, se llevaron todo aquello que pudiera dar soporte a unas líneas de escritura.

Miguel asiente, un tanto bobalicón, por cierto, ya que aquello, una vez más, lo ha dejado con la boca abierta. Y es que, en efecto, la estancia de su maestro estaba, por lo general, repleta de hojas de papel y pergamino, de libros a medio leer o a medio copiar, de apuntes... En suma, de escritura que ahora, allí, en presencia de tanto horror y tanta sangre, no aparece por ninguna parte. Entonces, un brillo metálico, proveniente de un rincón, atrae su atención y, dando unos pasos, se agacha y recoge el objeto en cuestión para gozo de Martín Pérez: una llave.

—¡Magnífico, muchacho! ¿Sabes lo que significa eso? —Y como Miguel niega con la cabeza, se lo aclara—: Puesto que la llave sigue aquí, abandonada, lo más lógico es pensar que no la necesitaron para abrir la puerta. Dicho de otro modo, la abrieron con otra, con una copia, y eso indica que el crimen fue planeado con tiempo. Tiempo para robarle la llave a Julián sin que se diera cuenta y tiempo para hacer una copia a toda prisa, antes de que echara de menos la original. —Y al llegar a ese punto, Martín Pérez se queda mirando a Miguel con otros ojos, y, cuando el chico comienza a

ponerse nervioso, se acerca a él, lo toma por la barbilla y lo taladra con la mirada.

—¿Te llevabas bien con tu maestro?

Miguel tarda en responder. En primer lugar, porque no le salen las palabras de tanto miedo que le imprime la inquisidora mirada de Martín Pérez, y, en segundo lugar, porque, ciertamente, pese a que a veces era un poco excéntrico, adoraba a su maestro.

—Era para mí como un padre, señor canónigo —responde al fin.

—¿De veras? Bueno, lo comprobaré. Ahora, por lo pronto, vamos a preguntar a todo el mundo y a confeccionar con sus respuestas una lista de todas las personas con las que Julián de Ávila pasó tiempo durante sus últimos días. Te diré una cosa, muchacho: entre ellas hallaremos a los asesinos de tu maestro.

6

Hacer la lista llevó tres intensos días de trabajo al canónigo Martín Pérez; a cambio, obtuvo con ella muchas jugosas novedades, y algunas de ellas fueron, podría decirse, incluso sorprendentes o escandalosas, si no para todos, al menos para los que creían conocer al difunto y malogrado Julián de Ávila.

Así, por ejemplo, entre los nombres de la lista definitiva figuraba, en dos ocasiones, el de la meretriz más famosa de Toledo: Beatriz la Loba. Junto a ese nombre tan poco apropiado para acompañar el recuerdo de un clérigo en teoría dedicado en cuerpo y alma al estudio, también figuraban el del comerciante judío Samuel de Madrid y el de tres eruditos al servicio del rey y de su *scriptorium*: el judío Yehuda ben Moshe, astrólogo y médico del soberano; Juan de Aspa, un experto en astronomía, y el matemático y médico musulmán al-Ricutí. Por último, para completar la lista, otro nombre poco apropiado: el del nigromante Egidio de Portugal.

Seis nombres. Seis sospechosos: una puta, un nigromante, un comerciante judío y tres maestros al servicio del rey Alfonso. La cuestión ahora estaba en cómo abordarlos. El canónigo Martín Pérez tenía experiencia en el asunto: interrogar, intimidar y confrontar. Esas eran sus tres premisas y las puso en práctica de inmediato. El primero en ser llamado a presencia del canónigo fue el comerciante Samuel de Madrid. Martín Pérez lo recibió en la habitación del asesinado para poner nervioso al interrogado. Era una estratagema que solía dar buenos resultados.

En efecto, los restos —nunca una palabra fue más apropiada, porque eso, *restos,* era lo único que los asesinos habían dejado del pobre Julián— habían sido retirados y cristianamente sepultados, pero el canónigo Martín Pérez había exigido que no se limpiaran las manchas de sangre oscura que salpicaban las paredes y colmaban la cama, el escritorio, el taburete, la gran vasija y cualesquiera otros objetos de aquel matadero en el que solo el suelo permanecía extraña e inquietantemente limpio.

Aquello, ser recibido allí, intimidó desde el principio a Samuel de Madrid. Pero el hebreo tenía mucho mundo y era hombre con aplomo, y allí estaba, con sus mejores ropas y gesto controlado, ante un inquisidor de rostro ascético y mirada tan afilada como la de una espada recién salida del taller de un espadero de Toledo.

Ante las preguntas de Martín Pérez, el hebreo declaró haber atendido a Julián de Ávila diecisiete días atrás y haberle vendido una pluma de cuervo, pergamino de poca calidad y un libro titulado *Liber ignium ad comburendos hostes*. Un viejo códice escrito en pergamino, ricamente iluminado y atribuido a un tal Marcos el Griego. Una obra que versaba sobre la fabricación y el uso de sustancias inflamables útiles para la guerra.

—¿Cuánto os pagó por él? —inquiere Martín Pérez, como si eso, el precio del libro, tuviera algo que ver con que descuartizaran en vida al pobre Julián.

—Treinta y dos maravedíes burgaleses, señor canónigo.

La respuesta, precisa, clara, es la esperada en alguien que no tiene nada que ocultar y que, por ende, no titubea al trasladar datos, pormenores o detalles. Martín Pérez conoce, desde luego y desde hace años, a Samuel de Madrid, y tiene pocas esperanzas, por así decir, de que sea el asesino, pero nunca se sabe... Por eso mantiene un hosco silencio que ponga un poco más nervioso al

mercader de libros y, mientras aguarda sus efectos, endurece el gesto y fija sus implacables ojos claros en los del hebreo.

—No hallamos ningún libro en la habitación del desgraciado Julián de Ávila —apunta al fin, rompiendo la intimidante paz y señalando con severidad con la barbilla al judío para que crea que lo está acusando de mentirle—. Treinta y dos maravedís es una buena suma. ¿No os parece extraño que Julián de Ávila, tras pagar semejante cantidad, perdiera el libro? —concluye, lanzando la insidiosa pregunta mientras se echa hacia delante en la silla que han dispuesto para él y, de inmediato, tras una corta pausa, habla de nuevo, haciendo un imperioso ademán para señalar una porción del suelo de la habitación—. ¡Mirad, justo ahí dejaron la cabeza mutilada del pobre Julián!

Lógicamente, Samuel se sobresalta. Pero sostiene la inquisitiva mirada del canónigo sin perder el ánimo. Samuel es un hombre maduro, pero aún recio, y tiene poderosos protectores en Toledo y, entre ellos, no pocos grandes señores de la corte en cuya protección confía. Pero luego, al desviar los ojos hacia el lugar del suelo que le ha señalado su interrogador e imaginar la cabeza cortada del viejo Julián de Ávila, siente que las piernas le flaquean un tanto. En efecto, es hombre astuto y sabe que aquello, el aludir, sin venir a cuento, a algo tan horrible, no es sino una treta del canónigo para desequilibrarlo, pero, aun así, se desequilibra.

—Le vendí el libro —insiste—. Lo que con él hiciera ya no me compete, señor canónigo. Era una obra que, según el pobre Julián, podía interesar a los hombres de guerra que comandan las fuerzas del rey. Por eso, se la llevó con la intención de hacer una copia para ellos en la lengua romance de Castilla, ya que pocos capitanes y caballeros saben leer el latín y menos aún tienen algún conocimiento de alquimia. Eso es todo lo que puedo deciros.

Y de nuevo silencio. Silencio entre paredes encostradas con sangre oscura y que Martín Pérez aprovecha para sopesar bien lo que acaba de oír. Y es que, aunque la voz le ha temblado un poco al hebreo, lo cierto es que su respuesta, directa, concisa, certera, no ofrece resquicio alguno para continuar con el interrogatorio, y eso fastidia un poco al canónigo. Como buen canónigo de la catedral, le tiene un poco de ojeriza a los judíos de Toledo y no le hubiera importado echarle a uno la culpa de tan tremebundo asesinato. Pero el rey quiere la verdad, y la verdad del asesinato que investiga, por lo visto, no tiene nada que ver con este judío.

—¿Estáis seguro de que no le vendisteis nada más al asesinado? —pregunta ahora, un poco a la desesperada y pillando con la guardia baja a un Samuel que, ante la expresión facial que había adoptado su interrogador, se creía ya a salvo de él.

El comerciante se toma ahora más tiempo del que se podría considerar necesario para responder con veracidad y luego, con un tono de voz menos seguro que el que usara antes, confiesa:

—Bueno... Es embarazoso decir esto, señor... —comienza a argumentar, azorado, indeciso, balbuciente.

—¿Me habéis mentido? —Y en el tono de la pregunta se avista el deseo de que así sea, y también un poco de rabia.

—¡No, no! Veréis, es que omití algo por piedad hacia la memoria del pobre Julián.

—¿Algo? ¡Estáis bajo juramento! —estalla Martín Pérez golpeando con la mano uno de los brazales de la silla donde está sentado.

—Lo sé, canónigo... Pero la decencia...

—¿De qué estáis hablando?

—El clérigo Julián de Ávila era aficionado a... los placeres carnales, y en mi tienda, ya lo sabéis, no solo se venden libros, tinta, papel, pergamino, perfumes y especias, sino también drogas llegadas de

Oriente, y alguna de ellas, si se sabe usar, es favorable, digámoslo así, a que el miembro viril de un hombre vuelva a ser capaz de satisfacer a una mujer.

Martín Pérez baja la cabeza como escandalizado, y el propio Samuel, con el rostro oportunamente encarnado, hace otro tanto. Silencio, ahora uno incómodo y largo que, de nuevo, se ayunta con las paredes manchadas con la sangre del hombre de cuya intimidad hablan, y cuando Martín Pérez vuelve a alzar los ojos, en su clara mirada hay severidad, y su rostro, anguloso y un tanto ascético, está repleto de pretendida dignidad.

—Está bien, Samuel de Madrid, podéis iros. Pero os exigiré algo.

Ante aquello, Samuel se pone rígido y nota un repentino malestar que muta en un sudor que se reúne en las palmas de sus manos y le corre por la espina dorsal. No es para menos, ya que el hombre que tiene enfrente, el canónigo, tiene fama de duro y sagaz, y el rey le ha dado poder para investigar, detener y hasta someter a tormento con el fin de descubrir quién asesinó a Julián de Ávila. Un hombre con esos poderes y ese carácter puede meter mucho miedo, sobre todo cuando exige algo.

—No quiero que nadie más sepa que Julián de Ávila frecuentaba vuestra tienda en busca de semejantes sustancias. ¿Entendido? Era un clérigo y, por añadidura, un sabio al servicio del *scriptorium* del rey. Su memoria tras su terrible muerte debe permanecer limpia de toda mancha. ¿Queda claro?

Samuel asiente con la cabeza antes de bajarla y, al hacerlo, se permite una oculta y desdeñosa sonrisa: hipocresía. Eso es lo que rige el mundo de los poderosos que hablan en nombre de Dios, con independencia de si escriben su nombre como Yahvé, Cristo o Alá.

—Por supuesto, podéis contar con mi discreción, señor canónigo —contesta, alzando de nuevo el rostro, que ya no luce la oculta

sonrisa, sino una conveniente y comprensiva expresión.

Y se va. Aliviado de abandonar la habitación colmada con el aroma de la muerte y, ante todo, de salir con bien de aquel trance al lograr mantener en secreto tres cosas: que había vendido un segundo libro al asesinado Julián de Ávila; que todavía conservaba en su poder el primero de los códices que el finado compró, el tratado sobre sustancias inflamables de Marcos el Griego; y lo más importante, que se había apresurado a informar al todopoderoso consejero del rey, don Nuño González de Lara, de que el libro que finalmente se había llevado el clérigo tenía algo que ver con un *thesaurós*, esto es, con un tesoro.

Mientras vuelve a su casa, Samuel se pregunta, ya lo ha hecho mil veces desde que tuvo noticia de la horrible muerte de Julián de Ávila, si la información que había pasado al conde de Lara había sido la causante del asesinato. Esperaba que no fuera así... Pero, en cualquier caso, la culpa del homicidio no recaía sobre él, sino sobre quien lo hubiera ordenado y sobre quien lo hubiese ejecutado. Eso se repite una y otra vez, pero sin lograr convencerse del todo, y esa noche, Samuel, tampoco puede dormir bien.

De igual modo, Martín Pérez no durmió, ya que se fue a visitar la forja de un herrero. Se le vino a la mente la llave... Esos objetos, pequeños y de hierro, los hacían los herreros, y el canónigo había visitado a todos y cada uno de ellos, excepto a este último, al que ahora, en mitad de la noche, para sobresaltarlo un poco, va a ver escoltado por seis peones y dos ballesteros de la mesnada real mandados por Tello Bermúdez, caballero del rey[1] . La comitiva es la que es porque el asesinato de Julián de Ávila, por expreso deseo del monarca, no ha sido puesto en manos del alguacil mayor, sino del canónigo Martín Pérez, al que se le ha otorgado el derecho de servirse del auxilio de las tropas reales.

Mientras camina junto al canónigo Martín Pérez, Tello Bermúdez no lo hace de buen humor. No logra quitarse de la cabeza las desdeñosas palabras con las que lo despidió Juana. Pero si esa cuita no bastara, se le suma la del cielo, que amenaza lluvia y, como siempre que eso se avecina, le duele de forma espantosa la herida que un lancero genovés le abrió en la cadera. Para colmo, necesita con urgencia dinero, ya que la cosecha que dieron sus escasas tierras fue menguada. Así que, cuando una rata tan grande como un gato se le cruza, le da una patada a la bestezuela. El bicho, negro como el infierno, salta por los aires y va a estamparse contra la pared de la herrería, justo dos pasos a la derecha de la puerta que da acceso al taller de Hernán Mano Martillo, herrero de dudosa moralidad y peor fama que, al ver cómo un caballero y ocho soldados uno tras otro y bien armados penetran en su forja, se queda helado, con el pesado martillo en alto y las tenazas aferrando un hierro al rojo vivo puesto sobre el yunque. La sorpresa no se le acaba, ya que, tras los hombres de armas, penetra en su herrería un canónigo que viste hábito oscuro, luce unos ojos claros y un rostro afilado que recuerdan, mira tú por dónde, a un lobo astuto y hambriento.

—¿Hernán Mano Martillo? —pregunta, aunque no hacía falta, el alto caballero.

Hernán asiente. Le gusta trabajar de noche... No es que le guste, es que determinados trabajos, como liberar de sus grilletes a un fugado o a un esclavo, hacer copias de llaves robadas o alterar armas sustraídas para volver a venderlas como nuevas, son actividades que requieren de sombras y cautela. Por eso mismo, que se llene el taller con gente armada y con un canónigo al servicio de la justicia del rey es una mala, pésima, deplorable nueva.

—Veo que estáis volviendo a forjar una espada. ¿No es cierto?

La pregunta, hecha con una de esas sonrisas que te quitan las ganas de sonreír, la ha hecho el canónigo vestido de negro, que, adelantándose al caballero y a los soldados, se ha acercado al yunque para ver la espada robada que estaba modificando.

—Constato que aún conserva la marca de su anterior propietario. —Apunta el canónigo Martín Pérez, con tono ligero, pero tan malicioso que el herrero siente un escalofrío.

Sí, y, de paso, la necesidad de salir corriendo. Esgrimiendo las tenazas que tienen sujeta la hoja al rojo vivo que estaba modificando, lanza con ellas un golpe contra el sorprendido canónigo. Es un borrón candente dispuesto a destrozarle la cara a Martín Pérez, pero la espada de Tello Bermúdez lo detiene. Logró desenvainarla muy rápido y parar el inesperado ataque, ambas cosas posibles únicamente cuando desde los ocho años te pasas los días adiestrándote y desde los quince te lanzas al ancho mundo a matar y a tratar de que no te maten.

El caso es que la espada del caballero no solo detiene el golpe del herrero, sino que gira, retrocede y regresa, todo en un único, fluido y centelleante movimiento. Golpea de nuevo, desarma a Hernán y termina en el pescuezo del asombrado rufián.

—Puedo abrirte en canal como a un cerdo —advierte Tello, en un tono bajo, repitiendo, sin alterarse, algo que ya había dicho su espada.

Y Hernán no necesita más. Lo han cogido. Una noche tenía que pasarle y ha sido esta. Después hubo preguntas, golpes y la amenaza del tormento. No hizo falta más. Hernán reconoció que había hecho la copia de la llave que le mostró el canónigo. Se la había encargado un hombre embozado, con acento sureño, moro, para más señas. Ante aquella confesión, Martín Pérez saca su lista y hace una cruz al lado del nombre de al-Ricutí. A continuación, extrae

de un pliegue de su hábito la llave de la celda de Julián de Ávila, y se la tiende al caballero Tello Bermúdez.

—Miradla bien, buen caballero —le dice adoptando una expresión de esas que esperan que tú seas incapaz de atisbar siquiera lo que es evidente para él.

Tello examina la llave de hierro: una cabeza tosca, pero que quiere imitar la estilizada figura de un perro, y una dentadura bastante compleja, llena de salientes y huecos que encajan en los *wards*[2] de la cerradura para la que se forjó. En suma, una llave sencilla, pero hecha para una cerradura especialmente segura.

—Es un buen trabajo. El blanco de hierro fue bien forjado, la cabeza fue doblada y cincelada con habilidad, y la dentadura, cortada con precisión mediante la técnica del punzón y luego limada con destreza. La cerradura a la que estaba destinada era la que encargaría un hombre deseoso de mantener una puerta bien cerrada.

Martín Pérez arquea las cejas sin poder contener su sorpresa. Al fin y al cabo, este caballero, fuerte como un toro y diestro con la espada como pocos, también posee seso.

—¿A dónde os lleva eso?

Tello vuelve a clavar sus grandes ojos castaños en la llave y la sopesa antes de contestar.

—Puesto que la llave original es tan elaborada, ese rufián de Hernán Mano Martillo no pudo hacer la copia en un descuido, sino que necesitó tiempo, y ese tiempo, demasiado tiempo, hubiera alertado al desdichado Julián de Ávila de que le habían sustraído la llave.

—¡En efecto! Sois hombre sagaz, señor Tello. ¿A dónde nos lleva ahora esa conclusión?

—Es obvio, vuesa reverencia, que debieron de sustraerle la llave, pero que el tiempo de ese hurto fue breve y, por lo tanto, debieron de aprovecharlo para hacer un molde de cera que luego llevaron a ese bellaco de Hernán para que, a partir de esa muestra, forjara la copia para entrar en la estancia de Julián de Ávila. —Martín Pérez asiente. A decir verdad, él ha llegado a la misma conclusión: uno de los asesinos tenía trato con Julián y aprovechó esa intimidad para sustraerle la llave el tiempo suficiente como para presionarla contra un trozo de cera y dejar así un apresurado molde.

—Señor caballero, me han dicho que hace unos días, junto al río, os encontrasteis con el asesinado Julián de Ávila y con el sabio al-Ricutí —suelta el canónigo con un repentino endurecimiento del gesto—. También he oído otra cosa: que sois amigo de ese erudito árabe y que, desde vuestro regreso de las guerras de Italia, pasáis mucho tiempo conversando con él e incluso, no pude dar crédito a esto último, que visita vuestra casa y se interesa por la salud de vuestra hermana viuda. ¿Es que no halláis por ventura médicos cristianos que atiendan a la dama? —añade, y la malicia va en aumento en el tono de su voz, como lo hace el granizo tras el trueno que desencadena la tormenta en una asfixiante tarde de fines de verano—. Por cierto, vuestras manos son extraordinariamente grandes, fuertes y duras como granito. Unas manos así... —concluye, y deja las palabras más peligrosas sin pronunciar, pero llenan el aire entre los dos de cortante sospecha.

Tello se tensa y cierra con fuerza la mano en torno a la empuñadura de la espada. Que alguien se atreva a insinuar siquiera su participación en un crimen es ofensa que no va a permitir, ni a este cura ni a ningún otro hombre sobre la faz de la tierra.

—¿Sabéis? Fuimos quinientos los caballeros de Castilla que el rey envió en socorro de la ciudad de Pisa para que combatiésemos en

sus filas contra Génova y Florencia. Fue una guerra dura y despiadada. Tanto que en ella no se respetaba siquiera el refugio a sagrado que debían ofrecer las iglesias, ni el resguardo que los hábitos debían dar a los curas... ¿Os llegáis a imaginar, reverendo señor, cuánta implacable brutalidad he tenido que contemplar? Al principio, los de Castilla nos escandalizamos al ver cómo se degollaba a los curas sin remordimiento alguno. Con el tiempo, aunque os parezca increíble, uno se acostumbra a todo —concluye. Y lo dice tal cual como quien cuenta algo a un amigo en voz queda, pero con tanto fuego en los ojos, hasta entonces serenos y amables, que Martín Pérez no tiene duda alguna de que, en verdad, Tello Bermúdez «se acostumbró» por completo a no detener su espada ante la protección que, en teoría, deben dispensar los hábitos sacerdotales.

—¡Calmaos! —se apresura a decir el canónigo Martín Pérez ante la torva mirada que los ojos del caballero le lanzan—. ¡Mi obligación es indagar y preguntar, no lo olvidéis! ¡Vos servís al rey con la espada, yo con la mente y la palabra!

—Así es, y sería conveniente que ambos pudiésemos seguir haciéndolo... —conviene el caballero. Pero, mientras lo dice, el canónigo advierte que no afloja la presión de su mano de hierro sobre la empuñadura de la enorme espada de dos filos con la que carga sin esfuerzo alguno—. Al-Ricutí es amigo mío, en efecto, y no creo que un hombre como él haya podido cometer crimen semejante. En cuanto a sus visitas a mi casa y a las atenciones médicas que dedica a mi hermana, eso no os incumbe ni a vos, reverendo, ni a nadie, y si alguien se entromete para deslizar la más mínima insidia contra mi honor o contra el de mi hermana, se las verá con mi espada. Por lo demás, reverencia, si tanto os molestan los galenos judíos y moros, recordad que nuestro señor, el rey, es

atendido por ellos. ¿Criticáis también al rey por tal cosa? —termina por decir, y dejan en el aire una pregunta que desarma al canónigo.

Y silencio. Uno muy oportuno, por cierto. Al canónigo Martín Pérez le sirve para recuperar el ánimo y algo de saliva con la que poder tragar, ya que el susto le ha dejado la garganta tan seca como la superficie de una piedra pómez.

—Lo que vos penséis al respecto del sabio al-Ricutí no me importa, señor caballero. El rey confía en mi criterio como investigador y no en el vuestro. Seré yo quien decida, y lo haré sin que el miedo que pueda causarme un hombre, cualquier hombre, influya en mis conclusiones.

Tello sabe reconocer el valor cuando lo ve. No le gusta este canónigo un tanto presuntuoso, un poco malicioso y una pizca rencoroso. Pero a fe suya que es hombre astuto y que tiene arrestos.

—Sospecha, señor canónigo, no es igual a condena —replica muy despacio—. Mi amigo al-Ricutí demostrará su inocencia, pues las pruebas que contra él esgrimís no son sino simples coincidencias.

—Por ahora, caballero, por ahora.

Eso es todo. Por ahora, siempre por ahora. Después llegan pasos entre las sombras que, en la noche, gobiernan las tortuosas calles de Toledo. Hace frío y la niebla, insaciable, sube desde el Tajo, lame las piedras del palacio del rey, se enrosca en los pórticos de las iglesias, se agazapa bajo los arcos que dan paso a las mezquitas y se congrega entre los dinteles de las puertas de las sinagogas. Calle a calle, desde un barrio a otro, desde la judería a la catedral a medio construir, la niebla amortaja las sombras, y estas, a su vez, prestan su negrura al eco de los pasos de un caballero.

Tello tiene treinta y cinco años y más heridas en el cuerpo y en el alma de las que merece la pena contar. Hijo de un caballero de la

mesnada de Fernando III el Justo[3] que murió combatiendo a los enemigos de su rey cuando aquel tenía quince años, la noticia fue tan demoledora para la madre de Tello que la pobre mujer se dejó morir de pena. Huérfano y a cargo de su hermana, dos años menor, Tello tuvo que hacer frente a tan tierna edad a la voracidad de acreedores y de familiares interesados en despojarlos de todo. Casi lo lograron. Pero Tello demostró ser un hueso duro de roer y la protección del buen caballero Sancho López, que había formado una lanza[4] con el padre de Tello en innúmeras campañas, le permitió abrirse paso por la vida y, con el tiempo, ser armado caballero y servir bajo el estandarte del soberano de Castilla y León.

Servicio repleto de hierro y sangre, pues eran los días en que el buen rey Fernando combatía sin descanso en las tierras de la frontera de Andalucía, en donde los restos de los almohades y los nuevos reyes de taifas andalusíes se disputaban el poder entre sí, a la par que combatían contra las huestes castellanas.

En Murcia o en las disputadas nuevas fronteras de Jaén y Córdoba con Granada, hizo el joven Tello muchas hazañas. Pero fue durante el gran asedio de Sevilla cuando logró fama de caballero arrojado y, con ella, el costurón que le recorre desde el hombro derecho hasta el pecho. Este se lo abrió un alfanje almohade a la vera de la torre del Oro, mientras combatía allí en la cubierta de una nave. Aquella reñida batalla fue en la que, al fin, los barcos del almirante Ramón de Bonifaz lograron romper la cadena que pendía de la dorada torre y, sujetando un pontón de barcas, cerraba el Guadalquivir a los cristianos, impidiéndoles tomar la ciudad[5]. Más tarde, en los campos de Jerez, su gloria se elevó aún más si cabe, al vencer en duelo singular, uno tras otro, a dos campeones moros, lo que le atrajo, definitivamente, el favor del rey. Pero «el favor real» no termina nunca de traducirse en una mejora notable de su hacienda,

que, aunque suficiente, es menguada, y alcanza apenas para sostener su casa con el decoro debido a un hijodalgo con rango de caballero real.

Por eso, para mejorar su situación, aceptó gustoso la orden del rey de partir a las guerras de Italia, y en ellas siguió acrecentando su fama, pero no el peso de su bolsa. Ahora, con más hazañas en su haber que maravedís en su poder, camina de regreso a los establos del rey en donde dejó a su buen Granizo, su caballo gris de batalla y galope de tormenta. Es un noble animal que ganó en el torneo que, dos años atrás, celebrara en Pisa el conde de Donoratico, Ugolino Della Gherardesca, para celebrar sus triunfos en Cerdeña.

Aquel fue uno de los días más gloriosos de su vida. No lejos de la inclinada torre de Pisa[6] , ante miles de personas, cruzó armas con tres caballeros y, de todos, uno tras otro, salió triunfante. Aclamado, exaltado más allá de toda medida, su hazaña la cantaron trovadores y poetas. El conde de Donoratico le entregó, con su propia mano, las riendas de Granizo. Un soberbio destrero, esto es, un caballo de guerra, que había sido valorado en ochenta libras de plata, lo que en moneda castellana equivalía a sus buenos siete mil trescientos sesenta y ocho maravedís burgaleses[7] . Fortuna inmensa para un caballero del rey tan venido a menos como Tello Bermúdez y que, para colmo, vino acompañada de una excelente silla de montar de cuero rojo guarnecida de plata y unos arreos de similar calidad, amén de una armadura equina completa y digna del caballo de un noble de alto linaje. De modo que, de repente, Tello se tornó un hombre rico. Pensó en vender tan magnífico animal y, de esta guisa, solventar todos sus problemas económicos y, de paso, hacerle a su hermana, Isabel, un regalo tan fastuoso que le devolviera la sonrisa tras largos meses de viudez y penurias. Pero cuando montó en Granizo y fue consciente de su fuerza y nobleza, cuando miró a sus

grandes ojos serenos y ambos se reconocieron, no como dueño y bestia, sino como camaradas en la batalla, supo que no podría jamás desprenderse de él.

No fue mala idea, teniendo en cuenta que, en los tiempos que vinieron, en más de una ocasión, en algaradas, duelos y batallas, debió la vida a la rapidez, a la fiereza y a la lealtad de Granizo.

Ahora, cabalgando en la noche, piensa en todo eso y en la locura que lo acosa y enajena, pues, tras ser rechazado por Juana, se le pasó por la cabeza vender el gran caballo y obtener así dinero con el que volver a presentarse ante su dama, con un regalo digno de ella, y suplicar que no rechazara su amor. ¿Locura? Por supuesto, y sabe que, de haberla cometido, nada hubiera cambiado, pues Juana se lo dejó bien claro: él era poca cosa para ella y no quería volver a verlo. De todas formas, fue una suerte que no se decidiera a cometer tamaña estupidez, dado que, de haber vendido a Granizo, un caballero como él no podría hacer nada sin su caballo destrero. Preguntas, pensamientos tan inútiles como ociosos y estúpidos. Mientras se suceden en su mente confundida de hombre enamorado al que su amada rechazó, se ha plantado ante la entrada de su casa, una vieja casona de recios muros escoltada por un granero, un molino de aceite y un establo, rodeado todo ello de huertas y circundado por un olivar, unos sembrados y una nava poco extensa que, resguardada entre dos cerros, da pastos al ganado. Conjunto que, con sus frutos y rentas, sostiene a su familia.

Su familia... Una hermana enferma y viuda y un sobrino de catorce años que solo sueña con lo que él soñaba a su edad: con ser armado caballero y correr mundo en busca de aventuras.

Los tres alanos que guardan la casa salen a recibirlo. Los enormes perros saltan en torno a él cuando desmonta, se rozan con sus piernas, le lamen las manos y alertan a los dos viejos criados,

Guzmán y Gonzalo, quienes, junto con sus familias, labran las tierras.

Tras saludarlo, Sancha, la criada que asiste a Isabel, le franquea la puerta de la casa y lo conduce hasta su señora, que, hilando a la luz de la lumbre y de una candela, lo aguarda pese a lo tardío de la hora.

—Dios te guarde, hermano —lo saluda Isabel, y por la palidez de su rostro, Tello deduce que, una vez más, ha estado vomitando.

¿Qué mal aqueja a su hermana? Ningún médico termina de curarla, ni siquiera de pronosticarlo[8]. Pero día tras día, la enfermedad la consume y, aunque nunca hablan de ello, ambos saben que el otro piensa que la enfermedad, a no mucho tardar, se la llevará a la tumba.

Saber que Isabel morirá pronto le arde a Tello en las entrañas. Quiere a su hermana pequeña con locura y siempre la ha protegido. Sin duda, de nada sirven las armas, la fuerza y el valor frente al mal que corre por sus venas. Además, cuando ella se vaya, tendrá que ocuparse en soledad de su sobrino, y eso, ciertamente y aunque tampoco se lo confiese a nadie, también lo aterra.

—¿Sancha?

—Mi señora.

—Trae la cena del señor caballero. Es tarde, pero supongo que mi hermano aún no ha cenado.

Un poco después, Sancha, que en secreto siempre ha estado enamorada de su señor, le sirve la cena. Tello entretiene a su hermana, le cuenta los avatares de tan extraña jornada en Toledo.

—Temo, Tello, que ese canónigo tratará de cargar de manera injusta la culpa sobre el pobre al-Ricutí —concluye, y su hermoso rostro, tan pálido por el mal que la aqueja, se ensombrece con la preocupación.

Isabel aprecia mucho al médico moro, quien, sin querer cobrar por sus servicios, la ha visitado en varias ocasiones y tratado de poner freno al mal que la debilita, amén de ofrecerle una leve esperanza. Además, el hombre, decidido a hacer todo lo posible por restablecerle la salud, no se rinde y sigue buscando un remedio para el mal que la golpea y, mientras busca, ha escrito a otros médicos de lejanos países explicándoles los síntomas de Isabel y solicitándoles pronóstico y remedios para su enfermedad. Así que entre ellos, entre los dos hermanos y el andalusí, ha surgido una sincera amistad.

—Pienso lo mismo, hermana... Pero no temas. Si en algo se estima mi juicio, estará al servicio de la verdad y, por ende, al lado del bueno de al-Ricutí.

Los dos hermanos se miran largamente. Se parecen mucho: los mismos cabellos lacios y de color castaño claro, los mismos ojos grandes, expresivos y del tono que posee la miel de naranjo, la boca bien definida, la nariz recta, ni grande, ni pequeña... Si, a partir de un mismo bloque de caliza, uno de los maestros canteros que trabajan en la catedral de Santa María de Toledo hubiera querido esculpir dos figuras iguales para luego distinguirlas entre sí solo con los atributos de cada sexo, no podría haber logrado mejores resultados que los que la naturaleza obró con ellos.

—¿Quién crees tú que fue el asesino?

La pregunta de su hermana ya se la había hecho él al leer, de reojo, la lista de sospechosos de Martín Pérez, el canónigo. Vuelve a reflexionar sobre el asunto mientras sus ojos sopesan la austeridad de la sala donde la familia hace la mayor parte de su vida diaria y, como siempre, se siente impotente de no poder ofrecerle a Isabel un lugar mejor en el que tapices, alfombras y bonitos muebles atemperasen la tristeza de sus días y favoreciesen su bienestar. Pero las cosas son como son, y allí solo están ellos dos, la fiel Sancha, el

fuego y las frías piedras que cubren paredes y suelo. Luego, al regresar a la cuestión que los ocupa, se limpia los dedos en el lienzo que de forma oportuna le tiende Sancha, apura la copa de vino y contesta.

—Lo mataron por lo que estaba escribiendo. De eso no hay duda. Así que la pregunta es: ¿quién mataría por eso?

Isabel asiente despacio y reflexiona a su vez. Pero su respuesta no es la que esperaba Tello.

—Un hombre poderoso con maestros del saber a su servicio.

Tello abre mucho los ojos, pues él había llegado a otra conclusión: otro sabio.

—¿Y por qué no otro sabio? Solo a ellos les interesan las cosas relacionadas con el saber.

—¿De verdad? ¿Por qué crees entonces que los reyes, los obispos y los grandes señores mantienen a su lado a tantos maestros del conocimiento? ¿Crees de verdad que es porque aman el saber? No, hermano, no es por eso, sino por el poder. La filosofía, la astrología, la medicina, la historia, las matemáticas... no son solo ideas, conocimiento, palabras o números, sino, ante todo, poder. Poder que guarda lo que está oculto, que preserva la experiencia, que enseña cómo proceder. Poder, en fin, para gobernar, para enriquecerse, manipular, engañar, castigar, sanar o dañar... Así que lo que ese desgraciado de Julián de Ávila tenía entre manos no debía de ser algo baladí, sino extraordinario y precioso. Por eso quisieron arrancárselo a toda costa y antes de que se lo entregara al rey, y, por eso, tras su cruel asesinato, solo puede haber un hombre poderoso, porque esa clase de hombres nunca están saciados y siempre buscan más, sin importarles causar la desgracia de otros.

Tello, como viene pasándole desde que son niños, se queda con la boca abierta. Su hermana siempre ha tenido mala salud, siempre ha

sido frágil, pero es también terriblemente inteligente y suele ser norma que acierte, para su dicha o desdicha, con lo que sus reflexiones le anticipan.

—Te diré una cosa más, Tello. Julián de Ávila era, ante todo, un hábil traductor y un esmerado copista. Sea lo que sea aquello en lo que estaba trabajando cuando lo mataron, está relacionado con un libro. En concreto, con uno muy buscado y tan valioso que despertó al demonio que habita en todo hombre poderoso y ambicioso.

Al escuchar mencionar al maligno, Sancha, temblando, casi derrama la jarra de vino que retira, pero Tello, rápido, sujeta la mano de la criada y le sonríe con calidez para calmarla. La muchacha, azorada, se retira, y los dos hermanos, de nuevo en silencio, dejan que los serene el crepitar de las llamas del hogar y el rítmico sonido de la profunda respiración del dormido Alvar, debido a que el muchacho, a sus catorce años, ya no duerme con su madre, sino en un diminuto cubículo que, mediante una simple cortina de cuero, queda aislado de la sala principal.

—¿Sigues pensando en ella?

La pregunta de Isabel le llega como desde la última llama que se alza en el hogar antes de quedar reducida a latente ascua. Pero nunca han tenido secretos entre ellos y nunca han dejado de abrirle al otro la puerta de su corazón.

—¿Puedo hacer otra cosa?

No, no puede hacerla, y ella, Isabel, que tres años atrás perdió en Italia, combatiendo junto a Tello, a su esposo, a su amor, al padre de su hijo, bien lo sabe. Por eso, porque los dos lo saben, comparten lágrimas, y la noche, mutada en madrugada, los abandona.

7

Juana de Lara no escucha a su aya. La vieja Urraca, parloteando sin parar en torno a su joven señora, le pone en el pecho, bajo el rostro, paño tras paño de vivos colores, para ver cuál tela va mejor con el tono de sus cabellos y piel. Cuando lo decida, llamará a la costurera y juntas tomarán las medidas del nuevo pellote y de la nueva aljuba que su señora lucirá en el próximo banquete cortesano. Les dará tiempo a cortar y coser, pues, tras el terrible asesinato de uno de los sabios del rey, la corte no anda con ánimos para fiestas.

Tampoco los tiene Juana. No puede olvidarse de Tello, lo tiene tan presente, tan clavado en la mente que, la tarde del día anterior, las manos le temblaron cuando su prometido, Simón Ruiz, señor de los Cameros, se presentó para hacerle la corte y entregarle un rico presente. Las lágrimas le inundaron los ojos y las palabras de agradecimiento se le murieron en los labios. Por suerte, el señor de los Cameros, su padre y con ellos todos los presentes tomaron aquello como la emocionada reacción de una joven ante el magnífico regalo de su futuro esposo. A decir verdad, no debería ser Simón Ruiz, tan taimado, blando y mezquino, sino su caballero, su Tello, tan fuerte, noble y generoso. Al menos, se consuela mientras le ponen sobre el pecho una nueva tela carmesí, al menos su doncellez fue para él, para Tello... Pero eso no la preocupa. No es tonta y sabe cómo debe fingir en su noche de bodas, de manera que ese necio pomposo de Simón Ruiz crea que es él quien le arrebata la virginidad.

—¿En qué estáis pensando, doña Juana?

La pregunta de su aya la sobresalta y atrae el rubor a sus mejillas.

—En nada, aya, en nada —se excusa sin mucho acierto.

—¿En nada? ¿Ahora se llaman así los caballeros del rey? ¡Niña tonta, no te he parido, pero casi! ¿Acaso no fui tu nodriza antes de ser tu aya? Quítatelo de la cabeza, quítatelo. No niego que el caballero en cuestión no sea guapo y valiente, pero con eso, doña Juana, no llega lejos ninguna dama. Además, ya lo sabéis, vuestro señor padre jamás consentiría.

Ella no replica y los lienzos, color tras color, tela tras tela, se suceden como las lágrimas que reprime.

Esa misma mañana, a al-Ricutí lo llama a presencia el canónigo Martín Pérez. El sabio andalusí se presenta en la estancia del asesinado con mala cara y semblante demudado, pues está claro que eso de ser interrogado en el lugar del crimen no es de su agrado. ¿Acaso puede serlo del agrado de alguien?

Para colmo, junto a Martín Pérez, tan ascético, tan severo, tan oscuramente revestido de eclesiástico hábito, está el caballero Tello Bermúdez, amigo del sabio moro y ahora, por azares del destino, hombre encargado de asistir a quien, por lo visto, ha sido designado como juez pesquisidor[1] .

—Buenos días, maestro al-Ricutí —saluda el canónigo sin entusiasmo, y el moro, vacilante, da dos pasos y se queda ante él, aguardando a que comience el interrogatorio.

Pero Martín Pérez no pregunta nada, sino que, haciendo una seña, ordena que pase a la habitación ensangrentada un inesperado cuarto hombre: Hernán Mano Martillo. El herrero, con las manos cargadas de grillos y cadenas, tiene mala cara. Presenta señales inequívocas de que lo han golpeado con saña.

—Lo animamos a confesar sus delitos —explica el canónigo Martín Pérez en un tono neutro, como el que habla en el mercado del precio de la harina o en la plaza del tiempo que hace—. Veréis, hay hombres que necesitan ese «estímulo»; otros, por el contrario, se muestran más sensatos y confiesan sus crímenes sin que haya que someterlos a tormento.

Hay palabras y, sobre todo, voces que son como una cuchilla afilada, y la de Martín Pérez es de esas que dejan el rostro tan afeitado como el de un niño recién nacido. Al-Ricutí se prepara y trata de calmarse. Es inocente, se repite en el silencio de su corazón. Además, es cierto, pero a veces, cuando nadie te cree y tienes mucho miedo, la verdad sirve de poco y uno debe comenzar por convencerse de que, además de decirla, debes interiorizarla hasta que forme parte de ti, para que así no te la roben nunca, aunque te aten las manos a la espalda y te cuelguen luego de una viga para que, a continuación, dolorosamente suspendido, comiencen a colgarte pesos de hierro de los pies con el objeto de descoyuntarte los hombros, los brazos y las piernas[2] .

—Maestro al-Ricutí, este es Hernán Pérez, herrero, y no de los honrados. ¿Lo conocéis?

El maestro andalusí examina a Hernán. Este es un hombre grande, de pelo enmarañado, barba enredada y ojos asustados. Luego, con lentitud, niega con la cabeza.

—Nunca he visto a este hombre.

—¿Estáis seguro?

—Lo estoy.

—Bien, ¿y vos, Hernán, habéis visto antes a este moro? ¿Acaso no es el mismo que os encargó la copia de la llave?

Hernán tiembla. Lo han molido a palos y luego le han enseñado el látigo con el que le arrancarán la piel a tiras y también la viga y los

pesos de hierro con los que, si no confiesa, le dislocarán hombros, brazos y piernas.

—¡Este es, reverenda merced, este es el moro! —se apresura a gritar señalando al sabio musulmán, que, impactado, trata de decir algo.

—Este hombre, reverendo canónigo, está bajo los efectos del terror que causa el tormento. Acusaría a su padre si vos se lo sugirieseis —termina por decir el andalusí.

—¿Cuestionáis mis métodos y la justicia del rey?

Y ante esa pregunta, al-Ricutí baja la cabeza y se sabe un poco más perdido.

—Retírate, Hernán —ordena Martín Pérez, y el herrero, presto, cruza la puerta para ser de nuevo conducido a las mazmorras.

Mientras aguarda a que se retome su interrogatorio, el murciano al-Ricutí murmura una oración y dedica un fugaz pensamiento a la mujer que venera y ama en secreto y a la que, si no ocurre un milagro, jamás volverá a ver.

—Maestro al-Ricutí, en los días previos al asesinato de Julián de Ávila se os vio pasar mucho tiempo en su compañía —comienza a decir el canónigo—, tengo testigos que afirman haberos visto paseando junto al río, debatiendo en el futuro claustro, discutiendo, a veces de forma acalorada, sobre esta y aquella cuestión, en el patio interior del alcázar o en el *scriptorium* del rey, en donde ambos, vos y Julián de Ávila, trabajabais juntos con frecuencia. —Martín Pérez busca anclar a sus ojos claros los negros del filósofo moro—. Maestro al-Ricutí, ¿convenís en que lo que he oído y repetido hoy aquí ante vos es cierto?

Al-Ricutí sabe que va a perder. No tiene lógica, desde luego, pero hay dos cosas que se salen de ella, de la lógica, y lo van a condenar: que son muchos los que pueden testificar que lo vieron debatir de

manera animada con Julián de Ávila y, más importante aún, el canónigo está ya convencido de su culpabilidad. Lo sabe porque lo lee en sus ojos fríos, en el rictus cruel de su boca, en lo altanero de su gesto y en la posición que sus manos pálidas han adoptado sobre su escuálido regazo: las de un águila.

—Lo que habéis dicho, vuesa reverencia, es cierto. Conozco, conocía, quiero decir, al difunto maestro Julián de Ávila, y en los días previos a su cruel asesinato me frecuentó.

—¿Os frecuentó? —Y la pregunta se ve acompañada por las arqueadas cejas de Martín Pérez.

—Sí, pues quería saber más sobre las obras perdidas de Aristóteles y, en concreto, sobre una de ellas.

—¿Aquella por la que os pagó con oro?

Eso no se lo esperaba al-Ricutí. Estaban solos cuando Julián le entregó el puñado de monedas que le soltó la lengua.

—En Toledo, maestro al-Ricutí, nunca se está solo del todo —le aclara el sombrío clérigo—. Un mercader de especias, uno que acababa de cerrar su puesto, pero que aún no había atrancado la ventana de la tienda, os vio recibir una bolsa de dinero de manos del asesinado.

La noticia, de la que Tello Bermúdez tampoco sabía nada, cae como plomo fundido sobre el sabio musulmán y alienta al astuto canónigo.

—¿Sorprendido? Bueno, en vuestro rostro la sorpresa se ayunta con el miedo... ¿Tenéis mucho que ocultar, maestro al-Ricutí? ¿Estimuló vuestra codicia el oro que recibisteis de manos de Julián de Ávila? ¿Quisisteis más y, al no recibirlo, perdisteis los estribos y lo asesinasteis? O mejor aún: el libro perdido de Aristóteles, el que seguramente poseía Julián de Ávila, ¿alimentó vuestro deseo y vuestra envidia y decidisteis arrebatárselo?

Al-Ricutí da un paso atrás, como si una mano invisible lo hubiera golpeado en el pecho y privado de aire y de palabra.

—¡No! ¡No, no fue así!

—¿Cómo fue entonces? —inquiere Martín Pérez, echándose hacia delante, como un lobo ansioso por morder.

Entonces el andalusí lanza una mirada suplicante, acorralada, a su amigo Tello Bermúdez. Durante un instante, los ojos del cristiano y del musulmán hablan por ellos, y luego, al-Ricutí, un poco reconfortado, se lanza a contestar al canónigo tratando de recuperar el control.

—No creo que Julián de Ávila tuviese el libro... —dice para comenzar.

—¿De qué libro estáis hablando? —lo interrumpe Martín Pérez, que no está dispuesto a que el moro halle seguridad alguna en lo que diga.

—Del más famoso de cuantos escribió el gran Aristóteles. Aquel que redactó por encargo del rey Alejandro Bicorne de Macedonia, el *Secretum Secretorum*. El libro que enseña cómo gobernar, cómo dominar a los hombres y regirlos, tanto conforme a la justicia como por la fuerza.

El canónigo asiente muy despacio. Es un hombre culto y conoce el valor de hallar una obra perdida de Aristóteles, pero algo le dice que eso, por sí solo, no justificaría la saña con la que mataron a Julián de Ávila. Al-Ricutí, interpretando mal la expresión de Martín Pérez y tomándola por desconcierto, se apresura a hacerle una aclaración:

—Ese libro también es conocido como *El tesoro de Alejandro*.

Esa palabra, *tesoro,* parece avivar al canónigo, que, incluso, se pone en pie abandonando la robusta silla que ocupa y que preside el centro de la ensangrentada sala.

—¿Tesoro?

—Lo llaman así porque, en efecto, la sabiduría que contenía era un «tesoro» precioso. Pero también, según dicen, porque la obra en cuestión mereció que el gran Alejandro Bicorne premiara a su antiguo maestro con ochocientos talentos de plata. Dicen, pero Dios sabe más, que Aristóteles redactó una segunda copia de tan preciado libro en la que ocultó las claves para hallar su tesoro, porque, cuando su protector murió, tuvo que huir a toda prisa de Atenas y esconderlo.

Silencio. Tello está tan asombrado como el canónigo, y al-Ricutí, tras hablar tanto y tan de corrido, respira con dificultad mientras se comienza a preguntar si no ha hablado demasiado, pues Martín Pérez lo mira de forma extraña.

—¡Llevadlo a prisión! ¡Retomaré allí su interrogatorio! —ordena por sorpresa el canónigo.

—¡No podéis hacer eso, reverencia! —protesta Tello Bermúdez interponiéndose entre los soldados y su amigo moro.

—¿No puedo? —Y la pregunta, acompañada de una mirada feroz, lo dice todo.

—No tengáis miedo, maestro al-Ricutí, intercederé por vos ante el rey —promete Tello echándose a un lado, aceptando su derrota y dejando que se lleven a su amigo, quien, espantado, con el rostro lívido de asombro y terror, apenas sí se sostiene en pie mientras lo llevan en volandas a las mazmorras del alcázar.

El canónigo y el caballero se quedan solos en la estancia del horror. Ellos y un silencio denso, asfixiante, que no tarda mucho en ser roto.

—No sé qué buscáis actuando así, reverendo, pero sí sé que por mi honor de caballero no permitiré que hagáis daño a un hombre inocente.

El canónigo, encarándolo, sonríe con crueldad.

—¿Cuánto creéis que dura la inocencia de un hombre cuando lo cuelgan por los brazos de una viga y uno comienza a colgarle pesos de hierro en los pies? —La siniestra pregunta flota un instante en el silencio y luego, como un mal viento, se la lleva la siguiente—. ¿Sabéis, buen caballero? Puede, incluso, que el culpable, así «alentado a hablar», también os señale a vos. He visto a muchos en situaciones semejantes y, creedlo, una vez comienza el dolor, están dispuestos, si se les pregunta, a implicar en sus crímenes hasta a sus más queridos amigos. —Y, diciendo aquello, lo deja allí, solo, entre paredes manchadas de negra sangre y veladas amenazas.

Tello aguarda allí largo rato. Rodeado de esa extraña atmósfera con la que el mal impregna los lugares en donde ha sido desatado. Entonces, como si se desencadenara una ola de rabia en su interior y tuviera que hacerla romper contra algo, da un fuerte grito y alza los brazos al cielo envueltos en impotente cólera. De paso, estampa una de sus manos contra una de las vigas del techo y lo hace con tal fuerza que se hiere con la madera que resuena en el silencio, y parece incluso ceder un tanto ante la fuerte embestida del caballero.

—¡Ay, maldita sea! —aúlla de dolor, ya que el techo de vigas descolgadas de buen roble está demasiado bajo para un hombre de su altura.

Se lleva la mano dañada a los labios y se la besa como cuando era niño. Ha sido un buen golpe el que se ha llevado en el dorso y se ha levantado la piel. De reojo, mira la viga y cree advertir en ella una grieta. Imposible. Ni siquiera él, hombre fuerte como pocos, podría causar tal daño. Sin duda, la viga estaba ya resentida.

Aparta la mirada del techo y vuelve a maldecir, recriminándose la estupidez cometida. Ahora, a la cólera debe sumar el dolor.

Bufa como un gigantesco gato, echa una resentida mirada a la viga con la que se ha herido la mano y abandona aquel lugar

maldito.

8

Alfonso X despide al conde de Lara. Don Nuño, con buenas razones, lo ha convencido de que no puede contar con más dinero que enviar a Alemania para abogar por sus derechos al trono imperial. Pero las buenas razones no calman las ambiciones ni levantan los ánimos. Como siempre que siente que la realidad lo constriñe, Alfonso da unos pasos hasta una de las ventanas de la gran sala orientada a levante y desde ella, como un águila, contempla el patio interior ajardinado, en torno al cual giran las dependencias de su palacio, que, con cuatro torreones en sus ángulos, ofrece al rey y a su corte un espacio bien delimitado. Más allá se abre un patio exterior y, tras este, las dependencias militares encastradas en las formidables defensas de recios muros y grandes torres cuadradas del alcázar que se elevan desde el alto bastión de roca que las soporta y que permite dominar por completo la ciudad, el Tajo y los campos que se dilatan hasta tornarse horizontes.

Se siente bien aquí, en esta ciudad, en esta fortaleza y palacio que ha mandado reconstruir, ampliar y remodelar sobre la base de antiguas construcciones romanas, godas y árabes, para proclamar con sillares de piedra y fuertes bastiones su poder y el de los dos reinos que lo sustentan: León y Castilla. León y Castilla... Antaño, en tiempos de los godos, había un solo reino: Hispania, a la que ahora todos llaman Espanna. Luego, llegaron los conquistadores árabes, y frente a ellos se alzó Pelayo en Asturias. De él descendieron los primeros reyes y después vinieron los de León y más tarde los de

Castilla. Y ahora, tras las batallas libradas por su bisabuelo, Alfonso VIII; tras las conquistas de su padre, Fernando III, y tras las suyas propias, las del décimo de los Alfonsos, en el solar de Espanna vuelve a alzarse un gran poder, uno tan fuerte que ha logrado que su soberano haya sido proclamado rey de romanos y pueda incluso aspirar a ser coronado emperador del Sacro Imperio.

Aspiraciones, sueños, desvelos, ambiciones... Frente a todo eso, impidiendo que se concrete en realidades que Alfonso pueda ver con sus ojos y tocar con sus manos de rey, se alza un hombre taimado, astuto, despiadado y bárbaro: Ricardo de Cornualles. Y lo peor de todo es tener que ceder ante ese principesco e imbécil inglés. La sangre le hierve en las venas y lo nota, se gira, deja atrás la grácil ventana con parteluces para volver sus ojos hacia la gran sala que le sirve como lugar de audiencias, de celebración y gobierno. Las paredes de piedra bien cortada recubiertas de tapices y pinturas brillantes, los suelos cubiertos de alfombras y los techos de madera ricamente tallada con motivos florales y geométricos, dorados primorosos y pintados por las diestras manos de los artesanos mudéjares, lo reafirman en la convicción de que es el más poderoso de los reyes de la cristiandad y que, por ende, solo a él debería pertenecer la corona imperial.

Por los altos ventanales que iluminan la gran sala, la luz de la mañana se precipita a raudales y, a través del gran arco que permite la entrada, se ve el pórtico y la escalinata que dan acceso al patio interior sembrado de jardines, en donde la blanca piedra de una fuente se entretiene acunando el agua. Todo es tan hermoso... ¿Tendrá algo parecido Ricardo en Inglaterra? ¡Por supuesto que no, pues solo es un príncipe del bárbaro norte!

La ira que siente se le queda dentro. Ninguno de los nobles, oficiales del rey[1] o sabios que lo rodean en aquella gran sala lo verá

perder los estribos ni oirá sus maldiciones. No, él es un rey sabio, un hombre digno de los días antiguos, un par en virtudes regias y sapienciales de los Alejandros, los Césares, los Marco Aurelios y Justinianos de los felices tiempos de la Antigüedad, y, por ello, sabe dominarse y no dejar traslucir sus emociones.

Las embrida, es cierto, pero le arden por dentro, y por eso, aquí y ahora, no puede dejar de pensar en Ricardo de Cornualles. Dos años atrás, el muy lobo se presentó en Aquisgrán para que lo coronasen emperador y, según le contaron sus espías, dijo ante los príncipes y obispos allí reunidos que el rey de Castilla, más que un rival, era una molestia. ¿Molestia? ¡Ja, Inglaterra es una pocilga si se la compara con el esplendor de Castilla!

Tras el nuevo estallido de rabia contenida, respira hondo y vuelve a decirse que es un sabio y que debe dominarse... ¿Por qué es tan difícil vivir y comportarse como un rey filósofo? Calma, calma y dominio de sí mismo. Eso debe imponerse en estos días de frustración y zozobra. Luego, con la mente clara, encontrará la manera de retomar «el gran juego», el «fecho del Imperio» y ceñirse la corona imperial. No se rendirá, no olvidará su sueño; diga lo que diga don Nuño, conde de Lara, seguirá en la liza y, al cabo, triunfará. Eso se dice para serenarse y convencerse, pero, en verdad, no puede engañarse, pues ese «porquero inglés» le está ganando la carrera por la corona imperial. No es de extrañar, pues, según le contó el lenguaraz y joven sexto vizconde de Surrey, John de Warenne, Ricardo de Cornualles era un «magnífico hijo de puta» capaz de sangrar hasta al último caballero, comerciante, campesino o artesano que tuviera a mano para conseguir plata con la que pagar sus ambiciones. El vizconde, cinco años atrás, acompañaba al príncipe heredero de Inglaterra, Eduardo Piernas Largas, cuando

este último visitó Burgos para casarse con su hija, la princesa Leonor de Castilla, y, de paso, ser armado caballero.

Plata. Esa palabra, tan sencilla, tan corta, mueve los reinos de la tierra. Plata y oro que alimentan lanzas y espadas, nutren ejércitos, sacian a nobles y obispos, hacen crecer a las ciudades y dan lustre a las cortes de los reyes. Don Nuño González de Lara le ha insistido, hasta sacarlo de sus casillas, en que no se puede exigir más plata al pueblo y en que los nobles y la Iglesia ya han dado todo lo que podían dar. Mas duda de ese *todo*... ¡Los nobles y la Iglesia siempre ponen excusas! Pero don Nuño lleva razón... Y si no la llevara daría igual, pues el noble, con mucho tacto, eso sí, le ha deslizado que, si se empeña en exigir más plata a nobles y obispos, podría generarse en el reino un «malestar peligroso». Así expresó, tan suavemente, lo que no quiso decir con claridad: que se podía provocar una rebelión contra el rey si este insistía en obtener más dinero de ciudades, nobles y obispos. Sintiendo que la airada irritación que lo embarga arrecia de nuevo y pone en riesgo su autocontrol, cierra un instante los ojos y respira de forma pausada antes de volver a abrirlos. Al hacerlo, ve cómo la luz, imparable, arranca chispas doradas y argénteas de los tapices y las pinturas que adornan la enorme y lujosa sala. Destellos de oro y plata, evanescentes, inaprensibles, que parecen burlarse de él y de su agónica sed de dinero, de plata y de oro... Esa es su obsesión, esa es la verdadera e imperiosa cuestión. ¿Dónde hallarlos?

—Si su alteza, mi señor rey, da su permiso, el reverendo canónigo Martín Pérez solicita audiencia.

La ronca voz del portero mayor[2] sobresalta al rey, pero asiente y aguarda al ascético canónigo, quien, por lo que ve en su anguloso rostro, está satisfecho y deseando informarle de la causa de su satisfacción.

—Alteza, mi señor natural y rey, me hicisteis un encargo y creo haberlo cumplido —declara el clérigo inclinándose profundamente ante su monarca.

Frente a semejante declaración, en torno a ellos, los cortesanos y los hombres del rey se arremolinan atraídos por las nuevas que trae el canónigo y que les permitirán satisfacer la morbosa curiosidad de sus familiares y amigos. Y es que todos en Toledo se hacen lenguas sobre el horrible asesinato del maestro Julián de Ávila, y, sin duda, es de eso de lo que el canónigo viene a informar al rey.

—Hablad, reverendo padre Martín Pérez. —Y la autorización real no va acompañada de mucho entusiasmo, porque, aunque Alfonso apreciaba mucho al difunto y quiere esclarecer su horrible asesinato, en su mente, obsesiva, sigue girando el brillo de la ansiada plata que pague sus sueños imperiales.

—He ordenado que el maestro al-Ricutí sea arrojado a una mazmorra del alcázar, pues tengo sólidos indicios de que él fue el asesino.

Ante semejante nueva, Alfonso no puede evitar que su rostro de sabio meditativo mude, con celeridad, al más desmedido asombro.

—¿Al-Ricutí? ¿Estáis seguro? Es hombre docto en muchas ciencias y saberes, amén de bondadoso y caritativo. Lo mandé llamar de Murcia para que se trasladase a nuestra corte y lleva años bajo mi protección —dice, como si se viera obligado a excusarse por ello, y, dándose cuenta, se le revuelve el orgullo regio—. ¡Es imposible! Os digo que no puede ser, reverencia. Debe de ser un error, pues he debatido a menudo con el maestro al-Ricutí de filosofía, astrología, medicina y matemáticas, y es hombre de buen carácter y alma sensible. ¡Os digo, pues, que es imposible que una persona como él perpetrara las atrocidades que se llevaron a cabo contra el desgraciado Julián de Ávila!

El canónigo aguarda a que el rey concluya. Quizá, piensa mientras Alfonso habla, quizá ha ido demasiado lejos llevado por sus prisas, por su deseo de sorprender al rey y a todos, con su perspicacia y habilidad como sagaz juez pesquisidor.

No solo eso, en el fondo de su mente y de su corazón, aunque nunca lo reconozca, también habita otra cosa además de la inteligencia y la astucia para desenmascarar a los malvados: el rencor contra los musulmanes. Fueron los moros quienes mataron a su padre en la jornada de Las Navas. Allí quedó tendido de una lanzada, y él, huérfano, empobrecida su familia, ya no pudo ser caballero, como lo hubiese querido su padre, sino que tuvo que conformarse con profesar la religión y entrar como novicio, y luego, a fuer de penalidades, privaciones, estudio y trabajo, ascender poco a poco dentro de la Iglesia hasta ser nombrado canónigo de la catedral de Toledo.

Pero ya haya sido su despierta inteligencia o su rencor el que terminara por señalar a al-Ricutí como culpable del asesinato de Julián de Ávila, ahora, al ver la reacción del rey, entre el asombro y la indignación, la pregunta de si ha ido demasiado lejos le acelera el pulso.

Pero ya está hecho. Así que solo le queda una opción si quiere salvar el buen concepto que, hasta este momento, el rey ha tenido de él: seguir adelante.

—Alteza, mi señor, rey de tantos reinos y verdadero emperador, jamás osaría acusar a uno de vuestros sabios si no contara con poderosas razones para hacerlo. Razones que os expondré de inmediato si me dais permiso para ello.

El rey, serio, pero más calmado, asiente.

—Mi señor natural y rey, cuento con el testimonio de testigos fiables que vieron cómo Julián de Ávila entregaba una bolsa con

dinero a al-Ricutí después de que ambos discutieran de forma acalorada. Como sé que eso no os bastaría, alteza, puedo añadir también que el herrero Hernán Mano Martillo, un rufián, ha confesado que ese sabio moro visitó su taller y le encargó hacer una copia de una llave. —Y aquí, como buen conocedor de la retórica, el canónigo hace una larga y dramática pausa que centra en él toda la atención—. Suponéis de qué llave se trata, ¿verdad? ¡En efecto, al-Ricutí encargó al herrero hacer una copia de la llave que permite abrir la cerradura que guarda la puerta del asesinado Julián de Ávila! —Nueva pausa—. Y yo pregunto: ¿para qué quería esa llave? —Y con esto de nuevo calla, y en su entorno todo es sorpresa, y en los rostros, una sola expresión: la repentina seguridad de que al-Ricutí, por muy sabio del rey que sea, es el asesino.

Pero el canónigo Martín Pérez aún no ha terminado. De nuevo siente que el triunfo es suyo y se apresura a retenerlo:

—Sumaré otra cosa más, mi señor rey: al-Ricutí ha confesado que sabía que Julián de Ávila andaba tras un libro de valor incalculable, el *Secretum Secretorum* de Aristóteles, el mismo por el que el gran Alejandro de Macedonia pagó ochocientos talentos de plata a su célebre maestro. Un tesoro que nunca se halló, pero cuyas claves, según me declaró el maestro al-Ricutí, podrían estar ocultas en ese libro que, por tal causa, recibe también el nombre de *Tesoro de Alejandro.*

Ahora sí que el impacto de lo que acaba de decir el canónigo es notable y visible en los asombrados rostros de los nobles, de los oficiales del rey y de los maestros en sabiduría que están presentes, y, por supuesto, muy particularmente, en el del mismísimo rey, que, como buen conocedor de las cosas de los antiguos griegos y romanos, tiene la boca un tanto abierta y no por las revelaciones de Martín Pérez, sino porque su atención se halla ocupada tratando de

calcular cuánto dinero representan ochocientos talentos de plata. Y pronto tiene la respuesta: casi cinco millones y medio de maravedís burgaleses[3] . Una enorme suma que representa la diferencia entre tener que renunciar a la corona imperial o poder hacerla suya, puesto que, con esa inmensa cantidad de plata en sus arcas, podría comprar el voto de todos y cada uno de los siete electores del Imperio y, con él, su coronación efectiva como emperador del Sacro Imperio Romano.

El canónigo Martín Pérez está desconcertado, pues esperaba que, tras sus revelaciones, el rey fuera todavía más consciente, si cabe, de su habilidad como juez pesquisidor, así como de la oculta maldad de al-Ricutí, para que, de esta guisa, sancionara su actuación. Pero no. El rey está ahí, delante, imperturbable, con el rostro inexpresivo. Así que el esforzado canónigo, ante el regio silencio, decide insistir un poco más.

—¿Qué más se necesita para señalar como culpable a al-Ricutí? ¡Creo, mi señor rey, que ese moro taimado, que se ha aprovechado durante años de vuestra generosidad, se volvió loco al pensar que el maestro Julián de Ávila, Dios lo tenga en su gloria, podía hallar semejante libro! ¡Y así fue como quiso arrebatárselo junto con la gloria de su descubrimiento!

El rey sigue en silencio, como si no lo escuchara, abstraído con sus argénteos cálculos. Con aquellos números que, en su mente, lo llevan en volandas hasta Aquisgrán y Roma para ser coronado emperador. Y tras los números, solo dos palabras han quedado de todas las pronunciadas por el canónigo, dos que resuenan sin cesar en el interior de Alfonso X y que se transforman, por así decir, en el pulso que hace vibrar la sangre en sus venas: *plata* y *tesoro*.

Pues los reyes, que nadie lo olvide, son hombres, y los hombres son presa fácil de sueños y ambiciones. Cuando los unos se ayuntan

con las otras, ya no tienen en la cabeza sino una sola cosa: hacerlas realidad.

—¿Y el libro?

La pregunta del rey, sus primeras palabras tras la sensacional revelación de que el asesino era uno de los sabios que frecuentaban su *scriptorium*, su corte y hasta su compañía, deja a todos en silencio, y a Martín Pérez, con la boca abierta. Se ve que este va a ser un día en el que ese gesto de sorpresa va a ser muy socorrido.

—El libro, digo. ¿No habéis oído, reverencia? ¿Dónde está el libro? —insiste el rey con manifiestos signos de que no se halla con ánimo de ejercitar la paciencia.

Pero Martín Pérez está desolado: el libro no está, y el rey, al fin y al cabo tan sabio, ha puesto el dedo en la llaga. El libro es la verdadera prueba de cargo, el móvil del crimen, pero nadie lo ha visto y nadie sabe dónde está.

—Registré la estancia donde vivía y fue asesinado el malogrado Julián de Ávila, mi señor rey, pero nada he hallado... Evidentemente, el asesino se llevó cualquier libro que hubiese y hasta el último pergamino o papel. Por supuesto, he ordenado que se registre la casa de al-Ricutí, pero tampoco se ha hallado nada en ella. Pero mi señor rey, no os inquietéis: sin duda, cuando lo sometamos a tormento y juicio, confesará dónde lo escondió.

—¡No tenemos tiempo para esperar tanto! ¡Registrad esa habitación con más cuidado y aseguraos de que el libro no está aún escondido en ella! ¡No me importa que la echéis abajo, pero quiero ese libro! Y si no está en esa estancia..., ¡entonces colmar de cadenas a al-Ricutí y colgadlo por los brazos hasta que se le rompan y confiese de puro dolor! ¡Y si el libro sigue sin aparecer, id en busca del pupilo de Julián de Ávila y de quien quiera que se viese con él

antes de ser asesinado, y sometedlos a todos a idéntico tormento hasta que el libro aparezca!

Nadie se esperaba aquello. Nadie. Tampoco Martín Pérez. Ya no sabe si estar aliviado al ver que, por lo visto, el rey aprueba su actuación como juez pesquisidor, o preocuparse por lo que venga, pues esto, este extraño proceder del rey, puede traer inesperadas consecuencias para todos.

Otro tanto piensan muchos de los presentes. Su señor es hombre calmo, reflexivo, afecto a la justicia y al buen hacer, y ahora un libro, el cual nadie ha visto, parece importarle más que la sangre de los hombres, ya sean culpables o inocentes. Entre la pequeña multitud que rodea al canónigo y a Alfonso X, un noble regresa a la gran sala a toda prisa, mira con intensidad al rey y luego hace una discreta seña a Martín Pérez, quien, al advertirla, siente que se le hiela el corazón. Sucede que quien le indica con discreción que debe reunirse con él a solas es don Nuño González de Lara, consejero principal del rey y, tras él, el hombre más poderoso de Castilla. Y también el que tiene fama de ser el más despiadado.

9

La noticia ha corrido por el palacio del alcázar y sus dependencias militares: el rey, airado, ha ordenado la búsqueda a toda costa de un libro maldito relacionado con el asesinato atroz de uno de sus sabios, así como el apresamiento y tormento inmediatos de cuantos puedan estar relacionados con el volumen en cuestión. Al escuchar tan sorprendentes nuevas, el caballero del rey, Tello Bermúdez, sabe que su amigo, al-Ricutí, está un paso más cerca de ser condenado. ¿Quién puede zafarse de la desgracia de ser culpable cuando te someten a tormento e imponen también semejante pena a otros, buscando que confiesen pruebas del supuesto crimen que has cometido?

Se halla en una de las grandes torres exteriores del alcázar, al mando de la guardia que allí vela por la seguridad de la corte. Si mira a poniente, ve cómo se juntan negras nubes, y, si se vuelve a oriente, el sol sigue triunfando, pero no por mucho tiempo. El viento empuja los nublos y el frío arrecia. Ante la gélida arremetida, Tello se cierra el manto y piensa en su hermana, Isabel, que tanto aprecia al maestro moro y que ahora, al saber de su nueva desdicha, sufrirá un nuevo golpe, el de perder su última esperanza. Y es que al-Ricutí seguía alentándola con su búsqueda incesante de un remedio y enviando carta tras carta hasta al último médico célebre conocido en demanda de auxilio para Isabel. Entonces sus ojos se posan en el patio de armas que hay a sus pies y en dos bisoños aspirantes a caballeros del rey que se afanan en adiestrarse con las espadas, y se

le ocurre la peor idea de su vida: solicitar del rey que le permita combatir por la inocencia de su amigo y, de paso, por qué no reconocerlo, mantener viva la esperanza de su hermana.

Pero va a ser difícil conseguirlo, pues, aunque en Espanna, desde el reino de Portugal al de Aragón, pasando por León, Castilla y Navarra, son muchas las ciudades y villas que tienen recogido en sus fueros el derecho de sus gentes a acudir a la ordalía del duelo judicial para buscar justicia, y pese a que la Iglesia siempre se ha mostrado favorable a tal procedimiento, el rey Alfonso no se muestra favorable al juicio de Dios por combate. Aunque en sus leyes reconoce a sus caballeros el derecho al duelo por combate para defender su honor, y aunque acepta a regañadientes el de muchos villanos conforme a sus fueros, arguye que tal cosa es tentar a Dios y que, en todo caso, da preferencia al más fuerte sobre el débil, y eso, como buen sabio que es, le parece injusto. No obstante, hay esperanza, pues, aunque en Castilla, al contrario que en Francia o Inglaterra, los juicios de Dios por combate no suelen ser presididos por los reyes, no son cosa en modo alguno ajena a sus costumbres y usos.

No, no lo son. También el rey Alfonso VI presidió en el Domingo de Ramos de 1077 un duelo entre campeones celebrado en Aguilar de Campoo para dirimir así, mediante juicio divino, cuál de los dos ritos, el hispano o el romano, debía prevalecer en Castilla. Así fue, y el caballero que combatía por el rito hispano, un esforzado castellano, se impuso al caballero francés que combatía por el rito romano. Pero el rey, violentando lo dispuesto por Dios, se negó a aceptarlo y mandó que se llevara a cabo una nueva ordalía, esta vez por el fuego: se encendió una viva hoguera y se arrojó a ella textos que contenían testimonios a favor de uno u otro rito. Una vez más, Dios habló claro: el libro con el rito hispano escapó de las llamas

que, por el contrario, prendieron con fuerza en el que exponía el romano. Pero Alfonso VI no se conformó tampoco y, apresurándose, empujó de nuevo el tomo hispano al interior de las llamas para que pereciera en ellas, y así fue como el rey se impuso, por así decir, al juicio de Dios, y sentenció que en sus dominios sería el romano el único rito permitido[1] .

No tenía claro si Alfonso X aceptaría el Juicio de Dios si él, Tello Bermúdez, invocaba su derecho como caballero para así dirimir si al-Ricutí era o no culpable. Y es que, por el contrario, también podía actuar como lo había hecho el sexto de los Alfonsos e ignorar el resultado del juicio por combate. Realmente no lo sabía. Los reyes a menudo olvidan lo que juran. Pero si el rey consiente, tendrá una oportunidad y quizá pueda librar a al-Ricutí del tormento y la muerte[2] .

Sí, y de paso, tal vez también pueda librar a su hermana Isabel de sufrir una nueva y gran pena. Además, nadie puede conocer lo que viene. A lo mejor, si el médico árabe sobrevive y queda libre, puede que todavía sea capaz de hallar la cura del mal que empuja a su hermana a la tumba. Eso es lo que importa, la posibilidad de librarlos a ambos, a su amigo y a su hermana, de una condena a muerte que se los llevará para siempre lejos de él. Además, el rey se lo debe. Partió a Italia para defender su causa. Allí se dejó sangre y fortuna, y, ciertamente, aunque es lo que se espera de un hombre del rey, también se espera que este lo recompense por ello. Sin embargo, él, hasta la fecha, poco ha recibido, y por eso puede pedir ahora una gracia real: que se le deje demostrar con las armas de qué parte está en realidad la justicia.

Sin pensarlo más, da una seca instrucción a los ballesteros y peones que tiene a sus órdenes y, con una seña a su escudero, lo envía a las mazmorras del alcázar para informar al bueno de al-Ricutí

de lo que pretende hacer y así fortalecer su ánimo. Luego, saltando de escalón en escalón con la prisa de los locos que creen haber tenido una buena idea, corre a pedir audiencia a su rey. Por el patio se cruza con el padre de Juana, don Nuño González de Lara, que, escoltado por su gente, intercambia con él una severa mirada cargada de odio. El viejo, sin duda, sabe de sus pretensiones al amor de Juana y no se lo perdona. ¡Que se vaya al infierno! Cuarenta pasos más tarde, justo antes de pasar desde el recinto militar al palaciego, se cruza con una segunda figura: la del canónigo Martín Pérez. El cura no se detiene a dirigirle palabra alguna, tiene prisa y, por lo visto, sigue el mismo camino que don Nuño González de Lara.

Tello no tiene tiempo de hacerse preguntas, tiene que buscar al portero real. Aunque encontrarlo será fácil, conseguir convencerlo de que le dé acceso al rey no tanto. Pero fácil o difícil, tiene que intentarlo, y aprieta el paso, pues es de esos hombres que, cuando decide algo, no retrocede ni se da descanso hasta llevarlo a término.

Mientras, la habitación de Julián de Ávila fue inmediata y nuevamente registrada. El colchón de la cama, rasgado; el escritorio, desmontado, al igual que el resto del austero mobiliario, pero no dieron con el libro.

Entonces, los hombres enviados por el rey comenzaron a levantar el suelo y, bajo las losas de piedra, tampoco hallaron nada. En definitiva, el libro no estaba en aquella estancia, o quizá nunca había estado.

O incluso podrían estar buscándolo donde no debían.

En esos mismos momentos, guardando el más riguroso secreto y en una choza destartalada del peor barrio de Toledo, Egidio de Portugal,

el nigromante, recibe de una mujer una bolsa de oro a cambio de un libro. La mujer, que lleva el velo de las moras y con él se tapa también el rostro, aprieta el libro contra su pecho y, escoltada por dos hombres de esos que es mejor no mirar a la cara, regresa a un lugar secreto en donde debe esperar a un hombre que llegará cuando lo hagan las sombras de la noche. Llegan en la madrugada de Toledo acompañados por la niebla. La puerta de la casucha resuena con golpes, y un hombre, envuelto en un manto negro, penetra en la escueta sala donde la mujer mora lo aguarda.

—¿Lo tienes? —es lo único que dice el desconocido.

La mujer asiente sin que se escuche salir nada de su boca, y desde debajo de su amplio vestido moro extrae un libro que el hombre toma a toda prisa entre sus manos. Se trata de un volumen pequeño, de guardas toscas y a las que fueron mal cosidos un puñado de folios de pergamino de mediana calidad, rellenos con apretada escritura trazada con tinta vulgar de negro de hollín, y aquí y allá, con algunos dibujos de astros, ángulos y extraños símbolos perfilados con destreza, pero sin color que los avive. El libro, por lo demás, no está terminado.

El hombre, alto y envuelto en negro vestir, menea la cabeza, frustrado, y dirige una furibunda mirada a la mora.

—Esto, Beatriz, es solo una copia inacabada —reprocha, y la mujer, la puta más célebre de Castilla, siente que se le aflojan las piernas.

—Es todo lo que Egidio el Nigromante pudo hallar con sus artes oscuras —se excusa, y como la mirada implacable del hombre se endurece aún más si cabe, añade, asustada, alzando las manos y retrocediendo—: ¡No me hagáis daño!

El canónigo Martín Pérez no ha pegado ojo en toda la noche. A decir verdad, la conversación que sostuvo a solas con don Nuño

González de Lara le hubiera quitado el sueño hasta a un lirón. Aunque él es hombre con cosas que ocultar y nunca confesará, jamás habría imaginado que un corazón pudiera albergar tanta negrura como la que atesora el del conde de Lara. Al señor de la casa de Lara el rey Alfonso lo tiene por su mejor hombre, por su amigo más fiel, por su mano derecha, por su consejero de confianza. Cuando eran jóvenes, y en contra de la opinión de su padre, el entonces príncipe Alfonso lo nombró teniente de Écija y desde entonces no da un paso sin consultárselo. Mas el de Lara ahora se lo está pagando con negra traición.

Y no va a ver al rey y se lo cuenta porque tiene miedo... Bueno, y también porque el de Lara conoce sus vicios: el de frecuentar a Beatriz la Loba, y el otro, el que ni siquiera se atreve a pensar cuando está sereno y no poseído por el mal que lo oprime. Además, como ese perro viejo del conde de Lara sabe mucho de las miserias de los hombres, ha añadido otro cerrojo a su silencio: oro. Desafortunadamente, ante semejante argumento de peso no puede hacer nada. Para alguien que sabe lo que es ser desposeído de sus bienes y tener que irse de niño a un convento a pasar penalidades sin cuento, el oro es cosa que tener en cuenta, y, además..., Beatriz es hembra cara, y el otro, el otro vicio, aún más, y, aunque como canónigo tiene buenas rentas, nunca bastan. Mientras que lo que el conde le ha dado y lo que le promete a cambio de su auxilio lo convierte en un hombre rico, y esa «transformación», mira tú por dónde, no le desagrada lo más mínimo y le facilita mucho guardar silencio ante la traición. A cualquiera le resultaría inconcebible que el señor de la casa de Lara, al que llamaban el Bueno, estuviera en tratos secretos con el enemigo de su señor natural. Nadie sospecharía jamás siquiera que don Nuño se entendiera con Ricardo de Cornualles para que el rey Alfonso no pudiera jamás alcanzar su

más firme anhelo, la corona imperial. Pero en eso anda el conde de Lara y sus razones tendrá. Y si no las tiene, posee oro, y eso, al canónigo Martín Pérez, le basta y le sobra.

Cansado de dar vueltas en el lecho, se lava la cara con el agua fría de la jarra que hay en su dormitorio, se pone el negro hábito y llama a su criado, porque justo decide ir a inspeccionar de nuevo la maldita estancia donde asesinaron a Julián de Ávila. Existen las corazonadas.

Al llegar al claustro a medio terminar de la catedral y dirigirse a la habitación del asesinado, se topa allí con los hombres del rey, quienes, al verlo venir alumbrado por la vacilante luz de la linterna que sostiene su criado, le abren paso para que penetre en la estancia y se la encuentre sin muebles y con el suelo levantado.

—El rey así lo ordenó, pero nada hemos hallado —le dice un caballero que no conoce y que, al ver su rostro contrariado, se ha apresurado a informarlo de la causa del destrozo.

Martín Pérez no dice nada, sino que se limita a adentrarse en la habitación y, con cuidado de no caerse al andar por aquel suelo ahora irregular y tomando en sus manos la linterna que le tiende su criado, tienta paredes sin el menor resultado: no hay en ellas sillar suelto, ni resquicio, ni nada que indique un escondite oculto. Exasperado, eleva los ojos al cielo. Inútil, allí no están los ángeles, sino un sencillo techo de vigas y tablas de roble. Pero su mirada frustrada se queda enganchada en una de las vigas, una que presenta una escueta grieta antinatural, pues es recta como el camino al infierno.

—¡Traed aquí algo donde pueda subirme! —ordena presa de la emoción.

Le traen una mesa en la que, no sin dificultad, se encarama. Ahora, con la linterna de nuevo en la mano, y la extraña grieta a un

palmo de la cara, está seguro de que allí hay algo escondido, pues parece como si una sección de la aparente maciza viga hubiera recibido un golpe que la hubiera movido un milímetro de su anterior posición. Con presteza, entregando la tea a su criado, presiona con los dedos, y lo que debía ser madera sólida y gruesa resulta ser una suerte de tapadera encajada tras la cual, al ser retirada, aparece un hueco, y en él, asido a dos aspillas o salientes, un paño encerado con algo envuelto.

—¡Jesús y su Santa Madre! —exclama—. Ese Julián de Ávila era un zorro astuto y un hueso duro de roer. De hecho, debía de ser tan duro como el granito, pues los asesinos no lograron hallar el escondite del libro, y eso quiere decir que el muy cabrón aguantó la tortura —murmura, sin poder contenerse, mientras desenvuelve el lienzo encerado y ante sus ojos aparece un viejísimo códice de vitela repleto de dibujos de astros, símbolos y cifras trazados con brillantes tintas de ultramar, cinabrio, oro y plata.

Así se desencadena un torbellino: el caballero al mando envía, a toda prisa, a uno de sus hombres a dar nueva de lo ocurrido al rey y el resto de los presentes estallan en mil conversaciones cruzadas que aturden un tanto al canónigo, quien, sopesando la nueva situación, se pregunta si no debería haber buscado la forma de revisar aquella maldita estancia a solas. Mientras se lo cuestiona, sus ojos no pueden apartarse del libro. No sabe griego, pero no necesita saberlo para percatarse de que la obra está incompleta: no tiene final. No, no lo tiene, y el canónigo presiente que los misterios que encierra aquel códice tampoco lo tendrán. Con cuidado de no caerse y romperse la crisma, Martín Pérez baja de la mesa sin soltar el libro. No quiere que nadie lo vea bien, por si acaso —acaba de ocurrírsele — fuera conveniente cambiarlo, con discreción, por otro. Bueno, eso

si se le da tiempo para poner en marcha tal añagaza, cosa improbable, pero nunca se sabe...

Ni lo sabrá. Unos momentos más tarde, el rey, con más prisa de la que nunca nadie le conoció, entra en la destrozada habitación a la luz de antorchas que arrancan brillos acerados de las afiladas armas y las pulidas armaduras de sus caballeros.

—¡Reverencia, entregadme ese libro! —exige.

La mano tendida del rey aguarda, imperiosa, y el canónigo, con una profunda inclinación, le hace entrega del vetusto volumen. Cuando alza los ojos, ve al soberano examinando con gozosa ansiedad las ligeras páginas de vitela y, a su lado, clavándole los ojos con dureza despiadada, a don Nuño González de Lara.

—No sé suficiente griego como para leer esto —masculla el rey, ajeno al cruce de miradas entre su consejero principal y su juez pesquisidor—. Pero hay a mi servicio maestros en sabiduría que no tendrán dificultad en hacerlo. —Y girándose, sin despedirse siquiera y dando órdenes a voces, se retira a palacio—. ¡Llamad de inmediato a mi presencia al maestro Juan de Aspa y a mi médico, el sabio Yehuda ben Moshe! —grita mientras se aleja, y, tras él, deseosos de saber y de servir, van la mayoría de los hombres que llenaban la estancia.

Pero no el consejero del rey, don Nuño González de Lara, ni el juez pesquisidor, el canónigo Martín Pérez. Los dos hombres siguen escrutándose, el primero con rabia en los ojos, y el segundo con más miedo del que le va a confesar al otro.

—Sois un necio, señor canónigo, un necio os digo. ¿No podíais esperar a estar solo para buscar el libro?

El reproche ya se lo había hecho él, pero le duele más el del conde.

—¿Sabéis griego?

La nueva pregunta coge de improviso al canónigo, que tarda en negar con la cabeza.

—Allá vos. Sepáis o no, tendréis que buscar la manera de acceder a ese códice y de informarme de su contenido —le espeta—. Es cosa vuestra, pero quiero saber si en realidad contiene las claves para hallar el tesoro de Alejandro. ¿Entendido?

Martín Pérez asiente atribulado y el conde, sorprendiéndolo nuevamente, se quita un grueso anillo de oro macizo en el que luce una esmeralda y se lo entrega.

—Ponéoslo, reverencia —ordena al desconcertado canónigo, que obedece y se coloca el anillo en el dedo índice de la mano derecha.

El oro, pesado y bruñido, canta su brillo, y la esmeralda, intensamente verde y bien pulida, recoge los resplandores de las teas y los hace hipnótico prodigio para los ahora embelesados ojos de Martín Pérez. ¿Cuánto costará este anillo magnífico? Eso es lo único que ahora puede preguntarse mientras, como hechizado, no puede apartar la mirada de su dedo extendido y adornado con tan increíble joya. Y entonces, junto al verde centelleante, aparece el rojo sangre. Allí se ha manifestado el severo resplandor de una daga cual si fuera rayo castigador: el conde le ha cercenado de forma limpia la primera falange del dedo.

—El anillo es para que su reverencia sepa cuánto puede ganar estando a mi servicio; la mutilación, para que nunca olvide qué puede acontecerle si me falla —le explica.

Y nada más: un canónigo trata de pararse la hemorragia con las lágrimas saltadas de puro dolor y un conde lo deja allí, solo y plantado en la habitación de otro clérigo al que cortaron en pedacitos por negarse a entregar un libro. Un libro... El rey lo tiene ahora, y pronto uno de sus sabios, Juan de Aspa, le lee la frase con que el destino se vuelve a poner en marcha: «Este libro fue ocultado

a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable. Se hizo de este modo para que los secretos que contiene solo puedan ser desvelados por un rey amante de la sabiduría, que con este "tesoro" gane plenitud y felicidad».

Al escuchar aquello, Alfonso enmudece. Sin duda, piensa, la mano de Dios lo está señalando. Eso es lo que cree y lo que ahora no puede quitarse de la cabeza.

—Yo soy, sin duda, ese «rey amante de la sabiduría» —susurra, y en sus ojos calmos y reflexivos hay ahora una nueva luz que acuna cosas que no deberían estar allí—. Mío, pues, será ese «tesoro», y con él «ganaré plenitud y felicidad» —añade, y concluye—: seré yo, por tanto, quien desvele sus secretos.

Y su tono, crecientemente enronquecido por el delirio de creerse tocado por Dios, alerta a Juan de Aspa, que busca con la mirada al médico del rey, Yehuda ben Moshe, quien arquea las cejas alarmado. Yehuda, a su vez, ensombrece su expresión. Quiere a Alfonso como si fuera un hijo y jamás pensó verlo así, consumido por un mal que ningún médico de este mundo puede curar: el de ser presa de una ambición egoísta que ya no empuja, sino que lastra a quien la sufre. Porque sucede que, cuando un gobernante deja de ambicionar para todos y se centra por completo en sí mismo, lo que pudo ser su fuerza se troca en su debilidad.

10

Egidio de Portugal ha vendido su alma al diablo, a uno con título condal y mucho oro al que entregó su alma, su tiempo y lo poco que de bueno quedaba en él. A veces los echa de menos... y también echa un poco de menos al buen y viejo tonto de Julián de Ávila. Pero la vida de un nigromante está llena de sinsabores y pequeñas desgracias que uno tiene que esforzarse en contrarrestar, y él, por lo pronto, las contrarresta gozando de Beatriz la Loba y con la tranquilidad de saber que tiene la bolsa bien repleta de monedas de oro.

A su lado, en la mullida cama, Beatriz ronronea como una gata y se estira satisfecha. Desde que se le mostró sin su disfraz de mora, Egidio no puede hacer otra cosa que desearla. Algo muy caro, por cierto.

—¿Qué opinas del conde? —le pregunta Beatriz, que gira y se le sube encima para luego besarlo.

Ahora que los dos saben que trabajan para el mismo hombre, se van sondeando, por así decir, para saber quién de ellos está más cerca del conde y quién sabe más sobre lo que en realidad se trae entre manos. Medidas de seguridad podrían llamarse, ya que ambos saben que el otro no parpadearía siquiera si el señor de Lara le ordenase acabar con su compañero para así salvar el propio pellejo. Y es consciente también de que don Nuño González de Lara solo los ve como «herramientas útiles», y ya se sabe lo que uno hace con ellas cuando dejan de serlo.

—Mi señora puta, yo no opino, sirvo y vivo. Eso es todo. Lo que el señor conde esté tramando o dejando de tramar es cosa suya. Yo obedezco, recibo oro, miro hacia otro lado y de esa manera pretendo vivir muchos años.

Beatriz no se molesta por tan esquiva respuesta, pues ella respondería de la misma manera. Pero decide pinchar un poco al brujo.

—¿Fuiste tú quien lo asesinó? —lanza la Loba, y en su pregunta, muy al fondo, vibra algo muy oscuro y decadente que excita al nigromante.

—Te gustaría que fuese así, ¿verdad?

Ella se sorprende de la perspicacia de Egidio y luego, descarada, arquea la espalda, se echa a reír y le ofrece su magnífica estampa de hembra de senos altivos y maldad sin ataduras.

—No. No fui yo. Si quieres conocer al asesino, tendrás que preguntarle al conde —replica Egidio, sintiendo que el deseo que esta mujer le provoca está más trufado de infierno que el que habita el diablo.

—No hace falta que se lo pregunte —le replica ella—. Solo era una inocente curiosidad la que quería satisfacer.

Siendo honestos, si alguna vez hubo inocencia en Beatriz desapareció al poco de parirla su madre. Pero eso no importa a Egidio, que, descabalgándola y poniéndose encima, vuelve a tomarla con esa fuerza que a ella tanto le gusta.

Y mientras yacen, en su palacio don Nuño González de Lara termina de leer la incompleta copia del libro que le consiguiera Beatriz la Loba por intermedio del nigromante. Esos dos, medita don Nuño, han sido, después de todo, una buena «adquisición». Cuando Beatriz, que ya estaba a su servicio, vino a informarle de lo que el maestro Julián de Ávila tenía entre manos, para confirmar, por así

decir, lo que ya sospechaba gracias al mercader de libros Samuel de Madrid, todas las alertas resonaron, cual trompetas de batalla, en su mente: si el viejo loco tenía razón y el rey se veía favorecido por tal descubrimiento, todos sus planes se irían al traste. Un Alfonso con plata suficiente en sus arcas podría, después de todo, ganarle la mano a Ricardo de Cornualles, y aunque en teoría él servía en secreto al inglés a cambio de oro y apoyo, en realidad era Ricardo de Cornualles quien le servía a él. Lo hacía desgastando los recursos de Alfonso, menguando su fama de hombre justo, minando su prestigio, debilitando su posición ante las ciudades, los nobles y obispos de Castilla... En suma, la carrera por la corona imperial y el fracaso del rey ante su rival inglés fortalecían al conde y, cuando llegase el momento, lo señalarían como el único capaz de poner fin a las locuras de Alfonso y, por ende, de gobernar Castilla como esta se merecía. Y la cuestión no era solo cómo merecía ser gobernada, sino más bien quién debía gobernarla.

La respuesta era breve y contundente: Lara, don Nuño González de Lara. Vuelve a fijar sus cansados ojos en el pequeño y destartalado volumen que tanto oro le ha costado obtener. Según le contó Beatriz la Loba, Egidio el nigromante, amigo de Julián de Ávila, poseía poderes ocultos y los usó para tal fin. No cree en eso, desde luego, más bien considera que el brujo usó su astucia y su íntimo conocimiento del difunto para hallar el ingenioso escondite del pequeño libro: un doble fondo situado en la base de la tinaja de agua, al que se accedía apresando con los pies la parte inferior, mientras se hacía girar al resto con las manos. De tal guisa era liberado el oculto espacio que quedaba entre la base y el resto del recipiente.

En cualquier caso, este no es el libro que busca. No es un sabio, pero sí un hombre tan culto como pueda serlo el rey, y de la lectura

que acaba de concluir deduce dos cosas: lo que vale la pena saber sobre el *Tesoro de Alejandro* no fue traducido, ni copiado por Julián de Ávila en este miserable ejemplar. Y que el texto original no será fácil de descifrar. Dos opciones se le plantean a partir de esas premisas: la primera, confiar en que las claves contenidas en el libro original escrito en griego no puedan ser descifradas y, por tanto, Alfonso fracase en su empeño de hacerse con el tesoro; la segunda es, simplemente, apoderarse del libro para tratar de descubrir lo que oculta. Medita sobre las dos posibilidades, pues es hombre reflexivo. A lo lejos, como cada amanecer, se oye la voz dulce de su hija cantando una triste cantiga de amor. Al escucharla, endurece el gesto: adora a su hija. De hecho, el amor que por ella siente es lo único limpio que en realidad alberga su alma, y por eso no perdona el daño que ese maldito caballero del rey, Tello Bermúdez, le ha hecho a Juana. Su niña, por supuesto, no sabe lo mucho que él, su padre, conoce sobre su romance con el caballero. Pero don Nuño es tejedor de telas de araña y en una de ellas quedó enganchada la confesión de una amiga de su hija. Desde entonces, labora en secreto para perder al caballero que se llevó la doncellez de su niña. ¡Por Cristo que ese perro perderá la vida! Sí, la perderá, y como ese precio no parece suficiente para pagar el rencor que contra él alberga, también le quitará su hacienda, para que así aquellos a los que tanto quiere Tello Bermúdez, su hermana enferma y su sobrino, se vean reducidos a la mendicidad. Pero se está extraviando... La venganza contra el caballero Tello Bermúdez llegará en su momento, ahora debe centrarse en el libro, ya que este contiene la clave para que Alfonso triunfe o fracase y, por eso, también es la llave para que él se abra camino hasta conseguir que Castilla quede por completo en sus manos.

Sus largos y delgados dedos tamborilean sobre la mezquina tapa de cuero del volumen en el que el asesinado Julián de Ávila copiaba y traducía al latín el texto griego original. Entonces, sin casi darse cuenta de lo que hace, abre de nuevo el volumen y sus ojos, cediendo a algo que podríamos llamar impulso, se fijan en una página que, justo con la luz rasante del amanecer que entra por la ventana, desvela que el escriba redactó lo que ahora se puede leer sobre un texto anterior que trató de eliminar raspando con el *scalprum* el pergamino. Pero fue descuidado y no aplicó luego la piedra pómez para acabar con los últimos restos de tinta antes de volver a escribir encima y, por eso, si uno pone ahora el folio en el ángulo adecuado para que la luz revele el texto subyacente, entre letra y letra, entre palabra y palabra, se puede medio reconstruir lo que el redactor se arrepintió de escribir y quiso eliminar: «14 Daisios... 14 heliostásion... Delphinus ad litora tormenti mei signat atque praevalet».

Eso es todo lo que puede leer y, como conoce bien el latín, sus labios, trémulos, comienzan a traducir. Primero lee «14 Daisios y 14 heliostásion». No entiende esas dos palabras, pero todo indica que son transcripciones literales del griego. Pero lo que viene a continuación es buen y comprensible latín: «... El Delfín señala y prevalece a orillas de mi tormento...». Eso es todo lo que puede rescatar del texto original que Julián de Ávila redactó y que luego, arrepentido, trató de borrar y suplantar por otro. ¿Qué es lo que quiere decir? No lo sabe. Lo que sí sabe es que, si Julián de Ávila quiso eliminarlo, es porque consideró que solo para él debía quedar y no para la copia que, sin duda, pretendía entregar al rey. ¡El muy cabrón!

En cualquier caso, Nuño González de Lara quiere saber más y, por largo rato, continúa tratando de conseguir que la luz rasante le

revele más letras, más palabras condenadas a ser ocultadas por el traicionero traductor y copista. Y su perseverancia, sumada a la luz de la mañana, le entrega algo más: lo que parece ser el dibujo de una lechuza. A continuación, logra leer una cifra: 380, y luego, una palabra que, de nuevo, parece griega: *kaikías*, y, tras ella, al final de la línea, un nuevo dibujo que apenas sí puede reconocer pero que parece ser una suerte de serpiente monstruosa con cabeza humana dotada de revueltos cabellos, amén de con un rostro feroz colmado con siete ojos y siete bocas. Y en la siguiente línea..., no puede asegurarlo, pero parecen estrellas, ángulos, cifras... ¿Quién puede saberlo?, pues el texto subyacente está demasiado dañado y oculto por las letras que fueron escritas encima. Eso es todo y, aunque nada puede sacar en claro de todo ello, llega a la conclusión de que el libro original, el viejo códice griego que el muy necio de Samuel de Madrid vendió a Julián de Ávila y que ahora, gracias al asno de Martín Pérez, está en manos del rey, solo puede ser descifrado por alguien que sea maestro en astronomía, en matemáticas y, además y ante todo, buen conocedor de la vida y obra de Aristóteles. Pocos hombres hay en el mundo con semejantes saberes, pero algunos de ellos viven en Toledo, y uno, quizá el que más sabe de todas esas disciplinas, está en las mazmorras del rey Alfonso: el maestro al-Ricutí.

—Si consigo el libro, moro, te liberaré y te obligaré a entrar a mi servicio para que descifres sus secretos para mí. Pero si no puedo hacerme con la obra griega, me aseguraré de que seas condenado y mueras. Es harto probable que sin ti Alfonso no pueda encontrar las claves que lo conduzcan a ese maldito tesoro —susurra, reflexionando para sí, como lo haría una serpiente si los ofidios pudieran hacer tal cosa.

Y entonces se da cuenta de la suprema ironía y estalla en una carcajada que alerta a los criados que laboran en otras estancias de la gran casa y que detiene los ágiles dedos de su hija Juana sobre las cuerdas de su triste arpa: el juez pesquisidor que someterá a tormento a al-Ricutí, el que escuchará antes que nadie su confesión, el que influirá más que nadie en el rey sobre si debe o no condenarlo a muerte, es el canónigo Martín Pérez, y ahora, tras colmarlo con oro y miedo, es su hombre y no el del rey.

En ese momento, en una oscura mazmorra del Alcázar de Toledo, al-Ricutí llora en silencio mientras trata de acomodar, de la mejor manera posible, las cadenas que lo sujetan a las argollas ancladas a la pared. Tiene ya en carne viva las muñecas y los tobillos, pero no es eso lo que convoca sus lágrimas, sino el pesar que le embarga: terminar así, acusado de asesinato, sepultado en vida en la oscuridad y sin posibilidad alguna de volver a ver a Isabel. Verla... El corazón del hombre, al contrario que los astros del cielo y las fuerzas que gobiernan la tierra, nunca ha podido ser descifrado. ¿Cómo se enamoró de Isabel? No lo sabe. Pero sí sabe que la ha perdido para siempre. Tampoco la había tenido alguna vez y sabía que no la tendría nunca..., pues ella es cristiana y de noble cuna por añadidura, y él, un musulmán hijo de un zapatero, y ningún caballero castellano, aunque ese caballero fuera el gentil Tello Bermúdez, consentiría en entregar a su hermana a un moro sin linaje. Mas no le importaba, pues le bastaba con verla, con conversar con ella, con arrancarle una risa clara o aposentarle una sonrisa en los labios. No hay visión más hermosa para él que la de verla feliz, ni tenía propósito más firme que el de rescatarla de la extraña enfermedad que la atenaza y la empuja al sepulcro. Ahora

solo hay oscuridad y dolor. Y ella es tan inalcanzable como lo es la luz en este pozo de sombras que es su mazmorra.

Pues no se engaña, el canónigo Martín Pérez lo llevará al tormento y a la muerte. Al-Ricutí conoce bien el alma humana y lo único que vio en la de su juez pesquisidor fue maldad. No confía en que el rey, demasiado bueno, demasiado confiado para ver las temibles bestias que se agazapan en lo más profundo del corazón de los hombres que lo rodean, sea capaz de darse cuenta de la injusticia a la que se le está sometiendo. Y respecto de Tello, el caballero es su amigo, es cierto. Envió a su escudero, Ramiro, a trasmitirle aliento. Fue hermoso escuchar el mensaje de Tello, palabras de aliento, de esperanza, de amistad que lo conmovieron en profundidad, pero palabras sin sentido. Y todo porque el duelo judicial que Tello se propone invocar nunca será consentido por el canónigo, y el rey, tan puntilloso con los procedimientos legales, no irá en contra de las razones que, sin duda, aducirá Martín Pérez. Y entonces se descorren cerrojos y la luz ciega a al-Ricutí, y, cuando se sobrepone a ella y puede volver a enfocar la mirada, enmarcado por el fuego de dos antorchas, está el rostro anguloso e implacable del canónigo Martín Pérez.

—El rey ha ordenado que seas sometido a tormento. —Es lo único que le dice, y no hace falta más, pues lo demás ya lo dice la siniestra sonrisa que luce.

Él ni siquiera puede gritar. Y no lo paraliza el miedo, sino el impacto del mal en estado puro. Mientras lo arrastran cargado de cadenas hasta la sala de tormento, le estiran de forma salvaje los brazos para atárselos a la espalda y luego le pasan una gruesa cuerda que atan a una viga, lo izan bien alto, le cuelgan pesos de frío hierro de los pies para estirar al máximo sus articulaciones y le provocan un dolor que se torna insoportable agonía, al-Ricutí sigue

viendo, abra o cierre los ojos, la perversa sonrisa de Martín Pérez: la sonrisa de quien disfruta viendo sufrir a otro y no encuentra mayor gozo que ese en el mundo.

11

El rey ha consentido en dedicarle unos instantes. Tello se inclina ante el monarca. Los dos hombres se conocen desde los días de la conquista de Murcia, cuando el uno era un bisoño caballero que debía probar su valor y el otro, un príncipe en busca de su propia gloria[1] . Tello respeta y admira a Alfonso, y este, a su vez, aprecia el arrojo y la fuerza de su caballero. Pero mientras que Tello solo tiene un rey, Alfonso tiene a su servicio miles de caballeros, pero ninguno tan audaz, tan celebrado como Tello, que, afamado por sus hazañas en Murcia, en Jaén, en el asedio de Sevilla y en los campos de Jerez, acaba de regresar de Italia nimbado con la luz del héroe. Un héroe con excelentes armas y mejor caballo, sin duda, pero también con escasa hacienda a tenor del gastado manto y la descolorida sobreveste que luce sobre la armadura. El rey, buen observador, ha captado esos detalles y se dice, en el secreto de su mente siempre alimentada con propósitos de justicia, que quizá no ha recompensado de forma adecuada a su caballero.

—Mi señor rey, es grande mi dicha, pues habéis consentido en recibirme.

—Sois fiel servidor, buen caballero, y no he tenido ocasión de recompensar como deben ser vuestras hazañas en Italia —se excusa Alfonso, que observa ahora que, además de descolorida, la sobreveste de seda que viste su caballero tiene algún que otro discreto remiendo—. Pero, mirad, la generosidad que se hace esperar suele ser la más cumplida, y ahora mismo ordenaré que se

os haga un presente digno de vuestro arrojo y de tantos años de esforzados combates peleando bajo mi estandarte. Salta a la vista que nos estamos haciendo viejos, buen caballero, y ya no somos los jóvenes que militaron juntos bajo las murallas de Murcia, y la madurez exige de los hombres que salden sus cuentas pendientes, y la mía con vos es grande.

Es una gran merced la que se acaba de hacer a Tello: que el rey reconozca ante toda la corte, con tantas y tan hermosas palabras, sus casi veinte años de servicios, y ello, sumado a la promesa de una inmediata recompensa, debería bastar para satisfacer a cualquier caballero. Pero no a Tello. Ahora, al contrario que hace tan solo unos días, no desea recibir de su rey una recompensa en tierras, sino el favor de la justicia. Así son las cosas de este mundo: suspiras durante años por algo y, de repente, cuando lo tienes a mano, deja de ser tan importante para ceder su sitio a otra cosa que, hasta ayer por la tarde, ni siquiera habías pensado.

—Vuestra generosidad me turba, mi señor rey, y no es merecida. Mi espada y mi lanza están a vuestro servicio, y mi juramento de fidelidad es inquebrantable, pues con plata y tierras o sin ellas os he de servir hasta el final de mis días, y ello porque sois mi rey y porque os admiro y amo.

Ante esas nobles palabras, los cortesanos y oficiales que flanquean el trono asienten satisfechos y murmuran entre ellos. Es lo debido y lo que se espera de un caballero del rey, y eso, lo debido y lo esperado, siempre son de general agrado. Alfonso X también está complacido. Levanta la mano derecha y llama al escribano de cámara para que acuda con sus tablillas enceradas y su estilete a tomar nota de lo que va a disponer. Luego, ese mismo escribano redactará un documento en papel de minuta y este último, una vez revisado por el notario de la cancillería, será copiado en buen

pergamino y sellado por el rey para que se cumpla lo dispuesto y quede constancia de ello.

—Yo, Alfonso X, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, Toledo, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia y Jaén, señor de Baeza y Almería y de toda la tierra de Cádiz y de los Algarbes, rey de los romanos y emperador electo, ordeno que le sean cedidas a mi caballero, don Tello Bermúdez, las tierras que...

Y sigue hablando, diciendo aquello que durante tantos años Tello mucho ansió escuchar: las palabras que ordenan que se le entreguen tierras y privilegios que harían de él un rico caballero y que le permitirían que Isabel y su sobrino tuviesen una vida desahogada. El rey habla y sus palabras son la justa retribución por tantos años de batallas, de penalidades, de heridas, de miedos vencidos, de fatigas sin cuento... Eso ansiaba escuchar, eso deseaba obtener, y ahora todo quedará en nada.

—Mi señor rey, no es tierra ni privilegio alguno el que deseo recibir de vos en pago de mis servicios y hazañas, sino tan solo una gracia que nada os costará y que librará a vuestro reino de una tremenda injusticia.

Ya está dicho. Tello acaba de renunciar a todo. Su semblante, serio, firme, enfrenta a su soberano, que, desconcertado, no sabe si sentirse o no indignado. Quienes no tienen duda de cómo han de sentirse son los nobles y oficiales del rey que asisten a tan singular escena: aquello de que el monarca, después de dar, vea rechazado su regio presente es tan inaudito, tan falto de cortesía, que lo que un momento antes fueron murmullos de aprobación y rostros satisfechos se torna muro de reconvención y rechazo. Pero Tello se siente bien. Es extraño, pero está en paz consigo mismo. Ha hecho lo que deseaba hacer, y ese deseo era lo que le imponía su honor de caballero, la amistad que siente por al-Ricutí y el amor que profesa a

su hermana. Por todo ello, aunque en torno a él los hombres critican su osadía y su falta de gratitud, en su interior palpita esa extraña fortaleza con la que uno se dota a sí mismo cuando actúa conforme a aquello en lo que cree: «Lo correcto, Tello, es más fuerte que el acero». Le solía decir su padre cuando era niño, y, en efecto, así es. Aguarda en paz lo que el rey disponga, su asentimiento o su rechazo airado. Tello entretiene la mirada mientras contempla la gloria de aquella gran sala de techos de madera finamente dorada en la que se han tallado estrellas y flores de ocho puntas y cuyas paredes de piedra estucada aparecen engalanadas con pinturas al temple que, en oro y azul intenso, dibujan figuras geométricas que juegan con las pintadas armas del rey, y, entre ellas, aquí y allá, colgando como sueños, se ven ricos tapices con las historias de los antiguos héroes bordadas con mano diestra y vivos colores. Y mientras Tello aguarda, Alfonso reprime el desagrado que la respuesta de su caballero le ha provocado. ¿Cómo se puede ser tan desagradecido? Pero este que tiene delante, después de todo, es uno de sus mejores hombres de guerra y le debe un poco de paciencia y comprensión.

—¿Injusticia decís? Hablad, pues, caballero, y, si está en mi mano daros satisfacción, la tendréis.

Tello casi suspira de alivio al escuchar aquello. Después de todo, parece que tendrá una oportunidad. Manteniendo el control, medita un instante lo que va a decir y, mientras lo hace, atraídos por el revuelo, más nobles y oficiales del rey entran en la gran sala para no perderse lo que allí acontece.

—Mi señor rey, invoco mi derecho como caballero a entablar un duelo judicial.

Alfonso se remueve en su trono. No es amigo de tales costumbres y, aunque en su reino los duelos judiciales se practican en muchas ciudades, su voluntad es que vayan siendo relegados al olvido. Son

los suyos, los tiempos de Alfonso, tiempos nuevos, y en ellos deben regir las leyes que emanan de la razón y no las maneras de antaño asentadas sobre la fuerza de la espada. Pero se ha comprometido con Tello Bermúdez y, a regañadientes, se dispone a darle satisfacción.

—Si es eso lo que queréis, os lo concederé. No es cosa que yo considere oportuna para establecer la verdad, pero, aun así, justo es concluir que la costumbre os asiste. Decidme, ¿por quién o por qué pretendéis combatir?

Aquel es el momento supremo, y Tello lo sabe: ganará o perderá con las palabras que se dispone a pronunciar. Envolviéndolo, siente la tensión que reina en la gran sala y que parece amalgamarse con la luz perezosa que se filtra por las vidrieras que cierran las grandes ventanas. Sujetando los nervios, tomando aire, mirando a su rey, Tello responde.

—Combatiré por la inocencia del maestro al-Ricutí.

Eso no se lo esperaba Alfonso, y la sorpresa que le produce es tan manifiesta que Tello se apresura a explicarse.

—Es hombre piadoso y bueno, y ha sido acusado de forma injusta. Por añadidura, es amigo mío y, como médico diestro que es, ha visitado a mi hermana para tratar de sanarla del mal que la aflige. Estoy en deuda con él y mi honor de caballero me exige defenderlo.

Eso ha dicho Tello Bermúdez, y Alfonso, en otras circunstancias, no le negaría lo que pide. Pero ahora al-Ricutí está en las mazmorras del alcázar siendo interrogado por el canónigo Martín Pérez, y de ese interrogatorio puede depender que sus sueños de ser emperador coronado se hagan o no realidad.

—No puedo daros esa satisfacción... —comienza a decir el rey, pero Yehuda ben Moshe, su médico judío, se le aproxima presto y le susurra algo al oído.

Sí, algo que detiene la lengua del rey y que arquea sus cejas en un gesto que parece indicar que no era consciente de un importante detalle.

—Os debo mucho, Tello Bermúdez —retoma el rey, tratando de que no se le note que se corrige a sí mismo, con un tono que comienza siendo vacilante, pero que cobra seguridad—. Y os concedo ese duelo judicial que tanto deseáis. Que sea, pues, Dios, mediante la ordalía del combate, quien establezca la inocencia o culpabilidad del maestro al-Ricutí.

La sentencia del rey levanta nuevos murmullos de aprobación, pues la corte es amiga de novedades y hace muchos años que no se ha visto en Toledo una ordalía por combate. Esta, además, será digna de cantares de gesta, pues la va a entablar el más diestro caballero de Castilla.

Sin embargo, no todos están satisfechos por la estimulante novedad. Allí, con ceño fruncido, también se encuentra el conde Nuño González de Lara, y, en su corazón, el odio que siente por Tello tiene un nuevo motivo para tornarse fuego oscuro.

—¿Puedo hablar, mi señor rey?

La pregunta del señor de la casa de Lara impone silencio en la gran sala. El rey, tan sorprendido como el resto, se gira para mirar a su consejero y, al ver su duro semblante y la intensa mirada que dirige a Tello Bermúdez, se percata de que, por alguna razón que se le escapa, don Nuño odia al caballero. Girándose entonces de nuevo, contempla cómo Tello no esquiva el ocular golpe del conde, sino que lo enfrenta con determinación. ¿Qué hay entre estos dos?

—Hablad, conde —concede para saberlo.

—En esta misma sala, el canónigo Martín Pérez nos desveló a todos las contundentes pruebas que halló contra el maestro al-Ricutí. Tuve la ocasión de conocer al desdichado maestro Julián de

Ávila y su terrible muerte me sobrecogió. Ningún hombre merece tal suerte, y me horroriza que el culpable, pues no me queda duda alguna de que el moro malvado fue el responsable de tan cruel asesinato, pueda ahora librarse de su justa condena por mor de la destreza guerrera de este caballero. No es justo, mi señor rey, y por eso invoco mi derecho de presentar un paladín que pueda defender la justicia que aquí, torcidamente, se trata de esquivar.

—¿Torcidamente? —brama Tello Bermúdez, y sus grandes ojos castaños, tan serenos, son ahora tempestad.

—¡Defendéis la causa del moro porque es el amante de vuestra hermana! —escupe el señor de la casa de Lara, y Tello, fuera de sí ante el nuevo e insufrible insulto, se abalanza hacia él, y si los guardias del rey no hubieran sido rápidos en sujetarlo, la sangre se habría derramado a los pies del soberano de Castilla.

—¡Calmaos los dos, os digo! ¿Es esto una taberna o la corte de vuestro rey? ¡No consentiré que se pronuncien aquí más ofensas! —ruge Alfonso, y nadie osa contradecirlo.

Impuesto el silencio, Alfonso lanza una furibunda mirada que recorre la sala y que se detiene, ardiente, primero, en el conde y, luego, en Tello Bermúdez. Ya se sabe que el rey no es hombre que admita que se le rete.

—Duras palabras han sido aquí pronunciadas. Me apena que dos hombres tan nobles, a mi servicio y a los que en tan gran estima tengo, estén entre sí tan mal avenidos. Pero el juicio de Dios ha sido invocado, y será Él, suprema justicia, quien establezca la verdad del crimen que hay que esclarecer y de las ofensas que han sido lanzadas en público. Tello Bermúdez combatirá por la inocencia de su amigo, el maestro al-Ricutí, y sus armas defenderán también la virtud de su hermana. Si Dios le da victoria, el maestro al-Ricutí será liberado y el conde de Lara tendrá que disculparse por ofender el

honor de la dama y pagar crecida reparación por ello. Pero si Tello Bermúdez es vencido, establecida quedará la culpabilidad de su amigo y sancionado el deshonor de su hermana. Entonces, al-Ricutí será sentenciado a muerte por el asesinato de Julián de Ávila y doña Isabel Bermúdez será señalada por la infamia de la impudicia. Así digo y así será cumplido.

Las palabras del rey son justas, sin duda, pero también son como pedernal recién tallado: afiladas, peligrosas, ominosas, como espada de Damocles aguardando destino que casi puede tocarse en el odio que dos hombres, el conde de Lara y el caballero Tello Bermúdez, se intercambian con la mirada.

—¿A quién elegís como paladín, señor conde de Lara? —pregunta el rey.

—A Carlos de Bayeux. —Y con eso el conde lo ha dicho todo, dado que Carlos de Bayeux, mercenario normando a su servicio, es la muerte revestida de hierro.

La gran sala queda vacía. Y el día se transforma en noche, y esta, que no puede detener la luz, se aparta ante una nueva mañana que hiere el oriente con rosados y cobres que parecen promesa de batalla y sangre. Y en los campos de Toledo, las alondras vuelan en espiral hacia el último azul profundo, antes de que el sol en esplendor se apodere por completo del mundo y encienda los campos de tierra roja sacando resplandores de estaño de las hojas quietas de los olivos y brasas avivadas de los pastos helados que se cobijan bajo las encinas.

A las afueras de la ciudad, en la puerta de su casa, enmarcados de frío y escarcha, dos hermanos se abrazan como si su cariño pudiera detener lo que ya ha sido escrito por el ángel al que Dios encargó anotar la suerte de los hombres en el libro del destino.

—¡Te suplico que no te sometas a la ordalía del combate!

Eso ha gritado Isabel mientras llora abrazada a Tello y aparta un poco su hermoso pero demacrado rostro, y le vuelve a pedir que se desdiga de su empeño en librar duelo judicial para demostrar la inocencia de al-Ricutí. De paso, y por mor de la ofensa del conde de Lara, su honor como dama. Están solos, bajo el fresno que crece junto al pozo que da agua fresca a su casa. Un poco más allá, bañada de sol y de inquietud, se puede ver a Sancha fingiendo que se afana en tareas en vez de llorar desconsolada. La muchacha, de grandes ojos oscuros y piel de bronce, se esfuerza por no hacer lo que el corazón le pide: abrazar a Tello y rogarle que no arriesgue la vida en el duelo que, en breve tiempo, entablará en Toledo. No lo hace porque ella es solo una simple sirvienta que, desde niña, ha servido a su señora, la bondadosa Isabel, y amado en silencio a su hermano.

Tello no responde a su hermana. No puede aportarle nada, pues todo está dicho. Isabel es inteligente como pocos pueden serlo y, por eso, en el fondo, sabe que su hermano no puede desdecirse, pues eso supondría que al-Ricutí quedaría un paso más cerca, si cabe, de la condena a muerte. Amén de que quedaría dañado para siempre el honor de caballero de Tello y, peor aún, también quedaría en entredicho el de ella, Isabel.

La mañana, una vez consolidada, es espléndida. Sol dorado que parece haberse engalanado para asistir al duelo y una brisa helada que dispersa las escasas nubes blancas que empañan el azul que sobre ellos impera. A veinte pasos, serio, aguarda sus órdenes su escudero, el bueno de Ramiro López. A lo lejos, sobre su roca, el alcázar guarda Toledo, y a sus pies, el Tajo lo ciñe de plata.

Parece inverosímil que en un día así dos hombres luchen a muerte, pero claro que es posible. Los días, por hermosos que sean,

no se oponen a la muerte, ni a la locura que habita en la roja sangre.

En Toledo, en la Vega Baja, al pie de la peña desde donde la ciudad y el alcázar se asoman al Tajo, allí donde mil años atrás los romanos vibraban con las carreras de cuadrigas, se levantan improvisados pabellones y gradas para que el rey, sus nobles y el pueblo puedan asistir al juicio de Dios que en apenas dos horas hará retumbar el hierro forjado en las armas de dos caballeros que se batirán sin tregua hasta que resplandezca la verdad o se tiña de sangre. Y mientras todo se dispone, en el palacio que ocupa el señor de la casa de Lara, una mujer que fue su niña siente que se le desgarra el alma.

—¡No podéis hacer esto! —grita Juana.

La bofetada que le impone silencio le echa la cara hacia atrás con violencia. Se la ha dado su padre, el conde de Lara, que ahora la sujeta para que no se caiga, y la fulmina con la mirada.

—¿Te atreves a interceder por ese perro? ¿Crees que no sé que tu virtud fue mancillada por ese rufián? ¡Por Dios y por la Virgen, a quienes pongo por testigos, he ordenado a Carlos de Bayeux que le arranque el corazón para poder arrojárselo a los perros! ¡Pagará con sangre y con el deshonor de su hermana la ofensa que en tu doncellez me hizo! ¡Eres una zorra y yo un necio por seguir queriéndote! ¡Debería revelarle al señor de los Cameros que le entrego como futura esposa a una puta y no a una virgen!

La deja allí, con los labios partidos y sin poder hacer más que llorar. Sintiéndose sucia, impotente, maldita por provocarle este dolor a su padre y también por haber tenido que hacerle tanto daño al único hombre al que puede amar: Tello...

—Siempre te amaré —susurra con la voz quebrada—. Siempre... —pronuncia muy despacio, entre sollozos.

Pero *siempre* es una palabra que te impone un precio muy alto, y en su corazón de mujer ella lo está pagando. Mientras llora, en su cabeza, una y otra vez, se repiten los insultos. Sí, es una puta. Eso la ha llamado su propio padre, pero una puta que ama con toda su alma a un hombre que ha sido condenado a muerte. Juana conoce a Carlos de Bayeux y sabe que el gigante normando es el verdugo implacable de cuantos se atreven a enfrentarlo.

Imagina la muerte de Tello y una punzada le golpea las sienes como si se las alcanzara una lanzada. La fría mañana la hace temblar. ¿O es la muerte que también viene a buscarla a ella? Sí, mejor así, ya que la vida los ha separado, que los una la muerte. Sin dejar de llorar, sin que pueda cesar de temblar, loca de miedo y sufrimiento, corre en busca de su arpa y de algo más que se mezcle con su dolor, con su música y con sus lágrimas. Así ha llegado la hora de Tello. En su casa, en un silencio denso, mientras Isabel y Sancha lloran abrazadas, el caballero se reviste con sus armas. Es más que eso, es una ceremonia, un ritual sagrado que precede al combate y que, asistiéndolo, también ejecutan su escudero, Ramiro, y su sobrino, Alvar, que, en este día de juicio, también ha entrado a su servicio para iniciar el que, Dios así lo quiera, será su largo camino de futuro caballero.

Tello Bermúdez ha vivido mucho. Batallas en las que la tierra temblaba bajo el peso de los caballos de guerra y en las que el aire se condensaba en torno a él en forma de negras saetas, codiciosas lanzas y crueles espadas. Combates y duelos dadores de gloria y terrores; aventuras sin cuento en los reinos de los moros y en Occitania, Francia e Italia... Y también ha sabido de la pobreza, del hambre y del frío, y, por el contrario, ha disfrutado de festines y alegrías, dormido en palacios y galanteado a hermosas damas en días de fiesta repletos de cantos de trovadores y danzas cortesanas.

Ha vivido mucho, pero nunca había sostenido un duelo que estableciera el juicio de Dios. Y tiene miedo. Y por Santiago Apóstol, no se lo tiene al campeón del conde de Lara, sino a Dios. No lo estará tentando, se dice a sí mismo una y otra vez. No estoy poniendo a prueba a Dios, sino a mi valor, y, si lo hago, es por una causa justa. Está persuadido de que la vida de un hombre inocente y el honor de una dama que además es su hermana bien merecen que libre combate. Y por eso está allí, en la sala de su modesta casa, tratando de sujetar sus miedos mientras se reviste de metal para librar una solitaria batalla que puede ser la última.

Lo primero que le colocan a Tello su escudero, Ramiro López, y su sobrino, Alvar, son las solleras, esto es, los zapatos de cuero cubiertos de malla de hierro. A continuación, su escudero le sujeta a las piernas las brafoneras hechas de cota de malla y, sobre ellas, dispone a continuación las grebas que protegerán las espinillas. Después, entre su sobrino y su escudero, le ponen el aparatoso gambesón de fieltro acolchado que salvaguardará su piel del roce de las anillas de metal de la cota de malla, y, de inmediato, Ramiro le ajusta el collar de cuero que hará lo propio con su cuello.

Detrás de ellos, Isabel y Sancha ya no lloran, sino que, tomando ramitas de romero, las pasan por la llama de una vela, las encomiendan a Santiago Apóstol y se las remeten a Tello entre el collar de cuero y la piel de la garganta, tal y como exige la arcana costumbre que considera aquello signo propicio que atraerá sobre el caballero la protección del santo. Mientras así proceden, Isabel besa a su hermano, y Sancha, encendidas las mejillas, solo logra dedicarle una sonrisa desmañada y una mirada brillante de lágrimas. Las mujeres dan un paso atrás y llega entonces el momento en que Ramiro y Alvar envuelven a Tello con un coleto o camisa corta de cota de malla y, a continuación, el muchacho y el escudero suman

fuerzas para colocarle encima la pesada cota de malla que, con sus setenta y seis libras[2] de miles de apretados anillos de hierro lombardo de primera calidad, constituye una armadura perfecta. La cota de malla de Tello, confeccionada en Milán, es su orgullo, y pocas la igualan en Castilla. Cuenta con almófar o capucha de cota de malla, es de largas mangas y su faldón llega hasta debajo de las rodillas.

Hecho esto, su sobrino le coloca un bonete de cuero acolchado en la cabeza antes de ponerle el almófar y sujetárselo a la barbilla con unas correas de fino cuero. A continuación, Ramiro le sitúa la loriga o coraza de placas de Alemania, forjada en Augsburgo en lámina de hierro y que allí, en Espanna, es novedad que muy pocos pueden pagar y que él posee gracias al soberbio premio que obtuvo en el torneo de Pisa. Y tras esto, su escudero y Alvar le sujetan al cuello el gorjal de hierro que le protegerá la garganta, para continuar luego con las hombreras de barba de ballena, cuero y metal, con los avambrazos, con las roderas y con los guanteletes, piezas de armadura que guardarán sus brazos, codos y manos. Ahora es un hombre de hierro. Desde el hogar, la lumbre juega a sacar chispas de las piezas de su armadura y, acompañado de esos fulgores, Ramiro le pone el gran yelmo chapado en plata, el cual, coronado con la argéntea figura de un oso feroz, solo deja los ojos de Tello al descubierto. Al fin, cubren el hierro con una nueva sobreveste de seda roja bordada, meses atrás, por Isabel y Sancha con hilos de oro y plata, y que debía haber estrenado en un día de gran celebración, pero que ahora lucirá en uno en que se jugará la vida. La prenda, brillante, muestra las armas de Tello: un dorado oso rugiente flanqueado por bermejas cruces patadas. Entonces, para completar su gloria guerrera, Tello se deja ceñir un pesado cinturón de cuero cordobés tachonado de plata del que pende una vaina de

idéntica factura en la que se aloja su gran espada, la misma que siempre ha llevado a la batalla y que antes de él empuñara su padre. Luego, con solemnidad emocionada, Tello se santigua y abraza a su hermana y dedica una mirada y una inclinación de cabeza a Sancha, quien, llevándose las morenas manos a la cara, se vuelve porque no puede soportar seguir mirándolo. Sale al patio bajo la luz de un sol que pide cénit y que lo envuelve en centellas de acero. Allí le tienen ya dispuesto su enorme destrero, su bravo Granizo. El soberbio caballo de guerra está también aparejado para la batalla, lleva en la equina cabeza una testera de barba de ballena y cuero, reforzada con placas de metal, y porta sobre el ancho pecho un petral de cuero endurecido y recubierto con cota de malla, mientras que en los flancos y en la grupa va protegido por las flanqueras y la grupera, confeccionadas ambas en fieltro acolchado y adornadas con sedas tejidas en la mora Granada en las que van bordadas también el oso dorado y rugiente, y las cruces encarnadas. Todo ello le da al gran caballo de batalla el aspecto de un monstruo salido de las canciones de gesta. Por lo demás, el noble animal lleva sobre el fuerte lomo una rica silla de montar italiana de cuero acolchado salpicado con plata. Para subir a ella, Tello se agarra al alto arzón de la silla y, con el auxilio de su escudero y su sobrino, logra encaramarse a su destrero.

La silla es de alto arzón, dotada de perillas de una de las cuales pende su arma auxiliar: una maza de hierro. Encajado en aquel sitial, con los pies bien asentados en los largos estribos, Tello es ahora centauro reencarnado. Debajo, Granizo, que parece ventear el combate, relincha con fuerza y caracolea, lo que obliga a su caballero a sujetarlo firmemente de las riendas. Calmado el noble bruto, Tello puede soltar las bridas y extender el brazo izquierdo para que Ramiro le sujete el escudo. Se trata de un excelente pavés

de tablazón de madera de tilo envuelta en cuero encolado y encerado, que muestra el áureo oso rugiente y las cruces rojas. Dos correas de cuero lo sujetan al brazo y una tercera, más larga, le pasa por el cuello para repartir mejor el peso.

Se aproxima el momento de partir. Tello pide su lanza y Alvar se la entrega con los ojos echando chispas de orgullo por su tío.

La lanza larga que posee Tello es magnífica: la pértiga o asta es de madera de cornejo, y la punta, de buen acero de Toledo. El arma mide sus buenas cinco varas castellanas[3] y, en su último tercio, dispone de un gocete o disco de madera que impedirá que, al impactar contra el contrario, la lanza se le escape al caballero. En fin, un gallardete con los colores de los Bermúdez de Toledo adorna el arma, cuya pértiga va pintada con espirales rojas y doradas.

—¡Por Santiago! —grita Tello sintiendo en su pecho que todo lo que podía hacerse ya ha sido hecho para que pueda enfrentar la gran prueba. Se encomienda de nuevo al santo que tantas veces ha invocado en batalla, obliga a girar a su caballo con la presión de las rodillas y lo encamina hacia el lugar dispuesto en la ciudad para el duelo. Tras él y de inmediato, montadas sobre dos mulas ensilladas con presteza por las gentes de la casa, lo siguen Isabel y Sancha, y, escoltándolas, Ramiro López y Alvar sobre sus caballos de silla.

Es un trayecto corto, pues la hacienda de Tello no está ni a tres mil pasos de las puertas de Toledo y, ante ellas, en el llano de la Vega Baja, con el alcázar y la ciudad alzándose sobre todos como halcón de presa, se apiña una muchedumbre clamorosa que los escolta con sus gritos de entusiasmo. Pues las gentes de Toledo, emocionadas por el espectáculo que se les va a brindar, se han reunido en gran número sin atender a su origen ni condición. Aquí y allá, en la Vega Baja, se ve todavía algún viejo muro romano. Y es que, aunque ya nadie lo recuerda, allí estuvo la espina del circo y se

alzaron sus gradas. Ahora todo eso es pasado, y entre las huertas y el prado se han levantado pabellones y un palenque, y la improvisada palestra parece arder en gozosas llamaradas de pendones y gallardetes. Tello agradece que sea un día frío, ya que bajo tanta rica tela, hierro y cuero se siente como si estuviera metido en un horno y, a través del pesado yelmo, el rugido de la multitud es como un canto lejano y sin brío.

Ahora, ante sí, se perfila el pabellón regio, y frente a él, sentado en un hermoso sitial de alto respaldo cubierto por un dosel de seda azul, está el rey vestido con una cota de armas, es decir, con una túnica de brocado en la que, cuartelados y sobre fondos rojo y blanco, se alternan castillos dorados y leones rampantes y encarnados. La prenda, de largas mangas ribeteadas de armiño, se ve cubierta en los hombros y la espalda por un manto azul también forrado con finas pieles, mientras que la testa real luce la corona abierta de oro y gemas azules, rojas y verdes engastadas en el sencillo aro del que brotan, simétricamente espaciados, florones agudos. A su vera, como siempre, están sus oficiales, y entre ellos, destacando como un águila despiadada, el conde de Lara. Cincuenta pasos más allá, a la derecha, asistido por cuatro escuderos y aguardando sobre su enorme caballo negro, está Carlos de Bayeux, el normando que sirve al de Lara como lobo guardián y de quien se cuentan historias que pocos se atreven a repetir en voz alta.

Carlos de Bayeux aún no se ha puesto el yelmo. Es un hombre feo, y eso no le importa lo más mínimo. A él, a Carlos, el Jabalí Furioso, solo le importa poner miedo en el corazón de los demás, pues el miedo siempre le ha abierto paso y le ha entregado todo lo que ha deseado. Bajo el sol de aquella tierra que no es suya, ofrece la estampa precisa que tendría el terror si se armara como caballero, ya que lleva una doble cota de malla esmaltada de negro y su yelmo

está coronado por un penacho de plumas tintas, mientras que la divisa que lucen su escudo y su sobreveste es un jabalí negro. Colgando de los lomos de su caballo, pueden admirarse sus armas: un formidable espadón de mano y media y una pesada maza con cabeza de hierro esférica salpicada de púas.

Varón grande y brutal, Carlos de Bayeux nació para la guerra y, desde que pudo subirse a un caballo, el combate ha sido su único gozo verdadero. Mercenario de quien pueda pagarlo, salteador inmisericorde cuando no está a sueldo, caballero errante sin más honor que el de usar como nadie la espada, el hacha y la maza, en su violento vagabundeo terminó, tres años atrás, por llegar a uno de los castillos del señor de Lara y entró allí a su servicio a cambio de crecida paga. Carlos pelea por eso y por el simple placer de hacerlo, y si ese placer, además, le permite matar, doblemente lo disfruta.

Entonces suenan trompetas y añafiles, y el estruendo de los atabales[4] se les suma para indicar que la hora del duelo se aproxima. Sentado en su alto sitial, Alfonso X ve a Tello Bermúdez y se admira de la magnífica estampa que ofrece su caballero, y a su lado, su médico judío, Yehuda ben Moshe, vuelve a susurrarle al oído, y luego, con un gesto muy serio en el rostro, le señala en dirección a una nueva comitiva que baja desde el alcázar y entra en escena. Es la que preside el canónigo Martín Pérez, que, como juez pesquisidor, marcha delante del reo, el maestro al-Ricutí, al que, como ya no pueden sostenerlo las piernas, llevan en volandas dos recios peones. Mientras que otros seis, empuñando sus armas, los escoltan, y dos más, que caminan delante de todos, les abren paso con la férrea amenaza de sus azconas[5] .

Lo que había sido estruendo y emoción se transforma en odio y violencia. Todos en Toledo tienen noticia del terrible asesinato del sabio Julián de Ávila y, al ver al moro que los hombres del rey llevan

sujeto por los brazos, todos, erigidos en jueces y sin dudar un ápice de la sentencia, lo condenan a fuer de insultos y maldiciones. Así, maldecido, condenado por el gentío, al-Ricutí, matemático, astrónomo y filósofo, fundador en Murcia de una escuela trilingüe y a quien el rey Alfonso llamó «amigo» e invitó a Toledo, es arrojado a los pies de su soberano, que, alarmado por las heridas que muestra el cuerpo del maestro, lanza una reprobadora mirada al canónigo Martín Pérez.

—Mi señor rey, procedí como vos ordenasteis —se apresura a excusarse recordándole a Alfonso la incómoda verdad—. Y el acusado, tal y como sospechaba, no tardó mucho en confesar su crimen —concluye sin evitar la satisfacción debida a lo que considera un «trabajo bien hecho».

Lógico que confesara: al-Ricutí tiene los hombros horriblemente dislocados y los brazos llenos de hematomas, mientras que sus muñecas y tobillos presentan feas heridas que todavía sangran. En ese momento, tirado en el suelo, con el rostro desencajado de dolor, el murciano trata de alzar una de las manos en un gesto de súplica, pero es evidente que, con los miembros descoyuntados y los tendones desgarrados por el tormento, no puede hacer ningún movimiento controlado.

—Soy inocente... —logra murmurar.

—¿Inocente? ¡No fue eso lo que confesaste cuando estabas colgado de la viga, con las manos a la espalda y los pesos de hierro sujetos a tus pies! —le espeta el canónigo con tanta furia y encono que se le escapa saliva al escupir las palabras.

Alfonso se siente mal. Sabe que la culpa es suya. Cree que la ambición le nubló el juicio y ordenó que sometieran a tormento a este hombre que ahora sufre y al que, sin embargo, admira por su sabiduría. Se siente un sabio lamentable y, con todo y con eso, al-

Ricutí, presa de la fiebre, de la agonía más pura, lucha con sus miembros dislocados para obligarlos a entregarle una petición de perdón, de auxilio, de piedad.

—¿Mi señor rey? —Quien de nuevo reclama su atención para sacarlo de su abstraído y reprobador ensimismamiento es Yehuda ben Moshe. Alfonso no se gira hacia el médico, sino que aguarda a que el anciano judío le susurre lo que tenga a bien al oído—. No os castiguéis en exceso, majestad. Un rey toma decisiones, y eso siempre entraña el riesgo de equivocarse. Ahora lo que importa es que el duelo judicial que os exigió Tello Bermúdez os permitirá salir del entuerto y restablecer en su inocencia y puesto al maestro al-Ricutí.

Alfonso no se siente mejor por oír eso. De hecho, mientras Yehuda se lo decía, no podía quitar los ojos del sufriente maestro andalusí, y la amargura de tal visión, la muda acusación que implica, le llena el paladar de hiel y casi lo mueve a un ataque de histeria que lo obliga a reprimir una enloquecida carcajada. ¿Restablecer en su puesto al maestro al-Ricutí? Puede, pero lo que quizá ya no pueda devolverle es el uso de unas torturadas manos que ahora, de nuevo, pugnan por elevarse hacia él en un patético ademán de súplica.

—¿Estáis bien, mi señor rey?

Quien ahora le habla es el canónigo, y Alfonso tiene ganas de gritarle que no, que no se encuentra bien y que se encontraría mejor si pudiera pedir su espada para decapitarlo con ella allí mismo, delante de todo Toledo. Pero eso sería otra injusticia, pues Martín Pérez solo ha hecho lo que él, su rey, le ordenó, cegado por la ambición y el brillo de una montaña de plata que quizá se esconda tras los enigmas que plantea un libro maldito. Alfonso no responde al canónigo y, mientras calla, Yehuda vuelve a susurrarle al oído cosas que ni siquiera escucha, pues no oye nada, no huele nada,

solo ve, y eso que ve es un hombre roto por su culpa. «Quizá —se sincera consigo mismo en el silencio de su corazón—, quizá me he engañado durante demasiado tiempo y, en verdad, también esto, ser injusto, sea gobernar». Pero todo está dispuesto. El juicio de Dios ha sido invocado y será él, Dios, quien decida lo que es justicia y lo que es iniquidad. Pues ahora, allí sentado, bajo el sol de invierno, rodeado de su pueblo, Alfonso tiene de súbito la profunda convicción de que aquel duelo no solo se librará por la vida de un sabio acusado de asesinato y por el honor de una dama, sino por su propia soberanía, que Dios sancionará o condenará, en función de si su caballero, Tello Bermúdez, es bendecido con la victoria o castigado con la derrota.

Con ese pensamiento, sin responder al atribulado canónigo Martín Pérez, ni atender a lo que en ese momento le dicen su consejero, el conde de Lara, y los demás nobles y oficiales que lo rodean, Alfonso se pone en pie y alza la mano para que, de una vez, todo dé comienzo y Dios decida. Tello ha visto al rey alzar el brazo. Su soberano tiene el gesto demudado y una sombra parece atenazarlo. No sabe qué le pasa a Alfonso, pero tampoco es momento de averiguarlo, sino de obedecer el regio requerimiento. Presionando los costados de Granizo con las rodillas, Tello conduce a su bestia de batalla hasta llegar a veinte pasos del altar que se ha erigido en una esquina de la rústica palestra. Allí, bajo un dosel de rico paño, aguarda el arzobispo Sancho de Castilla con una gran Biblia dispuesta sobre la sagrada mesa que acaba de bendecir. Tello desmonta y otro tanto hace el gigantesco Carlos de Bayeux. Los dos llevan el yelmo bajo el brazo, y el sol que sueña mediodía los baña con su luz sin reserva, mientras caminan hasta ponerse frente al episcopal hermano del rey, que, con la mitra y el báculo, los recibe con gesto serio y ojos repletos de emoción. Por muy obispo que sea,

en el fondo no deja de ser un joven de veintitantos años al que la promesa de un duelo entre afamados caballeros hace hervir la sangre.

—¡Vos, Tello Bermúdez, caballero del rey Alfonso, vos sois el retador! ¿No es cierto? —pregunta el arzobispo, y Tello, con voz que le suena ronca, se lo confirma—. ¡Poned pues vuestra mano diestra sobre las Sagradas Escrituras y jurad que vuestra causa es justa! —ordena a Tello, quien coloca sobre el evangelio de San Juan la pesada mano enguantada en cuero y acero, y fija sus ojos en los del arzobispo.

—Juro que Dios está de mi parte, pues siempre está de parte de la verdad, y aquí, acusado falsamente el maestro al-Ricutí y manchado el buen nombre de mi hermana, la verdad y la justicia han sido infamadas. Juro también que he puesto mi espada y mis armas al servicio de Dios para que él, sirviéndose de ellas, emita su sentencia. Así pues, me encomiendo a la justicia divina, para que la verdad sea restablecida por la fuerza de mi brazo. Pero si mi causa no es justa, que mi sangre sea derramada, y mi alma, condenada.

Todo lo que ha dicho ha sido proclamado en voz alta y clara, y luego repetido, una y otra vez, por los heraldos del rey para que todos allí, el soberano, su corte y la población entera de Toledo sean testigos del juramento.

—¿Y vos, Carlos de Bayeux, paladín del señor de la casa de Lara, os oponéis con justicia a la causa que defiende el caballero Tello Bermúdez?

Carlos de Bayeux se toma su tiempo en responder al arzobispo. Su enorme cabeza, sus ojillos de jabalí, su cara picada de viruelas y su negra barba parecen ser, ya por sí mismos, una desagradable respuesta, pues tiene el rostro colmado de suficiencia y cruel desprecio.

—¡Me opongo a su causa! ¡Me opongo porque no es justa! ¡Tello Bermúdez miente! —proclama al fin con una voz tan de trueno que no le hace falta que ningún heraldo o esténtor repita lo que ha gritado—. Su amigo, el moro ahí tendido —y se gira para señalar a al-Ricutí—, es un desalmado asesino. ¡Sí, afirmo que es un asesino, y su hermana, la dama Isabel, es la amante del criminal!

Tello siente un calambre recorriéndole la espina dorsal que le eriza la nuca. Es la cólera. Lo sabe, la ha experimentado antes, pero no con tanta intensidad. Cada músculo, cada tendón le grita que no espere al duelo para vengar la afrenta, sino que allí mismo desenvaine la larga espada y dé muerte al perro del conde de Lara.

—¡La verdad está en entredicho! —proclama el joven arzobispo—. ¡Que Dios juzgue y dé sentencia al otorgar la victoria a quien defienda la verdad! —grita alzando las dos manos en una muda invocación de la divinidad.

De nuevo, la voz metálica de las trompetas y los añafiles convoca el retumbar de los atabales. Es la señal para que los oficiales delimiten, con cuerdas y estacas, el campo donde se ha de librar el duelo. A la par, dos heraldos se aproximan a los duelistas y los acompañan hasta sus caballos, llevan a estos por las riendas y los conducen hasta la arena, que acaba de ser ceñida con estacas y cordeles. Puesto que el sol está ya en su cénit, en principio no favorece a ninguno de los dos contendientes. Situados cada uno de ellos en un extremo del campo donde deben lidiar, sin dejar de mirarse, se calan el yelmo y alargan el brazo derecho para pedir a sus escuderos que les entreguen la lanza.

—¡Los caballeros iniciarán el duelo a caballo y la lanza será su primera arma! —explica mientras tanto uno de los heraldos mientras Tello la embraza y Ramiro, su escudero, abandona a todo correr el recinto acordonado—. ¡Solo una lanza les estará permitida a los

caballeros y, si la quiebran, podrán echar mano de la espada, y, si tampoco esta les basta, podrán pedir entonces que se les entregue la tercera de las armas acordadas: una segunda espada o una maza! —dice a grandes voces y, mientras lo hace, señala las armas que los escuderos de cada uno de los caballeros con premura muestran y disponen al borde de los lugares que les han sido designados, para que estén prestas cuando se las reclamen sus señores—. ¡Y si uno o los dos son desmontados, el combate continuará a pie! —sigue gritando las reglas el heraldo con la cara ya acalorada por el esfuerzo, proclamando las normas del duelo conforme al fuero invocado.

Tello aprovecha para cambiar una última mirada con su hermana y para dedicarle un pensamiento a Juana. No la ha visto junto a su padre. Sin duda, piensa, la joven no quiere verlo morir, y ese pensamiento, esa idea, sea o no cierta, es como un bálsamo para Tello, pues le permite albergar la esperanza de que, al contrario de lo que le dijo, Juana siga amándolo.

—¡Está prohibido herir al caballo del contrario y dañar los testículos del oponente! —se desgañita ahora el heraldo, cuya voz, tan forzada, está ya enronquecida—. ¡Si uno de los dos infringe las reglas que os he anunciado, habrá perdido su causa y será castigado! ¡Y recordad, caballeros, el duelo solo acabará si uno de vosotros pide clemencia, queda tendido tras ser malherido o yace muerto! —advierte el heraldo, quien, ya con la voz definitivamente quebrada por el esfuerzo, cede su puesto a uno de sus compañeros, que acude presto al centro de la arena.

Tello se siente bien: va a hacer lo correcto y, por primera vez en aquel día de juicio, sabe que Dios está posado en el filo de su espada y en el hierro de su lanza. Mirándolo desde lejos, erguida, frágil sobre el lomo de su mula, Isabel, su hermana, ruega a Dios

por la suerte de dos hombres, la de su hermano y la de al-Ricutí, al que ahora, viéndolo roto e indefenso, expuesto al odio y a la impía falsedad, comprende ya, sin reserva alguna, que ama. En ese momento, lejos en la ciudad, sola en su cámara, Juana toca el arpa e imagina a su amado, Tello, perecer bajo los golpes brutales de Carlos de Bayeux. Sus lágrimas empapan las cuerdas que parecen mudar de color y tornarse rojas. Y en la Vega Baja de Toledo, donde la multitud aguarda el combate, el rito y la norma siguen desgranándose.

—¡Los caballeros no podrán combatir más de cuatro horas, y, si ese tiempo fuera sobrepasado, el escribano de cámara del rey tomará apunte del estado de sus armas, de sus heridas y de su posición en el campo de combate! ¡Hecho lo anunciado, se les permitirá abandonar la palestra y se les dará descanso hasta el amanecer, cuando serán de nuevo conducidos aquí para reanudar el duelo en el punto donde lo dejaron! —clama el heraldo que sustituyó a su ronco compañero—. ¡Mientras dure la lucha, si alguien, aunque sea el escudero de uno de los caballeros en liza, se aproxima para hablar con ellos o le entrega una cuarta arma, será castigado de forma severa! ¡Todo ha sido dicho ya! ¡Que Dios dé la victoria al campeón que combata por la verdad!

Las últimas palabras del heraldo parecen vibrar bajo el azul claro e infinito que cobija a todos los hombres por igual. El rey, al fin, alza de nuevo la diestra y un tronar de tambores y atabales precede a las trompetas y, al llamado salvaje y metálico de estas últimas, los caballeros se enfilan con las vibrantes lanzas. Tello aprieta los dientes, espolea a Granizo, que da un respingo, desata su ansia de batalla y brinca hacia delante lanzándose al galope.

Es un momento de gloria bélica. Tello siente el poder de los músculos y del corazón de su destrero sumarse a los suyos y trepar

hasta la madera y la punta de hierro de su lanza larga. Y galopa, con las piernas bien estiradas, percibiendo el éxtasis del combate cual si fuera un pulso de violenta sangre que lo mezclara de forma mágica con su caballo, pues ahora él y Granizo son un mismo todo que se ha tornado en imparable y viva tempestad, en multiforme y colosal criatura feroz, compuesta de muerte y furia. Inexorables, ambos se disponen al choque con Carlos de Bayeux y su negro caballo.

Las lanzas de los caballeros se buscan en el frío aire de aquella jornada de invierno, del mismo modo en que el acontecer busca la confirmación del destino. Y el destino estalla cuando los caballeros cruzan sus lanzas en un turbión de hierro ansioso de herir carne.

Ha sido tan rápido, tan fulgurante el choque de escudos y lanzas largas, de caballos y hombres, que pocos se percatan de que la lanza de Carlos de Bayeux logra golpear a Tello entre las hombreras y el escudo. Pero así ha sido, y Tello, empujado brutalmente hacia atrás por el golpe, siente como si la espalda se le quebrara y, sin duda, habría caído al suelo en este primer lance si su peso, su destreza como jinete y su desesperación no lo hubieran mantenido sobre la silla. Pero si el golpe de Carlos de Bayeux ha sido tan certero como formidable, a cambio, la lanza de Tello le ha arrancado el escudo. Ante esa contingencia, como está previsto, un heraldo del rey se vuelve hacia el escudero del normando y lo autoriza a entrar en el delimitado campo de duelo para entregar un segundo escudo a su caballero. Carlos de Bayeux es presa de negra ira. Le duele el brazo y brama como una bestia enloquecida mientras embraza el escudo de repuesto y dispone de nuevo su arma, a la par que su enorme bruto negro, tan furioso como su dueño, pisotea la tierra. Tello, buen caballero, ha dado tiempo a su contrario para que tome su nuevo escudo, aunque sabe que Carlos de Bayeux no se lo habría concedido a él. No le importa, uno es lo que es, y él, por añadidura,

no quiere ser otra cosa. Mientras se prepara para el segundo cruce de lanzas, observa al normando y a su bestia. Granizo ha demostrado ser más rápido y estar mejor adiestrado que el negro caballo del de Bayeux, pero este último, a su vez, ha dejado claro que su lanza es temible, y su fuerza, brutal. Cargan de nuevo los caballeros. Cascos de caballo que golpean la tierra, y Tello, con la lanza bien embrazada y enfilada, se echa hacia delante en el momento preciso: cuando su enemigo lo busca con su hierro, y justo en ese instante, la lanza de Tello, adelantándose a la del normando por una fracción de segundo, impacta contra el ángulo izquierdo superior del escudo de su rival, mientras que este último, a su vez y al instante siguiente, le dispensa con su lanza un tremendo empellón que se estrella contra el centro del escudo de Tello. El estruendo de las armas es ensordecedor. La fuerza combinada de hombres y caballos, concentrada en las puntas de sus armas, es devastadora. Ambos, Tello y Carlos de Bayeux, son arrancados del lomo de sus corceles de guerra, que trabados, empujándose, trastabillan para no caer, se cocean y muerden en una bestial tormenta de enloquecida y equina ira. Una que amenaza con machacar a sus respectivos caballeros, que se arrastran tratando de librarse de las patas de sus monturas.

Mientras los dos duelistas se van al suelo entre los cascos de sus caballos, todos, desde el rey Alfonso hasta el último de los villanos, gritan de asombro, de horror o de malsana exaltación. Los lances del duelo los han apresado a todos como puño de acero.

Pero no a Isabel, ni tampoco a Sancha. Ellas no quieren ver más y, sin embargo, abren con insuperable pavor los ojos para poder comprobar si Tello está muerto o si sigue vivo y se alzará del polvo para volver a enfrentar a la muerte. Y en la muerte, lejos de allí, en la ciudad, en el secreto de su cámara, es en lo que piensa Juana

mientras desgrana las últimas notas de una dolorosa cantiga en su arpa. Pero su música no se oye en la Vega Baja. Allí, en el campo donde se dirime el duelo judicial, los dos caballeros enfrentados, levantándose al fin del polvo, echan mano de sus espadas y, a pie, pues sus caballos han sido retirados conforme a las reglas del duelo, se aproximan el uno al otro, con los filos prestos y los escudos alzados. Y en estos, pintados, el jabalí y el oso que los blasonan parecen ir uno contra otro en furiosa carga. Estruendo de hierro y madera que se buscan y golpean con saña. El arma de Tello es una buena y vieja espada forjada en Toledo en los días de juventud de su padre, quien ha visto muchas batallas y recibido las atenciones de muchos herreros que, con férreo mimo, restablecieron sus filos y su temple. El espadón de Carlos de Bayeux es tan largo como un hombre de baja estatura y, aun así, para sorpresa de quienes no conocen su brutal fuerza, puede blandirlo con una sola mano y con tal pericia que es un fulgor de acero de Nantes que busca beber sangre. La sangre de Tello, quien, recibiendo con su hoja la del coloso del norte, retrocede en busca de espacio y lanza un tajo ascendente que obliga a Carlos de Bayeux a retroceder para no ser abierto en canal por el filo del castellano. Mientras da dos pasos atrás, el normando propina golpes a diestra y siniestra, pero Tello, rompiendo con una estocada el molinete, pincha cerca de la descubierta axila del de Bayeux, quien, dando un respingo de dolor, gira sobre sí mismo para no ser herido más seriamente.

Sangre roja. Al verla, un rugido brota de miles de gargantas, pues la habilidad de Tello con la espada y la fuerza del gigante normando a todos emocionan. Ahora, resoplando, mirándose con odio a través de las aberturas de los yelmos, los dos combatientes se estudian un momento antes de volver a acometerse con rabia. Entonces Tello ataca, y es el retador quien debe demostrar que Dios está de su

parte. Y lo demuestra, ya que su espada es un borrón de acero, un tizón frío y afilado que Carlos de Bayeux logra detener a duras penas.

Pero no siempre, pues uno de los golpes de Tello rompe la guardia del normando y cae con fuerza sobre el hombro izquierdo del gigante, y la toledana, pesada y afilada, corta el cuero y la doble cota de malla, abriéndose paso hasta la carne y haciendo brotar de nuevo la sangre caliente que ahora, convocada por el hierro, salta alto en el aire frío. Tello, feroz, se permite una sonrisa de triunfo bajo el yelmo, mientras su enemigo vuelve a retroceder hasta que sus talones casi tocan las cuerdas que delimitan el campo de duelo.

Ahora, el gigante herido grita de dolor y rabia mientras el rojo tiñe su armadura esmaltada de negro y su señor, el conde de Lara, frunce el ceño, enfadado y molesto por una derrota que parece que va a ser suya y que lo humillará ante un hombre al que odia con toda su alma por haber mancillado la doncellez de su Juana. Pero quizá se le evite tal trance. Carlos de Bayeux aún no está vencido, sino que ruge como una bestia. Sin hacer ya más caso de su fea herida, embiste con todas sus fuerzas a Tello golpeándolo con el escudo, acosándolo con los severos golpes de su hoja francesa, y lo obliga así a retroceder. Tello, acosado, desesperado, consigue zafarse de la furibunda carga y, girando sobre uno de sus pies, logra dar tal golpe de revés con la espada que arranca el escudo del brazo de Carlos de Bayeux, quien, fuera de sí, aferrando ahora el espadón a dos manos pese a la dolorosa herida que tiene en el hombro, lo alza como una maldición y lo descarga sobre Tello. Lo habría partido en dos si el castellano, ágil pese a la carga de su armadura, no se hubiera zafado de la tremenda acometida que, descargándose sobre la dura tierra, es un estallido de hierro que arranca chispas del suelo y quiebra el acero. Ante aquello, de nuevo, ruge Toledo de morboso

entusiasmo, y el normando, bramando de airada frustración, se apresura a retirarse a una de las esquinas del delimitado cuadrado de la palestra para pedir a gritos a su escudero que le dé su tercera y última arma: su maza de combate.

De nuevo armado, Carlos de Bayeux emite un ronco bramido como el que emitiría el jabalí furioso que lleva blasonado en la sobreveste manchada de sangre. Con la furia de la desesperación, embiste a Tello descargando sobre él una lluvia de golpes de maza que parecen desmenuzar, acometida a acometida, el escudo de su oponente, quien, al cabo, se ve obligado a deshacerse de lo que le queda de pavés y enfrentarlo solo con la espada. Pero, aunque la maza es un arma terrible y más contundente que la que esgrime Tello, también es más lenta y el castellano esquiva con pericia los golpes, haciendo bailar sus piernas y volar la hoja de su toledana, y al cabo, en una colérica arremetida del normando, espada y maza se quedan trabadas. Tello aprovecha para echarse hacia atrás, levanta la pierna derecha y le propina una patada en el pecho al normando con la suela claveteada de su sollera. Desequilibrado, Carlos de Bayeux da un traspiés y el castellano, recuperando con rapidez el equilibrio, descarga un tajo salvaje que el paladín del conde logra parar con el mango del arma, para a continuación empujar con el hombro a Tello y lograr así espacio para retroceder tres pasos y tomar aliento. También Tello necesita tomar aire. El sol, pese al frío, calienta el hierro que cubre a los dos hombres, y la sangre y el sudor vertidos debilitan sus fuerzas. Se miran, se miden, se maldicen y, recuperado algo de aliento en sus forzados pulmones, se acometen de nuevo. Esta vez, la maza de Carlos de Bayeux logra adelantarse a la espada y burla la guardia y va a dar de lleno en el yelmo de Tello. El golpe es brutal y resuena como un martillazo sobre el yunque de un herrero. Con la vista nublada, Tello trata de retroceder a ciegas

buscando escapar de un nuevo golpe de maza, y eso le salva la vida, ya que el golpe llegó, pero surcó el aire en vez de estrellarse contra su cabeza.

Al ver aquello, don Nuño González de Lara sonríe y, en sus venas, la venganza acariciada enrojece aún más, si cabe, su noble e implacable sangre. Luego, buscando con la mirada a doña Isabel, la hermana del hombre que más odia, ensancha aún más la sonrisa, pues la joven, cuyo rostro está tan pálido como la plata, parece a punto de desvanecerse.

—Vas a ver morir a tu hermano, y luego, por Cristo, que te llevaré a la ruina más absoluta. Tan grande será tu penuria, señora, que tendrás que ofrecerte como puta para alimentar a tu hijo —se dice a sí mismo el conde de Lara.

A dos pasos de él, el rey, ajeno a la maldad de su amigo y consejero, aguarda, ya sin esperanza, a que se confirme el juicio de Dios que los condenará a todos: a Tello Bermúdez, al sabio al-Ricutí, a la dama Isabel y a su propio reinado, que ahora le parece maldito.

Brama Toledo, ya que Dios se dispone a emitir su juicio. Mientras todos aguardan, el populacho, siempre bien dispuesto hacia el vencedor, corea el nombre de Carlos de Bayeux.

El nombre del normando es un eco poderoso que asciende hasta las calles de Toledo y penetra en el palacio del señor de la casa de Lara, y así llega a los oídos de doña Juana, quien, oyendo aquello, ya no tiene duda alguna de que el fin de su amado ha llegado.

Entonces la maza de Carlos de Bayeux se alza de nuevo, impulsada por la colosal fuerza del caballero normando al servicio del conde de Lara. La muerte, al fin, extiende sus manos invisibles para llevarse a Tello Bermúdez. Cae la maza de hierro sobre la cabeza del castellano, la muerte brinca de alegría, el conde de Lara no puede evitar gritar de triunfo, y Alfonso baja los ojos con

amargura, e Isabel grita de puro desgarro del alma, y Carlos de Bayeux ruge victorioso. Pero la espada detiene a la maza cuando el hierro de esta última roza el yelmo del hispano. Un rugido de asombro se alza de entre los espectadores y, a su llamado, el rey Alfonso alza los ojos y doña Isabel retiene el aliento en su agitado pecho, mientras que el conde de Lara aprieta con rabia los dientes. De nuevo trabadas, espada y maza miden sus fuerzas. Tello, recuperándose por momentos del tremendo golpe recibido en la cabeza, con la boca llena de sangre y una furia asesina acudiendo a sus miembros, salta hacia atrás para dar sitio a su toledana, que corta el aire y se estrella con tal brío contra la maza de hierro que la hoja se le parte y cae quebrada. El golpe ha sido tan bravo que, pese a poder pararlo, Carlos de Bayeux se trastabilla y se va al suelo, y eso da su oportunidad a Tello, quien, corriendo hacia su esquina, pide a gritos a Ramiro, su escudero, que le entregue la maza para seguir combatiendo.

Pero Carlos de Bayeux no es tan caballero como Tello, así que, levantándose, corre ya hacia él alzando la maza para descargarla sobre su enemigo antes de que pueda volver a armarse. Tello lo ve venir y una ola de indignación sepulta cualquier chispa de miedo que pueda sentir al ver al gigante normando cargar sobre él maza en mano, mientras aún está desarmado. Con un ronco bramido de rabia, se abalanza a su vez, y lo hace arrojando por delante lo que queda de su espada, que, girando, se estampa contra el rostro de Carlos de Bayeux.

Eso salva la vida de Tello, pues la maza de esférica cabeza de hierro sembrada de agudos pinchos se desvía lo justo para que, en vez de aplastarle yelmo y cráneo, impacte contra su hombro. El dolor es insoportable, y así lo evidencian el aullido que el castellano lanza y el hondo y lastimero quejido con el que a continuación lo

secunda. Pero Carlos de Bayeux también se ha llevado lo suyo y, alcanzado por la quebrada hoja de Tello, tiene que echarse atrás con una mano sujetándose la cara, de la que ahora mana abundante sangre. Es un respiro en el dolor y el agotamiento. Uno que permite a Ramiro, ahora sí, alcanzarle la maza a Tello, que, de nuevo armado, hace un titánico esfuerzo y arremete con brío. Dos mazas de hierro se besan con brutalidad en el aire y el trueno que resulta hace que más de un espectador apriete los dientes.

También los aprietan ellos: el normando y el castellano, quienes, pugnando por golpear al otro, se lanzan y encajan golpe tras golpe.

Nueva separación y nueva pausa en busca de aire. A Tello le duele hasta el alma. Ha encajado varios golpes, pero ninguno ha logrado dañar tanto como el que ha recibido en el propio hombro. Por lo demás, la boca llena de sangre, pues, cuando recibió el mazazo en el yelmo, se mordió la lengua. Escupe la roja saliva y evalúa a su enemigo. Carlos de Bayeux presenta un aspecto terrible. Tiene el hombro izquierdo abierto hasta el blanco hueso y la hemorragia le empapa de continuo el negro esmalte de su armadura. Además, en la cara, allí donde no lo protege su yelmo, tiene una brecha abierta y, sin duda, debe de estar tan dolorido por los golpes de la maza de Tello como él lo está por los de la suya.

—Si os rendís, solo perderéis vuestro honor y el de vuestra hermana. El moro, fijaos, ya está muerto, y de nada le servirá que os dejéis matar por él —le espeta Carlos señalando en dirección al postrado al-Ricutí.

Tello mira en esa misma dirección para comprobar la verdad de lo que ha sido dicho y cae en la trampa. Carlos, como un rayo colosal y masivo, lo embiste y le lanza un golpe formidable destinado a arrancarle la cabeza. Pero dicen que el destino puede ser burlado, y debe de ser cierto, pues Tello, centella en acero, esquiva el golpe en

la última fracción de segundo y, al apartarse, aún tiene cuajo y habilidad para hacerle la zancadilla al normando, que, aunque no se va al suelo, se desequilibra lo bastante como para dar tiempo a su rival. Tello lo aprovecha: cuando el de Bayeux logra equilibrarse y enfrentarlo de nuevo, es su maza la que golpea, y lo hace de forma inmisericorde, un golpe, dos, y el tercero le parte al normando el codo del brazo izquierdo.

Es un largo aullido de supremo dolor lo que escapa de la garganta del norteño, mas es atajado por un nuevo golpe de maza que le da de lleno en un lado de la cara, la cual, si no hubiera estado protegida por un buen yelmo, habría estallado en sangre y hueso. Atontado, trastabilla, con el brazo izquierdo inútil y colgando, Carlos de Bayeux, y, pese al castigo, no cae ni pierde el sentido, mientras que Tello, haciendo otra vez gala de su caballerosidad, le da tiempo para que se recupere lo suficiente como para poder enfrentarlo de nuevo.

—¡Rendíos y salvad la vida! —le propone a gritos—. ¡Confesad ante nuestro rey y ante esta asamblea que Dios está de mi parte y que el maestro al-Ricutí ha sido acusado en falso, y mi hermana, la dama Isabel, afrentada sin razón!

Eso exige al tambaleante Carlos de Bayeux, quien, borracho de dolor, debilitado por la sangría, agotado y gravemente herido, busca con la mirada el rostro de su señor, el conde de Lara.

Lara niega con la cabeza.

—¡Podéis iros al infierno! ¡Vuestra hermana es una puta y vuestro amigo, el moro, un asesino! —brama el normando alzando la maza para afrontar el que, sin duda, será el último lance del duelo.

Es demasiado para Tello. Rugiendo, esquiva el torpe mazazo de su contrario y le encaja dos con su arma, y, al hacer retroceder al golpeado normando, logra espacio para endiñarle un nuevo y

desconsolador golpe en la rodilla izquierda que se quiebra como caña de río.

El chasquido se oye en toda la palestra. El gigante cae apoyado sobre su rodilla buena y solo Dios sabe por qué aún se mantiene con conciencia y empuñando la maza. Todo está decidido. El rey, con el rostro arrebolado de emoción, siente en el pecho que, en verdad, Dios habla con la lengua de hierro de las armas de Tello y que aquella señal confirma su reinado y sus anhelos. Por el contrario, el conde de Lara se siente enfermo de odio y frustración, como si lo envolviera una llamarada de cólera.

—¡El duelo aún no ha terminado! ¡Mi caballero sigue sujetando su maza y ofrece combate! —grita el conde, implacable, inmisericorde.

Carlos de Bayeux debe de haberlo oído, pues sacude la cabeza como para despejarse los ojos de la sangre que le cubre el rostro bajo el yelmo. Es un despojo, ya que se halla con una pierna y un brazo inútiles, de rodillas y empapado por completo en sangre. Pero, aunque nunca tuvo piedad por nadie y jamás concedió perdón a ningún vencido, tiene los arrestos de morir matando y, con un supremo esfuerzo, arroja su maza contra el rostro de Tello. La cabeza de hierro golpea el costado izquierdo de la cara de Tello y, pese a que no le ha dado de lleno, el golpe lo hace girar sobre sí mismo y le empaña de negro los ojos. Carlos de Bayeux, venteando su última y agónica oportunidad, se arrastra por el suelo y, en su camino, aferra la quebrada hoja de la espada de su contendiente. Cuando Tello, atontado, termina por irse también al suelo, el normando lanza un grito de desesperada victoria y, renovando sus esfuerzos por acercarse al ahora postrado castellano, consigue al fin tenerlo a su merced, alza la espada rota y dirige su quebrado filo contra el rostro inerme del vencido.

Pero no golpea. Tello, pese a estar momentáneamente cegado, ha acertado a sujetar con su mano la del normando, y ahora, aferrándose las muñecas, ambos pugnan como salvajes. Se golpean como pueden, con lo que fue una espada, con los puños, con la cabeza... Son dos hombres de hierro transformados en bestias.

Sí, pero Tello se alza, se pone en pie, recoge la maza y, esta vez, ni ofrece ni da tregua, sino que golpea con fuerza el hombro derecho de su enemigo y le inutiliza también ese brazo.

—¡Rendíos! —grita Tello con la voz tan quebrada como su espada, pues apenas le alcanzan ya las fuerzas para seguir en pie—. ¡Dios ha hablado a través de mis armas! ¡Dios ha hablado! ¡Dios dice que el maestro al-Ricutí es inocente y que mi hermana ha sido injuriada de forma injusta!

Eso grita, eso brama y, mientras lo hace, gira en torno a los límites del medido campo de duelo, echando miradas de fuego a quienes lo contemplan y, espantados por tanta furia, por tanta fiereza, se echan atrás como temiendo que, si hacen el más mínimo gesto de desafío, aquel caballero invencible y ensangrentado se les eche encima como un colérico león. Un grito de la multitud alerta a Tello. Y al girarse, ve algo inaudito: el gigante normando se ha puesto de nuevo en pie. Aunque el brazo derecho debería tenerlo tan inútil como el izquierdo, puede, sin embargo, moverlo para recoger la otra maza y alzarla en desafío, despertando con su valor y su gesto un griterío de entusiasmo que se concreta en el nombre de Carlos el normando. Nombre francés, rugido del gentío que de nuevo alcanza a Juana, que ya apenas oye otra cosa que el pulso de sus venas repitiéndole, sin descanso, que Tello ha muerto.

En el campo del duelo judicial, Carlos de Bayeux, roto pero altivo, a través del dolor, esboza una sonrisa ante el griterío que lo aclama como valiente imposible de ser vencido.

—¡Os cubriré de oro, Carlos, os lo juro, pero matad a ese perjuro! —lo anima el conde de Lara, que ve renacer su esperanza cuando ya la creía perdida.

Breve renacer. Exasperado, Tello carga contra el mercenario, esquiva su golpe y lo alcanza con su maza en la barbilla, y el mazazo, tan diestro, tan formidable, le hace girar la cabeza con tanta violencia al coloso del norte que le parte el cuello. Carlos de Bayeux cae al suelo muerto, derrumbándose a los pies de Tello, quien, fuera de sí, alza los brazos al cielo y ruge como lo haría la más salvaje de las fieras. Y es el delirio. Porque Dios ha hablado en Toledo y su voz de trueno se ha encarnado en la lanza, en la espada y en la maza de Tello, caballero del rey Alfonso, campeón del Juicio de Dios.

12

Don Nuño González de Lara se excusó de inmediato y se retiró al palacio que ocupa en la ciudad. No quiere oír al gentío exaltar a ese maldito de Tello Bermúdez, ni dar explicación alguna de su extraña conducta, sino apaciguarse en el silencio y la soledad. Ya ajustará cuentas con ese detestable Tello Bermúdez y se las hará pagar con creces. Entra en su casa como un vendaval y, justo en ese momento, la música del arpa de Juana cesa por completo. Juana ha oído el último griterío, hasta ella han alcanzado los clamores que exaltaban el valor de Carlos de Bayeux y el incontestable juicio de Dios. Con eso todo está cumplido: Tello ha muerto y ella, también.

Las venas abiertas de sus muñecas vierten, generosas, su sangre de dama. Ella, ya sin lágrimas, sonríe un instante ante el pensamiento que se le viene en su último aliento:

—Ahora, amado Tello, ahora sí podré amarte para siempre —se le escapa de los labios, y suelta el arpa.

Atraído por el súbito silencio que presagia, ominoso, un desastre que por alguna razón presiente, Nuño González de Lara se apresura a entrar en la cámara de su hija y allí la encuentra: mirándolo de frente, con una sonrisa plena en los labios y empapada en sangre.

—¡Juana! —Es lo único que acierta a decir. ¿Qué podría decir un padre?

Nada más, excepto el nombre dado a lo más amado, y que ahora, entre sus brazos, se muere.

La terrible noticia fue conocida una hora más tarde. El rey, al enterarse, se quedó sin palabras, y Tello, quien, tras ser aclamado por el pueblo, honrado por el rey y bendecido por el arzobispo, se había desvanecido, no supo nada de lo acontecido hasta la noche, la cual le robó el alma y casi la mente y el buen sentido. Llorando como un niño, se refugió en los brazos de Isabel, y luego, desesperado, quiso abrirse las heridas para que también él pudiera desangrarse y así reunirse con Juana. Pudieron contenerlo, y, con el alba, un hombre muerto por dentro, Tello Bermúdez, despertó y salió, vacilante, a la puerta de su casa. Allí, inquietos, velaban su sobrino Alvar y su escudero Ramiro. Ninguno le dijo nada. ¿Para qué? Ante un dolor tan profundo, cualquier palabra es vana. Caminó hasta los olivos y se quedó allí, quieto, mudo, hasta escuchar el tañido lento de las campanas que doblaban por doña Juana de Lara. Pasó el día de duelo. En su casa, el conde de Lara ni comía ni hablaba. Una sola idea le calentaba el alma: la de vengarse de Tello Bermúdez; era a él a quien culpaba de la locura que había llevado a Juana a cortarse las venas.

En palacio, en la biblioteca que Alfonso ha dispuesto en su alcázar, el monarca y dos sabios, Yehuda ben Moshe y Juan de Aspa, estudian el libro maldito que desencadenó tanta desgracia y que, a pesar de todas ellas, aguarda a que alguien desvele sus misterios y se apodere del tesoro de Alejandro.

—Necesitamos al maestro al-Ricutí —dice Juan de Aspa—. Nadie conoce mejor a Aristóteles y nadie como él para enfrentar el enigma que esconden las cifras caligrafiadas en este códice.

El rey asiente. Sabe que lo que dice el astrónomo es cierto y que, aunque al-Ricutí tenga las manos inútiles, aún puede usar su penetrante ingenio. Se siente mal por tener que exigir a un hombre lisiado por su culpa que abandone su lecho para venir a ayudarlo,

pero, después del juicio de Dios, después de haber ligado en el silencio de su corazón el destino de su reinado y sus ambiciones al triunfo de Tello Bermúdez, su determinación a encontrar el tesoro y con él los fondos que necesita para ser coronado emperador se ha visto reforzada.

En la mesa, ante el rey y los dos sabios, el viejo códice de vitela y ricas tintas parece desafiarlos. Y su desafío contiene misterio y muerte. Al fondo de la alargada sala colmada de libros, ataviado como sirviente, Egidio de Portugal, nigromante al servicio del conde de Lara, aguarda su oportunidad. El destino ha vuelto a girar y sus engranajes de hierro frío se disponen a triturar a los que ignoran su sino.

—Estoy seguro, mi señor rey, de que este acertijo señala el lugar donde debemos ir a buscar el tesoro de Alejandro que ocultara Aristóteles —dice, reflexivo pero seguro, Juan de Aspa, mientras se inclina sobre el códice y apoya uno de sus huesudos dedos sobre una línea en la que se ve brillantemente dibujada una lechuza, anotadas unas palabras en tinta roja, apuntadas unas cifras en azul intenso y delineado en verde vivo un monstruo en forma de serpiente dotada de cabeza humana, colmada con siete ojos y siete bocas.

El rey, satisfecho, asiente. Aún no conocen ese lugar, pero todo enigma comienza a resolverse cuando es delimitado.

—Sea donde sea a donde se tenga que ir a buscarlo, será un viaje largo y peligroso —apunta Yehuda ben Moshe, el médico de Alfonso X.

—Lo será, y por eso, cuando haya que emprenderlo, será a Tello Bermúdez a quien encargue la empresa —sentencia el monarca, quien, después del duelo, tiene por más suyo que nunca a su caballero.

Egidio de Portugal, que se agazapaba en las sombras de la gran sala, fingiendo ser atareado siervo, alcanza a escuchar y se apresura a salir sin hacer ruido para llevar la nueva a su señor, el conde de Lara.

—Del examen previo del libro podemos deducir dos cosas, mi señor rey —dice Juan de Aspa—. La primera —y extiende uno de sus delgados y largos dedos— es que Aristóteles dividió el libro original en dos tomos para preservar aún mejor, si cabe, sus secretos. Dicho de otro modo, antes de hallar el tesoro, habrá que encontrar la continuación de este códice. Y la segunda —nuevo dedo extendido —, para afrontar esta empresa se necesitará a alguien con maestría en matemáticas, astronomía y la filosofía y vida de Aristóteles, amén de ser un caballero fuerte y hábil con las armas, ducho en emprender largos viajes, y no creo que exista semejante hombre sobre la faz de la tierra.

Tiene razón. Alfonso lo sabe. Pero también sabe otra cosa que le dibuja una sonrisa en los labios: lo que uno no puede reunir pueden juntarlo varios.

—Así es, maestro Juan de Aspa, y, por eso, Tello Bermúdez no irá solo a ese largo viaje, sino acompañado por vos, por el maestro al-Ricutí y por Yehuda ben Moshe. Los cuatro, sumando saberes y fuerzas, descifraréis para mí estos enigmas y me traeréis el tesoro de Alejandro que escondió Aristóteles.

Eso dice el rey, y cuando los reyes hablan, se cumple lo que dicen, y el hado estalla en carcajadas que nadie puede oír, pero que sellarán el devenir de los hombres. Fue así como el libro, de nuevo, inició un largo viaje de regreso al Oriente.

SEGUNDA PARTE

DE TOLEDO A ATENAS. MARZO-SEPTIEMBRE DE 1259

1

Don Nuño González de Lara cierra los ojos un instante y trata de despedir al fantasma de su hija Juana. De noche y de día, la imagen de su niña permanece visible en un rincón de su mente. Haga lo que haga, piense en lo que piense, sueñe o esté de vigilia, Juana está ahí, ante él, silente: blanca como la muerte, con las manos y las faldas empapadas en su propia sangre, con la más triste sonrisa en los labios y su última mirada cargada con un desesperado reproche, lo golpea desde sus ojos de muchacha. Sabe, porque los malvados también pueden ser sabios, que aquello no es real, sino que son su delirio y su inconsolable dolor como padre, los que convocan de continuo a su Juana. Nuño podrá ser duro como el pedernal e implacable como el hierro forjado para dañar, pero amaba a su hija.

No es de extrañar, pues también el mal, aunque se aloje en el pecho de un hombre sin piedad como don Nuño González de Lara, es capaz de amar. Sin embargo, aunque lo haga, nunca olvida su verdadero ser, y en el caso de don Nuño, ese ser es ambición, venganza y poder. Por eso, ahora que sabe que será el caballero Tello Bermúdez quien capitaneará la secreta expedición que el rey pretende enviar a Oriente en busca del tesoro de Alejandro, se esfuerza por tener más clara que nunca su afilada mente. Y una cosa tiene clara: hará fracasar esa empresa y, de paso, aprovechará para dispensarle a Tello Bermúdez la peor muerte que pueda imaginarle.

En el regazo, abandonada desde hace un rato, descansa la carta cifrada que le ha enviado Ricardo de Cornualles. El inglés, que tiene sus propios agentes en Castilla, le pide razones para entender en qué anda Alfonso, pues hasta sus norteños oídos han llegado rumores de que su rival por el trono imperial se muestra de nuevo muy activo en sus empeños por ser coronado.

Así es. Por un lado, Alfonso acaba de estrechar, aún más si cabe, su alianza con el rey Haakon de Noruega, cuya hija, la ahora infanta de Castilla, Cristina, se casó hace unos meses con el hermano del rey, Felipe. Por otro lado, Alfonso ha logrado un crecido préstamo de los banqueros judíos gracias a la intervención de sus almojarifes mayores, el viejo Salomón ben Sadoq y su hijo, Isaac de la Malea[1] , y, con lo obtenido, ha podido enviar de nuevo plata a Italia para sostener allí al partido Gibelino[2] y a Alemania para mantener viva su causa entre los electores que lo apoyan. Más aún, de repente, el rey se siente tan confiado en el futuro que ha reactivado también sus planes de cruzada en el norte de África y está planeando la construcción de un puerto en Alcanate, cerca de Cádiz, que le servirá de base para acometer con éxito la empresa contra los benimerines[3] . Y para remate, Alfonso acaba de anunciar que la corte se traslada a Sevilla. En principio para supervisar los preparativos de su cruzada, pero también para recibir allí a la embajada que encabeza María de Brienne, emperatriz latina de Constantinopla, y que tiene como propósito suplicarle que se haga cargo del inmenso rescate que los venecianos le imponen a cambio de devolverle a su hijo[4] . Es como si de repente todo el mundo girara de nuevo en torno al rey de León y Castilla: Noruega, Inglaterra, África, Italia, Alemania, Constantinopla..., todas miran a la corte de Alfonso y temen que este desencadene contra ellas su poder u ofrezca ayuda y alianza. Pero eso, que los reinos de la tierra

giren en torno al rey, es un fenómeno que se nutre de una sola cosa: plata.

Mas nadie sabe de dónde piensa Alfonso sacar la plata necesaria para tantas y tan costosas empresas, pues no hay constancia de que tan crecidos sean los préstamos que los judíos le ofrecen. Por si fuera poco, también se desconoce con qué prenda garantizó el rey semejantes créditos. Podría decirse que todo es un misterio. Aunque don Nuño supone que la garantía en cuestión está relacionada con el maldito códice griego a cuyo desciframiento ha consagrado el rey los esfuerzos de sus sabios y sus propios desvelos, y que, por lo visto, ofrece ya expectativas... jugosas. Tanto que Alfonso parece, de repente, muy seguro en sus imperiales proyectos y hasta se permite derrochar plata como si estuviera ya en posesión de un inagotable tesoro.

—¡Necio! —se le escapa a Nuño González de Lara al pensar en su amigo y rey.

Pero, necio o sabio, es indudable que Alfonso X parece ya saber algo que él desconoce y que debe de estar relacionado con los misterios y las promesas que se ayuntan en las páginas del *Secretum Secretorum*.

—Ese libro maldito no debe ser descifrado por los sabios de Alfonso —se dice ahora el conde, muy quedamente, muy despacio, aunque nadie puede oírlo, ya que está a solas con su rencor y su ambición.

Se trata de una compañía estimulante que le recuerda que la mejor manera de acabar con todo aquello es poner punto final, con discreción, a la vida de unos cuantos sabios y de un caballero, y, de paso, si le es posible, apoderarse del códice.

—Así será —concede a sus invisibles y particulares demonios—. Deben morir, y deben hacerlo de manera que nadie pueda mirar en

mi dirección.

Nuño medita y encuentra la respuesta. La mejor opción se le presentará durante el largo viaje que la corte al completo debe emprender desde Toledo a Sevilla: todo viaje entraña riesgos, y este, en particular, al pasar cerca de la tumultuosa frontera con el reino de los moros de Granada, los ofrecerá en demasía. Sucede que de Toledo saldrá una gran y rica comitiva que, aunque irá guardada por muchos caballeros y soldados, también formará una larga columna de miles de hombres y animales que, a menudo, quedarán rezagados o separados unos de otros, con lo que se volverán entonces vulnerables a emboscadas y desgracias. Es más, no sería la primera vez que una tropa de bandidos, ya sea un grupo de almogávares de la frontera que se han quedado sin señor o una banda de salteadores musulmanes echados al monte, ataca una columna de viajeros para robarles y asesinarlos.

—Será una pena, desde luego —musita con regocijada y anticipada crueldad—. Pero así acabará la vida de Tello Bermúdez y de los sabios que el rey ha designado para descifrar y guardar el códice del *Tesoro de Alejandro* —termina de meditar en voz alta con suprema y maligna ironía. Como si pudiera ya paladear en sus finos labios la sangre de Tello Bermúdez.

Al pronunciar tan odiado nombre, una dolorosa imagen se forma en su torturada mente: la de su hija yaciendo desnuda en brazos del caballero, ofreciendo su doncellez y solazándose con él... Entonces, impulsado por un súbito ramalazo de ingobernable cólera, arruga la misiva secreta de Ricardo de Cornualles. Luego, en pie con el papel dañado, lo acerca a la llama de una vela y deja que se queme. Pero la llama, cruel, lo traiciona, y en ella, también en ella, cree ver el rostro de la muerta doña Juana, y el conde de Lara, sin poder hacer otra cosa, deja que el fuego le hiera. Al sentir la quemadura, aprieta

los dientes y se jura, una vez más, que logrará venganza y, con ella, coronar su ambición.

Ambición... No se engaña. Fue por ella, por la sed de poder, por la que sacrificó a su hija. Sabía a la perfección cuánto daño hacía a su niña al forzarla a casarse con el señor de los Cameros, y aun así la obligó a ello, y le trastocó la mente y la condujo a cometer la locura que se la llevó con la muerte.

—Te entregué a cambio de aumentar mi poder —confiesa al fantasma de Juana, encarnado ahora en la diminuta flama de la vela —. Cara es mi ambición. Pero ya que me ha costado tanto, a ella entrego mi alma.

Y diciendo aquello, girándose para no seguir viendo el rostro de su hija, dando largas zancadas, se encamina a las cuadras en busca de su caballo y, a grandes voces, pide a sus criados que preparen la jauría para salir de caza. Necesita matar bestias mientras aguarda la ocasión de asesinar hombres.

En ese momento, en casa de Tello Bermúdez, al-Ricutí no puede apartar los ojos de Isabel. Tendido en el lecho, sintiéndose presa de la fiebre, su único consuelo, su fuerza y su panacea es ella.

Después del juicio de Dios, Isabel insistió en que lo llevaran a su casa dado que al-Ricutí no tenía familia en Toledo. Allí, junto a Tello, recibió los primeros cuidados. Pero al contrario que las del caballero, las lesiones del maestro moro requerían de cuidados especiales. Según sus propias indicaciones, Isabel y Sancha han comprobado que no tiene fracturas y le han curado las heridas con vino, mientras que Tello y Ramiro, de manos más recias, le han recolocado los huesos y las dislocadas articulaciones, conforme a las enseñanzas de Hipócrates y Albucasi. Bueno, de acuerdo a esas enseñanzas y a un dolor insufrible.

Por supuesto, al-Ricutí pidió que le preparasen una esponja somnífera[5] empapada con adormidera. Pero, aunque los vapores atenuaron la percepción del dolor, cuando Tello y Ramiro lo sentaron en una silla y el escudero le colocó una manzana bajo la axila para tirarle con brusquedad del brazo hacia fuera y hacia abajo, a la par que el caballero presionaba hacia arriba la cabeza del húmero con los pulgares para devolverlo a su cavidad con un horrible chasquido, fue como si mil dagas se le clavaran en el cuerpo[6] . Pero funcionó, eso fue lo peor. Y es que, tras semejante éxito, no había excusa, por así decir, para que no le hicieran otro tanto con el otro hombro y con las articulaciones de las piernas. Recolocarle las muñecas no fue tan terrible. Pero aun así, cuando acabaron con aquella tortura, al-Ricutí estaba exhausto de dolor, y la fiebre, liberada por el castigo, lo hacía arder.

Vino luego la tarea de entablillarle y vendarle los miembros, para, al fin, bendito sea Dios, devolverlo al lecho. Mientras Tello y Ramiro lo trasladaban de nuevo, al-Ricutí, agotado, enfebrecido, pudo llevarse consigo, antes de perder el sentido, el tesoro de la imagen del hermoso y preocupado rostro de Isabel. Ahora está mucho mejor tras una noche y un día de narcótico sopor y descanso. Bueno, tampoco hay que exagerar: el cuerpo le duele por entero y hasta cuando respira, pero alberga la esperanza de recuperar el uso de las piernas y las manos.

Lo cierto es que no tiene ninguna esperanza de poder amarla como le piden sus sentidos y su alma, y eso, amarla sin esperanza, es para él la prueba más cierta de que, en verdad, es amor puro lo que por ella siente.

—Aún tenéis fiebre, maestro al-Ricutí —le dice Isabel acercándose y posándole una de sus pálidas manos en el moreno costado del cuello.

Él se estremece, pero no por la fiebre, y ella le sonríe y lo deja sin habla. Lo besa en los labios con la levedad de la primera nieve del año y se retira de inmediato; le ofrece una nueva y tenue sonrisa, como de sol sobre helado monte.

—A veces, maestro al-Ricutí, lo que no debe suceder sucede. Vos y yo sabemos que lo que sentimos no es posible, y ambos, a la par, comprendemos que, aun así, seguiremos sintiéndolo —se explica mientras lo mira con intensidad con sus ojos alazanes.

Al-Ricutí olvida el dolor, olvida el universo al completo, pues todo él se ha quedado perdido en aquel beso leve y en la suave sonrisa, como de nieve recién caída, que ella le ofrece.

—Dicen, mi señora, que el destino solo se cumple si se vive por entero. Todo lo doy por bien vivido, hasta el tormento, si con ello he consumado mi destino, que no es otro que amaros hasta el día del juicio final.

—Cuando os vi a los pies del rey, roto, sufriendo, supe que yo también os amaba. Es una locura, pero ¿acaso la vida puede ser otra cosa? Será el nuestro un amor secreto, ya que ni la costumbre, ni el honor, ni mi hermano consentirán nunca en que pueda ser de otra manera.

—No me importa, señora. Me basta con saber y con sentir lo que ahora sé y siento. Para mí sois la rúbrica con la que Dios ha completado la creación del universo.

—Creía que erais matemático, maestro al-Ricutí, pero veo que en realidad sois poeta —le replica Isabel a la par que sus labios operan el prodigio de que su sonrisa deje de ser nieve tenue de noviembre para tornarse lluvia alegre de septiembre.

—Recordad, mi señora, que los números son perfección, y que esta última siempre me remite a vos —responde con una chispa de picardía que alumbra sus ojos enfebrecidos.

Ella no puede entonces contener la risa, y para al-Ricutí es como si sobre él se derramara luz que disipa su fiebre. Es un instante mágico en el que las manos de los dos, de la dama castellana y del maestro moro, se rozan en un murmullo dulce de dedos entrelazados. Solo un instante, pues, al siguiente, oyen pasos y se separan con premura. Quien en la sala penetra es Sancha, y trae el semblante un tanto demudado.

—Los hombres del rey se han presentado en nuestra puerta para transmitir una orden de nuestro señor Alfonso: en tres días el maestro al-Ricutí y don Tello Bermúdez deben incorporarse a la comitiva real que partirá para Sevilla.

Isabel no responde. Al menos no con la palabra. Pero, tras intercambiar una mirada con el postrado andalusí, sale de la estancia y, sin aguardar a Sancha, abre la puerta de la casa y se enfrenta a los mensajeros del rey. Están encabezados por un caballero muy joven que Isabel no conoce y que le ofrece un cortés saludo.

—Mi señora. El rey parte a Sevilla en tres días y ordena que vuestro hermano y el maestro al-Ricutí se incorporen a su comitiva. Tiene asuntos importantes que tratar con ellos. Le serán comunicados mañana mismo a don Tello en el palacio de la Vega del rey.

Isabel no contesta al rubio muchacho. Es evidente que una orden real se cumple y, en el caso de Tello, nada puede hacerse, pues, como caballero del rey, está obligado a seguirlo a donde su señor vaya o le ordene. Pero al-Ricutí es otra cosa. El sabio está postrado, y sus lesiones necesitan de reposo y no de largos y azarosos viajes. En verdad, emprender y afrontar el camino a Sevilla podría costarle la vida.

—Decid a nuestro señor, el rey, buen caballero, que transmitiré a mi hermano sus órdenes. En cuanto al maestro al-Ricutí, su cuerpo

está quebrado, y su salud, dañada. Es, pues, imposible que se ponga en camino en tres días. —Y al decir esto, se dispone a cerrar la puerta.

El joven caballero la detiene antes de que se cierre y los ojos de ambos, de la dama madura y fuerte y del muchacho inexperto pero pagado de sí mismo, se enfrentan en duelo: una mujer decidida a proteger a quien en secreto ama y un muchacho metido a caballero, dispuesto a cumplir, cueste lo que cueste, lo que su rey ordena. El choque está servido.

—Las órdenes de un rey, doña Isabel, se cumplen —insiste, y su tono es insolente—. Tres días ha dicho el rey, y una vez pasados, me presentaré de nuevo aquí para escoltar al maestro al-Ricutí o para llevármelo por la fuerza si no viene por voluntad propia.

Son duras palabras que habrían hecho vacilar a muchos. Pero la dama alta, pálida y valiente como una leona no se cuenta entre esos «muchos».

—Podéis hacer lo que os plazca. Pero una cosa os digo ahora: no consentiré que saquéis de mi casa a un hombre postrado y roto para llevarlo a morir a los caminos de Castilla. —Y lo dice clavando una mirada tan severa y decidida que el joven caballero, sin que sus pies puedan evitarlo ni su mente comprenderlo, da dos pasos atrás.

Pero la sorpresa es reemplazada de inmediato por la furia que se le prende en el pecho al ver que ha bastado la oposición de una mujer para que él, un bisoño caballero que necesita demostrar su valentía, retroceda.

—¡Por todos los santos que me llevaré de esta casa a ese maestro moro! —grita con el rostro encarnado.

Atraídos por las voces, Ramiro y Alvar acuden desde los establos donde estaban herrando a los caballos y a las mulas, y, al

contemplar cómo la dama Isabel se enfrenta a los hombres del rey, se interponen de forma violenta entre ella y los soldados.

Entonces, Alvar, un muchacho que aún no ha cumplido los quince, al ver que un hombre del rey alarga la mano para sujetar a su madre, le asesta un golpe con el martillo de herrar. La cosa podía haber terminado en desgracia si en ese momento no hubiera acudido Tello. Regresaba a toda prisa desde el cercano olivar, como un león furioso que llevara prendido fuego en los iracundos ojos. Ante esa ira, ya legendaria, los hombres del rey se echan atrás.

—¡Son órdenes del rey! —grita, asustado aunque no lo confiese nunca, el joven caballero que capitanea la pequeña tropa.

Sí, y las órdenes de un rey se cumplen. Así que Tello, caballero de Alfonso, aunque sigue echando fuego por los ojos, asiente con lentitud.

—Y será cumplida su orden. Hablaré con el rey.

—Os aguarda mañana a primera hora —explica de forma innecesaria el joven caballero buscando recuperar algo de su perdida compostura.

Se fija, de paso, en que Tello luce vendajes y cardenales que señalan las muchas lesiones sufridas días atrás durante el juicio de Dios en el que dio muerte al gigante normando.

—Pues, si ya habéis dicho lo que teníais que decir, aquí no sois bienvenido. —Le espeta Tello desabrido.

El joven caballero se vuelve a tragar el orgullo y, sin decir nada más, monta en su caballo y conduce a su pequeña tropa de regreso a Toledo, y mientras van camino adelante, avergonzado, no se atreve a mirar a los que lo siguen. Sabe que ha sido humillado, desde luego, pero también sabe que, de haberse enfrentado a Tello Bermúdez, habría salido mal parado, pues el otro ha combatido en cientos de batallas y sobrevivido a todas ellas. Mientras ven marchar

a los hombres del rey, permanecen en silencio, como si quisieran que el mundo, al no oírlos, se olvidara de ellos y los dejara tranquilos.

—No temas, Isabel —dice al fin Tello—. Todo irá bien. —Mientras lo dice, sabe que no es verdad.

—Es ese libro maldito, ¿no?

La pregunta de Isabel es certera, como todas las suyas. Tello, mirándola de frente, iluminada por el último sol de la tarde, asiente despacio mientras vuelve a alarmarse al constatar, una vez más, lo delgada y pálida que está su hermana.

—El rey se ha encerrado con sus sabios para estudiarlo y creo que necesitan el auxilio de al-Ricutí para coronar por completo esa empresa. Tiene prisa nuestro soberano y no quiere darse descanso ni aunque tenga que partir para Sevilla —explica—. Nadie lo esperaba. Pero la embajada de la emperatriz de Constantinopla arriba a Sevilla y nuestro señor el rey debe partir a recibirla, y eso trastoca sus planes.

—¿Sus planes? ¡Sean los que sean, no valen más que la vida de al-Ricutí! —sentencia Isabel y, sin esperar respuesta, se da la vuelta y deja a Tello.

Durante un instante, sorprendidos, Alvar, Ramiro y Tello intercambian miradas. Luego, sin saber qué decir, su escudero y su sobrino regresan a los establos. Tello, sin atreverse todavía a entrar en la casa, se pregunta qué está pasando en el corazón de su hermana y qué hará él cuando se desencadene la tormenta que presiente. Mientras teme al futuro y maldice su presente, el sol, al fin, se hunde bajo el inalcanzable horizonte, y entre los resplandores del moribundo astro, la silueta de Tello se define con nitidez y arroja largas sombras. Él no lo sabe, pero allá, entre las encinas, sobre la

cumbre de una de las dos colinas que dominan su propiedad, dos hombres lo vigilan.

—¿Lo mato ya? —pregunta uno de ellos, quien, con una ballesta cargada y dispuesta, apunta a Tello.

—No. Todavía no.

—¿Por qué no, brujo?

—Porque solo nos han ordenado vigilarlo y porque su muerte debe ocurrir lejos de nuestro señor para que no puedan relacionarla con él, y también porque morir así, tan rápido, no le daría satisfacción a don Nuño, quiere que sufra, recuérdalo.

Ante aquello, el ballestero refunfuña molesto y baja la pesada arma para destensar la cuerda.

—¿Y qué hacemos entonces aquí toda la maldita tarde? —se queja.

—Antes de abatir a un león, hay que acecharlo, y eso debes seguir haciendo tú, día tras día, hasta que llegue el momento de matarlo —le espeta el nigromante sin apartar los ojos de un Tello que, ajeno a la muerte que lo ronda, se decide al fin a entrar en su casa mientras un brujo cuya existencia ignora le lanza una maldición con la mirada.

Unas horas más tarde, Miguel, el joven discípulo del malogrado Julián de Ávila, se mea encima. Cualquiera lo haría si en mitad de la noche, en el mejor de los sueños, lo amordazan, le vendan los ojos, le atan con violencia manos y pies, lo cargan como si fuera un fardo y lo llevan a un lugar en el que reinan las sombras y el terror. Miguel no sabe qué lugar es. Por lo pronto, le acaban de quitar la venda que le tapaba los ojos y casi no ve nada, pues la gran estancia donde se halla solo está iluminada por una mezquina luminaria que, más que disipar, parece atraer tinieblas y, de entre ellas, al fondo, una sombra entre las sombras le habla con voz de afilado hielo.

—Has hecho bien en mearte encima. ¿Sabes por qué, joven monje?

Miguel niega con la cabeza. Tiene tanto miedo que no recuerda que le han quitado también la mordaza y que podría hablar con libertad.

—Porque ahora sé que estás muerto de miedo y no voy a tener que hacerte daño para aumentar el terror que ya sientes. ¿Verdad que estoy en lo cierto y que no va a ser necesario atormentarte para que sientas aún más miedo y me obedezcas?

Hay un maligno regocijo en aquella voz. Uno profundo, nacido de una maldad arraigada y pura. Miguel lo percibe, pues siempre fue un chico despierto y, además, se le pasa por la cabeza que a lo mejor, su llorado maestro, Julián de Ávila, también escuchó esa voz fría e inmisericorde antes de comenzar a ser torturado más allá de todo límite y medida.

—Joven Miguel, te voy a explicar por qué estás aquí. Tu maestro, Julián de Ávila, te enseñó griego, ¿verdad?

Miguel asiente y, mientras lo hace, con todo el disimulo que puede, lanza miradas desesperadas a las sombras en busca de una salida de aquella ratonera. Pero no la halla. Ya que se encuentra en una sala de piedra y rodeado de oscuridad, presiente que hay hombres implacables que lo vigilan prestos a someterlo a tormento en cuanto la voz de hielo se lo ordene.

—Pues eso, mira tú por dónde, te puede salvar la vida —sigue diciéndole la sombra entre tinieblas con su voz helada y cruel—. Voy a decirte una cosa y solo te la diré una vez: esta noche se decide tu destino. Puedes entrar a mi servicio o puedes negarte, y entonces ordenaré que te corten en pedacitos aquí y ahora, delante de mí. ¿Qué decides?

La pregunta es fácil de responder. Evidentemente, el joven Miguel quiere seguir entero y vivo.

—Mi señor, no conozco vuestro nombre, pero, seáis quien seáis, juro por Dios que os serviré con devoción —responde de manera atropellada el joven monje, y, como la desvaída figura hecha de tinieblas permanece en ominoso silencio, agrega con pánico incontenible—: ¡Lo juro, lo juro por Dios! ¡Pero por la Santa Virgen María, os suplico que no me hagáis daño!

La respuesta al desesperado ruego de Miguel es una risa despiadada que resuena tétricamente en aquella sala de piedra amortajada con intimidantes sombras. Miguel, al escucharla, se pone a temblar de manera incontrolada.

—¿Que no te haga daño? No, no te lo haré mientras me seas útil y fiel. De ti, pues, dependerá seguir entero o convertirte en ensangrentados despojos que alimentarán a mis perros.

—¡No, no, mi señor, os juro que haré todo lo que me ordenéis! —Y las súplicas de Miguel van acompañadas de lágrimas de puro miedo.

—Entonces ya no es necesario que siga aquí. Reza, joven monje, para que no tengas que volver a escuchar mi voz. Ahora te juraré una cosa: si no consigues hacer lo que te vamos a pedir, si me fallas o si me traicionas, volverás a escucharla y sabrás que la hora del dolor más infernal ha llegado para ti.

Se va. La sombra entre tinieblas se va. Y Miguel, con los nervios rotos, se echa a llorar de forma histérica. Luego casi se muere del susto, ya que una nueva figura informe se le acerca y se pone ante él, y, de súbito, enciende una vela y Miguel se queda helado al reconocer el rostro que la luz revela.

—Muchacho, la sombra se ha ido, pero te ha puesto en mis manos, y eso debería preocuparte —diciendo aquello, Martín Pérez, canónigo de la catedral de Santa María de Toledo y juez pesquisidor

del rey, las alza, y Miguel advierte que una de ellas está mutilada—. Sí, fue la sombra que te habló quien me mutiló la mano. Fue un aviso y, desde entonces, le sirvo fielmente. Me ha ordenado descifrar un enigma, ¿te gustan los enigmas? Espero que sí, porque si no me ayudas a descifrar este, suplicarás tu muerte.

—Yo..., yo, no..., quiero decir que sí, que me gustan los enigmas.

—Te explicas muy mal, muchacho, pero deduzco que vas a ser bueno y que esta noche no tendré que cortarte ningún dedo. —Y esas palabras van acompañadas de una aviesa sonrisa—. ¡Traedlo conmigo! —ordena a la oscuridad, y unas manos recias sujetan por los brazos al joven Miguel para conducirlo tras Martín Pérez, quien, señalando el camino con la escasa luz que porta, los conduce por una larga galería.

Miguel, mientras avanza, pese al terror que lo atenaza, advierte que uno de los hombres que lo aferran con fuerza, un gigante de manos tan grandes como zarpas de oso, arrastra un pie deforme. De repente comprende por qué los asesinos de su maestro se tomaron tantas molestias en borrar las huellas de sus pisadas.

2

Tres horas más tarde, al borde del alba, Alfonso de León y Castilla cierra los ojos un instante y escucha el agua que corre por la escueta acequia. Le gusta eso, escuchar los cantos del agua. Cuando llueve, cuando corre por las acequias, cuando salta en la fuente, cuando el mar golpea con sus olas..., el agua lo calma, lo serena. Y ahora mismo lo necesita, pues empieza a sospechar que su mejor amigo, don Nuño González de Lara, es un traidor.

Por supuesto, no tiene aún certeza de ello, ni puede acusar abiertamente al señor de la casa de Lara de tal cosa, pues don Nuño es, después de él, el hombre más poderoso de Castilla y cuenta con el apoyo de muchos grandes señores. Así que no puede ir contra él sin tener pruebas contundentes de su traición. De acuerdo, pero debe comenzar a desconfiar y a ser prudente..., muy prudente y vigilante.

Don Nuño se comporta de forma extraña y ha sido una suerte que su médico, Yehuda ben Moshe, se lo señalara el día del juicio de Dios. En cualquier caso —medita a la par que abre los ojos y mira el agua de la acequia que parece aclararse como si anticipara el primer fulgor del amanecer que se aproxima—, debe apartar a Nuño del libro. No debe saber nada sobre los progresos que hacen en su desciframiento, ni tampoco sobre la expedición que enviará a Oriente, encabezada por Tello Bermúdez. Además, gracias a la oportuna llegada de la embajada de Constantinopla a Sevilla, podrá camuflar bajo la especie de que no es sino su propia legación regia

destinada a escoltar de regreso a la emperatriz María de Brienne, así como llevar allí a un grupo de sabios que tendrán como supuesta misión buscar y copiar viejos textos en las bibliotecas de Grecia y Constantinopla. Esa será una buena tapadera para ocultar el verdadero propósito que encomendará a Tello Bermúdez y a los cuatro sabios que partirán con él. ¿Se tragará don Nuño la mentira? No lo sabe. Pero sí sabe que ya no confía en él, y eso le causa un dolor que no esperaba a estas alturas de su vida, el de la decepción.

Mueren las sombras de la madrugada ante el nuevo amanecer que se anuncia cuando, alejándose del agua mansa que riega sus jardines y huertas, un rey con el alma herida por la posible traición de un amigo regresa a sus habitaciones y al estudio de un libro que se ha transformado en su obsesión y en su más loco anhelo de futuro. Sentado en el *scriptorium* donde el volumen permanece abierto, los ojos del rey vuelven a posarse sobre los enigmáticos dibujos de astros, símbolos, bestias y monstruos. Entre los vivos colores, cree atisbar los rostros de Tello Bermúdez y Nuño González de Lara. Sin duda, existen los presentimientos.

—Nuño, mi amigo y consejero. Tello, mi caballero más fiel y valiente. ¿Seguirán siéndolo cuando todo esto concluya?

Está solo y nadie, ni siquiera su yo más profundo, contesta a la pregunta. Así que apaga las velas y, cansado, deja al libro maldito a solas y entre las últimas sombras de la noche que perece.

Justo en ese mismo instante, amanece y, aun antes de que el sol asome, don Nuño González de Lara está de nuevo de caza. ¿Por qué tan temprano? Porque no puede dormir. El sentimiento de culpa y la rabia lo consumen desde hace días y necesita agotar su cuerpo para poder calmar su mente.

Culpa y rabia. La imagen de su niña desangrada y yerta, además de la rabia de ver cómo mengua la influencia que ejerce sobre el rey,

se le suman en las entrañas en un solo nombre que lo colma de deseos de venganza: Tello Bermúdez. Retiene a su caballo y trata de serenarse mientras lo envuelven el frío, el ladrido de los perros, el relinchar de los caballos y la premura de sus hombres, quienes ansían derramar sangre. Es una partida numerosa la que encabeza: seis alaneros que se las ven y se las desean para sujetar a los treinta feroces alanos que componen la jauría; ocho monteros que conocen las bestias salvajes y los montes mejor que nadie, y doce caballeros y ocho escuderos que le sirven tanto de guardia como de compañeros de caza. En total, treinta y cinco hombres, veintiún caballos y treinta perros, o lo que es lo mismo, una algarabía similar a la que puedan organizar cien demonios en el infierno.

Pero el infierno lo lleva dentro y no le da tregua, sino que se le revuelve de continuo en la cabeza trayéndole una confusión de sentimientos y pensamientos que trata de embridar para no meterse de lleno en una locura que presiente y teme. Hace apenas unas horas, en mitad de la noche, mandó traer a su insomne presencia al joven Miguel, el aterrorizado discípulo de Julián de Ávila, para meterle miedo en el cuerpo y ponerlo a su servicio. Por tanto, puesto que el canónigo Martín Pérez no sabe griego, necesita a alguien que pueda comprenderlo para descifrar el sentido de las palabras helenas que fueron transcritas a la miserable e inconclusa traducción del *Secretum Secretorum* que tiene en su poder. Mientras no logre hacerse con el libro original, es lo único que puede usar para tratar de adelantarse al rey o, al menos, para frustrar sus planes. Aún los desconoce, pero los descubrirá antes o después. Para eso tiene espías en palacio y hasta en el último rincón de Toledo que vigilan de día y de noche al rey, a los sabios que Alfonso ha llamado en su auxilio para descifrar el códice y a ese perro de Tello Bermúdez.

Tello Bermúdez... Ese nombre se le hace hiel en la boca, y con esa amargura, sobre la colina, con el sol que amaga si salir o seguir amortajado por las últimas sombras de la madrugada, atisba en la lejanía el somnoliento penacho de humo que mana de la chimenea de la casa de Tello Bermúdez. De inmediato, como si se tratara de la puñalada de una cruel centella, vuelve a sentir la cólera ardiéndole en las entrañas y se ve obligado a luchar reciamente con el impulso de mandarlo todo al diablo y tomarse ya, ese mismo amanecer, cumplida venganza. Caer con sus cazadores sobre la hacienda de Tello Bermúdez para echarle los alanos encima y darse el gusto de ver cómo lo destrozan a dentelladas. Se estremece de placer solo de imaginarlo, y uno de sus escuderos, pensando que su señor tiene frío, corre presuroso a ofrecerle el abrigado manto que porta consigo y que el conde, sin mirarlo siquiera, desdeña con un ademán. Sería maravilloso azuzar a sus treinta alanos contra Tello Bermúdez y luego, para completar su dicha, degollar con sus propias manos a la puta de su hermana, al moro del que cuida, a su sobrino y hasta al último de los aparceros y sirvientes que viven en la finca. Una matanza que le sería muy fácil perpetrar con la gente y los perros que lleva ahora consigo, y que siempre podría achacarse a una partida de moros algareros o a una banda de ladrones.

—¿Os encontráis bien, mi señor conde?

Quien ahora interrumpe sus pensamientos es uno de sus caballeros, preocupado por el extraño proceder de su señor, quien, detenido sobre la cumbre de la colina, no puede quitar los ojos del humo que señala la casa de Tello Bermúdez. Ignora por completo a sus compañeros de caza y a los treinta escandalosos y nerviosos alanos que, ladrando, aullando, gimoteando, olfatean la sangre de sus futuras presas. Tal vez estaban llenando sus caninas narices con el olor de Tello Bermúdez. A fin de cuentas, no sería la primera vez

en su vida que echa los perros a un desgraciado para que se lo coman vivo.

—Sería tan fácil... —se le escapa entre los crueles y pálidos labios, y lo hace sin atender a quienes lo rodean.

Pero la prudencia que debe salvaguardar su ambición política se impone a su deseo de venganza y, frustrado, lanza una patada al hocico de un perro que, ansioso, se le ha acercado demasiado.

—¡Vamos a los montes a matar osos! —grita furioso a la par que espolea a su caballo, mientras que sus hombres, perplejos por su extraño proceder, se apresuran a seguirlo.

En ese mismo momento, ajeno al mal que lo ronda, Tello está en el olivar. El fantasma, el recuerdo de Juana, tampoco lo deja dormir. Sus heridas, aún a medio curar, le duelen con la humedad que ha sembrado la escarcha sobre los campos que aguardan primavera y con su compañía, la del dolor, se ha adentrado en los olivos en busca de una paz que no puede hallar. Es así como escucha, en la lejanía, los ladridos y aullidos de la jauría, y se pregunta qué gran señor habrá salido a cazar tan temprano y cuáles presas pretenderá abatir entre las sombras de la madrugada. Como es hombre de guerra, el instinto lo alerta y sus sentidos se agudizan en busca de señales. Y las halla: los ladridos y aullidos le dicen que se trata de una jauría de alanos numerosa y muchos también son los caballos que galopan entre ellos. Entonces, al oeste, los contempla coronando una colina y, al ver flamear la señal[1] que portan, advierte que la partida de caza la encabeza don Nuño González de Lara.

—¡Maldito seas! —pronuncian sus labios, aunque no es consciente de que su odio se ha condensado en palabras.

Odia al conde con todas sus fuerzas, no puede evitar considerarlo culpable del suicidio de Juana. Por Dios que así es. Y es que, aunque

al principio creyó que el desdén con el que lo despidió Juana provenía de su orgullo de dama de alto linaje, tras su muerte comprendió que nacía del deseo de la muchacha por protegerlo de su padre, quien ya la había destinado al señor de los Cameros y no tendría reparo alguno en buscar la ruina de cualquier caballero que se interpusiera en sus planes de alianza matrimonial.

—Fue tu padre quien te rompió el corazón... Fue él quien te obligó a alejarte de mí para echarte en los brazos de la muerte.

Palabras que son como sangre de alma rota derramándose en la penumbra fría de una madrugada. Con ellas clavadas muy adentro, tras echar una última mirada a la partida de caza que se pierde entre los montes, Tello deja el olivar, es hora de prepararse para acudir a presencia del rey. Camina en dirección a su casa mientras las sombras pierden la partida y en el levante se apagan las estrellas. Bajo esa luz indecisa, lo espían los ojos que de día y de noche lo acechan y vigilan.

Una hora más tarde, con los primeros rayos de sol encendiéndole los leonados ojos, Tello se aproxima a las puertas que dan acceso a los jardines y huertas que anteceden al palacio de la Vega del rey. Es la residencia que Alfonso, a menudo, usa para alojar a las embajadas y potentados extranjeros, y en la que, por lo visto, ha decidido reunir a los sabios que laboran descifrando los enigmas del *Secretum Secretorum*.

En la puerta del recinto palaciego, el guarda mayor del rey[2] custodia el acceso al frente de un grupo de hombres armados y, al ver a Tello, lo saluda y le franquea el paso.

—Nuestro señor el rey os aguarda, caballero —lo saluda el oficial del rey.

—Y lo hace con impaciencia, agregaría yo.

Quien ha intervenido es el viejo Juan de Aspa[3] . El monje, de cortos cabellos en los que el negro y las albas canas se disputan el espacio, ojos traviesos y azules, de rostro moreno dominado por una boca amable siempre dispuesta a la sonrisa, es un reputado sabio, amigo de Yehuda ben Moshe, el médico judío del rey, y, sin duda, uno de los astrónomos más versados de cuantos laboran en los reinos de Alfonso.

—Si os parece, señor caballero, seré yo quien os conduzca a presencia de nuestro rey —agrega el viejo sabio, y Tello, que desmonta y entrega las riendas de Granizo a uno de los guardias, sigue de inmediato a Juan de Aspa, quien lo conduce por el recinto palaciego con paso sorprendentemente alegre para sus muchos años.

Es un largo paseo por entre jardines y huertas donde cantan acequias, norias y fuentes que alimentan cultivos y estanques, y en donde los perfumes de plantas aromáticas, flores y árboles frutales anticipan la inminente primavera. Mientras el monje y el caballero avanzan entre rosales que se disponen a florecer, un jardinero los mira con atención y disimulo, y los sigue aparentando estar en sus labores. Al cabo, a su paso por una garbosa puerta de arco de herradura, Tello y Juan de Aspa desembocan en un amplio patio ceñido por setos de aromático mirto y avanzan a través de él hasta desembocar en una luminosa estancia en donde se ha dispuesto un *scriptorium* y se ha juntado una pequeña biblioteca en la que se afanan Yehuda ben Moshe, médico hebreo de Alfonso X, y el italiano Pedro de Regio. Una pareja de eruditos a la que se ha sumado, con entusiasmo a tenor por su rostro encendido de gozo, el mismísimo rey de León y Castilla, Alfonso X, que no en balde se considera sabio y que, al igual que los dos astrónomos y matemáticos allí presentes,

se afana en descifrar los enigmas dejados por Aristóteles antes de consumirse por completo y perder la vida.

—Mi señor rey, os traigo al caballero Tello Bermúdez —anuncia, jovial como siempre, el viejo Juan de Aspa.

Alfonso levanta la vista del libro que estudia con el auxilio de una piedra de lectura[4] y ofrece una sonrisa de bienvenida a Tello.

—Me satisface comprobar que os reponéis con premura de vuestras heridas —dice a modo de saludo.

Tello, que aún luce varios vendajes y cardenales, no lo tiene tan claro. Pero lo cierto es que su capacidad de recuperación es sorprendente, y que heridas que a otros postran durante semanas a él solo lo obligan a guardar cama durante unos días.

—Me habéis llamado, mi señor rey, y aquí estoy.

—Sé que aún deberíais guardar reposo durante unas cuantas jornadas más, pero necesito de vuestros servicios. Sentaos, pues lo que tengo que contaros a todos concierne.

En la sala, además del *scriptorium* y los anaqueles repletos de viejos libros, hay pequeñas mesas exquisitamente talladas y multitud de grandes cojines de seda, en uno de los cuales, bordado con estrellas de Salomón, toma asiento Alfonso, que se cubre la cabeza con un turbante de seda verde y se envuelve en una cómoda y suelta túnica roja, ceñida a la cintura con una faja de hilos de oro, bajo la cual asoman unos holgados pantalones. El soberano de Castilla parece un rey moro, pero su aspecto no extraña a nadie, pues es su costumbre y la de otros reyes cristianos vestirse de tal guisa cuando se hallan en la intimidad que les brindan sus palacios de recreo.

—Hablaré con claridad, ya que estáis aquí, ante mí, todos los que habéis sido elegidos para conocer los secretos del libro y de la búsqueda que a partir de ellos se emprenderá.

Al escuchar aquello, Tello, sentado sobre un mullido cojín forrado de seda dorada, tiene el presentimiento de que, con tan escasas palabras, el rey acaba de encaminarlo hacia la boca del lobo. Inquieto, mira en derredor en busca de las reacciones de los tres eruditos, pero los sabios, Yehuda ben Moshe, Pedro de Regio y Juan de Aspa, lejos de demostrar temor ante la promesa de una arriesgada empresa, parecen alegres como niños a punto de devorar una bandeja de pasteles.

—Hemos avanzado mucho en estos días —prosigue el rey, y en su «hemos» hay un poco de vanidad, pues también él ha hecho alguna pequeña aportación al desciframiento de los enigmas ocultos en el libro—. Y puesto que el caballero Tello Bermúdez los desconoce, se los revelaré ahora bajo juramento de no comunicar a nadie lo que a partir de ahora escuche. —Y diciendo esto, el rey se incorpora, se acerca al *scriptorium* y sitúa la piedra de lectura sobre uno de los folios del códice del *Secretum Secretorum* a la par que invita a Tello a acercarse y mirar a través de la convexa semiesfera de pulido cuarzo translúcido.

En el silencio de la sala iluminada por una enorme ventana geminada, los sabios miran expectantes al caballero. Solo se oye, algo alejado, el insistente sonido de corte que hace la podadera de un jardinero mientras recorta los mirtos del patio que da a la estancia. Tello ya está ante el libro, y con esa precaución que uno pone cuando se enfrenta a lo sorprendente, mira a través de la piedra y no puede evitar un respingo cuando comprueba que el pétreo artilugio aumenta de forma significativa el tamaño de letras y dibujos, un prodigio que le parece magia, puesto que, aunque había oído de estas maravillas, nunca había podido mirar a través de una de ellas.

—También usamos lentes de cristal pulido, pero esta piedra de lectura no es inferior a ellas y bastará para mostraros con nitidez lo que contiene esta línea —le explica el rey mientras desplaza el pulido cristal de cuarzo sobre la vitela del códice y lo sitúa sobre una diminuta lechuza—. El libro es, en esencia, un compendio de sabiduría sin igual. Ofrece consejos y advertencias sobre el arte de gobernar. Pero, además, aquí y allá, inserta mensajes que podemos identificar como enigmas que conducen al famoso tesoro que Alejandro el Grande entregó a su maestro Aristóteles a la par que desvelan los peligros y trampas que lo guardan. Por ejemplo, fijaos en esta lechuza que señala el inicio de esta línea. Como veis, está coloreada de azul y, si supieseis griego, os percataríais de que no tiene relación con lo que viene a continuación de ella, sino con el inicio de cada uno de los renglones que siguen. Dicho de otro modo, debemos leer el mensaje secreto que anuncia la lechuza, de arriba abajo y no de izquierda a derecha. Creemos que las miniaturas y letras aquí anotadas y que encabezan cada uno de los renglones de este folio en particular señalan el lugar a donde deberéis dirigiros cuando partáis hacia Oriente en busca del tesoro.

Intrigado, Tello vuelve a mirar a través de la piedra de lectura y contempla la ahora aumentada diminuta figura de la lechuza, vivamente coloreada de azul, bajo la cual, al inicio de cada uno de los renglones que bajo ella quedan, le siguen unos extraños signos. Con toda certeza, deben de ser las letras que usan los griegos. Al final, encabezando el último renglón, el dibujo de una gran serpiente con cabeza humana de ensortijados cabellos, rostro feroz, siete ojos y siete bocas.

—La lechuza que veis señala a la ciudad de Atenas —comienza a explicarle el rey mientras la podadera sigue recortando los mirtos del patio, acercándose más y más en su incesante labor—. La lechuza es

el símbolo de Atenea, diosa de la sabiduría y de la guerra, y protectora de Atenas. En cuanto a las letras que pueden verse de inmediato bajo la rapaz nocturna, Juan de Aspa ha tenido a bien esclarecernos que no conforman palabra alguna, sino que expresan un número conforme al sistema jónico, usado en tiempos de Aristóteles y que empleaba las letras del alfabeto heleno para representar las diversas cifras. En concreto, aquí —el rey señala lo que dice moviendo la semiesfera de cuarzo translúcido—, están las letras que corresponden a trescientos, *τ'*, y a ochenta, *π'*. Es decir, la cifra anotada es 380. Un número que, como sin duda advertiréis, es seguido, si pasamos al renglón siguiente, por una palabra griega: *Καικίας*, esto es, *Kaikías*, que, a su vez, precede al dibujo del monstruo con cuerpo de serpiente con el que termina el folio iniciado por la lechuza.

—La clave está en la palabra *Kaikías* —interviene Juan de Aspa, quien, por lo visto, es de los que gustan de interrumpir extensas disertaciones aunque las haga un rey—. *Kaikías* es el nombre que los antiguos griegos daban al viento del noreste y, dado que la lechuza simboliza a Atenas y *Kaikías* está escrita a continuación de ella y precede a la criatura serpentina, lo lógico es pensar que, simbolice lo que simbolice esta última, se corresponderá con un lugar situado al noreste de Atenas.

—Entonces, la cifra 380 debe indicar la distancia que separa Atenas de ese misterioso lugar, del mismo modo en que la palabra *Kaikías* marca la dirección —se le escapa a Tello para sorpresa de los sabios que lo rodean, y justo en ese momento la podadera del jardinero se detiene.

—Eso que acabáis de concluir nos ha llevado tres días de estudio y debate —concluye el rey cuando logra recuperarse de la sorpresa y,

vencida esta última, regresa también el chasquido metálico de la podadera.

—Tiempos extraños estos en los que un simple caballero necesita solo un instante para resolver lo que cuatro sabios tardaron días en concluir —añade Juan de Aspa, quien adopta un falso tono de pesar que no puede ocultar lo divertido que le parece todo aquello.

—Tello Bermúdez no es un «simple caballero» —interviene Yehuda ben Moshe—. Ha viajado mucho, sabe leer y, por lo que sé, ama las historias de los héroes antiguos y, muy particularmente, las de Alejandro, César y Heraclio. ¿No es cierto que siempre andáis hablando con el maestro al-Ricutí de las guerras y hazañas de los antiguos?

Tello asiente y la mención del sabio musulmán atrae una sombra de preocupación a los ojos del rey y, a la par, recuerda al caballero que debe tratar de convencer al soberano de que dispense al maestro moro de viajar a Sevilla. Pero Alfonso está tan concentrado en explicar los avances logrados en el desciframiento de las claves que conducen al tesoro que Alejandro de Macedonia envió a su maestro Aristóteles que Tello no se atreve a distraerlo. Hace bien, pues el rey está tan abstraído que mueve de manera descuidada sobre el manchado folio del códice la piedra de lectura y hace que la matutina luz saque destellos del pulido cristal de roca.

—Bien, don Tello Bermúdez, retomemos el asunto que aquí nos convoca. Habéis demostrado ser hombre despierto en grado sumo y habéis acertado en vuestra suposición: la cifra 380 representa la distancia que une Atenas con el lugar misterioso que señala la figura serpentina y, puesto que conocemos la dirección, hacia el noreste desde Atenas, si también pudiésemos conocer con precisión la distancia real que separa ambos lugares... —concluye el rey, y deja

en el aire el final de la frase como una invitación a Tello para que vuelva a sorprenderlos.

—Identificaríamos el segundo lugar y, por ende, dónde comenzar la búsqueda.

—¡Magnífico! —exclama Juan de Aspa, y su entusiasmo es de inmediato acompañado por el de los demás.

—En efecto, pero ¿qué distancia marca la cifra? ¿Qué representan esos 380 que Aristóteles anotó? —pregunta el rey en una suerte de intelectual «más difícil todavía».

—No sé cómo medían las distancias los antiguos griegos —confiesa Tello mientras abre sus manos de guerrero en un gesto de impotencia.

—En estadios, don Tello, en estadios —le aclara el rey, satisfecho de saber algo que no sabe su sagaz caballero—. Lo que Aristóteles indicó es que desde Atenas había que caminar 380 estadios en dirección noreste hasta llegar al lugar que marca esa horrible serpiente de monstruosa cabeza —concluye Alfonso.

—Trescientos ochenta estadios equivalen, más o menos, a cuarenta y seis millas y media de los antiguos romanos, o, si lo preferís, a dieciséis leguas y media de las que usamos en Castilla[5] —aclara entonces Yehuda ben Moshe y, de inmediato, la podadera, que había callado otra vez, renueva su insistente quehacer.

—Pues bien, esos 380 estadios en dirección noreste, medidos desde Atenas, nos llevan, directamente, al sinuoso y estrecho canal que separa el Ática, la región del continente donde se halla Atenas, de la gran isla de Negroponte —añade Pedro de Regio sumándose a ellos tras prolongado silencio, y quien, como para consolidar sus palabras, acerca al *scriptorium* una carta de marear genovesa y señala en ella una isla alargada situada a Oriente, en las costas de Grecia.

—Y ahí es donde debemos volver, sobre la horrible figura de la serpiente con cabellos en espiral, siete ojos y siete bocas —apunta a su vez, casi triunfal, el rey.

Los cuatro sabios, Yehuda ben Moshe, Juan de Aspa, Pedro de Regio y Alfonso de León y Castilla, se quedan mirando a Tello en espera de que también resuelva en un nuevo destello de ingenio lo que a ellos les llevó días de estudio y discusión. Sin embargo, Tello nota la expectación, traga saliva, vuelve a desplazar la piedra de lectura sobre el manchado y dañado folio de vitela del viejo códice griego, y la coloca otra vez sobre el diminuto dibujo de la serpiente. Esta última se le muestra brillantemente azul, y sus revueltos cabellos, múltiples bocas y desenfocados ojos parecen invitar a la confusión, a la violencia, al caos... Durante un largo rato contempla aquello y nada se le ocurre al principio, pero entonces se fija en el ondulado cuerpo serpentino, en que los cabellos de la bestia semejan remolinos y en que sus múltiples ojos son, en verdad, espirales, y todo cobra sentido.

—La serpiente indica un lugar donde el canal que separa la isla de Negroponte del Ática está sometido a fuertes y contrarias corrientes —concluye, y los cuatro sabios que aguardaban su respuesta casi se transforman en piedra.

—¡Santa María bendita! —suelta al fin el rey.

—Este caballero debería dejar la lanza y tomar la pluma —añade el también asombrado Pedro de Regio.

—Bueno, tampoco es para tanto —apunta el pequeño Juan de Aspa—. Solo se trata de sentido común, y este último, después de todo, no necesita ni de saber griego ni de la lectura de incontables libros, ni de otra cosa que no sea un poco de buen seso. Si este caballero lleva veinte años guerreando y sigue vivo, eso quiere decir que posee, no un poco, sino una buena cantidad de buen sentido.

Y todos ríen. Indudablemente, es la salida perfecta para que ellos sigan sintiéndose sabios, pese a que estuvieron días enteros meditando sin provecho sobre lo que Tello ha resuelto con un poco de lógica.

—De nuevo acertasteis en vuestra conclusión, don Tello, pues el lugar señalado por la serpiente monstruosa es el Euripo. El punto más estrecho del canal que separa Negroponte del Ática, un lugar famoso desde antiguo por sus misteriosas, caóticas y formidables corrientes. Un fenómeno natural tan intrigante que Aristóteles, al huir de Atenas y refugiarse en Calcis, la ciudad de Negroponte que está junto al Euripo, le consagró sus últimos días para tratar de resolverlo —le aclara Pedro de Regio.

—Vanamente lo intentó el Estagirita[6] —apostilla Juan de Aspa.

—Sí, y según cuentan algunos, su fracaso al tratar de descifrar la razón de las cambiantes corrientes del Euripo lo consumió de tal manera que lo llevó a la muerte[7] —interviene Yehuda.

Pero el rey no quiere distraerse con las historias relativas a la muerte de Aristóteles, ni con las que versan sobre su pasión por desentrañar fenómenos naturales, sino que quiere que todos sigan concentrados en los enigmas que el filósofo escondió en su último libro para que solo los más sabios pudieran hallar su tesoro.

—A continuación, atraeré la atención de todos sobre el folio que precede al que hemos descifrado —dice el rey, y pasa la hoja de vitela colocando sobre la nueva página manchada de sangre la semiesfera de cuarzo translúcido—. Fue así, don Tello, que, tras descifrar el folio que os he mostrado en primer lugar, decidí que viajarais hasta Atenas y, desde ella, hasta el canal que separa el Ática de la isla de Negroponte. Pero, una vez allí, queda por resolver cuál es el lugar exacto del Euripo que eligió Aristóteles para ocultar su tesoro. Así pues, creemos que en este otro folio se esconden las

claves para solventar el nuevo misterio. Aún no lo hemos desentrañado por completo, pero, en cualquier caso, la línea que ahora os señalo parece indicar que se debe llegar a ese lugar en un día concreto del año. Escuchad lo que lee y traduce el sabio Juan de Aspa. —Y cede el sitio junto al *scriptorium* al alegre y viejo fraile que, tras una pausa un tanto teatral, recita en voz alta:

—ιδ' Δαίσιος, ιδ' Ἡλιοστάσιον. Δελφὶς πρὸς αἰγιαλὸν τοῦ ὀδύνης μου σημαίνει καὶ κρατε. —Después de haber leído en la lengua de los antiguos griegos, el viejo y pícaro monje hace una larga pausa que aprovecha para pellizcarse la nudosa nariz antes de continuar—. Es decir y en buen latín: «14 Daisios, 14 Heliostásion. Delphinus ad litora tormenti mei signat atque praevalet». Y ahora lo pondré en lengua romance de Castilla para que este sagaz caballero lo entienda sin esfuerzo: «14 Daisios, 14 Heliostásion. El Delfín señala y prevalece a orillas de mi tormento...».

El enigmático verso parece flotar en la luminosa sala, pues todos guardan un meditativo silencio que solo rasga el canto de los pájaros y, por lo visto, la silente podadera del jardinero. Tello, subyugado completamente por aquel juego de acertijos y motivado por sus anteriores aciertos, se repite para sí las enigmáticas palabras, pero no halla nada que le permita dilucidar qué ocultan. Entonces el rey acude en su auxilio con lo que ya saben.

—No sabemos aún todo lo que ocultó Aristóteles en este folio del códice, pero hay tres cosas que sí hemos podido dilucidar: las letras griegas *ιδ'* designan al número 14, mientras que la palabra *Daisios* es la que les servía para denominar al mes de septiembre. Esto es, lo primero que podemos leer es «14 de septiembre». Por lo mismo *ιδ' Heliostásion* indica *14 Heliostásion*, y esta última palabra es el nombre que los griegos usaban para llamar al solsticio, y puesto que hay dos por año, el de verano y el de invierno, *14 heliostásion*

señala un periodo de siete años. ¿Me seguís, don Tello? —Y Tello, aunque no las tiene todas consigo, se esfuerza y asiente—. Bien, me alegra saber que así es, pues ahora viene lo mejor —continúa Alfonso con un triunfal brillo en los ojos—. Recitaré de nuevo el verso: «El Delfín señala y prevalece a orillas de mi tormento». Eso dice, y he aquí que «el Delfín» es una constelación de los antiguos griegos. ¿Qué tenemos? Os lo revelaré: estamos seguros de que, si el 14 de septiembre próximo, al caer la noche, os halláis a orillas del canal del Euripo, el mismo que señalaba la serpiente monstruosa y cuyas misteriosas corrientes tanto atormentaron a Aristóteles, los sabios aquí presentes podrán medir con el astrolabio la posición y la altura sobre el horizonte de la constelación del Delfín, y entonces, sin duda, os será revelado el lugar exacto donde fue ocultado el tesoro de Alejandro. Aquello es, sencillamente, maravilloso. Tello, por supuesto, no lo entiende por completo. Pero el método usado por el ingenioso autor del códice para ocultar las pistas que conducían a su tesoro le parece casi mágico y, sobre todo, portentoso. De súbito, siente que le duele un poco la cabeza al pensar una y otra vez en aquella madeja de enigmas y acertijos oculta en un libro escrito por Aristóteles, el preceptor del más grande de los conquistadores, Alejandro el Grande de Macedonia.

—Aún falta mucho por descubrir en este libro maravilloso —interviene de nuevo Yehuda ben Moshe—. Por ahora, hemos hallado el lugar donde comenzar la búsqueda: el canal del Euripo, junto a Calcis, en la isla de Negroponte. Donde Aristóteles halló la muerte. Pero llegar allí solo será el comienzo de nuestras aventuras y peligros. Como he dicho, en este códice aún quedan por resolver muchos acertijos que, sin duda, desvelan las trampas y enredos que el Estagirita ingenió para mantener a salvo su tesoro hasta que un sabio entre los sabios fuera capaz de descifrarlos. Más aún, todo

indica que este libro que aquí ves es solo la primera parte de la obra original y que Aristóteles se cuidó mucho de esconder también la segunda parte, y que, sin ella, no podremos concluir con éxito nuestra empresa. Así que, cuando alcancemos Atenas, también deberemos buscar un segundo volumen, y, cuando lo tengamos en nuestro poder, podremos en verdad resolver todos los misterios.

—Sí, pero, para culminar lo que aquí ha sido expuesto, primero tendremos que echar mano de las habilidades matemáticas del maestro al-Ricutí —apunta Juan de Aspa.

—Por cierto, ¿cómo se está recuperando el maestre al-Ricutí? —pregunta entonces el rey muy oportunamente para el propósito de Tello de suplicar al rey que dispense a su amigo moro de tener que viajar en su lamentable estado.

—Si mi señor rey me lo permite, diré que no es conveniente ordenarle que se ponga en camino. Siguiendo sus propias indicaciones, como sabéis, amén de matemático, es diestro galeno, le recompusimos las articulaciones, y la fiebre, al fin, lo ha abandonado, pero mi hermana opina que no soportará tan largo viaje sin que empeore de forma grave su estado.

Ante las razones de Tello, el rey se limita a negar con la cabeza, pesaroso, pero decidido a mantener su orden de que al-Ricutí tiene que partir con ellos a Sevilla.

—Lo necesitamos. Es el mejor matemático del que podemos disponer, y todo indica que las matemáticas y la astronomía desempeñarán un papel fundamental en esta empresa. Además, conoce como nadie la vida de Aristóteles y habla el griego con soltura.

—Mi señor rey... —amaga una nueva protesta Tello.

—No puedo concederos esto, buen caballero —lo corta el rey—. A cambio, os prometo que el maestro al-Ricutí será atendido durante

el viaje por mi propio médico, Yehuda ben Moshe, y que viajará en un cómodo carro dotado de lecho y de todo lo necesario para que su cuerpo sufra lo menos posible los avatares de los caminos. El rey ha hablado y, como para señalar que no moverá su postura sobre la cuestión, levanta la mano derecha interrumpiendo la nueva súplica que Tello iba a hacerle.

—No os preocupéis, mi señor caballero. El maestro al-Ricutí es hombre fuerte y joven, y yo lo cuidaré como a la niña de mis ojos —dice el viejo Yehuda ben Moshe, quien no solo es el médico personal del rey, sino también el mejor galeno de Espanna.

Tello, que conoce bien al rey y, por tanto, sabe que no modificará su decisión, se conforma con eso, y práctico, como todo hombre de guerra, decide dejar la cuestión y pasar a la otra que le ronda la cabeza.

—Mi señor rey, habéis mencionado varias veces la existencia de un gran tesoro y vuestro propósito de apoderaros de él. ¿Estáis seguro de que existe en realidad y de que no se trata de una leyenda? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

Aunque Alfonso es un rey sabio que ha gastado mucha plata en comprar, copiar y traducir innumerables libros, este que tienen ante ellos es un libro por el que se ha matado y torturado y que parece exhalar de entre sus viejas y sucias páginas el fuerte aroma de la codicia, y ese perfume nunca engaña a los hombres, sino que se limita a seducirlos.

—Sí, don Tello, ese es mi propósito, y debe permanecer oculto a todos. El tesoro existe, no nos cabe duda de ello. Es el que Alejandro entregó a Aristóteles. El mismo que el filósofo escondió y que nunca ha sido hallado. Existe y lo necesito para hacer de Castilla el reino más poderoso de la Tierra. —Y al decir esto último, ya poseído por la pasión que pone en un futuro que tanto anhela,

Alfonso da una fuerte palmada sobre el *scriptorium*—. ¡Y yo, con esa montaña de plata que Aristóteles ocultó, podré ser coronado emperador! —exclama alzando la voz más de lo necesario y con los ojos calmos, encendidos como meteoros—. ¡Sí, con esa plata podré ser emperador y sumar entonces el poder de los reinos de Espanna al del Sacro Imperio! ¿Quién podrá resistírseme entonces? ¡Nadie! Seré el más fuerte... ¡Sí, el más fuerte, y someteré a los moros de Granada y, tras ellos, a los benimerines de África, y al cabo, tras tales hazañas, cuando mi suegro muera, reclamaré Aragón y restauraré a la par el reino de los godos y el imperio de los romanos!

Ante semejante emocionada declaración de imperiales intenciones, todos se quedan mirando al rey, ya que Alfonso, por lo general un hombre reflexivo, tiene el rostro enrojecido de pasión y los ojos, casi siempre tristes, los muestra ahora brillantes, enfebrecidos por el sueño de ambición y gloria que acaba de trazar con palabras. Aunque los sabios y Tello lo miran perplejos, el rey sigue ensimismado en sus planes de futuro poder y grandeza.

—Así que marcharéis a Oriente, a Grecia, llevando con vos, caballero, a estos sabios y al maestro al-Ricutí. Una vez allí, os enfrentaréis a las trampas y acertijos que, sin duda, Aristóteles dispuso para guardar su tesoro. Y cuando os alcéis con la victoria, regresaréis a Castilla. ¡Eso es lo que os ordeno y eso es lo que cumpliréis! —sentencia con la impetuosa fuerza de un rey que no admite que acontezca otra cosa que la que ordena. Como el silencio y la sobrecogida perplejidad que su ambición desatada ha impuesto a los que lo escuchan continúa, el rey se cree obligado a seguir desgranando sus secretos planes:

—Ya sabéis todos que la emperatriz de Constantinopla, mi prima, María de Brienne, va a arribar a Sevilla. Iremos allí a recibirla. Viene a pedirme plata con la que rescatar de los venecianos a su hijo. Es

una triste historia la suya. ¿Os lo podéis imaginar? ¡Su esposo, el emperador Balduino II, no tuvo mejor idea que ofrecer a su propio hijo como prenda de garantía del préstamo que solicitó a esa patria de usureros que es Venecia! Por supuesto, lo hizo desatendiendo de forma cruel los ruegos de su esposa, la emperatriz María. Ahora, esa pobre madre vaga por las cortes de la cristiandad pidiendo plata con la que rescatar a su hijo. ¿Sabéis qué? Se la daré. Pero eso, escuchadme todos, eso no será un gesto magnánimo por mi parte, sino la tapadera con la que vosotros viajaréis a Oriente. Nombraré a don Tello jefe de la escolta que llevará la plata del rescate a Venecia y a la emperatriz de regreso a Constantinopla, y también le encomendaré otra cosa más. Que os proteja a vosotros, sabios maestros, en la tarea que os asignaré: ir a Atenas y Constantinopla en busca de viejos libros que traducir y copiar. De esta manera nadie sospechará sobre mis verdaderas intenciones. —Es un plan magnífico. Eso, piensa Tello, hay que convenirlo. Sin poder evitarlo, la idea de un largo viaje hacia tierras lejanas y llenas de aventura le tienta el alma como lo harían unos dedos traviesos. Pero el rey no ha terminado—. No hay duda de que esa estratagema os servirá de cobertura con la que llegar con seguridad a Atenas y, una vez allí, como ya hemos convenido, cabalgaréis a todo galope hasta el canal del Euripo, junto a la vieja ciudad de Calcis, en la isla de Negroponte, y allí buscaréis el tesoro de Alejandro.

El rey hace entonces una larga pausa y los mira a los ojos, uno tras otro. La podadera del jardinero hace tiempo que no se oye, mientras que Tello y los tres viejos sabios siguen fascinados por completo por lo que acaban de escuchar y, ante todo, por la estampa que ofrece su rey. Alfonso parece poseído de una fuerza, de una convicción, que nunca antes le habían conocido y que, en verdad, no parecen provenir de este mundo, sino de Dios.

—¿Sabéis por qué estoy seguro de que el tesoro será mío y de nadie más? Porque así lo profetizó el mismísimo Aristóteles. Y si eso os asombra, escuchad, Tello, lo que el gran filósofo escribió al inicio de este códice: «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable. Se hizo así para que los secretos que contiene solo puedan ser desvelados por un rey amante de la sabiduría, que con este "tesoro" gane plenitud y felicidad».

El rey ha recitado de memoria las palabras que Aristóteles escribió más de mil quinientos años atrás y que Juan de Aspa ha traducido para él, con una voz enronquecida, ardiente como fuego celeste, pues, sin duda, las ha repetido diez, cien, mil veces... Y sin duda también, todos comprenden en ese momento que el rey cree en todas y cada una de ellas, y lo hace porque está plenamente seguro de que la profecía en él se ha cumplido.

—¡Eso escribió el gran filósofo! —sentencia, y alza de nuevo la voz estampando su puño con tal fuerza sobre el *scriptorium* que la piedra de lectura casi rueda por el suelo—. Decid, ¿quién sino yo puede ser ese rey sabio? Yo ya no tengo duda de ello y os revelaré por qué. ¿Sabéis, don Tello? Cuando vos combatíais a muerte contra el gigante normando, yo me encomendé a nuestro Creador y le pedí que dictara su sentencia sobre mi reinado conforme al resultado de vuestro duelo, para esclarecer así de una vez por todas si mis ambiciones imperiales son justas. ¡Eso pedí a Dios! ¡Que dictaminara por medio de vuestra espada si yo debía perseverar en mi ambición o si tenía que abandonarla! ¿Y qué dijo Dios? ¡Dios os dio la victoria y, con ella, me envió a mí una sagrada señal! ¡Pues os concedió el triunfo en mortal combate y, con él, no solo señaló que el maestro

al-Ricutí era inocente, sino también que yo, Alfonso, debo ser emperador del Sacro Imperio! ¡Sí, esa es la voluntad divina y, para cumplirla, necesito la plata del tesoro de Alejandro! ¡Dios lo quiere! —grita el rey como poseído por un ángel poderoso e inquietante—. ¡Y con la montaña de plata que escondió Aristóteles me impondré a ese perro inglés de Ricardo de Cornualles!

Ha sido impactante para Tello ver a su rey de esa manera, tan exaltado, repleto de ambición y codicia. Lo creía conocer bien... ¿Acaso no lleva sirviéndole desde que Alfonso era un joven príncipe y juntos batallaron en las guerras de Murcia y Sevilla? Pero supone que esto, ser presa de estas pasiones, también es ser rey.

Como notando su azoramiento, el viejo médico judío de Alfonso, Yehuda ben Moshe, aprovecha que el rey parece un poco más calmado tras exponer sus planes para encauzar la conversación hacia cuestiones más prácticas que los serenen.

—Hay algo que todos debemos tener en cuenta y que es vital para triunfar en la empresa —dice, atrayendo la atención—. De nada servirán nuestros esfuerzos si no logramos estar el 14 de septiembre a orillas del canal de la isla de Negroponte para poder medir allí la altura de la constelación del Delfín. No hemos errado en nuestra interpretación de los enigmas planteados en el libro, así lo confirma el propio Aristóteles al escribir: «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable». Como todos los astrólogos aquí presentes sabemos, esa configuración astral solo acontece en septiembre, por lo que no hay duda de que el gran filósofo nos confirma, mediante los cielos, que solo en esa fecha puede ser desvelado por completo el misterio que nos plantea y, por ende, ser hallado su tesoro.

No es cuestión baladí la planteada por el médico de Alfonso X, quien ahora, expectante, espera lo que los demás tengan que decir sobre la larga carrera que van a tener que emprender de extremo a extremo del Mediterráneo para cumplir con la orden del rey. Yehuda es un hombre alto, un tanto corpulento, de albos cabellos y luenga barba blanca sobre la que asoman una boca generosa y una nariz aguileña que parece proyectarse por orden de unos ojos grandes y verdes. Tello se pregunta entonces por la edad del sabio, pues desde que es un muchacho siempre lo ha visto así: vigoroso, pero viejo como los montes de Toledo.

Pero, aunque Yehuda aguarda que alguien diga algo, todos, sus dos compañeros sabios, el rey y el caballero, guardan silencio, uno largo y ominoso. Hace tiempo que no se oye ni la podadera del jardinero ni el trino de los pájaros. Todo sonido ajeno a la sala parece haber perecido, hasta tal punto que es como si los astros y planetas que Aristóteles señaló en su último y arcano libro impusieran en aquella estancia el helado vacío que los sujeta en los inabarcables cielos.

—Será no solo un largo y peligroso viaje, sino, además, también una carrera contra el rápido pasar de los días, ya que desde este en el que nos encontramos y hasta el crepúsculo en el que debéis medir la altura de la constelación del Delfín sobre el horizonte del Euripo tan solo quedan ciento ochenta y cinco noches —dice al fin el rey rompiendo el pesado silencio—. Ciento ochenta y cinco jornadas en las que os amenazarán muchos peligros, y temo que alguno de ellos pueda, incluso, acecharos desde el seno de mi propia corte. Os lo repito: no confiéis en nadie y menos aún en don Nuño González de Lara.

Y si Tello ya tenía dolor de cabeza, aquello, la revelación de que el rey ya no confía en quien hasta entonces ha sido su mano derecha,

su mejor amigo y consejero, le acelera el pulso y lo pone en alerta, estimulando en su pecho un feroz regocijo. Quién sabe, tal vez esta desconfianza del rey es el inicio de la caída del señor de Lara y, huelga decir, esa caída sería la mejor venganza que él podría ofrecer al espíritu de su amada Juana.

—Mi señor rey, ¿debo entender entonces que, si don Nuño González de Lara confirma vuestros temores y trata de arrebatarnos los secretos aquí expuestos, podré usar contra él mi espada?

Alfonso calla un instante. Por su mente pasan todos los momentos en que Nuño González de Lara le prestó buenos servicios, los días de amistad compartidos, los regalos y honores que entregó, gozoso y agradecido, al señor de la casa de Lara. Luego, se abre camino en su pecho la amargura de la sospecha y, tras ella, un destello de cólera fría.

—Sí, caballero. Tenéis mi permiso para dar muerte a cualquiera que trate de oponerse a la misión que os he encomendado. ¡A cualquiera! Incluso a don Nuño González de Lara si os da motivo para ello.

Al escuchar aquello, satisfecho, Tello asiente y ruega a Dios que el conde sea un traidor y él, entonces, pueda darle muerte. Así la podadera retoma su trabajo y el instinto de quien ha enfrentado mil veces a la muerte despierta al fin. Tello, dando tres rápidas zancadas, se precipita hacia la gran ventana geminada, y lo hace con tanto ímpetu que el gesto lleva a saltar por los aires la delicada celosía que la velaba. El rey grita de sorpresa mientras que los tres sabios no aciertan ni a respirar ante tan inesperada embestida del caballero contra la ventana por la que ya se está asomando. Tampoco esperaba aquello el jardinero, que mira a Tello con el gesto contraído de sorpresa y miedo.

Pero el hombre es rápido, y alzando la podadera lanza un golpe salvaje al cuello del caballero, quien le atrapa la muñeca, detiene el tajo y le retuerce el brazo a su agresor. Después de un rodillazo, termina de romper la celosía para pasar por completo a través de ella.

—¡Maldito seas! —grita Tello. El jardinero se retuerce como una serpiente y se tira al suelo; librado de su presa, rueda por tierra, lanza una patada a la única pierna que su captor tiene apoyada en el ajardinado patio y lo hace caer, si bien le da la oportunidad de levantarse como un rayo y echar a correr.

—¡Prended a ese hombre, guardias del rey, prended a ese hombre! —grita Tello mientras se levanta y corre tras el espía.

Ya no tiene duda alguna de que es un espía. Corren por los jardines y las huertas del palacio de la Vega del rey, saltando acequias, esquivando setos y árboles, forzando al máximo sus músculos. Mientras, Tello va acercándose al falso jardinero, zancada a zancada, y alarga la mano para agarrarlo por el cuello. Entonces, el afilado acero casi le corta los dedos cuando se cerraban en torno al cogote del desgraciado. La punta de una saeta ha atravesado limpiamente la garganta del jardinero, y lo ha hecho con tanta fuerza que le ha salido por la nuca.

—¡Santiago! —exclama Tello mientras retira la mano y la sangre ajena lo empapa, a la par que el espía se derrumba ante él y se lleva las manos a la garganta tratando de arrancarse la flecha.

De nuevo Tello obedece a su instinto de guerrero. Justo a tiempo, pues, recuperado de la sorpresa, se ha tirado al suelo junto al muerto a tiempo de sentir, más que ver, cómo una segunda saeta pasa por encima de él y va a clavarse en el marco de la ventana geminada que embistió para tratar de atrapar al espía. Entonces la saeta, vibrando, se queda allí, clavada a un palmo de la cara del rey,

quien, tras haberse precipitado a su vez hacia la ventana para ver qué ocurría, está ahora tan pálido como la cal.

—¡Santo Dios! —dice Alfonso mirando la negra flecha que casi lo mata.

Eso es todo. Un rey paralizado y con un nudo en el estómago, un caballero que se levanta como un león, mirando a un lado y otro en busca del ballestero que los amenaza, y dos o tres docenas de guardias del rey que, alarmados, corren de un lado para otro dando grandes voces, buscando a un asesino que no hallarán.

Tello se gira y mira a su rey. Durante un instante, ambos, el caballero y Alfonso X, vuelven a ser dos jóvenes batallando en su primera guerra. El mismo miedo, el mismo desconcierto.

—Teníais razón, mi señor rey. Los peligros nos acechan incluso aquí, en vuestra corte —dice al fin Tello.

Alfonso asiente muy despacio. Tiene los ojos clavados en el muerto que yace a pocos pasos con la saeta en el cuello de parte a parte.

—La muerte nos ha rozado, don Tello. Pero recordad que Dios está con nosotros. Con traidores o sin ellos, partiréis y llevaréis a buen término la empresa, mientras que yo, antes o después, desenmascararé al traidor que me acecha, y entonces os juro que ese perro deseará no haber nacido.

Alfonso se da la vuelta y sale de la estancia escoltado por una nube protectora de hombres de armas capitaneada por su azorado guardia mayor, quien, avergonzado, no se atreve a mirar a los ojos de su soberano porque sabe que, como responsable de su seguridad, ese día le ha fallado. Por su parte, Tello solo sabe una cosa: el traidor que teme su rey debe de ser un hombre muy cercano a Alfonso, cercano y poderoso. De no ser así, no habría podido introducir a un espía entre los sirvientes del monarca.

Entonces, arranca la saeta del cadáver y la examina en busca de alguna marca. No la halla, por supuesto. Pero mientras sopesa la ensangrentada flecha, a su mente llega otro pensamiento: el ballestero emboscado que ha matado al falso jardinero es, claro está, otro hombre del traidor, y eso quiere decir que este último no comete errores, sabe que sus espías pueden ser descubiertos. Por eso, detrás de cada uno de ellos con toda seguridad habrá un asesino dispuesto a sellarle los labios.

A eso y también a llevarse por delante, en cuanto se lo ordenen, a cualquier enemigo de su señor.

—¿Eres tú, Nuño González de Lara? —murmura Tello.

Eso sospecha, y sabe que también lo hace el rey. Pero el señor de la casa de Lara es demasiado poderoso para que alguien, incluso aunque ese «alguien» sea Alfonso X de Castilla y León, pueda acusarlo de tal cosa sin poseer buenas pruebas de ello. Entonces se percata de que los tres sabios, Yehuda, Pedro de Regio y Juan de Aspa, han llegado a su lado y de que miran, silenciosos e impresionados, al cadáver del espía.

En el rostro venerable de los viejos maestros ya no hay esa infantil ilusión por emprender un largo viaje a Oriente en busca de un legendario tesoro guardado por los enigmas del más afamado de los filósofos, sino la súbita y desazonadora convicción de que un peligro mortal será, desde el primer paso que den, su más fiel compañero en dicha empresa. Y Juan de Aspa, que no puede apartar sus inquietos ojos de los del muerto y que hasta ese día siempre ha frecuentado la ironía, recuerda el epigrama de un antiguo filósofo griego: «El camino hacia el Hades debe de ser muy fácil, pues todos van por él con los ojos cerrados». Y mientras lo recita, se arrodilla y piadosamente se los cierra al jardinero.

Al ver aquel gesto cristiano, Tello no puede impedir preguntarse si antes de que acabe aquello no le cerrarán también a él los ojos para encaminarlo al reino de los muertos.

3

Esa noche, Yáñez abre la puerta al ballestero y, de paso, le endosa la peor sonrisa de desprecio que puedan albergar sus gruesos labios.

Yáñez y el ballestero no se tienen aprecio. El primero lleva al servicio de don Nuño desde que era un niño. En realidad, tan chico era que el señor, enfadado con él por haberle manchado la sobreveste, lo agarró sin más por los cabellos y lo arrojó por la ventana de una torre, con tan mala o buena fortuna —elíjase lo que se quiera—, que el pequeño Yáñez se rompió de tal forma el pie izquierdo que se le quedó lisiado y deforme.

Eso nunca le ha importado demasiado. Arrastra el pie deforme, es cierto, pero puede moverse como un rayo cuando lo necesita, y con su tamaño descomunal nunca ha tenido que salir corriendo, lo cual, como se sabe, es cosa de cobardes.

En cuanto al ballestero, nadie conoce su nombre, pues se niega a revelarlo, pero, por su acento, debe de ser genovés y, de paso, un hijo de puta extremadamente cruel. Llegó hace un año y su habilidad sin par con la ballesta le permitió entrar al servicio del señor de la casa de Lara, quien, por su parte y al poco, advirtió la otra «cualidad» que tenía el italiano: el gusto por el asesinato. Y cuanto más salvaje, mejor. No es que a Yáñez le cause excesivo reparo matar a alguien, pero lo que el ballestero hizo con el pobre monje traductor..., eso es otra cosa, eso es tener todos los demonios del infierno metidos muy adentro. Además, y esto para qué negarlo, fue lo que en realidad ha sembrado mala sangre entre ellos. El muy

cabrón de la ballesta se puso hecho una fiera cuando se percató de las particulares huellas de sangre que Yáñez dejaba con su pie lisiado y le ordenó de malas maneras que limpiara el suelo mientras él terminaba la «faena».

¿Limpiar el suelo? Una humillación que jamás perdonaría a esa escoria genovesa. Por lo pronto, lo tiene ante sí, malencarado como siempre y acompañado de malas noticias que atraerán sobre su pelirroja cabeza la ira del señor.

—Te están esperando, ballestero.

El ballestero no contesta al grandullón de Yáñez. El rufián, lisiado de un pie y feo como el culo de un buey, le desagrada en extremo, pero el señor confía en ese bruto más que en ningún otro de sus asesinos.

Siguiendo al grandullón de Yáñez, el ballestero pasa al interior de un oculto pasaje y desemboca en la red de pasillos y cámaras de piedra que el señor de la casa de Lara, con paciencia y disimulo, ha ido excavando bajo el palacio que ocupa cuando reside en Toledo. Allí, bajo tierra, entre sombras, recibe a los hombres perversos que, como alimañas, alimenta con plata y oro, y a los que encarga los ocultos trabajos que sus intrigas reclaman. Y allí también tortura y castiga, y si el ballestero no supiera de sobra que así es, el alarido de puro terror que acompaña los últimos pasos que da antes de entrar a presencia de don Nuño se lo confirma sin ningún género de duda. La sala de piedra está escasamente iluminada, pero, aun así, el ballestero puede ver que don Nuño no está solo, sino que, en un rincón, el único de verdad iluminado con tres velas, hay dos figuras que se inclinan sobre lo que parece un libro apoyado sobre una mesa, y una de ellas, por lo visto, ha sido la que ha gritado y la que ahora se lleva la mano izquierda a un costado de la cara en un vano intento de darse alivio.

—¡Concéntrate, muchacho, o te cortaré también la otra oreja! —ruge el canónigo Martín Pérez.

Al ballestero tampoco le gusta el canónigo. Disfruta tanto como él haciendo daño, y ver en otro la maldad que uno posee en grado sumo siempre, paradójicamente, suele causar desagrado.

—¡No me hagáis más daño, os lo suplico! —clama el pobre Miguel.

—¡Pues recuerda, maldita sea, recuerda!

Miguel recuerda. El miedo es así, y que te corten con frialdad una oreja suele dar mucho miedo.

—¡La lechuza es Atenas! ¡Sí, no tengo duda, mi maestro, Julián de Ávila me lo explicó y ahora lo recuerdo! ¡La lechuza es el símbolo de Atenea, diosa protectora de Atenas!

—¡Eso está mucho mejor! —lo alienta el canónigo—. ¿Y la palabra? ¿Qué significan el número y la palabra?

Miguel tiene la cara chorreada de sangre. La afilada daga que empuña el canónigo, como si fuera un demoniaco maestro que exige a su alumno recitar la lección bajo la amenaza de los golpes de una vara, le ha cercenado de forma limpia la parte inferior de la oreja izquierda, y el dolor, sumado al terror, brincan en su mente confundiéndola.

—Yo...., yo creo...

—¿Crees? —Y Martín Pérez prepara, gozoso, la daga.

—¡Es el nombre que los antiguos griegos daban al viento del noreste! —grita desesperado, y logra recordar hasta lo que creía no saber.

—Es suficiente por esta noche —interrumpe una voz helada en un susurro inapelable.

Quien ha dado la orden es Nuño González de Lara. Tras dos noches sin dormir y dos extenuantes jornadas de caza, está agotado

y, de todas formas, tras esa revelación, hasta él puede concluir lo necesario e inmediato.

—Es suficiente, digo. La búsqueda debe comenzar por Atenas y desde ella habrá que ir en dirección noreste durante 380 millas —concluye.

—Los griegos no contaban en millas, señor —se atreve a corregirlo Miguel atrayendo sobre sí la mirada de fuego del canónigo Martín Pérez, quien apresta, una vez más, su afilada daga para castigarlo por su insolencia.

—¡Deteneos! —grita don Nuño, y el canónigo agacha la cabeza, obediente, pero frustrado—. ¿Y en qué medían las distancias los griegos, joven Miguel? —anima ahora el conde al ensangrentado muchacho.

—En estadios, mi señor. Según puedo recordar, hacían falta ocho estadios de Atenas para tener una milla romana. Así que trescientos ochenta estadios son unas dieciséis leguas y media de las que usamos en Castilla, y, por lo que creo y como ya habéis apuntado, deben ser medidas desde Atenas en dirección noreste.

El saber del muchacho es tan notorio y tan rápida su habilidad de cálculo que todos callan con asombro.

—¿Sabes qué, Miguel? Eres muy listo. Así que voy a premiarte apartando de ti la daga del canónigo. No solo por esta noche, sino para siempre.

Miguel, que está al borde de la locura tras tanto maltrato y pánico, asiente, sonriendo, patéticamente agradecido.

—Para siempre, siempre y cuando sigas siendo tan eficiente —añade el señor—. Si me fallas, si me traicionas, entregaré esa afilada daga a este hombre que acaba de llegar, mi ballestero, y te aseguro que él la usará de formas que es mejor que no puedas imaginar.

Despide con la mano al atribulado y joven monje, y se queda a solas con el canónigo, con el ballestero y con el gigantesco y lisiado Yáñez.

—¿Qué nuevas traes? —pregunta al ballestero, aunque ya tiene informes de lo que ha pasado.

El ballestero traga saliva y luego, armándose de valor, narra lo sucedido esa mañana en el palacio de la Vega del rey.

—Siguiendo vuestras órdenes, señor, entré en secreto en los jardines y en las huertas del palacio para vigilar al espía que debía averiguar qué se traían entre manos los sabios y el caballero convocados por el rey. —Al decir esto último, se detiene para poder escrutar entre las sombras el efecto de sus palabras en el implacable Nuño González de Lara—. El jardinero hizo su trabajo y logró situarse junto a la ventana de la estancia donde se hallaban reunidos, y tengo por cierto que pudo escuchar la mayor parte de lo que allí se dijo. Pero entonces Tello Bermúdez embistió como un toro furioso la celosía que guardaba la ventana, la hizo saltar por los aires y aferró a vuestro espía. —Nueva pausa, y en ella, ante el inquietante silencio que acoge sus palabras, una creciente dificultad para tragar saliva—. El hombre logró zafarse del caballero y echó a correr, pero Tello Bermúdez era más rápido y consiguió agarrarlo de nuevo. Entonces me vi forzado a matar al jardinero para, siguiendo vuestras instrucciones, impedir que se fuera de la lengua si era capturado.

Eso es todo. Eso y el inquietante silencio, pues don Nuño sigue callado y el ballestero continúa sin poder tragar saliva con soltura.

—¿Yáñez?

—¿Mi señor?

—Golpea a este imbécil.

Yáñez, con gusto, golpea. Una y otra vez, descargando tal aluvión de golpes sobre la cabeza y la espalda del asombrado ballestero que cae al suelo hecho un ovillo. De inmediato, el lisiado patea con saña, usando para ello su pie deforme embutido en una bota reforzada con clavos de hierro.

—Es suficiente, Yáñez —dice ahora Nuño González de Lara en un tono inexpresivo, como si en vez de ordenar que cese una paliza estuviera dirigiendo una tarea rutinaria—. Levántate, ballestero.

El hombre, con la cara ensangrentada por las patadas recibidas, escupe un diente, se sacude buscando aclararse la aturdida cabeza y mira a la oscuridad, desde donde la sombra que es el conde aguarda a que se recomponga.

—Tengo muchos espías junto al rey. No lo olvides. No dependo solo de ti para saber todo lo que ha pasado. Y ahora agregaré que no te he castigado por matar al jardinero, sino por errar el segundo disparo que debería haber atravesado a Tello Bermúdez, pero que casi acaba con mi señor el rey. Yo puedo conspirar contra Alfonso, pero no por eso deja de ser mi soberano, y por si eso no bastara, no hace tanto que también era mi amigo. En verdad, te confieso: lo realmente importante es que, aunque quiero gobernar en su nombre, lo necesito vivo para poder hacerlo. ¿Comprendes, imbécil? Bueno, no me hace falta que entiendas lo que quiero decir, pero sí que nunca, nunca más pongas en peligro la vida del rey: —Don Nuño hace una larga pausa que el ballestero aprovecha para tratar de llevar algo de saliva a su reseca boca—. Pero estate tranquilo, hoy es un día afortunado para ti, pues, en vez de ordenar que te arranquen la piel a tiras, me he conformado con que te apaleen un poco. ¿Contento?

El ballestero se traga el orgullo, la saliva que vuelve a su boca y hasta la lengua se habría tragado si se lo hubieran pedido, pues

sabe que ha estado a punto de irse al infierno gritando de dolor.

—Y una cosa más, ballestero —agrega don Nuño—: te pago una buena cantidad de plata porque juraste que nunca fallas con tu ballesta. La próxima vez que lo hagas, la próxima vez que falles un disparo contra Tello Bermúdez, te atormentaré de tal manera que me dirás a gritos ese nombre tuyo que con tanto afán escondes —concluye con él, y el genovés se da cuenta entonces de que está temblando—. Eso, mi señor canónigo y mi fiel Yáñez, también va por vosotros. No quiero más fallos.

Todos se apresuran a asegurarle que así será. Y su señor, desde las sombras, sonríe con cruel satisfacción al ver cómo es capaz de meter miedo en hombres tan implacables como aquellos.

—Ha llegado la hora —anuncia entonces—. El rey desconfía de mí y, por tanto, debo ser más cuidadoso que nunca. Pero se nos presenta una gran oportunidad: el rey parte en dos días para Sevilla. Allí recibirá con pompa y esplendor a su prima, la emperatriz de Constantinopla. Pero he aquí que, para ir a Sevilla, hay que atravesar extensas llanuras, montañas bravías y ríos tumultuosos. No me importa cómo lo hagáis, Yáñez y el ballestero, pero quiero que, durante ese largo camino, caigáis sobre Tello Bermúdez y los sabios que el rey ha puesto bajo su protección, les arrebatéis el códice y les deis muerte. Reclutad cuantos hombres os sean necesarios y disfrazaos todos de moros algareros, de almogávares sin señor, de salteadores o de lo que se os ocurra. Pero, pase lo que pase, nadie debe saber que yo estoy detrás de vosotros. ¿Entendido? —Los dos aludidos asienten, y el ballestero, que tiene los labios partidos, se los lame nervioso—. Y recordad: no admitiré más errores. —Y haciendo un ademán apenas perceptible por mor de las sombras que lo cobijan, despide a los dos asesinos—. Y ahora es vuestro turno, señor canónigo —retoma el conde cuando se

quedan solos—. Tú, el nigromante y el joven Miguel partiréis de inmediato para la costa de Valencia y allí buscaréis un barco que os lleve a Atenas. Os quiero allí, descifrando lo que podáis de cuanto tradujo y anotó ese maldito inútil de Julián de Ávila, buscando el tesoro, y, si no sois capaces de hallarlo, aguardad por si al final ese Tello Bermúdez y los sabios logran burlar a Yáñez y al ballestero, y ponen rumbo a Grecia. Si así fuera, seguidlos y arrebatadles el premio.

El canónigo no se esperaba aquello y le disgusta.

—Mi señor, yo no puedo faltar de Toledo. Soy canónigo de la catedral —explica, nervioso, inseguro—. Me echarían en falta y entonces puede que alguien sospechara... —añade al ver que sus palabras solo cosechan silencio.

—Eso que decís es cierto, señor canónigo —conviene, comprensivo, don Nuño para alivio de Martín Pérez. No dura mucho —: Por eso he ordenado al nigromante Egidio que busque un hombre de hechuras similares a las vuestras, que lo asesine, que le destroce la cara a golpes, que lo vista con vuestras ropas y que lo deje sin bolsa y abandonado no lejos de vuestra morada, para que sea hallado con rapidez y todos crean que habéis muerto víctima de un violento robo. Así que estáis muerto, mi señor canónigo, y ya sabéis, los muertos nada tienen que temer. Nada, excepto a mí. Porque, si me falláis, os aseguro que la muerte os parecerá el cielo.

Eso es todo. Dos horas más tarde, Martín Pérez, el asustado Miguel y el nigromante Egidio, escoltados por veinte hombres del señor de la casa de Lara, dejan discretamente Toledo y cabalgan por los caminos que llevan a Valencia.

Mientras, en su habitación, Nuño González de Lara aguarda la mañana. Estaba agotado y, tras dejarlo todo bien atado, se echó a dormir. Pero el sueño, maldito, no ha acudido en su auxilio, pues,

cuando cerró los ojos, siguió viendo dos cosas: el rostro de su hija y el códice griego que tanto desea tener. Ahora sigue invocando de continuo esas dos obsesiones suyas y, para su desazón, la que contempla con nitidez, ya tenga los ojos abiertos o cerrados, es el libro.

—Al fin y al cabo, amo más mi ambición que a mi propia sangre —concluye, expresando en un susurro apagado la pena que lo embarga.

Está decepcionado consigo mismo. Se sabía malvado, pero confiaba en que su maldad tuviera causa justa: la de encumbrar a su familia. Pero ahora, cuando se da cuenta de que su ambición personal es más fuerte que el amor debido a Juana, se sabe podrido hasta el tuétano.

Saber eso no es agradable. Una lágrima se le escurre por la ajada mejilla y, cuando llega a sus finos labios, le sabe a la sangre que manaba de las cortadas venas de su hija.

—La verdad duele, pero se ha de convivir con ella —se dice en un herido murmullo.

Luego, haciendo un supremo esfuerzo, destierra al fantasma de Juana y vuelve a centrarse en su ambición. Se halla en un momento peligroso que requiere de toda su atención: Alfonso desconfía de él y, sin duda, lo observa, y espera a que haga algo, esto es, que cometa un error, que le confirme que es el traidor que busca. En semejante circunstancia, lo prudente es alejarse de Ricardo de Cornualles. Además, el inglés ya no le es tan necesario, pues, si logra adelantarse al rey y apoderarse del tesoro, ya no necesitará el oro extranjero para llevar adelante sus planes.

—Ya no me eres necesario, inglés.

Así, creer eso, creer que es un poco menos traidor que un momento antes, le sienta bien y, sin darse cuenta, se queda, al fin,

dormido.

Mientras duerme, Beatriz la Loba lo está traicionando.

Es la hora en que la noche y el día se dan la mano; la hora en que las sombras se perfilan, pero no se muestran por completo. Es, pues, la hora de la traición, y Beatriz la está aprovechando. Envuelta en un oscuro manto con capucha, a lomos de una mula, escoltada por un bellaco armado hasta los dientes al que ha entregado veinte doblas de oro a cambio de su protección, Beatriz aguarda junto a las ruinas de una casa rodeada de campos abandonados. Un lugar solitario, ideal para no ser vista ni escuchada. Ya sabe que es una niña mala —o eso le dijo siempre su madre—, y ese tipo de «niñas» no son tontas y, en los días que quedan atrás, los días en que ha recibido oro de manos del señor de la casa de Lara, Beatriz ata cabos y, como chica despierta que es, ha llegado a una inquietante conclusión: los hombres poderosos como Nuño González de Lara, antes o después, se deshacen de aquellos que les han sido útiles para hacer el mal. Y cuando eso ocurre, la gente como Beatriz, por muy fielmente que sirvieran a semejantes señores, amanecen un día con la garganta abierta, y, mira tú por dónde, ella le tiene especial cariño a su cuello.

Para salir del enredo... una mano lava a otra, o eso se dice. Entretanto, Beatriz llega a la conclusión de que traicionar al conde, recoger beneficios de tal acción y asegurarse un refugio lejano serán acciones muy convenientes para ella. Además, la corte se traslada a Sevilla y don Nuño, claro está, también se irá, y eso es para ella tan claro como un redoble de campanas indicándole que se le echa encima la hora en que dejará de ser útil al conde. Por eso está allí. Aguardando a que aparezca el hombre de Ricardo de Cornualles que la contactó esa misma mañana. Y aparece. Viene solo, montado

sobre un caballo que a Beatriz le parece gigantesco y que detiene a tres pasos de la meretriz y de su guardián. Beatriz tiene mucho frío, o tal vez miedo, da igual. Lejos, a oriente, se van apagando las estrellas, y en algún lugar canta una alondra madrugadora y ella sabe que solo puede ir hacia delante.

—Mi señor, Ricardo, rey de los romanos y conde de Cornualles[1] , está inquieto. Sus cartas secretas al señor de la casa de Lara reciben respuestas evasivas y las últimas acciones del rey de Castilla indican que algo muy importante y que se quiere mantener oculto está ocurriendo, y él, mi señor, debe saberlo cuanto antes. ¿Qué tienes que decirme, mujer? —suelta el extranjero sin más saludo que el de su rostro embozado y el de la mirada helada de sus ojos verdes.

—¿Traes el oro? —le espeta ella tratando de aparentar que sabe de conjuras y traiciones.

—El oro, mujer, te lo tienes que ganar con la lengua —le replica, negando con la cabeza y mostrando el brillo de sus ojos. Beatriz sabe que, bajo el embozo que le cubre la cara, sonríe con malicia.

Pero la Loba sabe cuándo hablar y, además, tiene prisa por acabar con aquello. No se fía de este hombre; de hecho, no se fía de ninguno. Así que, mientras piensa en lo que debe decir y en lo que debe callar, evalúa la situación. Su bellaco es más grande y corpulento que el extranjero, y este, por su parte, no lleva espada, sino tan solo una daga y algo colgado de la silla de montar que parece un palo. Eso le da a Beatriz un poco de confianza, pues su rufián porta espada, hacha y daga y, además, se cubre el torso con una loriga de cuero. Puede entonces sentirse segura y en buenas condiciones para entregar la «mercancía» y llevarse su oro.

—El señor de la casa de Lara anda tras un libro. Un libro que está en manos del rey y que conduce a un enorme tesoro. Si el rey se hace con él, tendrá dinero suficiente como para poder coronarse

emperador; si es don Nuño quien logra adelantarse y tomarlo para sí, creo que ya no necesitará a vuestro señor, pues contará con plata de sobra para proseguir con sus propios planes.

Las revelaciones de la meretriz dejan impactado al jefe de los espías de Ricardo de Cornualles en Castilla. Por supuesto, ni él ni su señor se fiaron nunca por completo del conde de Lara, pero esto no se lo esperaban, ya que nada sabían sobre un misterioso libro y sobre el tesoro que supuestamente guarda y, por lo que acaba de oír, puede marcar la diferencia entre si Ricardo logre la corona imperial o esta última quede para el rey de Castilla.

Sin decir nada, el espía del conde de Cornualles saca de la alforja que lleva pendida de la silla una pesada bolsa de oro que arroja a Beatriz. La Loba la atrapa al vuelo y, codiciosa, la abre y mira dentro: trescientas monedas de buen oro italiano la llenan por completo. Suficiente como para que ella pueda dejar Toledo y buscar casa en algún lugar donde nadie pueda encontrarla, e, incluso, para empezar allí una nueva y acomodada vida en donde la llamen «señora» en vez de «puta». Entonces quizá ha llegado el momento de esforzarse un poquito para ser buena y darle así el gusto a su santa madre, que Dios guarde en el cielo.

Cierra la bolsa, la ata al cinto y, sin despedirse —uno no se despide de un espía—, tira de las riendas y se aleja hacia una nueva y maravillosa vida. Al parecer, a veces las historias tienen final feliz hasta para las niñas malas. Aunque son finales breves. Silba una flecha al filo de la madrugada, golpea y atraviesa la espalda de Beatriz, quien, empujada con brutalidad, se va al suelo. Un instante después, se oye un segundo golpe y, a su lado, con la garganta atravesada de parte a parte por otra flecha, cae su protector.

Beatriz se muere, le duelen horriblemente la espalda y el costado, pues el proyectil, al impactar contra una vértebra, se desvió y le ha

reventado el hígado. Llora, gime, se arrastra, porque las piernas no le obedecen y quiere huir. ¿De qué? Del hombre que se le aproxima a caballo.

Cascos de caballo acompañan el alba y una mujer bella se muere entre pánico y dolores mientras busca, de forma inútil, un lugar donde esconderse.

El extranjero desmonta junto a ella y, sin prisas, desarma su largo arco inglés. De nuevo sin cuerda, es solo una larga y curvada vara aparentemente inofensiva que sujeta a la silla de montar antes de agacharse al lado de Beatriz. La sujeta por la espléndida cabellera rubia, le alza la cara y la besa en la boca.

—Siempre quise saber qué se sentía al besar a una puta tan cara como tú —le espeta, y ella, sorprendida pese al dolor y el pánico ante su inminente muerte, abre mucho los ojos antes de que se le queden yertos.

Su asesino no se inmuta. La suelta, le quita la bolsa de oro y se la guarda.

Luego, con cierto metódico fastidio, arrastra y entierra los cadáveres antes de regresar a Toledo para comenzar allí a tramar un plan que lleve a la ruina tanto al rey de Castilla como a don Nuño González de Lara.

4

Partieron muy temprano. El rey; su esposa, la reina Violante de Aragón, sus hijos, la corte toda; tres millares de caballeros, jinetes, peones y ballesteros; otros tantos de sirvientes, artesanos, mercaderes, vivanderos, adivinos, prostitutas y demás gentes de las que siguen a los reyes y a sus ejércitos. Y, junto a tan regia horda, las comitivas de muchos grandes señores de Castilla, entre ellas la del conde de Lara. En total, no menos de ocho mil personas dejaron Toledo camino de Sevilla.

En un gran carro entoldado tirado por cuatro magníficas mulas procedentes de los establos reales, va el maestro al-Ricutí sujeto con correas de cuero blando a una cómoda cama de campaña, acompañado por el médico del rey, Yehuda ben Moshe, por la dama Isabel y por la doncella de esta última, Sancha. Ni Tello, ni el rey, ni todas las razones que juntarse pudieran en Castilla han podido apartar a Isabel del maestro andalusí.

—Soy mujer libre. No tengo marido al que obedecer ni padre al que atender —dijo, testaruda, cuando Tello trató de convencerla.

—Soy tu hermano mayor —deslizó él sin mucha convicción.

—Pues prueba a no dejarme ir —lo desafió ella.

Pocos hombres habían seguido viviendo tras desafiar a Tello Bermúdez. Pero Isabel no era un hombre, y Tello, que nunca había podido negarle nada, aceptó lo inevitable. Además, al-Ricutí había recibido, por fin, una respuesta positiva a sus pesquisas sobre quién podría curar a Isabel de su extraño mal: Magistra Hersend, la

célebre médico y cirujana del rey de Francia, Luis IX, y de su esposa, Margarita, había respondido asegurando que podría tratarla siempre y cuando Isabel se desplazara hasta Acre, en el reino de Jerusalén, en donde, a la sazón y tras la cruzada de Luis IX en Egipto, residía. Aquello, que en el fondo no era para él sino la excusa perfecta para dar su brazo a torcer, permitió a Tello convencerse de que era necesario que todos partieran juntos de viaje hacia el fabuloso Oriente. De camino, Tello cabalga delante del carro, y tiene bastantes preocupaciones en la cabeza como para pensar en demasía en el extraño proceder de su hermana. Y es que en aquellas breves jornadas ha tenido que escoger a los cuarenta hombres que componen su tropa, aparejar dos carros, uno para el maestro al-Ricutí, para Yehuda y para las mujeres, otro para los víveres, y asegurarse de que el resto de los sabios, el viejo Juan de Aspa y el taciturno Pedro de Regio, van bien montados y obedecen sus órdenes de mantenerse a cubierto de la escolta que ha dispuesto.

Pese a que forman parte de la gran columna que avanza con lentitud por los caminos del reino de Toledo en dirección a la Transierra y la populosa Sevilla[1] , Tello, tras el ataque del ballestero, no se fía de nadie y, de continuo, recelosamente, observa a cuantos se les aproximan. Además, por si el temor a los asesinos no bastara, está la responsabilidad de la salvaguarda del códice. El rey se lo ha confiado, ya que en nadie más confía para su custodia durante el viaje. Tello lo lleva metido en un pequeño cofre de cedro y cuero, atado a la silla de montar, y lo desengancha para llevárselo consigo en cuanto desmonta de Granizo para así no separarse de él ni un instante. Y el libro, como dijera Isabel, debe de estar maldito, pues su gran caballo de batalla, el por lo general impasible Granizo,

corcoveó y relinchó cuando se vio obligado a cargar por primera vez con el viejo tomo.

Tras dos leguas de viaje, el noble bruto va más tranquilo, y Tello se permite una discreta sonrisa y serenarse un tanto, viendo cabalgar a su lado a su sobrino, Alvar. El muchacho luce las armas que Tello, con la plata que el rey le ha dado, le ha comprado en las mejores armerías de Toledo. Cabalga muy erguido, henchido de orgullo, y esa pose suya, tan de gallardo mozo, hace que Ramiro, el escudero de Tello, le guiñe un ojo a este último y le señale, sin que Alvar se percate, cómo el joven lleva mal ceñida la misericordia[2] que porta al lado contrario de la espada. Y su señor, recogiendo la cariñosa chanza de su escudero, baja la cabeza para ocultar una nueva y más amplia sonrisa.

Ramiro y Tello llevan diez años juntos y se conocen mejor de lo que logran hacerlo en toda su vida muchos hermanos. Las batallas y aventuras compartidas crean lazos más íntimos que los de sangre. Por eso, porque ha vivido tanto con Ramiro, Tello lleva en la cabeza, desde que gracias al rey cuenta con dinero suficiente para ello, armar caballero a su escudero cuando lleguen a Sevilla y dotarlo con armas y montura dignas de los diez años de abnegado servicio que Ramiro le ha entregado.

—Presiento que esta será la más peligrosa de todas nuestras cabalgadas —dice de repente Ramiro, aprovechando que Alvar ha dirigido a su caballo hacia el carro donde va su madre para tomar un odre de vino.

Tello asiente antes de hablar. Él también presiente que esta vez la muerte cabalgará más cerca de ellos que nunca antes.

—Presiento lo mismo que tú, Ramiro, y que mi hermana, Sancha y Alvar vengan con nosotros es lo que más me inquieta. Estoy seguro

de que el señor de la casa de Lara nos acecha y no creo que haya peor enemigo que él sobre la faz de Castilla.

Alvar regresa y lleva consigo el pellejo de vino que de inmediato tiende a su tío y a Ramiro. Los dos veteranos beben y bromean de nuevo con el muchacho que con este viaje se inicia en el mundo de las armas, y deja así de lado sus temores para que Alvar no se inquiete con ellos.

Por debajo de su aparente despreocupación, los dos veteranos vigilan con atención. Resulta que, durante toda la jornada en dirección al Meridión, sus experimentados ojos se cansan de mirar y remirar hasta la última aldea, casa aislada, viña, olivar, dehesa, peña o vaguada que se suceden a lo largo del camino que debe llevarlos, en dos jornadas, hasta Orgaz.

Al cabo, suena un bronco corno que da la orden del rey para acampar. Pese a que la larga columna no se ha dado descanso, los pesados carros la han retrasado mucho y la tarde, al caer, les señala que solo han logrado avanzar cuatro leguas y que al día siguiente tendrán que esforzarse aún más si pretenden hacer noche en Orgaz.

Inquieto por la perspectiva de que el viaje sea aún más largo y azaroso de lo que ya preveía, Tello galopa hacia una colina más alta que las demás y otea los horizontes. A sus pies, contempla la larga columna que conforma la gran comitiva regia, que justo empieza a detenerse: miles de hombres, caballos, mulas y bueyes, no menos de cien carros y una polvareda que se tiñe con cinco tonos de naranja mientras el sol huye de este mundo.

Sí, todo eso y mucho desorden, como no podía ser de otro modo. Por eso, aunque solo llevan una larga jornada de camino de las veinticuatro que tienen por delante hasta llegar a Sevilla, la ordenada columna que salió de Toledo por la mañana temprano es ahora una deshilachada e interminable hilera de gentes y bestias

agotadas, cada vez más desordenadas y dispersas. En efecto, aquí y allá, donde un carro se ha detenido para reparar una rueda, o donde una mula ha perdido una herradura, o donde un jinete con demasiado vino en la barriga se ha caído del caballo, se han formado grupos de rezagados. Mientras, allá a lo lejos, una legua por delante, en la cabeza de la columna, ya están plantando las espléndidas tiendas y los pabellones que albergarán al rey y a su corte.

Tello menea la cabeza y escupe al suelo. Sabe que en todo lo que ve en ese momento reside el riesgo que teme. Conforme pasen los días, la enorme comitiva se fragmentará más y más y los huecos que se formarán entonces entre los distintos grupos ya no serán de unos cientos de pasos, sino de leguas enteras, y eso dará oportunidad a los salteadores y quienes quieran tentar su suerte apoderándose de cuanto de valor lleven los viajeros. Así será. Y pensando en eso, Tello da una palmada sobre el pequeño cofre de cuero que lleva sujeto a la silla de montar y tanto recelo causó al principio a Granizo.

—No es un jodido libro lo que llevas encima, buen amigo —le dice al caballo—, sino una montaña de plata. Una tan grande que atraerá sobre nosotros una enorme bandada de asesinos.

Como si el cielo quisiera confirmárselo, al levantar los leonados ojos y mirar hacia el dilatado sur, Tello observa allí seis buitres que giran y giran, formando un inquietante círculo sobre la cabeza de alguna desdichada bestia agonizante sobre la que en breve, sin duda, caerán los carroñeros para desgarrarle las carnes con sus inmisericordes garras y crueles picos.

¡Peligro!, le vuelven a gritar todos sus sentidos y hasta el último poro de su piel. No sabe cuándo será o dónde, pero lo presiente, y eso de presentir, cuando te has pasado veinte años guerreando, es la manera más cierta de saber algo.

—Será en la garganta de los Carneros[3] —concluye dejando vía libre a su instinto. Su mirada, preocupada, se engancha a continuación en el pesado carro que, allá abajo, en el camino, rueda con lentitud y lleva en su interior a su hermana, a Sancha y al maestro al-Ricutí.

Daría cualquier cosa por no tener que avanzar lastrado por los carros... Pero las cosas son como son y el maestro moro no puede todavía ni cabalgar ni andar. Así que se tendrán que meter con los carros en la garganta de los Carneros y eso los volverá extremadamente vulnerables.

—En diez días estaremos en esa endiablada garganta, y entonces sabremos si tengo razón o si solo veo fantasmas por todas partes. ¿Tú qué opinas? —pregunta en tono ligero al caballo tratando de aliviar un poco la sensación de peligro y desastre que lo embarga. Granizo, que percibe la inquietud de su dueño, patea el suelo, y Tello, sin darse cuenta de lo que hace, aferra con fuerza la empuñadura de la espada.

—Mil monedas de oro ahora y otras mil cuando tengamos sus cabezas. Eso es más de lo que todos juntos ganaríais como bandidos en todo lo que os queda de vida. ¡Dos mil piezas de buen oro por una sola jornada de matanza! Y además os podréis quedar con los caballos, con las mulas y con todo lo que lleven encima o en los carros. ¡Con todo! Siempre y cuando no dejéis supervivientes.

Yáñez lo ha soltado sin bajarse del caballo. Le gusta montar, pues sobre el lomo de una buena yegua se le olvida que tiene que arrastrar el pie izquierdo. Ante él hay seis hombres. Bueno, también podrían ser seis bestias feroces. Y es que los enmarañados y largos cabellos, las luengas barbas y los ojos encendidos de brutalidad y codicia que lucen les dan el aspecto de una manada de lobos

famélicos desesperados por salir de un largo invierno. Una manada brutal y peligrosa que va a entrar a su servicio.

—¡Pero que quede claro: nosotros estaremos al mando! —agrega a modo de conclusión que pretende no dejar duda alguna en la mente retorcida de los desalmados que está contratando.

A su lado, el ballestero se remueve sobre su caballo negro. El genovés sabe mucho de mercenarios y bandidos, ya que esos han sido siempre sus oficios y, por eso, no desconoce que se están jugando la vida; un solo error y los salteadores que pretenden enrolar se convertirán en sus asesinos. Están en mitad de la nada. En el interior de una densa espesura situada a veinte leguas[4] por delante de la comitiva regia. Salieron a uña de caballo de Toledo y, tras tres jornadas sin descanso, contactaron con estos lobos sarnosos que ahora los rodean y que capitanean las bandas de forajidos más arrojadas de cuantas vagan por las soledades de los reinos de Alfonso X. Asaltan viajeros descuidados y acechan las haciendas y aldeas más aisladas de las regiones fronterizas que se dilatan entre Sierra Morena y las montañosas lindes del reino moro de Granada. Se trata de gentes sin señor ni Dios, que forman una mezcolanza violenta de moros y cristianos, de castellanos y aragoneses, de andalusíes, bereberes y hasta de algún que otro turco mameluco llegado a Espanna como mercenario del desaparecido califa de los almohades. De hecho, solo una cosa los suma: que son gente desesperada y, a cambio de oro o de buena plata, roban o matan sin hacer preguntas.

—¿Cuántos hombres podéis reunir cada uno de vosotros?

Quien ahora pregunta es el ballestero. El genovés aún luce moratones en la cara y Yáñez sabe que se la tiene jurada y tiene que vigilar bien su espalda. Pero también sabe que, hasta que cumplan

con la orden dada por el señor de la casa de Lara, el italiano no intentará ninguna sucia jugada.

Ante la pregunta del ballestero, los seis jefes de salteadores hacen sus cálculos y luego, desconfiados, se miran de reojo. Pueden reunirse para dar un golpe, pero también son rivales, y desvelar a los otros sus verdaderas fuerzas puede ponerlos en riesgo al día siguiente de esta empresa, cuando, con las bolsas rebosantes de monedas, dejen de mirarse entre sí como aliados y vuelvan a ver a los otros como potenciales presas.

—Treinta —dice al fin uno de ellos. Un rufián gordo, bajo y de cara picada por la viruela que nació en Orgaz, aunque allí nadie lo recuerda.

—Veintitrés. —confiesa otro. Un moro bizco al que le faltan la mitad de los dientes.

—Dieciocho —agrega un aragonés de enredada y sucia barba negra al que le faltan dos dedos de la mano derecha.

—Cuarenta —dice el cuarto de los lobos. Otro moro que, por su rostro de pómulos altos, su rala barba y sus ojos rasgados, debe de ser uno de esos mercenarios turcos que los almohades trajeron, veinte y más años atrás, desde Oriente a Espanna para que luchasen por ellos.

—Veinticinco —suelta a continuación el quinto de los jefes de bandoleros, un castellano delgado como una vara y con ojos tan crueles como los de un águila.

—Treinta y dos —completa el más corpulento de los seis, quien, por su acento, debió de nacer en el señorío de Vizcaya.

Ciento sesenta y ocho, suma Yáñez, y por el rabillo del ojo ve cómo el ballestero aún se está peleando con los números. ¡El muy bestia apenas sabe contar! Pero él, Yáñez, creció como criado en la casa del conde de Lara y un poco de números y letras sí que

aprendió. Por eso, con rapidez, suma los ciento sesenta y ocho bandidos a los hombres que han traído con ellos y el resultado le gusta: doscientos ocho demonios que deberían bastar y sobrar para tender una buena emboscada, cobrarse la cabeza de Tello Bermúdez y, de paso, llevarse con ella el jodido libro. En ese momento, en el silencio del bosque, se oye el chasquido de una rama vieja partida por el viento, y el caballo del jefe bandido que tiene toda la pinta de ser un antiguo mameluco, desertor de los desaparecidos ejércitos del califa almohade, corcovea inquieto. El ballestero desiste de conseguir sumar las cifras que los salteadores les han dado, se tensa y lleva una mano hacia la espada, mientras de reojo mira a su ballesta para preguntarse cuánto tardaría en montarla y dispararla.

Pero no hay nada que temer. Yáñez lo sabe porque ha visto mucha hambre en los ojos del turco mameluco, y los hombres con el estómago vacío, cuando les ofreces oro, no piensan sino en extender la mano. Oro, plata, caballos, armas, tierras, mujeres... Esas son las cosas que importan a hombres como estos..., y también a ellos, al ballestero y a él mismo —reflexiona Yáñez—. No acaba de comprender por qué el señor estará tan obsesionado entonces con ese manojo de pergaminos apolillados, pero, bueno, ahora no dispone de tiempo para pensar en eso, pues tiene que «dar de comer a los lobos». Así que hace una seña y uno de sus hombres se acerca tirando de una mula. Sin bajarse del caballo, Yáñez rebusca en las alforjas que lleva la bestia y arroja a los seis jefes de salteadores bolsas repletas de tintineantes monedas de oro.

Una hora más tarde, doscientos ocho demonios cabalgan detrás de Yáñez y el ballestero en dirección suroeste. Hacia el lugar más propicio para llevar a cabo una discreta matanza: la garganta de los Carneros.

5

Y los días se suceden. Lentamente, a razón de unas tres o cuatro leguas por jornada, la enorme comitiva real de Alfonso X atraviesa los campos del reino de Toledo, aproximándose a Sierra Morena. Cada tarde, cuando se acampa o cuando se entra en una villa, el rey manda hacer ondear el pendón real, y las gentes, curiosas de novedades, acuden de toda la comarca a ver a un monarca del que recelan y al que, cada día que pasa, detestan más y más.

Alfonso exige de continuo más y más dinero. A los impuestos inclementes se agrega que, escaso de oro y de plata, el rey, dos años atrás, mandara acuñar moneda de mala ley, y eso, claro está, ha hecho subir los precios y los ha empobrecido a todos. Súmese a lo anterior que el rey ha ofendido sin razón a su esposa, la reina Violante; a su propio hermano, Enrique, al que el pueblo adora, y a la viuda de su padre, doña Juana Danmartín, tan querida por las gentes sencillas, y se entenderá por qué en Castilla el pueblo ha pasado de aclamarlo con entusiasmo a recibirlo con frialdad.

Pero lo que más duele al pueblo es el asunto de la moneda, pues las viejas, de buen oro y buena plata, ya no salen de las cecas de Castilla, sino que han sido sustituidas por otras de baja ley con las que el soberano paga a jueces, oficiales, soldados y demás servidores de la corona, y se reservan para sus sueños imperiales las buenas. De modo que del reino salen riquezas sin cuento hacia Alemania, mientras los labradores, pastores, artesanos, hidalgos y caballeros pasan penurias sin cuento. A su vez, en cada villa,

prudente y discreto, don Nuño González de Lara toma nota del descontento de las gentes de Castilla con su soberano y, en el secreto de su corazón, se siente satisfecho, ya que la tela de araña en la que quiere atrapar a Alfonso necesita de los hilos del descontento hacia el monarca. Cuando esté tejida, cuando cuente con dinero para terminar de sujetarla en torno al rey, obligará a este a someterse a su voluntad y se presentará ante todos como el salvador de Castilla. El hombre bueno y diligente que pone coto a los desmanes de un soberano que, incapaz de reinar con acierto, será mejor que se dedique a sus libros y deje las cosas del gobierno en manos del conde de Lara en favor del bienestar del pueblo. Aunque ese pueblo no puede saberlo, Alfonso cree estar ya rozando con los dedos, por así decir, la solución a sus problemas: una montaña de plata lo aguarda oculta entre las páginas de un viejo libro. Justo esa plata con la que comprar su ansiada corona imperial y volver a acuñar moneda de buena ley que embride los precios en Castilla y devuelva a todos la prosperidad.

Mas nada de eso se sabe, ya que el rey ya no confía en nadie: ni en su propia sangre, ni en sus amigos más próximos, sino tan solo en cuatro sabios a los que admira y en un caballero que nunca le ha fallado. Ahora, cuando la noche es más recia, en soledad, en el interior de su espléndida tienda, plantada a tres jornadas de Almadén, Alfonso, décimo de su nombre, aguarda a los cinco hombres en los que deposita sus esperanzas de recuperar fama y fortuna. Y no se engaña: aunque en toda la cristiandad se le llama «sabio» y se ensalza su docto dominio de las letras y la astrología, en su propio reino la discordia es dueña y señora. De hecho, incluso su hermano Enrique está ahora mismo en Inglaterra urdiendo contra él conjuras con sus peores enemigos. Del mismo modo, sus espías, ese mismo día, acaban de informarle de que Enrique se dispone a

abandonar Inglaterra para ir a Aragón a pactar con Jaime el Conquistador una alianza que le permita destronarlo. Y no solo debe protegerse de Enrique, del que se dice que anda en tratos carnales con Juana de Danmartín, la viuda de su difunto padre, sino que también debe recelar de su otro hermano, Fadrique, de los grandes nobles y, muy particularmente, de Nuño González de Lara, y esto último le duele en especial, puesto que en los demás nunca confió de verdad y, si es sincero consigo mismo, todos ellos tienen motivos sobrados para odiarlo, ya que con todos fue injusto en extremo. Pero Nuño... a Nuño siempre lo ha querido como a su más fiel amigo y de él jamás esperó otra cosa que la que uno aguarda de aquel en quien más confía.

Ahora está solo; ya se sabe, un rey, antes o después, se queda solo. A solas con el poder. Pero cuando no hay más compañero, más amante que ese, la amargura te llena el alma y solo la ambición te permite seguir adelante. Por eso espera a cuatro sabios y a un caballero en mitad de la noche oscura para hablar de los misterios del libro secreto de Aristóteles y de los planes para desvelarlos y apoderarse así de una montaña de plata con la que enderezarlo todo.

Los guardias del rey dan el alto y, al escucharlos, Alfonso, sumido en sus amargas reflexiones, las aparta y se permite una sonrisa cansada: ya llegan Tello y los sabios. Debe olvidarlo todo y concentrarse en el libro... Una noche más, un rey ambicioso al que todos llaman «sabio» pone sus esperanzas en las páginas manchadas de sangre de un códice maldito por la soberbia y la codicia.

Al día siguiente, al caer la tarde, la octava desde que salieran de Toledo, al-Ricutí se siente lo suficientemente fuerte como para bajar

por su propio pie del carro cuando este se aparta un tanto del camino para que todos puedan refrescarse junto a un pequeño curso de aguas cristalinas. Es un dulce ocaso el que los espera. La luz, esa luz tan cierta que despierta los perfiles y alarga los horizontes, parece invitarlos a dar un corto paseo junto a las aguas vivas que corren entre álamos y sauces. Aprovechando que las cabalgaduras y bestias de tiro aún abrevan, y que Tello y los demás se afanan con ellas, Isabel, escoltada por Sancha, con una sonrisa tiende la mano al maestro moro y juntos dan los primeros vacilantes pasos tras tantos días de guardar cama. A al-Ricutí aún le duelen mucho las piernas, pero estar así, tomado de la mano de Isabel, paseando a la vera de los susurrantes chopos, le parece un sueño.

—Pronto acudirán las estrellas —comenta ella deteniéndose junto al pálido tronco de una mimbre y virando hacia el levante, que ya se baña en sombras.

—La mayoría de los sabios, Isabel, creen que esas luminarias están fijas en su lejana esfera, pero yo creo que se mueven y que Ptolomeo yerra en su idea del universo. He observado, con mis ojos y con lo que anotaron los antiguos, que las estrellas nacen y mueren, y que, con el paso de los milenios, hasta mudan un poco de lugar en los cielos.

Ella sonríe, le gusta que él se atreva a confesarle sus teorías más disparatadas, esas que nadie más conocerá. Isabel va vestida de azul y dorado, y su rostro, pálido y un tanto demacrado por la enfermedad, parece recoger vida y brío del sol que agoniza.

—¿Seguís haciendo cálculos sobre lo que en realidad quiso decir Aristóteles al anotar en el códice la configuración de planetas y constelaciones? —pregunta, pues al-Ricutí ha compartido con ella (otro secreto que compartir junto con el de su amor) lo que el rey, los demás sabios y Tello le han ido revelando.

—Sí, y creo haber dado con la respuesta. Pero necesitaré vuestra ayuda para confirmarlo.

—¿Mi ayuda? —pregunta, fingiendo que se extraña.

—Sois mejor que yo con los números —le concede, y es cierto: al-Ricutí nunca ha conocido a nadie que sea tan hábil con las cifras como ella.

Echando una rápida mirada de complicidad a Sancha, Isabel asiente, y él, rozando el paraíso, la besa hasta que las primeras estrellas los arropan con la noche.

Al día siguiente retoman el viaje por la dilatada llanura. Conforme se aproximan a Sierra Morena, la tierra se muestra cada vez más despoblada. Enormes dehesas se suceden ante sus ojos y, de tanto en tanto, rebaños de ovejas y vacas entorpecen su marcha. Al pasar junto a uno de esos enormes rebaños de ovejas, uno de los pastores, fingiendo sujetar a un mastín, intercambia una significativa mirada con el conde de Lara, que así, de forma tan discreta, se entera de que sus asesinos aguardan en la garganta de los Carneros a caer sobre Tello Bermúdez para arrebatarle la vida y el libro. Feliz por lo que anticipa, el señor de la casa de Lara compra cincuenta corderos a los pastores para ofrecer al rey y a su corte un banquete.

—Así, Alfonso, sin saber lo que haces, brindarás por el fracaso de tus planes —murmura don Nuño para sí con regocijo mientras paga a los pastores y manda a sus servidores que vayan por delante con los corderos para ir preparando el festín con el que agasajará al rey.

El viaje sigue como si no tuviera fin, y en la novena jornada, lentamente, la tierra comienza a elevarse de nuevo y se vuelve más bravía si cabe. Para ese entonces, ya no forman una sola columna, sino varias que marchan con hasta una jornada de diferencia entre ellas. Incluso ha habido quien, enfermo o agotado más allá de sus

fuerzas, ha desistido de seguir a la corte y regresa a su casa. Ese mismo día, pasado el mediodía, avistan los rojizos montes de Almadén y hasta ellos llega también el insano metálico olor de las emanaciones y humaredas que brotan de las minas.

Pues allí, no lejos de la población, en el costado de un cerro colorado coronado por un castillo, están las minas de rojo cinabrio que desde los tiempos de los romanos han hecho famosa y rica a Almadén. Y desgraciados a los cautivos, penados y hombres desesperados que trabajan en ellas a cambio de un magro jornal. Y es que el polvo de cinabrio y sus tóxicas emanaciones terminan por matar o por volver loco a quien pasa demasiado tiempo en aquel laberinto maldito de profundos pozos excavados en la roca, rojas galerías que se adentran en las entrañas de la tierra e inmensos socavones donde se pica sin descanso en busca del codiciado cinabrio. Almadén, olor a metal maldito, a roca saqueada, a sudor de hombres agotados; y clamor de demonios engarzados en repiqueteo de picos y palas, de poleas chirriantes y crujido de serones de esparto acarreados por seres desfondados con los rostros teñidos con un polvo colorado que, brillante, los va envenenando. Al pasar junto a una hilera de cautivos que regresan de su trabajo en los pozos y galerías, Isabel, sentada en el pescante del carro junto a Sancha y el viejo Yehuda, advierte cómo más de uno de aquellos desgraciados tiene las manos incontroladamente temblorosas y la mirada perdida, señales inequívocas del envenenamiento por mercurio.

—No tardarán mucho en morir —le señala con pesar el venerable Yehuda.

Isabel asiente y se persigna, pues son muchos los desdichados que muestran esos macabros síntomas.

—La codicia de los hombres es fuente infinita de crueldad —explica Yehuda—. Sin azogue, sin cinabrio, no se podría laborar en las minas de plata y de oro, ni tampoco se podrían fabricar fármacos preciosos, ni tintas costosísimas, ni un sinfín más de mercancías valiosas. A cambio, cada año, cientos de hombres se dejan aquí la salud, la cordura y la vida.

Esa noche, los fuegos de campamento, encendidos no lejos de los afloramientos del bermejo cinabrio, arrancan chispas y destellos de las vetas de mineral, y entre esas luces fantasmagóricas, Isabel y al-Ricutí hacen fluir sus miradas como mercurio líquido, amalgamándose con deseo. Así, dos que se aman en secreto se buscan, aunque sea en mitad del más rojo infierno. Al día siguiente, bajan al valle del Valdeazogue. El río, rumoroso y claro, corre entre encinares y alcornocales y, de tanto en tanto, como si tuviera líquida memoria de una sangrienta batalla, arrastra consigo solitarias y rojas partículas de cinabrio. Son aquellos campos la soledad infinita, y parece que ellos, los integrantes de la cada vez más deshilachada columna, son ya los únicos seres humanos sobre la faz de la tierra. Al caer la tarde, justo antes de que el sol arda en el oeste, ven pasar un inmenso rebaño de ovejas conducidas por una docena de pastores que tienen como empeño llevar a sus cinco mil cabezas de ganado desde los pastos de Burgos hasta los del sur de Extremadura[1] . Es, en verdad, una tierra salvaje y hermosa. Aquí y allá, al pie de las arboladas colinas, se ven manadas de ciervos y gamos pastando, y a lo lejos, saliendo de una vaguada densamente cubierta de jaras, una jabalina atraviesa la dehesa seguida por sus jabatos. De súbito, cruza una manada de rápidos encebros las arboladas pasturas como un centelleo dorado coronado por crines negras. Roban el aliento de Isabel y Sancha, que nunca antes habían visto a los magníficos caballos salvajes de Espanna. Cuando se

aproxima la noche, acampan a la vera de las orillas del Guadalmez, cuyo curso alimentan las aguas del Valdeazogues. Se hallan a una sola legua de la garganta de los Carneros, la cual tendrán que cruzar al día siguiente.

Tello deja a los demás montando el campamento, y galopa hasta la boca del desfiladero para, con la última luz, otear las soledades en donde presiente que lo aguardan la maldad y el acero. Cinco horas más tarde, en el secreto de la madrugada, de pie ante la puerta de su tienda de rojo fieltro y seda, don Nuño González de Lara ve en la lejanía una luz que se alza a los cielos desde el seno de la profunda garganta de los Carneros. El diminuto meteoro es en verdad una flecha con la punta envuelta en fuego, y el señor de la casa de Lara sonríe al verla, pues sabe que la ha disparado el ballestero conforme a la señal convenida.

—Mañana me cobraré venganza, Tello Bermúdez; será tu último día y el primero de mi camino hacia la regencia de Castilla —se oye decir a sí mismo en el sombrío silencio de su mente, y esa noche, don Nuño duerme feliz y tranquilo como un niño.

Mientras le desean la muerte, Tello, junto a su hoguera, taciturno, afila la espada. A su lado, como siempre, Ramiro también se afana en bruñir sus armas y Alvar se entretiene arreglando una hebilla suelta de su cota de malla. A continuación del danzante círculo de la candela, al-Ricutí debate con Yehuda, Juan de Aspa y Pedro de Regio sobre qué nombres tenían las distintas constelaciones en tiempos de Aristóteles, y lo hacen bajo la atenta mirada de Isabel, que se bebe todo ese conocimiento como si fuera preciada ambrosía. Y justo enfrente de Tello, al otro lado del fuego, Sancha solo tiene ojos para él.

Junto a la hoguera, la muchacha sueña. Sueña con que Tello algún día deje de verla como a una niña, como a una sirvienta, y la

mire como ella se siente, como una mujer que desea y que suspira por un hombre.

Crepita un tronco y desde su candente interior saltan chispas. Tello alza los ojos y se topa con los de Sancha. La muchacha es de una belleza casi salvaje: morena como las montañas que se alzan ante ellos, de ojos intensos como noche de invierno y boca que dibuja sueños. Ahora, con las llamas danzando entre ellos, Tello, por primera vez en su vida, se percata de todo eso y un calambre extraño lo sacude por dentro y lo hace sentir sucio y culpable. Es solo un instante, pero lo hiere en profundidad, pues Juana sigue ahí, en su corazón, clavada como un puñal. Así que aparta sus ojos del hermoso rostro de Sancha y se concentra en dar filo a su espada.

6

Esa mañana, al amanecer, la comitiva regia dejó atrás los campos del Guadalmez y se internó en la garganta de los Carneros. Tello y los suyos aguardaron con paciencia su turno, pues el rey, la corte y los grandes nobles debían pasar primero. El lugar era tan bronco y estrecho que tardarían horas y horas en cruzarlo, por tanto, era imposible pasar todos juntos. No quedaba otra opción que esperar a que el zigzagueante y estrecho camino quedara de nuevo libre y expedito.

Asfixiada entre peñas oscuras va la senda. A sus lados, agobiándola, se tienden las ramas de las encinas, de los madroños, lentiscos y quejigos, y las jaras, cargadas de pegajosa resina. Estorban el paso de las ruedas de los carros, que apenas tienen espacio para pasar por un camino pegado a un barranco en cuyo fondo rumorea un riachuelo entre chopos y helechos, y gira y gira sobre sí mismo, mientras rocas descomunales y pétreas paredes recogen ecos que atemorizan a los viajeros que se internan en la garganta de los Carneros. En el interior del desfiladero, cabalga tras el rey don Nuño González de Lara. Escudriña con atención los cerros buscando dónde se ocultan los hombres a los que ha pagado para que, cuando les toque pasar a Tello Bermúdez y los suyos, caigan sobre ellos como lobos hambrientos. Mas nada ve y sonríe, sus asesinos están bien escondidos y su habilidad para no ser vistos es aviso de que son gente que sabe matar. Y eso a él, que siempre le ha gustado gastar con tino el dinero, lo satisface sobremanera.

Avanza el día. La cabeza de la columna regia tarda mucho en pasar y no es sino hasta la primera hora de la tarde que el sendero que cruza la garganta de los Carneros queda despejado para que el siguiente grupo, el de Tello Bermúdez, afronte el paso. Tello, que ha ordenado a sus hombres que se revistan con las cotas de malla y lleven dispuestas las armas, da entonces la orden de internarse en el paso por la estrecha senda deshecha debido al transitar de tantas carretas y caballerías. En realidad, casi no hay suelo firme y espacio para que pasen sus dos carros.

Tienen por delante una legua de mal camino y tan ceñido por los montes y la espesura que, si a una de las carretas se le parte un eje o se le rompe una rueda durante el trayecto, sacarla de allí será imposible.

Al fondo, en el lecho del barranco, sin que las jaras espesas permitan verla, suena la corriente de agua que cava con paciencia su cauce. Arriba, por encima de ellos, arañando los cielos, peñas oscuras y una umbría de encinas que oculta hondonadas y trepa rompiendo en mil fragmentos de oro y verde la luz plena de la tarde. Huele a resina de jara, a savia de brezo, a esencia de romero y a piedra arropada por húmedo musgo, y el aire que respiran, de tan calmo, parece detenido, inmóvil como tiempo desechado. Siguen avanzando. Paso tras paso por el estrecho sendero, revuelta tras revuelta, bajo las peñas morenas y las redondeadas copas de las encinas, y de repente, a un lado del camino, empujado para dejar paso, yace el cuerpo de un mulo que se rompió una pata, sacrificado por los que ya han pasado.

—¡Cuidado con los carros! —advierte Tello, pues en la siguiente curva el sendero se estrecha aún más si cabe y la vegetación se agolpa de tal manera que parece que se internan en un túnel vivo hecho de quejigos, terebintos, brezos y jaras.

Es un lugar inquietante aquel desfiladero, y allí, cada pisada de caballo, cada giro de rueda de carreta, cada palabra y hasta la respiración de los hombres, se transforma de inmediato en eco. Y este crece y se multiplica, y rebota mil veces contra las grandes rocas y se dispersa de tal forma que uno no puede saber si fue quien emitió el sonido o si procede de cien lugares distintos. Tello se está poniendo nervioso. Es un lugar perfecto para tender una emboscada, demasiado... Y aunque no puede verlo, pues el sendero apenas permite que vayan en fila, sabe que Ramiro, detrás, cabalga igual de alerta e inquieto.

A tres pasos van Ramiro y Alvar, y tras ellos, a otros diez, camina Isabel delante del primer carro. A su lado lo hace Sancha y, por detrás de ellas, con dificultad por sus muchos años y por el mal estado del camino, van los tres sabios. Al-Ricutí está en el pescante del carro, sentado junto al conductor. Sus piernas, aún resentidas, no le permiten andar por tan malos parajes.

Grazna una corneja. Isabel mira a un lado y otro. Algo la inquieta. Algo que le dice que será el último de los días de su vida. En algún lugar de la floresta, se parte una rama de encina y toda una bandada de cuervos echa a volar graznando sobre ellos y en lo que puede verse de cielo. Chillan las águilas que han colgado sus nidos de los riscos más altos y todo, de súbito, en aquella tarde, deja de oler a jara y hiede a muerte.

La Parca, en verdad, está muy cerca: agazapada en una hondonada, oculta entre las encinas, escondida tras las rocas, tendida sobre las cimas de las peñas... La muerte son doscientos ocho asesinos comandados por dos hombres despiadados: Yáñez y el ballestero, quienes, desde su oculta guarida, aguardan su momento. Se aproxima, y ahora, Tello y los suyos, dos carros, cuarenta hombres armados, dos mujeres y cuatro sabios afrontan el

lugar más estrecho de la garganta de los Carneros: allí donde una cerrada curva de la senda los obligará a estirar al máximo su línea de avance y a que, cuando la cabeza de la pequeña columna pase dejando atrás la cola, ambas estarán encajonadas entre la pared de roca, la enmarañada espesura y el abismo del barranco. Ahí es cuando el ballestero apresta su ballesta: echa al suelo la arbalestrilla y la aferra con fuerza a la par que clava su pie derecho en el estribo, el arco metálico situado en la punta de la ballesta, diseñado para meter el pie y tensar la cuerda del arco. Esta última es llevada hasta la nuez, en donde la deja encordada, lista para propulsar con fuerza brutal el virote, que, con sumo cuidado, coloca en la reguera de la arbalestrilla, antes de echarse al hombro la pesada arma para apuntarla.

Apunta a Tello, que acaba de asomar por la cerrada curva, detiene su caballo, mira inquieto a un lado y otro sin ver nada; y Granizo, cuyos agudos instintos de bestia lo ponen también en alerta, dilata los hollares, echa hacia atrás las orejas y golpea con los cascos la tierra levantando ecos que hacen resonar la espesura y los farallones de roca oscura. Lo tiene, pues el dedo del ballestero está en el gatillo y Tello está muerto.

Para que se cumpla su destino, el ballestero aprieta el gatillo, liberando el pasador para que la nuez suelte la cuerda y esta propulse el virote de pesada y puntiaguda cabeza de hierro. Ya vuela la saeta hacia el caballero, que, sin saberlo, tiene en los pulmones su último aliento. Virote que vuela y hombre que muere, pero no es Tello. Ramiro, que había pasado tras su señor, ha perdido el control de su caballo asustado por el corcoveo de Granizo. Aquel ha dado dos pasos adelante y situado a su jinete entre el caballero y la mortífera saeta. Le da de lleno en el pecho, rompe los anillos de la

cota de malla y el cuero del gambesón para ir a clavárselo muy adentro, quebrando músculo, hueso y entrañas al escudero.

Cae Ramiro de su caballo con golpe seco y convoca a la locura. A una señal de Yáñez, un salteador corta una gruesa cuerda que sujetaba una recia encina a medio talar y, al terminar de quebrarse su tronco, cae sobre la senda cortando el camino tras Tello y los suyos. Y entonces, desde todos los lados, sobre los viajeros llueven venablos, saetas y hombres rugiendo como bestias y cuyos alaridos, multiplicándose hasta el infinito en ecos que repiten las piedras, desconciertan y aterrorizan a sus víctimas. Pero no a Tello. Tello ha visto caer a Ramiro, a su escudero, a su amigo, y la cólera, esa que lo posee en cada combate, le hace hervir la sangre. Y con esa fuerza que solo te puede dar la rabia, desenvaina la espada y de un tajo desolador cercena limpiamente la cabeza de su primer atacante. Vuela la cabeza un instante macabro en que parece suspendida en el aire: ojos desorbitados, desgreñados cabellos y barba conjuntados con una expresión de patético asombro. Y cuando la cabeza cae, Tello ya está matando a su segundo enemigo y Granizo relincha con fuerza atronadora, y embiste a un tercero pisoteándolo con equina saña, hasta transformarlo en algo informe y ensangrentado.

Todo lo anterior da espacio y tiempo a Alvar. El muchacho, que seguía a Ramiro, está asustado, algo lógico teniendo en cuenta que con solo catorce años ha visto matar delante de él a quien tenía por protector, maestro y hermano mayor. Sin embargo, en el combate el miedo no es lo que importa, sino si se sabe o no sujetar, y Alvar, aunque no sea consciente de ello, lo hace con tino. Y su espada, tan joven como su dueño, pues para él ha sido forjada, cae como guadaña en campo maduro de trigo, cortando aquí una mano, destrozando allí una boca abierta en un grito salvaje, allá partiendo el cuello de un moro bandolero y acá sacando chispas del arma de

un gigante rubio que está empeñado en clavarle su bracamarte[1] . Que se empeñe, tanto da, puesto que Tello acude en auxilio de su sobrino, y su furia es muerte forjada en acero de Toledo, y mientras mata, ruge como un león. Brama y maldice, pues le han matado a su más querido amigo. Detrás, su sobrino lucha por seguir vivo, y un poco más allá, su hermana Isabel, con el rostro empavorecido, los mira asustada.

—¡Matad, matad, matad! —chilla Yáñez mientras arrastra ladera abajo su pie deforme para echarse sobre Tello desde una roca que se asoma al sendero.

Entonces salta desde la gran piedra y vuela como lo haría un buitre deforme e impacta con tal fuerza sobre Tello que lo descabalga y los dos ruedan, aplastando jara y brezo, pendiente abajo hacia el barranco. Mientras se voltean, se dan puñetazos, se muerden, se endosan cuchilladas que tratan de atravesar las apretadas anillas de hierro de las cotas de malla, atacándose con frenesí y con toda la brutalidad que encuentran en sus entrañas, cayendo al agua del somero arroyo que los envuelve con su frío y de la que se alzan chorreando y buscándose con los aceros.

—¡Hijo de puta! —grita Yáñez.

Pero Tello ni le contesta. Él habla con la espada, y esta, haciendo silbar el aire quieto del desfiladero, destroza el hombro de su enemigo y, de inmediato, en un centelleo que Yáñez no advierte, se alza de nuevo la larga espada del caballero para destrozarle la boca al lisiado cuando este chillaba de dolor y miedo. Tello recupera su hoja y, sin detenerse un momento, trepa por la pendiente del barranco para volver al sendero. Allí encuentra un torbellino de hombres que se matan con saña y, entre ellos, ve a Alvar que, interponiendo su caballo, trata de proteger a su madre y a Sancha. Pero es imposible salvarlas: son demasiados los que atacan y uno de

ellos burla la guarda de Alvar, tiene ya a Sancha cogida por los negros cabellos y se dispone a degollarla.

Lo habría hecho si Isabel no se le hubiera echado encima para sacarle los ojos con las uñas. Inútil, el bruto se la quita de encima dándole tal golpe en la sien con el pomo de su bracamarte que Isabel cae fulminada. El implacable asesino aferra de nuevo a una Sancha que, en vez de huir, trata de ayudar a su señora, quien, ahora sí, siente el filo del acero en la garganta. Así muere. El asesino que iba a degollarla muere. No porque lo alcance Tello, que aún sigue tratando de salir del barranco, sino porque el viejo Juan de Aspa, pese a su hábito de monje y a sus muchos años, le ha metido en la cara el palmo de hierro de la moharra de una azcona que ha recogido del suelo.

—¡A mí, hombres del rey, a mí y por Santiago! —grita ahora Tello, que ya está de nuevo en el camino matando sin freno, tratando de reunir en torno a él a su mesnada.

Aunque son pocos, los manda el mejor caballero de Castilla y, ante ellos, aunque son muchos, solo tienen a rufianes y bandidos que hace años que olvidaron lo que era enfrentarse en batalla a hombres bien adiestrados que tienen por oficio la matanza y, por solaz, el júbilo del combate. Se batalla en una senda coronada de águilas. Espadas, azconas y hachas siembran el serpenteante sendero de sangre y cadáveres, y los ecos de los gritos de batalla aturden a los hombres, que luchan como demonios entre peñas negras mientras los sobrevuelan los buitres que, pacientes, aguardan saciarse con su carne.

Entonces, Tello, fuera de sí, enajenado porque ha visto caer a su hermana, es espuma de cólera en los labios, hierro afilado blandido a dos manos y ojos de fuego que, desde las profundidades de un yelmo con cimera de rugiente oso, fulminan a quien se le opone.

Pese a su destreza y su furia, pese a que sus hombres luchan con desesperada valentía, el camino es estrecho, y los enemigos, muchos. Así que los de Tello han sido desbordados, rodeados y diezmados. Mientras tanto, en el carro, al-Ricutí defiende el libro. Sus piernas no le han permitido echar a correr para tratar de ayudar en el sendero, pero sus manos han tenido suficiente fuerza como para empuñar la lanza que se le cayó al conductor del carro cuando un virote le atravesó el pecho. Ahora, por primera vez en su vida, empuña un arma y, por primera vez también, mata a un hombre. Pero no es un hombre quien a continuación lo enfrenta, sino un diablo de ojos fríos que, apuntándolo con la ballesta, ha sellado su destino.

Lejos, una legua por delante, hasta la salida del desfiladero llegan los apagados ecos de la batalla que se ha desencadenado en el corazón de la garganta de los Carneros. El rey, inquieto, manda tocar el corno y enviar un centenar de caballeros y otros tantos peones en socorro de los que han sido atacados, y a su vera, impasible, don Nuño de Lara reza para que el ballestero y Yáñez hayan tenido tiempo de matar a Tello Bermúdez y apoderarse del libro.

El virote alcanza a al-Ricutí en el hombro y lo derriba en el interior del carro. Allí, su sangre salpica el cofre donde se guarda el códice, pues Tello, inquieto, se lo había confiado previamente a su entrada en el desfiladero. Antes de que el maestro moro pueda incorporarse siquiera, el ballestero, cuchillo en mano, ya está sobre él, y la hoja afilada golpea sin misericordia. Sin embargo, antes lo hace el palo que Pedro de Regio descarga en la cabeza del genovés.

—¡Maldita sea tu sangre! —exclama el ballestero revolviéndose y matando de una seca puñalada al viejo sabio calabrés, quien cae fulminado—. ¡Y ahora morirás tú! —brama el asesino arrancando el arma y girándose de nuevo hacia el moro murciano.

Pero al-Ricutí se ha arrastrado a toda prisa hacia el fondo del carro llevándose consigo el cofre, en un desesperado intento de escapar por la trasera del carromato. Mas no irá a ninguna parte: el ballestero, estirándose, lo ha aferrado por el talón y se lo retuerce para inmovilizarlo y matarlo a cuchilladas.

No obstante, la desesperación le da alas al moro y, de paso, lo provee de diestras patadas, y con una de ellas acierta en la cara del ballestero, le rompe la nariz y logra tiempo para arrojarse fuera del carro. Al caer, se le va el cofre, que se rompe al impactar contra una piedra. Entonces, liberado el viejo códice, el libro más preciado del orbe, se va cuesta abajo resbalando entre la jara y la sangre, y sobre ellas se dispone también a morir al-Ricutí. El ballestero ya está allí, monta con rápidos y hábiles movimientos su ballesta, la apoya en la nuca del andalusí, y presiona el gatillo para ejecutarlo.

Unos pasos por delante, Tello se abre camino a base de devastadores mandobles hasta donde ha caído su hermana. Allí, como una leona, Sancha blande una daga defendiendo el caído cuerpo de su ama, y el caballero se sorprende al verla así, salvaje y bella como el mar en la tormenta; y a la vera de la muchacha, Alvar llora y mata. Lucha por su vida y por la de su madre, y a sus catorce años solo le sale matar como un loco furioso y llorar como lo que en realidad es: un ser inocente que se hace adulto de la peor manera posible.

Tello no es inocente, sino que es un ángel exterminador y trata de llegar hasta ellos para salvarlos. Acuchilla, destroza, pisotea, maldice, escupe sangre y mata. Sobre todo esto último, con la

espada, con la daga, con las manos enguantadas en hierro y cuero, con todo su ser, mata y mata.

Así, rugiendo, fuera de sí, con la espada esparciendo sangre y vísceras, Tello llega hasta donde yace Isabel. Está viva.

—¡Gracias a Dios! —grita de alivio al ver que su hermana, defendida por Sancha y Alvar, se levanta.

Entonces, en el cénit de la curva del sendero, alcanza a ver, a unos pasos de donde se encuentra, el libro tirado sobre la jara y a al-Ricutí tratando de abrazarlo para ponerlo de nuevo a salvo, pero tras el andalusí, buscando su nuca con la ballesta, Tello también ve a un hombre grande y pelirrojo. No hay tiempo para nada. No lo piensa, actúa y echa atrás el brazo que empuña la daga, y la lanza. La hoja de acero vuela y, a la par, el dedo del ballestero aprieta el gatillo de la ballesta.

Sin embargo, el pasador se encasquilla.

—¡Maldición! —chilla el genovés y, de pura frustración, arroja a un lado el arma y echa mano de un bracamarte.

Aun antes de que termine la frase y de que su mano empuñe el bracamarte, la daga de Tello se le hunde en el brazo derecho y lo obliga a retroceder en busca de amparo entre la floresta, mientras llama a roncas voces a sus hombres para que lo socorran. La batalla sigue. Tello, ahora a horcajadas sobre el libro y al-Ricutí, se arranca el yelmo con rabia y se lo tira a sus enemigos, desafiándolos con una carcajada tétrica y feroz que les hiela la sangre. Tello está poseído por el demonio del combate y, aunque él no lo sabe, por sus venas corre sangre belicosa y antigua. La misma que alentó a los reyes y los héroes de los días antiguos y que tantas veces ha manado de la tierra brava de Espanna para realizar hazañas. Poseído por una niebla roja, encomienda a cuervos y buitres el destino de la horda de salteadores que caen sobre él desde todos los lados.

Silba la espada del caballero, y aquí y allá, cuando besa otros aceros, arranca chispas o atrae hacia sí resplandores robados al moribundo sol de la tarde. Mientras mata defendiendo a los suyos y cumpliendo lo que juró a su rey, el mundo se vuelve oscuro torbellino, y la sangre que se le escapa, los golpes que sin cesar recibe, le nublan la vista y lo encaminan hacia el supremo abismo. Se hundirá en él, pero se llevará por delante a cuantos pueda. Él es Tello Bermúdez, caballero del rey y campeón de Castilla.

Cae. Mientras la oscuridad lo envuelve, resuenan cuernos de guerra y sus atronadores ecos le dicen, antes de perder el sentido, que vienen en su auxilio. Nada siente cuando Sancha se arroja sobre él para cubrirle el ensangrentado rostro con desesperados besos, ni cuando su hermana Isabel lo toma de la mano que aún sujeta la espada y grita su nombre con supremo desgarro. Nada siente, nada oye, nada ve..., excepto un interminable descenso al más negro abismo.

Mientras, entre las peñas, el ballestero huye. Lejos, tan lejos como pueda, pues sabe que, después de su fracaso, no queda sitio para él en Castilla. Al fondo de una profunda grieta abierta entre dos rocas oscuras, están los caballos de su partida guardados por cinco de sus hombres, quienes, al verlo venir corriendo, saben que todo está perdido y, sin querer aguardarlo, montan, huyen, abandonan y, de paso, espantan a los caballos que debían guardar.

No importa —o eso se dice mientras sigue corriendo—, pues, cuando llega a la grieta, bendito sea san Siro, aún queda un caballo en ella. Y lo más importante, hábilmente escondida entre las ramas de la copa de una encina que sombrea el final de la angostura, está la alforja con las dos mil monedas de oro que prometieron pagar a

los bandidos si les traían la cabeza de Tello Bermúdez y les entregaban el libro.

Con la prisa que suele traer consigo el miedo a que en cualquier momento te apuñalen por la espalda, desata el caballo, se sube a su lomo, se estira todo lo que puede para alcanzar las más altas ramas de la encina y, de entre ellas, con supremo alivio, extrae la alforja que lo convierte en un hombre rico.

Lo tiran al suelo.

—¿Adónde crees que vas, perro?

Quien le pregunta con una espada alzada para matarlo es el antiguo mameluco convertido en jefe de una de las partidas de bandoleros que contrataron, y es la suya una buena pregunta. Desde luego, pero el ballestero le responde como no esperaba que lo hiciera:

—A Oriente, a Acre. ¿Quieres volver a tu tierra siendo un hombre rico? —le pregunta a su vez.

El mameluco, que debe de rozar la cuarentena y que salió de Egipto cuando solo tenía veinte años, se lame los labios, dividido entre la desconfianza y una repentina nostalgia.

—¿Y por qué voy a confiar en ti? ¿Acaso no me sería más provechoso matarte y quedarme con todo el oro que llevas en esa alforja? —le espeta sin bajar la guardia y aprestándose a matarlo.

—¿Y dividir el botín con tus hombres? Sabes contar, ¿verdad? Piénsalo: mil monedas de oro para ti y otras tantas para mí. Viajemos juntos. Un hombre que viaje en soledad con tanto oro no llegaría lejos. Cuando arribemos, tú podrás ir a Egipto o a donde te plazca y yo recalaré en el puerto de Acre, en donde un hermano mío sirve como mercenario del rey de Jerusalén. Además, no soy un niño de pecho y, aunque solo cuento con una daga, matarme no te será

fácil, y mientras lo logras o no, llegarán los demás y tendrás que repartirte con ellos las monedas.

El ballestero ha sido persuasivo y, aparte, el mameluco sabe contar.

Entonces, se van. Dos hombres audaces, sin escrúpulos ni piedad, atraviesan los montes en dirección al primer puerto de mar que puedan encontrar para embarcar hacia San Juan de Acre.

Esa noche, Tello abre los ojos y se encuentra con la sonrisa de Yehuda ben Moshe, el médico del rey. Un poco más allá, están los demás, Isabel, Sancha, Alvar, Juan de Aspa y al-Ricutí. Y para sorpresa de Tello, también está el rey.

—¡Dios sea alabado! —exclama Alfonso—. ¡Volvéis de la muerte!

Tello no está muy seguro de eso, pero, como le duele hasta el aliento, concluye que debe de ser cierto.

—¡Habéis preservado el libro, y por tal hazaña os entregaré un señorío! —promete el rey, y lo hace con lágrimas en los ojos.

Tal vez las que haya derramado por el maestro Pedro de Regio. Quizá ni sepa que Ramiro yace ya enterrado ni que veintiséis de los cuarenta mesnaderos que le confió a Tello dejaron sus huesos en las soledades de la garganta de los Carneros. Es bien sabido que los reyes nunca se preocupan por esas cosas.

—Nos estaban esperando, mi señor rey —es lo único que acierta a decir.

Alfonso asiente y en sus ojos, además de lágrimas, se enciende la rabia.

—Lo sé, y antes o después sabré quién ha sido y lo condenaré a la peor muerte que sea capaz de encontrar.

—Tuvo que ser don Nuño González de Lara... —se atreve a deslizar Tello.

El rey tarda mucho en responder a su acusadora insinuación y, mientras tanto, un relámpago de sentimientos encontrados le cruza las facciones.

—Es posible... —concede—, pero también pudo ser mi hermano Enrique, o mi suegro, Jaime el Conquistador, o ese perro inglés de Ricardo de Cornualles. Cualquiera de ellos desea mi ruina y todos cuentan con espías y oro más que de sobra para pagar asesinos —concluye, y se le ve muy agotado—. Pero ahora tenéis que descansar. Acamparemos aquí tres días antes de cruzar Sierra Morena y emprender el descenso hacia las campiñas de Córdoba y Sevilla.

Y diciendo aquello, los deja a solas, se lleva consigo la decepción de saberse traicionado por un amigo o un pariente cercano y la inquietud de no estar por completo seguro de su identidad. Así fue. Tras tres días de descanso, emprendieron de nuevo el viaje y al fin, acompañando a abril, entraron en Sevilla.

7

Sevilla es la ciudad más rica y populosa de Espanna. Resguardada tras sus rojas murallas, salpicada de minaretes que se tornan campanarios, asomada a las aguas anchas y turbias del Guadalquivir que guardan la torre del Oro y que frecuentan naves mercantes llegadas desde todos los puertos de Espanna, de Inglaterra, Francia, Génova, Pisa y hasta de Ultramar[1] y Constantinopla, la ciudad es un emporio de maravillas que, once años atrás, sometió, tras duro asedio, Fernando III.

Entran en ella por la puerta de Córdoba. Una de las que se abren en la enorme muralla almohade que, pese a sus casi dos leguas de almenas y colosales torres semirrímbicas, no es capaz de ceñir por completo la ciudad, que se desparrama fuera de ellas en arrabales como la industriosa Triana, en donde sus gentes se afanan fabricando cerámica.

La urbe cuenta también con una rica y populosa judería, y sus calles, sinuosas y estrechas, rebosantes de tiendas y talleres abiertos afuera, permiten ver a los industriosos artesanos mudéjares transformar la madera, los metales o la seda, en pedacitos de ensueño.

Por entre esas calles se desliza la enorme comitiva regia. Mientras atraviesan el barrio oriental, una confusión de lenguas los envuelve: mudéjares que laboran en sus talleres abiertos a la calle y cantan en árabe; soldados, labradores y mercaderes cristianos que cambian noticias en castellano, y aquí y allá, por todas partes, grupos de

mercaderes genoveses, franceses, ingleses, alemanes o judíos sefardíes que regatean acaloradamente el precio de un quintal de seda o de un cargamento de azúcar de la costa de Granada en una mescolanza de italiano norteño, francés, árabe, castellano y hebreo... Esta ciudad es eso, el mundo entero en un solo lugar.

En tan increíble emplazamiento avanzan por calles tortuosas, a veces tan estrechas que parece que los balcones y las ventanas de las casas se tocan por encima de ellos. Desde esta o aquella ventana, sobre torres y azoteas, ondean pendones de Castilla que parecen textiles testimonios de tan gran entusiasmo.

Sevilla es una fiesta y, metidos de lleno en ella, progresan hacia el suroeste. Pronto las calles se vuelven más anchas bajo la larga sombra del minarete de la gran mezquita recién transformada en catedral de Sevilla. Es un edificio portentoso, pleno de arcos de herradura ciegos, rimados por el azahar de los naranjos que besan las aguas frescas de una acequia que recorre un patio paradisiaco.

Tello, al mirar hacia el altísimo minarete destinado a ser gloria de la nueva catedral, lo ve coronado por tres esferas de bronce que, bajo los rayos del sol, relucen como oro tocado por la mano de Dios[2] .

Siguen al sur, hacia las calles que van a dar al río Guadalquivir, el rumor de cuyas aguas ya se presiente, pese al griterío de los sevillanos. Es evidente que Sevilla aún ama a Alfonso X. No en vano fue aquí en donde, en 1252, fue proclamado rey, y también aquí se alza un mágico palacio en el corazón del que fue alcázar de los califas almohades. Por eso, en todo el trayecto, desde que entraron por la puerta de Córdoba hasta que han desembocado junto a la gran explanada tras la que se abre la puerta del Alcázar, las gentes aclaman al rey con entusiasmo, y, tras tan largo viaje, recibir tan alegre acogida a todos reconforta.

El aire de Sevilla es cálido y dulce. Huele a pimienta, a canela, a azahar, yeso fresco y cuero recién curtido; huele a jazmines, a rosas y a río abierto en lentos meandros ceñidos de barro. A eso huele Sevilla, y las gentes que los vitorean son tan variadas como las fragancias: moros mudéjares que mantienen su fe y otros recién convertidos en cristianos, judíos sefardíes, vascos y gallegos, castellanos y catalanes, francos e ingleses, genoveses, pisanos, napolitanos y hasta algún que otro negro comprado por algún gran señor para darse importancia. Y todos, sin excepción, aclaman a Alfonso. El rey sabio, que se sabe tan poco querido en el resto de sus reinos, sonríe y alza la mano derecha en ademán de alegre triunfo. Sevilla, más que ninguna otra, es su ciudad y su orgullo. Confundido entre tan exaltadas multitudes, un hombre rubio, de rostro sonrosado y ojos verdes y fríos los observa con mirada de depredador. Es el jefe de los espías de Ricardo de Cornualles, el mismo que asesinó a Beatriz la Loba en Toledo. Cuando ante su atenta mirada pasan el rey y el señor de la casa de los Lara, hace una discreta seña a un vizcaíno que asiente con discreción y se escabulle entre el gentío.

¿Adónde va y qué traman? Lo siento, los espías no cuentan esas cosas.

Cuando el rey y su corte dejan a su izquierda las dependencias del viejo palacio del califa almohade para, a continuación, atravesar el patio del yeso y desembocar en el dédalo de jardines, patios y edificios del nuevo alcázar erigido por Fernando III y que Alfonso está ampliando, allí, barriendo entre columnas, subidos en un andamio o apresurándose en las cocinas, hay hombres que reciben oro de un vizcaíno y que obedecerán lo que disponga un inglés.

Se alojan allí. Un lugar que sigue creciendo, por así decir. No hay día en que no se escuche el ruido del incesante trabajo que

artesanos mudéjares y cristianos llevan a cabo en la gran fortaleza-palacio que se erige y despliega en una ensoñadora confusión de patios sombreados de naranjos, paredes cubiertas de yeserías geométricas y señoriales escudos, arcos de herradura, ventanas geminadas y salas de techos de madera tallada con lacerías. Placentera y arquitectónica anarquía en la que se alternan los viejos estilos andalusíes y los nuevos llegados desde Castilla y Francia. En aquel lugar de cuento, en habitaciones que giran en torno a un discreto patio gobernado por una fuente de blanco mármol, se alojan Tello y los suyos.

Fueron buenos días aquellos. Días en los que al-Ricutí terminó de recuperarse por completo. En los que Isabel y el maestro moro recorrieron los jardines del alcázar soñando con un mundo que no existía y en el que hubieran podido amarse sin miedo a ser señalados. Días en los que Tello sanó también de las heridas recibidas en el combate de la garganta de los Carneros, y en los que enseñó a Alvar la disciplina del acero y los principios de la caballería, cruzando espadas bajo una vieja torre almohade o hablando hasta tarde asomados a las calles de Sevilla desde las rojas almenas. Mientras, Sancha, sin que aquellos lo advirtieran, los observaba con sus ojos negros encendidos por un mal de amor que no contaba con presente y que quizá nunca tuviera futuro. Días, en fin, en los que Alfonso preparó todo lo necesario para recibir a su imperial prima, María de Brienne, y en los que sabios, caballero y monarca, en largos, nocturnos y secretos concilios, continuaron con el desciframiento de los misterios del códice de Aristóteles y con los preparativos de un largo y peligroso viaje a Oriente.

Llega la noche del inglés. Noche sin luna, preñada de sombras cargadas de azahar y rumor de fuentes, y, ajeno a esas cosas, los pasos de un espía o de un asesino, según convenga. Por lo pronto, ha estado «entretenido» sorteando a los guardias del rey y al enjambre de sirvientes que trabajan en el alcázar de Sevilla. Salta un muro, corre bajo una galería y, acuclillado entre unos naranjos para recuperar aliento, duda durante un instante si dirigirse a las habitaciones que ocupa don Nuño González de Lara para recordarle, con amabilidad, que distanciarse de Ricardo de Cornualles puede acarrearle graves, insuperables problemas de salud, o continuar hacia el lugar que le ha señalado el vizcaíno y en el que se reúnen el rey, el caballero y los sabios en torno al libro. No tiene aún idea de qué trata ese maldito códice, pero las palabras de Beatriz la Loba sí dejaban clara una cosa: trate de lo que trate, guarda los secretos que llevan a un inmenso tesoro, y su señor, Ricardo de Cornualles, ya tiene suficientes problemas con Alfonso de Castilla como para que este último se los multiplique si logra echar mano de una enorme cantidad de dinero. Así que esa noche, práctico como es, opta por ser espía en vez de asesino. Deja las protectoras sombras que le ofrecen los naranjos, corre hacia una columna, trepa por ella y se encarama al techo de una elegante arcada por el que progresa hasta poder subir un poco más alto, hasta un tejado. Desde este, se descuelga como un gato, hasta un segundo y más resguardado patio en el que una fuente de mármol blanco parece tener hechizadas a dos mujeres que hablan en susurros arropadas por las sombras. Se trata de la hermana del caballero y de su criada. Lo sabe bien, pues de ellas le ha hablado el vizcaíno. Se pregunta si sería útil secuestrarlas. Puede que sí. Puede que, teniendo a una o a las dos en su poder, pudiera chantajear al caballero y ponerlo así a su

servicio. Pensará en esa opción si esta noche fracasa o si no consigue toda la información que precisa.

Mientras el inglés atraviesa el patio como un fantasma y desaparece bajo una grácil arquivolta, en el extremo contrario, en una sala cubierta con vigas exquisitamente talladas y paredes cubiertas con tapices y yeserías, Alfonso recibe, una noche más, a los sabios y a su caballero.

Primero entran Tello y al-Ricutí. Los dos hombres, tan distintos entre sí, son amigos, pero la cada vez más evidente complicidad entre Isabel y al-Ricutí los ha distanciado al levantar entre ellos un invisible muro. Ese que se alza cuando quien ama mucho a alguien teme que le hagan daño, y Tello, que sabe de amores imposibles, teme que la frágil salud de Isabel no soporte la desdicha de una relación prohibida e imposible. No alberga ya duda alguna, Isabel y al-Ricutí se aman, y, aunque ellos creen, como todos los amantes, que disimulan su amor con acierto, quienes los ven son conscientes de que se mueren el uno por el otro.

—¡Bienvenidos seáis! —los saluda el rey tras una larga jornada atendiendo mil asuntos de gobierno y una cena bien provista de vino. Está de excelente humor y prescinde de protocolos que considera innecesarios entre sabios.

Al-Ricutí se inclina ante su rey, tras lo cual saluda con cariño y respeto al viejo Juan de Aspa y a Yehuda ben Moshe, que ya están acomodados en sillas exquisitamente labradas. El maestro andalusí, con el auxilio de Isabel y sus habilidades matemáticas, ha seguido dándole vueltas a lo que en realidad quería ocultar Aristóteles, señalando determinados planetas y constelaciones. Cree tener la respuesta y se permite una sonrisa de suficiencia al pedir permiso al rey para anunciarlo.

—Mi señor rey, he resuelto qué quería decir de verdad Aristóteles cuando anotó «14 heliostásion».

Ante semejante afirmación, todos, incluso el rey, se echan hacia delante en sus asientos en un gesto tan inconsciente como natural que el andalusí parece paladear como un buen vino, pues alarga la expectativa pausa antes de continuar.

—Comenzaré por deciros a todos que teníais razón cuando concluisteis que indicaba un periodo de siete años. ¿Cuál era ese periodo? Os lo diré ahora: el que media entre el momento en que Aristóteles recibió el espléndido regalo que le enviara Alejandro y el de su muerte junto al canal del Euripo, en la isla de Eubea, a la que ahora llamamos Negroponte. Fue en septiembre del año 329 antes del nacimiento del profeta Isa, a quien los cristianos llamáis El Cristo, cuando Alejandro Bicorne hizo llegar a su maestro los ochocientos talentos de plata. Y justo siete años más tarde, el 14 de septiembre del 322 antes de Cristo, fue cuando, según dicen, Aristóteles perdió la vida, desesperado por no ser capaz de resolver el misterio de las corrientes del Euripo.

—Pero eso, maestre, puede ser solo una casualidad —aduce el rey.

—«Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable. Se hizo de este modo para que los secretos que contiene solo puedan ser desvelados por un rey amante de la sabiduría, que con este "tesoro" gane plenitud y felicidad» —recita al-Ricutí como respuesta y, ante la perplejidad que ello causa entre los presentes, añade—: Con ayuda de la dama Isabel, que ha resultado ser una excelente matemática, he estado haciendo cálculos y he concluido que la configuración astral que

Aristóteles nos señala se repite cada pocos años y que, escuchad bien ahora, aconteció el 14 de septiembre de 329. ¿Comprendéis? ¡El mismo día en que Aristóteles recibió en Atenas el inmenso regalo que le hizo Alejandro! Más aún, esa alineación de planetas y constelaciones se configuró de nuevo el 14 de septiembre de 322 antes de Cristo. ¡Justo cuando Aristóteles decidió dejar de vivir! ¿Casualidad? ¡Imposible! Así que creo que ese último día de Aristóteles, el 14 de septiembre del 322 antes del nacimiento de Cristo, fue aquel en el que «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable». No me cabe duda. Y añadiré más: ese día fue también el mismo en que Aristóteles, terminada la ocultación de su tesoro y concluyendo el libro que guardaba las claves para hallarlo añadiendo su enigmático inicio, decidió quitarse la vida para evitar así que aquellos que lo habían obligado a huir de Atenas y que lo acechaban en Eubea se lo arrebataran.

Silencio. Ese tan particular que provoca el asombro más completo.

—No puede ser casualidad... —murmura Yehuda, abstraído en las consecuencias de lo que al-Ricutí ha desvelado.

—Saturno, Mercurio y la Luna no pueden errar, los cielos no mienten —se le escapa a Juan de Aspa.

—No, no mienten, y Aristóteles tampoco —sentencia al-Ricutí—. El gran filósofo tenía sesenta y tres años cuando murió y su muerte le sobrevino junto al lugar que más lo fascinaba: el Euripo, con sus poderosas y aparentemente caóticas corrientes. Algunos señalaron que se obsesionó con su misterio, de tal modo que se consumió; otros que, desesperado, tomó veneno, y también hay quienes defienden que fue un fuerte dolor estomacal el que se lo llevó. Pero

yo os digo que eligió a conciencia el día de su muerte y que lo hizo como gozosa venganza contra aquellos que lo habían hecho huir de Atenas y lo seguían acosando en la isla de Eubea.

—¿Gozosa venganza? —pregunta el rey subyugado por la historia que el maestro moro cuenta.

—¿De qué otra forma denominarla? Pensad en esto, mi señor rey: todo el mundo conocía las enormes riquezas que poseía Aristóteles, pues no se recataba lo más mínimo en hacer uso de ellas. Os pondré un ejemplo. En cierta ocasión, el gran filósofo acudió al mercado de esclavos de Atenas y, de una sola vez, compró mil esclavos[3] . ¿Imagináis cuánta plata tuvo que entregar a cambio? No solo eso, los últimos años de su vida están repletos de derroche. ¡Le sobraba el dinero! Su tesoro no solo estaba integrado por los ochocientos talentos de plata que le regalara Alejandro, sino que ascendía a mucho más, gracias a los enormes estipendios y regalos que había recibido del padre de Alejandro, Filipo de Macedonia, y de tantos y tantos discípulos y admiradores adinerados que lo frecuentaban.

Al-Ricutí hace aquí una nueva y larga pausa. Todos están embelesados escuchándolo. Los ha llevado al tiempo de Aristóteles y Alejandro, cuando el mundo era maravilla y los hombres caminaban junto a dioses, sabios y héroes. El inglés no camina, está inmóvil, metido entre los huecos del entablado del techo que cubre la cámara, a donde ha llegado tras encaramarse al tejado, levantar unas tejas y arrastrarse como un gusano. Uno grande, rubicundo y de ojos verdes que escucha con atención.

—Ahora bien, yo os pregunto: ¿dónde estaban esas enormes riquezas cuando Aristóteles se quitó la vida? —retoma al-Ricutí lanzando una nueva cuestión—. Como sabéis todos, el gran filósofo dejó escrito su testamento y este fue hallado y copiado por Diógenes Laercio, y por eso nos es conocido[4] . Pero he aquí que, entre sus

legados y disposiciones, nada dice Aristóteles del grueso de sus inmensas riquezas. Lo que a sus deudos dejó no alcanzaba ni a cien talentos de plata. ¿Dónde estaba el resto? Evidentemente lo escondió porque temía que los atenienses, los mismos que querían condenarlo a muerte, aquellos que lo obligaron a huir de Atenas, terminaran por arrebatárselo. Por eso lo ocultó y, como sabía que lo buscarían, lo escondió en un laberinto de enigmas y acertijos que solo alguien tan sabio como él pudiera descifrar.

—¡Eso tiene sentido, maestro al-Ricutí! —concluye Juan de Aspa con regocijo—. ¡Sin duda, el Estagirita se tuvo que reír a carcajadas desde la tumba viendo a los atenienses frustrados de lo lindo tratando de hallar su tesoro!

Entonces ríen, pues los sabios acostumbran a reírse con estas cosas. Pero no el inglés. Ese no ríe, sino que escucha y, aunque entiende poco de lo que oye, palabras como *inmensas riquezas* y *tesoro* las comprende sin esfuerzo, y también guarda en su memoria, como oro en paño, los nombres de los lugares donde se ha de comenzar a buscar: Negroponte, Eubea, Euripo, Atenas. ¿Dónde diablos están esos lugares? Solo de uno de ellos tiene noticia, de Atenas. Una ciudad de Oriente en donde los cruzados, cincuenta y más años atrás, fundaron un ducado tras tomar y saquear Constantinopla en 1204.

—Una nueva confirmación, pues, de que no andamos desencaminados y de que el tesoro existe —dice el rey de Castilla interrumpiendo las geográficas disquisiciones del espía inglés, quien, de nuevo, concentra todo su ser en tratar de oír a través del entablado y las vigas de madera sobre las que está tumbado.

—Y mucho más, mi señor rey —suelta el maestro moro con la mejor de sus sonrisas y deja a todos de nuevo al borde de ese vértigo tan peculiar que uno siente cuando lo más evidente y, por

ende, lo más increíble, se te ha escapado—. ¿Recordáis, maestros en sabiduría, que los griegos usaban sistemas de números para designar a los planetas y a las constelaciones del zodiaco? —Y Yehuda y Juan de Aspa, que sí estaban al corriente de tal cosa, asienten intrigados—. Tres sistemas fueron usados: el que practicó Ptolomeo, el que usaban los pitagóricos y el que inventó Aristóteles —enumera al-Ricutí—. Este último asignaba el número 1 a la Luna, ya que era el cuerpo celeste más cercano a la Tierra; el 2 quedaba reservado a Mercurio por la misma razón, mientras que Saturno, situado en una esfera más lejana, recibía el 7. Centrémonos ahora en las estrellas fijas, en las constelaciones zodiacales que nombra Aristóteles en el críptico mensaje que encabeza su libro. Bien, en este caso, Virgo se corresponde con el 6, Géminis con el 3 y Capricornio con el 10. ¿Me seguís, sabios compañeros? Recordemos de nuevo lo que Aristóteles escribió justo antes de morir: «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable». Y ahora pongamos todo eso en cifras conforme al sistema ideado por el gran filósofo: Mercurio en Virgo sería 2 más 6 igual a 8; la Luna en Géminis se correspondería con 1 más 3 igual a 4, y Saturno en Capricornio con 7 más 10 igual a 17. Por tanto, 8 más 4 más 17 igual a 29. Ahora quedaos con esas cuatro cifras: 8, 4, 17 y 29, y a todo esto sumemos a continuación las crípticas palabras que también escondió el Estagirita en su libro: «14 *Daisios*, 14 *heliostásion*. El Delfín señala y prevalece a orillas de mi tormento».

Nuevo reflexivo silencio. El rey, Yehuda y Juan de Aspa parecen sumidos en un inquisitivo sueño de tan inmóviles que están rumiando lo que acaban de oír, mientras que a Tello le vuelve a doler

la cabeza. Frecuentar sabios suele tener esas consecuencias; y arriba, entre tablas y vigas, donde nadie lo puede ver, el inglés ha llegado a la conclusión de que, después de todo, está perdiendo el tiempo, pues eso es lo que uno hace cuando espía a una pandilla de locos.

—Ya sabemos que 14 *Daisios* es 14 de septiembre, y que 14 *heliostásion* marca los siete años que transcurrieron desde que Alejandro convirtió a su maestro Aristóteles en el hombre más rico de Atenas y el día de su suicidio. En ambos casos el 14 de septiembre —expone el maestro andalusí—. Prosigamos. Evidentemente, el lugar «de mi tormento» es allí donde Aristóteles terminó exiliado y donde halló la muerte: la ciudad de Calcis, a orillas del canal del Euripo. Pero ahora os invito, maestros de sabiduría, a que recordéis qué significaba «el Delfín» para los griegos —los anima al-Ricutí, pues comprueba que sus compañeros, pese a su exposición, siguen sin ver clara la respuesta al enigma que a él le parece tan obvia y cristalina.

—El salvador. El animal que auxiliaba a los náufragos y los conducía a la orilla —apunta al fin, emocionado, el chispeante Juan de Aspa.

—¡En efecto! —aprueba al-Ricutí—. Es la constelación ideal para señalar el camino a quien debe situar con precisión un lugar en el mar. De hecho, algunos griegos le daban también el nombre de «El tridente de Poseidón» porque los marinos la usaban para fijar su posición. Y es que, sin duda, si estamos en el Euripo la noche del 14 de septiembre, sus estrellas nos señalarán el punto justo desde donde Aristóteles inició el ingenioso juego matemático. ¡Ese con el que ocultó el punto exacto del peligroso canal del Euripo en el que escondió su tesoro! ¡Allí está! ¡En el mismo lugar al que tantas horas de estudio dedicó antes de quitarse la vida! ¿Entendéis? ¡A

Aristóteles le importaban un rábano las corrientes marinas, lo que estaba estudiando era el lugar más idóneo para que nadie, nadie, pudiera apoderarse de su tesoro! ¡Y por eso escribió 14 *Daisos*, es decir, 14 de septiembre, delante del Delfín! Esa es la clave: medir desde el lugar que esa noche señala tal constelación.

—¡Por Dios que lleváis razón! ¡Sin duda esa noche la constelación del Delfín parecerá como si se zambullera en las aguas del Euripo! ¡Justo en el punto desde donde la mediría el Estagirita! —concluye entusiasmado el viejo Yehuda con los ojos abiertos de tanto asombro y vislumbrando ya el lugar al que los conducirá tanto acertijo.

—¡Esto es maravilloso: la pequeña constelación del Delfín, situada casi en el ecuador celeste, nos señalará dónde comenzar a buscar! —añade Juan de Aspa, innecesariamente, pues ya se ha dicho, pero con un entusiasmo desbordante, ya que está feliz como un niño. Da un salto pese a sus sesenta y tres años, y abraza con efusión al maestre moro.

—¿Qué tienen que ver los números antes obtenidos con el Delfín y el lugar que buscamos? —pregunta el rey, quien, por muy sabio que se tenga, está por completo perdido.

—El Delfín señala el lugar a partir del cual se debe contar, mi señor rey —le contesta al-Ricutí, pero Alfonso se queda igual.

—La noche del 14 de septiembre esa constelación, al emerger en el cielo nocturno, señalará un lugar concreto, como ya se ha dicho, pero a partir de él, con precisión, se podrá medir y segmentar todo el canal del Euripo. Será como el punto de apoyo de un compás —le aclara, a su vez, Juan de Aspa.

Como Alfonso no termina de relacionarlo, Yehuda acude también en su ayuda.

—Es evidente, mi señor rey, que Aristóteles observó que las estrellas de la constelación del Delfín señalaban un lugar preciso, y ese lugar, por lo que podemos deducir, resultó ser un promontorio desde el cual ver todo el canal del Euripo. Esto le facilitó dividirlo en 29 segmentos iguales que no eran sino la expresión matemática de la configuración de planetas y constelaciones que reflejó en la primera línea de su libro: «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable». Si ponemos eso en números siguiendo a Aristóteles, obtenemos que Mercurio en Virgo nos da 2 más 6 igual a 8; la Luna en Géminis se correspondería con 1 más 3 igual a 4, y Saturno en Capricornio con 7 más 10 igual a 17, y sumando los tres resultados obtenidos llegamos a 29.

—No comprendo... —balbucea el rey.

—Volvamos a los valores numéricos de planetas y constelaciones que antes citábamos. ¿Qué resultados obteníamos de sus sumas? Cuatro, ocho y diecisiete. ¿Bien? Recordemos también que hemos establecido la constelación del Delfín como el lugar exacto desde donde debemos dividir el canal del Euripo entre tantas partes como nos da la suma de esas tres cifras: 29. ¡Y ese resultado, a su vez, señalará el punto exacto donde se hallan las ocultas riquezas!

—Lo que es arriba es abajo —se le escapa a Juan de Aspa, enamorado del ingenio del gran Aristóteles.

Pero el rey sigue con la boca abierta y Tello acaba de concluir que prefiere cargar él solo contra diez caballeros enemigos antes que tener que vérselas con los acertijos de Aristóteles.

—Es un comienzo, por supuesto —concede al-Ricutí—. Primero tendremos que estar allí en la fecha prevista, hallar el promontorio

desde el que Aristóteles midió la altura de la constelación del Delfín y proceder a segmentar en veintinueve partes el Euripo y dilucidar luego si, como sospechamos, el tesoro se halla bajo la porción que se corresponda con la que hace tal cifra, bajo las tumultuosas aguas del Euripo.

—¿Y cómo se puede buscar un tesoro bajo el mar? —se atreve entonces a preguntar Tello, y todos se vuelven hacia él. El rey sabio y los tres maestros se quedan en prudente silencio. Hasta los más sabios carecen de respuesta para esa pregunta.

Tampoco tiene respuesta el inglés, quien, tras esperar a que el rey y sus sabios se vayan a la cama, repta de nuevo hacia la salida de su escondite.

Entonces, al salir a la madrugada y bajar de nuevo al patio donde murmura la fuente de blanco mármol, recuerda a las mujeres y concluye que no le va a quedar otra opción que raptar a una de ellas para desenredar tal enmarañada madeja de números, acertijos y estrellas.

8

Don Nuño González de Lara está atando cabos y los nudos le ciñen el cuello. Sus ojos de pedernal están posados en las sucias aguas del puerto de Sevilla y hasta sus oídos llegan los cantos de los estibadores que descargan una enorme urca[1] cargada con hierro y pescado salado procedentes de Vizcaya y Santillana, pero su mente está detenida en la desaparición de Beatriz la Loba. Para él, no augura nada bueno, ya que, una de dos, o la meretriz ha desertado de su campo para traicionarlo o alguien peligroso la ha hecho «desaparecer de forma discreta». Como nadie desaparece de este mundo sin dejar rastro, todo lo que Beatriz sabía, y era mucho, debe de estar ahora en manos de alguno de sus enemigos. No cree que el rey esté detrás de tan extraño asunto, pues, aunque Alfonso desconfía, no ha tomado ninguna medida contra él, y eso quiere decir que su recelo no se apoya en pruebas, sino en sospechas. Entonces Ricardo de Cornualles es la mejor respuesta. Así que ha puesto a trabajar a su gente en Toledo y Sevilla y pronto tendrá respuestas, y esas «respuestas» harán que alguien tenga prisa por irse al infierno.

Mientras el hombre de Ricardo de Cornualles en Castilla emprende tan poco prometedor viaje, él, por su parte, hará bien en reforzar su seguridad personal. Nadie sabe lo que puede estar tramando contra él Ricardo de Cornualles. Los aliados despechados son más peligrosos que los viejos enemigos. Chillan las gaviotas y el señor de la casa de Lara alza los ojos para mirar más allá de los mástiles de la

urca y de las cocas[2] amarradas a sus costados, para ir a volar sobre las aguas libres de la corriente principal del Guadalquivir que desembocan en el mar. Sobre las olas de este último deben estar viajando ya el canónigo Martín Pérez, Egidio el Nigromante y el joven Miguel. Son muchas las cosas que dependen de que hallen el tesoro. Pero al menos, se dice don Nuño, él juega ahora con dos barajas. Si son sus hombres los que se hacen con el tesoro, contará con medios más que suficientes para imponerse a Alfonso, pero, si es este último quien se impone en la carrera, volverá a ganarse su confianza. Y es que, si no puede ser el primero en Castilla, será el segundo en la cristiandad, porque, con el tesoro, Alfonso será, sin duda, emperador y, en ese caso, él, Nuño González de Lara, estará presto a volver a ser su mano derecha y su sombra.

—De un modo u otro, mi señor rey y amigo, estarás en mis manos. Lleva tú la corona, la de Castilla o la del Sacro Imperio, las dos si puedes, pero yo, seas consciente de ello o no, llevaré las riendas del poder —murmura, pero solo lo oyen las gaviotas.

Muy lejos de allí, a bordo de una coca genovesa, Miguel se lleva otra vez la mano a su oreja mutilada. Tiene ganas de llorar. Bueno, eso no es una novedad ni algo excepcional, y menos teniendo en mente a los dos asesinos implacables que lo acompañan en tan largo viaje. Asomado a la borda de la nave en la que tomaron pasaje cuando llegaron a Valencia, su mente se ocupa de una sola cosa: cómo burlar a sus atormentadores. A estas alturas, de una cosa está seguro: cuando deje de serles útil, lo matarán. Conociendo al canónigo Martín Pérez, su muerte será horrible. El mar amenaza con ponerse bravo. Desde el norte sopla un viento fuerte y a la cara del joven Miguel acude espuma arrancada de las olas. Entonces, como si su memoria fuera refrescada por la tormenta que se aproxima, a su

cabeza viene una frase de su añorado maestro, Julián de Ávila: «La mejor manera de escapar de una manada de lobos es arrojarles un pedazo de carne para que se lo disputen entre ellos». Y al meditar en aquello, entre las lágrimas y las salpicaduras de espuma marina, le aflora una sonrisa. Media hora más tarde, aprovechando que se queda a solas con Egidio el Nigromante, arroja el «pedazo de carne».

—¿Maestre Egidio? —dice extremando el respeto hasta tornarlo halago.

Egidio vuelve el rostro hacia el muchacho y arquea las cejas.

—Creo conocer dónde escondió en realidad Aristóteles su tesoro.

Ante aquello, Egidio se queda paralizado y su primera reacción, como esperaba Miguel, es mirar a un lado y a otro, para comprobar que Martín Pérez no anda cerca.

—¿Cómo has llegado a semejante conclusión?

—Gracias a los números de Aristóteles.

—No comprendo...

—Puedo explicárselo, maestre Egidio..., pero, para hacerlo, primero hay que restarle a tres uno. ¿O acaso no creéis como yo que dos es mejor que tres en cuestiones de tesoros?

Egidio se queda muy serio, como haciendo la cuenta. Luego, acerca su rostro al del muchacho y lo mira intensamente a los ojos.

—¿Y el conde de Lara? —pregunta en un susurro, como si don Nuño, allá lejos, en Sevilla, pudiera oírlos.

—Castilla está muy lejos de Grecia, maestre Egidio —le responde Miguel, sin apartar la mirada.

Egidio asiente despacio y una sonrisa lenta se abre paso en sus labios.

William de Amesbury, el asesino de Beatriz la Loba y jefe de los espías de Ricardo de Cornualles en Castilla, lleva diez años esquivando la muerte, concretamente desde el día en que le pusieron una soga al cuello por haber robado al barón de Lundunis. No fue un robo fácil, y eso que William era conocido como el mejor ladrón de Inglaterra. Que no fuera un robo fácil y aun así se llevara las joyas de la baronesa le salvó la vida.

Lo recuerda bien: la tosca soga lastimándole el cuello y la mirada satisfecha del verdugo al ajustarle el nudo son cosas que no se olvidan tan fácilmente.

—¿Alguna vez has hecho algo bueno, William? —le preguntó el muy cabrón del verdugo cuando se disponía a darle una patada al taburete donde estaba subido para que, al caer, se partiera el cuello.

—Una vez engañé a un niño —le respondió, y era cierto: aquello, engañar a un niño, era lo único bueno que había hecho en toda su vida.

El niño era su hermano pequeño, y la mentira, estaba seguro de ello, le salvó la vida, ya que tuvo que engañar al pequeño Thomas para que se quedara en casa de la señora Evans, en vez de seguir sus errantes pasos de ladrón por Inglaterra. Con esa respuesta al verdugo habría acabado con su vida, ya que el muy cabrón le dio la patada al taburete y William quedó suspendido de la soga.

No se partió el cuello, pero la cuerda lo estaba ahorcando con lentitud, mientras él, como un pez fuera del agua, se debatía agitando las piernas y abriendo la boca en busca de un aire que no llegaba a sus pulmones.

Entonces el conde Ricardo de Cornualles intervino y ordenó que lo descolgaran.

—Eres demasiado bueno en lo tuyo como para irte tan pronto al infierno —le dijo cuando lo llevaron a su presencia y lo arrojaron a

sus pies—. Además, allí no hay nada que robar, y yo necesito a alguien como tú a mi servicio.

Así comenzó a trabajar para el conde de Cornualles. Ahora, diez años más tarde, está aquí, en Sevilla. Sigue los pasos de una dama y su criada, que, escoltadas por un mesnadero del rey, visitan los puestos de los mercaderes de especias, los perfumistas, los sederos y los orfebres situados en torno a la catedral que dejó de ser mezquita tan solo once años atrás.

La pregunta es: ¿cómo raptarlas sin que nadie pueda explicarse su ausencia? Buena pregunta, ¿verdad? William, como siempre, ya tiene la respuesta.

Sancha no puede creer que el mundo contenga tantas maravillas. Pero aquí, en Sevilla, de puesto en puesto, de tienda en tienda, sus ojos negros se agrandan más y más cada vez que un mercader se las muestra con una obsequiosa sonrisa: preciosos vestidos confeccionados en los talleres de Granada con seda e hilo de oro; abrigados mantos de Flandes de vivos colores y con las mangas ribeteadas con finas pieles de boreal zorro plateado; brocados, telas de algodón y muselinas llegadas desde Oriente; frasquitos de vidrio veneciano o de alabastro egipcio, rellenos con esencias de nardo, de sándalo, de jazmín o de rosas; brazaletes de plata maravillosamente cincelada por plateros mudéjares de Córdoba, anillos de oro con gemas de la India engastadas con primor... Sancha nació pobre. Su padre, que quedó viudo cuando ella llegó al mundo, era el hombre más bueno del planeta, pero no tenía suerte. Esa fue la primera dura lección que Sancha aprendió: los buenos, por lo general, no enamoran a la fortuna. Así que solo les queda un camino, el de trabajar duro, y ella lo hizo desde chica. Cuando su padre enfermó y vio venir la muerte, tenía solo nueve años. Así que su padre, que era

aparcero del caballero del rey, Tello Bermúdez, la encomendó a su protección. Sancha nunca olvidaría ese día. Tello, tan alto y fuerte, y su padre, tan frágil y quebrado por los infortunios y la enfermedad, y ella, tan pequeña y asustada. Tello, que percibía su miedo, se acercó a ella, se acuclilló para mirarla a los ojos y la tomó de la barbilla con un gesto suave que acompañó con una cálida sonrisa.

—No temas, Sancha, he jurado a tu padre que cuidaremos de ti. Ahora servirás a mi hermana, la dama Isabel, y nunca te faltará nada mientras yo tenga los pies sobre la tierra.

Eso fue lo que le dijo y ella le devolvió la sonrisa. Comprendió, con esa certeza que poseen los niños, que era cierto lo que acababan de decirle y que aquel hombre tan guapo, tan noble y valiente nunca la dejaría sola.

Puede que aquel día se prendara de él. Sancha no recuerda ya qué es vivir sin estar enamorada de Tello Bermúdez, y ahora, cuando su ama, la dama Isabel, elige para sí un frasco de esencia de nardo, sueña con que es ella quien se pone el perfume en su moreno cuello, entre los senos y los negros cabellos, para que él, Tello, no quiera otra cosa que besárselos. Pero son sueños... Ella es solo una criada huérfana, y él, un caballero del rey al que este, además, tiene en alta estima. Tello nunca se dará cuenta de cómo lo ama y jamás consentirá en amarla. Para él, ella lo sabe, solo sigue siendo una niña pobre y asustada.

—Es para ti, Sancha.

Sancha se queda helada y no acierta a responder a Isabel, quien, con una gran sonrisa, le tiende el frasco de esencia de nardo.

—Pero mi señora... —es lo único que finalmente logra decir.

—Llevas once años a mi servicio, Sancha, y no creo que tenga amiga más cercana que tú.

Al escuchar esa palabra en labios de la dama Isabel, *amiga*, a Sancha le acuden lágrimas a sus enormes ojos negros.

—Además, quiero premiar el valor que demostraste en la garganta de los Carneros. Si no me hubieras defendido como una leona, habría muerto allí. Fuiste muy valiente.

—Era mi deber para con vos, mi señora —se excusa bajando la cabeza, avergonzada por los elogios y la inesperada cercanía.

—Fue algo más que eso, Sancha, y ambas lo sabemos. Las dos nos quedamos solas. Tú perdiste a tu padre y yo al mío. Tras él, perdí a mi marido. Las dos sabemos lo que es amar sin esperanza, ¿verdad?

Sancha, sorprendida, levanta los ojos y su mirada se encuentra con la de Isabel. Ya no son dama y criada, sino dos mujeres, dos amigas, dos hermanas que comparten algo que no puede aguardar esperanza, pero por lo que seguirán luchando mientras tengan aliento y alma.

—No te pongas demasiado —dice entonces Isabel para aligerar el momento—, el nardo puede manchar la saya de seda de Granada que te pienso regalar también. ¿Vamos a por la saya y por una buena aljuba que combine con ella? —concluye con un divertido guiño que pone tanta sorpresa e ilusionado brillo en los ojos de Sancha que Isabel no puede evitar echarse a reír.

Así, riendo juntas, escoltadas por el mesnadero, se adentran en un dédalo de puestos y tiendas. Entran en una de estas últimas, una que regenta un mercader de sedas al que Isabel había enviado aviso y que aguarda junto con un diestro sastre para tomarle las medidas a una Sancha que acaba de aprender que los sueños, cuando no se abandonan, tienen por costumbre volverse ciertos.

Mientras Sancha hace realidad uno de sus sueños infantiles, vestirse como una auténtica dama, el sastre revolotea en torno a

ella, alegre como un pájaro, haciéndolas reír con su cháchara y su marcado acento de Vizcaya.

—Mis señoras —dice el vizcaíno haciéndoles una reverencia tan exagerada que no pueden sino volver a echarse a reír—, hacedme la merced de pasar a la trastienda, pues doña Sancha debe desnudarse para probarse la finísima aljuba de lino que he dispuesto para ella —explica aludiendo a la prenda íntima que una dama se pone bajo la saya.

Confiadas, pasan a una pequeña habitación, y la puerta se cierra tras ellas mientras el soldado que las escolta sigue allí plantado, aburrido y descuidado. Así muere. Aburrido y con un palmo de acero inglés que le atraviesa el cogote y le destroza el cerebro. Una herida, tan inesperada como diestramente dada, lo deja inmóvil en los brazos de William, quien, con discreción, sin soltarlo, lo echa a un lado entre estantes y bultos. El mercader de sedas cierra la puerta de su tienda y se vuelve ciego, mudo y sordo, pues tales maravillas obra el oro que ha recibido del espía inglés. Un instante más tarde, Sancha se ha desnudado y se pone la aljuba de finísimo lino. Isabel le tiende la saya de seda y, cuando la muchacha, con las manos temblorosas de pura emoción, toma la magnífica prenda bordada en oro, la puerta se abre de forma brusca y un hombre enorme y rubio clava sus ojos verdes en ellas y les sonríe como lo haría un lobo a sus presas.

Tello está nervioso como un león enjaulado. La noche se cierra e Isabel y Sancha no regresan. Tampoco lo hace el mesnadero que las acompañaba como escolta y tenía órdenes estrictas de regresar al caer la tarde. Junto a Tello, su sobrino Alvar se remueve tan inquieto como él. Alvar apenas recuerda a su padre y, aunque adora a su tío y echa terriblemente de menos a Ramiro, su vida siempre ha girado

en torno a su madre. Así que ahora, al ver tan preocupado a Tello, se desazona en extremo y, al imaginar que pueda faltarle también quien lo ha parido, quien siempre lo ha querido y abrazado cuando más lo necesitaba, es como si se asomara a un abismo sin fondo y sin nombre. En ese mismo abismo está al-Ricutí, que trata de convencerse de que aquello, que no aparezcan Isabel y Sancha, no tiene importancia y de que, de un momento a otro, aparecerán riendo como dos alondras y todos sus temores quedarán entonces en nada.

—Vamos a salir a buscarlas —dice, al fin, Tello a Alvar, y ambos, sin despedirse, echan a andar hacia las puertas del alcázar sin mirar atrás.

Al-Ricutí se queda un instante viéndolos marchar: un alto caballero alejándose a grandes zancadas con la espada y la daga pendiendo del tahalí, y su sobrino, ahora su joven escudero, trotando a su lado portando idénticas armas. Pero no les servirán de nada en el afán de buscar a las damas. No es acero toledano lo que tal empresa reclama, sino una mente clara.

—¡Aguardad, voy con vosotros!

Tello se detiene y se vuelve hacia el andalusí. El caballero está muy preocupado, de hecho, está asustado, y, en un hombre de su clase, se traduce en cólera dispuesta a ser descargada sobre el primero que se le oponga o estorbe.

—¡Lo último que necesito es tener que estar también pendiente de vos! —le espeta a al-Ricutí—. ¡Además, lo que a mi hermana ocurra no os compete! ¡Y si eso no bastara, os seré claro: si no fuera por vos, ella no habría tenido que arriesgar la vida en los caminos de Castilla, ni seguir jugándosela aquí, en las calles de Sevilla!

Todo eso es cierto. Lo grita un hombre preocupado que carga con espada y daga y está muy exaltado. Pero al-Ricutí es de esos

hombres buenos, calmos, pacientes a los que toman por débiles y que, sin embargo, bajo sus amables formas, bajo su natural bien dispuesto, late una fuerza y un valor que, por estar siempre ocultos, sorprenden a todos cuando despiertan.

—¿Que no me compete? ¡Podéis iros al diablo con todas vuestras relucientes armas! ¡Amo a vuestra hermana por muy prohibido que quieran tenerlo las religiones, los hombres y las costumbres! ¡La amo y no lo callaré más! ¡Y por eso mismo me compete esto tanto como a vos! Además, ¿acaso pretendéis poneros a andar como un demente esperando que la casualidad os guíe? ¡Si no sois capaz de pensar, lo haré yo por vos!

Tello nunca ha visto a al-Ricutí así, echando fuego por los ojos, gritándole a la cara, con las venas del cuello marcadas y las manos crispadas. En un primer momento, uno de ira, tensa los músculos para darle un puñetazo, pero luego, a saber por qué o quizá sí lo sabe, se le viene a la cabeza la imagen de Juana y recuerda que él también quiso a escondidas y vivió las penas y frustraciones de un amor prohibido.

—Está bien, venid con nosotros... —concede con una voz que ya no porta furia, sino una infinita tristeza. Y sin añadir más, le tiende su daga al moro y se encamina de nuevo a la noche que silencia las calles de Sevilla.

Son tres sombras. Tres hombres iluminados por una linterna buscando a dos mujeres en una ciudad que es dédalo y confusión. ¿Por dónde empezar? Al-Ricutí lo sabe.

—Vuestra hermana pretendía sorprender a Sancha haciéndole un espléndido regalo en agradecimiento del valor mostrado en la garganta de los Carneros y de tantos años de abnegados servicios y cariño —dice caminando junto a los cristianos.

Tello se vuelve, sorprendido y un tanto contrariado. ¿Por qué no sabe él nada de eso? Luego recuerda, o por mejor decir, admite, que al-Ricutí está tan cerca o más del corazón y la mente de Isabel de lo que él pueda estar.

—¿Conocéis qué pretendía regalarle?

—Veo que volvéis a pensar. Así es, quería comprarle perfume de nardos, una saya de seda de Granada y una aljuba a juego.

—Eso no ayuda mucho... —concluye Tello, sin dejar de apresurarse por las oscuras calles.

—Al contrario, lo hace, y en grado sumo —le replica al-Ricutí.

Como ve que Tello no sabe a dónde quiere llevarlos, agrega:

—La clave es la seda de Granada. Aquí en Sevilla, se fabrica seda y también viene de Ultramar, Sicilia y hasta de Morea[3] , pero quizá sean pocos los comerciantes que importan seda de Granada. En cualquier caso, si vamos a casa del almotacén, sabremos quiénes de entre los que aquí venden seda la traen desde Granada, porque él, el almotacén, es el responsable de llevar las listas con los nombres de los comerciantes, de los artesanos y sus aprendices, así como de anotar dónde compran y de dónde traen sus mercancías, o hacia dónde las envían cuando las venden[4] .

Tello se detiene en seco. Eso es un buen comienzo. A su lado, Alvar se permite una tenue sonrisa, siente que la desesperación que los embarga disminuye un tanto.

—¡Busquemos a los alguaciles del concejo y preguntémosles dónde vive el almotacén!

Sin importarles que la medianoche tenga a Sevilla en la cama, se ponen a dar grandes voces llamando a los alguaciles y, al cabo, se topan con ellos.

Son tres a la luz de una antorcha y los miran malencarados. Pero, al ver que Tello porta espada y se dirige hacia ellos sin mostrar

temor alguno, se debaten entre ponerse en guardia o salir corriendo.

—¡Soy Tello Bermúdez, caballero del rey Alfonso! —clama mientras se va directo hacia los alguaciles, quienes tienen el rostro blanco y no por culpa de la luz clara de la luna—. ¿Dónde vive el almotacén de Sevilla?

Tardaron un poco en reaccionar, pero, cuando quedó claro que Tello era quien decía ser, se apresuraron a cumplir sus órdenes y, un cuarto de hora más tarde, Tello aporrea la puerta del almotacén. El hombre, que disfrutaba de un buen sueño, abre la puerta con mal genio, pero se topa con el rostro tenso de Tello, un rostro que ha visto muy de cerca mil veces a la huesuda muerte y que ha entregado a la avariciosa Parca más de cien vidas de enemigos. Una cara así te invita a calmarte, a ser prudente, a mostrarte colaborativo y bien dispuesto.

—Solo cuatro mercaderes compran seda de Granada, y uno de ellos, García Garcés, cerró hace dos días su tienda para irse a Carmona a hacer negocios —les informa el almotacén.

—Danos sus nombres y ordena a los alguaciles del concejo que nos lleven hasta sus casas —exige Tello, y el almotacén ni se plantea desobedecer.

Tres son los nombres: Mohamed ben Sidi, Simón el Cordobés y Pedro Ansúrez. El primero no abre su puerta pese a los tremendos golpes con los que Tello la aporrea. La puerta, claro está, termina saltando por los aires cuando el caballero se echa hacia atrás y le propina una salvaje patada. ¿Lo demás? Un hombre aterrorizado al que sacan de la cama tomándolo por el cuello y que jura y perjura, hasta por la leche de los pechos de los que mamó, que nada sabe de lo que le preguntan. Aun así, Tello, receloso, ordena a dos de los alguaciles que se lo lleven custodiado hasta que se deshaga el entuerto. El segundo, el hebreo Simón el Cordobés, abre la puerta

de inmediato y con sus ochenta venerables años no ofrece dudas a nadie de que nada tiene que ver en el asunto. El tercero, Pedro Ansúrez, también niega saber nada y parece convincente en extremo.

—Nada he visto, oído o sabido sobre tales damas —responde—. Veo que os son muy queridas y comparto vuestra preocupación. Por Dios os juro que si algo llegara a mis oídos, de inmediato os enviaré noticia de ello.

Un hombre bueno, sin duda. Pero huele a nardo, y ese no es perfume que lleve varón alguno.

—Oléis a nardo —apunta al-Ricutí clavándole los ojos oscuros al mercader.

—¿A nardo?

—¿Y vuestra esposa?

Pedro Ansúrez tampoco tiene respuesta para eso, pues no tiene mujer, ni hija, y recuerda, con una silenciosa maldición, que a las mujeres se les rompió el frasco de nardo cuando el vizcaíno y el inglés las apresaron y que la maldita esencia lo impregnó todo. Sin duda, cuando adecentó y ordenó el cuarto donde las habían atrapado, se empapó las manos y la ropa con el nardo que ahora lo delata. Pero es hora de contestar a la pregunta, y lo hace con la única respuesta que se le ocurre: tomándolos desprevenidos, les cierra la puerta en las narices y echa a correr hacia el patio trasero de su casa y tienda. Tello replica a su vez derribando la puerta como si fuera de paja en vez de roble, y entra como un ciclón: derriba muebles y grita como un oso enfurecido mientras le pisa los pies al sedero, que, ya en el patio, trepa por la tapia para ponerse a salvo.

No se va a poner ni a salvo ni a nada. Tello lo aferra por un pie, lo echa al suelo y lo muele a patadas mientras le pregunta dónde están su hermana y Sancha. Y el prodigio se opera. Allí donde el oro inglés

volvió al mercader ciego, sordo y mudo, las patadas castellanas le devuelven plenamente sus facultades y le permiten acompañarlas de una clara, diáfana memoria.

—¡Piedad, piedad, os lo suplico! ¡Se las llevaron el vizcaíno y el inglés!

—¡Pues dime a dónde se las llevaron y reza para que las encuentre intactas y salvas! ¡Una cosa te juro, hijo de perra, que si no las encuentro salvas, te sacaré el hígado y te lo haré tragar antes de que mueras!

Están solas y a oscuras. El hombre grande y rubio impidió que el vizcaíno las violara, como era su intención, pero eso no las ha librado del terror: pregunta tras pregunta, el hombre de ojos verdes y fríos las ha interrogado y, como se negaban a darle respuesta, añadió bofetadas y golpes a las preguntas. Ahora, a su lado, Isabel gime con los labios partidos. Semejante castigo para una mujer enferma y tan frágil ha sido demasiado. Ella, Sancha, es más fuerte, y tuvieron que atarla para impedir que les sacara los ojos defendiendo a su señora. Luego, claro está, la molieron a palos. Hace frío y eso que media abril, y fuera, en ese mundo donde la gente no gime de dolor, hace calor. Pero al menos han dejado de pegarlas y están solas. Afuera, al otro lado de la puerta, ronca un hombre. ¿El vizcaíno o el rubio de ojos verdes? No pueden saberlo.

William piensa. Es algo que se le da bien y, por eso, pese a ser un malvado, ha cumplido los treinta y cinco. Se debate entre matar a las mujeres o no. Y gana la opción de matarlas, pues le han sido de poco provecho y no puede dejarlas libres. La vida es como es, y la de un espía desalmado tiene sus servidumbres, y una de ellas es no dejar testigos. Así que se levanta del camastro, se pone las botas y

se encamina a donde el vizcaíno. Este monta guardia delante de la puerta del cuarto donde han encerrado a las mujeres a las que va a asesinar.

Es una pena, no le gusta lo que va a hacer. La dama, Isabel, se llama, es frágil como un pajarillo y, en verdad, abofetearla y encajarle un puñetazo en el estómago se le ha hecho difícil. Pero esta es su vida y se la juega si no envía a su señor, Ricardo de Cornualles, la información que el rey de los romanos espera. Por eso tampoco ha tenido piedad con la otra, con la morena. Aunque la muchacha, más que un pajarillo, le ha parecido una loba furiosa. ¡Cómo mordía y arañaba la muy maldita! De hecho, la chica le ha dejado marcada la cara a fuer de arañazos y las manos señaladas a mordiscos. Aun así, también le dará pena rebanarle el cuello, pues es terriblemente hermosa. Bueno, se promete, intentaré matarlas rápido para que sufran lo menos posible.

Al escucharlo venir, el vizcaíno despierta de su sueño. Ha bebido demasiado vino y le duele la cabeza. Detrás, tras la puerta cerrada, se oye llorar a una de las mujeres y a otra tratar de consolarla, y, al escucharlas, el libidinoso apetito, pese a la resaca, se le aviva de nuevo.

—¿Me dejas gozar de la morena antes de que la mates? —pregunta a William, esperanzado, lamiéndose los labios y llevándose una mano a la entrepierna.

El almacén del sedero Pedro Ansúrez no estaba lejos de su casa. De hecho, Pedro Ansúrez llegó a él más rápido que nunca: Tello Bermúdez lo llevaba en volandas y sujeto por el cogote. Ante la puerta, y como Tello ha advertido a todos de que no hagan ruido, Pedro Ansúrez maldice su barriga cuando, a punto de soltarse por el miedo, cruje con furia.

—Describe el interior —le exige al-Ricutí mientras Tello sigue apretándole con saña la nuca.

—Tras esta puerta hay un pequeño patio y, tras ella, una segunda puerta que da acceso a una cámara que uso como despacho y, si es necesario, como dormitorio si el almacén está repleto con una carga de seda recién comprada. Desde esa estancia se accede a una sala más grande donde guardo las mercancías y, tras ella, una última habitación, la más pequeña y carente de ventanas —explica con voz temblorosa y a toda prisa.

—¿Solo se puede acceder por esta puerta? —pregunta ahora Tello.

—Sí, solo hay una puerta. Aunque supongo que podríais entrar también por alguna de las ventanas.

—No me gusta, Tello, no me gusta... —reflexiona al-Ricutí en voz alta.

—¿Por qué? A mí me parece buena cosa: si están ahí dentro, los tenemos atrapados.

—Eso es lo que me asusta, Tello. Si se sienten acorralados, pueden hacerles daño.

Tello se da cuenta de que eso es lo más lógico que acontezca, y echa entonces una rencorosa mirada a la puerta del almacén al caer en la cuenta de que, si la echa abajo, pondrá de inmediato en riesgo las vidas de Isabel y Sancha. Al lado de su tío, Alvar está en otra cosa. Mientras que los mayores hablan, él se ha dado cuenta de que el almacén se alza sobre una suerte de pequeños pilotes. De manera que queda un estrecho hueco entre el barro y el entablado que forma el suelo del almacén. Están muy cerca del río, y allí muchas casas y almacenes se construyen en alto para evitar que, cuando el río suba, los inunde.

—Puedo meterme por ahí abajo y dar con ellas antes de que vosotros derribéis la puerta —dice Alvar sin alzar la voz y atrayendo

hacia sí la atención de todos.

Tello primero se queda mirando a su sobrino y, luego, al embarrado y estrecho hueco entre el suelo del almacén y la lodosa orilla del río.

—Alvar tiene razón —apunta al-Ricutí—. Si consigue meterse por ahí debajo y llegar hasta Isabel y Sancha, podrá protegerlas o, al menos, ponerlas sobre aviso, mientras nosotros penetramos a viva fuerza por la puerta para tratar de sorprender a sus raptores.

—Está bien, Alvar. Lleva la daga entre los dientes, necesitarás las dos manos para arrastrarte, y procura no hacer ruido. Cuando des con tu madre y Sancha, intenta darnos una señal. ¿Sabes imitar el chillido de la lechuza?

—No, tío, pero sí sé hacer el de las ratas.

—Eso será más convincente —conviene al-Ricutí—; este lugar está repleto de ellas.

Justo por donde Alvar tiene que arrastrarse, corre una rata tan grande como negra, y sus ojos rojos y malignos brillan un instante, como si fueran el destello de una promesa de sumo peligro.

Todos se preparan. Alvar se tiende y repta bajo el suelo del almacén, Tello desenvaina la espada, al-Ricutí apresta la daga y el alguacil del concejo, que sigue con ellos, toma el relevo como guardián de Pedro Ansúrez y le clava a este la punta de su bracamarte en las costillas para que siga callado y quieto. Entonces Alvar se arrastra por el barro sucio. No lleva ni seis varas avanzando cuando ya una rata se le encarama en la espalda, correteándosela por completo y bajándole por las piernas. Pero el muchacho tiene arrestos y no se inmuta, sino que sigue progresando, vara a vara, y, mientras lo hace, recuerda la descripción que del almacén hiciera Pedro Ansúrez y calcula dónde se halla. Al cabo, sobre su cabeza, escucha llorar a su madre y un nudo de emoción le cierra la

garganta. Su primer impulso es llamarla, consolarla, decirle que todo está bien y que en un suspiro Tello, al-Ricutí y él mismo las rescatarán. Pero entonces oye otra cosa: una puerta que chirría al abrirse. Rápido, como centella, se gira para quedar de cara al entablado que forma el suelo del almacén, y está muy bien que haga eso, pues ahora, tras el chirrido de la puerta, Sancha grita aterrorizada.

William detesta aquello. Nunca ha violentado a una mujer y nunca lo hará. Ha matado a unas cuantas, desde luego, pero, cuando lo ha hecho, ha sido de forma rápida, limpia y por una buena razón: la suya y cada vez que le convenía. Pero violar..., eso es otra cosa.

Por eso no le ha agradado tener que transigir con la petición del maldito vizcaíno. Pero bueno, el hombre está en su derecho y ahí lo tiene, tratando de forzar a la chica morena mientras él, a quien siempre le toca hacer lo más tedioso, sujeta por el pelo a la dama frágil como un pajarillo y se dispone a darle una rápida puñalada en el corazón.

¡Cómo se mueve la condenada! La gente no sabe dejarse asesinar. Piensa con fastidio mientras los gritos de las mujeres resuenan entre las cuatro paredes. Por suerte —piensa mientras trata de ajustar su puntería con el cuchillo para lanzar la puñalada—, este barrio, junto al río, es un lugar donde no es raro que se escuchen peleas ni que se oigan violentas disputas entre prostitutas.

Tello y al-Ricutí escuchan los gritos de Isabel y Sancha y un resorte se activa en ellos. Tello carga contra la puerta como un toro furioso y al-Ricutí salta tras él con los ojos encendidos y la daga dispuesta.

Sancha grita y araña el rostro del vizcaíno, que trata de subirle las faldas y de inmovilizarla. Le abre las piernas mediante el expediente de meterle la rodilla entre ellas. A su lado, Isabel chilla de pánico, pues el hombre rubio la sujeta por los cabellos mientras se dispone a endosarle una puñalada mortal.

Alvar no espera. Golpea hacia arriba, con la daga, y atraviesa la madera. Ya sabe que no es un golpe efectivo. A tan solo un palmo por encima de él están tratando de apuñalar a su madre, así que el golpe de daga del muchacho es tan desesperado, tremendo y afortunado que dos dedos de acero toledano se meten por el resquicio que queda entre dos tablas y lo atraviesan y se clavan en el pie derecho de William.

—¡Por todos los infiernos! —ruge el inglés de dolor soltando los cabellos de Isabel, que, con la fuerza y el acierto que otorga el instinto de supervivencia, agarra por los testículos a su agresor y se los retuerce.

William cae al suelo boqueando, mientras debajo de ellos Alvar grita como un poseso. Pero no hay tiempo de preguntarse qué está pasando. A su lado, Sancha, inmovilizada, medio desnuda, está pasando de estar a punto de ser violada a ser degollada. El vizcaíno siempre fue rápido cambiando de opinión. A veces, eso, cambiar de opinión, no es tan fácil, y esta noche es una de esas «veces». Isabel le cae encima y será «frágil como un pajarillo», pero es valiente como un águila. William, tirado en el suelo, aunque siente un dolor insoportable en el pie y en los testículos, ha escuchado aullar a Alvar, y todos sus resortes de viejo ladrón y veterano espía le gritan una misma cosa: ¡Peligro! Así que no se queda a ver si el vizcaíno puede o no puede con las mujeres transformadas en fieras, sino que, arrastrándose fuera del cuartucho, consigue ponerse en pie. Solo

para toparse con Tello, que, espada en alto y con el rostro convertido en máscara de muerte, se le echa encima.

William es más rápido. Con el pie bueno, da una patada al taburete donde el vizcaíno estaba sentado y roncando mientras montaba guardia, y Tello tropieza con él y se va al suelo, lo que da al inglés tiempo para saltar por encima, noquear a al-Ricutí dándole un certero codazo en la barbilla y salir corriendo a la calle ante la mirada asombrada del alguacil y de Pedro Ansúrez, que no aciertan a decir ni a hacer nada. Dentro, mientras William escapa, el cuchillo del vizcaíno no tiene misericordia. No, no la tiene. Pero la espada de Tello tampoco.

El caballero, tras rodar por el suelo, se ha puesto de pie de un salto y, comprendiendo de forma instintiva que lo más urgente es auxiliar a las mujeres y no perseguir al secuestrador, entra en la pequeña habitación con la espada dispuesta.

Sí, y entra a hacer justicia. El primer tajo de la larga hoja cercena la mano del vizcaíno que sujetaba el arma con la que se disponía a matar a Sancha y, tras la mano, el asesino siente cómo la espada, terrible, cae de nuevo sobre él, destrozándole el hombro y luego, una tercera vez, alcanzándole bajo la rodilla para medio amputarle la pierna. Cae al suelo, desangrándose, con los ojos desencajados de puro pánico. Sobre él, como un demonio guerrero, se alza un hombre alto, de cabellos y ojos leonados que se dispone a rematarlo. Pero no lo hace. No, no lo hace, sino que se agacha junto a él y con un movimiento rápido lo castra, y luego, tendiendo la mano a las mujeres, las saca de allí y lo deja morirse en el suelo, tal y como ha vivido: como una serpiente venenosa a la que se aplasta la cabeza y, aun así, agoniza por largo rato.

Sancha se abraza a Tello. E Isabel, dejándolo atrás, ha corrido hacia los brazos de al-Ricutí, que acaba de incorporarse y que la estrecha con fuerza mientras ambos se cubren de besos.

Tello los ve y piensa en decir algo. Algo severo y que les recuerde que aquello no está bien. Se lo piensa mejor, vuelve la cabeza de nuevo y estrecha con fuerza a Sancha y la besa en los negros cabellos, mientras murmura palabras de calma y consuelo.

—Todo está bien, todo está bien —le susurra con dulzura, y ella, entre sus brazos, siente que, al fin, esas palabras son ciertas. Todo está bien.

9

La noticia del secuestro y rescate de doña Isabel y de su criada, Sancha, recorrió la corte y Sevilla entera, con la misma rapidez que el redoble de las campanas. Para el rey Alfonso fue otra señal más de que sus enemigos en la sombra estaban al tanto de que planeaba una gran jugada. Al igual que en la garganta de los Carneros, trataban de abortarla o de ponerse al corriente, atacando a aquellos que relacionaban con sus secretos planes imperiales. No obstante, esa convicción volvía a llevar al rey al mismo lugar. Desconocía quién o quiénes eran esos enemigos que lo acechaban desde las sombras. ¿Tal vez los hombres de Ricardo de Cornualles en Espanna? ¿Su hermano, el infante Enrique? ¿Su suegro, Jaime I de Aragón? ¿O acaso se trataba, como ya sospechaban Yehuda ben Moshe, Tello Bermúdez y él mismo, de quien hasta entonces había tenido por su mejor amigo, don Nuño González de Lara? Y sobre todo, ¿quién de entre todos ellos estaba lo suficientemente al tanto del libro y de las posibilidades que su desciframiento implicaba? Dicho de otro modo, una y otra vez se preguntaba quién conocería la existencia del tesoro y prevería lo que podría hacer si se apoderaba de él. Preguntas. A veces, una vida, un reino, la historia toda depende de eso, de hacerse las preguntas correctas y de hallar las respuestas adecuadas. Y Alfonso X, en aquellos días en Sevilla, no paraba de hacerse preguntas y de buscar respuestas.

También se las hacía don Nuño González de Lara. Día tras día, desde que llegaron a Sevilla, se esforzaba todo lo que podía en ser

útil a Alfonso, en mostrarle su amistad, en darle pruebas evidentes de que era su consejero más leal. Sin embargo, sus desvelos no daban fruto. Alfonso seguía estando distante con él, no atendía a sus consejos y todo evidenciaba que su desconfianza no solo se mantenía, sino que se acrecentaba, y era así por mor de episodios como el del secuestro de doña Isabel y su criada.

—¡Maldito sea el necio que tramó tan estúpida jugada! —se le escapa al conde, y acompaña la maldición con un puñetazo descargado con furia sobre la tabla de la mesa donde está cenando.

Pues ese «necio» no solo estorba sus planes de volver a ganarse la confianza del rey, sino que, además, y por lo que parece y al igual que él, está siguiendo la pista del libro. Al contrario que Alfonso, Nuño González de Lara cree saber quién es: Ricardo de Cornualles o, por mejor decir, su hombre en Espanna. Don Nuño lleva dos años en tratos con Ricardo de Cornualles y nunca pudo averiguarlo. El príncipe inglés, tan astuto como desconfiado, siempre le negó esa información.

Aquello que no han querido revelarte puedes desvelarlo tú si tienes la astucia necesaria para ello. Y el conde de Lara la tiene. Ha prestado oído a la narración que del rescate de doña Isabel y su criada corre por Sevilla y se ha detenido en un detalle: el secuestrador que logró huir iba herido en la planta del pie. Una herida poco frecuente, ¿verdad? Así que ha puesto a trabajar a su gente, a hallar a un hombre grande y rubio con una herida en la planta del pie, y pronto, muy pronto, lo tendrá en sus manos y lo hará hablar. Su gente... perdió a Yáñez y al ballestero en la garganta de los Carneros. Allí, sin duda, deben de yacer sus huesos blanqueándose al sol; perdió también a Beatriz la Loba, ¿dónde estará? Y en cuanto al canónigo Martín Pérez y a Egidio el

Nigromante, en estos momentos deben de estar en algún lugar entre Mallorca e Italia.

Pero aún tiene hombres e hilos de los que tirar y, además de buscar al secuestrador herido en el pie, ha enviado un emisario a Algecira[1] para que transmita un mensaje al gobernador del rey de Granada en el estrecho de la mar[2] . Como buen jugador de ajedrez, anticipa los movimientos del contrario. Sin duda, Alfonso aprovechará la embajada de su prima, María de Brienne, para tratar de camuflar la expedición que envíe a Oriente en busca del tesoro. Es obvio que así será, y él, astuto cazador, está dispuesto a adelantarse. Va a sobornar al gobernador de Algeciras y Ceuta para que disponga galeas[3] que intercepten la nave que Alfonso envíe y que, necesariamente, pasará por el estrecho de la mar. Granada estaba en paz con Castilla y su rey, Muhammad I, era vasallo de Alfonso, sí, pero el oro arregla esas cosas y además, el gobernador de las Algeciras es hombre práctico y ambicioso, y sabrá usar ese oro para «estimular», por así decir, a los corsarios benimerines, para que estos hagan el trabajo.

Pero para eso aún falta tiempo. Mañana, según les han anunciado desde al-Canate[4] , mediante señales lanzadas desde las almenaras, la emperatriz María de Brienne llegará a Sevilla y en ella pasará una o dos semanas. Así que, por lo pronto, la prioridad es seguir dando muestras de lealtad a Alfonso y atrapar al hombre del pie herido. A saber dónde se ha escondido el muy perro. Sevilla es grande. Pero cuando te dedicas a secuestrar mujeres, el número de las gentes que pueden ocultarte se reduce mucho: mercenarios desocupados metidos a asesinos, ladrones y meretrices.

William tiene fiebre. La herida del pie se le ha infectado. Acurrucado bajo las sucias mantas que le han dado, tirita de un frío mortal tan

incontenible que hasta le castañean los dientes. Por supuesto, no es la primera vez en su vida que pasa por esto, pero siempre puede ser la última. Así que ha llamado a un médico discreto. Uno de esos cuyo nombre circula entre los ladrones y gentes de mal vivir de Sevilla y que, a cambio del dinero necesario, nunca recuerda a sus pacientes. Llaman a la puerta y William, pese a la fiebre, se alerta y prepara la daga.

—¿Quién va?

—Traigo al médico.

La voz de Clara, la meretriz en cuya casa se esconde, le parece a William manchada por un matiz ronco que no le conoce. Así que en vez de descorrer el cerrojo, abre la ventana y salta por ella.

En ese momento, muy lejos de allí, el canónigo Martín Pérez reza. Reza mucho, pues sabe que numerosos son sus pecados. Su falta más severa: gozar con el dolor ajeno. Así que reza y, cuando termina, se halla en paz. Dios, cuando te arrepientes, perdona y sana. Se pone en pie y ajusta el equilibrio al dispar bamboleo de las olas que mecen el barco. El piloto le dijo por la mañana que pronto llegarán a las costas toscanas y al puerto de Pisa. Allí, sin duda, podrán hallar pasaje para Atenas. Así que aún les quedan, como poco, tres o cuatro semanas de viaje. Eso lo pone de mal humor. No le gusta el mar... Sale con su mal humor del diminuto receptáculo que le sirve de camarote y sube a cubierta. Allí, asomado a la borda, está el joven Miguel, y su visión despierta en los labios del canónigo una maligna sonrisa y el deseo de atormentar un poco al inocente muchacho. ¿Que acaba de pedir perdón a Dios por tales cosas? Sí, pero al canónigo Martín Pérez le gusta rezar, y Dios siempre perdona.

—¿Has averiguado algo más, muchacho?

Miguel se sobresalta, creía que el canónigo no saldría en toda la tarde de su cubículo y ahora lo tiene a su espalda, echándole el aliento en el cogote.

—Aún no, mi señor canónigo.

—¿Aún no, aún no? —lo remeda, cruel y burlón, el canónigo—. ¡Piensa! —Y acompaña la exigencia clavándole en un glúteo el afilado *scalprum* con el que se afilan las plumas y se raspan los pergaminos para borrar los errores.

La humillación, el dolor en la mente que padece quien es de manera continua atormentado, no se borra con ningún *scalprum*, sino que permanece silente y a veces engendra cosas terribles como las que ya ha hecho nacer en el alma de Miguel. Cuando el canónigo se aleja de él, se dice, entre dientes, que solo debe aguantar un día más, uno más, para cobrarse venganza, y cuando se vuelve, sus ojos se topan con los de Egidio, el Nigromante, y este, muy serio, asiente.

Al día siguiente, en el Guadalquivir...

María de Brienne, emperatriz de Constantinopla, es una mujer muy hermosa. A sus treinta y cuatro años sigue siendo considerada «la flor de Oriente». En la cubierta de la enorme coca veneciana que la lleva a Sevilla, vestida con toda la pompa de una emperatriz, con sus rubios cabellos ceñidos la corona imperial es, en efecto, femenino esplendor.

En torno a ella, sus damas y servidoras se afanan por acomodarle el fino velo de hombros y el pesado loros, el manto imperial teñido de púrpura y recamado de piedras preciosas que, dotado de una suerte de banda bordada desde el cuello, cruza en diagonal el pecho para caer sobre el brazo izquierdo. Así, se forma un sobrevestido de amplísimas mangas y elegantes aberturas, tejido con seda labrada

con oro y forrado de armiño que deja ver la larga y ajustada *tivetesion,* la túnica de sutilísima seda decorada con infinidad de figuras geométricas. Esta le cubre del cuello hasta los pies calzados con sandalias guarnecidas con perlas. Parece envolverla en tornasolados rojos, verdes y dorados.

Con el puerto fluvial de Sevilla ya a la vista, hasta ella llega, como el clamor de muchas aves, el griterío de los sevillanos dándole la bienvenida. Pese a la tristeza que la embarga, ilumina su rostro perfecto con una sonrisa y extiende las manos para que una de sus damas se las enfunde con los finos guantes imperiales teñidos de púrpura. A continuación, se le coloca en el índice de la mano derecha el anillo de oro y amatista que la señala como emperatriz de Constantinopla. Una emperatriz triste porque viene a suplicar por su hijo. Por su pequeño, al que su imperial esposo tuvo que entregar como prenda para que los venecianos le concedieran un crecido préstamo con el cual fortalecer los ejércitos del imperio latino de Constantinopla que tan reciamente combaten los del emperador griego de Nicea.

Venecia no liberará a su hijo hasta que reciba la plata del préstamo más sus intereses. Aunque el rey de Francia y el papa han prometido entregarle dos terceras partes del dinero necesario para ello, sus promesas nunca se concretan. Ahora, aquí, en Sevilla, por muy emperatriz que sea, por mucha pompa con la que se vista y acompañe, tendrá que suplicar a su primo, a Alfonso de León y Castilla, que se apiade de ella y le entregue una parte, al menos, de la enorme suma que adeuda: cincuenta quintales de plata[5] .

Los marineros de la enorme nave veneciana ya están haciendo las maniobras de atraque. El sol arranca resplandores de la emperatriz recubierta de gemas, perlas y sedas. No parece de este mundo, sino

que se asemeja a un ángel bajado de los cielos para asombrar a los hombres.

Uno que necesita cuidar hasta el último de sus angelicales detalles; a toda prisa, otra de sus damas da un último toque a los largos y ondulados cabellos rubios de María, que, cayéndole sobre los torneados hombros, son aún más brillantes que la seda y las gemas. Sobre ellos, la corona imperial. La Stemma, con su ancho aro de oro macizo coronado por áureos merlones y cuajado de perlas blancas de Arabia, piedras rojas y verdes esmeraldas de la India, dispuestas en tres bandas sobre el dorado metal, de cuyos costados penden las *pendilia*: las cadenillas de perlas y gemas que desde la corona caen hasta el arranque de la barbilla de la emperatriz[6] .

Todo está listo y justo a tiempo. Se tiende la pasarela que permitirá a los pies de María de Brienne desembarcar en Sevilla y caminar hasta su real primo. Alfonso la espera, sentado en un trono dorado y dispuesto sobre una grada de tres escalones cubiertos por una rica tela blanca. El rey, con un rojo manto bordado de oro y una túnica de armas que muestra los emblemas de sus reinos, castillos dorados y rojos leones, lleva los castaños cabellos ceñidos por la corona regia y en la mano porta un cetro de marfil y oro. A su alrededor, vestidos con sus mejores galas, el arzobispo de Sevilla, sus cortesanos y oficiales, y formando largo pasillo que hasta él conduce, los ricos hombres de sus reinos, y, tras estos, el pueblo de Sevilla, que, por primera vez en su historia, contempla a una emperatriz. María de Brienne avanza. Es la belleza y la gloria, y sobre ella llueven flores que arrojan las mujeres de la ciudad mientras un tronar de tambores y un clamor de trompetas acompasan sus elegantes pasos. Se miran la emperatriz y el rey. Dos primos que nunca se han visto y que pugnan contra el mundo: la

una por rescatar a su hijo y por seguir siendo emperatriz, y el otro por lograr ser emperador y gobernar sus reinos rodeado de traidores.

—Bienvenida seáis, mi señora emperatriz María —saluda Alfonso, se pone en pie, baja los tres escalones y, de forma caballerosa, toma la mano de su prima, la besa y la conduce al estrado en donde a su siniestra, entre su trono y el de la reina Violante de Aragón, se ha dispuesto un tercero en el que, con cortesía, ayuda a sentarse a María de Brienne.

Se desata el delirio en Sevilla. Alfonso es la viva imagen del rey caballero, y eso siempre es hermoso de ver. Y María, tan bella, tan espléndida, es un fulgor sobre la tierra. A su lado, Violante de Aragón, la buena reina, es encarnación de bondad. Un poco por detrás de tan regias figuras, el conde de Lara, don Nuño, observa y aguarda. Y desde la multitud, con los rubios cabellos teñidos y haciéndose pasar por un lisiado mendigo, William de Amesbury lucha contra la fiebre y anota en su memoria cada detalle de la escena que ve para luego enviar mensaje secreto de ella a su señor, Ricardo de Cornualles. Mientras en eso se entretiene, como es uno de esos hombres capaces de hacer dos cosas a la vez, elabora un plan siniestro.

Esa noche, en el alcázar, Alfonso X ofrece a su prima, la emperatriz María de Brienne, un soberbio banquete. Se hallan a finales de abril y la noche, cuajada de azahar y luna, es dulzura en Sevilla. Por eso, el rey ha dispuesto que el festín sea ofrecido en los jardines del alcázar, acompañado por la música de fuentes y acequias y bajo el infinito dosel de unas estrellas que parecen reflejo celeste de las gemas que lucen ricos hombres y bellas damas. Isabel y Sancha, que esta noche estrena sus galas, están sentadas en una de las

últimas mesas junto a Tello, Alvar y los demás miembros de lo que el caballero del rey llama ya «su compañía». Como si Tello, en vez de encabezar una partida conformada por tres sabios, dos mujeres y un muchacho que aún no ha cumplido los quince años, capitaneara una feroz banda de condotieros italianos. Sancha, con su saya de roja seda de Granada, por debajo de la cual asoma la finísima y blanca aljuba bordada con oro, no necesita más corona que sus cabellos negros, ni más joyas que sus ojos de noche primigenia. Isabel, pese a su frágil palidez o quizá por su causa, es un vivo destello de elegancia envuelta en seda azul bordada en plata y regida por unos ojos alazanes que buscan a al-Ricutí para entregarle una ocular sonrisa de complicidad. Después del rescate, el muro que se alzaba entre su hermano y su amante se ha derrumbado, y ella, al ver de nuevo amigos a los dos hombres que tanto ama, se siente dichosa. Y si faltara algo para colmar su dicha, a su diestra está su hijo, Alvar, tan alto como un hombre y tan valiente como ha mostrado ser. Su corazón de madre está repleto de orgullo y, al ver de reojo cómo Alvar luce con juvenil gallardía sus mejores galas mientras dedica una pícara sonrisa a una de las jóvenes damas que forman el cortejo de la emperatriz de Constantinopla, una risa cristalina brota de su garganta como una fuente de felicidad. María de Brienne no es feliz. Sentada a la mesa del rey, la cristalina risa de Isabel Bermúdez ha atraído su atención y, de inmediato, se percata de su causa: una de sus damas, la joven Margarita de Tournai, de quince años, no puede apartar los ojos de un muchacho muy apuesto que, por su parte, tampoco puede apartar los suyos de la guapa niña. Todo es felicidad alrededor, pero ella, emperatriz, bella entre las bellas, no puede rescatar su pensamiento de la imagen de su hijo cautivo en Venecia. Alfonso se percata de esa tristeza y conoce su causa. Ha llegado el momento de mostrarse magnánimo y, de paso, poner en marcha su

plan. Hace una señal a su mayordomo y, poniéndose en pie, atrae la atención de todos.

—Mi señora emperatriz y prima —dice a María de Brienne, quien alza hacia él sus tristes ojos azules—. Apenas habéis probado bocado. La carne es de grulla y está sazonada con pimienta de la India y nuez moscada. ¿No es de vuestro gusto?

María inclina la cabeza en un gesto elegante y, cuando la vuelve a alzar, a la luz de las antorchas, sus rubios cabellos ondean como rayos de sol.

—El festín es espléndido, mi señor rey y primo. En verdad, nunca vi uno tan magnífico. Pero mi apetito se lo llevó la pena cuando me apartaron de mi hijo. Ahora vivo suplicando ayuda. El rey de Francia y el papa me han jurado que me enviarán un tercio de la suma. Pero de esos juramentos hace mucho, y la plata que prometieron nunca llegó, y, aunque llegara, aún me quedaría un tercio de la suma por reunir. Por eso vengo a vos, como peticionaria. ¿No podríais darme el tercio restante del rescate de mi hijo?

Tras escuchar aquello, Alfonso queda largo rato contemplando el rostro de María: ovalado, de frente amplia ligeramente redondeada, nariz pequeña, fina y recta, labios perfectos, pequeña barbilla y almendrados y grandes ojos, tan azules como el mar más glorioso en un día soleado. Al levantar la cara hacia el rey, el grácil cuello de la emperatriz es locura que invita a los hombres a besarlo y sus ondulados y rubios cabellos huelen a rosas de Oriente que parecen encadenar a Alfonso, pues es incapaz, a todas luces, de hacer otra cosa que no sea mirarla. Al lado del rey, Violante de Aragón se mueve inquieta, y Alfonso, dándose al fin cuenta de lo embarazoso de la escena, logra dejar de mirar a María y volver en sí, recordando lo que tiene que hacer. Solemne, asiente, comprensivo, mientras que en su fuero interno se dice que nunca le costó tan poco ser

generoso. Va a ordenar lo que quedará para la historia y dará lustre a su memoria, pues lo mostrará como el más piadoso y espléndido de los reyes. Y, de paso, le permitirá encubrir sus verdaderos planes.

—¡Soy rey y caballero, y por Santiago que no permitiré que sufráis esa pena ni un instante más! —clama—. ¿Un tercio del rescate me pedís? ¡Os haré entrega de la totalidad de la suma! —Alza la mano y treinta fuertes servidores entran en el jardín portando quince pesados cofres.

Los criados, vestidos de paño blanco, se acercan a la mesa del rey. María de Brienne, emocionada, se levanta y, ante ella, ante sus pies calzados con sandalias adornadas de perlas, los servidores del rey, cofre tras cofre, vierten un río de plata. Cincuenta quintales de plata pura que constituyen el rescate de su hijo. Plata y lágrimas. Lágrimas en los ojos de la emperatriz, que, emocionada más allá de toda medida, se inclina con gracia ante Alfonso, quien, alzándola de forma caballerosa, la besa en las mejillas mientras la argéntea montaña apilada a sus pies recoge mil fulgores de las luces que iluminan los jardines del alcázar de Sevilla.

—En deuda quedo con vos, primo.

—No hay deuda alguna, es regalo el que os hago y, además, obligación de caballero —responde el rey, que advierte entonces, al ceñírsele la túnica a María, cuán tentadoras son sus femeninas formas—. Pero si queréis complacerme en algo, os pediré una cosa —añade y, de súbito, se da cuenta de que le gustaría pedirle otra cosa distinta a la que va a requerirle.

—Pedid lo que queráis —responde ella, y el brillo de sus ojos parece decir más que sus palabras.

—Sabéis que amo la sabiduría, y es en Oriente, en Grecia y en Constantinopla donde más ha sido atesorada. Os pediría que permitáis que envíe con vos de regreso a una escolta que os guarde

a vos y al rescate de vuestro hijo y que, a la par, acompañe a Atenas a tres sabios que me son muy queridos. Y una vez allí, y bajo vuestra protección, podrán buscar y copiar los libros de los antiguos filósofos de Grecia.

—Se hará como pedís, mi señor y rey —concede la emperatriz, y de nuevo, al hacer una graciosa reverencia, se le ciñe tentadoramente la túnica.

A su lado, Violante de Aragón arde de celos y, tres pasos a un lado, el conde de Lara, don Nuño, se permite una sonrisa, pues todo está ocurriendo como ya previera.

Esa noche, en la madrugada, Alfonso aguarda a María de Brienne, que es anunciada por el perfume de las rosas. Una sola vela ilumina la estancia y, cuando María se muestra ante ella, Alfonso se levanta y queda hechizado mientras la emperatriz se queda desnuda. A sus pies calzados con sandalias púrpura quedan las vestiduras imperiales, las gemas y las perlas, y la piel blanca y perfecta de sus senos, engalanada con el oro de sus cabellos, es tentación suprema y altiva que Alfonso toma entre sus manos y besa con los labios.

Pues cierto es que Alfonso es generoso, pero una emperatriz sabe que la generosidad, cuando se recibe de manos de un rey, tiene un alto precio.

10

El emisario del conde de Lara llegó a Algecira una mañana temprano. La ciudad, una de las más hermosas del reino de Granada, era la dueña de la orilla europea del estrecho de la mar, y su *wali*, su gobernador, lo recibió con discreción, no en la ciudad, sino en una de las doradas playas que se ofrecían no muy lejos de las murallas que defienden la plaza. El *wali* es hombre viejo y sabio. Es un hombre de plena confianza del sultán Muhammad, al que todos llaman Alhamar el Rojo, por sus cabellos y barba bermejos. Conoció al conde cuando su emir y sultán visitó a Alfonso de Castilla para renovar tratados y parias. Los dos hombres se entendieron bien, pues los dos eran hombres de confianza de sus reyes y ambos gustaban de aprovechar esa ventaja para incrementar su propio poder personal.

—Mi señor, don Nuño González de Lara, os envía presentes y un ruego —dice el emisario del conde mientras el azul de las musicales olas rompe sobre la callada multitud de los infinitos granos de arena de la playa dorada.

—¿Y qué desea de mí vuestro señor?

—Un favor que nada os costará y que lo dejará en deuda con vos.

El wali de Algecira no responde de inmediato. Es viejo, y por eso sabe que ese tipo de favores, los que nada cuestan, son los más caros.

—Hablad, os escucho.

El emisario, un hombre entrado en años y algo sobrado de carnes, antes de hablar, se permite lanzar una valorativa mirada a lo que está viendo: una bahía perfecta cuyas costas giran hilando playas hacia levante, que se van rompiendo en desembocaduras de caudalosos ríos cuyas orillas aparecen bordadas de feraces huertas y de tierras de pan llevar mientras se precipitan desde los esmeraldinos montes donde tienen sus fuentes y en los que se dilatan apretadas selvas. Y allá, cerrando por oriente la bahía, domina el mundo, alzándose blanca de caliza y nubes la columna erigida por Hércules, el peñón de Gibraltar, y a sus pies, como callada centinela, una isla que llaman Verde.

—Dentro de ocho días la emperatriz María de Brienne abandonará Sevilla e iniciará, en una urca fletada por el rey Alfonso, un largo viaje de regreso a Constantinopla. Don Nuño consideraría que estaría en deuda con vos si la mala fortuna quisiera que unas galeas corsarias africanas cayeran aquí, en la angostura donde se juntan las aguas de la mar Océana y del mar Mayor[1] , sobre esa urca, la apresaran, se hicieran con el gran botín que lleva y cobraran luego ricos rescates por la emperatriz y su séquito.

El wali está tan sorprendido que enarca, sin darse cuenta, la ceja izquierda y se queda así, congelado frente a las olas.

—Si yo hiciera algo así y si se descubriera la treta, el rey Alfonso declararía la guerra a mi señor, el sultán de Granada, y, en cuanto a mí, sería castigado con la muerte. ¿Por qué he de correr tan graves riesgos por satisfacer a don Nuño González de Lara?

El emisario se concentra y traga saliva. Es el momento para el que lo aleccionó don Nuño y no puede fallar. No, sobre todo porque fallarle al conde es condenarse a una muerte terrible.

—Mi señor conoce cuán grandes son los riesgos, y por eso extrema las recompensas, tres mil doblas de oro, y añadid a eso lo

que la urca lleva y ahora os desvelo: cincuenta quintales de plata pura. Además, una vez en poder de los corsarios africanos, la emperatriz será rescatada por Alfonso y por ella podrán pedirle una suma semejante. ¿Os parece suficiente? A mayores, el conde está seguro de que seréis capaz de convencer a los corsarios, no solo de que acometan la empresa, sino también de que se repartan con vos el botín. —Y tras hacer una persuasiva pausa, añade—: Por último, admirado wali, considerad que, puesto que serán galeas corsarias africanas las que apresen la urca que llevará a la emperatriz, tendrán bien visibles las banderas del sultán de Fez y eso alejará cualquier sospecha del reino de Granada. ¿Quién podrá culparos?

Al wali de Algecira se le ha acelerado el pulso. Lo que acaban de decirle lo coloca a un paso de ser el hombre más rico del reino de Granada, y, además, la amistad de la mano derecha del rey Alfonso, don Nuño, es siempre una buena baza en el peligroso mundo de la política nazarí.

—Decid esto a don Nuño, Dios no lo permita, pero presiento que dos galeas cargadas de fieros corsarios benimerines estarán al acecho en algún lugar de estas aguas cuando por ellas pase la nave de la emperatriz. ¿Quién sabe? Quizá las galeas corsarias estén apostadas cerca de Tarifa, o en la pequeña ensenada de Getares, o puede que se oculten en la desembocadura del río Palmones —desliza—. Por supuesto, no puede saberse y es un presentimiento... Rezo para que no se cumpla, desde luego. Pero decidle lo que acabáis de oír al conde y olvidaos en mi palacio, de forma discreta, las tres mil doblas de oro que traéis.

El emisario se permite una sonrisa de complicidad y triunfo; por supuesto, se olvida, con discreción, de las tres mil doblas de oro antes de partir a uña de caballo por el camino que lleva a Sevilla, para dar la buena nueva a don Nuño González de Lara.

Mientras el emisario regresa junto a don Nuño González de Lara, el rey convoca a su presencia a Tello y los sabios.

—Así pues, maestros y caballero, todo está cumplido —dice el rey con los ojos brillantes—. Os integraréis en la comitiva de la emperatriz María de Brienne. Vos, Tello, seréis responsable de su custodia hasta la isla de Negroponte, a donde llegaréis tras hacer escala en Atenas. Desde allí, mi prima seguirá hasta Constantinopla guardada por su propia guardia y vosotros os quedaréis en la isla acometiendo la empresa que en realidad nos ocupa: hallar el tesoro ocultado por Aristóteles.

Dicho así, de forma tan clara y vehemente, parece fácil. Pero lo sea o no, el rey ordena, y él, caballero a su servicio, obedece. Con una condición:

—De nuevo, mi señor rey, os pediré que me hagáis una merced. —Alfonso, que desde que la emperatriz llegó a Sevilla está de excelente humor, concede con un elegante ademán.

—Hablad, buen caballero.

—Os pido que me deis vuestro permiso para llevar con nosotros a mi hermana, la dama Isabel, y a su sirvienta, Sancha.

Como el rey alza las cejas en un involuntario gesto de sorpresa, Tello añade:

—El maestro al-Ricutí ha tenido noticia de que un físico excepcional, una mujer llamada Magistra Hersend que sirvió como médico del rey Luis IX de Francia y de su esposa, Margarita, puede sanar el mal que aflige desde hace años a mi hermana y que, día tras día, mengua su salud. La médico Magistra Hersend, tras acompañar a Egipto al cruzado rey de Francia, se ha instalado en San Juan de Acre, en el Reino de Jerusalén, y, puesto que, si tenemos éxito, nuestra ruta de regreso pasará por dicho puerto...

No hace falta decir más. Alfonso siempre ha sido hombre sensato y generoso. Además, si lo anterior no bastara, la mención de tan gran y afamada médico le subyuga.

—Tenéis mi permiso y, de paso, puesto que Yehuda ben Moshe estará con vosotros, sin duda podrá cambiar saberes con tan excepcional mujer.

Tello sonríe y cambia una satisfecha mirada con al-Ricutí. Todo va bien: en dos días zarparán del puerto de Sevilla, y la travesía, tras cuatro o cinco semanas, los llevará a su destino. Y de él, si todo va bien, a Acre, en donde hallarán el segundo tesoro que ansían: el de la restablecida salud de Isabel. Algo urgente, por cierto. Los vómitos y los dolores se le están tornando aún más frecuentes, si cabe, y la debilidad que se apodera de su cuerpo la postra días enteros en el lecho.

—Guardad bien el libro y no confiéis en nadie —les dice el rey—. Temo que el peligro os seguirá allí donde vayáis y, puesto que no estamos seguros de quiénes son nuestros enemigos, lo más cauto por vuestra parte es que no bajéis la guardia y nunca os separéis. —Todos buenos y excelentes consejos, de esos que ya conoces, pero que todo el mundo te repite—. Cincuenta hombres escogidos estarán a vuestras órdenes, Tello. Seréis responsables de la custodia de la emperatriz, pero también del rescate de su hijo. Hay que entregarlo en Venecia, y ya sabéis que no hay veneciano que no esté dispuesto a vender a su madre si se le ofrece buen precio por ella —añade con gesto que pretende ser cómplice y pícaro, pero que en un hombre de natural habitualmente tan serio resulta un poco fuera de lugar—. Así que no entreguéis ni una onza de plata sin que antes no devuelvan su hijo a la emperatriz.

—Así se hará, mi señor rey.

—Y una última cosa. He estado meditando mucho y, tras haberlo puesto bajo estricta vigilancia, he llegado a la conclusión de que nuestro enemigo en la sombra no puede ser don Nuño González de Lara, sino que mis rivales deben de ser mi traidor hermano, Enrique, y mi suegro, Jaime I de Aragón. Tengo noticias de que se han reunido y de que traman mi caída. Así que deberéis evitar los puertos de Aragón y, por ende, hacer aguada y escala en los de Granada, Tremecén, Bugía y Túnez, y, desde estos últimos, pasar a los de Sicilia e Italia —concluye, ufano, por su perspicacia identificando a sus secretos enemigos.

Sabio. Con ese sobrenombre pasó a la historia.

Llegó el día de la partida. Un día de mayo repleto de sol, trompetas y tambores. Un día de calles engalanadas para despedir a la emperatriz de Constantinopla, María de Brienne, que se iba de Sevilla más feliz y hermosa de como llegó. Lleva con ella el rescate de su hijo, y eso, para una mujer que es madre antes que emperatriz, es lo único que importa.

Nadie sabría de sus sacrificios ni de lo que tuvo que entregar a Alfonso de Castilla, y nadie rasgaría con su pluma la superficie del pergamino para contar tales cosas. Pero está sola. Su marido es un perfecto inútil y siempre está ausente. Además, es como un niño caprichoso que no se percata de nada. Es ella quien tiene que lidiar con los lobos que llenan la corte constantinopolitana: con el avaricioso patriarca latino de la ciudad; con los nobles levantiscos; con los altos funcionarios que, en vez de administrar, se dedican a conspirar; con los mariscales de los cada vez más menguados ejércitos del imperio y con los mercaderes venecianos que solo aspiran a saquearlo.

Cuando se aleja de los lobos, cuando parte de Constantinopla y arriba a los palacios de los reyes de la cristiandad, es como penetrar en las guaridas de los dragones, ya que solo tres cosas halla en tales poderosos hombres: estúpida vanidad, frío interés y libidinosos deseos. Sin embargo, a ella la han educado para ser emperatriz y por sus venas corre sangre de reinas. Y aunque el mundo sea un estercolero, ella avanzará por él como lo hace la rosa: alzándose sobre el hediondo abono que la sustenta. Y por eso, ahora, ya sobre la cubierta de la urca castellana que ha de llevarla a Venecia y de allí a Atenas y Negroponte, alza la mano enguantada de púrpura y prepara su mejor sonrisa para despedirse de Alfonso.

—Que Dios te maldiga, primo —susurra en griego para que los castellanos que están cerca no la entiendan—; bien os he pagado la plata que me habéis dado —concluye ensanchando aún más la sonrisa perfecta, acompañándola de un elegante e irresistible ademán.

Así sueltan amarras. Sevilla estalla en vítores, y ella, emperatriz de Constantinopla, cierra un instante los almendrados ojos azules para evocar el rostro de su hijo y las lágrimas que perlan sus pestañas le parecen lo único auténtico que le queda. A tres pasos de la emperatriz, Tello la ve llorar y una punzada le palpita en las entrañas al conmoverse con la imagen de tan grande y bella dama. Sancha, junto a una Isabel tan pálida como la plata y tan frágil como el cristal, al verlo, al percibir lo que Tello siente, aprecia algo nuevo que no conocía, los celos. William siente otra cosa, el vértigo que experimenta el depredador cuando cree comenzada la cacería.

Está allí, en el muelle, mezclado entre el gentío, disfrazado de cojo mendigo, grabando en su memoria todo lo que ve y saboreando el momento que se le aproxima. En una hora, en la puerta de Jerez, se encontrará con un moro que tendrá preparados dos buenos caballos.

Con ellos partirán hacia Jerez y de ella, hasta Barbate. Allí, con el oro de su señor, Ricardo de Cornualles, alistará una nave pirata y subirá a ella junto a una tripulación despiadada.

—Despedíos —murmura con su mejor sonrisa de asesino frío—. Despedíos de Sevilla y de la vida.

Un barco zarpa y otro, lejos de allí, llega a puerto. Es la nave que ha llevado hasta Pisa al canónigo Martín Pérez, a Egidio el Nigromante y al joven Miguel. La ciudad los saluda con su mercader ajetreo y el blanco brillante de los mármoles de su catedral, del baptisterio y de su singularmente inclinada torre campanario que brota del verde césped como por ensalmo y les roba el aliento. Mas en la posada, el canónigo Martín Pérez quiere robarle el sueño a Miguel.

—¡Hemos llegado hasta aquí y me dices que sigues sin lograr adelanto alguno en la resolución de los enigmas! —clama crispando unas manos que desean hacer daño.

Miguel se encoge de puro miedo. Pero Egidio calma al canónigo.

—No es este lugar adecuado para tales cosas, venerable canónigo. Mañana podemos salir a dar un agradable paseo por los campos cercanos y allí, sin escándalos ni testigos, podréis hacer uso de este látigo que he comprado en el mercado. —Le muestra un flagelo hecho con cuero de toro y en cuyos tres serpentinos extremos han sido sujetas tres púas de hierro.

Los ojos del canónigo se dilatan anticipando el placer y, sin que se aperciba de ello, hasta le brota un poco de saliva por la comisura de los labios.

—Podría matarlo con eso... —se le escapa, y sus palabras son tanto una advertencia como un deseo y una promesa.

—Sí, por eso deberéis ser cuidadoso y no azotarlo en demasía —lo alienta Egidio mientras Miguel comienza a gemir de forma

incontenible.

—¡Cállate, cobarde asqueroso! —le escupe el canónigo—. ¡Si tan asustado estás, aprovecha la noche para pensar! ¡Si resuelves alguno de los enigmas, no te azotaré! No mañana, al menos —concluye con una siniestra sonrisa a la par que se vuelve hacia Egidio y toma entre sus manos el látigo para estrecharlo contra su pecho como si fuera un niño.

En ese preciso momento, en Sevilla, el señor de la casa de Lara también tiene a alguien entre sus brazos. Es una muchacha tan bella como el sol de mayo. Celebra con ella que Alfonso, al fin, tras meses de creciente desconfianza, vuelve a atender sus consejos. ¡Necio entre los necios! Se dice, gozoso, mientras termina de desnudar a la joven y se dispone a yacer con ella. Lleva sin tocar mujer desde que Juana se cortara las venas. Hoy está exultante y, tras volver del alcázar, ha bebido vino en demasía y el deseo, sin pensarlo siquiera, ha vuelto a prender en él su fuego. Así que ordenó a uno de sus hombres que fuera a buscar a la meretriz más bella y distinguida que pudiese hallar en Sevilla. Y ahí la tiene.

La mujer, jovencísima, tiene rostro de ángel, cabellos castaños, como de seda, senos generosos y firmes y sus ojos..., sus ojos son como los de Juana.

—Vístete —le dice, y aparta la mirada de la muchacha, que, turbada por la inesperada orden, se queda paralizada.

—Mi señor...

—¡Vístete, maldita sea, y vete! ¡No temas por tu plata, se te pagará lo que se conviniera contigo, pero vete!

A toda prisa, la chica se viste y lo deja solo.

Nuño se tiende en la cama y cierra con fuerza los ojos. ¿Se está volviendo loco? No, simplemente, descubre que los malvados también pueden tener remordimientos.

—Solo me queda el poder... —murmura entonces—. Solo él puede darme ya gozo y placer. ¡Que así sea!

Se levanta del lecho y abre la ventana. Desde ella, al sur, se ve la torre del Oro y el ancho Guadalquivir. Aguas de bronce que pasan con lentitud bajo su ventana y que llevan al tenebroso océano y, más allá, poniendo vela a levante, hacia el estrecho de la mar. Imagina entonces el blanco peñón de Gibraltar y la amplia bahía plena de promontorios, de secretas playas, de desembocaduras de caudalosos ríos... Un lugar perfecto para que dos galeas moras aborden a una nao cristiana y la sometan a sangre y fuego.

—Quizá pueda volver a disfrutar de una mujer cuando tú, Tello Bermúdez, estés muerto y en el fondo del mar —se dice apretando los dientes, y, por alguna razón, así lo cree.

Amanece en Pisa. Campos cercados por densos setos y un muchacho asustado atado a un roble. Miguel tiembla de puro terror. A su lado, el canónigo lo hace anticipando el placer que va a extraer abriéndole la espalda a golpes con el látigo.

—¡Te lo advertí! ¡Te juré que si no lograbas resolver al menos un acertijo, te castigaría! ¡Uno solo te pedí y mira dónde estamos! —grita con espuma en los labios.

Dando un fuerte tirón del cuello de la túnica de Miguel, se la desgarra hasta la cintura, y le muestra piel blanca que pronto será roja de sangre.

—¡Voy a abrirte la espalda hasta que se te vean los huesos! —amenaza sintiendo calambres de placer en la entrepierna. Echa el brazo atrás, hace silbar el látigo y lo descarga.

Pero no golpea. Egidio, con esas manos rápidas que tienen los magos, lo ha sujetado y, cuando Martín Pérez se vuelve y lo mira asombrado, le regala su mejor perversa sonrisa de brujo.

—Te gusta el dolor, ¿verdad? —le pregunta al canónigo—. Vamos a ver cómo te va con el tuyo.

Una hora más tarde, Martín Pérez es un despojo ensangrentado. Miguel, a su lado, está agotado de tanto azotarlo. Le duelen las manos, de hecho, le sangran, pero, aun así, ha seguido golpeando hasta que la espalda del canónigo se ha tornado amasijo informe de piel y músculo abiertos hasta el hueso, mostrando, aquí y allá, el macabro clarear de las vértebras.

—Estoy poseído por el demonio... —susurra Miguel, arrepentido de lo que ha hecho.

—No, muchacho, no estás poseído por el diablo. Por el contrario, acabas de librarte de él —le contesta Egidio, poniéndole una consoladora mano en el hombro.

Esas palabras son lo último que escucha el canónigo Martín Pérez, asesino de niños, maldito entre los malditos. Tras padecer lo que tanto gustaba dispensar, entra en el infierno.

11

La urca baja por las lentas aguas del Guadalquivir. Ya no se ven las torres de Sevilla, y en ambas orillas, hasta donde alcanza la vista, se dilatan feraces vegas colmadas de alfalfa, frutales y huertas, y, tras ellas, olivares y campos de cereales. Aquí y allá, de continuo, aldeas, alquerías y torres. Es este un país rico y muy poblado. Navegan todo el día y, al caer la noche, echan el ancla junto a la orilla norte. Sería una locura navegar a oscuras adentrándose en las marismas, esteros y arenales que los aguardan a partir de ahora y hasta salir del estuario del gran río.

En la noche, que ya huele a sal, María de Brienne sale de la cámara de popa que ha sido dispuesta para alojarla. Acompañada de sus damas, atraviesa la cubierta y se aproxima a Tello, que, a la sazón, escucha a los tres sabios disertar sobre las estrellas y cómo tomar de forma correcta su altura con el astrolabio.

—¿Señor caballero? —dice la emperatriz en un latín tan perfecto que Tello no acierta a descifrarlo.

En su auxilio va el viejo Juan de Aspa, pero, antes de que pueda abrir la boca, María pasa al italiano del norte y Tello, que estuvo más de dos años en la Liguria y la Toscana, responde de inmediato.

—Decidme, mi señora emperatriz.

—Me gustaría pasear por tierra. La noche es cálida y nos vendría bien andar un poco.

—Es imposible —niega él.

—¿Imposible?

—Toda esta región costera, desde la frontera con Portugal hasta Tarifa, es peligrosa. El padre de mi señor el rey, Fernando III, la sometió a vasallaje, pero, en verdad, aunque los moros que la habitan pagan tributos al rey Alfonso y se han instalado por doquier guarniciones castellanas, la tierra permanece sin un gobierno claro. Los señores locales mantienen entre ellos sangrientas disputas y hacen y deshacen a voluntad en sus señoríos, sin atender más razones, ni más leyes que las suyas. Además, corren rumores de que algunos de esos señores moros andan en tratos con los benimerines de África y, aunque eso no sea cierto, sí lo es que estos lares son muy frecuentados por piratas y corsarios. No puedo daros mi permiso para que paseéis con vuestras damas estando ya la noche cerrada.

—¿Y de qué me sirve vuestra escolta entonces? —pregunta contrariada—. Tenéis cincuenta hombres a vuestro mando y, si eso no bastara, yo cuento con mi propia guardia: seis gendarmes y veinte arqueros cretenses[1] . ¿Qué riesgo puedo correr si veintiséis hombres de armas me escoltan?

El brillo azul de los almendrados ojos de la emperatriz desafía el de las estrellas, cuya altura estaban enseñándole a medir los sabios. Tello, sin poder evitarlo, se pregunta si habrá astrolabio capaz de sondear los dulces abismos que se abren bajo los pies de un hombre cuando mira a María de Brienne.

—De noche no, mi señora emperatriz. Aguardad al amanecer y os permitiré bajar a tierra para pasear antes de zarpar —insiste Tello, y acompaña su negativa con una reverencia.

María asiente y acepta. El hombre que tiene delante es fuerte y alto como un roble, y en sus ojos de león relumbra una determinación que procede de años frecuentando la guerra. Cuando alguien así te exige prudencia, sería necio desatenderla.

—Al amanecer entonces —y diciendo aquello, regresa a la cámara de popa, y deja tras ella un olor a rosas y los fugaces brillos que la luna y las estrellas logran arrebatarle a sus sedas y gemas.

Tello se queda allí, viéndola alejarse. En la proa, Isabel, que ha recuperado un poco las fuerzas, tomaba el fresco junto a Sancha, quien derrama lágrimas y, entonces, su ama, sabiendo lo que le pasa, la atrae hacia sí y la abraza.

El amanecer les muestra las marismas. A su vera pasea María de Brienne y, a su paso, despertando, miles de aves acuáticas levantan el vuelo en un ensueño de flamencos, grullas, garzas y patos que roba el aliento. Y el sol, jugando a reflejar su luz en el espejo de las aguas quietas o avivándose al rozar las salinas, parece un niño dorado y travieso.

Al desembocar sus pasos en una playa fluvial, María arranca chillidos de escándalo y diversión de sus damas, se quita las imperiales sandalias y echa a correr descalza por la arena, recogiéndose las faldas. Entre juegos y risas, las mujeres suman su algarabía a la de los pájaros.

Tello no aparta la mirada de María de Brienne. Se dice que está allí para prevenir una posible sorpresa de bandidos o piratas, pero lo cierto es que sus ojos no pueden sondear los cañaverales, ni las dunas, ni las florestas que sombrean algunas isletas o las orillas menos embarradas en busca de potenciales peligros. A la contra, están clavados en aquella mujer perfecta y plena de misterio que es la emperatriz de Constantinopla.

De improviso, María se vuelve hacia él en un revuelo de cabellos dorados y, cuando con un juvenil ademán consigue apartarlos de sus grandes ojos almendrados, los pone en el alto caballero castellano. Un pensamiento se le posa muy adentro: «Con un hombre como este a mi lado, yo no querría ser emperatriz, sino solo mujer».

Luego, sorprendida de sí misma, se gira y se acerca a la orilla en busca de algo que la serene. Ante ella, surgiendo de entre unas cañas, una grulla sube a los cielos y vuela en busca del océano. María la mira irse muy lejos y, contemplándola, se recuerda, muy despacio, que una emperatriz no puede ser libre. Detrás de ella, Tello aguarda. La mano sobre la empuñadura de la espada y los cabellos castaños tentados por la brisa salada que viene de la mar. Sabe, porque esas cosas se sienten y sentir es la forma más cierta de saber, que ella, María de Brienne, es sueño inalcanzable, y que, tras amar a Juana, debe huir de amores imposibles.

—No hay agua más amarga que la que no puedes beber —se dice sin que nadie pueda oírlo.

Después, sacude la cabeza y sus ojos de león buscan la lejanía para sacudirse la melancolía que lo embarga; nostalgia por un amor imposible que terminó en tragedia y por otro, no menos inalcanzable, que no va a dejar que nazca. Con esa determinación, sin decir palabra, escolta a la emperatriz de vuelta a la urca, y deja atrás marismas, aves y sueños.

Cuando sube a la nave, como siempre, lo aguardan los ojos negros de Sancha. A la muchacha le tiemblan los labios y tiene húmedas las pestañas. Parece que ha llorado, y Tello se preocupa al verla así. ¿Estaría peor Isabel? Pero su hermana está unos pasos por detrás, hablando de manera animada con al-Ricutí, y entonces es consciente de lo que pasa y una infinita ternura, una que no esperaba y en la que no creía, lo impulsa a dar unos pasos y a rozarle a Sancha la mejilla con los dedos.

No hay más y ella no dice nada, pero inclina la cabeza como buscando retener la caricia, y él, por primera vez en mucho tiempo, no ve a Juana cuando la mira.

Pero, cuando retira la mano, sus palabras, castigándolos, la invocan.

—No te hagas daño soñando con lo que no puede ser.

Así se aleja de ella para dar orden a los marineros de que leven anclas, icen velas y busquen el viento que los lleve a la mar. La alcanzan esa tarde. Un azul inmenso los recibe dejando a su izquierda Sanlúcar, viran al sur para poner proa a Chipiona, en la desembocadura del Guadalete, a donde llegan cuando la noche echa su telón de oscuridad y media luna.

Por la mañana, dos barcas llevan a Tello y a un puñado de sus hombres a tierra para hacer aguada y recoger noticias.

Las gentes del lugar son moros que pagan tributo al rey Alfonso, pero que miran al sur y al este, es decir, a Fez y a Granada, con la esperanza de que los sultanes, uno u otro, vengan a librarlos del yugo de los cristianos. No es, pues, lugar para detenerse. Antes del mediodía, retoman la singladura y dejan a su izquierda playas de oro tras las que se alzan verdes pinares y prados interminables en los que, de tanto en tanto, pueden ver rebaños de vacas rojas y de altivos caballos que galopan sobre la arena como desafiando a las olas.

Luego, la tierra se vuelve aún más salvaje y los pinares se tornan matorrales de sabinas y lentiscos que bajan hasta unos acantilados desde los cuales se precipitan pequeñas cascadas como hilos de plata, y van a caer al oro de la playa, donde, aquí y allá, se atisban algunas chozas de pescadores[2] . Entonces, robando el aliento de María de Brienne, sobre la cima de uno de los acantilados se muestra un toro negro y bravo que parece querer contemplar cómo, con la tarde, el sol de poniente va tornando los azules de las olas en vetas de rojo cobre.

Antes de que la noche sea señora, doblan el cabo Trafalgar y ponen proa al sureste. De inmediato buscan abrigo en la pequeña ensenada de Zahora para fondear en ella a resguardo de las corrientes y los bajíos.

Cuando cree que todos están dormidos, Sancha se levanta despacio para no hacer ruido y sale a cubierta envuelta en un manto oscuro. Asomada a la borda, llora mirando a la casi invisible costa. Está muy triste. Días atrás, cuando Tello la rescató o cuando, vestida como una dama, asistió al banquete que el rey ofreció a la emperatriz, creyó posible hacer realidad su sueño. Pero solo es una niña..., una niña y sus sueños de amor. A veces se le olvida que la vida no es como en las canciones de los trovadores. Ella no es nada..., solo una muchacha pobre y huérfana. Él, un afamado caballero que nunca se fijaría en una mujer sin linaje. Entonces, escucha ruido y advierte que, a su derecha, arriba, en el castillo de popa, alguien más vela en la noche: es la emperatriz, María de Brienne.

La media luna, como queriendo mortificar a Sancha, aparta las nubes, y su luz de plata azulada baña a María de Brienne y se la muestra tal y como es: perfecta, etérea, bella más allá de toda medida, y los celos se le revuelven a Sancha en las entrañas.

María oye algo y mira hacia abajo. Entre las sombras, la muchacha morena, la de ojos tan negros como azabache norteño, la mira con intensidad que ella descifra. Le tiene celos y, al comprenderlo, se apodera de ella una piedad infinita. Sin pensarlo, baja los pocos escalones de madera que las separan y se acerca a la joven.

—Ten paciencia —le dice con dulzura a la salvaje belleza que la mira desde la noche—. Paciencia, muchacha, porque será tuyo aunque él todavía no lo sepa. —Y con aquellas proféticas palabras, pone un beso, como de hermana mayor o de madre, y, cuando se

aparta un poco de la sorprendida Sancha, con rápido movimiento se quita los largos pendientes de oro de los que se descuelgan una perla, un rubí y una esmeralda—. Toma, póntelos, son tuyos.

—¿Por qué? —es lo único que acierta a decir Sancha y se siente tonta y muy niña.

—Porque tú, tú sí podrás ser solo una mujer —le contesta. Dejándola allí, desconcertada bajo la luna que ahora, mágicamente, es ternura y esperanza.

Izaron velas muy temprano y pasaron ante Barbate cuando el sol aún no había abandonado el horizonte. No lo sabían, pero la muerte los vio pasar camino del estrecho de la mar.

William ve pasar la urca. El barco, que es grande, pesado, de altas bordas y provisto de dos palos, dispone de un castillo a popa y navega ciñendo el viento que vuela desde poniente.

Los ojos verdes y fríos del inglés se quedan largo rato mirando la poderosa nave manca[3] y terminan centrándose en el alto castillo de popa. Porque allí, sin duda, estarán la emperatriz y sus damas, y en algún otro lugar resguardado, los hombres del rey Alfonso tendrán escondido el libro.

—Tres tesoros en un solo lugar —se dice, y su viejo oficio, el de ladrón, se le aviva con violencia en la codiciosa mente.

Sabe que la urca lleva a bordo cincuenta quintales de plata y que el rescate de la emperatriz podría valer, como poco, otros tantos, y que a todo ello se debe sumar lo que el libro custodia y que debe de ser tan crecido como para que Alfonso de Castilla lo considere capaz de permitirle tomar la corona imperial. Tres tesoros en un solo lugar y, mira tú por dónde, él tiene una galea y una saetía repletas de piratas, escondidas en la desembocadura del río Barbate. Un lugar magnífico para aprovechar la fantástica ocasión que se le ofrece:

cumplir con su obligación como hombre de Ricardo de Cornualles en Espanna y, de paso y a la par, hacerse rico, muy rico. Tanto que quizá, si todo va bien, cambie de oficio otra vez. Seguro que le sentaría muy bien ser propietario de una baronía en Inglaterra. Así que corre hacia el estuario del Barbate y grita a los piratas cuyos servicios ha comprado una sola orden:

—¡Izad velas, hijos de Satanás!

William cae de un salto sobre la cubierta de la galea pirata, que, con sus cincuenta remos y ciento cuarenta desalmados, sale disparada de las aguas del río hacia las del mar.

De inmediato, es superada por la otra nave, la saetía, que, con su vela latina tragando viento, es como un potro salvaje desbocado que William ve pasar a su diestra, antes de que la ligera nave vire tras la estela de espuma que deja la urca castellana. La saetía, delgada como una flecha, con sus veintitantos pasos de largo, su buena vela y sus cuarenta tripulantes, tiene como misión cortarle el paso a la urca y retenerla hasta que llegue la galea con el grueso de la fuerza pirata.

—¡Atención, una saetía y una galea a popa! —grita el vigía subido a la cofa del palo mayor.

Al oír el grito de alarma que alerta sobre la aparición de los dos bajeles piratas, Tello corre al castillo de popa. Sube los escalones a grandes saltos y, sin atender las atropelladas preguntas de la emperatriz y sus damas, se asoma a ver el peligro que se aproxima.

A lo lejos, al noroeste, ve una vela teñida de azul oscuro para ser confundida con la superficie marina y no ser advertida. Tras ella, brinca sobre las olas una galea mora con la vela desplegada y toda la palamenta calada[4] , señal inequívoca de que el bajel viene a entablar combate.

Tello no es ajeno a las cosas del mar. Doce años atrás, formó parte de las tropas embarcadas en las cinco galeas y trece naos que conformaban la armada del almirante Ramón de Bonifaz, quien forzó, en reñida batalla naval, la entrada del Guadalquivir, defendida por la flota almohade. A aquella batalla la llamaron de Sanlúcar de Barrameda, pero, si le hubieran preguntado a Tello, él le hubiera puesto otro nombre: terror. No se le ocurre ningún otro. Y, mientras mira cómo la galea y la saetía piratas le van ganando la carrera a la lenta urca, recuerda aquel día de primeros de agosto de 1247, cuando un enjambre de saetías, zabras y galeas almohades les salió al paso, y cuando Ramón de Bonifaz, al verlas, mandó espolonear a cuantas les cerraran la entrada al río. Así lo hicieron las cinco galeas cristianas, abriendo paso, a viva fuerza, a las trece naos que detrás venían. Aquel día, Tello iba en la galea de Ramón de Bonifaz y, cuando el almirante dio la orden de boga arrancada para embestir a una nave almohade y el espolón se hundió en profundidad en su presa e hirió mortalmente al bajel enemigo, fue de los primeros en saltar a la cubierta de la galea musulmana.

Fue un día de sangre, fuego y sal. Pelear en la cubierta de un barco es una pesadilla, no hay espacio sino para herir, matar y avanzar, o para retroceder y morir. Y si caes al agua, el peso de tu armadura y armas te arrastra al fondo.

A esa pesadilla se enfrenta de nuevo. Desesperado, cambia una mirada con María de Brienne, quien, pese a sus sedas y sus gemas, está muy pálida; luego busca a los maestros y no le hacen falta palabras para saber que los tres, el viejo Yehuda, el aún más viejo Juan de Aspa y al-Ricutí, aunque quieren parecer animosos, están asustados. También lo están Isabel y Sancha, quienes, pese al miedo, lo miran expectantes y confían en que él las ponga a salvo. Casi le dan ganas de reír. A su lado, armándose a toda prisa, está el

joven Alvar, quien, mientras se abrocha las correas de la cota de malla, busca con sus adolescentes ojos a la joven dama de la emperatriz de la que se ha enamorado. La niña, de cabellos tan dorados como su señora, se llama Margarita y está tan asustada que le tiemblan las manos de forma incontrolada. Eso le da valor a Tello, porque es su oficio: juntar valor para proteger a los que solo pueden reunir miedo.

—¡Hombres del rey! —clama con voz fuerte y segura—. ¡Aprestad las armas y disponeos a combatir! ¡Seis de vosotros aquí, ante la puerta del castillo de popa! —Girándose de nuevo hacia la emperatriz, le ordena, en voz baja, como si le pidiera una gracia—: Mi señora emperatriz, resguardaos en el castillo de popa y poned vuestra guardia a mis órdenes.

María obedece de inmediato y, a continuación, Tello da idéntica orden a su hermana, a Sancha y a los tres sabios.

—No vamos a escondernos como conejos —le espeta el vivaz Juan de Aspa.

—Sois viejo, maestre —le replica Tello un tanto desabrido y desesperado.

—Al hombre que maté en la garganta de los Carneros no le importaron lo más mínimo mis muchos años —le replica con una sonrisa descarada.

Tiene razón. Van a necesitar hasta al último hombre capaz de empuñar una azcona o un hacha. La saetía y la galea siguen ganándoles olas y ciñen ya su estela como perros de presa. Ya se ven sus cubiertas. Tello comprueba que sus tripulaciones, en conjunto, suman no menos de ciento ochenta hombres, mientras que él, contando a sus mesnaderos, a la guardia de la emperatriz, a los marineros de la urca, a los tres sabios y a él mismo, solo arroja una cifra de ciento veinte. Números y viento. Los primeros no les

son favorables y el segundo desfallece. Mala cosa. La única oportunidad que tienen de escapar consiste en sacar el máximo provecho del mayor volumen de velas de la urca, y estas últimas, sin buen viento, nada podrán frente a la ligereza de la saetía y la combinación de velas y remos de la que disfruta la galea. Vaya si la disfruta. Minuto a minuto, les acorta ventaja, y Tello sabe que o hacen algo en espera de que el viento vuelva a arreciar o en breve los abordarán.

—¡Arqueros y ballesteros, a la regala del castillo de popa! —ordena, y, de inmediato, los veinte arqueros cretenses de la guardia de la emperatriz y los quince ballesteros de su mesnada toman posiciones—. ¡Apuntad a los hombres que manejan los timones de las naves! —grita, y veinte arcos y quince ballestas enfilan los objetivos—. ¡Soltad! —A su grito, una lluvia de flechas y virotes surca las sesenta o más varas que los separan de los dos bajeles piratas. Los timoneles que bregan con los timones de espadilla o caen heridos de muerte o sueltan los ingenios que permiten sostener el rumbo, y los barcos piratas, libres de dueño, pierden viento y estela, cabecean violentamente, hacen rodar por cubierta a muchos de sus tripulantes y pierden velocidad. En la urca, un rugido triunfal se alza de cien gargantas. Como si la lluvia de flechas hubiera sido mortal siseo que convocara al viento, este regresa con fuerza e hincha las velas de los dos mástiles. Ganan de nuevo velocidad y ventaja sobre la saetía y la galea, que, todavía sin timoneles que se hagan cargo de las espadillas, parecen sumidas en el desconcierto. Sin embargo, es un espejismo. Pronto, el enemigo repone a los timoneles caídos y, ya precavido de la buena puntería de los arqueros y ballesteros cristianos, levanta un muro de paveses delante de ellos.

Es esta una carrera que tendrá como premio una tarde roja, ya que, ayudada por un viento fuerte y nuevo, la urca hincha al máximo las velas de sus dos palos. La costa, a su diestra, desfila como en un espejismo fugaz y perfecto, en el que se van sucediendo la sierra del Retín con sus rojos acantilados y, tras ellos, la curvada playa de Zahara. En esta última, las barcas de los almadraberos acechan a los bancos de atunes y ahora, desde la arena, los ven pasar perseguidos por los bajeles piratas. Tras la playa, torciendo a levante, un cabo de roca belicosa se adentra en las aguas. Los marinos de la urca lo llaman cabo de Plata, y Tello, al ver cómo espumean las olas bajo las afiladas peñas, reza para que la urca, con toda su plata, no naufrague allí y añada un nuevo motivo al nombre del lugar. No obstante, el capitán y el piloto de la urca son viejos lobos de mar y sortean el cabo sin dejarse ganar estela por la saetía y la galea. A todo trapo, la gran nave desfila ahora delante de una costa que parece embrujo, la tierra muda en enorme y alta duna dorada que el viento parece acunar con sus fuertes ráfagas. Si el ensueño hecho duna no bastara, conforme el sol comienza lentamente a declinar, pasan frente a la boca de una amplia ensenada y, al fondo de esta, tras la playa, ven las ruinas de una ciudad romana: columnas magníficas, templos arruinados, las gradas desmoronadas de un antiguo teatro[5] ... Un escenario fantástico para una tragedia real, la de una nave acosada por piratas y que, de nuevo, está perdiendo la carrera.

Con el declinar del día, el viento amaina otra vez, caprichoso, como si quisiera ahora darle el turno a los malos.

—¡Bajad velas y a los remos! —grita el capitán de la galea en la que va embarcado William, porque el viento se encalma más y más, y le brinda su oportunidad a los remos.

—¡Maldita sea, se nos va el viento! —se lamenta Tello en la urca, mientras que su pesado barco dobla la Punta de la Silla[6], que, rocosa y amenazante, obliga a adentrarse en la mar para no encallar en los bajíos que guarda a sus pies.

Eso da una nueva oportunidad a la urca: pues al separarse de la costa, encuentra otra vez buen viento y, como si brincara, aumenta de nuevo un tanto la ventaja que saca a las naves piratas.

—¡Maldición! —aúlla William.

El inglés, furioso porque lo que creía fácil se está transformando en azarosa cacería, escupe a las olas y encorda su largo arco inglés, toma posición de tiro en la crujía de la galea y busca con su fría mirada al timonel de la urca, y lo ve, a ciento veinte varas de distancia. Un difícil disparo de por sí, pero al que el viento en contra tornará casi imposible.

William, como todo buen villano inglés, sabe usar un arco tan diestramente como lo haría el diablo. Así que empulga una larga flecha, tensa, apunta y dispara. La flecha sube muy alto y traza un arco perfecto que termina en la garganta del timonel de la urca.

El grito del desgraciado se oye en toda la nave. Tello, corriendo hacia el pobre hombre que va camino de ser cadáver, lo echa a un lado y sujeta el timón de espadilla con las dos manos. Es como frenar a un caballo salvaje lanzado a galope. Pero Tello es más fuerte que la mayoría de los hombres y logra detener el violento cabeceo de la urca durante el tiempo necesario para que se hagan cargo de la espadilla el piloto y el segundo timonel.

—¡Hijo de puta! —Y con el insulto William hace volar su segunda flecha, que esta vez va directa contra Tello como si fuera un rayo negro. Entonces se clava en la regala de madera que remata la borda, allí donde Tello tiene apoyada la mano izquierda. Aunque la flecha vibra a dos pulgadas de sus dedos, el castellano no grita de

sorpresa o miedo, ni aparta la mano, sino que parece inmutable, como de piedra. Sus ojos de león se han cruzado con los del arquero y lo han reconocido: es el hombre rubio y grande que secuestró a Isabel y Sancha.

—¡Será cabrón! —masculla entre dientes, y el inglés lo es. Pero saber eso, hoy, esta tarde, aquí, entrando ya en el estrecho de la mar, de poco va a servirle a Tello.

El mundo parece encogerse. Al sur, las costas de África se muestran rudas y salvajes; al norte, las europeas se tornan más bravías. Y como si el viento quisiera sumarse a aquellas remotas tierras situadas en el antiguo confín del mundo, arrecia de nuevo, permitiéndoles a Tello y los suyos seguir vivos durante un poco más de tiempo. El mayor despliegue de velamen de la urca compensa su casco redondo y su mayor peso. Las fuertes corrientes que surcan son menos propicias a que la galea pirata pueda seguir combinando velas y remos. Ahora están pasando a la diestra de las sierras de la Plata y del Fate. Los bosques de alcornoques, robles y pinos se amontonan, y las violentas rachas de viento agitan el mar y lo vuelven más oscuro.

Al fin, al frente, ven asomar las murallas de Tarifa y, al pie de las torres, su isla.

—¿Buscamos puerto en ella? —pregunta esperanzado el capitán.

Tello lo piensa. Tarifa es posesión del reino de Granada y su sultán es vasallo del rey de Castilla, así que, en teoría, Tarifa debería de ser lugar seguro donde buscar refugio..., pero algo que no puede definir lo alerta y le hace un nuevo nudo en el estómago.

Entonces, emerge detrás de un promontorio cercano una negra y más grande galea que les sale al paso arbolando en sus mástiles el estandarte del sultán de Fez, señor de los benimerines y enemigo mortal de Alfonso X de Castilla.

—¿Dónde os habéis ido todos? —acierta a soltar Tello ante tan mala fortuna.

«Todos» son los santos y los ángeles del cielo, que, por lo visto, aunque Tello llevaba invocándolos toda la jornada, no están por la labor de bajar a la tierra a proteger a los buenos cristianos. La galea negra es enorme, un monstruo oscuro, largo y afilado como una serpiente marina, y va a por ellos de frente y a tan arrancada boga que su espolón forrado de bronce abre el mar en un surco profundo y espumeante.

—¡Virad, virad a la diestra! —ordena el capitán, y Santiago o san Jorge, o vete tú a saber si algún ángel aburrido, baja entonces del cielo, pues la brusca maniobra evita que la galea negra los arponee con su espolón, que, no obstante, pasa a tres varas del costado de la urca contra el que se llega a rozar la baja borda de la nave enemiga.

Han fallado, pero, a cambio, al pasar por su costado, los corsarios les endosan una lluvia mortífera de flechas y venablos que siembra de heridas y muerte la cubierta de la urca. Peor aún, camuflados en la lluvia de proyectiles, los corsarios han tenido también tiempo de arrojarles tres garfios de abordaje y se disponen a tensar los cables para retenerlos y abordarlos.

—¡Cortad esos cables o estamos perdidos! —grita Tello. Para dar ejemplo, a dos manos, esgrime la espada y, de un solo y salvaje tajo, corta el grueso cabo de uno de los garfios; mientras que a la par, Alvar, de tres golpes, corta un segundo cable y el tercero perece a manos del hacha de abordaje con la que se ha provisto el viejo Juan de Aspa, quien, triunfal, lanza un alarido desafiante a los corsarios benimerines que miran con cierto estupor al viejo monje que les sonríe con fiereza desde arriba.

Corsarios y piratas. No se esperaban los unos a los otros y, por eso, al terminar de pasar rozando el costado de la urca, la galea corsaria alistada en secreto por el wali de Algecira siguiendo las instrucciones de Nuño González de Lara termina por darse de bruces con la pequeña saetía pirata que venía a todo trapo ciñendo la estela de la nave cristiana. El choque es brutal, y el mayor tamaño de la galea corsaria se impone. Con un espantoso crujido, su espolón se abre paso por el interior de la saetía, que, destrozada y con una enorme vía de agua, se hunde a toda prisa acompañada por los alaridos de terror de sus tripulantes.

William, que sigue apostado en la crujía de la galea pirata que seguía los marinos pasos de la saetía, no da crédito a lo que ve. Pero da igual, ya se lo dé o se lo niegue, su barco, que avanza con las velas desplegadas y los remos calados, no tiene tiempo de virar y se estampa contra los dos que tiene delante, enzarzándose en una tremenda confusión que se torna batalla entre corsarios y piratas.

—¡Esos lobos quieren quitarnos la presa! —clama William, y sus hombres, que llevan todo el día afanándose tras la urca, arrugan la frente y atacan a sus competidores mientras la saetía termina de hundirse y la presa se les escapa.

A la par que las dos galeas se enzarzan en combate, Tello y los suyos aprovechan el respiro y ponen proa a la bahía de Algecira. Surcan una costa cambiante que se abre a un mar que quiere juntar dos continentes con la fuerza de un viento fiero y unas olas altas como muros azules.

Playas, promontorios y, al fin, penetran en una bahía resguardada y perfecta justo cuando el sol besa el poniente y vuelve bronce las rocas blancas del peñón de Gibraltar, a las que devuelve la esperanza con el ocaso.

Y se va. La muy perra esperanza se va, dado que una segunda galea negra brinca a las olas desde la resguardada playa de Xetares[7] .

—Dios misericordioso... —se le escapa a Alvar al ver aquello, y Tello, que sabe que van a morir, se santigua y se cala el yelmo.

12

La gran galea negra que les ha salido al paso se les viene encima a boga arrancada y con toda la palamenta calada a ritmo de tambor cruel.

Crum, crum, bum, crum, crum, bum. Braman los tambores, y cien remeros esclavos se inclinan sobre los remos a paso de caja y látigo. Y en la proa negra, no menos de ciento cincuenta corsarios moros se apretujan blandiendo alfanjes, hachas y picas, mientras que veinte arqueros provistos de arcos compuestos disparan sobre los cristianos, quienes, a pie firme, aprestándose al combate, los aguardan.

—¡No les deis espolón, que la urca va cargada con plata! —advierte a voces el capitán corsario, más sensato que el que capitaneaba la que trató de espolonear a la nave cristiana junto a la isla de Tarifa.

Pero que no les claven el espolón no va a ser consuelo alguno, las dos naves se amuran y veinte cables de abordaje cruzan los aires para clavar veinte manos de hierro, veinte garfios, en la regala de la urca. Y los corsarios, con un alarido largo y fiero, se lanzan al abordaje trepando por las gruesas sogas. Es la hora de la espada, del hacha, del chuzo y de la azcona. La hora de no pensar en sobrevivir, sino solo en dar muerte antes de recibirla. Tello sabe de esas cosas, las ha vivido antes, las vivirá ahora.

—¡Matadlos en cuanto suban! —brama a los suyos, y la locura los envuelve como una ola roja.

Alza la espada y la descarga sobre una mano, y el moro, al ser bárbaramente amputado, cae gritando y arrastrando al que venía detrás.

Breve victoria. Un instante después, trepa un tercero y, a diestra y siniestra, por otros cables, trepan más y más benimerines de rostros de bronce y corazones de hierro.

Alvar, que hoy cumple quince años y nadie se ha acordado, se muerde los labios bajo el yelmo y hace de su espada toledana un flagelo encarnado que centellea de sangre y rayos de sol moribundo; y junto a él, el viejo Juan de Aspa carga con su hacha en alto y la descarga con furia monacal sobre la cabeza de otro corsario, mientras al-Ricutí, pica en mano, ensarta por la boca a otro, y Yehuda, menos bravo, sin saber qué hacer con la lanza que le han dado, la arroja al suelo y busca resguardo bajo cubierta.

—¡Aguantad, aguantad! —clama Tello tratando de infundir valor a sus hombres, que flaquean ante el aluvión de enemigos a los que sus arqueros, con mortífera precisión, cubren lo suficiente como para que pongan pie firme en la cubierta de la urca.

—¡Están tomando el castillo! —alerta un mesnadero castellano justo antes de que lo maten. Tello deja su puesto en la amura de babor y corre con Alvar a taponar la brecha.

Se oyen gritos de mujer, y Tello, impulsado por ellos, sube como un relámpago, temiendo que los corsarios estén apresándolas o, peor aún, matándolas.

Cuando llega, en el suelo están los cuerpos destrozados de la media docena de hombres que defendían la puerta que da acceso al interior del castillo. En el escueto vano de la misma, para sorpresa del caballero, está Sancha, azcona en mano, defendiendo la entrada contra una jauría de corsarios. Menudo valor el de esta niña, es lo único que se le pasa por la cabeza a Tello, y, antes de que pueda

pensar otra cosa, la «niña» se echa adelante y ensarta a uno de los moros con un grito fiero, y en sus ojos negros parece habitar una fiera.

—¡Santiago y a mí! —Con ese grito cae Tello sobre los que acosan a Sancha.

Alvar lucha a su lado. El joven, pese a tener buen maestro, nunca se ha visto en una batalla naval, así que baja la guardia y una lanzada le rompe la cota de malla justo por encima de la rodilla izquierda, le que lo hace caer de rodillas con un aullido de dolor y sorpresa. Herido, durante el parpadeo de un instante el muchacho siente una ola de pánico paralizante. Pero su instinto, ese que se afina con el continuo adiestrarse en el combate, se impone, levanta la espada y acierta a parar el tajo mortal que un moro le lanza con su alfanje. Retira el acero para liberarlo y, echándose hacia delante, endosa una terrible estocada en el estómago de su enemigo. A continuación, rechinando los dientes por el dolor que siente en la pierna, se obliga a ponerse en pie y, con un rugido, avanza para situarse también al lado de Sancha y defender la puerta tras la que se refugian su madre y el resto de las damas.

Como atraídos por la matanza, acuden más hombres de Tello y más corsarios. La sangre comienza a empaparlo todo, haciendo resbalar a los hombres y escurriéndose al mar desde la cubierta de la urca transformada en un matadero. Tello, remolino de acero, abre entre las filas enemigas terribles huecos de muerte y pronto, muy pronto, los corsarios empiezan a evitarlo.

Pero no su capitán. El jefe corsario es hombre recio y lleva cien combates sobre sus hombros. Así que marcha adelante y lanza un tremendo sablazo que si Tello no hubiera saltado a tiempo, le habría destrozado el pecho. Cruce de afilados hierros, miradas de fuego, fintas y estocadas, golpes y tajos, y una zancadilla que hace

trastabillar al castellano y, sin aliento, el caballero y el corsario se separan un momento, para medirse con la mirada calculadora del luchador que reconoce en su rival a otro maestro en el arte de matar.

Y saltan como dos leones el uno sobre el otro, con las armas en alto y los ojos brillando bajo el hierro de los yelmos, mientras intercambian golpes terribles, antes de asentar de nuevo los pies en el suelo. Por poco tiempo. Ya que ellos, y la mayoría de los hombres que pelean alrededor, ruedan por cubierta o son lanzados con brutalidad fuera de ella al mar para quedar sepultados por las olas.

Y es que la galea de William ha navegado a todo lo que daban el viento y sus remeros, y, sin aminorar, se ha amurado contra la urca con un impacto salvaje, luego de que allá, junto a la isla de Tarifa, logró imponerse a la primera galea corsaria y desembarazarse de ella. Y surge el caos: una confusión de barcos cuyas tablas se astillan o quiebran, de hombres que aúllan como demonios y se matan sin darse tregua, sin saber ya quién es amigo y quién enemigo, ni tener tiempo para averiguarlo.

Y semejante caos sigue creciendo. William aborda la urca. Viene cubierto de sangre de la cabeza a los pies. La lucha contra la galea corsaria, que se les vino encima junto a Tarifa, fue salvaje y difícil, les ha costado muchas vidas. Pero aquí están, reclamando plata para sus bolsas y almas para el diablo. Y aunque nunca fue bueno con la espada, sí lo es con el hacha, y empuña una muy buena, de mano y media, que va segando brazos y cabezas, para abrirle paso. Va a donde van todos: al castillo de popa. Allí, sin duda, están las damas, la plata y el libro.

Tras el brutal impacto de la galea de William, Tello se pone en pie como un león furioso y su destreza es maldición para los moros que lo rodean. En ellos traza un círculo de muerte y a sus pies se

amontonan los cadáveres y, no lejos, en la puerta del castillo, Alvar y Sancha, contra toda esperanza, sostienen la defensa. Quizá sea su valor el que aliente la resistencia de los hombres, pues estos, los castellanos, los latinos de oriente y los cretenses, hacen un esfuerzo supremo, limpian de enemigos el castillo de popa, que, de nuevo y por completo, vuelve a ser suyo. No por mucho tiempo. Por tanto, llegan William y sus piratas.

—¡Su peso en plata para el primer hombre que entre en el castillo de popa! —alienta William a sus diablos de mar.

Ante tal promesa, nueve piratas saltan hacia delante como lobos hambrientos, pero solo para ser recibidos por un muro de hierro.

Y en su centro, como torre ominosa empapada de sangre enemiga, se alza Tello Bermúdez, caballero del rey de Castilla.

—¡Maldito seas! —Tello carga sobre el inglés con esa maldición en los labios, y, ante su empuje imparable, ante su roja rabia, hasta los más osados retroceden.

Hacha y espada se traban en mortal batalla. Entonces cae fuego del cielo. Yehuda, que no se veía con ánimos para usar su lanza, los ha tenido para ocultarse bajo cubierta y, a toda prisa, rebuscando aquí y allá, ha encontrado y mezclado brea, resina, salitre y azufre, y ha metido el pegajoso resultado en tres jarras de barro que ha envuelto en pieles de cordero empapadas en aceite con las que ha subido de nuevo al infierno de la cubierta. Allí, mientras todos se matan, él prende fuego a la primera de las envueltas jarras convertida ahora en ígneo proyectil que lanza sobre un grupo de enemigos. La jarra, al romperse contra el suelo, estalla y libera su flamígera maldición, que prende de inmediato al entrar en contacto con la ardiente piel de cordero. Entonces, atrapados en una deflagración infernal, media docena de piratas se transforma en aullantes teas humanas.

La sorpresa paraliza a los hombres de William y a los corsarios, mientras da ventaja a los de Tello, que empujan con fuerza hacia delante, obligan a los de William a retroceder y, al hacerlo, los piratas se confunden, ya del todo, con las filas corsarias. En la caótica lucha a tres bandas, los cristianos, que no tienen que esforzarse en distinguir quién es compañero y quién enemigo, logran espacio suficiente para que sus ballesteros y arqueros barran la cubierta con una descarga cerrada de proyectiles que, por si no fuera suficiente, se ve acompañada por el estallido del segundo recipiente de fuego líquido preparado por Yehuda. La explosión se lleva por delante a no menos de diez hombres envueltos por la pegajosa y ardiente sustancia, por aquel sucedáneo del famoso fuego griego, y gritan como posesos mientras se consumen hasta los huesos.

—¡Adelante, hombres del rey! ¡Adelante y por Santiago, que son nuestros! —ruge Tello animando a los suyos, mientras Yehuda, todo él barba y cabellos blancos, como si fuera un viejo dios vengador, arroja sobre piratas y corsarios el tercer recipiente de fuego líquido.

Tello hace un supremo esfuerzo, se deja sangre y aliento en el empeño, y sus hombres logran empujar fuera de la urca a corsarios y piratas. Mientras, el capitán de la nave cristiana, sin perder tiempo, grita a sus marineros para que empujen con pértigas a las naves moras amuradas contra las altas bordas de su urca, y ruega a Dios y a todos sus santos para que el viento tenga fuerza para liberarlos.

Y la tiene, porque los milagros existen si peleas por ellos. Y la urca, lentamente, cruje, se bambolea, empuja y se suelta de las galeas, que, como lobas hambrientas mordiendo los flancos de un toro bravo que se sacude con violencia, pierden su presa y van quedando atrás.

—¡Maldición tras maldición! —se lamenta William al ver cómo la urca se zafa de las galeas a la par que decapita a un corsario que pretendía abrirle la barriga—. ¡A los remos! —ordena a los que quedan de los suyos.

Sin embargo, la urca se aleja y pone proa a la columna inmensa de caliza blanca que es el peñón de Gibraltar. Surca las aguas de la bahía metiéndose entre una espantosa roca contra la que burbujean las olas y la triangular Isla Verde que domina la salida del puerto de Algecira, desde cuyas murallas y torres, asombrados, los contemplan cuando pasan con las velas al viento y las llamas aún ardiendo sobre cubierta.

Es de esa guisa como van dejando atrás la desembocadura del río de la miel y la ciudad alzada sobre su orilla norte. Mientras lo hacen, desde una de las torres que miran al mar, el wali de la Algecira no da crédito a lo que ve y comienza a pensar que no fue buen negocio aceptar la oferta de don Nuño González de Lara. La urca, de la que suben negras columnas de humo por mor del fuego líquido que se derramó sobre su cubierta, escapa de sus corsarios y de los desconocidos piratas.

—¿Quién diablos habrá enviado a esa galea pirata? —se pregunta el wali, y sabe que no tendrá respuesta.

El sol se hunde en el poniente. Se va del mundo justo cuando la urca pasa por delante de los estuarios de los ríos Palmones y Guadarranque que alimentan el fondo de la bahía, y mientras pone proa al sureste, bordea el gigante de piedra Gibraltar y que, con el último celeste resplandor, deja de ser piedra blanca para tornarse oro rojo y, luego, oscura noche.

En la oscuridad, guiados por la fantasmagórica y recuperada albura de las rocas calizas del peñón de Gibraltar, Tello y los suyos trasponen el estrecho de la mar.

13

En la noche, la galea pirata se ha ocultado en la desembocadura del Palmones. Gimen heridos y los moribundos llaman a sus madres. William recuerda bien a la suya, una mujer guapa y buena a la que su marido tenía aterrorizada. También le pegaba a él. Siempre estaba haciéndolo. Habitaban en el pánico. Siempre temiendo el momento en que el padre de William dejara la taberna y regresara a casa.

Un día, cuando él tenía catorce años y su hermano tres, su padre casi mata a su madre de una paliza. Casi... Pero fue él, el muy hijo de puta, el que murió, porque William lo golpeó con tal fuerza en la cabeza con un atizador que le abrió el cráneo. Aquel fue el comienzo de una vida errante y de su iniciación en el oficio de ladrón. Solo así podrían sobrevivir. Su madre no lo hizo mucho tiempo, enferma, sin casa donde restablecerse, de posada en posada, de ciudad en ciudad, enfermó y los dejó solos. Solos...

El recuerdo de aquella soledad tan terrible y del cuerpo marchito de su madre cubriéndose con las paladas de tierra que le echaba encima lo acosa en aquella noche de mar y lamentos de moribundo. Alguien reza y, luego, con un estertor ronco, deja este mundo y, al hacerlo, la muerte, tan próxima en la oscuridad, parece seguir removiendo los recuerdos de William, que regresa a la tumba, al agujero que su hermano y él cavaron para su madre en un lindero del bosque antes de seguir camino como mendigos y ladrones.

Dos años después, cuando ya era un consumado maestro del arte del robo, William decidió salvar a su hermano. Sabía que, antes o después, por muy bueno que fuera como ladrón, lo cogerían y lo colgarían. Y le quitaba el sueño qué haría entonces su hermano. Por eso decidió engañarlo y dejarlo en casa de la señora Evans, a la que entregó una crecida suma para que se hiciera cargo. Desde entonces, no sabía que había sido de su hermano pequeño. A William, en noches como esta, cuando el cansancio que sigue al roce de la muerte se apodera de su espíritu, le gusta soñar con que, algún día, rico y sin miedo, pueda volver a Inglaterra, buscarlo y decirle la verdad: «Solo te mentí para ponerte a salvo».

A unos pasos, en la somera cubierta de la galea, un hombre herido agoniza y, un poco más allá, por el lado de popa, arrojan otro cadáver al agua oscura del mar nocturno.

—Volveré, por Dios que volveré, y lo haré como un gran señor, rico y sin miedo —se jura.

Mientras William escucha cómo arrojan cadáveres al mar y agonizan los heridos, Tello y los suyos navegan toda la noche. Eso es cosa poco frecuente, ya que los riesgos de una singladura nocturna son muchos: escollos, bajíos y ocultos arrecifes, pero hay que poner distancia entre ellos y las galeas de las que se habían zafado en la bahía de Algecira, no pueden estar seguros de que alguna de ellas, o las dos, retomen la cacería.

Aquella noche, Alvar besó por primera vez a una mujer. Margarita, de quince años, se agachó a su lado para curarle las heridas. Cuando Alvar, pese a que quería llorar de puro dolor, se hacía el fuerte, con rostro impasible, y se dejaba coser la herida de la pierna, le estampó un torpe beso en los labios. Esto fue más efectivo contra los dolores del muchacho que una poción de vino y mandrágora.

Poco más tarde, María de Brienne, la emperatriz, recuperados aplomo y esplendor, cruza la cubierta para dar las gracias a Tello por su heroica defensa. El caballero, al que Sancha le está cosiendo una herida en el hombro, le hace una reverencia y cambia con ella una larga mirada.

—Gracias, aunque me temo, mi señora emperatriz, que nuestras dificultades y peligros no han hecho sino empezar.

—¿Teméis acaso que nos sigan?

—No lo temo, lo sé —contesta con total seguridad.

Lo sabe porque no puede olvidar la larga mirada que, en mitad de la batalla, cambió con el asesino rubio de ojos verdes y fríos. Esa mirada se lo dejó claro, no cejaría hasta arrebatarles el libro y el tesoro que guardaba. Ella no sabe de esas cosas, así que asiente, sonríe a Sancha y, sin decir nada más, se retira al castillo de popa a donde han sido llevados los heridos más graves. Ahí los asisten sus damas bajo las órdenes de los tres sabios que, gracias a Dios, también son médicos y hacen un excelente trabajo a la luz de las antorchas.

Aun así, han perdido a veintiséis hombres y otros tantos sufren heridas diversas, y algunos de ellos, bien lo sabe Tello, no se recuperarán de ellas pese a la destreza de tan grandes médicos.

Sancha termina entonces de coserle y usa sus dientes para cortar el hilo de tripa de gato que ha usado. Luego, empapando el costurón con vinagre, lo venda con una tira de lino.

—Eres más valiente que cualquiera de los hombres que hoy han peleado —le dice a la muchacha con una sonrisa.

De verdad lo piensa. La imagen de Sancha, morena y brava, blandiendo la lanza frente a los corsarios para defender a Isabel y al resto de las mujeres no se le quita de la cabeza.

Ella alza los inmensos y negros ojos, avivando en ellos una luz que envidian las estrellas.

«Está tan hermosa esta noche...», piensa Tello, mientras frena el deseo de besarle los tentadores labios.

Unas horas más tarde, amanece en Pisa. Miguel, que se ha pasado la noche rezando para pedir perdón por haberse manchado con la muerte del canónigo Martín Pérez, aguarda, silencioso, a que Egidio el Nigromante despierte de la borrachera. Ha logrado librarse del canónigo, pero es lo suficientemente listo como para saber que su alianza con Egidio, por llamarla de algún modo, durará solo hasta que hallen el tesoro. Luego, los números, siempre tan claros, volverán a hablar. Y dirán que, si dos eran mejor que tres, uno es el número ideal si se trata de cuestiones de tesoros. A lo mejor se puede fiar del nigromante. Al fin y al cabo, se ha mostrado comprensivo con él... y tras esforzarse un rato en autoconvencerse de tal cosa, se impone realismo y pasa a concentrarse en urdir un plan para librarse de Egidio, quien, a su lado, ronca de forma ruidosa.

Ronca, pero no duerme. Está meditando y a la par vigilando. Piensa en lo mismo que Miguel: en cómo librarse de su compañero de viaje cuando llegue el momento de hacerlo. Por eso, mientras llega ese momento, se finge descuidado, borracho, torpe, sabedor de que ello dará confianza al muchacho, y la confianza, ya se sabe, es madre de errores y enterradora de hombres.

Muy lejos de allí, en las costas del reino de Granada, la urca sigue navegando. Lo hace durante una semana pasando junto a costas

desde las que se alzan inmensas serranías en las cumbres de las cuales aún se pueden ver perpetuos hielos y nieves[1] .

Aunque Tello recela en extremo, hacen aguada y reponen víveres en Málaga sin tener ningún tropiezo. Pese a que siguen temiendo que de nuevo aparezcan los piratas, cada día que ganan, se van aquietando sus miedos.

Al doblar el cabo de Gata, todos acuden como niños a asomarse desde la regala de la urca, pues, abajo, nadando en el mar o tomando el sol sobre las rocas donde espumean las olas, se puede ver a docenas de focas monje.

—¡Sirenas! —grita, entusiasmada, Margarita, y Alvar, a su lado, no ve ni una sola sirena o foca.

Porque tiene los ojos clavados en la muchacha y, aunque de repente aparecieran dragones marinos, no les prestaría la más mínima atención.

Desde arriba, en el castillo de popa, Isabel, que está recuperando fuerzas con el sol y el aire de mar, sonríe y señala a al-Ricutí a los dos adolescentes. Lo que pícaramente le comenta sobre ellos la sumerge en una gozosa risa.

Ponen rumbo al sureste. Cruzan el mar en dirección a los reinos moros de la costa de los reinos africanos de Tremecén y Bugía[2] . Siguen las órdenes del rey Alfonso, recelan de Aragón y quieren evitar sus puertos y sus aguas. Ignoran, eso sí, que a un día, una galea pirata mandada por un asesino de ojos verdes y fríos sigue sus acuáticas huellas. Y lejos, en Sevilla, el conde Nuño González de Lara rechina los dientes cuando le llega el informe de lo acontecido en las aguas de Algecira.

—Sé a dónde vais, y allí os estarán esperando... —murmura para sí con rabia—. Por si acaso eso también me falla, os juro que

convocaré a toda una partida de demonios para que os arrastren hasta los infiernos cuando más confiados estéis.

Pasos que se acercan a la estancia que ocupa el conde, que, al oírlos, se serena.

—Mi señor, el rey os llama —le dice el mayordomo de su casa, y Lara, olvidándose del libro y de Tello, sonríe: pase lo que pase, el rey vuelve a estar en sus manos.

La costa africana se mostró al segundo día de navegar por mar abierto. A mediodía, un rojo promontorio se alzó ante ellos y, al rodearlo, surcaron las calmas aguas de una ensenada orlada de playas, a cuyo extremo occidental iba a desembocar un río ancho y turbio que, justo antes de besar el mar, se desparramaba en lagunas, marismas y tremedales. Era como si estuviese cansado de fatigar montañas y espesuras sin fin.

—Echaremos el ancla en este lugar —anuncia el capitán. Un viejo genovés que lleva en el mar desde que su madre se libró de él alistándolo como grumete a los siete años.

—¿Hay alguna ciudad cerca? —pregunta Tello, que no se fía mucho de hacer aguada en tierra de moros.

—Estamos a tres leguas y media de Mostaganem, y ese río que ves allá lejos, en el extremo de la bahía, es el Chelif[3] .

—¿Te fías de los pobladores de este país?

—No, y espero que no veamos ni a uno solo. Pero necesitamos reponer agua y, a ser posible, cargar algo de víveres. Por eso he elegido este lugar, es un paraje solitario y pocos moros vienen por aquí. Dicen que las florestas de esas colinas que cierran la bahía y las marismas en que se desparrama el río están plagadas de leones y de otras fieras.

—No parece muy tranquilizador... —se le escapa a Tello mientras contempla las lomas sombrías atestadas de bosques y los dilatados tremedales y pantanos.

—A cambio, señor caballero, junto a la playa, al pie de las colinas, hay buenos manantiales de agua pura con la que llenar nuestros barriles. En estas fechas los bosques rebosan de zarzas cuajadas de moras tempranas, y en las umbrías abundan las fresas silvestres. Además, antaño, en estos lares hoy abandonados, hubo aldeas y alquerías, y, donde la floresta no los ha devorado, siguen prosperando abandonados huertos de duraznos y manzanos. Hasta puede que encontremos brevas a medio madurar en alguna solitaria higuera. Por lo demás, mi señor, sería conveniente que nuestros arqueros y ballesteros abatieran algún ciervo o jabalí, ya que vamos mal de carne.

—¿No nos bastan los víveres que cargamos en Málaga? —pregunta Tello esperanzado de tener excusa para no consentir bajar a tierra.

El capitán niega con la cabeza. Además, llevan más de una semana sin pisar suelo firme y todos, desde marineros a soldados, mujeres y sabios, quieren descansar, aunque sea un par de días, de los afanes del mar.

—Está bien... —accede al fin, encogiéndose de hombros y para alivio de todos—. Estableceremos un pequeño campamento en la playa. Pero situaré vigías, retenes y postas de guardia junto a las marismas y en lo alto del promontorio rojo. Solo permaneceremos aquí hoy y mañana. Para entonces, escuchadme bien, quiero cargada el agua y cuantos frutos y carne podamos conseguir, pues de inmediato izaremos velas y pondremos rumbo a Sicilia.

Pronto está todo dispuesto y, cuando la barca que lleva a las mujeres y los sabios abre la arena con su quilla, hay alegría y

chapoteo en las aguas. Hace calor, y el sol, ya alto, calienta la arena. Tello, inquieto, no quita el ojo de las oscuras colinas preñadas de selvas. Mientras vigila, organiza dos grupos de cazadores y les ordena que se internen en los bosques en busca de presas.

—Nosotras buscaremos bayas y fresas —propone María de Brienne.

Al escuchar aquello, Tello se gira molesto. No están de excursión, sino que acaban de tomar tierra en una costa extraña y colmada de leones e infieles.

—¡No! —corta sin más, y luego pide disculpas, puesto que no es forma de hablar a una emperatriz de Constantinopla.

—Tello, queremos andar un poco —suplica Isabel—. Además, Alvar, al-Ricutí, Yehuda y Juan de Aspa vendrán con nosotras.

¡Menuda escolta! Piensa para sí Tello: un muchacho enamorado, un sabio que sabe de bosques lo que él de estrellas y dos viejos.

—Está bien, pero sumaremos a la partida dos arqueros y otros tantos ballesteros —concede, y ya se está arrepintiendo de hacerlo.

Pero todo va bien. El día prosigue, Tello destaca grupos de vigías y guardias, los marineros llenan barriles de agua buena, el campamento se levanta y hasta regresa una de las partidas de caza con dos rollizos ciervos que de inmediato el cocinero se pone a carnear junto a una gran hoguera. Sin embargo, las mujeres no vuelven y el sol comienza a declinar. Entonces se oye trasiego en el bosque y Tello, alerta, ruega para que sean ellas. Pero no lo son. Se trata de la segunda partida de caza que vuelve con buenas piezas cobradas: otro ciervo, una gacela y dos jabalinas.

Tello da una patada a la arena. Se está poniendo nervioso y, luego, furioso. Siguen sin estar. Ha terminado con todas las tareas que puede acometer el jefe de una partida de idiotas. Porque eso es y eso son: unos idiotas, y su jefe, el más idiota de todos.

—¡Dos hombres conmigo! —ordena, y sin esperar a ver quién lo sigue, se encamina al bosque a grandes zancadas, maldiciendo su manía de consentírselo todo a Isabel.

Isabel lleva un cesto lleno de moras y fresas, y ríe como una niña traviesa mientras al-Ricutí le roba, en cuanto se quedan un instante a solas, besos dulces con sabor a fruta. Un poco más allá, entre los árboles, la emperatriz, sus damas y Sancha hablan y cantan mientras buscan fresas bajo la atenta mirada de los cuatro arqueros y ballesteros. También Yehuda y Juan de Aspa examinan plantas, buscan las que sanan y, al final de todos, muy retrasados, van Alvar y Margarita, que aprovechan todas las sombras para besarse bajo ellas con pasión juvenil.

En los días que dejan atrás, todos han pasado mucho miedo y las aventuras, sucediéndose en vertiginoso torbellino, los han dejado anímicamente exhaustos. Por eso, este día, esta jornada de sol y de bosques de ensueño, parece hecho para sanarlos a base de risas, dulzor de frutas y pequeñas maravillas. Es como estar dentro de un cuento de damas y caballeros: un paisaje perfecto, risas, galanterías y amor entre jardines bucólicos.

Mas todo cuento tiene su villano y su monstruo. El primero en aparecer es el segundo: un rugido lejano y ronco llega hasta ellos desde lo más denso de la espesura. Nunca habían oído algo así, tan salvaje y poderoso, y el bosque deja de ser jardín bucólico y parece tornarse oscuro sueño. Juan de Aspa es el primero en reaccionar.

—Un león... —musita. Su primera reacción, como impenitente sabio, no es huir, sino avanzar para poder ver a la mítica bestia que tantas veces ha contemplado en las miniaturas que ilustran los libros antiguos.

Yehuda, más sensato, se detiene en seco y, tras él, Alvar aferra la mano de Margarita y, con la diestra, que le queda libre, desenvaina

la espada y avanza a paso vivo hacia los cuatro arqueros y ballesteros que, alerta, encordan arcos y montan ballestas, y se colocan delante de las repentinamente asustadas damas.

—Una vez vi uno en la corte del sultán de Granada —musita al-Ricutí, que ha corrido con Isabel a ponerse a cubierto de los arqueros y ballesteros, tras los que ahora se reúne todo el grupo.

Constituyen, pues, para un león del Atlas, una suerte de «manada» de magníficas presas. Tiene hambre. La gran bestia tiene hambre y, cuando surge de la espesura, sus seiscientas libras[4] castellanas de indómita fiereza saltan sobre los humanos en un aluvión de melena negra encrespada, garras extendidas y colmillos prestos a desgarrar gargantas. La primera que destroza es la de un ballestero cuyo virote, inútil, solo acertó a rozar el lomo de la gran bestia. El hombre muere antes de tocar el suelo y su caída causa el espanto entre todos los presentes, que se dispersan como un rebaño de ciervos asustados. Hay mucha presa donde elegir, y el león, tras quebrar la tarde con un nuevo y tremendo rugido, elige, siguiendo su instinto, la que parece más débil y, por ende, la más fácil de abatir: Isabel.

Tello se queda espantado. El rugido de la gran bestia es como un bronco cuerno de guerra soplado por mil demonios, y en la floresta, todo lo vivo se apresura a ocultarse o a huir: cesa el canto de los pájaros, los alegres loros grises levantan el vuelo y los macacos se apresuran a ponerse a salvo.

Tello no huye. Desenvaina la espada y corre siguiendo las huellas dejadas por su gente. Lo hace tan aprisa que pronto quedan atrás los dos hombres que lo acompañaban.

—¿Por qué tienen que pasarme a mí estas cosas? —se pregunta mientras corre y a la par maldice su suerte.

Y mientras corre y maldice, el león mata.

Pues ha saltado sobre Isabel y solo el sacrificio de un arquero cretense salva a la dama, quien, arrastrada por al-Ricutí, corre empavorecida por el bosque. La fiera no se detiene. La quiere a ella. Las bestias feroces, a veces, son así de caprichosas.

—¡Madre! —grita Alvar al ver cómo el león de melena negra salta de nuevo sobre ella.

A la par que salta el gran felino, vuela un virote de ballesta que alcanza en el hombro al monstruo, que, revolcándose de dolor y rabia, le da a Isabel un poco más de tiempo, un último instante de vida, ya que el león, repuesto de la sorpresa, enloquecido por la herida, corre de nuevo hacia ella.

Alvar se interpone. Ha empujado a un lado a Margarita y ahora, a pie firme, aguarda al león espada en mano. Es una locura, pero tiene quince años, y el león le pasa por encima y de un zarpazo le desgarra la cota de malla, rompe anillos de hierro y medio rasga el gambesón de cuero que hay debajo, de paso lo hace saltar por los aires como si fuera un muñeco de trapo. Isabel grita al ver caer a su hijo y al-Ricutí, que lo sabe ya todo perdido, se adelanta para interponerse a su vez.

—¡Atrás, bestia del diablo, atrás te digo! —grita el maestro moro haciendo violentos aspavientos con las manos. En algún libro que no recuerda, ha leído que uno puede espantar así a un león.

La fiera ni se lo piensa, salta sobre él, pero al-Ricutí se tira al suelo y las fauces de la fiera no lo encuentran. Burlado, se revuelve y recibe ahora la flecha del segundo arquero cretense que los guardaba. Es un buen tiro de arco y acierta en el cuello del gran macho de melena negra. Pero la bestia no cae, sino que, a grandes saltos, carga sobre el arquero y lo destroza a dentelladas y zarpazos antes de que pueda volver a usar su arco. Por tercera vez, con las

fauces babeando sangre humana, ruge el león. Trueno espantoso que hiela la sangre de todos y que paraliza a Isabel. Hacia ella va la fiera con los amarillos ojos encendidos como meteoros.

—¡Señora!

Quien grita es Sancha, que, arrojando piedras al demonio, trata de atraer su atención y darle así una oportunidad a Isabel. El león gira hacia Sancha para matarla y en su carrera recibe en el pecho la tercera flecha: un segundo virote de ballesta. Sin embargo, tampoco lo detiene y, tras lanzar un nuevo rugido y vomitar una bocanada de negra sangre, corre tras Sancha. Corre a su vez la muchacha, pero, segundo a segundo, el león acorta distancia y ella siente ya su aliento de matador en la espalda, anticipa el zarpazo que la abatirá y destrozará su cintura al reventarle los riñones y partirle la columna. Entonces Sancha cae.

Gracias a Dios. Así el león, burlado por el oportuno tropiezo, le pasa por encima sin matarla. Por el momento. Un breve momento..., ya que se ha dado la vuelta y, aunque un nuevo virote de ballesta le pasa rozando la melena, se dispone a destrozar a la muchacha, quien, con los ojos dilatados de terror y la boca abierta en un mudo grito de espanto, aguarda su terrible final.

—¡Bestia maldita!

Es el grito de Tello. Como buen loco que es, carga sobre la fiera descargándole un tajo en la cabeza. Pero el cráneo de un león es duro como yunque de hierro y, aunque el afilado acero le abre una tremenda herida al animal y la sangre lo ciega, no está herido de muerte, y salta sobre su enemigo. Tello, por suerte, por instinto, por habilidad o vete tú a saber por qué, cae con la espada hacia arriba, y el león, al caerle encima, se la clava hasta la empuñadura en el corazón.

—¡Virgen Santísima! —grita la emperatriz mientras sus damas miran entre los dedos de las manos con que se tapaban los ojos para no ver.

E Isabel, recuperando el ánimo, corre hacia Sancha, y Tello, sepultado bajo el cuerpo del león, parece muerto. No lo está. La bestia sí. Pero pesa tanto como un caballo y quitársela de encima no es fácil. Tampoco fue fácil quitarle a Sancha de encima, porque, en cuanto retiraron el colosal cadáver felino, cubrió a Tello con sus besos.

—Agua fresca, un poco de fruta y algo de carne... —remedó Tello al capitán de la urca, cuando, burlón y malhumorado, dolorido y cojeando, sostenido por un Alvar igualmente magullado y por el ballestero superviviente, regresó al campamento.

Esa noche, los hombres contaron una y otra vez su hazaña, y Juan de Aspa, fascinado, mostró a todos la piel del gran león; y la emperatriz, robándoles el aliento, cantó con voz de plata una canción que contaba la historia de cómo Alejandro de Macedonia se enfrentaba en combate a leones blancos tan grandes como toros[5] .

Fue, pues, y pese a todo, una noche que terminó siendo hermosa. Cuando todos duermen, Tello se levanta cojeando y se acerca a la orilla del mar. Una gran inquietud lo embarga y se sienta en la arena para serenarse con el sonido calmo del ritmo de las olas. Acunado por ellas, se pregunta sobre el sentido de su vida y cree encontrar la respuesta: es un caballero. Un caballero del rey Alfonso... A eso ha consagrado su existencia, a servir a un rey; por él, por Alfonso de Castilla, ha arriesgado incontables veces la vida.

Inconscientemente se pregunta si el rey también la arriesgaría por él, pero sabe que aquella es una pregunta vana, incluso tramposa, y que, en verdad, se la hace porque le duele que Alfonso, cuando lo

dejaron atrás en Sevilla, se planteaba ya reconciliarse con don Nuño González de Lara.

Pensar en eso y, sobre todo, pensar en Lara no le gusta y lo enfurece, porque aún tiene clavada muy adentro la sensación de que su rey lo ha defraudado. Nunca lo confesará, desde luego, pero, cuando el rey deslizó que dejaría de lado su desconfianza hacia el señor de la casa de Lara, se sintió casi traicionado... No, más que eso y más doloroso aún, se sintió prescindible, poca cosa, una simple herramienta de la que Alfonso podía echar mano. Una herramienta... valiosa, elogiada, pero solo eso.

Nuño González de Lara jamás será una herramienta para Alfonso. Los grandes señores y ricos hombres de Castilla no son peones como él, sino piezas vitales en el complicado juego de ajedrez que es la política de un gran reino como el que rige Alfonso.

Sabe, porque es hombre que ha vivido mucho y no se engaña, que, en el fondo, Alfonso hace lo que tiene que hacer, pero eso no le quita la amargura de ver cómo el hombre al que sirve desde hace tantos años y por el que se juega la vida está más que dispuesto a reconciliarse con aquel que sueña y pugna por aplastarlo como un gusano. La tristeza lo abate. Tantea bajo la arena y encuentra una piedra que arroja lejos. Pero sigue sin encontrar respuestas a su amargura, tan solo olas, noche y un gran vacío. Y pasos que se le aproximan. Se pone en pie espada en mano y la luna le muestra una figura. La de Sancha que camina hacia él descalza.

—¿A dónde vas, Sancha? No deberías caminar sola. ¿Te has desvelado?

Ella no le contesta. Excepto con los ojos que le brillan como fuego oscuro y perfecto. Sin decir nada, se desabrocha la túnica y la ropa cae al suelo, a sus pies, y la deja desnuda ante el mar y el hombre que ama.

Tello la contempla, espléndida y morena, y, cuando ella avanza, algo dentro de él se derrumba y, al hacerlo, lo libera. Y así, libre, la toma entre sus brazos. En la arena, en una noche africana, Sancha se torna llama y Tello descubre que quiere arder con ella. Fue una noche de amor. Una noche que valía toda una vida de sueños de niña, y, cuando amaneció, apareció el villano.

14

Una galea pirata rompe el horizonte asomando sus velas. En lo alto del promontorio rojo, el vigía apostado allí por Tello, tras comprobar que la luz tibia del amanecer no lo engaña, se pone a gritar la alarma y a agitar en el aire la manta en la que se ha envuelto durante su turno de guardia. Tello no lo oye, está demasiado lejos, pero sí lo ve. Hace la señal convenida para alertar sobre la aproximación de un bajel pirata. Todo en él se revuelve contra el aciago destino, pero nada saca el hombre de quejarse, y Tello aprendió de chico la lección. Así que se olvida de lamentaciones y se pone a dar órdenes. Quizá, con un poco de suerte, puedan poner vela antes de que la galea los atrape en la ensenada. Al fin y al cabo, como poco, a la nave enemiga le quedan dos horas de navegación antes de atraparlos. Entrar en la ensenada es difícil, hay corrientes fuertes y bajíos, estos obligan a desviarse y a penetrar doblando el agudo cabo que forma el promontorio de roca roja que la domina.

—¡Es imposible! —le aclara el capitán de la urca cuando le ordena embarcar de inmediato, zarpar y salir de la ensenada antes de dos horas.

—¿Imposible? —se exaspera.

—El viento, mi señor caballero, el viento viene de la mar y no nos permitirá salir a tiempo. Además, esa galea pirata estará aquí en dos horas a lo sumo y, como está obligada a entrar en la ensenada doblando el promontorio, nosotros nos veremos obligados a poner

vela hacia la desembocadura del río, arriesgándonos a encallar en los bancos de arena. Eso nos obligará a ir sondeando la mar. En suma, necesitaremos tres horas como poco.

—¿Y la vela latina?

Tello sabe que desplegando ese trapo se puede navegar de bolina.

—Es una bendición cuando tienes el viento contrario, y sin ella no podríamos ni salir de aquí en todo un día. Pero, aunque la vela latina ayuda mucho, coge poco viento y nos moveremos muy despacio. Tres horas os digo, tres horas necesitaríamos para salir a alta mar, y para entonces, esa galea nos estará dando espolón.

Atrapados. Están atrapados. Tello golpea con rabia la arena. Todos lo miran, esperan una solución, una idea genial, un milagro, lo que sea.

Pero Tello no tiene nada que ofrecerles. Excepto un poco de desesperación mudada en plan.

—¡Contamos con dos horas y hay que aprovecharlas! ¡A las barcas, hombres del rey! —ordena—. ¡Debemos desembarcar la plata y luego poner a salvo a la emperatriz!

Su plan es sencillo y, además, una locura: desembarcar la plata y luego internarse en la espesura con la esperanza de que los piratas no los persigan hasta ella. Luego..., bueno, luego Dios dirá.

—Tengo un plan mejor.

Tello, sorprendido, se gira hacia al-Ricutí.

—¿Un plan?

—Sí, uno mejor. Así que di a esos hombres que se detengan. Mi plan requiere que las mujeres y cuantos marinos y soldados sea posible embarquen y pongan a la urca en disposición de levar anclas de inmediato. El resto iremos al promontorio rojo.

William está silbando. Han dado con la condenada urca y la tienen atrapada en el fondo de una ensenada. Así que solo tienen que hacer una cosa, poner proa hacia el promontorio que cierra la pequeña bahía, doblarlo y, dentro de la ensenada, abordarla con la misma facilidad con la que uno atrapa peces en un estanque.

—¡Venga, muchachos, remad con fuerza, que en dos horas a lo sumo os espera el más grande botín que imaginar podáis! —anima a sus diablos y, sin dejar de silbar, bracea y enconcha su arco largo[1] .

Mientras tanto, al-Ricutí consigue al fin coronar la cima del promontorio rojo. Tello le ha ayudado tendiéndole la mano, y luego, con un poco más de esfuerzo, logra también hacer subir a Yehuda y a Juan de Aspa. Al-Ricutí le explica para qué quiere a tres sabios en lo alto de un promontorio:

—La llaman «pólvora» y la inventaron los chinos —les va diciendo al-Ricutí—. Conozco los componentes y las proporciones, pero nunca la he fabricado. Por eso hemos traído hasta aquí azufre, carbón y salitre. Este último habrá que lavarlo en agua y purificarlo lixiviándolo y secándolo. Luego debemos moler los tres ingredientes de la fórmula y mezclarlos de manera uniforme y en las siguientes proporciones: siete partes de cristales de salitre, dos de polvo de carbón y una de azufre[2] .

—¿Y qué haréis con lo que obtengáis? —pregunta Tello entre la curiosidad, el escepticismo y la exasperación. No tiene claro si confiar en su amigo dará buen resultado, y por el rabillo del ojo, desde aquella elevada posición, puede ver cómo la galea pirata se aproxima más y más.

—Algo se me ocurrirá —le replica el andalusí, incomprensiblemente divertido—. Al fin y al cabo, además de alquimista, soy matemático.

Así se ponen a trabajar. Juan de Aspa, que también sabe lo suyo de alquimia, lava el salitre en una olla que pone a calentar en un pequeño fuego. Pronto, al hervir, el agua se evapora y el viejo monje filtra el resultado y vuelve a empezar para lograr la máxima pureza en los cristales así obtenidos. Yehuda, por su parte, se ocupa con una mano de mortero en reducir a polvo el carbón de leña que han recogido de la hoguera y luego hace otro tanto con el azufre.

Mientras, el maestro murciano estudia cada grieta, cada piedra de la cumbre del promontorio que, como un saledizo de piedra roja, vuela sobre el mar que rompe contra su base; hecho lo anterior, se asoma para observar el mar y arroja desde allí con todas sus fuerzas una rama que la fuerte corriente arrastra. Repite dos veces la operación y Tello observa que, cada vez que arroja un palo y cae al agua, el moro se pone a contar moviendo los labios.

—¡Creo que ya lo tengo! —le anuncia triunfante—. ¿Cómo va el salitre, maestre Juan de Aspa?

—¡Lo he lixiviado hasta obtener cristales y lo he puesto a secar al sol sobre una piedra! —contesta el viejo monje mientras extiende un poco más los cristales sobre la roca para que se sequen bien.

—¿Y el carbón y el azufre? —pregunta el andalusí volviéndose hacia el médico hebreo.

—¡Reducidos a polvo fino! —le informa Yehuda mostrándole el mortero.

Tello se muerde los labios. Se supone que todo va bien, pero la galea pirata está a poco más de media hora del promontorio y él sigue sin saber cómo la van a detener.

Nervioso, mira otra vez hacia el fondo de la ensenada; allí, la urca sigue preparándose a zarpar cargando los últimos barriles de agua, aprestando velas y realizando las diez tareas que hay que llevar a cabo antes de levar anclas y poner rumbo a mar abierto.

—Esto no va a funcionar —se le escapa a Tello, que ya no puede dejar de mirar en dirección a la galea, que, al aprovechar la corriente, vira para enfilar el promontorio y sobrepasarlo.

Al-Ricutí no lo escucha. Está acuclillado en el suelo, dibuja en él con un palito números y trayectorias.

—¡Secos! ¡Los cristales de salitre están secos! —anuncia Juan de Aspa veinticinco minutos más tarde.

—¡Apresuraos, pues, a mezclarlos con el carbón en polvo y el azufre! —le pide el murciano, quien, poniéndose de nuevo en pie, corre hasta el borde del acantilado y arroja otro palito para volver a comprobar la velocidad de la corriente que pasa justo por debajo y empuja también a la galea que está ya a menos de un cuarto de legua del promontorio.

Está muy cerca y no tardará en pasar justo debajo de ellos. Tres minutos más o menos.

—¿Qué hacen ahí arriba? —se pregunta William al ver cómo cuatro diminutas figuras se afanan en lo alto del promontorio rojo que se disponen a doblar.

No lo sabe. Solo sabe una cosa: no llevan arcos, ni ballestas y solo uno de los cuatro hombres, a lo que parece, porta armas y tiene estampa de gente de guerra.

—¡La tengo! —anuncia, feliz, Juan de Aspa.

Al-Ricutí corre hacia el viejo monje, quien le muestra, orgulloso y alegre, algo más de cinco libras castellanas de mezcla, es decir, de eso que llaman pólvora.

—¡Apesta como el infierno! —se queja, jocoso, el viejo monje.

—Se supone que lo es —le replica al-Ricutí.

—¿Que es qué?

—El infierno, maestre Juan de Aspa. Con un poco de suerte, hemos fabricado un pedacito de infierno —le aclara.

Tomando la apestosa mezcla, al-Ricutí corre hasta una grieta situada a tres pasos del borde del saledizo de roca roja que corona el promontorio. Siguiendo sus indicaciones, Tello está allí, agrandándola con la daga.

—¡Es suficiente! —le dice.

Luego, a toda prisa, el murciano envuelve en un trapo la poción, la pólvora o lo que sea que hayan obtenido, y lo coloca en la grieta. A continuación, mete en el envoltorio, a modo de mecha, un grueso hilo de lana empapado en aceite y sitúa el resto de la madeja a dos pasos, antes de regresar a la grieta y colocar una pesada piedra sobre el paquete de pólvora prensada.

—¡Listo! —anuncia—. ¿Y la galea?

—¡Dos minutos! —le anuncia Tello, que lo ve todo ya perdido.

—¡Magnífico! —le contesta el andalusí, quien, por lo visto, es presa de vete tú a saber qué entusiasmo—. ¡Todos a correr hacia esas rocas! —advierte señalando un afloramiento rocoso situado a treinta o cuarenta pasos que debe servirles de refugio y al que ya se encaminan Yehuda y Juan de Aspa.

Mientras, el maestro andalusí toma la madeja de lana empapada de aceite y la desenrolla sobre la hojarasca seca que había acumulado. Realiza la operación con premura, pero también con sumo cuidado, al tiempo que camina hacia atrás alejándose del saliente. Mientras anda hacia atrás a toda prisa desenrollando la madeja, sus labios murmuran números.

Tello aguarda un poco más. Mira a la galea, que, arrastrada por la fuerte corriente y por la fuerza de sus remos, en ese momento justo comienza a pasar debajo del promontorio. En su proa, una vez más, está el asesino que secuestró a Isabel y Sancha. Nada más verlo, lo enfila con su arco largo inglés.

—¡Muere! —grita William.

En el momento en que suelta la flecha, Tello se gira y echa a correr hacia donde están refugiados los sabios. Buena idea, porque al-Ricutí ha prendido fuego al extremo de la mecha, y la llama, auxiliada por la hojarasca seca que forma el lecho donde ha sido depositada, es llama viva que corre deprisa.

La galea está pasando bajo el promontorio. Treinta varas separan su baja borda de las primeras rocas y pronto, como la cabeza de un dragón marino, su proa asoma a la ensenada.

—¡Ahí están! —anuncia el capitán de la urca, y en la nave, todo es desolación. Está claro que el plan de al-Ricutí, fuera el que fuera, ha fallado.

Sin embargo, al-Ricutí está contando, porque también a él se le dan bien los números. Con ellos ha calculado velocidad de la corriente y de la galea, fuerzas y resistencias, trayectorias e impacto sobre las aguas de mil quintales de roca, volumen de desplazamiento y esas cosas. Al fin y al cabo, ha leído con aprovechamiento a Euclides de Alejandría y a Arquímedes de Siracusa.

Mientras el andalusí cuenta, William, situado en la proa de su galea, puede ver ya con claridad la cubierta de la urca y, en ella, la diminuta pero brillante figura de la emperatriz María de Brienne.

—Qué magnífica presa... —se le escapa—. Inglaterra, espérame, regresaré para que todos me llamen barón. Barón William de Amesbury.

El sueño de William se hace realidad y suena bien. Mientras el sueño de un ladrón inglés se hace realidad, al-Ricutí termina de contar.

—Seis, cinco, cuatro, tres, dos, ¡uno! —termina y grita con un aullido triunfal el último número.

De entrada no pasa nada, pero sí al segundo siguiente. Una potente deflagración retumba y ensordece a los sabios y a Tello. Hace volar por los aires el saliente rojo del promontorio, que se precipita a las aguas situadas cincuenta o más varas por debajo. El impacto en el mar de los miles de quintales de roca es tan potente que levanta una fortísima ola que se alza arrolladora... y barre la cubierta de la galea, que justo entonces está a medio doblar la rocosa punta.

La ola no solo barre la cubierta y arrastra a varios hombres al mar y destroza remos y regala, sino que la zarandea de tal manera que el timón de espadilla oscila violentamente y lanza lejos al timonel. Así, se queda sin gobierno hasta que, al cabo, se parte con un espantoso crujido. Entonces, la nave cabecea con brusquedad y la proa gira hacia las rocas, mientras que la popa lo hace hacia el mar abierto, emitiendo un agónico chirrido, seguido por el explosivo quejido de las cuadernas de roble al astillarse por la insoportable presión que les ha aplicado el golpe de mar que han encajado.

—¡Tenemos una vía de agua! —grita alguien en la galea, y William, que se ha ido contra la amura rodando por la cubierta, se pone en pie a duras penas y contempla el destrozo.

—¡Maldita sea mi suerte!

Arriba, desde lo que queda del saliente, Tello mira hacia abajo con su mejor sonrisa. La galea pirata ha perdido buena parte de sus remos, se le ha roto la espadilla. Parece hacer agua y, si sus tripulantes no se esfuerzan, se irá pronto a pique.

—Os va a costar unos pocos días arreglar el desastre —murmura satisfecho antes de volverse, feliz como un niño, hacia los no menos exultantes sabios.

—¡Maestro al-Ricutí, nunca dejarás de asombrarme! —felicita a su amigo envolviéndolo en un abrazo.

Una hora más tarde, mientras los de la galea achican agua y tratan de no hundirse antes de ganar la orilla, la urca alcanza la salida de la ensenada y parte hacia Oriente.

Hacia Oriente van también Egidio el Nigromante y el joven Miguel en una nave pisana que tiene como destino la isla de Negroponte.

—Así que el tesoro debe de estar bajo las procelosas aguas del canal que separa esa isla del Ática —dice Egidio, admirado de la habilidad con la que Miguel ha resuelto el enigma.

—No tengo duda alguna al respecto, maestre Egidio. Lo que tendremos que establecer una vez allí es el punto exacto donde deberemos comenzar a buscar.

Egidio asiente, satisfecho, y ofrece una alentadora sonrisa al joven monje. Le cae bien este muchacho y no se extraña lo más mínimo de que su compañero de estudios, el pobre Julián de Ávila, lo escogiera como discípulo. Es inteligente y posee cierta astucia natural. En definitiva, le gusta este joven despierto y amable. Así que le da una cariñosa palmada en la espalda, se acoda junto a él en la regala de la borda de la nao pisana y decide ser piadoso. Cuando llegue el momento, se librará de él con una buena dosis de opio y, de esa manera, lo enviará al cielo con un sueño dulce y eterno.

Miguel mira al mar. Egidio es muy amable con él y le está enseñando muchas cosas. Es buen maestro y ningún otro le podría enseñar tanto sobre nigromancia y magia. Así que hará bien en aprovechar las tres semanas de travesía que tienen por delante, porque luego, muy a su pesar, tendrá que poner fin a sus enseñanzas. De forma drástica y para siempre.

En Sevilla, mientras tanto, la corte se prepara para volver a partir, y Alfonso, cuyos problemas de gobierno no paran de aumentar, ha vuelto a llamar a don Nuño González de Lara.

—Es vuestro hermano, sin duda, quien está detrás de tanta conjura, mi señor rey.

Don Nuño González de Lara es persuasivo, y Alfonso, que ve confirmadas sus fraternales sospechas, asiente satisfecho.

—¿Acaso no ha estado en Inglaterra junto a Ricardo de Cornualles? ¿Y no es menos cierto que en estos mismos momentos se halla junto al rey Jaime de Aragón acordando alianzas contra vos?

Alfonso no dice nada. Se queda mirando detenidamente a su amigo y consejero de tantos años. Nuño parece convencido de lo que dice, y su rostro anguloso y ojos azul grisáceo como el sílex lo miran de frente con una mirada franca y sin reservas que invita a la confianza.

Le cuesta no confiar en él. Al fin y al cabo, todo lo que ha dicho es cierto..., pero igualmente lo es que el propio don Nuño le ha dado motivos más que sobrados para que también desconfíe de él.

—Sé que de igual modo desconfiáis de mí y que os he dado motivos para ello —le confiesa Nuño de forma inesperada, volviendo a clavarle sus duros ojos y haciendo aflorar en ellos una suerte de pena mezclada con arrepentimiento—. No os culpo por ello... Sé que mi comportamiento ha sido extraño y que ha podido dar lugar a sospechas. Pero, os lo confieso desde la confianza que nos da la amistad que nos une desde nuestra juventud, el suicidio de mi hija y lo que a él llevó me trastocaron el ánimo. —El conde aparta un instante la mirada y, cuando la retorna, Alfonso ve que tiene los ojos húmedos—. Sois padre como yo y, sin duda, entenderéis lo que he vivido y padecido...

Eso lo decide todo. Alfonso nunca ha visto llorar a Nuño. Conmovido, se levanta y lo abraza. Un abrazo de amigos. Una reconciliación. Algo hermoso de ver. Mientras se abrazan, como el rey no puede verle la cara, Nuño se permite una sonrisa de triunfo.

15

Tras escapar de la ensenada del promontorio rojo, ante ellos fueron desfilando, como joyas cosidas a un manto azul, las blancas ciudades africanas de Bugía, Annaba y Bizerta. Luego, haciéndose pasar por comerciantes genoveses, entraron en el resguardado puerto de Túnez para proveerse de agua y víveres y, de allí, tras salir a mar abierto por el cabo Bonn, cruzaron hasta Sicilia y anclaron en Siracusa.

—¡La patria de Arquímedes! —señala Juan de Aspa con su habitual entusiasmo en cuanto pone un pie en la célebre ciudad.

Escoltados por cuatro hombres armados, los tres sabios han decidido aprovechar el tiempo visitando la patria de tantos filósofos y sabios de los antiguos tiempos y, de paso, tal como aconsejaba Aristóteles, meditar y filosofar paseando. En resumen, reflexionar sobre el principal asunto que los ocupa: resolver el último enigma que contiene el *Secretum Secretorum*, por qué está incompleto y qué guarda su segunda y perdida parte.

—Nos vendría bien la ayuda del espíritu de Arquímedes. Los días pasan y no logramos hallar en cuál línea del libro escondió Aristóteles las pistas que llevan al segundo códice —se lamenta Yehuda mientras caminan en dirección a la imponente y singular catedral de Siracusa: la Natividad de Santa María.

—¡Es increíble! —exclama al-Ricutí cuando, al doblar una esquina, quedan ante la fachada del enorme edificio, que no solo es colosal, sino también único en el mundo.

Lo es porque se trata de una catedral cristiana insertada, por así decir, en el antiguo templo dórico de Atenea. Y es que el enorme templo pagano, con sus imponentes columnas y su planta griega, es perfectamente reconocible, pero envolviéndolo y, en su interior, en parte devorándolo, en parte sumándose a él, se ha alzado una gran iglesia cristiana. Y tantos siglos después, uno no puede saber dónde empieza el templo dedicado a la diosa Atenea y dónde el erigido para la Virgen María. Extasiados, los tres sabios pasean ahora entre las gigantescas columnas griegas mientras analizan, por enésima vez, los misterios que han de resolver.

Yehuda, con su larga barba blanca y su nariz aguileña, es la viva imagen del sabio anciano y se ocupa de ir exponiendo todo lo que ya saben sobre el libro de Aristóteles; mientras que Juan de Aspa, vivaz, inquieto, señala los puntos débiles de las conclusiones a las que han llegado, y al-Ricutí, moreno, con expresión un tanto soñadora, propone una hipótesis tras otra, mientras deambulan por el magno edificio dedicado a Atenea y a la Madre de Cristo.

—De una cosa podemos estar seguros —concluye Yehuda cuando completan el columnado perímetro interior de la catedral—: el libro que tenemos en nuestro poder está incompleto, y eso no es fruto de la casualidad, sino una treta más para ponernos a prueba, por así decir, del malicioso Aristóteles.

Sus compañeros asienten y, entonces, los tres retoman su peripatético paseo hasta salir fuera de la gran iglesia-templo. Ya fuera, se detienen allí para mirar hacia el oeste y contemplar la enorme mole, en parte excavada en la roca viva, del antiguo teatro griego de la ciudad.

—Hemos resuelto el principal enigma: dónde tenemos que buscar el tesoro. ¿Qué creéis que ocultará entonces el segundo códice? —

pregunta al-Ricutí sin apartar la vista del increíble edificio y llevándola luego hacia los restos del colosal altar de Hierón II.

—En efecto, sabemos dónde comenzar a buscar, y no es poca cosa: en la antigua isla de Eubea, a la que hoy llamamos Negroponte y, en concreto, en el canal del Euripo. Pero eso será solo la mitad del problema —expone Juan de Aspa, a la par que sigue dándole vueltas a lo que está a punto de atrapar con el pensamiento.

—¿A qué os referís, maestre?

—Mi querido al-Ricutí, llevo media vida leyendo, traduciendo y estudiando a Aristóteles, y puedo aseguraros una cosa sobre él: era un perfecto cabrón —le suelta el viejo monje acompañando el exabrupto con un guiño divertido—. Dicho de otro modo, si se tomó la molestia de dividir el *Secretum Secretorum* en dos libros y ocultarlos por separado, es porque hallar el lugar será solo la mitad del infierno que nos tiene preparado. La conclusión es clara para mí: la otra parte del códice, la que debemos encontrar en Atenas, debe de contener las claves para sortear las trampas y dificultades que nos esperan en el canal del Euripo.

Eso tiene sentido. Durante un largo momento, los tres sabios se quedan quietos y en silencio. La tarde declina y los antiguos mármoles griegos revelan su mágica albura. Entonces, tocado por esa misma luz, el rostro de Juan de Aspa se ilumina.

—Considerad ambos este pasaje del libro que no para de rondarme la cabeza: «Aristóteles dice a Alejandro: Oh, tú, rey, eres el digno heredero de la celestial sabiduría de Zeus encontrada en el libro que fue arrojado al mar por Hermes el tres veces grande cuando tuvo noticia de lo que ocurriría cuando todo quedara sumergido por el diluvio»[1] . ¿Qué pensáis sobre esto?

Al-Ricutí y Yehuda reflexionan largamente. Saben, puesto que son ya muchas las semanas que llevan estudiando el viejo códice, que Aristóteles ocultó en él, entre la materia que abordaba, la sabiduría secreta necesaria para dominar y gobernar a los hombres, crípticas frases y miniaturas que, en realidad, no tenían nada que ver con lo que envió a Alejandro Magno, sino con el ocultamiento y la salvaguarda de su tesoro.

Todo eso está claro. Pero identificar esas frases es tarea compleja y requiere de una actitud crítica, casi escéptica, para no dejarse engañar viendo en cada línea un mensaje secreto.

—Podría ser, podría ser... —murmura Yehuda, mientras, ensimismado, se atusa la larga barba blanca y repite para sí, una y otra vez la frase: «Aristóteles dice a Alejandro: Oh, tú, rey, eres el digno heredero de la celestial sabiduría de Zeus encontrada en el libro que fue arrojado al mar por Hermes el tres veces grande cuando tuvo noticia de lo que ocurriría cuando todo quedara sumergido por el diluvio».

—¿El libro arrojado al mar? ¿El diluvio? —se interroga a su vez al-Ricutí, tratando de poner luz en la oscuridad de tales palabras.

—Este pasaje no encaja con lo que le antecede ni con lo que le sigue —resalta Juan de Aspa como dándoles una pista—. Más aún, «el libro arrojado al mar» es, sin duda, una doble alusión, por una parte al libro, como explicita, pero también a lo que oculta y protege: el tesoro que, como ya sabemos, se halla bajo las aguas del mar, en el canal del Euripo. En cuanto al diluvio, para los antiguos griegos, como para nosotros, era la máxima expresión de la catástrofe. ¿Y qué mayor catástrofe sufrió Aristóteles sino la de verse obligado a huir de Atenas y tener luego que sacrificar su propia vida para escapar de manos de los verdugos atenienses y privarlos así del triunfo de arrebatarle su tesoro? En fin, considerad

que el libro estaba dedicado a la sabiduría secreta, es decir, a la que rige Hermes, y que en este pasaje, en esta línea, Aristóteles, claramente, se está identificando con él: es él, Hermes/Aristóteles, quien arroja el libro, esto es, el tesoro, al mar para prevenirse del diluvio de odio que contra él precipitaron los atenienses.

—Podría ser, maestre Juan de Aspa —le concede ahora al-Ricutí—, pero todo está cogido con pinzas, por así decir.

—¿De verdad? ¡Cómo explicar entonces los tres dibujos que acompañan esta críptica línea? —le replica el viejo monje.

—Bueno, la línea se inicia, como otras veces, con una lechuza —admite al-Ricutí—, pero eso solo señala hacia donde ya sabemos que tenemos que ir en primer lugar, hacia Atenas.

—Sí, pero recordad, maestre al-Ricutí, que, en este caso, y al contrario que en la línea que identificaba el lugar del tesoro, la lechuza ya no aparece sola, sino posada sobre una montaña, y esta, a su vez, se halla sobre un rayo.

—Eso no ayuda mucho —interviene Yehuda.

—¡Por supuesto que ayuda! Al menos si ponemos en relación esa lechuza posada sobre un monte a cuyos pies fulgura un rayo con las palabras de la línea y con el dibujo con que estas últimas terminan. ¿No lo entendéis?

Por lo visto, no. Así que Juan de Aspa se lo termina de aclarar.

—Como os he dicho ya, la lechuza está posada sobre una montaña. Si la lechuza es el símbolo de Atenea, esa montaña solo puede ser la acrópolis de Atenas. Ahora bien, la lechuza posada sobre la montaña tiene a sus pies un rayo fulgurante. ¿Qué puede representar? Os diré. En Atenas, desde tiempos remotos, había un lugar consagrado a Zeus, dios supremo, señor de los cielos y lanzador de rayos. Ese templo está al pie de la acrópolis y fue el más grande de la tierra. ¿Su nombre? El templo de Zeus Olímpico. En su

interior y conforme a lo que nos relata Pausanias en el libro primero de su *Descripción de Grecia*[2] , se hallaba la grieta abierta en la roca viva por la que las aguas de los mares diluviales se precipitaron a los abismos insondables de la tierra, para dejar la superficie de esta última libre de la inundación del diluvio y permitir a Deucalión y a su esposa, los supervivientes, repoblar el mundo. El rayo señala a Zeus y, curiosamente, en el templo de este último sito a los pies de la acrópolis, se encuentra el lugar donde se recordaba el diluvio. Así que ya tenemos localizadas, por así decir, dos piezas del acertijo planteado por Aristóteles: «Zeus» y el «diluvio».

—Eso es, en verdad, muy significativo —concede Yehuda.

—¿Significativo? Bueno, yo diría que es mucho más que eso —replica el vivaz Juan de Aspa con un semblante tan iluminado de picardía que anticipa, sin duda, que lo mejor está por venir—. Pero prosigamos y regresemos con la lechuza posada en la montaña. Como os he dicho, no hay duda de que esa miniatura simboliza la acrópolis de Atenas. Allí había un lugar particularmente sagrado, el templo del Erecteion, y en él, según nos recuerda también el bueno de Pausanias, se custodiaba el pozo de Poseidón. El punto exacto donde el dios del mar había arrojado su tridente, dejando su marca en la roca y haciendo brotar un manantial de agua salada. Pausanias, además, dice que, si te asomabas a ese pozo, podías oír el batir de las olas aunque este quedase a dos leguas de distancia. ¿Qué tenemos ahora, maestres? ¡La tercera pieza del enigma! ¡El «mar», al que Hermes/Aristóteles arroja el libro que recoge la sabiduría del celestial Zeus para prevenirse del diluvio!

—¡Será cabrón! —exclama al-Ricutí, que empieza a vislumbrar como todo encaja.

—Bueno, mi madre también opinaba eso de mí —admite, alegre, el viejo Juan de Aspa.

—¡No, maestre Juan de Aspa, me refería a Aristóteles! —se excusa al-Ricutí, avergonzado por el cómico equívoco.

—Bueno, también coincidimos en eso, maestre al-Ricutí: el Estagirita era un perfecto cabrón. No me extraña que su discípulo más célebre, el rey Alejandro Magno, conquistara el mundo. ¡Menudo maestro tuvo!

—Podría ser... Podría ser que tuvieseis razón, maestro Juan de Aspa —afirma, dubitativo , Yehuda—. Podría ser. ¿Y si todo es fruto de una reunión de casualidades? —concluye con el escepticismo necesario a todo sabio prudente.

—¿Casualidades? ¡Todo encaja! Y si no os basta lo que os he revelado, añadiré el testimonio de las estrellas: ¿qué marca señala el pozo de Poseidón en el Erecteion?

—La del tridente de Poseidón... —contesta Yehuda, comenzando a sentir cómo se derrumba su sano escepticismo.

—¿Y qué señal hemos convenido que nos señalará el lugar donde se esconde el tesoro?

—La señal de la constelación del Delfín... o, como decían los griegos de Eubea, nuestra Negroponte, del Tridente de Poseidón —responde Yehuda, viendo, en efecto, que todo encaja.

—¡Ahí lo tenéis! ¡Una misma señal indica el lugar donde debemos buscar el segundo libro y el sitio del tesoro! ¡No puede ser fruto de la casualidad! Aristóteles no creía en ella: en la casualidad. Por eso sepultó su tesoro bajo el mar y señaló el lugar con las estrellas del Delfín o del Tridente, ambos consagrados a Poseidón, dios del mar, ¡y por eso escondió el libro que previene de los peligros que lo custodian arrojándolo a otro «mar»: el contenido en el pozo de Poseidón! ¡El lugar donde pueden escucharse las olas y que quedó marcado para siempre con su señal, la del tridente! ¡No puede ser casualidad! ¡Todo encaja: la lechuza posada en una montaña que

solo puede ser la acrópolis, el símbolo del rayo que remite a Zeus, cuya sabiduría celestial se menciona también en las palabras del acertijo, las referencias al diluvio, a Hermes y al «mar» contenido en el corazón sagrado de la ciudad de Atenea, y que surgió cuando Poseidón, dios de los mares, hirió la roca de la acrópolis con su tridente! ¿Casualidades decís? ¡Todo encaja, y por eso, amigos míos, una vez más, hemos derrotado al cabrón de Aristóteles!

—¡Lo tenemos! —gritan Yehuda y al-Ricutí abrazándose entre risas.

Lo tienen. Ahora saben que, una vez llegados a Atenas, con discreción, deberán entrar en las ruinas del templo del Zeus Olímpico y buscar allí, en la grieta del diluvio, las claves que, a continuación, les permitirán subir a la acrópolis. Una vez en ella, podrán entrar en el Erecteion para localizar el pozo de agua salada de Poseidón y sondearlo para hallar en él la condenada segunda parte del maldito *Secretum Secretorum*: el último libro escrito por Aristóteles.

Parece fácil, aunque quizá no sea tan fácil. No obstante, están felices porque creen que su ingenio ha derrotado al del «cabrón de Aristóteles», como dice el vivaz, alegre e irreverente Juan de Aspa.

Dos días más pasaron en Siracusa y, al tercero, con buen viento, zarparon de nuevo y, contorneando el sur de Italia, llegaron a Otranto. Tras hacer breve escala en ella, se adentraron en el Adriático y pasaron por Bari, Brindisi y Ancona y, al fin, tras esquivar la desembocadura del Po y alcanzar el fondo del golfo, penetraron en la laguna de Venecia. Ante ellos se ven ya las islas de Lido, San Jorge el Mayor, San Miguel, San Lázaro, Murano, Burano y Torcello, esta última con su impresionante catedral, así como otras muchas que no saben nombrar y, al cabo, surgiendo del mar, se atisban las cúpulas y el campanario de San Marcos.

—Mi hijo... —susurra María de Brienne, emperatriz de Constantinopla, al hallarse, al fin, en la antesala de la liberación del niño que le arrebataron cuando su pequeño solo tenía cinco años y que ahora, diez años más tarde, será un muchacho.

Isabel y Sancha, amigas de María tras tantas semanas de viaje juntas, la compadecen. Empatizan con su dolor porque saben que su joven príncipe no fue más que un niño empeñado en una ciudad de banqueros y comerciantes implacables y gobernada por el más despiadado de todos ellos: el dux Reniero Zeno[3] .

—No desfallezcáis ahora, mi señora emperatriz —la anima Sancha —.Traéis la plata, y vuestro hijo será libre y partirá con vos de regreso a casa.

María no responde. Conoce el mundo y, sobre todo, conoce a los venecianos, y sabe que no será tan fácil.

—Esta ciudad es siempre la antesala de las más negras traiciones —les confiesa sin quitar los ojos de la soberbia estampa de la urbe que gobierna sobre un imperio de olas y codicia—. Conozco a su dux desde que era niña y nunca he podido decir nada bueno de él. Ahora que la suerte de mi hijo depende de su negra voluntad, tengo miedo.

Pero ha hecho este largo viaje para eso: afrontar el miedo y lograr recuperar a su hijo. Así que se traga las lágrimas y mira al cielo en busca de una oración, y lo que encuentra es el pendón de Castilla que Tello, prudente, ha mandado izar.

Venecia lleva tres años en guerra con Génova, y su urca, aunque la fletó el rey Alfonso, está mandada por un genovés, y también son muchos los tripulantes que proceden de Génova. Al bajar la mirada, María de Brienne se encuentra con los ojos leonados del caballero del rey de Castilla. Ambos han vivido mucho y, por eso, saben que vivir es, a menudo, mezcla de desafío y decepción, y que esa ciudad

hermosa en la que se disponen a anclar estará llena de peligros. Porque parece desbordar de riquezas y poder, y esas dos cosas siempre atraen a hombres sin más dios ni honor que el que para ellos crea la negra ambición.

—Todo irá bien, mi señora emperatriz —le dice Tello.

De verdad lo cree. Él sí tiene Dios y honor, y por ellos ha jurado que esta mujer hermosa, esta madre, zarpará de Venecia con su hijo. Él nunca jura en vano.

Ya pueden ver el bosque de mástiles de los numerosos barcos anclados en el puerto, y las cúpulas, torres y campanarios de San Marcos, de San Antonio y de otras muchas iglesias y palacios que se disputan la escasa tierra de la Civitas Rivoalti, la isla central de Venecia. Todas ellas emergen de las aguas como un sortilegio.

Amarran la urca junto a las naves orientales que proceden de San Juan de Acre, Constantinopla, Alejandría de Egipto, Trípoli, Tesalónica... Y tras anunciar su llegada al jefe del puerto, bajan a tierra y se encaminan a San Marcos.

La gran iglesia, con sus cinco cúpulas, les parece de otro mundo: su fachada con antiguas columnas romanas y sus arcos recubiertos de mármoles y de mosaicos que cuentan las hazañas de la Serenísima República o que narran los principales episodios de los evangelios con fulgores de oro, lapislázuli y verdes brillantes. Esa misma sensación les transmiten los cuatro caballos de bronce que, situados en la logia superior de la fachada, sirven como feroz y deslumbrante trofeo y recordatorio de que esta ciudad, Venecia, es implacable con cuantos se les opongan. La cuadriga de magníficos caballos fue traída desde la conquistada Constantinopla de 1204 a la que venecianos y cruzados sometieron al más despiadado saqueo jamás sufrido por una ciudad cristiana.

Allí aguardan, ante el esplendor de San Marcos y a la sombra de las dos impresionantes columnas de granito traída la una desde Siria y la otra desde Egipto, coronadas por el león alado de san Marcos y por san Teodoro dando muerte al dragón[4] .

Sin embargo, el dragón no solo está en lo alto de la columna, sino que camina hacia ellos, envuelto en sedas y armiño, desde el palacio ducal.

Su nombre es Raniero Zeno. A Tello le basta verlo para saber que tendrán problemas.

Raniero Zeno conoce a María de Brienne desde que la emperatriz era una niña y él, el representante de la Serenísima República de Venecia en Constantinopla. Es un hombre inteligente y astuto, y ambas cosas no son en modo alguno la misma: implacable, siempre que sea necesario, y siempre lo es; despiadado, si alguien se opone a sus designios, y traicionero, si las circunstancias se lo imponen. Y, mira tú por dónde, esas, las «circunstancias», siempre le exigen tal «tributo».

Antaño, cuando solo era el representante de la Serenísima en Constantinopla y el esposo de María de Brienne, Balduino II, aún podía soñar con que era un gran poder. Tuvo que humillarse más de una vez para salvaguardar los intereses venecianos, pero ahora él es el todopoderoso dux de Venecia, y ella, una emperatriz que se está quedando sin imperio y lleva años peregrinando por las cortes de la cristiandad mendigando plata para rescatar a su hijo. Así que se puede permitir ser orgulloso, casi grosero, y, de paso, como buen mercader veneciano, aprovecharse al máximo de la situación de debilidad de María de Brienne y de su esposo, exigiendo más intereses para redondear así tan magnífico negocio.

—Se os ve tan hermosa como siempre, mi señora emperatriz —saluda Raniero Zeno con una reverencia que parece desmentir su desdeñosa sonrisa—. Aunque veo que lleváis menos joyas que la última vez que mis ojos tuvieron la dicha de contemplaros. ¿Habéis tenido acaso que empeñarlas?

María de Brienne encaja el golpe sin inmutarse, pero, tras ella, Tello se tensa como un resorte a punto de saltar.

—No son las gemas las que hacen a una emperatriz, ni las pieles de armiño y las sedas lo que definen a un dux, mi señor Raniero Zeno.

El dux sigue sonriendo, pero la elegante pulla que María de Brienne le ha lanzado como respuesta no le ha gustado. Sobre todo porque los senadores que lo acompañan, advirtiendo el ingenioso y disimulado insulto, celebran la habilidad de la emperatriz.

—¿Traéis la plata para rescatar a vuestro hijo? —pregunta el dux, desabrido y sin ganas ya de florituras e intercambios de corteses insultos.

—Así es. Cincuenta quintales castellanos de plata pura que equivalen al precio fijado por la libertad de mi hijo.

La mención de semejante cantidad levanta entre los presentes murmullos de asombro, pues vale un ducado o un pequeño reino.

—Veo que vuestro primo, el rey Alfonso, es tan generoso como cuentan —dice ahora Raniero, pero, aunque está hablando a María, sus ojos están posados en Tello y en la escolta de soldados castellanos que rodean a la emperatriz—. Es mucha la plata que traéis, mi señora emperatriz, y, sin embargo, no es suficiente.

María se esperaba aquello, pero, aun así, siente en el estómago un nudo y en las venas fluirle la sangre con impotencia y rabia.

—Fue lo acordado —protesta de forma severa—. ¿Es que Venecia no tiene palabra?

—Diez años ha estado vuestro hijo entre nosotros. Lo hemos tratado bien. Pero su estancia, por mor de vuestro retraso en pagar, ha sido larga y todo préstamo tiene mayores intereses cuando se demora en exceso.

—No fue eso lo pactado —insiste María, aunque siente que sus fuerzas desfallecen.

—Cinco quintales más, mi señora emperatriz. Cinco quintales de plata serán los intereses que deberéis sumar a lo que traéis —sentencia el dux afilando su sonrisa—. O, si lo preferís, entregad las joyas que todavía conserváis. Podéis pensarlo. He dispuesto que os alojen en uno de nuestros palacios. Mañana os recibiremos de nuevo y cerraremos el trato. Siempre y cuando, claro, queráis recuperar a vuestro hijo.

—¿Dónde está? ¿Por qué no lo habéis traído con vos? Quiero verlo.

Raniero niega con la cabeza sin dejar de sonreír, y entre los senadores que lo rodean se oyen risitas despiadadas.

—El muchacho está enfermo. Ya sabéis cuán poco saludables son las aguas y los aires de nuestra laguna. Venecia es lugar propicio para fiebres y son muchos los que por ellas mueren. En verdad, lo recomendable para cualquier extranjero es abandonar pronto estos insanos lugares. Pero vuestro hijo, claro está, no puede irse hasta que recibamos hasta la última moneda. No me miréis tan sorprendida. Es lo que ocurre cuando unos padres entregan a su hijo como prenda de un préstamo: el niño no puede volver a ellos hasta que se salde la deuda.

Con tan afiladas y crueles palabras, el dux vuelve a hacerle a María una reverencia y, girándose hacia su cercano palacio, la deja allí, rota, tratando de contener las lágrimas.

Isabel y Sancha, y con ellas las damas de la emperatriz, la rodean de inmediato, consolándola, pero Tello tiene clavada la mirada en la envarada espalda del dux, y su mano, la de la espada, muestra los nudillos blancos de tanto apretar la empuñadura del arma.

María de Brienne está ante el fuego que vibra en la gran chimenea de la sala principal del palacio donde la han alojado junto con su comitiva y escolta. Las lágrimas perlan sus mejillas y la luz danzante de la candela, cruel, parece jugar con ellas.

—Lo pactado fue el pago de esa cantidad de plata sin atender al tiempo que tardásemos en reunirla —explica a los que la rodean—. Mi esposo, el emperador, necesitaba el dinero para alistar tropas y atender a la defensa. Los griegos de Nicea parecían a punto de recuperar Constantinopla y Venecia se negaba a colaborar en su defensa si no pagábamos el concurso de sus galeras. Así que, en verdad, los venecianos nos entregaban con una mano el dinero y con la otra, a cambio de su ayuda, lo volvían a ingresar en su bolsa.

Tello asiente. La fama de los venecianos es por todos conocida. Una fama de hombres implacables y sin más señor que el dinero.

—Estoy segura, mi señora emperatriz, de que el dux os mintió con respecto a la salud de vuestro hijo. Sin duda, el muchacho estará sano y salvo —la consuela Isabel tomándola de la mano.

María de Brienne agradece aquello, pero no puede evitar mirar a Alvar, que tiene la misma edad que su hijo, y derrocha fuerza y salud mientras hace requiebros con los ojos a la damisela Margarita.

—Me lo arrancaron hace diez años... —deja escapar, y en su voz hay un infinito dolor que toda madre siente por un hijo cuando lo pierde—. Nunca se lo he perdonado a mi esposo y nunca me lo he perdonado.

—No podíais hacer otra cosa. Os debíais a vuestro imperio —la justifica Tello, apiadado de tanto dolor.

Ella levanta los ojos y le sonríe entre lágrimas. Una sonrisa amarga, dura con ella misma.

—Siempre se puede hacer otra cosa, buen caballero, siempre. Los emperadores y los reyes también son hombres, y los hombres, no lo olvidéis nunca, son libres para elegir. Algunos eligen ser fieles a su ambición y otros, a su honor y a su sangre. Mi esposo es de los primeros, y vos, de los segundos —concluye, y lanza una larga mirada a Tello, apresada por esa nostalgia tan especial y tan profunda que uno siente cuando piensa por un instante en lo que tenía que haber sido y, sin embargo, no puede ser.

Tello percibe eso y, turbado, baja la mirada. A su lado, Sancha se gira para mirar el fuego y buscar en las llamas la seguridad que necesita.

—¿Sabéis dónde tienen a vuestro hijo?

La pregunta de Tello coge a María de Brienne por sorpresa y tarda en responder. Isabel, que conoce bien a su hermano, se tensa. Sabe que ya ha tomado una decisión y no se apartará de ella.

—Mi hijo, Felipe, quedó en custodia de dos senadores, dos grandes mercaderes patricios de esta ciudad, los hermanos Juan y Ángel Ferro[5] . ¿Por qué me preguntáis?

—Porque he cruzado el mar para cumplir con la voluntad de mi rey: entregar la plata del rescate de vuestro hijo, y por Cristo y todos sus santos que ningún maldito banquero, por muy dux que sea, me lo va a impedir.

Eso es todo. Eso y la noche en una ciudad extraña en la que las calles son de agua y los palacios de los ricos mercaderes, de los senadores y patricios que gobiernan Venecia nunca duermen. Porque

el dinero nunca descansa y sus afanes se labran mejor bajo las sombras.

Entre ellas camina Tello. Sombras y niebla en Venecia, y un hombre de ojos de león y corazón tozudo, que cree en lo que dice ser, un caballero de Castilla. Y un caballero no queda impasible ante el drama de una madre a la que no le devuelven a su hijo.

Para él la caballería ha de tener un ápice de locura, y va acompañado por un aspirante a sumarse a su locura, su sobrino, el joven Alvar, que no las tiene todas consigo, pero que seguiría a su tío a tirarle de la barba al diablo si se lo pidiera.

Tello también se lo ha «pedido» a diez de sus mesnaderos: cuatro hombres de armas y seis ballesteros que tratan de hacer el menor ruido posible avanzando por Venecia, mientras que se supone que el resto de sus compañeros, con la misma discreción y secreto con la que ellos se mueven, vuelven a la urca en pequeños grupos para burlar la vigilancia del jefe del puerto.

—Quedaos aquí y no hagáis uso de las ballestas ni de las espadas sin que yo os lo ordene primero —les urge a sus mesnaderos mientras se dirige con Alvar hasta la orilla de un canal al otro lado del cual se alzan los recios muros de un palacio, el de la familia patricia de los Ferro.

—Dame el arpeo —pide a Alvar, y el muchacho se descuelga del hombro el gancho de hierro sujeto a una larga y gruesa soga de cáñamo que se suele usar para abordar un barco enemigo.

Tello aprendió a usar el arpeo durante las batallas navales libradas por el control del Guadalquivir y la reconquista de Sevilla. Se le daba bien, y ahora, haciéndolo girar a su costado mientras mira fijamente el punto de la cornisa del palacio donde pretende anclarlo, mide su fuerza y la distancia.

Entonces arroja el arpeo, un garfio de hierro que vuela entre la niebla y la noche y que se alza como un metálico cuervo hasta clavar sus garras en la piedra de uno de los canes[6] que coronan el tejado del palacio.

—¡Lo conseguiste, tío!

—¡Baja la voz! —reprende a Alvar, pero lo hace con una sonrisa satisfecha, mientras amarra el extremo del arpeo a la palina[7] del canal.

Luego, en silencio, alerta, se queda muy quieto esperando a ver si alguien en el palacio de los Ferro ha escuchado el incisivo golpe del garfio clavándose en la cornisa. Nada sugiere que así sea.

—Ahora viene la parte más divertida —anuncia—: tú te quedas aquí, vigilando la soga, y yo subo a buscar al hijo de la emperatriz.

—¿Y por qué no puedo ir contigo?

—Porque tu madre me mataría. —Y sin esperar respuesta, Tello salta y se aferra a la soga de cáñamo y trepa por ella, suspendido sobre el canal y acercándose más y más a la coronación del tejado del gran edificio.

Alvar lo ve alejarse, aferrándose a la inclinada cuerda. Pasa una mano delante de la otra con pasmosa facilidad y rapidez, haciendo parecer fácil que un hombre grande y cargado con cincuenta libras castellanas de armas suba por las dieciocho inclinadas varas de soga que separan la orilla exterior del canal de la cumbre del tejado del palacio[8] .

Entonces llega arriba. Una sombra envuelta en niebla y oscuridad que desaparece de inmediato de la vista de Alvar. Pero no de su cabeza. Es un muchacho impulsivo y todas esas cosas, así que salta y se aferra a la cuerda para trepar por ella como acaba de hacer su tío.

Tello está dentro, se ha descolgado por el lado contrario del tejado y aprovecha la bajante de bronce que conduce las aguas hasta el espacio abierto en torno al cual gira el interior del palacio.

Agazapado como un gran gato, observa las puertas y ventanas que dan al patio, tratando de decidir cuál elegirá para jugarse la vida. De eso está seguro: que entrar de noche y armado en el palacio de una de las familias nobles más poderosas de Venecia será tentar a la muerte.

No obstante, eso viene haciendo desde los catorce años, y veinte años de costumbre, aunque sea una tan arriesgada, no permiten a nadie cambiar de hábitos. Así que elige la puerta más grande. La encuentra cerrada, y reflexiona un instante sobre cuál método seguir. Entre ser prudente y buscar otro acceso, o mandarlo todo al diablo y echarla abajo y entrar como un oso furioso se inclina por ser prudente. Especialmente porque no tiene ni idea de dónde estará el hijo de la emperatriz y tampoco tiene claro qué plan seguir aparte de entrar a buscar al niño. Es cierto que ha sido demasiado impulsivo y que debería haber trazado un plan detallado antes de meterse en la boca del lobo... «Pero, —se dice con una torva e irónica sonrisa—, entonces no sería Tello Bermúdez».

En ese instante echa la puerta abajo. En el interior, encuentra a un sorprendido criado iluminado por una lámpara que lo mira con cara de espanto. Tello lo agarra por el cuello de la túnica para alzarlo en alto y, sin soltarlo, le estampa la espalda contra la pared y le acerca la cara echando fuego por los ojos para hacerle la gran pregunta:

—¿Dónde está Felipe de Courtenay, príncipe de Constantinopla?

Se lo dice. Con pelos y señales. Cuando a uno lo alzan como un alfeñique y lo estampan contra un muro, se le suelta la lengua con elogiable presteza. Satisfecho con la respuesta, deja caer al suelo al sirviente, quien, pese a que puede ver cómo Tello se aleja para

atravesar la galería, sigue sin poder hablar de la sorpresa y el miedo que lo han calado hasta los huesos.

Tello enfila una amplia escalera de mármol por la que sube a grandes saltos y en cuya coronación aparece una mujer que, al verlo, se pone a chillar.

Pasa junto a ella sin dedicarle ni una palabra, ni una mirada, nada, y corre por un ancho pasillo decorado con frescos y tapices, al fondo del cual aparece un hombre en ropa de dormir. Es posible que sea un noble, y puede que sea Juan o quizás Ángel Ferro, pero, sea uno o sea otro, salta por los aires cuando Tello lo arrolla como un toro.

Desde que derribó la puerta y estampó al criado contra la pared, han pasado solo unos instantes, pero han bastado para que Tello esté ahora ante la puerta de roble tras la cual le han dicho que está el príncipe.

El problema es que ante esa puerta hay un guardia que tercia su pica apuntando con la moharra al pecho del intruso. El intruso está más que acostumbrado a que lo amenacen con ensartarlo con una lanza y, sin dejar de correr, desenvaina la espada. En un movimiento fluido y ascendente, golpea la punta del arma que blande el guardia, quien, antes de recuperar el control, pierde el sentido al encajar en el estómago un tremendo puñetazo que lo dobla en dos, seguido de un trallazo en la cabeza propinado por el pomo de la espada de Tello. Guardia que se derrumba y puerta que se abre. En ella, tendido en una cama con dosel, un joven pálido, rubio y delgado que lo mira con ojos espantados y empañados por la fiebre.

—¿Felipe de Courtenay?

El muchacho no contesta. Tello tampoco va a aguardar a que lo haga. Se acerca de dos zancadas, lo toma entre sus brazos, se lo carga al hombro y se da la vuelta para salir.

Se le antoja demasiado fácil... El guardia al que ha derribado sigue en el suelo, y, allá enfrente, al final del pasillo, el noble asombrado y vestido de ropa de cama sigue pasmado, mirándolo y temblando de puro miedo. Sin embargo, justo cuando Tello se dispone a volver a pasar junto al patricio veneciano con cara de perpetuo susto, aparecen cinco guardias armados con lanzas y con ballestas prestas para ser disparadas.

—¡Suelta al príncipe y déjate prender u ordenaré que te cosan a saetazos! —le grita el noble en ropa de cama al verse resguardado por cinco de sus guardias. Con la compañía de sus hombres parece recuperar el aplomo y, con él, la rabia de saberse un cobarde—. ¡Soy Ángel Ferro, senador de la Serenísima República y custodio del príncipe imperial! —grita de nuevo, tratando de imponer respeto, aunque el camisón de dormir que luce no se presta mucho a ello.

Tello mira al patricio veneciano y a sus guardias torvamente. No puede arriesgarse a que hieran al muchacho delgado y enfebrecido que lleva cargado sobre el hombro izquierdo, pero tampoco ha cometido esta locura para dejarse prender sin más. Así que comienza a dejar en el suelo al chico y se dispone a embestir a los guardias y jugárselo todo a una suicida carta.

Y gana. En serio, y sin haber jugado, pues Alvar, apareciendo cuando nadie lo esperaba, cae sobre el hombre en ropa de cama y le coloca en la garganta el filo de su espada.

—¡Deteneos y soltad las armas! —ordena y, aunque tiene quince años, su rostro es fiero, y su espada, afilada.

—¡Haced lo que os manda! —dice Ángel Ferro sumándose a la petición con ese entusiasmo que uno siente cuando lo amenazan con rebanarle el cuello de oreja a oreja.

Los cinco guardias, que desean seguir teniendo patrón y cobrando un sueldo, dejan con obediencia en el suelo ballestas, picas y

espadas. Tello, por su parte, no puede dejar de mirar a Alvar con asombro, y su sobrino, sin dejar de apoyar el filo de su espada en la garganta del patricio veneciano, enrojece hasta las orejas.

—Lo siento... —balbucea, intimidado por la reprimenda que, sin duda, le propinará su tío por haberlo desobedecido. Pero Tello, con el príncipe de nuevo cargado sobre el hombro, sonríe de oreja a oreja cuando pasa junto a su sobrino.

—Enhorabuena, muchacho. Un buen caballero, Alvar, siempre sabe desobedecer a tiempo —le espeta con sorna y orgullosa alegría.

Entonces se van, pero no por donde entraron, sino por la puerta principal. Empujando delante de ellos al asustado Ángel Ferro y cargando con el débil Felipe de Courtenay, mientras los sirvientes y guardias de Ferro los siguen, sin atreverse a dar la alarma en la ciudad por miedo a que aquellos dos locos extranjeros degüellen a su señor.

—¡Hombres de Castilla! —grita entonces Tello alertando a los diez hombres que dejó aguardando entre la niebla.

—¿Mi señor caballero? —contesta uno de ellos surgiendo de ella como un fantasma envuelto en hierro y cuero.

—Que uno de vosotros corra al puerto a dar la señal convenida a la urca. ¿Tenéis noticia de la otra tarea que dispuse?

—Sí, mi señor caballero. La segunda tarea está presta a ser también llevada a cabo.

—¡Pues corre a dar la orden de que también se ejecute! —Y el hombre, sin perder un instante, se aleja presto—. A los demás y desde este momento, una sola cosa ordeno: ¡Corred hacia la urca y embarcad en ella con la misma ligereza que pondríais si os pisara los pies el diablo!

Con esa alentadora orden, Tello echa a correr, seguido de Alvar, que, medio empujando, medio arrastrando a Ángel Ferro, lo sigue

como una sombra perseguida por perros. Unos «canes» que temen degüellen a su señor no dan la alarma ni se atreven a intentar liberar a su patrón, sino que se limitan a seguirlo de cerca.

Que los sigan. La noche los oculta y, si no bastara, la niebla ha decidido ser su amiga y, al fin, llegan al puerto y embarcan. María de Brienne aguarda en cubierta y, cuando ve subir a Tello llevando en brazos a un muchacho con el rostro delgado cubierto de fiebre, siente que el corazón le da un vuelco.

Durante un emocionante instante, Tello y María de Brienne cambian una mirada que parece medir futuros que nunca tendrán lugar. Luego, añaden una sonrisa que los libera de las pesadas cadenas de lo que tuvo que ser y no será.

—¡Felipe! —grita al fin ella sintiéndose renacer.

Aunque María no puede dejar de ser emperatriz para ser mujer, esa noche deja de serlo para ser solo madre. Una madre que lleva diez años sin ver, sin abrazar, a su hijo y que ahora lo recupera, enfermo, pero libre, de manos de un caballero que parece salido de un cantar de gesta.

Así zarpan. Sin pedir permiso, izando bien alto el pendón de Castilla, porque sirven a un rey que pagó el rescate de un pariente y que no hubiera consentido lo que su caballero ha impedido: que unos banqueros lo humillen sometiéndolo a un elegante robo.

Una hora más tarde, amanece. La niebla que cubre Venecia se alza y el sol arranca destellos argénteos de una pequeña montaña de plata depositada ante San Marcos.

Castilla paga lo que acuerda entregar, pero no se doblega ante nadie.

El dux Raniero Zeno es conducido de inmediato a la plaza de San Marcos. Rodeado de alarmados senadores y patricios. A sus ojos

llega el rutilante brillo, y a su corazón, la rabia fría de haber sido burlado.

Durante un largo instante, en su garganta se agolpan órdenes que no se decide a dar. Órdenes de ir tras la urca castellana y de que le traigan de vuelta a la emperatriz, al príncipe y a ese caballero castellano que asaltó el palacio de los Ferro. Le gustaría tener a ese caballero entre sus manos y ordenar que lo colgaran bien alto, a ser posible de la columna del León de San Marcos...

Venecia lleva tres años en guerra con Génova y, en Oriente, el imperio de los griegos de Nicea amenaza también sus intereses, así que no le quedan fuerzas para buscarse más enemigos. Y Castilla, ciertamente, con su rey empeñado en ser emperador, sería un formidable enemigo.

—¡Recoged la plata y llevadla al tesoro! —ordena, y aunque hay rabia en su voz, también hay mucha de esa pragmática resignación que todo buen banquero posee y cultiva.

16

Grecia hervía de ejércitos en guerra. La noticia los alcanzó en los puertos de Dalmacia.

—Era justo lo que nos faltaba —se limitó a decir Tello con aire fatalista a los tres sabios.

Era cierto. Era lo que les faltaba. Ingresar en Atenas y dirigirse luego a la isla de Negroponte para proseguir la búsqueda de un enorme tesoro sin que los codiciosos nobles locales no se pusieran en alerta ya era notable hazaña. Realizarla en mitad de una guerra sería algo que rozaría lo imposible.

Mientras ellos navegaban, los señoríos, reinos e imperios del Oriente cristiano batallaban entre sí: Guillermo II, príncipe de Acaya, había reunido a sus vasallos de Morea, Atenas, Argos, Tebas y Nauplia para marchar al norte en auxilio del déspota de Epiro, y Manfredo, rey de Sicilia, les enviaba cuatrocientos caballeros alemanes como ayuda para que combatieran a Miguel VIII Paleólogo, verdadero emperador en la sombra del imperio de Nicea.

Durante el viaje, todos habían experimentado hacia María de Brienne una sincera devoción. En verdad, la emperatriz, bella, sabia y bondadosa, no podía despertar otra cosa entre los que la conocían. Pero esa simpatía no entrañaba que le revelaran la verdadera misión que el rey Alfonso les había encomendado: buscar y hallar el tesoro ocultado por Aristóteles.

Al fin y al cabo, María, antes que nada, era emperatriz de un imperio arruinado, y si sospechaba que existía la posibilidad de

reclamar un tesoro oculto en las aguas de una isla, la de Negroponte, que, en teoría, era un feudo sujeto a su trono constantinopolitano, no dudaría en hacerlo. Se apoderaría, así, de una plata que, en vez de terminar en manos de Alfonso X para sufragar su sueño de ser coronado emperador de Occidente, acabaría por ayudar al Imperio de Oriente a restablecer su perdido esplendor.

Por eso, la discreción sobre ese asunto era absoluta y solo los tres sabios, Isabel, Sancha, Alvar y Tello estaban al corriente.

—¿Quién gobierna en Atenas y en Negroponte? —pregunta Tello a la emperatriz justo cuando la urca pasa frente al castillo veneciano de Corón, en el sur de Morea[1] .

María de Brienne se toma su tiempo en contestar. A su lado, su hijo Felipe, pálido, delgado y todavía débil, pero ya sin fiebre, estaba tratando de recordar, auxiliado por su madre, su lengua nativa: el francés, pues en los diez años pasados en Venecia la ha olvidado casi por completo.

—Quien en realidad gobierna en todos los estados latinos de Oriente es Venecia. Mirad, ahí tenéis una de sus muchas fortalezas: la de Corón —dice, y señala un castillo encaramado sobre un alto acantilado en forma de garra desde el que se domina una playa, un pequeño puerto y un río que, bajando de la montaña, salto a salto, mueve las pesadas ruedas de varios molinos de agua para llenar una amplia poza desde la que, al fin, alcanza el mar—. Son los venecianos los que controlan el comercio, y todos los señores latinos de Oriente están endeudados con ellos. Todos, desde mi marido, el emperador, hasta el último barón franco o italiano de Grecia deben dinero a la Serenísima República —explica, con mucho rencor y una buena dosis de desengaño.

Tello conoce parte de la historia. En 1204, un ejército de cruzados constituido por las tropas de señores franceses, flamencos, borgoñones, provenzales, italianos y alemanes fue conducido por los venecianos, y no al islámico Egipto o a la disputada Tierra Santa, como habían prometido, sino a la cristiana Constantinopla, que fue asaltada y sometida a un espantoso saqueo en el que fueron asesinadas miles de personas, destruidas o robadas las magníficas obras de arte que adornaban la urbe y profanadas sus iglesias y hasta las tumbas imperiales. La violencia, la lujuria y la codicia que cruzados y venecianos desencadenaron fue tal que arruinaron por completo la que hasta entonces había sido la ciudad más poblada y rica del mundo cristiano. El desenfreno, la impiedad y la locura llegaron a tal punto que, en Santa Sofía, la iglesia más grande jamás construida y el lugar más santo de la ciudad, los cruzados se dedicaron a violar monjas sobre el altar principal mientras una prostituta francesa, borracha y semidesnuda, los animaba sentada en el trono patriarcal.

Detrás de esa pesadilla estuvo Venecia. Fue la Serenísima República la que, tras endeudar a los cruzados dándoles pasaje en sus barcos y proveyéndoles de víveres, exigió que se le pagara de inmediato conquistando Constantinopla, ya que Venecia quería para sí el control del oriente mediterráneo y usó a su antojo el poder de aquellos cruzados que, en vez de luchar por la Cruz, lo hicieron por los intereses de una república de banqueros y comerciantes.

Así surgió el Imperio latino de Constantinopla. Pero, desde su primer día, quedó endeudado con Venecia, y fueron los intereses de esta última y no los de los nuevos Estados surgidos sobre las ruinas del viejo Imperio romano de Oriente los que prevalecieron y los que, cincuenta y cinco años después, siguen prevaleciendo.

Además, hablar de Imperio latino de Constantinopla es ser muy optimista: año tras año, el imperio surgido de los horrores de 1204 ha ido perdiendo terreno frente al verdadero heredero del Imperio de Constantino y Justiniano: el imperio griego de Nicea. Si eso no fuera ya mengua suficiente, la nueva Constantinopla latina, arruinada y despoblada, no constituye un poder unido, sino un mosaico de pequeños estados que, en teoría, pero solo en teoría, son sus vasallos y le deben obediencia: el principado de Acaya, los señoríos de Atenas, Tebas, Argos y Nauplio, la Triarquía de Negroponte y el ducado de Naxos, pero que en la práctica hacen y deshacen a su entera conveniencia.

En todo eso piensa Tello mientras la emperatriz mira con rencor a la fortaleza veneciana de Corón.

—Si, además de querer saber quién manda en realidad y en la sombra, queréis saber quién es el señor de Atenas, os diré que su nombre es Guido de La Roche. Aunque, según me dijeron en el último puerto que tocamos, ha marchado a Francia en busca de apoyo y es su hijo, Juan, con quien tendremos que tratar —retoma María de Brienne—. En cuanto a Negroponte, la isla está dividida en tres señoríos, y las disputas que mantienen entre sí sus señores, los triarcas, y con Venecia, Atenas y Acaya son tan constantes que podemos decir que la isla vive en estado de guerra permanente.

El panorama es desolador. Tello se queda mirando al cambiante mar y, aunque se dice que afrontarán las dificultades cuando lleguen, no puede dejar de pensar en cómo lo harán. Porque no va a ser fácil y, aunque logren hallar el tesoro, salir con él de una tierra tan peligrosa constituirá una hazaña tan grande o más que la primera.

—Se os ve en exceso preocupado —le dice María de Brienne, ajena a los verdaderos desvelos que turban al caballero—. No os

preocupéis en demasía por lo que os he dicho. Al fin y al cabo, Atenas es uno de mis feudos, y su señor nos abrirá las puertas de su castillo, la antigua acrópolis. Y en cuanto a Negroponte, nuestro destino final, los triarcas que la rigen son pendencieros, sin duda, pero no levantarán su mano contra mí ni contra quien llegue bajo el manto de mi protección. Además, recordad, una vez que toquemos puerto en Calcis, la ciudad principal de la isla, allí estará aguardándome una nave constantinopolitana para llevarme de regreso a casa y vuestras aventuras habrán, al fin, finalizado —termina para alentarlo y añade una sonrisa agradecida.

Ella no puede saberlo, por supuesto, pero Tello sí que lo sabe: las aventuras, y con ellas los peligros, apenas han comenzado.

Quienes empiezan ya a afrontar los problemas y desafíos que Aristóteles sembró para proteger su tesoro son el joven Miguel y Egidio el Nigromante. Han arribado a Calcis, capital de Negroponte, que, con su castillo latino a medio construir y sus aguas peligrosas, los recibe con su peor cara. Desde el barco pisano recién amarrado, a lo lejos, ven espesas humaredas que se alzan desde los campos que rodean la ciudad.

—¿Qué son esos lejanos incendios? —pregunta Egidio el Nigromante a uno de los marineros pisanos que regresan de hablar con el jefe del puerto.

—¡Guerra! Los triarcas, los señores de esta isla, están en guerra entre sí y contra los señores de Acaya y Atenas. La primera apoya a dos de ellos, y la segunda, al tercero; y Venecia, como siempre, no toma partido por ninguno, mientras aguarda, con paciencia, a recoger los despojos y les presta dinero a todos para que puedan seguir matándose.

Miguel y Egidio intercambian una mirada al oír aquello. Los dos piensan lo mismo: buscar un tesoro en mitad de una guerra lo complica todo aún más si cabe.

Ese pensamiento los lleva a otro: «Será mejor no deshacerme aún de mi compañero», piensan a la par, y sin saber que el otro concluye lo mismo.

Una buena idea. Además, en el infierno, o quién sabe si en el cielo, los demonios o los ángeles traviesos deben de estar riéndose a costa de ellos, pues, si un poco antes planeaban cómo asesinar al otro, ahora se percatan de que, si quieren sobrevivir en esta tierra peligrosa, tendrán que confiar el uno en el otro hasta hallar el tesoro y salir de Negroponte.

Unas horas más tarde, montados sobre dos recias mulas y arrastrando tras de sí una tercera cargada con herramientas y víveres, Miguel y Egidio el Nigromante salen de Calcis en dirección al alto monte que domina la entrada norte del canal del Euripo, bajo cuyas tumultuosas aguas van a buscar el tesoro de Aristóteles.

William de Amesbury, ladrón y espía metido a pirata por imposición del destino, tiene los pies metidos en agua podrida y, en la oscuridad, se mira las manos cargadas de cadenas. Al final naufragaron en la ensenada del promontorio rojo y, al cabo, al segundo día de desdicha en la solitaria playa, apareció en ella una partida de jinetes moros provenientes de Mostaganem. Hubo una pequeña batalla, desde luego, pero, finalmente, los jinetes moros se impusieron y perpetraron una espantosa matanza. A él no lo mataron. Les llamó la atención su piel pálida, sus ojos de verde frío, sus cabellos rubios y su habilidad con el largo arco inglés. Así que se lo llevaron preso a la ciudad y, tras tres semanas en una mazmorra atestada de desgraciados como él, terminaron por venderlo como

esclavo al mismísimo sultán de Egipto. Allí lo envían, metido en el pantoque apestoso de una galera, para pasar a ser enrolado en los ejércitos del sultán como mameluco, que, por lo visto, es el nombre que dan a los soldados esclavos.

Mientras William se aproxima a Alejandría de Egipto cargado de cadenas, Tello y los suyos llegan a Atenas.

Lo primero que contemplan desde el mar les roba el aliento. Sobre una inmensa y alta roca rectangular, se pueden ver magníficos templos de mármol ceñidos por toscas murallas y torres construidas a toda prisa, para transformar en castillo lo que, durante siglos, fue asombro del mundo y gloria de Pericles y Fidias[2] .

Luego, al aproximarse al puerto del Pireo, Atenas se les mostró como una pequeña ciudad acurrucada bajo la sombra de la mole de la acrópolis. Despliega un dédalo de estrechas y polvorientas calles, flanqueadas por miserables casas de adobe, madera y ladrillo entre las que aún se pueden ver enormes columnas de mármol y ruinas gigantescas y sorprendentes.

Esta es la Atenas de su siglo: una pequeña ciudad que no suma ni diez mil pobladores, la mayoría griegos, y, el resto, una pequeña élite, franceses e italianos que sobreviven entre monumentos colosales pero arruinados, y que ya nadie puede explicar, ni por supuesto aspirar a reconstruir o, siquiera, remedar. Recordando así a todos que ellos, habitantes de este tiempo, son como enanos que habitan las ruinas de un mundo antaño vivido por gigantes.

—¡Atenas! —grita, feliz, Juan de Aspa, y a su llamado gozoso acuden al-Ricutí y Yehuda.

Para los tres sabios, Atenas, patria de Sócrates, de Platón, Aristóteles, Jenofonte y de tantos y tantos otros filósofos y grandes sabios, es un lugar mítico que habitaba solo en polvorientos libros y,

ahora, ante sus ojos, se hace realidad tangible. Y decepcionante. La ciudad no es la que aparece en los viejos manuscritos y en la que nombres resonantes como Arístides, Temístocles, Pericles o Alcibíades gobernaron, sino una pequeña urbe. Más bien una gran aldea, hecha a base de juntar humildes casas de campesinos y artesanos griegos, entre las que, en un lado y en otro, sobresalen las casonas y torres de sus nuevos señores francos y en donde destacan, como si fueran los colosales huesos del esqueleto de un mítico gigante, columnas de mármol, restos de edificios y ruinas de toda clase que recuerdan que, mil seiscientos años atrás, la destartalada aldea de hoy fue ayer la ciudad más rica, deslumbrante y populosa del Mediterráneo.

Pero ya no lo es. Cuando desembarcan en el Pireo, el jefe del puerto envía de inmediato noticia a la acrópolis, la cual, aunque situada dos leguas tierra adentro, domina todo el Ática cual si fuera un águila descomunal de mármol.

Tienen que aguardar varias horas hasta que, atravesando los olivares y campos que separan Atenas del Pireo, se presenta, todo él seda y acero, el joven señor Juan de La Roche, quien está al frente de un grupo de treinta caballeros, gendarmes y escuderos que refrenan los caballos a escasos pasos de la comitiva de la emperatriz. Vestida con toda la pompa imperial, recibe, erguida y hierática, al joven señor, que, siguiendo los usos feudales imperantes en el Oriente latino, desmonta, toma la mano que le alarga María de Brienne, se inclina, hinca una rodilla en tierra y la besa.

—Alzaos, buen vasallo —dice la emperatriz con voz suave pero solemne.

—Bienvenida seáis, mi señora emperatriz. He dado orden de que os sean preparadas habitaciones en el castillo de la acrópolis. Mi padre, supongo que ya lo sabéis, ha marchado a Francia, y la mayor

parte de los barones de estos señoríos están lejos, en el norte, combatiendo contra los griegos de Nicea, pero aquí estaréis segura y se os rendirán los honores que os son debidos.

Tello dispone que sus hombres, la guardia de castellanos que fue seleccionada para escoltar a la emperatriz, se queden en el puerto, guardando la urca. De modo que solo los tres sabios, Isabel, Sancha y Alvar irán con él y la comitiva imperial hasta Atenas y su acrópolis.

El camino hasta ellas es senda extraña para ellos: la tierra está reseca, pues se hallan en pleno verano, y el trigo y la cebada han sido segados dejando rastrojos quemados por el sol, mientras que los viejísimos olivares muestran sus frutos, todavía diminutos y verdes, cubiertos de polvo.

—Antaño —comienza a contarles Juan de Aspa, que, como traductor de Aristóteles, sabe mucho sobre el pasado de aquella tierra— el Ática era un país opulento, pues contaba con ricas minas de plata en el monte Laurión, una industria laboriosa, la famosa miel del monte Himeto y el no menos célebre aceite de sus centenarios olivos. Poseía una enorme población. Si Ateneo de Náucratis no nos miente en su *Banquete de los eruditos*, en 311 antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, esto es, a tan solo once años de la muerte de Aristóteles, el tirano Alejandro de Falero mandó hacer un censo que arrojó la cifra de veinte mil ciudadanos, todos varones adultos, pues no se incluía ni a niños ni a mujeres. A dicha cifra se debía sumar la de diez mil metecos varones adultos, que es como llamaban a los que tenían origen o procedencia extranjera. Así que si al total se le suman mujeres y niños, y las personas libres, Atenas debería de rondar las noventa mil. A ellas se agregaban cuatrocientos mil esclavos de todas las edades y de ambos sexos.

—¡Tanta gente en un país tan pequeño[3] ! —se sorprende al-Ricutí.

—¿Y por qué tantos esclavos? —interroga Isabel, tan asombrada como los sabios junto a los que cabalga.

—Creo, mi señora Isabel, que la Atenas de aquellos tiempos era el lugar más poblado de la tierra a la par que el más cruel —explica el monje, que, por lo general, suele ofrecer un semblante cargado de picardía y alegría, pero que ahora lleva el rostro ensombrecido—. Amo a Aristóteles. Llevo toda la vida estudiando sus textos y su época. He copiado y traducido sus obras y me he maravillado mil veces ante su desbordante saber, curiosidad y perspicacia. No creo que haya habido hombre más inteligente que él desde que Dios hizo el mundo y, sin embargo... —Se detiene como si le costara decir lo que queda por ser dicho—. Sin embargo, toda esa inteligencia, toda esa sabiduría no le impedía ser extremadamente cruel, hasta el punto de que veía a sus semejantes, cuando tenían la desdicha de ser convertidos en esclavos, como a simples «herramientas parlantes», ya que así, de forma tan terrible, tan poco humana, los definía. Eso, escuchadme bien, es una advertencia para todos nosotros: ser un sabio, ser una persona inteligente, culta, amante de la belleza, no te exime de convertirte en un ser deleznable y sin piedad. No es el conocimiento ni la inteligencia lo que hacen a un hombre bueno, sino tener corazón bondadoso.

Un poco por delante, en la cabeza de la comitiva, Tello cabalga junto a Juan de La Roche, el príncipe Felipe y la emperatriz.

Ante ellos, tras una revuelta del camino, aparecen las primeras casas de la disminuida Atenas. La ciudad no cuenta con murallas dignas de ese nombre, pues tanto los antiguos muros griegos que la enlazaban con el Pireo como las murallas romanas levantadas a toda prisa a mediados del siglo III para defenderla de los godos y los hérulos ha tiempo que quedaron arruinadas. Ahora solo son

terraplenes informes o montones de cascajo entre los que en un sitio y en otro se ven dispersos grupos de casas miserables.

Lo que tienen delante no es una ciudad compacta, sino una suerte de suburbios salpicados de huertas, olivares, moreras y campos. Allí donde hay una fábrica de seda —el principal producto que demandan los comerciantes venecianos—, del que Atenas es sobresaliente productor, las casas parecen más sólidas, más opulentas y, entre ellas, para defender el taller textil, se alza una torre. Pero solo en las laderas de la montaña que suben hasta la acrópolis las viviendas se apiñan en barrios de calles intrincadas y estrechas.

—¡El castillo de la acrópolis! —les señala, orgulloso, el joven Juan de La Roche.

Ya se puede apreciar que, en efecto, sobre la enorme peña no solo se alzan los viejos y enormes templos griegos, sino también un palacio de estilo francés, algunas casas fortificadas, varios campanarios y, rodeando el conjunto, una muralla y unas torres levantadas por el abuelo de Juan de La Roche, Otón de La Roche, primer duque franco de Atenas y Tebas.

El conjunto es singular y causa extrañeza. La monumentalidad, el equilibrio y la belleza que aún conservan los edificios de los antiguos contrastan notablemente con las construcciones recientes, bastas, macizas, hoscas.

Se dirigen hacia allí. Atraviesan los dispersos barrios de esta extraña Atenas donde las destartaladas casas, las pequeñas iglesias griegas, las torres francesas y los talleres de seda se entreveran con edificios colosales de mármol.

—¡Mirad, ahí está el ágora y, en ella, medio insertas en la arruinada muralla romana, se ven aún las columnas de la Estoa de

Atalo de Pérgamo y, un poco más allá, el templo de Teseo! —grita el viejo Juan de Aspa, exultante.

Siguen avanzando y, un poco más lejos, un edificio descomunal, arruinado en su mayor parte, los saluda con columnas que, sin duda, debieron de erigir los dioses de los días antiguos, pues los hombres, en verdad, no pudieron construir tal maravilla.

—¡Ahí tenéis el templo del Zeus Olímpico de Atenas! —les informa Juan de Aspa con lágrimas en los ojos de pura dicha.

Y es normal que llore. Es mucha la gloria y la belleza que retiene el gigantesco edificio, que, en su tiempo, cuando fue terminado por el emperador Adriano, casi setecientos años después de haber sido comenzado, fue el mayor templo de la tierra[4] .

—Ese templo se levantó sobre otro antiquísimo, erigido por los supervivientes del diluvio de Deucalión para venerar la grieta que el perdón de Zeus abrió en la tierra para que por ella se vaciaran las aguas que anegaron la tierra como castigo que él mismo dispensó a los hombres por su impiedad. —El monje metido a guía hace un significativo gesto a sus compañeros sabios para darles a entender que, en efecto, en algún lugar de las descomunales ruinas de aquel templo, deberán encontrar la grieta del diluvio que forma parte del enigma planteado por Aristóteles—. Siglos más tarde, en 515 antes del nacimiento de Nuestro Señor, el tirano de Atenas, Pisístrato, comenzó a construir este maravilloso edificio, pero sus conciudadanos, seguros de que el tirano estaba poseído por la soberbia, no lo vieron con buenos ojos y, cinco años más tarde, al expulsar a Pisístrato del poder, pararon las obras. Así que durante siglos nada se hizo. Pero hacia el 174 antes del nacimiento de Cristo, el gran rey de Asia, Antíoco IV Epífanes, entregó a Atenas fondos para reanudar las obras. El proyecto era titánico y, de nuevo, quedó

inacabado, hasta que en el 129 de la era de Nuestro Señor, el emperador romano, Adriano, ordenó concluir el templo.

—¿Cómo pudieron levantar esas columnas? —se maravilla Yehuda —. Son aún más altas que las alzadas por los venecianos y superan incluso a las que vimos en Siracusa.

—Pues eso, que sean tan altas y gigantescas como torres, es solo una fracción minúscula de los prodigios que albergó en su tiempo. Una estatua colosal de Zeus hecha de marfil y oro, y arriba, en los frontones y por todas partes, maravillosas esculturas y relieves que hoy nos parecerían obra de ángeles... —sigue explicando a sus compañeros, a la comitiva al completo y a un buen puñado de curiosos atenienses que, aunque llevan viendo toda la vida las ruinas del templo de Zeus, nunca las habían visto con los entusiasmados ojos de Juan de Aspa.

—¿Qué altura tienen esas columnas? —pregunta Sancha, que no puede apartar los ojos de las enormes moles de mármol magníficamente labradas.

—Miden algo más de veinte varas castellanas de altura y en total hay ciento cuatro columnas. El edificio, en su conjunto, mide un poco más de ciento quince varas de largo y casi cincuenta de ancho, y todo él está hecho en mármol traído desde el monte Pentélico[5] .

En ese momento, Yehuda abre la boca para hacer otra pregunta, pero entonces al-Ricutí, que acaba de fijarse en que el señor del lugar, Juan de La Roche, los mira con intensidad, le hace una discreta seña para que se calle.

Así que reanudan el ascenso. Están por la empinada ladera de la acrópolis y pronto, dejando a un lado las ruinas del teatro de Dionisos, zigzaguean por calles estrechas y por una senda que podrían defender sin esfuerzo un puñado de hombres. Llegan ante las puertas que cierran los Propileos: la antigua entrada monumental

al recinto sagrado de la acrópolis que ahora, flanqueada por dos potentes pero toscas torres francas, se les muestra impresionante, pese a que buena parte del techo que la cubría se desmoronó hace tiempo.

—¡Abrid las puertas al hijo del duque de Atenas y a su señora feudal, la emperatriz María de Brienne! —ordena, protocolariamente, el joven Juan de La Roche.

Con un chirriante sonido, las grandes puertas de roble guarnecidas de hierro se van abriendo ante ellos para invitarlos a entrar en la acrópolis de Atenas. Nunca olvidarán aquel día. Al subir un último repecho, se ven ante el Partenón, el gran templo de mármol elevado para gloria de la diosa Atenea. Desde hace ya más de ochocientos años, es una iglesia consagrada al culto de la Virgen María. Por suerte, aún conserva sus maravillosos relieves y muchas de las esculturas antiguas que cantan el poder de la vieja diosa protectora de Atenas y de los tiempos, ya legendarios, en que los hombres eran tan formidables que podían construir edificios como el que ahora miran con asombro desbocado.

El Partenón, flanqueado por un anacrónico campanario, también rechina con el cercano y borgoñón palacio de los señores de La Roche y con las demás residencias y torres levantadas por la nueva nobleza de Atenas, integrada por barones y caballeros cuyos padres nacieron muy lejos de allí, en Borgoña y Francia.

—El Erecteion —susurra Juan de Aspa señalándoles un segundo edificio antiguo convertido también en iglesia y que luce unas increíbles columnas en forma de mujer, las cariátides.

Tratan de no quedarse con la boca abierta mirando en la dirección que les han señalado, pero recuerdan que será allí donde, si todo va bien y resuelven la primera parte del enigma oculto en el templo de Zeus, tendrán que subir a buscar la segunda parte del *Secretum*

Secretorum. De nuevo, el joven Juan de La Roche se les queda mirando y, en su rostro, ya plenamente asentada, hay una interrogadora expresión. Y es que aquellos sabios llegados con la emperatriz desde el lejano Occidente saben mucho y se muestran muy interesados por los viejos templos.

En Castilla, mientras tanto, don Nuño González de Lara sigue tejiendo su tela de araña. El rey vuelve a confiar en él, pero no del todo, ya que Alfonso no le ha revelado lo que él sabe por otros medios: que ha enviado a Oriente una expedición que, camuflada en la comitiva de la emperatriz María de Brienne, tiene como misión hallar un gran tesoro con el cual poner de nuevo en marcha su proyecto imperial. Le preocupa que no le confíe algo que él ya sabe porque es la prueba de que, después de todo, Alfonso todavía no confía plenamente en él.

—Os veo preocupado, mi señor rey. ¿Hay algo que os desvela y queráis contarme? ¿Os reserváis algún asunto que os quita el sueño? —pregunta, persuasivo—. Los problemas, cuando se comparten con los amigos, aligeran su peso. Confiad en mí, mi señor rey, y aliviaos.

Alfonso no ha dormido bien esa noche. En efecto, los problemas lo mantienen en un desvelo: los reyes de Navarra y Aragón intrigan contra él y, en esas intrigas, le consta, están implicados miembros de la familia real de Castilla y no pocos grandes señores y ricos hombres de sus reinos. Además, hace dos días, en secreto, le fue entregada una carta de Tello Bermúdez enviada desde Siracusa en la que el caballero le daba cuenta de cómo unas galeas piratas trataron de abordar la urca en el estrecho de la mar y de cómo, días más tarde, una de esas mismas naves, mandada por un hombre que parecía inglés y quien, es evidente, era el mismo que trató de secuestrar en Sevilla a doña Isabel y a su criada, volvió a intentar

apresarla en una ensenada africana. Sin duda, concluía Tello Bermúdez en su carta, los enemigos en la sombra del rey seguían empeñados en abortar la búsqueda del tesoro y contaban para ello con buenos informes que les permitían conocer el destino de una expedición que se suponía secreta.

Dicho de otro modo, los traidores saben mucho y también buscan, aunque sea a tientas, por así decir, el tesoro. Dichoso tesoro... Ha arriesgado mucho entregando cincuenta quintales de plata a su prima, la emperatriz María de Brienne, y, si lograran encontrarlo y traerlo a Castilla, no solo recuperaría el dinero, sino que lo multiplicaría por diez. Aún más, lograría ser el dueño de una montaña de plata desde cuya cumbre —le gusta imaginarse subido a ella— dominará el Sacro Imperio.

No obstante, todo eso es fantasía si Tello Bermúdez y los sabios no logran culminar la empresa y ese afán sigue amenazado por múltiples peligros.

—¿No queréis libraros de vuestras cuitas e incertidumbres? —insiste de nuevo Nuño, con una comprensiva y alentadora sonrisa que trata de quebrar el reflexivo silencio de su soberano.

Alfonso mira a los ojos grises de su consejero y amigo. El rey está cansado y abatido. Le convendría tanto aligerar sus preocupaciones... Claro que quiere confiar en él..., lo necesita, y, sin duda, Nuño, con su inteligencia, podría aportarle mucho. El rey no puede evitar dudar sobre si debe o no dejarse llevar por su deseo de compartirlo todo con ese hombre al que tanto ha favorecido y que tantos buenos consejos le ha dado en el pasado

Entonces, Alfonso sucumbe a un fuerte impulso, decide contestar y abre la boca para comenzar a sincerarse con quien durante años fue su confidente más íntimo. Es hora de dar ese paso. Se detiene

aunque no sabe por qué, pero en su mente, como una advertencia, está la imagen del rostro firme y franco de Tello Bermúdez.

—Me preocupa que mi suegro, el rey Jaime de Aragón, se decida a mover guerra contra nosotros —miente, o casi.

Es cierto que eso le preocupa, pero no tanto como arriesgarse a desvelar su proyecto secreto: la búsqueda del tesoro. Nuño González de Lara asiente, como si creyera lo que acaba de oír, y durante la siguiente hora debate con el rey sobre la política que se ha de seguir frente a Aragón. Pero en su corazón una voz interior se revuelve con rabia y murmura con rencor contra el rey: «No confíes en mí, no me importa. No necesito que me confíes nada. Yo ya sé lo suficiente como para hacer fracasar tu loca empresa. Si ese tesoro existe, será mío y no tuyo».

Eso piensa, eso oye en su ambiciosa cabeza. Pero, aunque la rencorosa e inaudible voz es persuasiva, una corrosiva duda la acompaña. ¿Dónde están el canónigo Martín Pérez, Egidio el Nigromante y el joven Miguel? ¿Habrán dado ya con el tesoro? ¿Habrán iniciado siquiera su búsqueda? O, por el contrario, ¿estarán aguardando a que aparezcan Tello Bermúdez y los suyos para seguirlos y arrebatárselo?

Sobre todo, nada sabe... Y eso lo inquieta sobremanera, pues el canónigo debía de haberle escrito desde Pisa y, sin embargo, ningún mensaje ha recibido.

—Ahora sois vos, don Nuño, quien parecéis preocupado en exceso. ¿Queréis confiarme lo que os aflige? —Y en la pregunta aletea una pizca de suspicacia.

Nuño, sorprendido, trata de sonreír y de componer una expresión que parezca sincera, pero el resultado es poco convincente. Tanto que se ve obligado a ocultarse detrás de una rastrera mentira:

—A veces, mi señor rey, me turba el recuerdo de mi llorada hija —se excusa, y la falsa invocación de su hija muerta le hace sentir muy sucio. Quizá por ello, las lágrimas que acuden a sus ojos no son por completo falsas.

Y Alfonso, que había vuelto a sentir un ramalazo de desconfianza, se siente ahora un poco mal por ello y, sin saber muy bien qué hacer, deja de ser rey un instante y aprieta el hombro de su consejero y amigo en un gesto de cariño.

17

En el palacio fortificado que los borgoñones y franceses han erigido en la acrópolis de Atenas, resuenan música y alegres voces. Juan de La Roche, hijo del duque de Atenas, ha puesto todo su empeño en honrar con un gran banquete a la emperatriz de Constantinopla. Puesto que el ducado de Atenas no es un lugar ni atrasado ni pobre, para entretener a sus invitados, Juan de La Roche ha traído esta noche a palacio a un grupo de acróbatas búlgaros que acometen briosas danzas guerreras con antorchas y espadas, amén de a un bufón tan feo y de tan diminuta estatura que su lengua mordaz apenas se tiene que esforzar para hacer reír a los presentes.

Risas, burlas, vino y alegría. Buena combinación tras una opulenta cena en la que se han servido pescados del mar, cordero, cabrito, venado y faisán. Y ahora, a la señal que el joven señor, Juan de La Roche, da con una alegre palmada, los bailarines búlgaros y el bufón enano se retiran para dejar su sitio al trovador recién llegado desde Provenza, quien, de inmediato, atraída la atención del público, comienza a desgranar en canciones las gestas de los doce paladines de Carlomagno.

La voz del trovador es magia revestida de música y poesía. La emperatriz, sentada a la diestra de Juan de La Roche, está bellísima, luce cual si fuera un sol nuevo entre los hombres. Satisfecho por su papel de gran anfitrión, Juan de La Roche se permite una sonrisa y ordena que le llenen de nuevo la copa.

Pero, al llevársela a los labios, un movimiento atrae su atención y, por el rabillo del ojo, observa cómo, uno tras otro, los tres sabios y tras ellos el alto caballero castellano que los guarda salen de la animada sala con un sigilo que no cuadra con haber participado de una opípara cena regada por tanto buen vino.

Tello casi no ha tocado el vino. Tampoco han bebido los demás, o eso afirman. Aunque Tello duda de que sea cierto en el caso del viejo Juan de Aspa, que presenta unas mejillas encarnadas y la barba sospechosamente perfumada, por así decir, con los jugos de Baco.

—El vino despeja la cabeza de los sabios —sentencia el alegre monje cuando advierte la mirada reprobadora del caballero.

Achispado o no, ya es tarde para preocuparse por eso. Ahora tienen por delante la noche y, con ella, la posibilidad de salir a hurtadillas de la acrópolis para ir al templo del Zeus Olímpico y localizar en su arruinado interior la grieta del diluvio.

Haciendo el menor ruido posible, aprovechando el amparo que les brindan los edificios, se encaminan al punto de encuentro evitando las rondas de los guardias.

—¿Alvar? —pregunta Tello a las sombras que reinan bajo el sector menos vigilado de la muralla de la acrópolis.

Entonces las sombras contestan.

—Aquí, tío. Apresuraos, los centinelas no tardarán mucho en volver a pasar por aquí.

Alvar no ha asistido al banquete, pues el joven señor Juan de La Roche lo ha tomado por un simple escudero al que no había por qué honrar. Así, le dio la oportunidad de localizar el sector más desguarnecido de las murallas, y de preparar, además, todo lo necesario para trasponerlas sin que nadie lo advirtiera.

—¿Tienes dispuesta la escala de cuerda? —le pregunta Tello.

—Aquí mismo, y también llevo conmigo una larga soga y una linterna.

En efecto, embreada para que la oscuridad la oculte por completo, del muro pende una escala de cuerda por la que, de inmediato, trepa Tello con la agilidad de un gran gato con sus afinados sentidos en alerta.

Al llegar al adarve de la muralla, se queda inmóvil y escucha. Nada se oye, da un tirón de la escala, es la señal para que suba el siguiente.

El siguiente es Juan de Aspa, quien, aunque supuestamente tiene la cabeza «avivada» por el vino además de ciertos problemas de equilibrio, no se mata porque Dios no quiere y, sobre todo, porque Tello lo sujeta a tiempo.

—Está bien, quizá no debí tomarme la quinta copa de vino —susurra, excusándose y como respuesta a la reprobadora mirada que Tello le lanza.

Tras Juan de Aspa, con dificultad por su gran tamaño y por sus muchos años, va Yehuda y, tras el médico judío, al-Ricutí, que sube deprisa y sin esfuerzo, apoyando bien los pies en las traviesas de cuerda.

El último en trepar es Alvar. De inmediato desata, recoge, enrolla y se carga al hombro la escala, para, a continuación, sujetar un extremo a un merlón de la muralla y desenrollarla de nuevo dejándola caer por el lado contrario del muro.

Y bajan al exterior de la fortaleza. Sin contratiempo. Al menos hasta que Alvar desciende a su vez y Tello se percata del problema que ello les impone.

—¿Y la escala? Si la dejamos ahí, los guardias la verán.

—No os preocupéis, tío, al-Ricutí ya lo previó y me enseñó a hacer esto. —Y dando un fuerte tirón a un largo cabo sujeto a la escala, esta se suelta y cae al suelo para que el joven Alvar la pueda recoger, enrollar y ocultar bajo unas piedras, mientras Tello se queda con la boca abierta sin saber cómo Alvar ha podido desatar la escala atada a un merlón de la muralla situado diez varas por encima.

—Es algo simple: un nudo corredizo o, si lo preferís, un ballestrinque corredizo con gaza —le explica al-Ricutí—. Veréis, los nudos, como todo en este mundo, solo son matemáticas. —Como Tello sigue con la misma cara de asombro, el maestre andalusí se lo explica de forma fácil, tal y como hizo horas antes con Alvar—. Tomas el extremo superior de la escala y haces un nudo corredizo en torno al lugar donde quieres sujetarla, cuidando, eso sí, de dejar uno de los cabos tan largo como quede la escala y colocándolo en paralelo a ella. El nudo, en cuanto cargues peso, se tensará, pero, en cuanto bajes y ya no soporte carga, bastará con que tomes el cabo y des un par de tirones fuertes para que se afloje. De este modo se liberará la escala, que caerá a tus pies.

Siempre es bueno aprender y, pertrechado con esa nueva lección, Tello los conduce por la abrupta ladera de la mole rocosa de la acrópolis, con precaución para que no se rompan la cabeza despeñándose y hagan el menor ruido posible.

Tello tiene experiencia en esas cosas. En más de una ocasión, en las guerras contra los moros en Andalucía y en las que libró en Italia luchando por Pisa, se vio encabezando una fila de hombres silenciosos que avanzaban en lo más crudo de la noche, para acercarse a una torre o a una fortaleza y darle asalto sin que los centinelas se apercibieran a tiempo del infierno que se les venía encima.

«Tienes ojos de gato y pies de oso», le decían sus camaradas, y es cierto. Tello tiene pies seguros que saben pisar sin hacer ruido y ve mejor en la oscuridad que la mayoría de los hombres. Así que no tardan en alejarse y, cuando dejan atrás el terreno más difícil y las casas de Atenas se les muestran ante ellos bajo la menguada luz lunar, se atreven a encender una linterna y fingir que son extranjeros en busca de taberna.

—¡Ahí están las ruinas del templo! —señala a los demás tras un cuarto de hora de disimulo nocturno.

Se quedan detenidos a cincuenta pasos de ellas, cobijados bajo los aleros de una casa de madera, observando, vigilando, aguardando a tener la certeza de que nadie los sigue y de que nadie podrá verlos cuando corran hasta las ruinas y se metan dentro de ellas. La tienen. Así que cinco sombras corren en la noche y se introducen en las ruinas del que fuera el mayor templo del mundo.

Hay luna menguante, y las sombras que proyectan las colosales columnas avivan la oscuridad que reina en el interior del arruinado edificio que, con la mayor parte de sus tejados derrumbados y buena parte de sus muros derruidos, se les muestra sembrado de montones de cascajo que se alternan con profundos socavones.

—¿Qué buscamos exactamente? —pregunta Tello a los sabios, preocupado por la inmensidad del edificio que debe explorar y las añadidas dificultades que proveen la noche cerrada y el caótico interior que ha ido imponiéndose a la antigua simetría, conforme techo y muros se desmoronaban.

—Una grieta como de media vara de ancho y seis pies de largo. Una en la que no pueda verse el fondo —le informa Juan de Aspa con un susurro bien silabeado que informa a Tello de que la caminata nocturna y el aire fresco han despejado los vapores etílicos que acosaban al viejo sabio.

Es un comienzo, desde luego. Pero buscar una grieta en el suelo en un edificio gigantesco y destrozado es como buscar una aguja en un pajar.

—Debemos avanzar hacia lo que fue el recinto sagrado de Gea Olímpica. Allí donde se honró a la diosa de la tierra con una escultura de bronce debe de estar la grieta del diluvio —dice ahora Juan de Aspa, quien, tras orientarse mirando las enormes columnas corintias, se encarama como una vieja cabra a un montón de cascajo y, desde él, se adentra un poco más en el templo.

Luna menguante, sombras tan oscuras como el hierro viejo y cinco hombres que avanzan por un dédalo de mármoles quebrados, tejas partidas y vigas carcomidas.

—¡Cuidado aquí! —les advierte Tello, marchando detrás de Juan de Aspa y teniendo mejor vista nocturna que su guía.

Medio sepultada por enormes pedazos de mármol, hay una serpenteante grieta de varios pasos de largo y media vara de ancho.

—¡La grieta del diluvio de Deucalión! —exclama Juan de Aspa como si fuera un avezado descubridor señalando un oculto objetivo a una panda de pardillos cuando, en realidad, y un instante antes, estaba a punto de precipitarse al abismo sin percatarse siquiera de que lo tenía a un paso de sus pies.

—¿Estáis seguro, maestre?

—Sí, buen caballero. Este es el lugar que buscamos.

Los tres sabios se despliegan en torno a la grieta. ¿Qué buscan? No lo saben. Solo saben que Aristóteles, más de mil quinientos ochenta años atrás, estuvo allí, en una noche como aquella, ocultando algo que contenía pistas para hallar un condenado libro. Supuestamente, esto les va a prevenir de los mortales peligros que, al parecer, custodian un tesoro que aún no han encontrado.

Una duda los asalta a todos. ¿Y si Aristóteles se burló de cuantos quisiesen buscar su tesoro y en realidad allí no hay nada? Bueno, es una posibilidad, aunque Juan de Aspa, buen conocedor del Estagirita, no la contempla.

Por lo pronto, el viejo monje comprueba que, en efecto y como decían los antiguos griegos, aquella grieta abierta en el suelo parece no tener fondo.

—Hace un minuto que arrojé una piedra y todavía no he oído el ruido que debería hacer al golpear el fondo... —murmura lleno de asombro.

—¿Nos atrevemos a encender la linterna? —pregunta al-Ricutí.

—No nos queda más remedio —consiente Juan de Aspa y, a la luz del ingenio, se agachan en torno a la grieta o a lo que de ella queda al descubierto.

A la luz escasa que portan, las sombras que los envuelven, lejos de disminuir, parecen crecer hasta volverse grotescas. En algún lugar del viejo templo, una lechuza emite su agudo chillido y luego, como un rayo alado, silencioso y blanco, vuela sobre ellos.

—Y si la grieta no tiene fondo, ¿cómo vamos a encontrar lo que Aristóteles arrojara a ella?

La pregunta de Alvar es la que Tello estaba haciéndose, e insta a que los tres sabios se queden muy quietos, como cayendo en algo simple, diáfano, pero que no habían pensado.

—Pues ahora que lo dices, muchacho... —balbucea Yehuda mientras se atusa la larga barba que, en la oscuridad, de tan blanca, tiene un brillo fantasmal.

Durante un largo momento, uno casi insoportable, los cinco se quedan callados y quietos, mirando fijamente una grieta insondable en la que, quizá, Aristóteles escondió algo.

—Quizá... —comienza a decir Tello como si quisiera exponer lo que está pensando. Advierte que los rostros de los otros cuatro se vuelven hacia él, y se anima a continuar—: Quizá ordenó a uno de sus esclavos que se descolgara por la grieta para buscar un hueco o un asidero donde depositar algo u ocultarlo. Si no recuerdo mal, maestre Juan de Aspa, en cierta ocasión dijisteis que Aristóteles tenía muchos esclavos. Tantos que en una ocasión compró mil de una sola vez. ¿Acaso no pudo venir aquí con alguno de ellos, uno pequeño, ágil, atarle una soga a la cintura y ordenar que lo descolgaran por el interior de la grieta hasta que hallase un escondrijo?

—Eso tiene sentido... —asiente, dubitativo, Juan de Aspa.

No obstante, como si quisiera preguntarle a la propia grieta, Juan de Aspa arroja otra piedra a ella y, una vez más, durante lo que les parece un tiempo interminable, todos aguardan a que se oiga el lejano eco del golpear de la piedra contra el fondo.

Pero fue en vano. No se oye nada, excepto el aleteo de un murciélago y el lejano ladrido de un perro. Así que, como ninguna otra idea se les viene a la cabeza, deciden poner la de Tello a prueba. Alvar ha traído consigo una cuerda que debe medir sus buenas treinta varas. Ata un extremo a lo que parece el desmoronado altar de la diosa Gea y ofrece el otro a su tío, que, de inmediato, traza una suerte de arnés sobre su cuerpo para obtener así un buen amarre.

—¡Listo! —informa. Alvar y los tres sabios agarran la soga mientras que el caballero, sin tenerlas todas consigo, se dispone a descolgarse por una grieta que no tiene fondo. Un abismo tan insondable que fue capaz de tragarse las aguas del diluvio.

Se adentra y, pulgada a pulgada, Alvar y los tres sabios van soltando cuerda. Tello, con la linterna en una mano, busca a tientas,

con la otra y los pies, un agarre que no encuentra; sigue bajando por la grieta, atrapado entre dos paredes de roca tan lisas como espejos.

—¿Veis algo? —pregunta al-Ricutí.

—Roca, tan lisa, tan dura como el plano de una buena espada y nada más.

—Fijaos bien. Quizá se trate de buscar una señal más que un escondite —le advierte Yehuda.

—Harina y miel... —murmura Juan de Aspa, perdido en vete tú a saber qué.

—¿Qué decís, maestre Juan? —pregunta Alvar mientras sigue soltando cuerda.

—Cuenta Pausanias que los griegos antiguos arrojaban a esta grieta ofrendas de harina y miel.

A Alvar, al que empiezan a dolerle los brazos por el esfuerzo de retener la cuerda de la que pende su tío, le parece muy curiosa la costumbre, desde luego, pero preferiría que, en vez de contar historias extrañas, el viejo sabio pusiera un poco más de empeño en ayudar con la soga.

Pero no, Juan de Aspa sigue aferrado distraídamente al cable, con un gesto tan reconcentrado que, a la difusa luz que presta la menguante luna, parece un espectro que no logra solidificarse.

—Pausanias dice que mezclaban la harina con la miel y luego, con la pasta resultante, modelaban figurillas con forma humana que arrojaban al abismo para enviarlos a la diosa Gea cual si fueran mensajeros...

—¡No puedo bajar más! —advierte entonces Tello desde el interior de la grieta—. ¡El abismo se estrecha tanto que ya no puedo seguir deslizándome!

Lo izan con lentitud y con los brazos a punto de desfallecer. Quedan los cinco al borde de la grieta, sentados en el suelo, cuatro de ellos con expresión de derrota, y el quinto, Juan de Aspa, metido en sus propios pensamientos.

—Como mensajeros enviados al negro abismo... —sigue murmurando.

Al-Ricutí y Yehuda intercambian una rápida mirada interrogándose sobre qué se trae entre manos su compañero, y Tello, recuperado ya el ánimo, mira al cielo nocturno en busca de estrellas que le digan la hora. Pronto tendrán que volver a la acrópolis si no quieren ser descubiertos y despertar sospechas.

—¡Lo tengo!

El grito de Juan de Aspa casi les revienta el corazón del susto.

—¡Maldita sea! —explota Tello, que ya tenía la espada a medio desenvainar.

—Escuchadme, creo que he resuelto el problema de cómo dejó aquí su mensaje secreto ese cabrón de Aristóteles.

—¿Cómo lo hizo? —preguntan todos casi a la par.

—Con tres cuerdas y un pedacito de carbón —les revela dejándolos como estaban: sin entender nada—. La clave está en la harina y la miel que los griegos arrojaban a esta grieta sagrada. No lo hacían de cualquier manera, sino que modelaban figuras vagamente humanas que, según creían, podían llevar mensajes a Gea, diosa de la tierra. ¿Cómo llevaban los mensajes las figurillas modeladas con harina y miel? Os lo diré. Una vez hechas, les introducían en la masa pequeñas tablillas de cera o de plomo con textos escritos en los que se detallaban sus ruegos a la divinidad. Algo así como: «Gea, devuélveme la salud» o «Gea, castiga a mi enemigo con la enfermedad».

—¿Y qué tiene que ver eso con el mensaje escondido aquí por Aristóteles? —pregunta Tello, un tanto exasperado.

—Mucho. Quedaos con esto: arrojaban a esta grieta mensajeros a las profundidades portando cortos mensajes escritos, ¿de acuerdo? Pues bien, los griegos conocían un curioso método para poder escribir sobre una pared de roca aunque esta quedara muy por debajo de su posición. Lo denominaban *tuo schoinia*. Es decir, «dos cuerdas». Lo revela Cayo Julio Solino en su *Colección de hechos memorables*[1] y funcionaba así: fabricaban un soporte pesado pero pequeño y móvil mediante el uso de ruedecillas, a cuyo extremo sujetaban un tizón, una barra de grasa mezclada con ocre o cualquier otro material con el que pudieran pintar o marcar una superficie rocosa y lisa. Montado el ingenio, a continuación el escriba se tendía al borde del abismo y ataba al soporte antes descrito dos cuerdas finas pero resistentes. Una de ellas servía para controlar el movimiento de arriba abajo y la otra, para mover el tizón de izquierda a derecha. El tizón, pegado a la pared por el peso del soporte a donde estaba sujeto, iba trazando letras conforme el escriba, alternando tensión y suelta, ora de una cuerda, ora de la otra, hasta componer así un texto que, inevitablemente, debía ser corto, sencillo, que quedaría trazado de forma tosca, pero legible.

Tello se rasca la cabeza. Intenta imaginar aquello. A su lado, Alvar hace tiempo que ha desistido de la empresa. Pero al-Ricutí y Yehuda están como poseídos por un espíritu maravilloso: extasiados, maravillados, casi al borde de las lágrimas de pura emoción.

—Bueno, es una hipótesis, desde luego —les dice Juan de Aspa, satisfecho, a la par que un poco turbado por la reacción de estupefacción que su erudición y su ingenio ha provocado en sus sabios compañeros—. Pero me apuesto lo que queráis a que si ahora, en vez de al caballero Tello, atamos la cuerda al joven Alvar y

lo vamos descolgando hasta más allá del punto alcanzado por su tío, nuestro joven amigo hallará unas letras en griego.

Así que atan la cuerda en torno a las axilas, las ingles y la cintura de Alvar y, con sumo cuidado, provisto de la linterna, lo descuelgan con lentitud hasta que llega a la angostura de la grieta que detuvo a su tío, pero que a él, más menudo, no le impide seguir bajando unas varas más. Suficientes.

—¡Letras, por todos los santos, letras! ¡Aquí hay letras, maestres!

Arriba, los sabios se felicitan por el hallazgo, y lo hacen con tanto entusiasmo que se olvidan de la cuerda, la cual, de no estar sujeta por un hombre tan fuerte como Tello, se habría soltado y habría precipitado a un abismo sin fondo al joven Alvar, quien, aterrorizado por el súbito tirón que sufre la cuerda por mor del descuido de los eruditos y por la fuerza con la que Tello tiene que contrarrestarlo, grita presa del pánico.

—¡No te alteres en exceso, joven Alvar! —vocifera Juan de Aspa sujetando de nuevo la cuerda que había soltado para abrazarse con al-Ricutí y Yehuda, quienes, avergonzados, vuelven también a aferrar la soga—. ¿No ves que ahora necesitarás estar tranquilo para memorizar el texto que estás viendo?

—¿Y cómo voy a memorizar un texto escrito con un alfabeto que desconozco y en una lengua que no hablo?

A veces los jóvenes hacen las preguntas más juiciosas.

—Olvídate de eso, muchacho. No necesitas conocer el alfabeto griego ni hablar esa lengua. Mira las letras, míralas como si fueran dibujos, métetelos en la mollera y, cuando estés seguro de que puedes dibujar esos signos con los ojos cerrados, ¡grita y te subimos! —le ordena Juan de Aspa, y Alvar, que no las tiene todas consigo, traga saliva y fija hasta la última porción de su mente en la tarea de memorizar las letras griegas que, mil quinientos ochenta y

más años atrás, un filósofo griego escribió en la pared de un abismo mediante un ingenioso truco.

—¡Podéis subirme! —clama unos diez minutos más tarde, cuando Tello y los demás tienen ya manos y brazos entumecidos por el esfuerzo.

Entonces lo suben. Temblando, agotado, con los ojos cerrados y murmurando cosas incomprensibles.

No obstante, no hay mucho tiempo para que se reponga: la noche se acerca a su fin y deben volver lo antes posible.

—¿Muchacho?

—¿Sí, tío?

—Abre los ojos y trata de dibujar en el polvo que cubre el suelo lo que has visto —lo anima entonces al-Ricutí.

El joven sacude la cabeza, se acuclilla y, usando como pluma uno de sus dedos, comienza a trazar toscas letras griegas que para él no son sino dibujos: *τρίαινα Ποσειδῶνος τὴν πέτραν ἔπληξε, καὶ ἐν Ἀθήναις θάλασσαν ἐξέβλυσε, ἣ μέχρι Καρίας ἤγαγε*.

Eso es lo que escribe Alvar en el polvo y Juan de Aspa lee en voz alta las palabras dejadas por Aristóteles:

—Hē tríaina Poseidônos te¯`n pétran éplēxe, kaì en Athe¯´nais thálassan exéblyse, he¯` mékhrī Karías e¯´gage —pronuncia con solemne entonación.

Tras una pausa de noche y expectación, el viejo monje declama la traducción:

—«El tridente de Poseidón golpeó la roca haciendo brotar un mar en Atenas que hasta Caria lleva».

De nuevo, silencio. Todos esperan algo. Pero no hay más: solo palabras oscuras de esas que componen enigmas.

—¿Eso es todo? —dice al fin un frustrado Tello.

—Es suficiente —le responde Juan de Aspa—, sabemos que estas palabras están relacionadas con el pozo de Poseidón del Erecteion. Sin duda, cuando estemos asomados a él, cobrarán sentido.

Eso es optimismo. Pero a Tello le duelen todos los músculos del cuerpo, y Alvar, extenuado, sigue temblando en el suelo, y la noche vuelve a ser cruzada por una blanca lechuza en busca de ratones distraídos.

Tanto como ellos, pues, detrás de una de las colosales columnas corintias del templo, una figura envuelta en un manto oscuro los observa con atención.

18

En Egipto.

A William lo han molido a palos. Eso es parte de su educación como mameluco: sacarle el orgullo y someterlo a la disciplina implacable que debe regir la vida de los esclavos guerreros del sultán. A veces, cuando el dolor y la humillación le parecen insufribles, le da por preguntarse cómo es posible que alguien como él, un espía inglés al servicio de Ricardo de Cornualles, haya terminado allí y de aquella guisa: en Egipto y como esclavo destinado a convertirse en mameluco. Todo por el jodido azar, porque, cuando su galea pirata quedó destrozada por el maléfico ingenio que Tello Bermúdez y los suyos dispusieron sobre la cima del promontorio rojo, William y sus ladrones del mar se vieron obligados a buscar refugio en la bahía y, al poco, aparecieron en ella los moros del lugar, quienes, cayendo sobre ellos, mataron a muchos y apresaron al resto. Y entre los que fueron hechos cautivos estuvo William, y su destino fue el mercado de esclavos. Allí, expuesto como si fuera un buey, fue comprado, y luego metido en la apestosa bodega de una nave genovesa que lo llevó a Alejandría para ser de nuevo vendido, a fuer de dolor y miedo, y transformado en propiedad del sultán de Egipto, que, al contrario que los demás soberanos del orbe, tiene a bien rodearse de un ejército de esclavos: los mamelucos.

Su vida pasada, la del ladrón inglés que terminó convertido en espía y marchando a Castilla para ponerse a cargo de los agentes de

Ricardo de Cornualles en dicho reino, ha quedado atrás, y ahora, delante de él, solo queda la esclavitud, la humillación y el dolor.

Dolor... Está tirado en el suelo, cubierto de sangre y moscas que acuden en tropel a saciarse con ella. Y cada picadura de mosca, cada estremecimiento de dolor, cada quemadura dispensada por el inclemente sol, se la debe a Tello Bermúdez, ya que, si el condenado caballero del rey Alfonso X no hubiese destrozado su galera, él, William de Amesbury, seguiría siendo un hombre libre y no un guiñapo ensangrentado.

Roto, agotado, aturdido, pero siguiendo su instinto, el inglés trata de arrastrarse hasta la mezquina porción de sombra que le brinda una de las columnas que delinean el patio de adiestramiento.

Sin embargo, no va a ir a ninguna parte, porque el instructor le apoya el pie en la nuca e, implacable, le grita palabras que William no puede comprender. Pero la lengua del látigo sí que la entiende y le «dice» que se ponga en pie y tome el arco para volver a la línea de arqueros que están siendo adiestrados.

William, tambaleándose, chorreando sangre, ennegrecido de moscas bajo un sol que no ofrece tregua, vuelve a empuñar el arma, inseguro y torpe. No se trata de su arco largo inglés, sino de un arco recurvado y asimétrico diseñado para disparar desde el lomo de un caballo.

Pero el látigo hace maravillas. Temiendo que el instructor lo haga «hablar» de nuevo, William se concentra por completo en empuñar con fuerza y de forma correcta el arco mameluco.

Habituado desde niño a ejercitarse con el arco largo inglés, la increíble fuerza necesaria para tensar el arco compuesto no le es ajena y, pulgada a pulgada, lleva la cuerda hasta justo detrás de su oreja derecha, mientras se recuerda a sí mismo que este arco es asimétrico, por lo que la pala inferior es más corta y eso obliga a

ajustar la puntería antes de soltar la flecha. Ruega a Dios que esta vez no falle, y la suelta.

Vuela la flecha y, cien pasos más allá, en un suspiro, se clava en el corazón de la silueta de madera que les sirve de diana.

El instructor suelta un gruñido de satisfacción y, como premio, entrega a William un pellejo de agua del que el inglés bebe con ansia y cuyo acuático resto usa para lavarse la sangre y espantar a las moscas.

Entonces se oye una tremenda algarabía y, tras ella, tambores marciales, a su ritmo, una brillante comitiva penetra en el patio de adiestramiento, haciendo que el instructor y el resto de los mamelucos se apresuren a gritar a los reclutas que se arrodillen y bajen la mirada, pues Qutuz, sultán de Egipto, quiere ver a los esclavos destinados a convertirse en sus soldados.

Qutuz tiene cuarenta años, es alto y fuerte, de ojos levemente rasgados, verdes y feroces, piel muy blanca, casi sonrosada, cabellos dorados y barba que no se decide a ser ni dorada ni bermeja, sino una confusión de oro y cobre.

En cuanto a su ropa, Qutuz lleva un turbante rojo y verde que luce como broche una enorme esmeralda flanqueada por rubíes. Viste ropajes de brillante seda cuajada de oro y gemas, ceñidos por una faja de hilos de oro y por un tahalí de cuero repujado del que pende un soberbio sable turco. Y no solo eso: en los labios, una crueldad sin par y mejor forjada que el acero de la espada. Qutuz, capturado en las estepas de Transoxiana cuando solo tenía quince años y llevado a Egipto para ser transformado en mameluco, se ha abierto paso hasta el trono a base de valor, conjura y terror.

Ahora pasea ante los esclavos arrodillados. La mayoría de ellos son cumanos y corasmios, como el propio Qutuz; otros son

circasianos, alanos o turcomanos, y también se pueden ver entre ellos algunos rusos, georgianos y francos[1] .

—¿Cuántos son? —pregunta al instructor jefe.

—Trescientos, poderoso sultán. Son los de más edad. En el siguiente patio se adiestran los jóvenes y los niños. Pero estos perros viejos estarán listos en cuatro meses para servirte en la batalla.

Qutuz asiente. Luego mira al cielo, como buscando el sol. El solsticio pasó hace más de un mes y el equinoccio se aproxima y, con él, lo que más teme.

—Necesitamos más, muchos más. ¿No os habéis enterado? —pregunta con rostro duro como martillo golpeando—. ¡Los mongoles vienen! Y llegarán pronto. Hace unos días, en el noroeste de Mesopotamia, arrasaron la ciudad de Mayiarfarqirin[2] . ¡Mataron a su emir, mataron a los hombres, mataron a las mujeres y a los niños! ¡Hasta a los perros mataron! Así que escuchad: ¡los mongoles vienen, y yo, Qutuz, sultán de Egipto, tendré que salir a enfrentarlos!

Silencio. La escolta del sultán, sus consejeros, los instructores, los cortesanos, todos guardan silencio mientras los esclavos destinados a ser soldados permanecen arrodillados con los ojos clavados en el suelo.

Silencio en espera de que lleguen los mongoles. De que el día del juicio final se sustancie en una vorágine espantosa de jinetes imparables blandiendo sables y tensando arcos infernales.

La gran horda de Hulagu Khan se aproxima y todos saben lo que los mongoles hicieron en Bagdad y lo que, sin duda, pretenden hacer en Siria y terminarán haciendo en Egipto si Qutuz, el sultán de hierro, no consigue vencerlos.

—¡Compra hasta el último hombre o muchacho que traigan a Egipto los comerciantes venecianos y genoveses! —ordena al instructor jefe quebrando el silencio.

Tras la orden, sigue revisando sus «últimas adquisiciones». Y al fin se detiene ante el rubio y ensangrentado William.

—¿De dónde viene este hombre?

—Es un *frany* del lejano poniente, allí donde las tierras viven sin sol y bajo una lluvia perenne. Nos lo vendieron unos mercaderes barbar procedentes de Tremecén[3] —se apresura a informarle el instructor.

—¿Hablas algo de árabe? —pregunta Qutuz al postrado William mientras le pone una fusta bajo la barbilla y lo obliga a levantar el rostro y mirarlo a los ojos.

Entonces cruzan una larga mirada verde y helada. Ambos tienen los mismos ojos implacables, los dos son rubios y pálidos, y por las venas de ambos corre la misma sangre maldita.

Son muchas cosas en común y, ya se sabe, cuando el diablo se mira al espejo, le gusta lo que ve: su reflejo.

Egidio el Nigromante se baja de la mula y se frota las posaderas. Ya no es un jovencito y, de todas formas, fue siempre hombre de libros y no de cabalgatas. A su lado, aún sin desmontar, está el joven Miguel, y un poco por detrás, los seis rufianes que han contratado como guardianes.

—¿Te fías de ellos, maestre Egidio? —pregunta el joven monje en un susurro nervioso.

Egidio gira la cabeza y sonríe con alegría a los asesinos que ha comprado para que le den protección en aquella isla envuelta en caos y violencia. En apariencia alegre, se mete la mano en la bolsa y arroja al jefe de los mercenarios una moneda de oro que el bruto,

un gigantón calvo y barbudo, coge al vuelo y se lleva a los dientes para ponerla a prueba.

—Yo, hijo mío, dejé de hacer esas cosas cuando mi madre me destetó.

—¿Hacer qué, maestre?

—Fiarme de alguien —le espeta ensanchando aún más la sonrisa y montando de nuevo sobre su mula—. Pero estate tranquilo, muchacho. Les hemos pagado bien y soy generoso con el dinero de don Nuño González de Lara. Así que, durante un tiempo al menos, se portarán como es debido y cuidarán de nosotros. Los problemas, escúchame bien, comenzarán cuando hallemos el tesoro. Entonces, te lo aseguro, les entrará prisa por cortarnos el cuello.

Miguel, al oír aquello, no puede evitar dar un respingo y volverse un poco para mirar al jefe de los mercenarios, y este, aquilatada la calidad de la moneda que Egidio el Nigromante le ha arrojado, le ofrece al joven una sonrisa repleta de dientes podridos y satisfecha maldad.

Sin tenerlas todas consigo, Miguel deja de mirarlo y talonea a su mula para hacerla trotar tras la de Egidio, que sube por las empinadas y boscosas laderas del monte Dirfis[4], desde cuyas norteñas cumbres se domina el canal del Euripo, bajo cuyas turbulentas aguas duerme el tesoro de Aristóteles.

Volver a la acrópolis sin que nadie lo advirtiera no fue fácil, pero lo lograron antes de que amaneciera. Pese a no dormir más de un par de horas, Alvar, tras el desayuno, como cada día que era posible hacerlo, se ejercitó con la espada bajo la supervisión de su tío.

Tello era un exigente maestro, pues sabía que la vida de un caballero destinado a labrarse fama y hacienda con el frío hierro no

permitía errores, porque, cuando los tenías, nunca volvías a cometerlos; los muertos, simplemente, nunca se equivocan.

Tello, además y al contrario que la mayor parte de los caballeros, exigía de aquellos a los que consentía en enseñar su oficio que aprendieran a usar la espada con ambas manos. También en añadir a esa disciplina no solo la de la lanza, el escudo y la daga, sino también las de la maza y el hacha de guerra.

Así que una sesión de armas con semejante maestro era agotadora y atraía mucha atención, y hoy, convocados por el resonar de las armas y los gritos y gruñidos de los contendientes, en torno a ellos se ha reunido una pequeña multitud.

Rodeando a los dos combatientes, cubiertos ya de sudor y hasta de un poco de sangre, se han reunido sirvientes desocupados, algunos oficiales del palacio del duque de Atenas, un buen puñado de soldados francos de la guarnición del castillo y no pocas damas.

Una de ellas es Margarita, la enamorada de Alvar. La chica, guapa y traviesa, muestra hoy, sin embargo, un semblante preocupado que su joven aprendiz de caballero, Alvar, advierte de inmediato. Algo le pesa en el ánimo y le resta concentración.

Cuando, esquivando una estocada de su tío, gira sobre sus talones y, ufano por la habilidad que acaba de demostrar, ofrece a su dama una sonrisa, ella, una vez más, no se la corresponde. Todo lo contrario, Margarita está a punto de romper a llorar.

Sorprendido, decepcionado, preocupado, Alvar tarda más de lo conveniente en cambiar de posición, subir el escudo y adoptar la guardia del halcón. La consecuencia inmediata: la espada de Tello le golpea con crudeza el hombro del brazo con el que sujeta el escudo, lo desarma y le hace gritar de dolor.

—¿En qué estabas pensando? ¡Si esto hubiese ocurrido en el campo de batalla o en un duelo a muerte, si en vez de con el plano,

te hubiera golpeado con el filo, estarías agonizando a mis pies! —le regaña Tello mientras Alvar se frota el hombro dolorido.

—Lo siento, tío... —se disculpa mientras busca de nuevo los ojos de Margarita, quien, para completar su sorpresa, está llorando.

En la tarde, Tello sube a la muralla y mira a lo lejos, hacia el mar azul que, si Dios quiere, debe llevarlos a completar su misión y que luego también ha de servirles de camino para arribar a San Juan de Acre, para encontrarse allí con la médico que sanará a su hermana.

Su hermana Isabel tiene de forma continua náuseas que, con frecuencia, la hacen vomitar y a menudo derivan en dolorosos espasmos y calambres abdominales que la privan de apetito.

Su mal comenzó hace años y, aunque son muchos los físicos que la han examinado y más de uno, tras pronosticar su enfermedad, le impuso tratamiento, el mal persiste y, día tras día, Isabel se consume.

Ya en Venecia, cuando Isabel no podía oírlos, al-Ricutí, roto de pena, le confesó que no creía que Isabel aguantara lo que quedaba de viaje.

—En cuanto toma un bocado, comienzan los dolores y las náuseas —le explicaba—, solo admite ya algunas verduras y frutas. Lo demás, la carne, el pan, los huevos y hasta la leche, agrava su estado.

Eso le había dicho su amigo moro. Su amigo, pero también el hombre que amaba a Isabel y al que ella, claramente, quería.

Eso, no lo niega, le ha costado encajarlo. Es probable que tampoco se miente al respecto, jamás lo habría consentido si no sospechara que su hermana se muere. No tiene derecho alguno a prohibirle que vuelva a amar en sus últimos días. Sobre todo porque

fue él quien se llevó a las guerras de Italia al marido de Isabel para que muriera allí, y la dejó a ella viuda y huérfano a Alvar.

—Amigo, cuánto te echo de menos... ¿Podré perdonarme tu ausencia? —se lamenta evocando la imagen de quien fuera su hermano de armas y esposo de Isabel, y dejando salir de su conciencia, en forma de susurro, el dolor inabarcable con el que carga.

El marido de su hermana era su mejor amigo y, aunque sabe que la culpa de su muerte no fue suya, también sabe que nunca podrá perdonarse no haber podido salvarle la vida.

Llegó tarde... Aunque estaba solo a unos pasos, llegó tarde. En la batalla, una corta distancia basta para que la muerte se lleve a tu amigo a un lugar donde nunca lo podrás alcanzar.

Con esa pena reavivada, baja del adarve de la muralla de la acrópolis y, al pasar por el pequeño patio de armas, recuerda la reprimenda que esa mañana le echó a Alvar cuando el muchacho se descuidó durante los ejercicios con la espada y el escudo. Está siendo demasiado duro con su sobrino, sin duda, pero lo es porque no quiere verlo como vio a su padre: entre sus brazos y herido de muerte.

—No, Alvar no acabará así... —se dice para no acrecentar lo que le turba y le duele.

Puede que no se engañe del todo, pues su sobrino es el alumno más diestro que ha tenido, y él, Tello Bermúdez, hará de él un caballero imbatible. Imbatible y enamorado. Al aproximarse al Erecteion camino de la casona donde están las habitaciones que les han sido dispuestas, ve fugazmente a Alvar con Margarita. Los dos jóvenes estaban devorándose a besos y, al oír sus pasos, han salido corriendo para esconderse tras una cariátide.

Tello se hace el distraído y finge no verlos cuando pasa a su lado. Luego, ya en su habitación, se descalza y se tumba en la cama aguardando la hora de la cena. Debe descansar hasta entonces; esa noche, cuando todos duerman, entrarán de forma sigilosa en el Erecteion y tratarán de resolver el acertijo que hallaron en la grieta. Así que cierra los ojos y se queda dormido. Entonces una mano le tapa la boca.

Al abrir los ojos, comprueba que pertenece a un ángel. Uno moreno, de ojos de infinito abismo nocturno y piel de bronce y trigo.

—Eres una hechicera —murmura él besándole la mano con la que le tapa la boca.

—Así es. Usé mi magia para entrar aquí sin hacer ruido y ahora te lanzaré el más poderoso de mis conjuros —le contesta ella recogiéndose las faldas en torno a las caderas con una picardía que no le conocía. Se sube a la cama, lo ciñe con sus torneadas piernas, lo lleva dentro de ella y lo monta.

La magia que Sancha empleó fue muy poderosa. Tanto que Tello ascendió a los cielos, cayó en el delirio, ardió en un fuego húmedo y cayó felizmente vencido.

Agotados, mecidos por esa plenitud que arrulla a los amantes, se quedan muy quietos en la cama. Él, que la conoce desde niña, que nunca la miró como mujer, se sorprende ahora de no haberse dado cuenta antes de que era imposible amar a otra.

—Casémonos —le dice acariciándole el rostro moreno.

—No puede ser... Lo sé y no me importa. Solo soy una sirvienta, y tú, un caballero. Seguiré sirviendo en tu casa y tú me tomarás como amante. No me importa, Tello, de veras que no. Seré lo que soy ahora, y tú, pues no puede ser de otra manera, te casarás con una dama noble que aporte una buena dote a tu casa y te dé hijos de

buena sangre. Yo estaré ahí, donde nadie sepa de mí, pero a tu lado, y así podrás amarme sin avergonzarte.

Tello se queda quieto al oírla. No se engaña, nunca ha sabido hacerlo, y sabe que Sancha tiene razón. No tiene duda alguna de que el mundo, su mundo, el de los dos, no admitirá otra cosa. Es triste, pero, si a Isabel y a al-Ricutí los separa la fe, a ellos los separan el linaje y la sangre: él es un Bermúdez, un caballero, hijo, nieto y bisnieto de caballeros, y ella es una mujer sin más nombre que el de Sancha ni más linaje que el que da la tierra cuando se la labra.

El mundo es como es y ellos no pueden cambiarlo. Y, sin embargo, los inmensos ojos negros de Sancha están llenos de felicidad, de profunda alegría. Su sueño, amar a este hombre, se ha hecho realidad. No le importa lo más mínimo que sea otra la que pase por ser su esposa. Él es ya más suyo de lo que nunca será de otra.

—Te quiero —le dice a Tello—. Te quiero y me basta con eso.

Él la besa y luego la mira de nuevo con tanta intensidad que ella cree que la va a hacer arder.

—Te juro aquí y ahora que tú, Sancha, por mi honor de caballero, serás mi esposa.

La mujer no acierta a decir nada, un nudo le apresa la garganta, y las lágrimas, dulces, brotan como lo hacen las estrellas en las insondables profundidades de los cielos.

—¿Por qué? —logra hacer salir de sus labios, y se siente muy tonta por decirlo.

—Porque soy Tello Bermúdez y no puedo ser otra cosa. Y porque tú, Sancha, sin que necesites nombre ni linaje para ello, eres mi dama; y también porque el mundo está ahí fuera —suelta señalando con la mano—, mientras que nosotros —y ahora lleva la mano al pecho de ella y luego al suyo— estamos aquí, muy adentro el uno

del otro. Así que no voy a sacarte de mi corazón por mucho que un puñado de cretinos nos señale con el dedo. ¡Al infierno con el mundo!

Al decir aquello, lo cual la pilla por sorpresa, le muerde una oreja y le arranca una sonrisa que se torna risa y, a su luz, a la de esa risa femenina, regresa la pasión. Así se prende una nueva llama en la que ella, desnuda como la primera mañana, es milagro de piel dorada y cabellos oscuros, y en la que las manos y los labios de él, ahora tornado también hechicero, invocan los conjuros del placer.

Llega de nuevo la hora de seguir combatiendo contra el ingenio de Aristóteles. Todos deben estar durmiendo en el palacio del duque de Atenas y los guardias ya tienen bastante vigilando puertas y murallas. Así que todo debería ir bien para ellos: cinco sombras en la madrugada abren las puertas de la iglesia dedicada a la Virgen María, que, mil años atrás, aún era el templo santuario del Erecteion.

El templo, debido a lo desnivelado del terreno donde se asienta, no tiene simetría alguna y se despliega en varios niveles, por lo que caminar a oscuras por su interior es arriesgarse a precipitarse por los escalones que comunican unos espacios con otros. Solo la humilde luz de un puñado de velas dispuestas a los pies del icono de la Virgen con el Niño sostiene aún la lucha contra las sombras y les ofrece un leve resguardo contra la oscuridad más profunda.

Tras ellos, en la entrada, han dejado los restos reutilizados de lo que Juan de Aspa les ha dicho que, antaño, fue un altar dedicado a Zeus. Tras él, han sorteado otro consagrado a Poseidón, convertido en mesa sagrada de una capilla cristiana. Por todos los lados, en las paredes, se advierten frescos. Los unos, muy antiguos y desvaídos, conservan con maestría inigualable el recuerdo de las historias del

viejo paganismo; los otros, más recientes, pero más torpemente ejecutados, celebran el triunfo de la nueva fe.

Bajan unos escalones y pasan al segundo cuerpo o recinto que alberga el templo, el occidental, y ante ellos, envuelto en una oscuridad casi absoluta, se abre un pozo del cual, para su asombro, procede un rumor como de olas que rompen contra la costa.

Se acercan con cuidado al pozo, un negro abismo que parece contener un mar lejano, invisible, infinito, casi mágico. Los cinco se quedan allí, rodean el pozo, miran a su ignoto seno, escuchan el mar, como si, en vez de estar en el interior de un edificio situado a dos leguas de la costa más cercana, estuviesen sobre la arena de una playa.

—Es el momento de arriesgarnos —les dice Juan de Aspa, con lo que los saca del ensueño y los devuelve a la realidad: tienen que encontrar la continuación del *Secretum Secretorum* de Aristóteles si quieren seguir camino hacia Negroponte para buscar allí su tesoro. Al momento, Alvar enciende la linterna que porta y, a su luz, miran dentro del pozo.

Ven una oscura caída y, al fondo, lo que parece una lámina de agua; en la roca, bien marcada, bien visible, la señal del impacto brutal de un tridente.

—El tridente de Poseidón golpeó la roca haciendo brotar un mar en Atenas que hasta Caria lleva —entona Juan de Aspa, recordándoles el enigma que hallaron escrito y oculto en las profundidades de la grieta del diluvio.

—¿Será cierto que el dios Poseidón golpeó la roca con su tridente para hacer brotar aquí el mar? —se pregunta Alvar, a quien Juan de Aspa le ha contado el antiguo mito griego y que ahora, al escuchar el batir de unas olas invisibles y ver la marca del tridente, no lo considera ya tan fantasioso.

—Los griegos lo creían así —le responde al-Ricutí—, y los hombres, pertenezcan a la nación que pertenezcan y oren al dios que oren, necesitan de milagros y prodigios. Así que piensa en esto, joven Alvar. ¿Qué ocurre cuando necesitas algo?

Alvar se toma su tiempo en contestar y luego, seguro de tener la respuesta, contesta.

—Que lo buscas.

—¡Eso es! Y el que busca...

—Encuentra.

—Y justamente de tan sencilla manera, buscando, hemos hallado el «mar» y la marca del tridente a los que, sin duda, hace referencia el acertijo de ese cabrón de Aristóteles. —Los llama al orden Juan de Aspa con un carraspeo y agregando algo más—. La pregunta que debe ocuparnos ahora es: ¿dónde estará el resto de lo que debemos encontrar? —Tras el interrogante, repite el enigma—: El tridente de Poseidón golpeó la roca haciendo brotar un mar en Atenas que hasta Caria lleva.

—El tridente golpeó aquí —señala Yehuda— y el mar que hizo brotar de la roca es el pozo que se abre a nuestros pies, pero ¿qué quiere decir «hasta Caria lleva»?

—Caria es una región de Asia Menor. Está situada enfrente de la gran isla de Rodas —aclara al-Ricutí, que ha leído con provecho a los geógrafos árabes y a los antiguos griegos.

—¡Imposible! Caria está al otro lado del mar Egeo. ¿Cómo va a llevar este pozo hasta allí? —se altera Yehuda, cuyos setenta años se rebelan contra la perspectiva de alargar, aún más si cabe, aquel viaje interminable.

—Si fuera así, querido Yehuda, se nos acaba el tiempo: estamos a primeros de agosto y el 14 de septiembre, recordadlo, debemos estar midiendo la altura de la constelación del Delfín a orillas del

canal del Euripo —le contesta al-Ricutí, preocupado y un tanto desanimado.

Esas preguntas y esas consideraciones sumergen en honda reflexión a los sabios e inquietan sobremanera a Tello y Alvar. El primero no deja de pensar en que sería duro encajar el fracaso ahora, tras más de tres meses de viaje y peligros. Si no llegan a tiempo al canal de Euripo, tendrían que esperar todo un año en Oriente para aguardar a que volviera a ser 14 de septiembre, y eso, en verdad, le parece inviable. El segundo, por su parte, no puede quitarse de la cabeza a Margarita, la joven dama de la que está enamorado y con la que hace tan solo dos noches perdió su varonil virginidad. ¿Irse ahora a Caria? No sabe mucho del gran mundo, pero, por lo visto, se trata de un país lejano que se aparta de Negroponte y, aunque sabe que allí, en aquella isla y de forma definitiva, se separarán de la comitiva de la emperatriz y que entonces llegará el momento de la amarga despedida, eso será mejor que perderla de inmediato, mañana mismo, para abandonar Atenas en busca de esa Caria lejana e ignota de la que los sabios hablan.

—Inclínate y mete la linterna en el pozo, joven Alvar —le pide Juan de Aspa, y lo saca de sus cuitas amorosas.

Alvar obedece presto: a la luz más directa que ahora proyecta la linterna, las aguas del fondo, tan inmóviles, parecen un embrujo aún más aterrador, si cabe, pues su quietud hace incomprensible el continuo batir de las olas que oyen, pero que no ven[5] .

Largo rato se quedan así, mirando las aguas saladas y serenas de las que brota el apagado rumor de un fuerte oleaje y, envuelto en ese sonido hipnótico, Alvar medita sobre los misterios del amor. ¿Cómo puede doler tanto querer a alguien? Le duele..., le duele pensar en la despedida... ¿Por qué tiene que separarse de ella? No

tiene respuesta y, por eso, su mente busca la manera de que Margarita y él permanezcan juntos. La ama, y ella le ha dicho que no puede vivir sin él, y él es un caballero..., bueno, aún no lo es, pero pronto lo será, y un caballero no debe condenar a su dama a una muerte en vida.

—No se me ocurre nada... —balbucea al-Ricutí, ajeno a las cuitas de Alvar y sacando a este de su doloroso laberinto—. No hay nada que nos permita deducir qué quiso decir Aristóteles —concluye desesperado.

—¿De verdad? —pregunta, travieso, Juan de Aspa, a cuyo rostro acaba de acudir una idea—. El tridente de Poseidón golpeó la roca haciendo brotar un mar en Atenas que hasta Caria lleva —repite, una vez más, el condenado acertijo—. En efecto, hay en todo esto «algo» que nos va a conducir a lo que ese viejo chivo malvado de Aristóteles quiso escondernos. ¿Sabéis qué? Una palabra.

—¿Una palabra?

—Sí, mi querido maestro al-Ricutí, una palabra: *Caria*.

—Eso ya lo hemos sopesado: Caria está demasiado lejos para que podamos tomarla en consideración —interviene Yehuda.

—En modo alguno, maestre. Os lo explicaré. La Caria a la que hace referencia el enigma no es la de Asia, sino la pequeña ciudad de Esparta que uno podía hallar cerca de las fronteras de Laconia con Arcadia[6] . ¿Y sabéis por qué es esa Caria y no la asiática a la que Aristóteles se refiere?

Al-Ricutí y Yehuda niegan con la cabeza, y Tello y Alvar, presintiendo que se les va a revelar al fin el lugar donde está escondido lo que buscan, se tensan, a la par que, de manera involuntaria, estiran el cuello como si así se acercaran más a la respuesta.

—¿Dónde estamos?

Una nueva pregunta de Juan de Aspa. Eso no es lo que esperaban, sino una respuesta. Pero ahí tienen al alegre y viejo monje, al experto copista y traductor de Aristóteles, con su mejor sonrisa de malicioso erudito.

—En el antiguo templo del Ereteion —contesta al-Ricutí.

—¿Y cómo es conocido también?

—Como el de las cariátides —responde ahora Yehuda, no muy seguro, por cierto.

—¡En efecto! Así lo llaman también por las seis cariátides o muchachas columna que adornan su pórtico meridional. ¿Por qué las llamaban así: cariátides, esto es, «las de Caria»? Porque creían que representaban a las más bellas mujeres de Grecia, que se criaban en la ciudad de Caria, la de Esparta, y no en la Caria asiática.

—¿Debemos viajar a Esparta? —pregunta Tello alarmado, por la perspectiva de un viaje al corazón de Morea que casi sería más corto que uno a la Caria de Asia Menor.

—No, buen caballero. Debemos viajar solo dieciséis pasos hacia el sur para alcanzar allí un pórtico y subirle las faldas a alguna de las seis cariátides que lo soportan —responde con un divertido guiño—, pues la marca del tridente de Poseidón que veis en esa roca del pozo señala al sur, al pórtico de las cariátides. Dicho de otro modo, de forma figurada, claro, «el mar de Atenas», el que veis ahí abajo encerrado en el pozo, nos lleva, en efecto, a Caria. Ya que era en Caria de Esparta donde, en origen, se podía encontrar a las cariátides, esto es, a las bellas muchachas que danzaban allí en el santuario de Artemisa, y que, ahora y para siempre, se hallan aquí mismo.

Lo dice así, con su mejor cara de pícaro sabio y una sonrisa que parece mecida por las olas que escuchan y, de repente, ya no les

parecen ominosas, sino alegres, como si en lugar de estar asomados a un pozo sombrío se hallaran en una playa bajo el sol.

Apagando la linterna para evitar ser vistos, atraviesan el templo hasta quedar frente a las seis cariátides. Las mujeres pilar los miran a la luz de las estrellas y la menguante luna. Observan, al acercarse a ellas, que no son iguales, sino que cada una está dotada de expresión, mirada y peinados diferentes, y hasta de posturas ligeramente variadas. Sus rostros, serenos, bellos, mantienen los jugosos labios cerrados, como en un silencio recogido y eterno, y sus ojos, aunque solemnes, miran todos al frente, al Partenón, en una suerte de dulce devoción a la par que de firme convicción.

—Sus ropas son idénticas, pero no así sus peinados —apunta Alvar, fascinado por la perfección de las esculturas.

—Van vestidas con el peplo jónico y los peinados son rituales, ¿veis las trenzas? Algunas parten en dos los abundantes cabellos para hacerlos caer a los lados del cuello, y otras se subdividen en múltiples ondas y se precipitan sobre los hombros, la espalda y el pecho —señala Juan de Aspa, tan fascinado como ellos por la belleza puesta por la mano del hombre en la piedra.

—¿Maestro? —pregunta Tello rompiendo el embeleso del sabio.

—¿Qué pasa, Tello?

—Este lugar y estas esculturas están a la vista de todo el mundo. ¿Cómo iba Aristóteles a esconder aquí un libro? Más aún, ¿cómo iba a permanecer oculto aquí durante más de mil quinientos años?

Juan de Aspa se vuelve hacia él con gesto desconcertado, como si de repente se le hubiera caído encima el cielo.

—Lleváis razón... —se le escapa al viejo monje, y su rostro, siempre lleno de feliz travesura, tiene ahora una expresión que oscila entre el desconcierto, la frustración y el enfado—. ¡Ya decía yo que ese cabrón malnacido de Aristóteles no nos lo iba a poner tan fácil!

—Calmaos, maestro Juan —lo aquieta al-Ricutí sin poder reprimir una tímida sonrisa ante el enojo del sabio.

—¿Que me calme?

—Bueno, lo que ha dicho Tello tiene mucha lógica. Es difícil creer que Aristóteles escondiera aquí la segunda parte del *Secretum Secretorum*. Así que lo que debemos buscar es una pista, un mensaje dejado por el Estagirita y que, sin duda y al fin, nos llevará hasta el escondite del libro.

Al-Ricutí suena muy convincente, así que se ponen a ello. Los sabios, y con ellos Tello y Alvar, se dispersan entre las cariátides, examinándolas de cerca, buscando en ellas una señal, una marca, una palabra grabada discretamente en algún lugar oculto..., lo que sea que pueda darles una pista. El tiempo pasa y no hallan nada.

—Este es el tercer pórtico del templo —musita, reflexivo, Yehuda mientras palpa los pliegues del peplo que cubre a una de las estatuas en busca de una huidiza señal.

—Y hemos deducido que la marca que dejó el tridente en el mar contenido en el pozo, al señalar en su dirección, indicaba que esta era la figurada Caria, la de las cariátides, que menciona el acertijo —agrega al-Ricutí mientras, poniéndose de puntillas, trata de ver mejor los pliegues de mármol que se forman bajo los pétreos senos de una de las cariátides[7] por si acaso es allí, en ese punto menos visible, donde Aristóteles dejó su marca.

—Dos veces tres: tercer pórtico, tres puntas marcadas en la roca por el tridente. ¿Será en la tercera cariátide donde debamos buscar? —sugiere Juan de Aspa, todavía enfurruñado por las maldades de Aristóteles y apresurándose a examinar la escultura que hace tres contando desde la izquierda, y, al no hallar nada en ella, a continuación, se apresura a escudriñar a su vecina: la que hace tres

contando desde la derecha. Pero fracasa con las dos, no hay marca o señal alguna en ellas.

Sin embargo, advierte algo: todas las cariátides miran al frente, al sur. Allí está el Partenón y más allá de él... ¿qué? No lo sabe o, siendo honesto, no lo recuerda. Pero algo ronda la cabeza de Juan de Aspa, algo que sabe y trata de recordar.

—¿Qué se supone que hacen aquí las cariátides?

La pregunta de al-Ricutí es un fogonazo que, durante un instante, atrae luz a la memoria del viejo monje, pero solo un instante, y tan breve que no logra retenerlo.

—¿Además de soportar sobre sus cabezas el entablamento del tercer pórtico del Erecteion? Bueno, se supone que están rindiendo su devoción a Atenea... Por eso miran al Partenón —dice no muy seguro—, pero, ante todo, están aquí porque custodian, por así decir, la tumba del primer rey de Atenas: Técrope, quien, según cuentan, llegó de Egipto para convertirse en el primer rey de Atenas, para luego fundar las doce ciudades del Ática, dirimir la disputa que entre sí sostenían Poseidón y Atenea por la posesión de Atenas, y enseñar a sus súbditos el arte de la lectura y la escritura —termina de ilustrarlos.

—Bueno, eso casa bastante bien con lo que buscamos —suelta Yehuda.

—¿A qué os referís? —interroga al-Ricutí deteniendo su examen de las esculturas.

—A que buscamos la segunda parte o continuación de un libro, y aquí, bajo las cariátides y por lo que acabo de oír, está la tumba de quien enseñó a los griegos a escribir y, por lo tanto, a hacer libros.

Todo eso parece alentador, o eso quieren creer. Dejan de lado el examen de las estatuas, que nada les ha revelado, y se agrupan en el centro del pórtico para seguir reflexionando juntos.

—No me cuadra que las cariátides miren al Partenón para rendir devoción a Atenea —opina al-Ricutí acariciándose la perfilada barba negra.

—¿Por qué no?

—Pues veréis, maestro Juan de Aspa: porque, según habéis dicho vos mismo, las cariátides eran muchachas ligadas al culto de Artemisa y no de Atenea.

Al oír aquello, Juan de Aspa abre mucho los ojos y, de nuevo, siente que algo se le remueve en el fondo de la memoria. Algo importante, algo que se le escapa por los pelos, pero que, sin duda, debe recordar para hallar la solución a este endiablado y aristotélico enigma.

Su memoria rebusca y rebusca, pero no halla.

—Maestro Juan, ¿no podéis decirnos más sobre las cariátides o sobre ese rey cuya tumba custodian? —lo anima Yehuda, quien, conociéndolo desde hace tantos años, se ha percatado de que su amigo está buscando algo en su mente. Algo que quizá halle si se le hacen las preguntas adecuadas.

La demanda de Yehuda no obtiene inmediata respuesta, de modo que parece perdida entre las sombras que allí, flanqueados por las altas cariátides, parecen más espesas que en el resto de la acrópolis.

—Bueno..., ahora que con vuestras preguntas se me ha refrescado la memoria, a la lengua se me viene una frase que al respecto del origen de las cariátides anota Pausanias en su libro III de la *Descripción de Grecia*. Dice así: «El tercer desvío desde el camino recto dobla a la derecha y lleva a Carias y al santuario de Artemisa. Carias es el lugar consagrado a Artemisa y a las ninfas, y allí, al aire libre, se levanta una imagen de la diosa ante la que las cariátides danzan».

—¿El tercer desvío? —se pregunta en voz alta al-Ricutí—. ¿Acaso no hemos seguido nosotros mismos un camino con tres desvíos? ¿Acaso no estamos ahora en el tercero de ellos?

—No os entiendo, maestro al-Ricutí —balbucea un desconcertado Juan de Aspa.

—Pensadlo así: el primero de nuestros desvíos, por así decir, lo tomamos anoche, cuando hallamos la grieta del diluvio en el interior de las ruinas del templo del Zeus Olímpico. En correspondencia, el segundo de esos desvíos nos llevó hasta el interior del Erecteion para escrutar el pozo de Poseidón, que, a su vez, nos ha llevado a este lugar, el tercero de los desvíos: la tumba del rey Técrope guardada por las cariátides. Ahora, tras haber seguido el camino recto, debemos «doblar a la derecha». El que lleva al santuario de Artemisa ante el que danzan las cariátides.

—Es demasiado forzado... —concluye Yehuda—, os estáis dejando llevar por las...

—¿Casualidades? —lo interrumpe al-Ricutí—. Bien, decidme entonces hacia dónde miran las cariátides que nos rodean.

—Hacia el Partenón —concede Yehuda, quien no ve qué se logra con eso. Es evidente, y ya lo señaló el maestro Juan de Aspa.

—En efecto. Pero vayamos más allá de lo inmediato, de lo evidente. ¿Qué se ve tras el Partenón, es decir, en la misma dirección que señalaba el tridente de Poseidón y que ahora también señalan los ojos de las cariátides?

Yehuda, Juan de Aspa, Tello y Alvar sondean la oscuridad y, cómo no, tras el Partenón —pues la mole de mármol del gran templo no las oculta por completo—, y siguiendo las miradas de las cariátides, se advierten las ruinas de un santuario situado al sur de la acrópolis, cerca de la entrada de los Propileos.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclama Juan de Aspa dándose una palmada en la frente, apresando al fin lo que desde hacía rato le rondaba la cabeza y que ahora, gracias a la mayéutica desplegada por al-Ricutí, aferra con los fuertes dedos de la mente—. ¡El santuario de Artemisa Brauronia!

—¿Artemisa qué? —se sorprende Yehuda.

—Artemisa de Braurón. Era la Artemisa que se adoraba en Atenas, pero su templo principal no estaba aquí, sino en Braurón. ¿Y sabéis qué? ¡La ciudad de Braurón y su templo de Artemisa fueron fundados por Técrope, el rey de Atenas que enseñó la escritura a los griegos y cuya tumba custodian las cariátides!

—¡Vamos a las ruinas del pequeño santuario! —les propone al-Ricutí.

Mientras caminan, Juan de Aspa trata de ordenar en su cabeza todas las piezas del acertijo. Descarta la solución más obvia: que el libro que buscan esté oculto en las ruinas del pequeño santuario de Artemisa del Braurón hacia el que van. Aunque, en efecto, está al sur, siguiendo la dirección marcada por la mirada de las cariátides y el tridente de Poseidón, tiene el mismo problema irresoluble que les planteaba el pórtico de las cariátides: está a la vista de todo el mundo, y Aristóteles, un hombre tan famoso y conocido en Atenas, habría atraído la atención de todos si se hubiera presentado allí, en la acrópolis, y se hubiera puesto a esconder aquello en alguno de sus concurridos santuarios.

Juan de Aspa se lo va explicando a los demás conforme llegan a las ruinas que se alzan no muy lejos de los Propileos. Sin dejar de meditar sobre el enigma que les plantea Aristóteles y en lo que Pausanias dice sobre cómo llegar al santuario primordial que dio origen a las cariátides, cuando llega, busca con ojo experto donde

estuvo situada la cella del templo, el lugar más santo, allí donde se alzó antaño la estatua de la diosa Artemisa.

Durante un momento que parece interminable, el viejo sabio se queda allí: mirando en dirección a las cariátides, a las danzantes muchachas que rendían culto a la diosa con sus bailes y que allí, en la acrópolis, son guardianas eternas de la tumba del rey Técrope.

—¡Lo tengo, lo tengo!

Debe de ser cierto porque, pese a sus sesenta y tres años, da brincos dignos de una cabra montés.

—¿Lo tenéis? —pregunta un Yehuda esperanzado.

—Poneos aquí a mi lado, maestro y amigo —indica al hebreo, que obedece de inmediato.

Bajo la luna decreciente, los dos viejos sabios ofrecen una curiosa estampa.

—Venid vos también, maestre al-Ricutí, que el triunfo nos pertenece a los tres —el andalusí acude a la llamada justo antes de que Juan de Aspa, feliz, exultante, estalle en un torrente de palabras —: ¡Tal y como dijo el maestre al-Ricutí, todo encaja! Tres desvíos, tres divinidades, tres templos. El Zeus Olímpico nos llevó a la grieta del diluvio y, desde ella, fuimos a Poseidón, cuyo tridente nos señaló las cariátides consagradas a Artemisa, esas custodias de la tumba de Técrope, fundador de Braurón y del templo de Artemisa que allí se levanta a orillas del mar. Era ese, en tiempos de Aristóteles, un lugar solitario, situado a ocho leguas de Atenas. Un sitio donde Aristóteles hubiera tenido muy fácil acudir sin llamar la atención, un sitio ideal para esconder algo tan pequeño como un libro. Y ahora os revelaré lo mejor. ¿Sabéis qué ocurría una vez al año en ese templo de Artemisa de Braurón? ¡Pues que las muchachas atenienses, al igual que las originales cariátides de Caria de Laconia, acudían a danzar en honor de la diosa! ¿Sabéis en cuál noche ocurría tal cosa? ¡El 14

de septiembre! ¡La misma fecha en que ese cabrón malnacido quiso que buscásemos su condenado tesoro! —estalla, y al-Ricutí y Yehuda, bajo la tenue luz de una luna menguante, abren mucho los ojos y sonríen como niños ante la maravilla más grande.

—Y ahora lo último. ¿Sabéis qué tenéis a la derecha? Imaginad: estamos aquí, en la cella del santuario que en la acrópolis se elevaba en honor de Artemisa Brauronia, mirando a donde se hallaba su estatua y, más allá de ella y de los ahora caídos muros, estaríamos también enfrentando las miradas de las cariátides y la señal del tridente de Poseidón. Pues bien, repito, ¿sabéis qué queda a nuestra derecha? ¡A ocho leguas a nuestra derecha está el templo de Artemisa de Braurón! ¡Así que todo encaja, por Dios y sus ángeles que todo encaja!

Al menos eso dice Juan de Aspa, y nadie sabe más sobre Aristóteles y su mundo que este pequeño y vivaz sabio. Pero aun así...

—No perdemos nada por ir allí —concluye Tello—. Si ese lugar está en la costa, a ocho leguas de aquí, pasaremos por allí cuando pongamos rumbo a Negroponte.

Eso les da a todos cierta tranquilidad. Se miran satisfechos, dándose aliento, apoyándose, como queriendo convencerse de que, en efecto, el complicado razonamiento que han seguido para solventar los acertijos de Aristóteles es algo más que ilusión.

En cualquier caso, acierten o yerren, para comprobarlo, partirán en breve hacia Braurón y las ruinas de su templo de Artemisa.

—Estamos un paso más cerca del tesoro —se atreve a decir Alvar. Los jóvenes son optimistas.

Entonces se encienden antorchas. Muchas. Rodeándolos. A su luz ven a los hombres de guerra del joven señor Juan de La Roche, quien les sonríe con satisfecho gesto triunfal, mientras sus

ballesteros les apuntan con ballestas cargadas de fría amenaza y, a su lado, para mayor asombro si cabe, revestida con toda su gloria, está la emperatriz María de Brienne.

Un paso por detrás de ella, rota en lágrimas, una muchacha: Margarita, la joven dama de Alvar.

—Siento que esto acabe así, mis señores —les dice la emperatriz —. Pero ese tesoro del que hablabais pertenece a Constantinopla y al ducado de Atenas —les explica, y su voz ya no es la de una gentil y bondadosa dama, sino la de una mujer nacida para gobernar un imperio.

Tello se queda helado. Mira a los ojos azules de la emperatriz y en ellos ve una insondable tristeza, pero, junto a ella, hay una voluntad de hierro, la de alguien que está dispuesto a aplastar lo que siente, aquello en lo que cree, con tal de imponer lo que considera su deber.

Tras María de Brienne, entre sombras y luz cambiante de antorchas, está Margarita llorando sin freno.

—Se lo tuve que decir, Alvar, se lo tuve que contar —dice entre sollozos la joven—; perdóname, perdóname, amado.

Alvar no puede hablar. Sentir a los quince años el beso de la traición es demasiado para un corazón tan joven y limpio como el suyo.

—Os hemos protegido, mi señora emperatriz... —protesta Tello, desconcertado, decepcionado, roto por aquel golpe inesperado que le propina alguien a quien admira y por quien se ha jugado la vida una y otra vez—. No puede ser, no es justo... Mi rey, vuestro primo, ha pagado el rescate de vuestro hijo... No podéis traicionarnos de manera tan artera —insiste, con la voz y el ánimo rotos, sin poder ocultar el dolor que también le inflige saber que esta mujer, la madre del niño que rescató en Venecia jugándose la vida, esté ahora ahí, al

frente de un grupo de hombres armados que los amenazan con matarlos.

—Tu rey, Tello, cobró ya por su plata —le espeta, implacable, María de Brienne, sumando a su tristeza unas gotas de rabia—. En Sevilla tuve que entregarme a él, pues una emperatriz siempre paga por lo que recibe, y yo soy la soberana de un imperio arruinado, una mujer a la que el poderoso monarca de Castilla no quiso eximir de tan onerosa deuda. Pero arruinado o no, me debo a él, a mi imperio, y ese tesoro que buscáis en secreto está en Negroponte, y esa isla es parte de Constantinopla.

—Y de Atenas —se apresura a recordar el señor Juan de La Roche.

—Así es —concede la emperatriz—; por tanto, el tesoro es nuestro, y no os dejaremos libres hasta que nos reveléis dónde se halla. ¡Prendedlos y arrojadlos a las mazmorras!

Y a las mazmorras los arrojan.

19

Alvar contó a Margarita el verdadero motivo de su viaje a Oriente porque quería convencerla de que se quedara con él. Pronto, le dijo, hallarían un gran tesoro, y el rey Alfonso los premiaría por ello y él sería armado caballero y recibiría tierras y honores. Se casarían y serían felices, todas esas cosas que un muchacho de quince años suele decir a la chica de la que está enamorado. Una chica que adora a su señora, a María de Brienne, emperatriz de Constantinopla. Una mujer, una madre para ella, que vive torturada por la precaria situación de su imperio y por la necesidad continua y perentoria de dinero. Un dinero que, por lo que le confesó Alvar a Margarita, se hallaba, en cantidades inimaginables, en algún lugar de la isla de Negroponte.

Se trataba de una niña desgarrada entre dos lealtades: la que debe a su adorada emperatriz, y la que quiere ofrecer al muchacho del que está perdidamente enamorada.

Por eso, ahora Alvar está sentado en la oscuridad de una celda excavada en las entrañas de la acrópolis. Llora con amargura por la traición de la primera mujer a la que ama.

A su lado, sin decir nada, lleno de desazón y de un poco de fría ira, está su tío, Tello. Sus pensamientos van de María de Brienne a Sancha e Isabel. ¿Cómo es posible que la emperatriz les esté haciendo esto? Y sobre todo, ¿qué va a ser de Sancha y de Isabel?

—Debemos salir de aquí.

Las palabras las ha dicho al-Ricutí, y nadie contesta. Lo obvio cuando se torna imposible no requiere comentario alguno. Una maciza puerta de hierro les cierra el paso, y al otro lado montan guardia dos carceleros armados. No hay, pues, forma alguna de escapar. Todo ha terminado y solo quedan dos caminos: negarse a hablar y pudrirse allí, en una noche perpetua colmada de ratas, o contar todo lo que saben y propiciar así que el tesoro termine en manos de la emperatriz y del joven señor de Atenas.

Arriba, donde la luz reina, Isabel y Sancha permanecen recluidas. Juan de La Roche se ha cuidado de mantener bajo vigilancia severa a la dama Isabel y un soldado monta guardia de forma permanente en la puerta de la estancia que le ha sido destinada. ¿Quién se toma la molestia de poner bajo custodia a una simple sirvienta?

Ahora, mientras el soldado vigila ante la puerta de roble, dentro se oyen arcadas, palabras de angustia, llantos de mujer y los ruidos que se pueden esperar de alguien que vomita y que se siente muy mal. Todo eso es lo que escucha el lancero al que se le ha ordenado impedir que la dama Isabel salga de su habitación sin que lo autorice el señor Juan de La Roche.

Vigilar a una noble dama siempre es motivo de desazón para un simple soldado, pues ser descortés con ella puede atraerle una severa reprimenda por parte de su señor y, a la par, si se muestra en exceso indulgente, también puede motivar que se desencadene su enojo. Así que el guardia no las tiene todas consigo oyendo los lamentos, los llantos, las arcadas y los gemidos de la señora. ¿Debería dar aviso de que se encuentra enferma? El primero de sus impulsos lo lleva a ello, pero luego se queda quieto. No olvida que le han dejado claro que se le castigaría si abandona su puesto, aunque sea solo por un momento.

Entonces llaman con premura desde adentro y se apresura a abrir el ventanuco que tiene la puerta, para encontrarse mirando cara a cara a la asustada sirvienta de la dama.

—¡Mi señora necesita algunas hierbas que le asienten el estómago y le calmen los dolores! ¡Ve enseguida a pedirlas, te lo ruego! Está muy enferma y, si algo le ocurriera...

El soldado se halla ante la disyuntiva que temía. ¿Se niega y en ese caso asume la responsabilidad de que la dama enferme más o, incluso, de que muera, o abandona su puesto para pedir ayuda?

—Entiendo que vaciles, buen hombre. Tu deber es quedarte aquí, y el mío, asistir a mi señora. Dime dónde puedo hallar al boticario en este castillo e iré corriendo a por las hierbas. —Lo dice de forma tan directa, tan segura, tal como lo habría dicho cualquier otro día y en cualquier otra circunstancia que el hombretón, nervioso, aliviado de que ella le ofrezca la solución a su dilema, no vacila ni un instante más y le franquea el paso.

Se trata solo de una sirvienta. Al fin y al cabo, la que importa es la otra: la señora. La moza no irá a ninguna parte sin ella, sino que, sin duda, correrá como una cervatilla hasta donde está el boticario, cogerá las hierbas y regresará a toda prisa para dispensárselas a su ama.

Esta última las necesita. Ahora que la sirvienta se ha ido, el guardia se atreve a mirar por el ventanuco la intimidad de la estancia que ocupa la señora, y lo que ve lo asusta: la mujer, pálida como un fantasma, exánime, está tendida sobre la cama, agotada, respirando trabajosamente.

Sancha ha logrado salir. Vestida con sus ropas sencillas, morena, callada, discreta. Una perfecta sirvienta, pues no ha sido otra cosa durante toda su vida. Pero ahora no. Ahora ha cambiado. Ahora no

solo ama, sino que se sabe amada, y su hombre está encerrado en una mazmorra, y ella, por Dios que así lo hará, lo va a sacar de allí.

Diez minutos más tarde está frente al boticario. Un hombre viejo, arrugado como una pasa, de ojillos inquietos y calvo como una manzana.

—Dame mandrágora, maestre boticario —dice Sancha con tono firme.

—¿Mandrágora, niña? Eso es peligroso.

—Mi señora, la dama Isabel, amiga de la emperatriz, la necesita para sus dolores. En Castilla se la daban los médicos y la emperatriz le ha dicho que tú se la darías. ¿Quieres que le diga a la emperatriz que te la pida ella?

El boticario duda un momento y mira con intensidad a los ojos de la muchacha que tiene enfrente, una chica guapa y morena que no aparta la mirada y que sirve a la dama castellana que llegó con la comitiva de la emperatriz.

—Te la daré, por supuesto. Pero escucha bien: solo una pizca en agua caliente o en vino, como prefieras. Si te pasas con la dosis, la dejarás dormida todo el día y, si abusas, puedes matar a tu señora. Así que, recuerda, solo una pizca. —Tras la advertencia, se gira y busca un tarro del que extrae un poco de mandrágora molida, la cual, tras meter en una bolsita, entrega a Sancha.

Ahora a las cocinas. Sancha entra en ellas con la misma seguridad de la de quien ha recibido órdenes que no se pueden discutir, y exige una jarra de buen vino que recibe de inmediato junto con una copa. Luego, decidida, sin mirar ni a un lado ni a otro, pues nadie detiene a una persona que sabe a dónde va, regresa a la estancia donde yace su ama.

Al verla venir, el soldado que monta guardia le franquea el paso.

—Tu señora se ha quedado dormida —le dice para tranquilizarla—, creo que está algo mejor.

—Eres un buen hombre —le contesta ella, agradecida—. Mira, la dejaré descansar. El vino que le traigo puede esperar.

—¿Vino?

—Sí, el boticario me ha dicho que es mejor para disolver en él las hierbas que me ha dado para mi señora. ¿Quieres probarlo? Aquí hay más que de sobra y, según me han dicho, es el mejor que tienen. De hecho, es el que beben el duque y sus hijos.

Sin esperar respuesta, le llena un generoso vaso que el lancero bebe con delectación mientras ella le sonríe.

—Eres muy guapa.

—¿Te gusto? —se insinúa ella.

—Eres bellísima —le contesta relamiéndose como un enorme gato ante su presa.

—¿Y si aprovechamos que mi señora duerme?

El lancero siente una punzada de deseo que le recorre desde la entrepierna hasta la nuca y sonríe bobaliconamente. El vino se le está subiendo un poco a la cabeza, y es raro que así sea, pues solo ha bebido una copa. Pero el vino de los señores es fuerte y dulce, y él está acostumbrado a caldos bastos. Además, ¿qué importa un poco de mareo? La moza sigue sonriéndole tentadoramente y él no puede quitar los ojos de ella.

—¡Eres una niña muy traviesa!

—Mucho —le dice ella entreabriendo los labios y rozándose con él.

—¡Súbete las faldas! —exige él, cada vez más excitado y también más mareado.

Ella obedece y, con lentitud, en exceso despacio, se va subiendo las faldas hasta las caderas ante aquel lancero que no puede apartar

los ojos de sus torneadas y morenas piernas y que, dando un traspiés, se tambalea de forma peligrosa.

—Voy a gozarte bien, niña mala... —dice con voz ya pastosa, tratando de darle la vuelta a Sancha para tomarla por las caderas.

Será en sueños, ya que el lancero, tambaleándose ya de manera alarmante, se lleva la mano a la cabeza y quizá, solo quizá, empieza a sospechar que aquella «niña mala» es eso, una niña muy mala que lo ha narcotizado.

Entonces se cae al suelo como un leño: de golpe y dándose un tremendo porrazo en la cabeza. El vino aliñado con una buena cantidad de mandrágora hace un efecto rápido y rotundo.

Sancha, medio para asegurarse de que está dormido, medio por rabia y desprecio, le propina una patada y luego, presta, le quita las llaves y abre la puerta.

—Todo listo, señora —informa a Isabel, quien, sabiendo lo que iba a pasar, ya aguardaba junto a la puerta.

—Este estúpido se lo creyó todo —dice Isabel, traviesamente divertida, mientras que a su vez da un puntapié al inmóvil lancero que yace en el suelo.

Están libres. Dos mujeres que andan presurosas y que no llaman la atención, porque en el castillo de la acrópolis hay muchas: sirvientas, nobles, las esposas de los soldados..., mujeres que van y vienen, como estas dos que, tranquilas, sonrientes, inocentes, seguras de lo que hacen y a donde van, atraviesan el patio de armas.

Al llegar delante de las caballerizas, Isabel se separa de Sancha y se dirige a ellas, mientras que la muchacha morena aprieta el paso, enfila al palacio y, una vez dentro, fingiendo formar parte del servicio, baja hasta las entrañas del gran edificio.

Ojos rojos. Pequeños, malignos. La rata le sube por las piernas y él, impasible, aguarda y, cuando la tiene en el pecho, cuando la bestezuela se detiene para asegurarse de que está dormido, la agarra de un manotazo y le rompe el espinazo al reventarla contra la pared.

Trucos de cautivo. Mañas que aprendió en otras mazmorras —aunque todas son iguales— en las que pasó tres meses: las del rey moro de Granada.

Hace tantos años de aquello y era tan joven entonces... Ahora tiene treinta y cuatro años. ¿O son ya treinta y cinco? Qué más da... Lo que importa no son los años, sino lo que haces con ellos, y en este momento, Tello quiere dedicar toda su energía, toda la experiencia acumulada en treinta y cinco años, a una sola cosa: salir de ese lugar infecto.

No puede saber si es de noche o de día. La oscuridad reina de forma absoluta y solo se quiebra de tarde en tarde, cuando les abren la puerta y un soldado entra a dejarles pan mohoso y una jarra con agua.

Sin embargo, en el silencio negro que lo envuelve, oye hablar a los guardias. No entiende lo que dicen, los muros son gruesos, pero se pone alerta y, con un siseo, avisa a los demás.

Callan y aguardan. En efecto, al otro lado, en la sala de guardia, se habla, incluso se ríe con estruendoso regocijo.

¡Por todos los santos! Se oye el chirriar de un oxidado cerrojo al ser descorrido, el chasquido metálico de llaves abriendo una cerradura y, tras todo eso, la puerta se abre. Entonces una luz cegadora penetra en la celda y los obliga a cerrar los ojos. Y sin tenerlas todas consigo, cuando Tello logra ver de nuevo, tiene ante sí a Sancha sonriendo como una niña y con las pesadas llaves de los grilletes en las manos.

—¿Cómo lo has hecho? —Tello no consigue decir más.

—Es mejor que no lo sepas —le dice ella, y se pone a liberarlo de los hierros que lo apresan y pasa luego a hacer lo mismo con el resto de sus compañeros.

—¿Y ahora? —pregunta Tello a Sancha mientras se incorpora y se frota las doloridas muñecas y las entumecidas piernas.

—Se me ocurre que sería buena idea que tú y Alvar os vistieseis con las ropas de esos dos de ahí fuera —dice señalando a los dos soldados que hay tirados en el suelo de la sala de guardia.

—¿Los has matado?

—La culpa es del maestro al-Ricutí —responde ella con una deslumbrante y descarada sonrisa—. Fue él quien me enseñó cómo preparar una pócima de mandrágora, y no, no están muertos, o eso espero.

Tampoco se van a detener a averiguarlo. Tello y Alvar los desnudan, se ponen sus ropas y toman sus armas, adoptando el papel de guardias, mientras que los tres sabios siguen haciendo de lo mismo que hacían antes, cuando estaban en el interior de la mazmorra: de cautivos.

Así salen: sin llamar la atención. Solo se trata de unos guardias que llevan a unos prisioneros hacia las caballerizas.

Isabel entra en ellas. Es una mujer delgada, frágil, pero muy hermosa. Ese tipo de mujeres suele parecerles muy atractivas a la mayoría de los hombres, y el soldado encargado de atender a los caballos no es una excepción. Isabel se le acerca sonriente, sugerente como una ninfa de los días antiguos. El caballerizo terminó inconsciente y con un buen dolor de cabeza, e Isabel, excelente amazona desde niña, con siete magníficos y ensillados

caballos, los mejores que ha podido encontrar en los bien surtidos establos del duque de Atenas.

Desde la entrada de esos mismos establos, ahora los ve. Ahí van Tello y Alvar vestidos con las armas del duque de Atenas, conduciendo a tres cautivos y, tras ellos, un poco apartada, una discreta sirvienta. Nada que pueda llamar la atención en el castillo de la acrópolis.

Se miran, los dos hermanos se miran y sonríen. Ya no son niños, es cierto, pero saben que nunca se soltarán de la mano.

Diez minutos más tarde, siete jinetes están ante las puertas de la acrópolis.

—¡Abrid! —exige Tello, y lo hace con ese tono y esas maneras de quien está acostumbrado a mandar.

No obstante, los seis guardias apostados en los grandes portones se le quedan mirando desconfiados.

—¿Y tú quién eres y a dónde vas con estos? —suelta el que parece jefe de la guardia de la puerta, señalando a los cautivos tan soberbiamente montados—. No te he visto antes y nadie me ha dicho que fueran a llevarse unos prisioneros de alto rango.

—Tengo una orden del señor Juan de La Roche.

—Muéstramela.

—Aquí la tienes. —Y rebusca bajo el gambesón.

Cuando el jefe de la guardia de la puerta se le acerca, le endosa una brutal patada en la cara y, antes de que caiga al suelo, Tello tiene ya la espada en la mano. Picando espuelas, echa el caballo hacia delante, arrollando a otro de los guardias y descargando un formidable tajo de espada en el rostro de un tercero.

Todo ha sido un relámpago, uno de acero y sangre. Alvar, que tiene buen maestro, añade el rayo al relámpago para completar la tempestad: azota su montura con las riendas, embiste a su vez a un

cuarto guardia y, con la espada, detiene el lanzazo del quinto y, de revés, lo derriba asestándole en la nuca un terrible golpe. Brota alta y roja la sangre arterial y la cabeza del lancero queda colgando de manera grotesca, pues casi ha sido cercenada. Ante tan macabra estampa, el sexto de los guardias echa a correr en busca de refugio.

Entonces, como resortes activados por un mismo mecanismo, Tello y Alvar saltan de sus caballos y se precipitan hasta la enorme tranca que bloquea las puertas, la alzan, descorren el rotundo cerrojo que las asegura, y las empujan hacia fuera hasta abrirlas de par en par para que pasen por ellas, a galope tendido, Isabel, Sancha y los tres sabios.

—¡Es nuestro turno! —grita Tello montando de un salto sobre el lomo de su caballo.

Justo a tiempo. Ya vuelan virotes de ballesta hacia ellos y una veintena de alarmados soldados corren arbolando lanzas y espadas. Alvar sube de un brinco a su caballo, y su tío, que sujetaba al bruto por las riendas, se las entrega y pica espuelas para galopar tras los demás. Pero Alvar, con su caballo caracoleando, ya que lo está obligando a girar para enfilar las puertas, se queda helado. Allí, en el patio de armas, mirándolo con ojos arrasados en lágrimas, está Margarita.

Es un instante de esos que te cambian la vida. Ella le tiende las manos, como despidiéndose para siempre, y él, con rabia incontenible, pica espuelas. En vez de seguir a su tío, galopa hacia ella cargando como un demonio.

Un caballo de guerra es un animal terrible y, si se te echa encima, tienes muchas posibilidades de morir pisoteado. Alvar espolea de forma salvaje el suyo en dirección a Margarita, y la niña, paralizada, llorando, aguarda la justa muerte.

Algún día se la llevará, como a todos. Pero no hoy. Alvar pasa a su lado como una centella, se inclina en su montura y, de un tirón, agarrándola con fuerza, iza a Margarita a la cruz del caballo. La envuelve con sus brazos y siente cómo silban a su alrededor las flechas. Sin hacer caso de los hombres que gritan y maldicen, hace girar de nuevo a su bestia y la dirige hacia las puertas que cruza aullando como un lobo. Se desata la locura.

Ahí van ocho locos a caballo cuyas monturas, azotadas, espoleadas, asustadas, alargan el paso, trastabillan, resbalan de manera peligrosa al borde del abismo mientras sus jinetes tratan de no salir disparados de sus lomos y romperse la cabeza.

Como no se la rompen, desde las almenas del castillo de la acrópolis los arqueros y ballesteros allí destacados a toda prisa les disparan sin cesar flechas y virotes que buscan desmontarlos hiriéndolos o cobrándose sus vidas. Por si tampoco eso bastara para detener su fuga, tan rápido como ha sido posible reunirlo, sale tras ellos un grupo de jinetes armados.

La emperatriz María de Brienne también está ya en las almenas. Rodeada de sus damas, escoltada por sus hombres de armas, contempla la huida de quienes fueron sus protectores y amigos.

Los ve huir mientras sobre ellos cae una lluvia de saetas y gritos de alarma. Los caballos resbalan y corcovean, y, al contemplar todo aquello, en el pecho siente, una vez más, una tormenta de emociones: tristeza por haberlos traicionado, rabia porque se le escapan, frustración porque con su fuga le arrebatan la esperanza de hacerse con el tesoro y, con él, la oportunidad de rehacer el imperio de Constantinopla y legarle a su hijo un trono seguro y próspero en vez de un estado empobrecido que se derrumba.

—No lo entiendo... —murmura a su lado Felipe, su hijo—. El caballero Tello me rescató y deberíamos estar protegiéndolo en vez

de enviar hombres de guerra a prenderlo —apunta desconcertado, inocente.

María tiene lágrimas en las mejillas. Ella tampoco lo entiende y, sin embargo, sabe muy bien qué hace y por qué lo está haciendo.

—Me temo, hijo mío, que las cosas en realidad importantes que he tenido que hacer por ti nunca llegarás a entenderlas.

Mientras María de Brienne aún está pronunciando esas palabras, el caballo de al-Ricutí resbala y se va al suelo.

—¡Son nuestros! —grita Juan de La Roche, apostado también en las almenas, a unos pasos de donde se encuentran la emperatriz y su hijo—. ¡Mirad cómo se detienen a auxiliarlo!

En efecto, mientras el caballo caído relincha de dolor, pues se ha roto una pata, su jinete trata de ponerse penosamente en pie y, aunque las flechas arrecian, Isabel, dirigiendo su corcel hacia el hombre que ama, no las evita, sino que, metiéndose entre el diluvio de hierro y madera que le lanzan desde las murallas, llega hasta donde cojea su amor, quien, al verla venir, a toda prisa salta a la grupa del animal y se aferra a la cintura de su amazona. Esta, arreando a gritos y espoleando a su brioso caballo, escapa de nuevo a galope tendido.

—¡Maldita sea! —clama Juan de La Roche golpeando con el puño sobre el pretil de la muralla—. ¡No importa! ¡Que corran! ¡Sabemos a dónde van, y ya he enviado hombres por el camino más breve para que les corten el paso!

Tello cabalga a rienda suelta junto a Sancha. Aún no comprende cómo no se han despeñado con los caballos o cómo es posible que no los haya alcanzado de muerte ninguna de las flechas y virotes que con ansia maligna silban en derredor. Pero el caos de todo

combate tiene sus extrañas normas, y una de ellas es que, a veces, si la fortuna así lo quiere, lo imposible acontece.

Lo imposible sucede: escapan. Pero incluso lo «imposible» tiene sus límites: Sancha, que casi no sabe montar a caballo, está perdiendo el control del suyo, y el animal, desbocado pese a los esfuerzos de la muchacha, se dirige hacia uno de los abismos que ciñen el empinado sendero que comunica la ciudad con el castillo de la acrópolis.

Sancha grita de espanto y tira con todas sus fuerzas de las riendas. Pero su caballo está enloquecido de terror y no se refrena, sino que, suicida, espantado como está, redobla su galope en dirección al precipicio.

Entre sus piernas siente la fuerza descomunal del gran bruto y también cree poder oír el golpeteo de su corazón empavorecido. Es una ilusión, desde luego, porque lo que en realidad escucha es su propio corazón. Se va a matar. Sin duda. Su caballo se acerca al precipicio y ella, aferrada a sus crines, pues ha perdido por completo el control y se abandona a su destino, cierra los ojos antes de morir y dedica su último pensamiento a Tello.

—Vive —ruega y, al decirlo, vuela por los aires.

Hasta los brazos de Tello y el lomo de su caballo, que, relinchando de puro terror, se alza de manos justo al borde del precipicio. Sancha grita espantada y oculta el rostro, como una niña, en el ancho pecho de varón de Tello, mientras que este, tirando de forma salvaje de las riendas, obliga a su bestia a asentar de nuevo las cuatro patas, a girar y a retomar la disparatada fuga, y todo ello a la par que abajo, en el fondo del precipicio por donde se ha despeñado el corcel de Sancha, quebrado por la bárbara caída, relincha de manera agónica.

Tello cabalgaba tras ella. Azotando, espoleando sin piedad a su caballo para alcanzarla antes de que se precipitara al vacío y, en el último segundo, inclinándose, alargando la mano, la apresó como con garra de águila y la alzó para salvarla.

Ahora la tiene con él, envuelta por sus fuertes brazos de caballero, y ella, todavía asustada, llora mientras él le besa los negros cabellos y da gracias a Dios.

Es mejor que siga rezando, porque, aunque la última revuelta los libra del azote de las flechas y virotes que les disparan desde las almenas del castillo de la acrópolis, una numerosa partida de caballeros de Atenas les pisan los talones.

Ahora están en las escuálidas calles de Atenas: un laberinto de chozas, cabañas y casas de adobe y piedra, salpicado por las torres de los caballeros y señores francos, las descomunales ruinas de los templos y edificios de los días antiguos. Si galopar ladera abajo era locura, esto de meterse con caballos desbocados por entre un dédalo de viviendas y gentes es pregonar la muerte. A su paso, los ciudadanos se apartan o se tiran al suelo con la esperanza de no ser arrollados por los cinco caballos. Los dos primeros, montados por Tello y Alvar con sus respectivas damas, son ruanos poderosos, y sus jinetes esgrimen frío acero en las manos, y un fuego decidido en los ojos, por eso, aunque se cruzan con varios caballeros y soldados del duque de Atenas, ninguno reúne valor suficiente como para oponerse a ellos.

Detrás cabalga Isabel, pálida, bellísima en su frágil arrojo. Guía con maestría a su yegua, y en la grupa de esta última, abrazado a la cintura de la mujer que ama, dolorido pero orgulloso del femenino valor de quien ha salvado la vida, va al-Ricutí.

Tres zancadas de caballo por detrás, casi a la par, cabalgan los dos viejos sabios y amigos: Juan de Aspa y Yehuda. El primero, por

alguna razón que el hebreo no logra descifrar, no para de reírse a carcajadas, mientras que Yehuda, más sensato que su compañero, lleva la mejor cara de miedo que uno pueda imaginar al verse seguido muy de cerca por veinte o treinta caballeros borgoñones del ducado de Atenas. Uno de ellos, aprestando la espada, arrecia el galope de su montura y se acerca por el flanco a Yehuda.

—¡Dios de Israel! —exclama el médico judío sabiéndose morir.

La espada se alza ya sobre su cabeza, y si se libra de la Parca es porque la fortuna quiere que, en ese justo momento, al doblar la cuesta y enfilar una nueva calle, esta se estreche de repente y el caballo de su inminente asesino se estampe contra el muro de una casa.

Yehuda, tan digno, tan sobrio por lo general, ahora grita de alivio, de triunfo, de vete tú a saber qué, pero grita y a dos largos trancos por delante, su amigo, el viejo Juan de Aspa, deja de reír a carcajadas para dar un fuerte alarido de victoria, pues, por lo visto, esto de tentar la muerte le está gustando.

Así salen de la pequeña Atenas para cabalgar por sus desmañados suburbios entreverados de casas y campos, de olivares y torres, de ruinas y solitarias higueras que se van desparramando por las colinas y llanos que caen hacia el puerto del Pireo.

—¡Debemos llegar al puerto antes que ellos! —grita Alvar a Tello, pues acaba de girarse para ver cómo se les aproximan los hombres de Juan de La Roche.

Tello hace lo propio y, con ojo diestro, evalúa la fuerza de los caballos de sus perseguidores y su maestría como jinetes. Se les aproximan, sin duda, pero Isabel ha elegido bien a los corceles sobre los que galopan y, aunque tres de ellos cargan con dos jinetes en vez de uno, el de Alvar con Margarita, la yegua de Isabel con al-Ricutí, y su garañón ruano con Sancha, todo indica que lograrán su

objetivo: alcanzar el puerto y embarcar en la urca para poner rumbo a Braurón y, tras hallar allí la segunda parte del *Secretum Secretorum*, levar anclas y poner vela a Negroponte en busca del tesoro.

—¡Espolead a los caballos, reventadlos si es preciso, pero debemos mantener la distancia! —grita a los demás para que todos se exijan un último esfuerzo y se lo arranquen también a sus monturas.

Ya han dejado atrás las últimas casas dispersas de los suburbios atenienses y ahora galopan entre amplios olivares. Al salir de uno de ellos y retomar el camino que lleva al puerto, lo ven cerrado por cuarenta o cincuenta hombres a caballo y a pie que los aguardan con las armas listas para detenerlos o, si les es preciso, matarlos. Desconcertados, refrenan los caballos y se arremolinan en torno a Tello, que trata también de comprender cómo es posible que los hayan adelantado.

—Sin duda —concluye en voz alta—, debieron de salir de la acrópolis por una segunda ruta más corta y menos dificultosa.

¿Qué importa la razón? Nada. Lo único que importa es que les cierran el paso y que tras ellos vienen más hombres del hijo del duque.

—¡Atrapados! —grita Alvar, rabiando de frustración e ira.

—¿Podemos prescindir de ir a Braurón y a su templo de Artemisa?

La pregunta de Tello es lo último que esperaban oír antes de que les caigan encima treinta o cuarenta hombres de guerra.

Un breve silencio de asombro y en él, el trueno del galope de sus perseguidores aproximándoseles más y más. Ante ellos, a trescientas varas como mucho, una línea de hombres de guerra cerrándoles el paso. En suma, un panorama poco propicio para meditar sobre tales asuntos.

—Bueno... —comienza a hablar Juan de Aspa sin tener muy claro qué decir y sin poder apartar los inquietos ojos de los caballeros que ya están a un par de minutos.

—Creo que podemos ahorrarnos ese paso, Tello. ¿Por qué preguntáis eso ahora? —responde al-Ricutí con increíble aplomo y seguridad.

—¿Decís que podemos ahorrarnos ir a Braurón? —tercia Juan de Aspa antes de que Tello pueda decir algo.

—Perfecto, maestre. Pensadlo: la segunda parte del *Secretum Secretorum*, de seguir existiendo, no nos dirá dónde está el tesoro, pues eso ya lo sabemos gracias a la primera parte que obra en nuestro poder y hemos descifrado. Tan solo encontraremos en ella cómo enfrentar los peligros que aguardan.

—¿Y os parece poca cosa?

—El peligro que os aguarda, maestre Juan, siempre es menos perentorio que el que se te echa encima —dictamina con un viejo dicho árabe.

Al-Ricutí, aunque sea musulmán, convengámoslo, tiene más razón que un santo del cielo cristiano.

—¡Pues entonces al diablo con eso de ir a Braurón! —sentencia Tello, y nadie logra entender por qué le parece ahora eso tan importante—. Os diré lo que vamos a hacer: nos dividiremos en dos grupos. Alvar y yo cargaremos sobre los que están ahí delante y os abriremos paso a los demás a golpe de espada. Así que quiero que todos, y digo todos, vosotros tres, maestres y las tres damas, galopéis hasta el puerto y allí embarquéis sin demora en la urca. Si lo lográis, zarpad de inmediato y no pongáis vela a Negroponte, sino en dirección a cualquier otra isla, y esperad en ella a que se aproxime el 14 de septiembre.

—¿Y tú y Alvar? —pregunta Isabel.

—Si todo va bien —dice, pero todos entienden: si no nos matan—, huiremos en dirección a Braurón. Pensadlo. Creen que queremos ir allí a toda costa y, si nos ven cabalgar en esa dirección, la mayoría irá tras nosotros y vosotros tendréis así la oportunidad de escapar. —Y como lo miran con el rostro demudado y el trueno del galope de quienes se les vienen encima, añade para alentarlos—: No temáis por nosotros: si logramos zafarnos de ellos, nos adentraremos en el Ática y cabalgaremos hacia el canal del Euripo para ocultarnos allí y, si Dios lo quiere, reencontrarnos con vosotros en la fecha acordada.

Fácil, claro, suicida. Lo que suele denominarse «un buen plan».

—No voy a dejarte solo —dice Sancha con la voz temblando tras un instante de silencio.

—¡No hay tiempo para eso! —le replica Tello cogiéndola en volandas, montándola sobre la cruz del caballo de Juan de Aspa e instando a Alvar a hacer lo mismo con Margarita, quien, en un parpadeo, se ve subida a la grupa del caballo de Yehuda.

—¿Preparado, Alvar?

—Listo, tío.

—¡Recordad que Alvar y yo cargaremos sobre esos perros de ahí delante y, cuando estén tratando de matarnos, pasad entre ellos sin mirar atrás y no os detengáis hasta llegar al puerto y subir a la urca!

No hay más que decir, pero, si lo hubiera, no habría tiempo, dado que a treinta pasos de caballo tienen a treinta hombres que cabalgan con ganas de prenderlos.

Espoleados por sus perseguidores que gritan como demonios creyendo que ya los tienen, Tello y Alvar, primero, y luego los demás, brincan hacia delante y cargan. La tarde es calurosa, y el cielo, azul. A lo lejos, entre olivos, se ve el mar brillar como un zafiro y el suelo retumba bajo el golpear de los cascos de muchos buenos caballos. Es un buen día para morir, y Tello lo sabe, lo siente, lo

acepta: será su última carga, pero está feliz. Quizá sea un loco de esos que están dispuestos a dar su vida por los que aman y que lo hacen con esa alegría profunda de saberse ángeles custodios.

Pues morir es inevitable, y todos, hasta el más necio y el más cobarde, al cabo perecen, pero morir bien es un don que solo los héroes escogen y que solo a ellos pertenece.

Allí, ahora, dos hombres han elegido morir bien. Dos contra cuarenta. Hermosa locura que algún trovador debería cantar algún día.

Los hombres del ducado de Atenas los ven venir: decididos, con las espadas recogiendo fulgores solares, montados sobre bravos caballos cubiertos de espumeante sudor y dispuestos a cosechar gloria y honor.

Disparan los ballesteros y el silbido de los virotes tienta los oídos de Tello y Alvar, pero no se detienen. Cabalgan, cabalgan como guerreros centauros porque han escogido la buena muerte.

Entonces alzan frente a ellos picas y escudos, y los caballeros que están dispuestos entre los infantes, maravillados de tan gran valor y locura, pican espuelas y salen a enfrentarlos.

Con ello les salvan, por el momento, la vida, ya que, al interponerse entre los dos locos que cargan y sus ballesteros, impiden a estos últimos seguir afinando la puntería.

Sin embargo, chocan. Tello y Alvar se enzarzan con los primeros borgoñones de Atenas que les han salido al paso: alaridos de guerra, centelleo de aceros y caballos que chocan con frenesí equino y guerrero.

El caballo de Tello derriba al del primero de sus oponentes y lo hace rodar por el suelo, de tal modo que le quiebra los huesos a su jinete. A su lado, Alvar, chillando como un demonio, flexible y fuerte como vara de fresno, se ha echado hacia delante y metido dos

palmos de hierro castellano en el pecho de un caballero ateniense que le cerraba el paso.

Sangre y rabia de Castilla en Oriente. Tello brama, ruge, da golpes a diestro y siniestro con el filo de la espada, abre un camino de muerte y espanto para que pasen por él Sancha, Isabel, Margarita y los tres sabios.

Mientras los suyos pasan, junto a Tello está Alvar, peleando como un joven león, sin dejar de dar tajos y estocadas. Y así, metido de lleno en el torbellino del combate, es como ve, fugaz como una aparición, la grácil espalda y los dorados cabellos de Margarita, quien, montada tras el viejo Yehuda, lleva cerrados los ojos azules para rezar con más devoción por la salvación del muchacho a quien traicionó y al que ama con todo su corazón.

Peleando como dioses de los días antiguos, con los caballos de ambos dándose resguardo, Tello y Alvar son furia en torbellino y, en torno a ellos, infantes y caballeros tratan de desmontarlos mediante golpes de lanza, espada o maza.

Hierro golpeando sobre hierro, y valor que se derrocha haciendo brotar roja sangre, y dos que nacieron lejos, en la brava tierra de Espanna, matan, acosados como leones por una jauría de perros, vendiendo cara su vida y la libertad de los que aman.

—¡Ahora, Alvar, ahora! —grita Tello, y da un fuerte tirón de las riendas de su garañón ruano para que, poniéndose a dos patas, gire y caiga sobre un infante al que pisotea y tritura con los cascos, mientras que su jinete azota el aire con la larga espada aventando sangre y entrañas.

Contra toda esperanza, rompen el cerco y cabalgan, no hacia donde huyen los suyos, sino hacia el este, hacia Braurón.

Olivares y montes sobre los que galopan dos jinetes de Castilla en tierra extraña, y tras ellos, una manada de lobos, de hombres

airados, heridos en su orgullo, que no atienden a razones y dejan de lado perseguir a las mujeres y a los viejos para ir tras los caballeros que los han vencido y burlado.

Cae la tarde. El cielo arde y el mar recoge fuego a la vez que el sol se hunde, y mientras el astro muere, dos son perseguidos por muchos, y delante de ellos, bajo los cascos de sus caballos, se despliega la tierra donde los antiguos héroes forjaron los mitos.

Cabalgan sobre las mismas tierras que pisó Teseo, las mismas que fatigó Perseo y que transitó Hércules. Pero ellos, Alvar y Tello, no son mito ni leyenda, sino caballeros de Espanna, vasallos del rey de Castilla que no saben rendirse y llevan en las espadas desenvainadas la roja marca de su valor sin medida.

La noticia llegó a la emperatriz con la noche. Habían escapado y, al saberlo, una misteriosa confusión de emociones la turbó. No sabía si se alegraba o se sentía derrotada. Admiraba, quería a aquella gente brava de Espanna, pero necesitaba la plata y sabía dónde buscarla.

—¿Mi señor Juan de La Roche?

—Decidme.

—Que no os turbe en exceso la fuga de esos castellanos. Sabemos a dónde van: a Braurón primero y luego a Negroponte. Allí me debe estar aguardando una galera constantinopolitana y, si vos partís con vuestros caballeros hacia Braurón y yo hago otro tanto hacia Negroponte, antes o después los atraparemos y nos haremos con el tesoro —expone y, como ve que el joven noble no está muy seguro de hacer lo que le pide, añade—: Pensadlo, señor, ochocientos talentos de plata. ¿Sabéis cuánto es eso en buena moneda francesa? Os lo diré: ochenta y cinco mil seiscientos marcos nos están aguardando si logramos apresarlos a tiempo[1] .

Las palabras de la emperatriz son la tentación encarnada. Juan de La Roche solo consigue resistirse un segundo más a la fuerza y seguridad que emana de aquella mujer.

—De acuerdo, vos partiréis para Negroponte escoltada por treinta de mis hombres, que, con los vuestros, sumarán cincuenta. Cabalgaréis hacia el norte, hasta las orillas del canal del Euripo y allí pasaréis a Calcis para reuniros con vuestra galera. Yo, por mi parte, iré a Braurón, a la cabeza de algunas tropas y, si allí no me encuentro con los fugitivos, me dirigiré también a Negroponte para cercarlos allí.

—¿Y la urca que ha logrado escapar con los sabios y las mujeres?

Juan de La Roche se queda un rato mirando los ojos azules de su emperatriz. Aquella mujer, tan bella como dulce y a la par tan inteligente e inflexible, no deja escapar ningún detalle.

Él tampoco.

—No os preocupéis por eso, mi señora emperatriz. Soy joven, es cierto, pero prevenido: la urca llegó al Pireo falta de marineros y su capitán genovés tuvo que contratar a dos griegos. ¡Y qué terrible casualidad! ¿Sabéis para quién trabajan en realidad? —pregunta con una lobuna sonrisa—. En cuanto comencé a sospechar de esos castellanos, me propuse guardarme una carta en la manga. Ahora la jugaré: di orden a esos dos griegos de que hundieran la nave si zarpaba sin mi permiso.

20

Alfonso X está muy lejos, de regreso en Toledo, y allí, en el alcázar, está haciendo cuentas y no le salen. Estimulado por la euforia de la resolución de los primeros enigmas del códice de Aristóteles, creyó segura la empresa del tesoro y decidió que la mejor tapadera que podía proporcionarle era la embajada de su prima, la emperatriz de Constantinopla. Y tenía razón, era una excelente forma de ocultarla a la mirada de sus enemigos, pero le salió muy caro: cincuenta quintales de plata como rescate para el hijo de la emperatriz y, con ellos, la excusa perfecta para que una escolta castellana viajara a Venecia y a Oriente. Una escolta en la que también figuraban algunos sabios que deberían comprar o copiar cuantos libros antiguos hallaran.

Pero ahora, sin noticias de Tello y los sabios desde hace semanas, comienza a dudar. ¿Y si la empresa fracasa? Entonces habrá gastado una fortuna para nada y en un momento en el que necesita cada moneda, cada pellizco de plata.

Aunque no quiere, en la mente le aparece el seductor fogonazo de la imagen de la emperatriz, de su prima María de Brienne, desnuda en su cama. Tiene mala conciencia por eso... Pero sigue soñándola, deseándola, gozándola en su recuerdo.

Sabe, no se engaña al respecto, que ella vino a él, porque no le quedaba más remedio. Se siente un poco sucio por eso..., pero volvería a hacerlo. Entonces decide que, después de terminar con las cuentas, irá a confesarse. Necesita estar a buenas con Dios para

luego poder pedirle que Tello y los suyos triunfen y le traigan el tesoro.

No puede perder la fe, no ahora, cuando las conjuras y las traiciones lo cercan y su pugna por la corona imperial arrecia. No, no perderá la fe, Dios está a su lado.

Egidio el Nigromante mira a la constelación del Delfín y tiene un pensamiento absurdo: el de obligar a las estrellas que la componen a apresurarse a alcanzar la posición que deben ocupar en la noche del 14 de septiembre. Inútil, las estrellas nunca tienen prisa, ni se dejan sobornar, y bien lo sabe él, que es docto en nigromancia y astrología.

A su lado, Miguel pugna con el astrolabio y repite, una y otra vez, como si fuera un conjuro, la frase que los ha traído hasta aquí: «14 Daisios... 14 heliostásion... Delphinus ad litora tormenti mei signat atque praevalet». Bueno, esa frase, las miniaturas y un puñado más de palabras que lograron rescatar de la miserable y censurada copia del códice de Aristóteles que su llorado y descuartizado amigo, Julián de Ávila logró hacer antes de «desperdigarse» corporalmente en exceso y de forma irreparable.

—¿Te haces ya con el astrolabio? —pregunta impaciente al joven monje.

—Estoy terminando de disponerlo, maestre Egidio.

Entre las manos tiene un precioso astrolabio planisférico de bronce grabado y está manipulando la parte superior, la «oreja», esto es, el sistema de suspensión del artilugio, para disponerlo de forma vertical y así comenzar a trabajar. Lograda la posición correcta, a continuación ajusta una aguja sobre la circunferencia llena de muescas que sirve de base del astrolabio y luego desplaza la segunda circunferencia del artilugio. Enseguida, con suma

concentración y cuidado, gira los dos discos insertados en la parte delantera del astrolabio. Afinado el artefacto, lo alza hasta enfilar con él la constelación del Delfín y luego se da la vuelta y busca la cumbre del monte Dirfis, el mismo en cuya ladera se hallan y que, irguiéndose sobre el canal del Euripo, lo domina por completo.

Fijados de tal manera los dos puntos de medición, Miguel dedica ahora toda su atención a la parte trasera del astrolabio, la «araña», una maravillosa filigrana de metal provista de punteros o «garfios», útiles para «fijar» estrellas y ponerlas en relación con los símbolos zodiacales que también la adornan y sobre los que se disponen una aguja y dos pínulas[1] o mirillas con las que el joven monje pugna un buen rato.

Tras algunos ajustes más y después de efectuar una nueva medición, Miguel termina y comunica los datos obtenidos a Egidio, que se apresura a anotarlos en una tablilla.

—Creo poder establecer la zona inicial de búsqueda con base en la división del canal conforme a los números que podemos extraer de la configuración astral que se cita en la primera línea del códice de Aristóteles —dice Miguel.

Pero Egidio no lo está escuchando, sino que está mirando en dirección a Calcis, la ciudad principal de Negroponte, y preguntándose qué diablos hará en ella la gran galera de guerra que llegó por la mañana. Llevaba el estandarte del imperio de los latinos de Constantinopla, y es lo que les faltaba, ya que la isla es un hervidero de gente en guerra y por eso les está costando lo suyo permanecer ocultos y con vida en el monte Dirfis.

—¿Maestre? —insiste Miguel, extrañado—. ¿Os pasa algo?

—Me pasa que me pone nervioso tener que estar todos los jodidos días escondido en esta condenada montaña viendo desde sus alturas cómo las mesnadas de los señores de la guerra negropontinos van

de un lado a otro con ganas de matar a todo aquel con quien se tropiecen.

—¿Creéis que la galera constantinopolitana tiene algo que ver con nuestra búsqueda?

Egidio lo piensa un buen rato y luego, tras dar una patada a una piedra, se queda un rato viendo cómo, a la luz de la luna y las estrellas, rueda pendiente abajo y se precipita al abismo que lleva a las turbulentas aguas del Euripo.

—No lo sé, muchacho, no lo sé... Pero sí sé una cosa: es una nave de guerra, y eso significa que vendrá cargada de soldados, y esta isla rebosa, por así decir, de gente armada. ¿Cómo vamos a buscar el tesoro con tanta gente matándose en torno a nosotros? Además, otra cosa me preocupa también —Y como Miguel lo mira con expectación, se explica—: Se supone que el tesoro consiste en ochocientos talentos de plata. Eso, ya lo sabes, es una auténtica montaña de metal precioso. Una cantidad tan grande que harían falta muchos carros tirados por fuertes bueyes para poder cargar con ella. ¿Cómo vamos a sacarla del fondo del mar?

Buena pregunta, y una que uno, de forma inevitable, debía hacerse antes o después. Pero Miguel tiene la respuesta y se la da al nigromante portugués con otra pregunta.

—¿Cómo creéis que Aristóteles pudo llevarse semejante tesoro de Atenas?

Egidio se queda helado. Nunca lo había pensado. Para llevárselo habría necesitado, como poco, veinte o treinta carros de bueyes, y eso, claro está, le habría impedido escapar de los atenienses que querían juzgarlo y condenarlo a muerte.

—¿En un barco? —dice al fin, y le parece la única respuesta lógica.

—Supongo que sí, maestre, pero el problema persiste: aunque hubiera usado un barco para llevarse su plata y huir, cargar

semejante tesoro habría implicado que docenas de estibadores dedicaran horas enteras a cargar plata hasta las bodegas de la nave ,y de ser así, toda Atenas se habría enterado y alarmado.

—¿Qué propones entonces?

—Lo único que tiene lógica y, por ende, lo único que haría Aristóteles. Tuvo que cambiar sus ochocientos talentos de plata por algo mucho más ligero y precioso. Algo que pudiera llevarse con facilidad de Atenas sin llamar la atención.

Egidio se queda con la boca abierta y se pregunta cómo es posible que no pensara antes en ello. Este joven es astuto como un zorro.

—¿Y por qué otra cosa cambiaría su plata Aristóteles?

—Bueno, puede que por oro —propone Miguel—. En tiempos de Alejandro y de sus sucesores, la relación entre oro y plata era de uno a diez. Es decir, que Aristóteles bien pudo trocar sus ochocientos talentos de plata por ochenta de oro. Una cantidad pesada, desde luego, pero que hubiera podido llevarse de Atenas a lomos de una recua de veinte mulas.

—Sigue siendo demasiado... —murmura Egidio buscando otra respuesta.

—¿Y si hubiera cambiado su plata por gemas? —sugiere Miguel.

Eso sí tiene sentido y despierta en Egidio el Nigromante el recuerdo de una de sus lecturas juveniles: la de la *Historia natural,* de Plinio[2] . Allí, en alguna parte, leyó que Alejandro Magno ordenó al hábil lapidario Pirgóteles, uno de los tres artistas autorizados para representar su efigie —los otros dos fueron el escultor Lisipo y el pintor Apeles—, que grabara su retrato en esmeraldas de enorme belleza y valor. Se dice que Pirgóteles inventó el camafeo y, en cualquier caso, Alejandro estaba tan contento con las gemas grabadas por su lapidario que se las enviaba como regalo a sus mejores amigos. ¿Y acaso Aristóteles, su admirado maestro, no lo

era en grado sumo? Lo cierto era, según recogían Plinio y otros autores antiguos, que esas rutilantes obras de arte tenían precios que podían estimarse en un talento, en cinco, diez, ochenta y hasta en cien. Así que si Aristóteles entregó sus pesados ochocientos talentos de plata a cambio de unos puñados de gemas grabadas por Pirgóteles o de copas talladas en una descomunal esmeralda o en cualquier otra clase de piedras preciosas, se habría podido llevar todo su condenado tesoro metido en una simple bolsa de cuero o en un cofrecillo que poca atención reclamaría de los desconfiados atenienses.

En el rostro de Egidio el Nigromante se va abriendo paso una sonrisa. Sin duda esa es la respuesta: el tesoro de Aristóteles se transmutó de montaña de plata a puñados de gemas. Algo fácil de llevar. Algo tan fácil que podrá cargar él solo con todo el tesoro.

—¿Qué os hace sonreír así, maestre?

—Me siento dichoso de poder contar contigo, joven Miguel, eso es todo. Muy dichoso.

Noche en el mar. La urca, velas al viento y a la luna, navega por el golfo Sarónico en busca de un puerto donde ocultarse. No han visto ninguna embarcación que los persiga, pero la prudencia debe ser extremada.

La pena ya lo es. En cubierta, mirando en dirección al Ática, tres mujeres sufren en silencio. Tres. Isabel, Sancha y Margarita no pueden apartar sus pensamientos de dos, Tello y Alvar. La primera sufre como madre y hermana, las otras dos, por los hombres que aman, y todas desesperan de volver a verlos.

Habría sido un milagro que hubieran logrado escapar con vida, y, por si acaso ocurrió, rezan para que se siga operando.

Mientras las mujeres anhelan a los que aman y oran por ellos, un marinero griego, uno recién alistado en el Pireo, hace una discreta seña a un compañero y luego baja a las entrañas del barco. Sancha no sabe que morirá ahogada. Sus ojos sondean el infinito buscando de forma inútil a Tello y la pena le anuda la garganta. Cumplir su sueño y ahora... ahora es el dolor y, aunque se revuelve con todas sus fuerzas para luchar contra la desesperación que la embarga, su mente no la ayuda y evoca una terrible imagen: la de su amor destrozado, ensangrentado sobre la tierra reseca y cubierto por una ola negra de buitres y cuervos.

Un gemido se le escapa y, entre sollozos, le parece escuchar algo.

Bajo la misma luna, resguardados de sus perseguidores por la misma noche, Tello y Alvar tratan de curarse las heridas como mejor pueden.

Están en los espesos bosques de las colinas que se alzan sobre el valle del Erasinos. Este acoge las ruinas de Braurón y su antaño famoso templo de Artemisa. Allí abajo, en el valle, desde donde están ellos, se ven docenas de antorchas y varias hogueras de campamento. Con la luz de las primeras, algunos de los hombres del ducado de Atenas, tozudos, siguen buscándolos, mientras que a resguardo de las segundas, el resto de la tropa se dispone a darse descanso para poder retomar la cacería con el nuevo día.

Alvar tiene un feo tajo de espada que le arrancó el yelmo y le marcó la frente. Sin hilo con el cual coser la herida de su sobrino, Tello se conforma con lavársela con agua de un manantial cercano y luego untársela con resina de pino. Lo mismo ha hecho con otra herida que el muchacho tiene en la pierna derecha y con las tres que luce él: una en la barbilla, abierta por un virote de ballesta que lo alcanzó de refilón; otra en el brazo izquierdo, y una tercera en el

hueso de la cadera, a donde fue a clavarse la saeta de un arquero, sin mucha fuerza, gracias a Dios.

La cosa pinta muy mal: heridos, agotados y con los caballos medio muertos de agotamiento, lo tendrán difícil cuando amanezca y los atenienses encuentren sus huellas. Una nueva oleada de dolor le sube desde la cadera y, para encajarla, Tello cierra los ojos y ruega a Dios que Sancha e Isabel estén a salvo.

El griego ha terminado su trabajo. Ha barrenado una cuaderna del pantoque de la urca y el agua entra a raudales. El capitán y los marineros que tripulan la nave tardarán en darse cuenta del desastre y, para cuando eso suceda, estarán perdidos, se irán a pique en medio del mar y la mayoría, quizá todos, perecerán ahogados. Sonríe en la oscuridad mientras el agua fría que entra sin freno en las entrañas más profundas del barco le lame los pies descalzos. El señor Juan de La Roche estará contento y le pagará bien. Con ese pensamiento sale del pantoque para reunirse con su compañero y abandonar la urca en el batel[3] que lleva la nave a remolque.

En ese momento, Tello aprieta los dientes, la cadera le duele cada vez más, tanto que se olvida por completo de sus otras dos heridas. Para tratar de serenarse, se concentra en los ruidos de la noche: entre los árboles, aquí y allá, a lo lejos, se ven breves fulgores. Son las antorchas que empuñan los hombres de Atenas mientras los buscan. Aún están lejos, pero se acercan. Reprime otro relámpago de dolor y frena como puede su creciente desesperación. Mira a su sobrino, el muchacho se ha quedado dormido de puro agotamiento. Con ternura y cuidado, le toca la frente para comprobar si tiene

fiebre. Gracias a Dios, todavía no. Luego, para seguir velando, se acerca a los dos caballos que tienen trabados y ocultos a pocos pasos. Los animales, cubiertos de una costra de sudor seco, ramonean y pastan lo que pueden. Los abrevaron y manearon en el improvisado refugio que todos ocupan en las colinas boscosas, y eso es todo lo que pudieron hacer por los dos nobles brutos a cuya fuerza y rapidez encomendaron su salvación.

Fue una loca galopada, y vive Dios que Isabel no podía haber escogido mejores caballos que estos. Pero la potencia de los poderosos equinos tiene sus límites, y estos dos, pese al descanso nocturno, los han sobrepasado. Angustiado, Tello mira al cielo buscando estrellas que le den la hora, pero las ramas de los árboles no lo dejan y, chasqueando la lengua, regresa junto a Alvar y se permite llorar en silencio.

Le duele la cadera, porque está desesperado y porque todo indica que, cuando llegue la mañana, los encontrarán y les darán muerte. Eso le hace daño. No quiere que muera Alvar y dejar solas a Sancha e Isabel. Sin embargo, ha vivido mucho y por eso sabe que «querer» que no ocurra algo sirve de poco.

En la urca entra el agua a raudales. El griego le ha hecho una buena vía de agua y el mar la reclama a cada borbotón salado que la penetra.

Mientras, en la popa, los dos marineros griegos que sirven al señor Juan de La Roche se preparan para deslizarse por un cabo hasta la cubierta del batel y así abandonar la nave. Gente sensata, pues eso es lo que debe hacerse cuando un barco se hunde y este, por san Nicolás y san Demetrio, es lo que está haciendo sin que nadie se percate. El primero de los griegos baja por el cable, y el

segundo, inquieto, mira a un lado y a otro mientras aguarda su turno.

Seguirá aguardándolo eternamente: un virote de ballesta silba y le atraviesa la garganta. Se lo ha disparado el capitán genovés de la urca que, alertado por Sancha, ha acudido a tiempo y que, deteniéndose un instante junto al muerto para volver a montar el mecanismo de su arma, se asoma por la borda. Cuando el segundo de los traidores griegos mira hacia arriba para apremiar a su compañero, le dispara en la cara.

—¡Hijos de puta! —masculla con todo el rencor y toda la ira que un buen genovés pone cuando han intentado hundirle el barco.

Por suerte, la chica morena se percató de lo que estos dos cabrones se traían entre manos y ya tiene despachado en el pantoque de la urca a un buen puñado de hombres achicando agua y reparando la brecha. Aun así, deberán tomar tierra por la mañana para proceder a una reparación como Dios manda.

A dos pasos del capitán, Sancha mira en silencio al muerto con la garganta atravesada por la saeta de la ballesta y tiene un oscuro pensamiento: «Confórmate, Parca, con las muertes de estos dos y deja en paz a los nuestros». Pensamiento de bruja, es cierto. Pero, si tuviera que vender su alma a los infiernos por salvar a Tello, no lo dudaría.

Va a amanecer. La luz, esa tan especial y tan fría que perfila el mundo justo antes de que la aurora empuje al sol a salir de nuevo a escena ofrece a Tello un triste retrato: el de Alvar dormido, exhausto por la pérdida de sangre, el dolor y la fatiga.

—Dios mío, solo tiene quince años... —se le escapa. Es triste saber que alguien a quien tanto quieres y que tan poca vida ha vivido morirá en apenas unas horas.

Que duerma un poco más entonces. Lo deja descansar, así Tello examina a los caballos: las pobres bestias casi acaban reventadas por la loca galopada del día anterior, pero una noche de descanso y algo de agua y pasto han reparado una parte de su vigor.

—Buenos muchachos, buenos muchachos —susurra dándoles unas cariñosas palmadas en el cuello.

Siempre ha amado a los caballos, y estos son magníficos. A continuación, Tello se asoma entre los árboles para espiar a sus perseguidores. Los ve, allá abajo, en el valle, afanándose en ponerse en pie para reiniciar la cacería. Sesenta o más jinetes. Demasiados... Tantos que podrán abrirse en abanico y peinar montes y bosques hasta encontrarlos.

En ese instante se oye algarabía de perros y trotar de caballos que se acercan al campamento de los atenienses y, al poco, saliendo de un pinar, aparecen otros treinta jinetes más y, con ellos, una jauría de veinte perros. Es una nueva partida y la encabeza el joven señor Juan de La Roche, primogénito del duque de Atenas.

—¡Maldición, lo que nos faltaba! —maldice, y escupe al suelo antes de darse la vuelta para regresar junto a Alvar.

Por el camino, apenas treinta pasos, algo llama su atención: allá, a la derecha, un barranco de abruptas paredes que en un punto concreto se han desmoronado. Sin duda, el agua que por allí bajara en torrentera provocó tal derrumbe y, de paso, amontonó sobre las rocas caídas y en precario equilibrio montones de troncos de árboles arrancados por la violencia de la avenida. Uno de esos árboles desgajados del bosque por la furia de la tormenta era un joven y prometedor pino. Su tronco, largo y recto, ha quedado inclinado y encajado entre dos de las rocas que coronan la montaña de escombros.

—Puede que funcione... —musita mirando aquello y, aunque la cadera le duele como si se la estuviera mordiendo el demonio, le aparece una sonrisa en los labios.

—Despierta, Alvar, despierta, muchacho —llama a su sobrino con ternura masculina.

Alvar abre los ojos. Le duele la cabeza de forma insoportable y se siente mareado y con náuseas, pero ahí está su tío, sonriéndole, animoso, sin prestar la más mínima atención a los dolores que, sin duda, sufre. No puede haber mejor hombre que su tío, ni podía tener mejor maestro.

Entonces, antes de que Alvar pueda decir algo, se oye el inconfundible y sordo trueno que producen docenas de caballos al trote. Sobre ese retumbar ominoso, gritos de hombres de armas y ladrar furioso de perros de guerra. Vienen a por ellos. Los acosarán, acorralarán y matarán antes de que medie el día. Tan sencillo como eso.

Alvar cierra de nuevo un instante los ojos, pues sufre una náusea que amenaza con desembocar en arcada. Cuando consigue reprimirla, los abre de nuevo y trata de parecer sereno, valiente, como su tío.

—¿Qué haremos, tío? —pregunta sin más, pues sabe que Tello le dará lo que más necesita ahora: esperanza.

—¿Tú? Por lo pronto, te vas a morir —le contesta con una sonrisa y una palmada en el hombro.

Juan de La Roche está contento. Le encantan los caballos, le apasionan los perros y le subyuga la caza. Y de entre todas las piezas que batir, sus favoritas son los hombres. Ahora tienen dos ahí delante, en las colinas, agazapados, asustados y ocultos en los

bosques. Dos a los que van a acorralar como a ciervos. O se entregan y confiesan todo lo que saben, o quedarán como comida para sus canes.

La banda de guerra que encabeza se ha desplegado en abanico para batir bien las quebradas colinas. Son casi un centenar de jinetes y veinte buenos perros. Así que ese caballero castellano y su sobrino no pueden esperar escapar de la red de cazadores que han tendido en torno a ellos.

Se inicia la cacería de hombres. Un cuerno resuena a la derecha, otro contesta a la izquierda. Dicen que no se ve a las «piezas», así que deben de tener a esos dos malditos delante de ellos. Animado por la idea, Juan de La Roche talonea los ijares de su gran caballo blanco y sube con facilidad una loma seguido por treinta de sus hombres y media docena de los perros, que, venteando a las presas, redoblan ladridos y pugnan con las correas con las que los sujetan los perreros.

Bajan y suben. Caballos que relinchan, perros que ladran, sonar de cuernos de caza y guerra, hombres que gritan, polvo y un sol aún tierno. En suma, una magnífica jornada de caza.

Entonces ven el humo de una hoguera y la emoción se acelera en sus venas. Por lo visto, son ellos. Así que arrean a los caballos, suben una nueva loma y desde allí, para su sorpresa, pueden ver, debajo y a la derecha, un barranco y, en su centro, junto a un gran amontonamiento de rocas y troncos quebrados, está Tello, el caballero castellano, al calor de una hoguera encendida. Y a la vera de esta, también puede verse lo que parece un cuerpo tendido envuelto en un manto. Sin duda, su joven sobrino, quien, por lo visto, o yace muerto o herido de gravedad.

—¡Los tenemos! —grita Juan de La Roche—. ¡Mirad, alza la mano en señal de rendición!

En efecto, Tello parece rendido, agotado, desanimado y, así, vencido, dedica una triste mirada al cuerpo, al cadáver de Alvar que yace envuelto a sus pies.

A todo correr, espoleados por su fácil triunfo, un tropel de hombres, caballos y perros baja hacia el barranco levantando una nube de polvo y atronando el aire ceñido por las paredes del desfiladero, con relinchos, ladridos y clamores. Ante ellos, Tello, detenido, con el rostro demudado, sigue con la mano derecha en alto. La baja justo cuando los caballeros y sus perros están a veinte pasos de él, con el amontonamiento de rocas y árboles a su izquierda. Y cuando baja la mano, arriba, en lo alto de la desmoronada ladera, se alza Alvar, y de un salto aferra la punta del largo tronco de pino encajado entre dos rocas como si fuera una palanca naturalmente dispuesta. Cuando el joven se cuelga de ella, la madera alza, mueve, empuja las grandes piedras, que se desprenden y ruedan ladera abajo arrastrando con ellas otras rocas y otros troncos. Un alud que ruge, una avalancha de muerte que la esparce entre los treinta caballeros y la media docena de perros entrampados por Tello.

Tello salta hacia atrás, se aleja todo lo posible del alud y, en lo alto del barranco, como un demonio, Alvar grita de triunfo. A veinte pasos por debajo, arrollados, arrastrados, aplastados por la avalancha, Juan de la Roche y sus hombres sucumben y son sepultados.

—¡A los caballos ahora, Alvar, a los caballos! —grita Tello, y, aunque le duele la cadera y se atraganta con el polvo, una carcajada salvaje se le viene a los labios.

Una vez más, la fortuna se ha encaprichado de ellos.

—¿Y ahora, tío?

—¡Ahora, Alvar, galoparemos de nuevo, pero sin temor, pues los que hayan quedado vivos demandarán el auxilio de los demás y eso nos dará tiempo de sobra para escapar!

Eso hacen, dejando atrás el desastre que han convocado y en el que Juan de La Roche, tan prometedor, tan cruel, tan calculador, se ha dejado la pierna izquierda aplastada con brutalidad por una roca. Le será amputada esa misma noche.

21

William está delante del sultán Qutuz. De nuevo, como ocurriera días atrás en el patio de adiestramiento, se miran a los ojos y, una vez más, se reconocen como lo que son: dos hombres capaces de sobreponerse a todo y seguir adelante pisoteando a cuantos se les opongan.

Por si eso no bastara, está también el extraño parecido físico que comparten. ¿Cómo pueden ser tan iguales dos hombres nacidos en los extremos de la tierra? Qutuz vino al mundo en las estepas que se dilatan al norte del mar Negro, y William, en la verde Inglaterra. Sin embargo, cuando se miran, ven los mismos ojos verdes, el mismo rostro fuerte, la misma complexión de luchador...

Junto a Qutuz hay otro hombre. Uno con el ojo izquierdo velado y sin vida como consecuencia, sin duda, de la herida que le dejó la cicatriz que le cruza el rostro. Pero si uno de sus ojos es de inerte plata, el otro es un reservorio de oscura fiereza y dispensa miradas tan duras como las de un lobo. Se trata de Baibars, nacido en las estepas, como el propio Qutuz, pero, si bien en este último dominan los rasgos propios de la sangre sogdiana, eslava y urálica presente en buena parte de los pueblos turcos, en Baibars predominan por completo los turco-mongoles de la mayoría. Por eso su cara es ancha, su nariz algo chata, su barba rala y oscura, su cuerpo el de un poderoso gigante de miembros de infatigable acero. Un coloso ambicioso y, sobre todo, peligroso.

William ha oído hablar mucho de Baibars a los mamelucos. Diez años atrás, durante la cruzada que Luis IX de Francia lanzó contra Egipto, fue el principal responsable de la derrota del rey en la batalla de Mansura, en donde Luis IX fue hecho prisionero. En aquellos tiempos era el mejor amigo de Qutuz hasta que este, traicionando al sultán, se hizo con su trono. Entonces los amigos se pelearon y Baibars dejó Egipto al frente de sus numerosos seguidores. Ahora, sin embargo, la amenaza de los mongoles ha propiciado la reconciliación y Qutuz ha nombrado a Baibars *amir kabir* de los ejércitos de Egipto[1] .

—Levántate, *frany* —ordena Qutuz a William usando el nombre que los árabes dan a las gentes de Francia, Inglaterra y Alemania—. Te he hecho llamar porque he cruzado una apuesta con mi amigo Baibars —le dice en un tono que mezcla gozosa crueldad y torcida astucia—. Verás, nos han contado lo que eres capaz de hacer con ese arco largo con el que te apresaron, allá lejos, en el país de los moros de Tremecén, pero el emir Baibars afirma que su arco de las estepas puede superar al tuyo. ¿Y sabes qué? He apostado con él cinco mil dinares de oro a que serás tú, y no él, el vencedor.

William se tensa. No le gustan las apuestas.

—¿No dices nada? No es necesario. En una hora se llevará a cabo la prueba y cinco mil monedas de oro cambiarán de manos, y, dependiendo de a cuáles manos vayan, conservarás o no la cabeza.

Sol egipcio. El sol de Egipto quema. Y bajo ese fuego que viene del cielo, William traga saliva para luego tensar y enconchar su largo arco inglés. Es un buen arco, hecho de madera de cornejo curada durante tres años y tan largo como un hombre alto. Hace falta mucha fuerza para tensar un arco como este, y él, William de Amesbury, la tiene. A su lado, impasible, Baibars prepara su arco

compuesto. Una máquina hecha de madera, hueso y tendones. Un arma prodigiosa que, desde que la inventaron los hunos, rige medio mundo y hoy se medirá con el norteño arco largo.

—¡Cien pasos! —anuncia el heraldo del sultán Qutuz—. ¡Cien pasos y tres flechas! ¡Quien logre más aciertos, quien sea más certero, ganará la apuesta!

Mientras grita, se aparta y los espectadores, un centenar o más de jefes y oficiales mamelucos, comienzan a cruzar apuestas bajo los doseles de seda que han sido tendidos para su resguardo.

El patio de adiestramiento se ha convertido en palestra y, a la par, en derroche oriental: palios de rico brocado, estandartes de seda al viento, cojines mullidos para sentarse, alfombras bordadas en oro, mesitas de ébano, nácar y marfil..., y entre todo aquello, docenas de esclavos sirven bebidas y manjares entre los presentes. Entonces, a una señal de Qutuz, un tambor de piel de hipopótamo hace temblar la tierra y, cuando calla, un grito ordena a William que dispare su primera flecha.

William ha puesto todo su ser en la flecha y la larga saeta inglesa vuela llevando su esperanza. Es un tiro largo y difícil, y William y todos los que han apostado por él contienen la respiración.

Impacta con fuerza y muy cerca del corazón de la silueta humana que sirve de diana.

Un clamor se alza entre los oficiales mamelucos que asisten como espectadores. Qutuz ruge y se pone en pie, presa de bárbara alegría, acompañada por apuestas que se elevan o se retiran, entre animadas conversaciones. Baibars ni se ha inmutado. Cuando el clamor se apaga, coloca su flecha en la cuerda, tensa, y, como al descuido, la suelta. Es un suspiro de muerte que vuela directo al centro, al corazón de la silueta. Un rugido se alza de cien gargantas porque Baibars, el rey de los arqueros, ha vuelto a hacerlo.

Sin embargo, pese al griterío, pese a los gritados elogios que le lanzan, Baibars no celebra su acierto, sino que sigue impasible como la estepa que lo parió.

Tras Baibars, en su trono, el sultán Qutuz echa fuego verde por los ojos. Le gusta apostar y soporta mal perder.

—¡Mide mejor tu puntería, *frany*, o despídete de tu cabeza! —«anima» a William imponiendo su ronca voz al griterío.

De nuevo reina un expectante silencio y el inglés coloca su segunda flecha mientras reza pidiendo a san Jorge que mueva su santo trasero y le eche una mano. El aire es apenas respirable bajo el sol inmisericorde. William toma una bocanada ardiente, la retiene, tensa el largo arco, apunta y suelta. Allá va la flecha, que vuela y se clava vibrando como una avispa furiosa junto a la flecha de Baibars.

—¡Ahí lo tenéis, ahí lo tenéis! —clama, alborozado, Qutuz y, de nuevo, se desata el entusiasmo de los espectadores.

Corre el oro entre los presentes y los esclavos se apresuran a llenar copas vacías y a reponer los platos de exóticas frutas y de carnes sazonadas con especias llegadas de la India. Baibars, como ocurriera antes, permanece callado, hierático. A su lado, sus oficiales más cercanos parlotean sin parar, pero él ni se inmuta. Su ojo lisiado parece acumular destellos de plata, y el otro, afilado como hierro, se limita a mirar la diana mientras las manos de su dueño preparan el arco y la flecha. Dispara. Zumbido de madera y acero. Acierto perfecto.

Aquello es el delirio. Muchos son los que cantan la gloria del arquero de Baibars, pero no el sultán, quien, una vez más, gruñe enfadado en su trono portátil. El aire calmado que reinaba hasta ese momento se transforma en viento de fuego.

Eso es lo que le faltaba a William: viento que haga más difícil aún, si cabe, superar el último disparo de Baibars. William sabe que en

este disparo final apuesta su cabeza. Así que se toma su tiempo. Separa bien los pies, tensa con calma, apunta sin prisa y suelta la larga flecha en el intervalo que queda entre dos latidos de corazón. Vuela la flecha y él cierra los ojos y murmura el nombre de su madre y de su hermano, los dos únicos seres con los que fue bueno. Entonces un alarido de entusiasmo le obliga a abrirlos: su flecha está clavada más al centro que ninguna de las ya disparadas. ¡San Jorge se lo ha pensado mejor!

Mientras el centenar de espectadores comenta exaltado el último disparo y se incrementan las apuestas entre risas y juramentos, por el rabillo del ojo William observa la reacción de su rival, pero Baibars no deja acudir a su rostro ningún sentimiento, es como si en vez de hombre fuera piedra.

El condenado cabrón ya tiene el arco presto para su tercer y último disparo. Baibars se funde con su arco: hombre, flecha y viento; ojo muerto y ojo oscuro tentando el blanco y mano de hierro que suelta la saeta.

La flecha cruza los cien pasos como un cuervo hecho rayo y se clava junto a la de William y le arranca chispas. El tiro ha sido tan ajustado que los aceros, las puntas de las dos saetas, se han besado. Es la locura. En torno a ellos más de cien jefes y oficiales mamelucos gritan, saltan, se abrazan, cambian entre sí bolsas con oro, cantan alabanzas a Baibars y a Qutuz, y, entre tanto griterío, entre tanta emoción, se oye también cómo exaltan la hazaña de William: *¡Frany, frany!,* claman. Y es que ha logrado lo imposible: empatar con el rey de los arqueros, con Baibars.

Qutuz se levanta de su trono, satisfecho, orgulloso. Hace una señal y uno de sus esclavos le trae una pesada bolsa que contiene cinco mil dinares de oro que entrega al impasible Baibars.

—Hermano, sigues siendo el mejor arquero, pero ya no estás solo —le dice a Baibars en un tono en el que, bajo el elogio, oculta la rivalidad—. Ahora compartes tu «trono» con William el Frany.

William aún está aturdido. No puede creer que haya conseguido salvar la cabeza... Bueno, mejor no cantar victoria todavía, ya que Qutuz se dirige hacia él. Al verlo venir, se arrodilla como le han enseñado y aguarda su destino.

—No has ganado, *frany*. Cinco mil dinares de oro me has costado —dice con severidad, y William se muerde los labios; se pregunta cuánto tardará el sable del sultán en decapitarlo—. ¡Te pedí lo imposible y por Alá que lo has hecho! ¡Te pedí no ser derrotado por el emir Baibars y así ha sido! Y yo, escuchadme todos, ¡premio a los hombres que logran lo imposible! —Un rugido de entusiasmo sigue a sus palabras y, de nuevo, en el patio de adiestramiento, se oye, atronador, *¡frany, frany, frany!*

William abre los ojos y sabe que va a vivir. El sol sigue descargando martillazos de calor sobre sus rubios cabellos y Qutuz, sultán de Egipto, le sonríe.

—¡Álzate, William el Frany, pues ya no eres un esclavo que aspira a ser un simple mameluco, sino que ahora eres miembro de la guardia del sultán Qutuz! ¡Sírveme con tu arco largo y te cubriré de oro!

Los grandes tambores de piel de hipopótamo retumban de nuevo y parecen hacer estallar el aire caliente que los sofoca. Bajo el sol implacable de Egipto, William, aliviado, feliz, triunfante, bendice a san Jorge, mientras dos pasos más allá Baibars permanece casi impasible.

Casi, porque en su ojo bueno, el de lobo, durante un parpadeo, reluce oscuro fuego.

Han pasado los días y Tello mira al canal del Euripo desde el resguardo que les presta un olivar. Ante sus maravillados ojos, el agua de mar comprimida entre el continente griego y la isla de Negroponte, bulle, espumea, se agita con fuerza.

Primero lo hace durante una hora o más, luego, de improviso, se encalma, a veces durante un momento, a veces durante todo un cuarto de hora, para, de repente, sin aviso, volver a correr con fuerza, a levantar olas feroces, a girar en fuertes torbellinos. Y todo ello sin que nada pueda explicarlo. Unas veces la poderosa corriente baja desde el norte y otras sube desde el sur. Sin que ningún patrón o pauta pueda ordenar aquel caos de olas y acuáticas espirales que puede sostenerse durante largo tiempo en una dirección y luego en otra, y también alternarse, una y otra vez, en cuestión de brevísimos minutos.

—¡Estas aguas están embrujadas! —se maravilla Alvar.

Tello también lo cree, ya que, si no, no sabe cómo explicar tamaña maravilla. En cualquier caso, todo apunta a que explicar aquellas poderosas corrientes es imposible, y lo peor es que bajo ellas, según creen, duerme el tesoro que han venido a buscar desde Castilla.

Duda cómo van a sumergirse bajo aquel brazo de mar revuelto por corrientes que son más que capaces de volcar una embarcación. También se plantea una y otra vez cómo sacarán cincuenta mil libras castellanas de plata del fondo marino si las aguas que tendrán sobre sus cabezas los arrastran, los empujan, los ahogan o los destrozan contra las rocas. Quizá..., se le pasa por la cabeza sin poder apartar la mirada del canal del Euripo, que, de nuevo, espumea con un nuevo cambio de corriente. Quizá no fue tan buena idea prescindir de la segunda parte del libro de Aristóteles oculto en el templo de Artemisa de Braurón. Puede que contuviera la clave para escapar de

los peligros que guardan el tesoro y ahora conoce en realidad, pues puede verlos con sus asombrados ojos.

—¿Así que esto era en verdad el monstruo de siete ojos y siete bocas que mostraba la miniatura? —medita en voz alta.

Aristóteles no podía tener mejor guardián para su tesoro.

—¿Cuándo creéis que llegarán los demás?

La pregunta de Alvar solo la podría haber hecho un muchacho de quince años. Esa no es la pregunta que haría un adulto, sino que este último se interrogaría así: ¿vendrán o habrán sido capturados? O ¿vendrán o yacerán bajo tierra, fríos y muertos? Solo un joven puede mostrar tanta confianza como muestra Alvar, y él, su tío, no se la va a matar.

—Deberían aparecer hoy mismo o, a lo sumo, en un par de días —miente con aplomo.

En verdad está aterrado solo de pensar en que Isabel y Sancha, y con ellas los demás, puedan haber perecido o que estén penando, aherrojados y a oscuras, en las mazmorras de la acrópolis.

Ese miedo se ha ido incrementando día tras día. Tras zafarse de los hombres de Juan de La Roche en las colinas que rodean Braurón y atravesar el monte Himeto, llegaron a la costa norte de Ática, junto a las lindes de Beocia y frente a la isla de Negroponte, y desde que arribaron a estas tierras, no han parado de ver partidas de hombres armados que los rastrean.

A esas bandas de caballeros y soldados de Atenas se sumó, hace cuatro días, una gran galera de guerra de Constantinopla. Sin duda, es la que tenía que recoger a la emperatriz, pero que ahora, como una pantera marina al acecho, zarpa cada día del puerto de Calcis para patrullar las aguas cercanas.

Le gustaría pensar que están buscando a la urca, pues sería prueba de que los suyos lograron escapar con bien del Pireo. El

canal del Euripo es estrecho en grado sumo. Allí, donde ahora se encuentran, no tiene más de cincuenta varas, y en sus puntos más anchos no llega ni a media legua. Es una estrecha lengua de agua de dos leguas de largo que comunica dos golfos, uno situado al norte y otro al sur, y separa las costas de Beocia y el Ática de las de Negroponte, la cual, según le han dicho, en tiempos de Aristóteles recibía el nombre de Eubea[2] .

Reciba el nombre que reciba, la isla de enfrente, a donde deben cruzar antes del 14 de septiembre, debe de ser un pequeño infierno, ya que desde el olivar en donde están escondidos pueden ver, de tanto en tanto, alzarse negras columnas de humo. En la propia Calcis, la ciudad principal de la isla y a tiro de piedra de donde ellos están, no hay día en que no se vean hombres de guerra matándose en sus calles. Negroponte o Eubea, elíjase el nombre que se quiera, es una tierra dividida entre tres grandes señores: los triarcas. Tres señores de la guerra que no se llevan bien entre ellos y que, por si no les bastara con eso, también mueven batalla contra el ducado de Atenas. Todo ello sazonado con conjuras venecianas que estimulan, lo que pueden y más, las matanzas y los combates que desgarran aquella triste tierra.

—Ese debe de ser el monte desde donde deberíamos medir las estrellas —dice ahora Alvar señalando la gran montaña que ocupa buena parte del centro y el norte de la isla.

Es el Dirfis, una gran mole cuyas cumbres y laderas se alzan de forma vertiginosa desde el mar. Aparecen cubiertas por densos bosques, y algunas de sus lomas y cumbres se precipitan justo sobre la sección más norteña del canal del Euripo.

—En efecto, ahí deberíamos estar encaramados la noche del 14 de septiembre si todo va bien...

Si todo va bien. Pero, para que «vaya bien», necesitan que la urca fondee en algún lugar secreto y cercano, de manera que permita desembarcar a los tres sabios de los que la búsqueda depende y a las tres mujeres sin las que ellos dos, Alvar y Tello, no sabrían ya vivir.

El capitán genovés es un diestro marino. Preocupado por la vía de agua que le abrieron los espías griegos del joven señor Juan de La Roche, buscó fondeadero en una solitaria cala de la isla de Egina y, desde ella, una vez bien reparada la nave, no puso vela al cabo Sunio, que hubiera sido la ruta previsible y que, por lo tanto, temían vigilada, sino hacia las islas Cícladas. Tras cargar agua y víveres en una de ellas, Naxos, retomaron su singladura hacia su verdadero destino: Negroponte.

Ahora tienen enfrente la gran isla[3] y no parece recibirlos con los brazos abiertos, pues muestra claras señales de estar inmersa en fiera guerra.

—No sería prudente echar amarre en el puerto de Calcis y, por lo que parecen decirnos esas negras humaredas que se alzan desde varios puntos de la isla, tampoco se ve recomendable fondear en cualquier otro puerto. Así que rodearemos la isla por el norte y el este, y luego doblaremos hacia el oeste y el sur para buscar una cala solitaria donde echar el ancla —les explica el capitán genovés con esa manera suya directa, franca y segura de decir lo que va a hacer y que tanto cuadra a un hombre de su estampa: bonachón pero firme, grueso pero fuerte, alegre pero duro si es preciso.

Lo escuchan con atención. Están los seis juntos, los tres sabios y las tres mujeres, en el castillo de popa y junto al genovés. Mientras oyen a este último, sondean con la mirada las costas de Negroponte

como si así fueran capaces de ver alguna señal de lo que más ansían: saber si Tello y Alvar están vivos y libres.

Sancha tiene los ojos húmedos y, a su lado, Margarita llora abrazada a Isabel. Yehuda, viejo, silencioso, se siente un poco turbado por la escena en que participa y ruega al dios de Israel que sus amigos sigan vivos, mientras que a su diestra Juan de Aspa baja la mirada y murmura una oración a Cristo, la enésima, por el caballero y su joven sobrino y escudero. Al-Ricutí hace lo propio invocando al profeta y al clemente y misericordioso Alá. Tres mujeres angustiadas, tres hombres que rezan a un mismo dios con tres nombres.

No muy lejos, frente a Negroponte, en la orilla continental del Euripo.

—¡La galera constantinopolitana zarpa de nuevo! —alerta Alvar, quien, subido a un alto olivo, estaba vigilando.

En efecto, la poderosa nave de guerra ha levado anclas y pone rumbo al sur buscando aguas abiertas. Al poco de salir y sin parar de calar palamenta para vencer a la fuerte corriente del Euripo, la nave imperial vira y cruza el estrecho canal para quedarse a pocas varas de la orilla y a menos de doscientos pasos a la derecha de donde ellos la observan.

De inmediato conocen el motivo: una comitiva se acerca a la orilla. La componen cincuenta hombres de guerra bien montados y armados, y entre ellos va un destello de gemas y sedas: María de Brienne, emperatriz de Constantinopla.

Al verla, Tello no sabe qué sentir. Está confuso. Por lo pronto, la bellísima e imperial prima de su rey está ya en la orilla aguardando a que la barca que han despachado desde la gran galera toque playa para embarcarla.

—Vamos a tener problemas —vaticina Alvar.

No necesita ser vidente para acertar, ya que, conforme la emperatriz sube a bordo de la galera, la mayor parte de los caballeros y hombres de armas que la escoltaban se dispersan y se ponen a batir los olivares y campos que ciñen la orilla continental del canal.

Tello y Alvar, de inmediato, corren hasta donde están atados sus caballos. Montan en ellos y galopan hacia la sección del Euripo que queda bajo las últimas estribaciones del monte Dirfis. Mientras se alejan del nuevo peligro, la gran galera imperial pone rumbo a mar abierto y, en su proa, mirando de frente con sus ojos azules, María de Brienne es ahora cazadora en busca de presa.

Una hora más tarde.

—¡Galera a la diestra!

El aviso del vigía encaramado a la cofa de la urca pone a todos en alerta. De inmediato corren a asomarse a ver de qué nave se trata.

La galera constantinopolitana de María de Brienne con velas desplegadas y palamenta calada navega como un colosal dardo y, al avistarlos, arría de inmediato todo el trapo, señal inequívoca de que va a por ellos, ya que una galera no adopta orden de combate con las velas izadas, sino que las arría, pone todos los remos en el mar y marca boga arrancada[4] para ir a por su presa y clavarle su broncíneo espolón.

Eso es lo que está haciendo esta: calar toda la palamenta y, al ritmo que marcan el cómitre, el látigo y el infernal tambor, poner proa hacia ellos para abordarlos.

—¡Por Moisés y todos los patriarcas de Israel! —grita Yehuda al ver cómo el naval monstruo los enfila.

—¡Virad en redondo, muchachos, que no traen buenas intenciones! —ordena a sus marineros el capitán genovés, más práctico y sin tiempo para la piedad.

Todo es premura entonces: caballeros y soldados de Castilla que se arman a toda prisa, y marineros de Génova y Sevilla que despliegan hasta la última vara de trapo de las velas de la urca buscando con ello viento que ponga distancia entre ellos y la galera constantinopolitana, la cual, boga a boga, recorta olas con su espolón siniestro.

En la crujía de la gran nave de guerra, erguida, deslumbrante como una diosa, va María de Brienne, y, durante un sobrecogedor instante, es como si ella y Sancha cruzaran miradas. La una está en la proa de la belicosa galera y la otra en la popa de la perseguida urca. Sin embargo, están todavía muy lejos la una de la otra. Sancha, sin darse cuenta, quién sabe si atendiendo a un presentimiento, se lleva la mano a los pendientes que le regalara la emperatriz. A su lado, Isabel, que esa mañana ha tenido otra de sus crisis, apenas se sostiene en pie y se aferra con manos pálidas a la regala de la popa desde donde mira, desafiante y frágil a un tiempo, cómo se les aproxima la nave enemiga.

—¡Doblad la boga! —ordena en su nave la emperatriz y, de inmediato, el capitán de la galera transmite la orden al cómitre, que hace restallar el látigo sobre los galeotes e indica al tambor que aumente aún más el ritmo.

Bajo la quilla, las olas, partidas, espumean y, ante los tripulantes y soldados constantinopolitanos, la urca, desesperada, trata de alargar distancia con ellos.

Lo logra. Braza a braza, la pesada nave mercante, pese a ser manca[5] , consigue, gracias a su mucho trapo, coger viento de sobra

como para no ser alcanzada y, poco a poco, dejando estela liberada tras ella, se escapa.

María de Brienne la ve alejarse. Es extraño, piensa, pero está aliviada, ya que se siente partida en dos.

En verdad, no se ha sentido de otra manera desde que traicionó a los que consideraba y se consideraban sus protectores y amigos. Pero este mundo es así de perro, y ella, antes que mujer, es emperatriz, y también madre de un príncipe que, si no consigue plata suficiente, se quedará sin imperio sobre el cual reinar. Sin que en su rostro perfecto se marque la más mínima expresión, se impone disciplina y desecha los remordimientos, la tristeza y el asco por ella misma, y se dice con determinación que, aunque hoy hayan escapado, volverán y ella los estará esperando.

22

Don Nuño González de Lara asesta un tremendo puñetazo. El hombre que lo recibe cae al suelo y trata de detener con la mano la sangre que le mana de los labios. Hecho un sumiso ovillo, se queda muy quieto, con la mirada baja, aguardando a que pase la ira de su dueño.

—¡Cómo habéis tardado tanto en informarme de esto! —brama el conde.

—¡Pero, mi señor, no os enfurezcáis conmigo, os lo ruego! Buscamos durante semanas y nada hallamos. Y ha sido esta misma mañana cuando un pastor me trajo los... —No termina la frase.

Nuño González está furioso y lo está pagando con quien no tiene culpa, y lo sabe, mas le importa poco saberlo. Presa de un nuevo estallido de ira, da una segunda patada al desgraciado que tiene tirado a los pies y vuelve a mirar lo que el imbécil acaba de darle y que él todavía aferra con la mano izquierda: los despojos —eso trataba de decirle el inútil que gime en el suelo—, una femenina calavera a medio mondar, pero que conserva íntegra una espesa, magnífica y brillante melena rubia. Justo la que lucía Beatriz la Loba.

Eso es lo que lo ha enfurecido. Eso, el miedo y la inquietud que se derivan del macabro hallazgo. Creía que la Loba había desertado de su campo y la buscaba para taparle la boca y, por lo visto, alguien se le adelantó y, seguro que, antes de cerrarle la boca, se la «abrió» para que le contara todo lo que sabía sobre los asuntos del señor de

la casa de los Lara. Y vive Dios que era mucho lo que la muy zorra sabía.

Como que el hombre tiene muchos enemigos. Un hombre poderoso siempre los tiene, y, por eso, ahora que aferra por los largos y dorados cabellos la marchita calavera de Beatriz, está muy nervioso. La puta sabía mucho y eso lo intranquiliza en exceso, y, cuando está nervioso...

—¡Debería sacarte los ojos! —masculla entre dientes contra el desgraciado que tiene tirado en el suelo y, durante un instante, piensa en hacerlo.

Luego se serena un tanto. No por piedad hacia el hombre al que ha golpeado sin razón, sino porque sigue sopesando cuál de sus enemigos asesinó a Beatriz la Loba, y porque de ello pasa a otro asunto importante: le han llegado extraños informes. Primero desde Pisa: de allí salieron dos, no tres, de sus hombres. Miguel y Egidio embarcaron para Atenas y Negroponte, pero no así el canónigo Martín Pérez. El otro informe ha venido desde Venecia: el rescate del hijo de la emperatriz fue pagado y, tras recoger al príncipe, la nave partió para Atenas. Así que todo indica que Tello y los sabios estarán buscando el tesoro, y él, por su parte, solo tiene allí, en Grecia, a un brujo y a un monje de los que no se fía, y aquí, en Toledo, secretos enemigos que asesinan a los suyos. Beatriz la Loba era «suya». Y aunque tenía decidido matarla para cerrarle los hermosos labios para siempre, que alguien se le adelantara y él no supiera de ello es una amenaza que no soporta.

Han robado una barca de pescadores y, no muy seguros de lo que hacen, se han metido dentro y bogado en dirección a la isla de Negroponte. El canal, por una vez, parece en calma, y reman con

fuerza y con toda la torpeza de dos hombres de tierra adentro para salvar cuanto antes las escasas cien varas que allí tiene el Euripo.

Ni siquiera se atreven a hablar. Es como si temieran alertar al dragón dormido que, cuando despierta, parece hacer hervir las aguas revolviéndolas, agitándolas, encrespándolas en olas violentas y en fatales remolinos.

Entonces despierta.

—¡No! —tan solo acierta a gritar Tello.

—¡Madre santísima! —exclama Alvar con los ojos posados en la estrecha porción de mar que están surcando y que, de repente, deja de ser un espejo tranquilo para empezar a agitarse como si fuera un titán acuático que regresa embravecido. La corriente viene. Viene desde el golfo del sur, el que está más allá de Calcis. Viene revolviendo las aguas, bramando, empujando maligna determinación en cada gota de mar que empuja delante y en cada salpicadura de espuma.

—¡Rema, Alvar, rema con todas tus fuerzas!

Reman como dos posesos, dos locos, dos hombres desesperados que ven cómo un remolino atrapa su frágil y pequeña embarcación. La hace girar, alzándola como si fuera una hoja caída y el Euripo, gozoso de tener nuevas e incautas víctimas en sus acuáticas manos, quisiera, antes de ahogarlos, jugar un poco con ellos.

Ya no pueden remar. La fortísima corriente les ha arrancado los remos y han tenido que soltarlos para no romperse las manos, los brazos. Aferrados a las bordas de la barquichuela, miran, atemorizados, impotentes, cómo la corriente y sus anárquicos remolinos los zarandean, los hacen girar, y amenazan con volcarlos y sepultarlos en las pelágicas profundidades.

Tello tiene el rostro salpicado de espuma y los dientes apretados. Está muerto de miedo y teme que, después de todo, vayan a morir

ahogados.

Alvar, por su parte, no puede evitar gritar de puro pánico mientras intenta no salir disparado de la embarcación. La violencia de olas y torbellinos está creciendo, y todo parece indicar que allí, a no más de veinte varas de la orilla insular del Euripo, se van a ahogar.

—¡Nos vamos al agua!

Alvar lo grita con razón: la barca casi está volcada y una ola maliciosa les pasa por encima.

Entonces, de manera tan repentina como llegó, la corriente diabólica cesa y las aguas, como en un evangélico milagro, se encalman.

—¡Cristo bendito! —suelta Tello, y deja de aferrarse a las bordas de la barca para así poder persignarse.

Alvar no puede hacer ni eso, está descompuesto. Blanco como la cal y temblando como si fuera preso de la más violenta fiebre. No hay tiempo que perder. Y es que la caprichosa corriente, igual que se fue, puede volver en cualquier momento.

Una vez recuperados los remos que habían soltado, reman como endemoniados y en apenas unos momentos encallan la barca contra las rocas más próximas. Saltan de inmediato de la barca y trepan por las grandes piedras como cabras montesas para pisar cuanto antes tierra firme y seca.

Jadeantes, aún asustados, miran al canal y, como temían, contemplan de nuevo, hipnotizados por el inexplicable prodigio, cómo la calma, que esta vez casi ni ha durado tres o cuatro minutos, se rompe de nuevo, y la imparable corriente, esta vez llegando desde el golfo situado al norte, arrasa el canal con su fuerza brutal levantando chorros de espuma y haciendo temblar las aguas del Euripo como si estuvieran poseídas por una legión de demonios asesinos.

Viendo aquello, Tello no deja de hacerse, una y mil veces, la misma pregunta: ¿cómo van a sacar de ahí el tesoro?

Supone, porque es hombre animoso, que los sabios le darán respuesta. Pero le den la solución que le den, sabe también otra cosa: no serán ellos, con sus libros, números y estrellas, los que se sumerjan en las infernales aguas del canal, sino que será él quien tenga que hacerlo y poner así a prueba si lo que los eruditos propongan funciona o no.

Mejor no pensarlo...

Subiendo por la ladera, se meten en el bosque y trepan hasta alcanzar una loma cubierta de robles. Desde ella, asomándose entre los enormes troncos, se puede ver una buena extensión del canal y, más allá de él, del golfo norte, e, incluso y en la lejanía, una porción de mar abierto.

El sol brilla con fuerza y, agotados, se sientan allí, entre las raíces centenarias, y recuperan ánimo y aliento.

—¿A qué día estamos? —pregunta al poco Alvar.

—A 13 de septiembre.

No hay que decir más: el fracaso se cierne sobre ellos.

Miguel come en silencio. El ciervo asado está bueno y tiene ese apetito voraz que surge cuando se combinan juventud, ejercicio y miedo.

Llevan días andando sin parar por las boscosas laderas del monte Dirfis evitando a las partidas de guerra de los triarcas de Negroponte. También, desde hace poco y para su sorpresa, a las merodeadoras singladuras de una gran galera de guerra de los latinos de Constantinopla. Estos, aquí y allá, en distintos puntos de los golfos del Euripo, desembarcan hombres armados que baten las

espesuras y fatigan los montes, como si buscaran a alguien con mucho empeño.

—¡Ahí está de nuevo! —grita uno de los rufianes que les sirven de escolta.

Al mirar en la dirección en que señala el mercenario, Miguel ve la galera constantinopolitana soltando ancla en el golfo norte y, al poco, el esquife que le sirve de barca de desembarco es fletado con veinte hombres a bordo que, en cuanto tocan la arena de la playa, se despliegan tentando la fronda y los roquedales que quedan justo debajo de ellos.

—Debemos movernos de nuevo —suelta a su lado Egidio el Nigromante en un susurro resignado y fatigado.

Dejan el lugar con tanta prisa como pueden y arrean a sus mulas por una estrecha senda mientras cae la tarde.

—¡Ánimo, muchacho! —lo estimula Egidio, aunque el viejo nigromante parece también terriblemente cansado—. Una noche y un día más y estaremos midiendo las estrellas del Delfín y, si tienes razón, eso nos permitirá establecer dónde debemos buscar exactamente. ¡Así que levanta el ánimo, que pronto serás inmensamente rico!

Eso trata de hacer Miguel: animarse. Pero no lo consigue. En verdad, la posibilidad de hallar un tesoro estimularía a cualquier otro joven de sus años, mas él sabe que, cuando lo encuentren, teniendo en cuenta los compañeros que tiene, habrá cola para cortarle el cuello.

Llega el crepúsculo en Negroponte. Detrás de ellos, monte cerrado, y, delante, el Euripo. Tras las malignas aguas, las opulentas llanuras de Beocia y Ática preñadas de sembrados y olivares, y allá lejos, el horizonte encendido en cinco tonos de naranja y una línea de rojo

llameante. Sentados en su precario refugio entre los robles, Tello y Alvar sondean lejanías, aunque ya sin mucha esperanza. Hace una hora vieron pasar bajo ellos a la galera imperial navegando sobre las bravías aguas para alcanzar el golfo norte y luego, saliendo a mar abierto, perderse en el azul. Ahora todo es quietud y presagios de derrota. Está claro que sus compañeros fueron apresados o muertos. Alvar no habla desde hace un buen rato. Piensa en Margarita y se esfuerza por no ponerse a llorar. Él es un hombre, se dice muy seguro, con esa adolescente convicción que uno pone a sus años y que de tan poco sirve. Tello trata de no pensar. Porque, si lo hace, se quebrará, y porque su mente, a esas alturas, se niega a funcionar.

De todas formas, ¿para qué va a hacerlo? Sancha, Sancha, Sancha. Eso es lo único que tiene dentro en estos momentos de amargura y derrota. Y con el sol muriendo, la urca entra en el golfo norte.

El primero en verla es Alvar. Se queda tan impactado por lo que ve que no acierta a decir nada, sino que se limita a ponerse en pie, despacio, como si no diera crédito y, en cualquier momento, cuando afine la mirada, la contemple desapareciendo con la misma premura con la que ha aparecido. Pero como la urca sigue allí, con velas a la brisa del crepúsculo y quilla surcando aguas tintadas de líquidos cobres, abre la boca y trata de gritar.

—¡Por todos los santos! —se le adelanta Tello, que acaba de verla también y se ha puesto en pie de un salto del que se arrepiente de inmediato, porque su cadera aún no está del todo restablecida.

—¡Están vivos, están vivos! —grita Alvar liberado del ensalmo.

Rápidos, con la fuerza que da la alegría de un feliz reencuentro que se les aproxima y del que ya desesperaban, bajan por la selvática ladera que se precipita al punto donde el golfo norteño se estrecha para desembocar en el canal del Euripo.

En la urca todavía no saben nada de ellos. Una hora antes, cuando estaban anclados al fondo de una diminuta cala, han visto pasar a la gran galera constantinopolitana, la cual, por lo visto, los sigue buscando sin descanso. Por lo pronto, la han burlado y el capitán genovés, audaz como es, ha decidido meterse en el Euripo y probar suerte.

La impaciencia los devora a todos y, puesto que solo quedan ya una noche y un día para el momento clave y siguen sin saber nada de los suyos, se lo van a jugar a esta carta, confiando en que no haya más naves de guerra en el estrecho que separa Negroponte del continente.

Para un barco tan grande como la urca, el canal del Euripo es un contratiempo, pero, si su capitán es diestro, no es un peligro grave. La corriente, cuando aparezca, que aparecerá, los zarandeará, los elevará y dejará caer, pero, si mantienen firme la espadilla, pasarán sin infortunio.

Allá van, confiando en que la galera tarde en volver y con todos los que no son necesarios para el gobierno del barco escrutando, incansables, las lomas y alturas del monte Dirfis: el lugar donde se había concertado el encuentro con Alvar y Tello.

Nada saben y mucho temen. Por eso, Sancha, Isabel y Margarita no apartan las inquietas miradas de las espesuras, mientras que al-Ricutí, Yehuda y Juan de Aspa hacen otro tanto mientras miran, maravillados, aquellos extraños parajes sobre los que tanto leyeron en Toledo y Sevilla mientras preparaban el viaje.

Sombras que se alargan, luz azul que gobierna el mundo, peñas, monte bravío, aguas turbulentas y un ascua de esperanza.

—¡Ahí están, por Dios que son ellos!

Ha sido al-Ricutí el primero en verlos. Tiene ojos penetrantes, como buen astrónomo, y el corazón le da un vuelco, ya que allí,

apareciendo y desapareciendo entre robles y arbustos, se puede ver a Tello y a Alvar corriendo hacia la orilla del mar. Sancha se echa a llorar e Isabel y Margarita, abrazándose, ríen entre lágrimas.

—¡Echad el batel al agua, debemos recogerlos antes de salir del golfo y entrar en el canal! —ordena el capitán.

Pronto, los marineros se aprestan a hacer lo que se les manda, pero se detienen en seco.

—¡La galera, la galera regresa! —advierte, aterrorizado, el niño que les sirve de vigía en la cofa del palo mayor.

Tello y Alvar no pueden creerlo: están a pie de mar y la urca, cuando se disponía a soltar los amarres del batel para ir a recogerlos, ha vuelto a poner vela y pasa ante ellos como una promesa incumplida. Desde donde están, a escasos pasos del mar, ven, asomados sobre la regala, a sus amigos y a las mujeres que aman.

Alvar no puede hacer otra cosa que mirar a su madre y a Margarita. Están juntas, abrazadas, y han mudado la alegría que las embargaba por una tristeza tan súbita como desoladora. Alvar, sin poder remediarlo, se echa a llorar como un niño. Tello no llora, ve a Sancha, que sí lo hace y que le tiende los brazos en un gesto de amor y súplica.

Entonces el viento cambia y les lleva los gritos que les lanzan desde la urca y, al mirar hacia donde les señalan, ven a la galera que rema a boga arrancada hacia ellos, mientras en su cubierta menudean ballesteros y arqueros aprestándose a batalla.

Entre tanta gente de guerra, la emperatriz de Constantinopla.

—¡Maldición! —ruge Tello, y, de pura rabia preñada de frustración, recoge una piedra del suelo y la lanza, inútilmente, contra la galera, que, boga a boga, acorta distancia.

La derrota en la esperanza. Eso es lo que están viviendo, y Tello lo sabe. Pero él es acero de Toledo forjado en fragua y yunque de hombre, y nunca se quiebra. Así que, desafiante, desenvaina la espada y mira hacia donde ve, ya claramente, a la emperatriz y su gente. Sancha observa lo que hace Tello y se siente orgullosa de amar a ese hombre fuerte que nunca se rinde. Lo ama desde el día en que lo vio por primera vez, cuando era muy niña y él le parecía un gigante. Y por eso, porque lo ama, porque le despierta fiero orgullo en su pecho de mujer, tampoco ella se rendirá.

—¡Mañana, mañana estaremos juntos! —grita con todas sus fuerzas, y se jura que así será aunque tenga que cruzar a nado aquellas aguas salvajes o trepar descalza por las peñas de la montaña que tiene delante.

Tello la oye, espada en mano, y una sonrisa le acude a los labios. Porque, pese a la derrota que aniquila a la esperanza, pese a tan duro golpe, pese a que la urca se aleja llevándosela, sabe que ellos, Sancha y él, son más fuertes que la derrota, más que la esperanza, más que cualquier otra cosa.

Entonces se gira de nuevo hacia la galera. Allí se oyen gritos y las ballestas disparan, aunque están aún demasiado lejos, y sus negros virotes caen, cansados, a tres o cuatro varas de ellos, zumbando y levantando salpicaduras de agua marina.

—¡Fracasarás! —grita a la emperatriz—. ¡Fracasarás y quedarás maldita para siempre por tu traición! ¡Que Dios te castigue y te maldiga, pues tienes el corazón de piedra negra! —Y con aquella maldición, Alvar y él se giran y vuelven a perderse en los bosques del monte Dirfis.

María de Brienne lo ha oído. Ese hombre tan fuerte, tan bravo —se dice—, tenía que haber sido mío... —Eso es lo que se le viene a la mente, y siente en las entrañas que es lo que desea en realidad y lo

que nunca tendrá. No porque no hubiera podido tenerlo, sino porque ella es quien es y, por eso, por ser fiel a su esencia, es, en verdad, una maldita traidora con corazón tan negro y duro como la piedra de Tournai[1] .

—¡Daos prisa en despachar hombres y perros a la orilla para apresarlos! —ordena a sus soldados con fiera determinación, pese a que se sabe muerta por dentro—. ¡Cogedlos vivos!

De inmediato, se cumplen sus órdenes y el esquife lleva veinte hombres y tres perros de guerra a tierra para que vayan tras las huellas de Tello y Alvar. En cuanto parte la barca, la galera, redoblando el ritmo de boga, retoma su persecución de la urca y le pisa con los remos la estela.

Viéndolo todo desde otra altura cercana del monte Dirfis, Egidio el Nigromante, Miguel y su grupo de rufianes se quedan perplejos.

Egidio y Miguel conocen de sobra a Tello Bermúdez y a los sabios del rey, y saben también a qué han venido a Negroponte. Así que al verlos allí, en la boca del canal del Euripo, el uno en tierra y los otros en un barco, huyendo todos de una galera de guerra que enarbola las armas del Imperio latino de Constantinopla, y a una noche y un día del momento preciso en que se debe establecer la posición del tesoro, comienzan a sacar las evidentes conclusiones que cualquiera puede extraer.

—El caballero y los sabios del rey... —musita Egidio tan asombrado como todos los demás, pero dándose perfecta cuenta de lo que aquello implica—. ¿Sabes, Miguel?, a lo mejor esto va a ser más fácil de lo que pensábamos. A lo mejor solo tenemos que sentarnos a esperar y recoger, ¿cómo decirlo? ¡Sí, eso es! Sentarnos a esperar para recoger los beneficios del peligroso trabajo que otros hagan por nosotros.

23

Amanece. Catorce de septiembre y cielo despejado, y, en los bosques del Dirfis, dos hombres corren como ciervos acosados. Llevan persiguiéndolos toda la noche, batiendo tras ellos el bosque, antorcha en mano, y soltándoles perros de guerra que olfatean su rastro para señalárselo a los cazadores con sus estruendosos ladridos.

Agotados, resentidos aún de las heridas que encajaron en su fuga del castillo de la acrópolis de Atenas y un tanto desanimados tras haber perdido la oportunidad de reunirse con los suyos, se dejan caer junto a un manantial para beber y recuperar el aliento. El ladrido de los perros llega hasta ellos como una amenaza que va creciendo. Beben y se miran a los ojos: un joven de quince años y un hombre maduro. Dos que comparten sangre y, a lo que parece, un mismo destino.

Tello sabe mucho de estas cosas, de lo que se te pasa por la cabeza cuando sientes que todo está perdido. Esos momentos son los que deciden si mueres o sigues vivo, porque, si te abandonas, pereces, y si te levantas y sigues luchando cuando nadie lo espera, puede, solo puede, que sobrevivas contra todo pronóstico.

—No vamos a seguir corriendo —le dice a Alvar.

Alvar cierra los ojos, aliviado, pues no puede más. Piensa, mejor así, esperar a que todo termine de una vez y dejar de sufrir. Y es que, aunque el ladrido de los perros se acerca a ellos más y más, su

cuerpo y su voluntad ya no pueden seguir librándolo de la derrota y la muerte, y prefiere esperarlas resignado.

—¡Venga, muchacho, arriba, que ahora nos toca a nosotros!

—¿A nosotros? ¿No habíais dicho que no íbamos a correr más?

—Y así es, Alvar, no vamos a correr más —le confirma para su desconcierto—, sino que vamos a ir andando a matarlos.

El muchacho pasa del desánimo a la seguridad que lleva en el corazón el león cuando se detiene para enfrentarse a los perros.

Perros. Son tres. Tres molosos griegos nacidos en los montes del Pindo. Grandes, feroces, adiestrados para rastrear y matar hombres. Tras ellos corre su perrero y, junto a este, cinco soldados latinos provistos de ballestas y arcos. El resto de la partida, compuesta por catorce hombres y desembarcada por orden de María de Brienne, ha quedado un poco rezagada debido al terreno quebrado y al cansancio por la larga persecución. No obstante, estos seis, el perrero y sus compañeros, sienten cercanas las presas y redoblan el paso con la esperanza de ganar el premio que, sin duda, la emperatriz les entregará cuando le lleven a los fugitivos.

Robles. Grandes, milenarios y seculares árboles, majestuosos robles por todas partes. Extienden sus ramas y retienen bajo ellas sombras, incluso en lo más vivo de la luz del mediodía. Robles del monte Dirfis vigilan sus pasos como guardianes celosos. Algunos deben de llevar allí desde los tiempos en que centauros, titanes, gigantes y héroes recorrían las tierras de los antiguos griegos, en aquellos días arcanos y lejanos en que todo era posible y los dioses se divertían poniendo a prueba a los hombres.

Pero estos que corren tras los perros no saben nada de esas cosas y, aunque supieran de ellas, no les prestarían atención. Ellos son soldados de Constantinopla y siguen huellas que los llevarán hasta

hombres agotados, vencidos, a los que, después de que los perros se diviertan un poco con ellos, apresarán para cambiarlos por buena plata. Entonces los canes salen disparados hacia un gigantesco tronco caído y redoblan sus ladridos hasta llevarlos al paroxismo y mezclarlos con agresivos gruñidos. Los soldados se animan, pues aquello significa que, al fin, los tienen acorralados. Corren hacia los perros, que ladran desaforados, aunque ya no los pueden ver, pues el tronco quebrado es colosal y los canes están al otro lado de la inmensa mole de madera semipodrida, fieramente enloquecidos.

—¡Vamos! —anima uno de los ballesteros, apresurándose hacia donde los perros, cada vez más nerviosos y enloquecidos, ladran y enseñan los dientes.

De un salto se sube al gran tronco caído y, al otro lado, para su sorpresa, lo único que ve son los perros ladrándole al roble muerto donde está subido.

Así, sin entender nada, muere atravesado por una estaca afilada que sale debajo de la larga grieta que recorre la parte superior del gran árbol abatido, y se le mete por la entrepierna hasta llegarle a lo más profundo de las entrañas.

Los que vienen detrás se quedan helados: ante ellos, su compañero ha sido, literalmente, empalado. Pero no se ve a nadie y los perros, enajenados, ladran y ladran como endemoniados.

Uno de los soldados pierde la cabeza. Tal cual, la pierde, porque Tello surge de la espesura blandiendo acero. Y Alvar, rodando dentro del tronco medio podrido, en cuyo hueco corazón se había metido, da un fuerte alarido y clava su espada en el hocico de uno de los perros, que, enloquecidos por su olor, ladraban sin freno porque sabían que su presa estaba allí, aunque no pudieran verla. Por mucho que ladraran, por muchas fieras dentelladas que lanzaran, no podían alcanzarla, porque, una vez que Alvar se metió dentro del

roble caído, su tío había tapado con una gruesa corteza la grieta por la que se había introducido.

Ahora ya es tarde. Bueno, al menos para los perros y para los hombres que iban con ellos. Tello, antes incluso de que la cabeza que ha cercenado toque el suelo, ha dado muerte a otro de sus enemigos. También Alvar, sin parar de aullar como lobo desquiciado, sigue lanzando estocadas a las caras de los perros, que, espantados, gimiendo, se apartan del tronco con el rabo entre las patas y dejan salir a su presa, que, con la cara manchada por el barro y la podredumbre del corazón del roble, parece un espíritu maligno del bosque. Sin dejar de gritar, el animal salta para sumarse a la matanza.

No dura mucho, por cierto. Tello ha matado ya al tercero de los desconcertados cazadores y Alvar, saltando desde el tronco, se lleva por delante al asustado perrero. Cuando uno de los canes, haciendo acopio de valor, salta sobre él para vengarlo, lo recibe esquivándolo y asestándole un golpe de espada que casi lo parte en dos.

Sangre de hombre, sangre de perro empapan el suelo de un bosque milenario, y el único cazador que queda con vida corre ladera abajo y pide ayuda.

De pronto abandona, ya que uno no puede hablar si una daga bien lanzada le atraviesa la nuca.

Tello va dando zancadas hasta el desgraciado que se ha derrumbado. Al llegar, le pone un pie en la espalda y le desclava el arma de la destrozada nuca. Para cuando regresa junto a Alvar, el joven ha dado muerte a un segundo perro, y el tercero, herido en el hocico, se ha perdido en la floresta. Todo ha concluido.

—Sin los perros, los que quedan lo tendrán difícil. Además, vamos a prepararles un mal rato que les quitará las ganas de seguir persiguiéndonos.

—¿Prepararles un mal rato?

—En la guerra, Alvar, si el enemigo te acosa, hay que romperle no solo el cuerpo, sino también, y sobre todo, los nervios.

Quince minutos más tarde, entre los gigantescos árboles aparece el resto de los cazadores enviados por María de Brienne y, en efecto, se les rompen los nervios. Ante ellos ven seis cabezas de hombre y dos de perro, alineadas sobre un tronco caído; los miran con ojos yertos.

Ni siquiera tienen que hablarlo: los catorce, casi al unísono, se dan la vuelta y salen corriendo.

Lejos de allí, la urca navega alejándose de la isla de Negroponte. Ha puesto vela a Samotracia, y la galera que la persigue, a su vez, vira en redondo, pues es mucha la ventaja que le sacan y da por perdida la partida.

Al menos, no podrán ayudar a Tello, y el caballero, abandonado a su suerte y acosado, más pronto que tarde será capturado. Se consuela María de Brienne mirando desde la proa de su galera cómo se pierde la urca en la azul lejanía. Entonces, ante ella se presentarán dos posibilidades: la de sacarle cuanta información posea y emprender sin más dilación la búsqueda del tesoro. O, si Tello no sabe lo suficiente como para afrontar la empresa con garantías de éxito, usarlo como rehén a cambio de la información necesaria para obtenerlo. En cualquier caso, no abandonará su propósito, ella sabe de contratiempos y paciencia. Nunca desiste, sino que aguarda a que sea la derrota la que se rinda ante su voluntad de hierro para ser sustituida por la victoria.

La urca sigue alejándose rumbo a Samotracia. Lejos, muy lejos de Tello y Alvar.

Antes, durante las horas de la pasada noche y al breve resguardo de una diminuta cala, desembarcó en ella, a toda prisa y sin que nadie lo advirtiera, a los tres sabios y a diez mesnaderos castellanos para guardarlos, y también, y no hubo forma de retenerlas, a Sancha y a la joven Margarita. Isabel, cada vez más débil, casi no se sostenía en pie y tuvo que desistir contra su voluntad. El resto, quince figuras apresurándose por entre campos y montes, pugnan por regresar cuanto antes a las vertientes del monte Dirfis que miran al canal del Euripo.

Así que la carrera ha empezado, aunque la están perdiendo. Las horas pasan, y Tello y Alvar, pese a estar en el sitio indicado, poco pueden hacer sin un astrolabio, y aunque lo tuvieran, no les serviría de nada sin sabios que supieran usarlo.

Sin embargo, aunque no lo saben, dos sabios con astrolabio los vigilan agazapados no muy lejos de ellos en la espesura. En efecto, Egidio el Nigromante y Miguel, el joven monje.

Lejos aún de todos ellos, de amigos y adversarios, al-Ricutí, Yehuda, Juan de Aspa, Sancha, Margarita y los diez mesnaderos se apresuran cuanto pueden. Sin embargo, es difícil progresar por una tierra sobresaltada de manera constante por gente armada y, de continuo, se ven obligados a esconderse donde pueden para aguardar a que las bandas de guerra pasen de largo.

Caminan, se esconden, avanzan a toda prisa, legua tras legua, ocultándose cuando es preciso y cuando no lo es. Retoman su marcha forzada, fatigando montes y valles y llevando en el atribulado corazón angustia a raudales. Y es que, cada vez que miran al cielo, el sol devora con su fuego las horas del día y, tras ellas, llegará la única noche para poder medir la posición de las estrellas y revelarse dónde duerme el tesoro.

Mientras, arriba, en las cumbres del Dirfis, Tello y Alvar se sientan sobre las raíces de un viejísimo roble y miran abajo, a las tumultuosas aguas del canal del Euripo, preguntándose si, después de tantos meses de aventuras y peligros, todo habrá sido en vano.

Entonces el sol comienza a declinar. Sancha alza los ojos mientras trata de mantener el paso feroz que se han impuesto. Tras ella, Margarita sufre muchísimo, ya que no deja de ser una joven damisela que nunca ha tenido que forzar su cuerpo, mientras que, por el contrario, ella, Sancha, creció trabajando y fatigándose con mil tareas de casa y campo.

Aún peor que Margarita lo están pasando los sabios. Al-Ricutí, pese a ser un hombre en la vigorosa plenitud, nunca ha terminado por restablecer del todo la fuerza de sus torturadas extremidades; mientras que Yehuda, viejo y corpulento como es, camina sin resuello, trastabillando y, si no fuera por el auxilio que le prestan dos mesnaderos, hace tiempo que se habría desplomado, roto y vencido. Tampoco lo está pasando mejor Juan de Aspa, quien, aunque algo más joven, no deja de tener sesenta y tres años que le pesan en las piernas como plomo fundido.

—¡No vamos a lograrlo! —se desespera al-Ricutí. Sus resentidas articulaciones le gritan que tiene que parar y darse descanso.

—Yo no puedo más... Si sigo esforzándome, reventaré como un caballo llevado al límite —se lamenta a su vez Yehuda, y, en verdad, tiene el rostro abotargado y parece a punto de sufrir un infarto.

Así que se detienen. Otra vez. Y no para ocultarse de posibles enemigos, sino porque no pueden más. Están, simplemente, derrotados.

—¡Levantaos, maestros, tenemos que seguir! —los anima Sancha, y se vuelve hacia los sabios, quienes, exhaustos, se han dejado caer

al suelo sobre un reseco rastrojal limitado por olivos centenarios y agobiado por el incesante estridular de miles de invisibles grillos.

La muchacha, tan bella, morena y brava, los mira como lo haría un desafío.

Juan de Aspa lo recoge.

—¡Me duele hasta el alma, pero por Dios y su corte celestial que esta muchacha tiene razón! —dice con rabia mientras se pone de nuevo en pie, y se lleva las manos a la dolorida cintura y se masajea las agotadas piernas.

—¡Bien por vos, maestre Juan de Aspa! —celebra Sancha—. Tal y como sabemos, hace falta que al menos uno de vosotros llegue a tiempo junto a Tello y Alvar —les explica Sancha, que se ha transmutado de sirvienta en capitana—. Así que esto haremos: el maestre Juan de Aspa seguirá camino para poder hacer uso, en la hora que se precisa, del astrolabio. Yo iré con él, y con nosotros, cinco de los soldados. Los demás repondréis algo de fuerzas y luego nos seguiréis con el resto de los instrumentos y pertrechos.

Sin esperar a que lo que dice pueda ser discutido, Juan de Aspa echa a andar y, empujado por tanta femenina gallardía, trota tras ella seguido de cinco hombres de armas.

—¡Esperadme, voy con vosotros! —chilla tras ellos Margarita.

—¡Vuélvete, tienes los pies desechos! —le espeta Sancha girando la cabeza hacia ella sin detenerse.

Es cierto, la chica tiene el calzado destrozado y los pies ensangrentados, y allí, en aquel rastrojo requemado por los últimos soles del verano griego, ofrece un patético aspecto: la cara sucia, los largos cabellos dorados apelmazados por el sudor y el polvo, las vestiduras rasgadas por los espinos y zarzales con los que se han ido enganchando durante aquella interminable caminata.

—¡Al infierno con mis pies y al infierno con todo! —grita la muchacha, y se sacude los zapatos para quedarse descalza. Tras arrebatarle la daga a uno de los soldados, se corta el bajo de las faldas para así poder andar más ligera.

Los ha dejado a todos boquiabiertos con aquel arrebato inesperado de furia y decisión. Es la primera vez que la joven dama, tan exquisita, tan educada, pronuncia palabras tan poco apropiadas para una noble constantinopolitana.

Ahí la tienen: apretando el paso, con las piernas al aire y rechinando los dientes para imponerse al dolor. Sancha, al verla, le entrega una sonrisa y, tras esperar a que se les una, retoman el camino a toda prisa.

Hacen bien en apresurarse. Las horas no se detienen, el sol las empuja hacia el horizonte y, aunque ya se internan en los umbríos bosques del monte Dirfis, la noche, aunque todavía invisible, está agazapada en algún lugar de Oriente, preparándose para saltar sobre el poniente.

Tello se pone en pie. El sol quiere besar ya la lejanía del Occidente. En apenas una hora será de noche y las estrellas de la constelación del Delfín se alzarán para señalar dónde se debe buscar el tesoro que Aristóteles, mil quinientos ochenta y un años atrás, escondió bajo las caóticas y peligrosas aguas del Euripo que tanto lo intrigaron.

En apenas una hora..., pero nadie estará allí para fijar su posición en los cielos nocturnos.

—Esto se está poniendo feo.

Quien habla es Egidio el Nigromante, y Miguel, que, aunque listo como un demonio, en el fondo sigue siendo un novicio inocente, no

lo entiende.

—¿A qué os referís, maestro?

—A que vamos a tener que hacer el trabajo nosotros. Por lo que me dijiste, solo esta noche, de entre todas las del año, será válida la medición de la posición de las estrellas del Delfín y, por lo que podemos ver, esos dos pasmarotes de ahí abajo, el caballero Tello Bermúdez y su joven sobrino, ni tienen astrolabio ni sabrían usarlo.

Miguel tarda en responder. ¿Qué está proponiendo el nigromante? Desde Pisa, es decir, desde que asesinó al canónigo Martín Pérez con el auxilio de Egidio, este último ha tratado de ganarse su confianza e, incluso, su cariño. Pero Miguel no se engaña: Egidio el Nigromante lo matará en cuanto lo considere oportuno. Por eso, mide y sopesa cada palabra, cada gesto del oscuro mago, pues pueden ser pistas, indicios de que se apresta a asesinarlo.

—Bueno, ese es su problema, maestre. Nosotros sí podemos hacerlo. Estamos aquí, en la ladera adecuada del Dirfis, tenemos un astrolabio y sabemos usarlo. Antes de que termine la noche, confirmaremos si tenemos razón.

—Claro, mi inteligente muchacho, pero, una vez que tengamos la posición de las estrellas y la pongamos en relación con el Euripo, no llegaremos al tesoro, sino al siguiente problema.

—¿Al siguiente problema? No entiendo...

—¡Mira ahí abajo! —le dice señalándole las aguas del canal que, justo en ese momento, comienzan a revolverse de nuevo y a espumear de forma amenazante—. ¿Te meterás tú ahí? Yo no, desde luego, ¡ni por todo el oro del mundo!

Miedo, eso es lo que Miguel ve en los ojos del brujo. Es normal, él también lo tiene. Nadie en su sano juicio bucearía bajo esas aguas caóticas y asesinas.

—¿Y nuestros hombres? —propone Miguel señalando de forma discreta con los ojos a los seis rufianes que, tirados en el suelo, aguardan masticando tocino salado y charlan, aparentando una despreocupación que desmienten las desconfiadas y malévolas miradas que les lanzan en cuanto los creen distraídos.

—¿Nuestros hombres? No, muchacho, te equivocas, porque esos malnacidos no son «nuestros hombres», sino una pandilla de asesinos que nos protegen solo porque calculan que nos sacan más oro vivos que muertos. Piénsalo de esta manera, joven Miguel: según acabas de proponer, ahora vamos y le decimos a esos hijos de puta que están ahí sentados comiendo tocino que se levanten y que bajen al Euripo para echarse a sus aguas y bucear en ellas hasta que alcancen el infierno. Dado que eso, el «infierno», es el único lugar al que uno llega cuando se mete en ese condenado canal. ¿De verdad crees que se van a entusiasmar con la idea? Supongamos que sí, que nos hacen caso y se juegan la vida tirándose a las aguas del Euripo para bucear en ellas hasta dar con el tesoro y sacarlo del fondo. Llegados a ese punto, vendría lo mejor: una vez con el tesoro en sus sucias manos, tú y yo vamos y les decimos con una sonrisa «¿Os importa entregárnoslo?». ¡Una mierda y un par de cuchilladas es lo que nos van a entregar!

—Vos mismo dijisteis... —comienza a decir un cada vez más desconcertado Miguel.

—¡Que aguardaríamos a que esos de ahí abajo, Tello Bermúdez y su joven escudero, se jugaran el pellejo por nosotros y que luego, cuando menos lo esperaran, les arrebataríamos el tesoro!

—Sigo sin comprender, maestre... ¿Por qué cambiar de plan entonces?

—Hijo, es fácil de entender. Lo que quería decir es que, para quitarles el tesoro, les echaríamos encima a nuestros seis rufianes, y,

ya sabes, que si un espadazo por aquí, que si una cuchillada por allá, y muerte a muerte irían menguando los números, los de nuestros granujas y los de nuestros adversarios. Entonces, cuando esos «números» fueran lo suficientemente bajos, yo entraría en escena con esto —y diciendo aquello, como buen nigromante, abre la mano y en ella, por arte de magia negra o de ilusionista, elíjase lo que se quiera, aparece un puñado de polvo brillante y amarillo.

—¿Qué es?

—Orpimento. Polvo de orpimento[1] . Lo reservaba, con cariño, para librarme de ti y del canónigo Martín Pérez cuando llegara el bendito momento de hacerlo. Pero el canónigo ya no lo necesita, ¿verdad? Lo dejaste bien muerto en Pisa. Y en cuanto a ti, chico con suerte, te has librado gracias a las circunstancias en las que nos hallamos metidos hasta el cuello. Así que espabila y dale las gracias a esas, a las circunstancias, porque ahora este polvo que ves ya no estará destinado a envenenar tus jóvenes pulmones, sino que, cuando llegue el momento, matará de inmediato a cuantos sobrevivan a este entuerto. Y cuando todos, granujas y adversarios, sean un bonito montón de cadáveres, tú y yo saldremos corriendo como liebres con el tesoro en las manos.

Miguel nunca se había sentido tan mal. La boca la tiene seca, mientras que la cara, no hace falta que nadie se lo diga, blanca como el yeso. Y, para colmo, sus puñeteros ojos no quieren obedecerlo y, en vez de apartarse, siguen clavados en el polvo amarillo y brillante que Egidio le muestra en la mano.

—Venga, joven Miguel, deja de mearte encima y vamos a presentarnos ante ese esforzado caballero y su sufrido escudero. —El Nigromante echa a andar en dirección a Tello y Alvar.

Tello no puede apartar los ojos del cielo. La noche ha caído y las estrellas, burlándose de ellos, lo gobiernan por entero. En torno a ambos, el bosque guarda silencio, pero lejos, muy lejos, el melancólico ululato de un búho les llega apagado. De tanto en tanto, se rima con el ladrido de los perros que guardan alguna de las granjas que se adivinan más allá de las orillas beocias del Euripo.

—Fue una buena liza —se concede Tello, empujado por la tristeza de aquella noche de fracaso y también para tratar de animar a Alvar, quien, tirado a su lado, tiene los ojos llorosos.

—Estuvimos tan cerca... —se lamenta el muchacho.

—¡Lo intentamos, y vive Dios que pusimos todo nuestro valor y nuestras fuerzas en ello! Pero Dios ha dispuesto otra cosa.

—Sí, tío, la derrota. Dios nos ha entregado la derrota.

—Quizá no, joven escudero.

Se vuelven sobresaltados y sus ojos, a la luz de la aún clara noche, se topan con el rostro de Egidio el Nigromante. Es, sin duda, un gran sobresalto. Nadie podría imaginarlo, pero ahí está: saliendo de la oscura espesura, sonriéndoles y escoltado por otras siete figuras.

—¡Te conozco! —logra al fin imponerse Tello a la sorpresa.

—Y yo a vos, caballero Tello Bermúdez y, aunque no sea de nuestro agrado, ahora somos aliados.

No les agradaba aquello, desde luego. ¿Qué remedio les quedaba?

Ninguno. Así que ahora, contra toda esperanza y lógica, pero en la noche y la hora fijados, están en el lugar adecuado, contando con un astrolabio y un sabio para usarlo.

¡El «sabio» es un muchacho, un monje con poco más de veinte años y manos temblorosas! Lo rodean hombres armados y nerviosos, y un nigromante que guarda, vete tú a saber dónde, un puñado de polvo venenoso. Con semejante compañía, manipular

algo tan delicado como un astrolabio es cosa difícil y generadora de nervios y, claro, le sudan y tiemblan las manos.

—¡Ahí tienes al Delfín! —lo alerta Egidio el Nigromante señalando la constelación que, al fin, emerge de la noche para tomar su posición.

Miguel mira los astros que le señalan y luego traga saliva y después vuelve a tragarla. Nunca había tenido la boca tan seca.

A continuación, con la boca pastosa, coloca de manera correcta la oreja del astrolabio de bronce y logra así que el sistema de suspensión del artefacto lo sitúe en vertical.

Justo a tiempo. Las cinco estrellas de la constelación del Delfín son ya visibles en todo su esplendor: las cuatro primeras forman un rombo que los astrónomos conocen como «el ataúd de Job» y la quinta, rezagada, es la «cola» del Delfín, cuya cabeza y cuerpo se supone que son las cuatro que conforman la citada figura geométrica.

Tello está fascinado pese a la extraña situación en que se encuentran: junto a adversarios que, por lo que le han confesado, trabajaban para don Nuño González de Lara.

¡Así que siempre estuvo en lo cierto y el maldito conde era quien estaba detrás de tantas traiciones y muertes! ¡Cómo se quedará el rey Alfonso cuando se lo cuente! Pero, al pensar en eso, en verse delante del rey revelándole, en efecto, que Lara es el gran y oculto traidor que temía y recelaba, algo le dice que Alfonso, pese a saberlo, no moverá un dedo contra don Nuño, sino que se limitará a guardarse de él y a vigilarlo con sumo cuidado.

El conde es demasiado poderoso y Alfonso es en exceso pragmático y astuto: mejor tener al señor de la casa de Lara bien cogido por los cojones que no cortarle la condenada cabeza. Eso, sin

duda, será lo que decida hacer el rey... Pero ya llegará a ese río y ya verá si puede o no cruzarlo.

Ahora, por lo pronto, a dos pasos de donde está, el joven Miguel se pelea con el astrolabio para desvelar dónde está el condenado tesoro. Para lograrlo, ajusta una aguja sobre una circunferencia llena de muescas para, a continuación, desplazar la segunda circunferencia del artilugio y girar los dos discos insertados en la parte delantera del astrolabio.

—¡Listo! —anuncia el nervioso muchacho y, de inmediato, con manos trémulas, enfila con el astrolabio la constelación del Delfín y luego, dándose la vuelta, busca la cumbre del monte Dirfis—. ¡Lo tenemos! —afirma al poco con voz emocionada—. ¡Tal y como decían los números!

—¿Qué quieres decir? —pregunta Egidio el Nigromante, subyugado por presentir tan cerca el objeto de su deseo: el tesoro.

—¡Veintinueve! ¡Veintinueve grados enlazan el Delfín con la cumbre del Dirfis, y eso quiere decir que no estamos equivocados y que este es el lugar y la noche que Aristóteles fijó! —grita con júbilo el brujo, que se imagina acariciando las gemas del tesoro.

—En efecto, veintinueve grados enlazando cinco estrellas y la cima de una montaña consagrada a la diosa Artemisa os confirman eso que decís. Y mirad por dónde, también serán veintinueve las partes en que deberemos dividir el canal del Euripo.

Todos se dan la vuelta, sobresaltados, pues quien ha hablado ahora es Juan de Aspa.

—Tu maestro, el pobre Julián de Ávila, estaría orgulloso de ti, joven Miguel —le dice el viejo monje al huérfano discípulo del descuartizado Julián—. En cuanto a ti, nigromante, si estás aquí es porque hay gato, león y hasta lobo encerrados en lo que sea que en realidad tienes en mente y entre tus sucias manos.

—Siempre fuiste demasiado duro con los demás, maestre Juan de Aspa —le replica Egidio bajando los ojos y apretando los dientes, y así, con los ojos bajos y rechinando los dientes, calcula si tendrá suficiente polvo venenoso para matar a tantos.

Juan de Aspa no ha aparecido solo, sino acompañado de cinco hombres de armas que, exultantes por reunirse de nuevo con su jefe, Tello Bermúdez, lo rodean y lo abrazan con guerrero entusiasmo. Ahora, concluye con rabia Egidio, sus seis rufianes nada tendrán que hacer, dado que, con los mesnaderos recién llegados, los de Tello los superan con amplitud en número.

—¡Tello!

Lo llaman, y el caballero, desembarazándose de sus hombres, mira emocionado en dirección al milagro: uno con cara de ángel moreno que se le echa encima.

—¡Alvar!

Otro «milagro», y el que ahora llega y corre hacia ellos es oro y alegría: Margarita.

A la niña le cuesta mantenerse en pie y va dejando huellas de sangre. Pero aun así, la animosa y rubia muchacha corre, y Alvar, adelantándose, la toma entre sus brazos y la alza en volandas para besarla, y, al fundirse sus bocas juveniles, al muchacho le parece tener estrellas en los labios.

—¡Venga, joven Miguel, no perdamos el tiempo, que la noche no espera! —ordena Juan de Aspa poniendo orden en tanto gozoso reencuentro y sumando el astrolabio que porta consigo al del desconcertado novicio.

—Bien, Miguel, te revelaré que Aristóteles observó que las estrellas de la constelación del Delfín señalaban a la cumbre del monte Dirfis. Desde ella, triangulando, se podía establecer una segunda posición: esta cumbre donde nos hallamos, a veintinueve

grados, y desde la cual, en cuanto se haga de día, podremos abarcar, en un solo golpe de vista, las dos leguas del canal del Euripo. Siguiendo de nuevo al condenado Aristóteles, procederemos a dividir en veintinueve partes iguales.

Miguel está fascinado y satisfecho de sí mismo. De hecho, va a reventar de puro orgullo, ya que él, contando con menos información, había llegado a la misma conclusión.

Como el viejo Juan de Aspa no puede saber eso, considera, ufano, que son su erudición y sapiencia las responsables de haber dejado mudo al joven monje y, sonriendo con satisfecha suficiencia, prosigue ilustrándolo, mientras en torno a ellos todos los miran con expectación.

—Bueno, como veo que no puedes despegar los labios de tanto asombro ante mi desbordante sabiduría, te lo aclaro: esos veintinueve grados y esas veintinueve partes en que ha de dividirse el Euripo se justifican y enlazan con la expresión matemática de la configuración de planetas y constelaciones que encabeza el comienzo del *Secretum Secretorum*: «Este libro fue ocultado a los hombres cuando Mercurio estaba creciente en Virgo, la Luna estaba en Géminis bajo la regencia de Mercurio y Saturno estaba en Capricornio, conformándose así los astros en una configuración favorable».

Aquellas palabras que tantas veces ha oído Tello a lo largo de todo aquel extraño y peligroso año, resuenan ahora, pronunciadas en el sitio donde Aristóteles las compuso, con más fuerza. Es como si los astros a los que estaban dedicadas y que brillan sobre ellos juntaran más luz al escucharlas.

—Eso dice la línea de los cojo... —Juan de Aspa retoma la conversación, y se muerde la lengua a tiempo—. Disculpad, soy monje y es mejor que me sujete un poco, y además, hay damas

presentes... Bueno, que me disperso. Te decía, Miguel, que, si ponemos esa configuración astral en números conforme al sistema establecido por el propio Aristóteles, obtendremos que Mercurio en Virgo nos da 2 más 6 igual a 8; la Luna en Géminis se correspondería con 1 más 3 igual a 4, y Saturno en Capricornio con 7 más 10 igual a 17. Y sumando los tres resultados obtenidos llegamos a 29. Y puesto que la constelación del Delfín acaba de marcarnos el lugar exacto desde donde debemos comenzar a dividir el canal en 29 segmentos iguales, tantos como grados marcan las estrellas del Delfín en los cielos, obtenemos el punto exacto donde se encuentra sumergido el tesoro.

Miguel, que vuelve a tener maestro y que se siente bien, pues cree que se está librando del mal que se le estaba metiendo dentro del alma por culpa de las maldades del canónigo Martín Pérez y de la fría ambición y doblez del descreído Egidio, sonríe desde el corazón y, por primera vez en más de siete meses, sin miedo.

—Lo que es arriba es abajo —responde con una sonrisa verdadera.

—¡En efecto, muchacho, eres condenadamente listo! ¡Abajo y arriba: en las estrellas y bajo las aguas del Euripo!

Fue una noche como ninguna otra que hubieran vivido o que vivieran después. En lo alto de un promontorio, sobre las aguas belicosas del Euripo, midiendo posiciones de estrellas y recelando unos de otros.

Entre estrellas y recelos, también hubo tiempo para el amor: el que enlazaba a Tello y Sancha, el que ardía en los jóvenes corazones de Alvar y Margarita, y el que estaban aprendiendo a compartir un viejo maestro y un joven discípulo. Aquella noche se forjó entre Juan de Aspa y Miguel un fuerte vínculo.

Sí, uno que, como un lobo, acechaba Egidio el Nigromante.

—Una palabra más de lo necesario, muchacho, y te echo a la cara el polvo amarillo —amenazó Egidio el Nigromante a Miguel en un aparte, dedicándole un maléfico susurro.

Como la noche había sido sorprendente, la mañana no quiso quedarse rezagada y, al clarear, al promontorio llegaron, extenuados, con los ojos desbocados, al-Ricutí y Yehuda con sus cinco guardianes. Al ver aquello, Egidio el Nigromante siguió desesperando.

—¡Es hora de recurrir a Euclides! —señaló Juan de Aspa a al-Ricutí tras trasladarle los resultados de las mediciones nocturnas.

Al-Ricutí era el mejor matemático con el que pudiera soñarse y, en verdad, harían falta muchas matemáticas euclidianas para dividir en veintinueve segmentos iguales el largo, dispar y sinuoso canal del Euripo.

Para ello echaron mano de uno de los astrolabios al que acoplaron una alidada, es decir, una regla con mirillas, y añadieron una tablilla de agrimensor, un cuadrante geométrico, una escuadra, cordel y un bastón de Jacob para medir ángulos. Los instrumentos los habían traído al-Ricutí y Yehuda. Conforme se asentó la triunfante luz de la mañana y tuvieron el Euripo a la vista, se pusieron manos a la obra.

La tarea de triangular es laboriosa en extremo, pero a partir de ella se podía trazar un mapa del canal y, una vez lo tuvieran, señalar en él los veintinueve segmentos y confirmar bajo cuál de ellos estaría el tesoro.

Para proceder a ello, Yehuda y al-Ricutí caminaron hasta un segundo punto de observación situado justo a quinientas varas del primero, distancia que midieron con precisión, mientras que Juan de Aspa y Miguel se quedaron en el promontorio.

Una vez correctamente situados y enlazados los dos equipos por señales visuales y por jóvenes mesnaderos que corrían de uno de los puntos de medición al otro para llevar cifras y mensajes, establecieron puntos fijos en el paisaje a partir de los cuales tomar mediciones del ancho y largo del canal.

Y así, ángulo a ángulo, medición a medición, triangulando y dibujando, en la tablilla de agrimensor fue apareciendo el mapa del canal del Euripo y este, a su vez, cuando ya reinaba el mediodía, fue dividido por al-Ricutí en veintinueve segmentos iguales. Tal y como habían sospechado, el que hacía veintinueve estaba debajo de ellos: al pie del promontorio.

—¡El muy hijo de puta! —clamó Juan de Aspa contra su admirado Aristóteles.

En ese momento, el instante decisivo, todos se miraron, pues todos sabían lo que ahora venía: el tiempo de los sabios había terminado y el de los locos, comenzado.

Tello, que sabía de lo que era capaz el Euripo, no quiso más locura que la suya.

—Seré yo quien se meta en esas endemoniadas aguas —anunció.

Alvar hizo amago de protesta y el resto de los hombres presentes, tanto mesnaderos como rufianes, miró al suelo. Llevaban horas viendo cómo, debajo de ellos, las aguas cambiaban de rumbo de forma tumultuosa y sin patrón aparente, y nadie quería nadar o bucear en lo que, a todas luces, sería una tumba de olas y corrientes.

No obstante, alguien tiene que hacerlo, y Tello se ha hecho hombre haciendo eso: lo que cree que es su deber. Además, un señor de hombres, y él se tiene por uno, no envía por delante a nadie a donde él no quiera meterse.

24

Sancha tiene tanto miedo que no quiere mirar. Están en la orilla. Han bajado hasta una diminuta y pedregosa cala del canal y, por consejo de al-Ricutí, han atado una gruesa soga a la cintura de Tello, quien, medio desnudo y armado solo con una daga, se dispone a entrar en las traidoras aguas aprovechando un momento de calma.

—¿Qué busco? —pregunta, un poco tarde, por cierto.

—Una montaña de plata —le suelta sin más Juan de Aspa—. Seguro que es fácil de ver —le anima sin mucha convicción.

—¿Y cómo voy a sacarla de ahí abajo si la encuentro?

Otra buena pregunta que se queda sin respuesta, excepto por un silencio espeso quebrado solo por el graznido de las gaviotas y el chasquido de una rama que se parte en algún lugar del bosque extendido por encima de la pedregosa playa.

Como siempre existe la posibilidad de que aparezca una respuesta por muy difícil que sea la pregunta, Egidio el Nigromante advierte con una venenosa mirada a Miguel que selle sus labios.

A Miguel, que no puede apartar de la memoria la imagen del polvo brillante y amarillo, le empieza a temblar espasmódicamente una pierna. La mirada del brujo es promesa de castigo y muerte si abre la boca.

—Sin duda, no fueron los ochocientos talentos de plata lo que Aristóteles arrojó a estas aguas —comienza a explicarse Miguel, imponiéndose a su miedo y apartando los ojos del nigromante—. Eso habría sido de todo punto imposible.

—¿Por qué? Podría haberlos traído en un barco y luego hundirlo aquí —se apresura a sugerir al-Ricutí, interrumpiendo el razonamiento del novicio.

—Eso habría llamado mucho la atención de los enemigos del gran filósofo —le replica Miguel, con la timidez y el miedo entorpeciendo su lengua.

—El joven tiene razón —interviene Yehuda—. ¿Qué sugieres entonces, Miguel?

—Que antes de venir aquí, Aristóteles cambió su plata en Atenas por algo más ligero y precioso.

—¿Oro?

—Quizá, maestro Yehuda, aunque yo me inclino más bien por gemas de gran valor. El oro habría seguido representando un gran peso y volumen: ochenta talentos, mientras que las gemas, a lo sumo, supondrían uno solo.

—¿Cómo no se nos ocurrió esto antes? —exclama Juan de Aspa—. ¡Eres un zorro, muchacho, o un lince o, cualquier otro bicho de esos que tenemos por astutos!

Debe de serlo, pero Egidio el Nigromante mira al suelo y murmura maldiciones, sopesando cuándo y cómo usará la muerte en polvo que lleva escondida. Puede que no sea suficiente para matar a tantos, pero, si escoge bien el momento, quizá le baste para causar la suficiente mortandad y conmoción como para robar el tesoro y salir corriendo. Y también, que no se le olvide eso, para dejar bien muerto al condenado cabrón de Miguel.

—¿Qué busco entonces?

La reiterada pregunta de Tello, siempre pragmático y temeroso de que, entre tanto debate y diálogo de sabios, la calma del Euripo acabe y retornen sus remolinos y fuertes corrientes, le devuelve la atención de todos y, de paso, nuevamente los deja en silencio.

Silencio. Eso es lo que le dan por respuesta.

Todos miran al suelo, incapaces de mirar a quien se va a enfrentar a la muerte. Todos menos al-Ricutí, que no deja de observar las aguas del Euripo.

Lleva todo el día haciéndolo, como hipnotizado, y no es de extrañar, pues se dice que hasta el mismísimo Aristóteles quedó tan fascinado por sus misterios que perdió la salud y la razón.

—Ni idea, Tello, no tengo ni idea de lo que tendréis que buscar ahí abajo —termina por confesarle Juan de Aspa con un encogimiento de hombros.

—¡Las aguas siguen calmas, pero el tiempo pasa! —alerta Margarita.

Es cierto, no pueden perder más tiempo, y Tello murmura un «te quiero» a Sancha, se persigna y se tira al agua.

Nada hasta el centro del segmento veintinueve. Está aterrado, pero nada y, cuando considera que está en la posición correcta, se sumerge.

Bajo las aguas, Tello tiene la sensación de que se ha metido de cabeza en un ataúd líquido y le han cerrado la tapa.

Sin embargo, bucea y se sorprende al comprobar que el «monstruo del Euripo» sea tan poco profundo en aquel lugar: a lo sumo, trece o catorce varas y quizá todavía menos[1] .

Así que con unos pocos impulsos de sus brazos y pies llega al fondo. Es rocoso en su mayor parte, fangoso en menos lugares y, en apariencia, sin nada que destaque.

Desconcertado, sigue buceando, rastreando los fondos de la sección que los sabios han delimitado y, sobre él, de manera inquietante, las aguas siguen calmas. Poco dura.

Un fuerte y acuático empujón, no hay más aviso que ese. Entrando en pánico, Tello bracea y patalea con desesperación

tratando de emerger cuanto antes, pero un torbellino lo atrapa y lo hace girar como una peonza, después le da la vuelta y lo pone cabeza abajo, y lo desorienta y lo priva de su fuerza.

Es el terror más puro que ha sentido jamás. Tello ha combatido toda su vida contra hombres y contra bestias, contra el agotamiento y la derrota, contra el dolor y la maldad..., contra mil cosas.

Los pulmones le van a estallar y la vista se le nubla. Sabe, o mejor dicho, presiente, que sus amigos están tirando de la cuerda que lleva atada a la cintura para sacarlo a la superficie y llevarlo hasta la orilla, pero ¿podrán lograrlo?

No, no lo lograrán. Antes de que lo consigan, estará muerto, pues su boca quiere abrirse y él no puede impedírselo. ¿Es que está loco? No, puede estar «tranquilo», no está loco, es que se está ahogando. Y mientras el pánico y la desesperación se lo llevan, no lejos de la orilla, en mitad de la lisa superficie de una roca verdosa, ve algo que lo mira.

—¡Está vivo!

Quien ha gritado es al-Ricutí, y quien se pone a vomitar agua, Tello.

Cuando lograron extraerlo del Euripo, Yehuda y al-Ricutí se pusieron a reanimarlo de inmediato.

—Ha tragado un poco de agua, pero ya vuelve en sí —informa Yehuda con el rostro alborozado mientras sigue ayudando a Tello a recuperar el sentido.

Sancha está arrodillada junto a él, y eso compensa de sobra resucitar allí, en la tierra y no en los cielos.

Tello sonríe y Sancha, sin dejar de llorar, le devuelve la sonrisa.

—El cielo existe y los ángeles son más bellos de lo que dicen los curas —murmura el caballero con voz quebrada y una sonrisa

desmañada.

—¡Ja, este hombre es un león! —grita Juan de Aspa dándole un fuerte puñetazo debajo del esternón para sacarle una última bocanada de agua y bajarlo, de paso, del «cielo».

—Vi algo antes de desvanecerme... —musita cuando deja de vomitar.

Al oír aquello, todos se acercan y guardan silencio en concentrada atención.

—Un rostro maligno que me miraba. Eso fue lo que vi.

—Las alucinaciones son frecuentes cuando uno se ahoga —dictamina Yehuda con su habitual sensatez.

—¿Cómo era ese rostro? —se interesa Juan de Aspa.

—Tenía cabellos como de serpiente y una mirada terrible.

—¡Me lo temía, una jodida medusa! —confirma el viejo monje dándose una palmada en la frente—. ¡El tesoro debe de estar cerca de esa terrible imagen, pues para los antiguos griegos las medusas eran símbolo de protección, custodia, guardianas de lo que se quiere preservar! ¡Estoy seguro de que ese viejo chivo de Aristóteles ordenó a alguno de los miles de desdichados esclavos que poseía que se jugara la vida para tallar esa medusa en la piedra!

—Puede que no la esculpieran... —reflexiona Miguel en voz alta.

—¿Qué sugieres, muchacho?

—Considero, maestro Juan, que nadie, ni el más esforzado esclavo, tendría tiempo de esculpir una imagen así en un lugar como este. Así que esa imagen debe de ser una suerte de tapadera fabricada para taponar una grieta tras la que, sin duda, estará el tesoro.

Bocas abiertas. ¿De dónde sacaría este discípulo Julián de Ávila? Lo sacara de donde lo sacara, es listo como un zorro.

—Relieve o tapadera, habrá que bajar a comprobarlo... —murmura Tello resignado, y Sancha, mordiéndose los labios, baja la mirada, sabe que nada de lo que diga o haga apartará a su hombre de lo que considera su deber.

Y entonces, al-Ricutí, que no ha dejado de mirar y remirar las aguas del salvaje Euripo, hace aparecer en su cara una enorme sonrisa.

—Creo que lo he resuelto —dice sin más, en voz bajita y como si no tuviera la más mínima importancia.

Pero, al escucharlo, todos se vuelven a mirarlo, y ahí lo tienen: sonriendo como un niño travieso y orgulloso.

—¿Resolver? ¿Qué habéis resuelto? —le preguntan a la par Yehuda y Juan de Aspa.

—He encontrado el patrón que explica las corrientes de este maldito canal.

—¡Imposible, hasta Aristóteles fracasó en ese empeño!

—No estoy muy seguro de eso, maestro Juan de Aspa. En cualquier caso, sí puedo afirmar una cosa: cuando Tello se sumerja de nuevo, ya no tendrá que temer a malignas aguas.

Así es, o eso sigue afirmando al-Ricutí con imperturbable y matemática seguridad. Ha resuelto el enigma que decían que había llevado a Aristóteles a la desesperación y la muerte.

—No se trata, por supuesto, de un patrón astronómico simple como el que gobierna a las mareas de dos ciclos, puesto que en el Euripo las corrientes cambian muchas veces de dirección en un mismo día y lo hacen de forma irregular —explica, y añade luego una larga pausa—. Irregular, pero no caótica —agrega al fin con tono triunfal—. Observé este lugar con atención cuando pasamos por él con la urca y hoy, desde que salió el sol, no le he quitado el ojo. Además, Miguel lleva aquí varios días y le he hecho al respecto

no pocas preguntas. En suma, os puedo decir que las corrientes cambian de sentido en el Euripo entre cuatro y ocho veces al día, y que antes de cada inversión se producen breves calmas, pero que solo dos de ellas son completas y duran lo suficiente como para que Tello se meta con seguridad bajo la superficie.

—Los griegos antiguos llamaban a esas pausas *nesteía* —recuerda Juan de Aspa—, pero nunca lograron establecer su pauta.

—Yo, maestre, sí he podido establecer esa pauta: acontecen al amanecer y al anochecer. Aunque la hora varía en función del estado en que se encuentre la luna. Hoy estará llena, y por eso el flujo y reflujo de las aguas es tan violento, pero, por eso mismo también, la breve pausa que entre la inversión de corrientes acontece será más completa y durará más tiempo.

—¿Cuánto? —pregunta Yehuda del todo convencido por la sagacidad del andalusí.

—Bueno, esas pausas de aguas calmas tienen una duración variable que podemos situar entre un mínimo de ocho minutos y un máximo de quince, y mucho me equivocaría si la siguiente que podemos esperar, la que sin duda acontecerá justo antes de que anochezca, no es particularmente completa y larga, y alcanza, por tanto, el cuarto de hora. Y os diré algo más, pues Aristóteles me lo ha revelado —y entonces sí que los deja a todos con la boca abierta —: la pausa de calma que necesitamos, la que será completa y durará un cuarto de hora, acontecerá con la luna llena en levante y el sol en poniente. Justo dentro de una hora, cuando el crepúsculo se inicie y se complete la tercera inversión de corrientes desde el mediodía.

—¿Todo eso os ha dicho Aristóteles? —pregunta con sorna Juan de Aspa.

—Sí, y también podéis escucharlo vosotros mismos si miráis ahí. —Y al-Ricutí señala una roca que, justo sobre sus cabezas, a la derecha, forma un saliente sobre las aguas y, en ella, sobre la gris y lisa superficie, ahora pueden ver, con la luz tardía que cae en el ángulo preciso, una desvaída pero reconocible medusa—. Dentro de una hora, cuando llegue el momento de la calma completa y larga, el sol moribundo tocará la medusa y, de esa manera, Aristóteles dirá a Tello cuándo debe zambullirse para buscar su tesoro.

Fiarse de Aristóteles no le da mucha seguridad a Tello. Es normal que así sea: desde hace meses han seguido los acertijos y desafíos que el gran filósofo dejó ocultos en las páginas de su *Secretum Secretorum* o escondidos en viejos templos paganos. Y a cada paso del camino, vez tras vez, el peligro y la muerte los han querido atrapar con sus codiciosas manos.

Sin embargo, al-Ricutí está muy tranquilo, seguro de sí mismo, y el resto de sabios presentes, exceptuando al malencarado Egidio el Nigromante, se muestran encantados con sus explicaciones y, por lo que parece, tan convencidos como el murciano de que, mil quinientos ochenta y un años atrás, Aristóteles dejó grabada en la roca la marca de la medusa para señalar con ella el momento justo en que sería factible sumergirse en las aguas del Euripo con tiempo suficiente como para rescatar su tesoro.

—Así que ese viejo cabrón, después de todo, sí resolvió el enigma de las aguas del Euripo —comenta Juan de Aspa a los demás.

—Sí, lo hizo. Pero le convenía que todo el mundo pensase que había fracasado, pues así mantenía mejor guardado el secreto sobre el tesoro —conviene al-Ricutí—. ¿Quién podría imaginar que estaba escondido justo aquí, en el lugar que, supuestamente, había amargado los últimos días de Aristóteles?

—Seguro que por eso mismo también hizo ver que se había suicidado arrojándose a estas aguas —concluye Yehuda.

—Sí, sin duda fue una mentira interesada —concede Juan de Aspa —, ese demonio disfrazado de filósofo nunca se habría quitado la vida. Debió de mentir sobre eso, como sobre tantas otras cosas... ¿Sabéis? Llevo toda la vida estudiándolo y nunca he tenido claro cuándo escribía verdad y cuándo nos tomaba el pelo a sus futuros lectores.

—Con esa medusa no nos tomó el pelo —señala el joven Miguel, y sus palabras sobrecogieron al resto.

Mientras hablaban, el tiempo pasaba y el sol que muere casi roza con sus rayos el rostro demoniaco de la medusa grabada en el saliente de roca.

Está llegando la hora. Tello se prepara. A su lado, Sancha no resiste más y lo abraza con fuerza para besarlo. Después de todo, piensa la muchacha, tiene la suerte de no ser una dama. Así que al infierno con los que los miran.

Quienes los contemplan no se escandalizan. Llevan meses y meses jugándose la vida, y eso, quieras que no, ayuda un poco a ser pacientes con las faltas de los demás.

—Recordad, Tello —dice al fin al-Ricutí tras un carraspeo que interrumpe el largo beso de Sancha. El tiempo apremia y el sol ya casi enciende el rostro de la medusa—; a lo sumo tendréis quince minutos. Eso os dará margen para tres inmersiones como mucho.

—¡Y no os fieis de la medusa del fondo!

Quien le advierte, para sorpresa de todos, es Margarita. La niña baja los azules ojos, intimidada por tanta atención.

—¿Por qué? —pregunta Tello, tan desconcertado como los demás.

—No lo sé... Es un presentimiento, y no suelo equivocarme con ellos.

¿Por qué las mujeres hacen estas cosas?, se pregunta Tello en el incómodo silencio que sigue a la extraña advertencia de Margarita. Lo certero es que disponerte a hacer algo peligroso y que alguien te diga que tiene un mal presentimiento al respecto da... de todo menos seguridad. Luego recuerda por qué lo hacen: para que se les haga caso y les salves la vida. Así que ofrece una cálida y agradecida sonrisa a la muchacha, y la joven, a la que Alvar no suelta de la mano, se la devuelve con el último rayo de sol.

Con las sonrisas, ese último rastro de sol ilumina a la medusa del saliente y Tello salta al Euripo. Nada y, cuando cree estar sobre la medusa sumergida, bucea hacia el fondo y, vara a vara, siente un nudo en el estómago. Es el jodido miedo.

Lo vence, desde luego, lleva toda la vida haciéndolo y hoy no va a ser distinto. Así que sigue braceando bajo el Euripo y, al fin, pasa sobre la gran roca verdosa. A la escasa luz del crepúsculo, ve de nuevo, cara a cara, a la tétrica medusa.

Prevenido por el femenino presentimiento de Margarita, no la toca, sino que la observa con detenimiento mientras el aire comienza a faltarle.

En apariencia no hay nada sospechoso en la monstruosa efigie. Se trata, apostaría, de una medusa de terracota que fue fijada con brea y mortero a la roca. Sin duda, aunque no puede saberlo, fue colocada allí para impedir el acceso a algún hueco natural situado tras ella. Ya no aguanta más, así que sube a toda prisa y alcanza la superficie buscando aire con apremio. Sacude la cabeza para apartarse el agua de los ojos y trata de gobernar el ansia de oxígeno de sus desesperados pulmones.

—Tres minutos —le informa al-Ricutí en cuanto lo ve emerger.

Los matemáticos son así, siempre pendientes de los números.

—¡He localizado la medusa! —les informa nada más que recupera algo de resuello—. ¡Es de barro cocido y sella lo que parece una grieta o agujero!

—¡Eso es muy prometedor! —anima Juan de Aspa.

Bueno, puede que lo sea, pero lo que a él le sigue preocupando es la advertencia de Margarita y una pregunta relacionada con ella: ¿cómo comprobar que, en efecto, la medusa sella el acceso a una grieta o agujero sin tocarla siquiera? Tiene la respuesta justo antes de volver a sumergirse.

—¡Cinco minutos! —vuelve a gritar al-Ricutí, que sigue contando el tiempo que se ha consumido ya.

Tello de nuevo bucea hasta quedar sobre la medusa, que parece recibirlo con la más sombría de las miradas. Una vez allí y dejándose guiar por el instinto, se coloca detrás, para así no tener que mirarla a los malvados ojos, y, tras desenvainar la daga, con todo el cuidado posible, mete la punta del arma justo entre la efigie y el mortero de cal y brea que la ancla a la roca.

Un chasquido, y con él, el mayor susto de su vida, ya que no «hirió» bien con su daga a la medusa. De los ojos de yerta terracota han salido disparadas dos agujas de oro que, de haber estado frente al demoniaco rostro, le habrían atravesado la cara o el cuello.

El sobresalto ha sido tan grande que Tello pierde el control sobre el aire que guarda en los pulmones y se ve obligado a subir de nuevo.

Emerge y, cuando logra enfocar a los suyos, busca a Margarita.

—¡Teníais razón, dama Margarita! —informa a la asombrada joven —. ¡En cuanto toqué con la daga a esa horrenda cara, dos agujas doradas salieron disparadas de sus ojos!

—¡Deben de estar envenenadas! —le informa, a su vez, Juan de Aspa. Si pretendía aportar tranquilidad, ha fracasado de forma

lamentable.

—¡Ocho minutos! —grita al-Ricutí haciendo su particular «contribución» a que reine el sosiego—. ¡A partir de ahora la corriente puede volver en cualquier momento! ¡Creo que no lo hará hasta dentro de siete minutos, pero no es seguro que así sea!

Viva la calma. Tello busca ahora a Sancha y le dedica su mejor sonrisa. La mejor, por si acaso es la última. Y se sumerge por tercera vez. Tello bucea hasta quedar de nuevo junto a la medusa. Puede ver con claridad las dos agujas doradas que proyectaron los ojos del monstruo y, cuando las examina con el mismo cuidado que pondría si estudiara a dos víboras, advierte que, en efecto, el metal precioso parece impregnado con una sustancia trasparente y pegajosa: veneno de alguna clase, sin duda.

No hay tiempo para más, excepto para arriesgarse: usando la daga, perfora la terracota con una, dos, tres cuchilladas, y el barro cocido se va soltando. Pero es más duro de lo que podía creer y aguanta el castigo del acero. Desesperado, queriendo acabar de una vez por todas para no verse obligado a tener que volver a meterse en este infierno acuático, clava profundamente la daga entre la efigie y la llaga de brea y mortero, y hace a continuación palanca con todas sus fuerzas.

Tello es fuerte como un toro, pero el acero de su daga parece impotente pese a los músculos de hierro que lo empuñan. La medusa se suelta de su anclaje y, tras un último esfuerzo, se desprende dejando a la vista, en la escasa luz de aquella penumbra que se torna noche, un agujero profundo.

Le falta el aire. El hueco que ha revelado la medusa es tan grande o más que la cabeza de un hombre, y es oscuro y profundo.

Tello duda. ¿Subir o jugársela? Grave dilema. Decide jugársela. Mete la mano y, cuando el hombro le topa con el borde del agujero,

toca algo. Algo duro, recio. Madera y metal. Con el frenesí de sentir que se ahoga, busca un asidero y, nada más que lo encuentra, tira del objeto hacia fuera. Pesa como un demonio y, cuando al fin lo saca, ve que es un cofre de madera y herrajes de bronce.

Lo agarra con fuerza. No sabe si podrá subir con algo tan pesado y los pulmones le arden. Hay que intentarlo, siempre hay que intentarlo. Es un optimista incurable y combativo, de esos que nunca desisten. La corriente regresa. La siente como una mano invisible que le golpea el pecho y lo zarandea como un muñeco. Una mano que parece querer quitarle el pesado cofre. Lucha con todas sus fuerzas y la soga que tiene atada a la cintura se tensa y tira de él hacia arriba.

Un segundo, dos, tres, cuatro. ¿Para qué seguir contando? De todas formas las corrientes y torbellinos del Euripo ya no lo soltarán. Tampoco sus amigos.

—¡Tello! —los oye gritar. A todos. Un grito de aliento que le devuelve el coraje y las ganas de luchar.

Cuando saca la cabeza del agua, aunque la fuerte corriente que acaba de invertirse sigue pugnando por llevárselo al fondo, sabe que él será más fuerte. Y lo es. Tira con fuerza, lo sacan entre todos y lo ponen a salvo junto con el cofre.

Durante largo rato permanecen así: mirando a Tello, que, sentado sobre las piedras de la diminuta playa, observa a su vez el cofre que casi le cuesta la vida.

Hay algo mágico en aquel momento. El Euripo sigue rugiendo, como enfadado por no haberse llevado consigo al hombre, sepultándolo para siempre en su seno; mientras que, a la par, una brisa fuerte despierta y baja desde el norte, refrescándoles los rostros y revolviéndoles los cabellos.

Brisa. Egidio el Nigromante la esperaba y ya la tiene. Así que se coloca de espaldas a ella y de cara a los demás.

—Voy a abrir el cofre —les anuncia entonces Tello, y los despierta del ensalmo que se había apoderado de todos.

El sol ya ha muerto, pero aún queda esa última luz que delinea el mundo con la precisión de un artista. La luna, llena como la copa de un rey, presta también su resplandor azul y, con su guía, Tello suelta los cierres de bronce, los cuales, rechinando, oponiendo metálica resistencia, se quejan de forma lastimosa y ceden liberando al fin la tapa que el caballero abre con un nudo en el estómago.

Mil resplandores iluminan sus asombradas caras: el cofre contiene un talento de magníficas gemas de la Bactriana, Sogdiana y la India: esmeraldas, zafiros, rubíes, amatistas y topacios..., todos ellos de enorme tamaño, soberbiamente pulidos y refulgentes. Tanto que a las piedras preciosas les ha bastado la luz de aquella tarde que agoniza para tornarla de nuevo mañana engalanada.

Entre tantas gemas, entre tantas piedras preciosas, aquí y allá, bajo estas o sobre aquellas, Alejandro Magno, rey de Macedonia y del mundo, discípulo predilecto de Aristóteles, los contempla.

—¡Los camafeos de Pirgóteles! —grita el joven Miguel al reconocer aquellas legendarias obras de arte del famosísimo lapidario del gran rey.

Tello no tiene ni idea de quién es el tal Pirgóteles, pero adora las historias que se cuentan sobre el gran Alejandro y sonríe satisfecho, mientras toma en la mano uno de aquellos «Alejandros» que parecen mirarlo con resplandores insondables.

La gema que ha escogido es una soberbia esmeralda primorosamente convertida en deslumbrante camafeo.

—¡Es tuya! —dice lanzándosela a Sancha.

—¡Es mía! —grita a su vez y con rabia Egidio el Nigromante, sobresaltándolos y alzando la mano apretada en un ominoso puño.

—¡Cuidado, lleva veneno apresado en la mano! —advierte Miguel.

De nada sirve, la brisa sopla en dirección a los que han de morir, pero es tarde para que Egidio arroje su mortífero polvo amarillo, pues, en un fulgor de acero y sangre, el puño se le separa de la muñeca y cae al suelo.

Ha sido Alvar quien los ha salvado. En la mano tiene la espada manchada de rojo, y Egidio, que aún no entiende qué ha pasado, se mira, alternativa y estúpidamente, el puño amputado y el muñón que le ha quedado.

—¿Así que esto es todo? —pregunta el brujo mientras la sangre le mana de la muñeca.

—¡Lo es! —contesta Alvar, y la cabeza del nigromante cae junto a su amputado puño.

25

No quisieron quedarse cerca de la playa de guijarros, sino que se internaron de nuevo en los bosques del Dirfis para pasar la noche. Antes de que amaneciera, ya estaban en marcha, caminando con premura hacia la cala donde, según lo concertado, debía recogerlos la urca. Llegaron a ella tras un largo día de caminata, a menudo sobresaltada, pero sin incidentes. Cuando, al pisar la arena dorada, vieron cómo la urca aparecía y liberaba al batel para que los recogiera, se abrazaron y lloraron de alegría. Habían triunfado, contra toda esperanza y después de tantas aventuras. Ahora, al fin, iniciarían el largo viaje de regreso a Castilla.

Se oyó el relinchar de un poderoso caballo, y cuando Tello lo buscó, vio que era blanco y de largas crines, y que lo montaba María de Brienne, emperatriz de Constantinopla.

Se miran a los ojos. La emperatriz sobre su caballo blanco, arropada por la luz del ocaso, bella más allá de toda medida, y Tello, con las olas lamiéndole las botas y el rostro agotado.

María de Brienne alza la blanca mano y, a su izquierda y derecha, dominando la alta duna donde ella se encuentra, aparecen coronándola impetuosos hombres de guerra a caballo que van formando una larga línea de jinetes que aguardan las órdenes de su señora. Tello no puede apartar la mirada de aquella mujer magnífica y fuerte que, pese a su fragilidad, nunca se rinde. Entonces, detrás de Tello, la quilla del batel toca al fin arena para poder embarcarlos.

—Subid todos a la barca —ordena en voz queda y, como sabe que Sancha está inquieta, le aprieta con cariño la mano para que no tema y haga lo que le ha dicho.

Luego camina unos pasos en dirección a la emperatriz, quien, sobre su gran caballo y en lo alto de la dorada duna, le clava sus grandes ojos azules.

Tello se detiene a veinte pasos y espera a que ella hable. A los lados de María de Brienne, los inquietos caballos de los caballeros de Constantinopla patean la arena presintiendo matanza.

—¿Lo tenéis?

La voz de la emperatriz es armoniosa seda y en el tono de su pregunta brilla el deseo.

—Lo tengo. A salvo y ya en la barca, y, aunque ahora ordenarais a tus hombres que cargaran sobre mí, no podrían llegar a tiempo antes de que zarpara. No será vuestro.

Lo ha dicho sin alterarse. Con voz firme que destaca apenas sobre el rumor de las olas y el melancólico chillido de las gaviotas.

—Sin embargo, Tello, debería ser mío y no de ese rey vuestro. No os merece como vasallo, ¿lo sabéis? Sin duda que lo sabéis. Si le fuera necesario, os sacrificaría sin pestañear. Para él, para Alfonso, solo sois una pieza sin importancia en el tablero del gran juego del poder.

Es cierto. Tello sabe que es cierto. También él ha pensado en esas cosas y le han hecho daño, y ahora, puestas en la voz dulce de esta mujer hermosa y astuta, le duelen más todavía. Turbado, baja un instante la mirada y luego, al alzarla, ve una sonrisa en los labios de la emperatriz.

—Es cierto, Tello, sabéis que es cierto. Un hombre como vos no se engaña —insiste, comprensiva, persuasiva—, no podéis negar la verdad cuando la conocéis —repite, tan segura, tan insistente, tan

letal como las olas que tras él rompen—. Os admiro, Tello. Sois un hombre fuerte y bueno como ningún otro que haya conocido, y he conocido a muchos. Un caballero sin tacha ni mácula, de esos que cantan los trovadores y que, por alguna razón que se me escapa, Dios ha querido hacer verdad sacándolo de las canciones. A mi lado, podríais hallar mejores recompensas que junto a Alfonso —sugiere, de manera tentadora y con una sonrisa en los labios, y Tello ve que las «recompensas» la incluyen a ella.

Vivir es elegir. Tello lo sabe. Ha elegido muchas veces: elegir ser fiel a los juramentos pronunciados; elegir afrontar el miedo y la desdicha para no fallarle a los tuyos y, sobre todo, para no fallarse a sí mismo, y ahora, en este momento, elegir amar del todo. Difícil elección. Tello sigue guardando silencio.

María de Brienne se impacienta. En sus ojos de profundo mar brilla ahora una chispa de contrariedad. Es una mujer que está acostumbrada a que los hombres desesperen por ella, no a que la desdeñen.

—¡Entregadme el tesoro y os convertiré en uno de los duques del Imperio! —ofrece incrementando el precio y, aunque sigue delante, alta sobre la duna dorada y montada sobre un magnífico caballo blanco, aunque es seda y gemas y el crepúsculo la envuelve en resplandores, en su voz hay una brizna de desesperación.

Tello sigue callado. Es difícil elegir... Siempre lo es.

—Mírate, ¿quién sois? Os lo diré: un simple caballero. ¡Solo un simple caballero, y ello pese a tantos años derramando sangre y derrochando valor en los campos de batalla al servicio de un rey que no os ha premiado, ni valorado! ¿De qué han servido esos años? ¿Cómo os ha recompensado vuestro rey por ellos? ¡Con nada, y eso, nada, será lo que siga dándoos! —clama, y es tan bella, tan hermosa frente al mar y sobre el fogoso caballo, que parece

imposible que nadie se le resista—. ¡Alfonso no os merece! ¡Alfonso nada os dará! Por el contrario, yo, lo juro, os lo daré todo. ¡Todo! —le grita ahora con los ojos ardiendo en azules y los labios tan rojos, tan tentadores, como el más intenso gozo—. ¡Venid conmigo a Constantinopla y os alzaré por encima de todos! ¡Venid y os convertiré en césar del Imperio! —Y como el poder y la gloria no parecen suficientes, añade algo más—: ¿No os dais cuenta de que os necesito? Sois... Sois el hombre que necesito, Tello, el que debe estar a mi lado... —confiesa bajando los ojos, para alzarlos de nuevo acompañados de la más sugerente de las sonrisas—. ¡Venid! —grita, extendiendo hacia él las blancas manos en un ademán que mezcla súplica, tentación y fuerza.

Todo ha sido dicho ya. Tello solo tiene que dar unos pasos y todo será suyo: los honores, el mando, las riquezas y ella, María de Brienne, emperatriz de Constantinopla.

—Soy Tello Bermúdez, caballero del rey Alfonso, y no necesito ser otra cosa que lo que ya soy. Guardaos lo que me ofrecéis. Lo único que necesito lo llevo conmigo. Regreso a mi tierra, volved a la vuestra y que Dios os perdone. Yo ya lo he hecho.

Ha elegido y, una vez más, ha elegido bien. Sin decir más, entrega una triste sonrisa de comprensión a aquella mujer bella, fuerte y desesperada, se da la vuelta y, sin temer que le claven una saeta por la espalda, da los pocos pasos que lo separan de la barca.

El mar lo recibe con sus olas, y Sancha, morena y verdadera, como la noche que ya se cierne sobre ellos, con los labios trémulos y los ojos húmedos, abre los brazos, y él, sin dudarlo, se acoge a ellos.

María de Brienne lo ve partir. El sol muere y su imperio también lo hará en breve. Lo sabe... Ha fracasado.

Una lágrima solitaria le recorre el rostro y le moja los labios. La saborea. La ha vertido por él, por Tello, no por el imperio.

—Deberías haber sido tú —susurra con infinita tristeza.

—Aún están a tiro. ¿Disparamos, mi señora emperatriz?

Se vuelve hacia el jefe de los arqueros y niega con la cabeza, antes de volver a mirar hacia la barca donde Tello, abrazado a Sancha, se empieza a confundir con las primeras sombras.

TERCERA PARTE

LO QUE VINO DESPUÉS

1

Sevilla. Noviembre de 1260

Alfonso los espera sentado en un trono alzado sobre un podio de tres gradas alfombradas. A los lados se han dispuesto ramas entrelazadas de ciprés y mirto, y, justo antes de llegar al monarca, se ha tendido un palio. El pueblo de Sevilla grita de entusiasmo, y los tambores y las trompetas compiten con las campanas de las iglesias por colmar el aire frío con resonantes ecos de alegría.

Así comienza el desfile. El embajador de Egipto, el enviado de Baibars, sultán todopoderoso, vencedor de los imparables mongoles en la batalla de los manantiales de Goliat[1] , ha enviado su primera embajada, no al emperador de los griegos, ni al de los latinos de Constantinopla, ni al papa, ni al rey de Francia o al de Inglaterra, sino al de Castilla: Alfonso, al que ya llaman el Sabio.

Por lo pronto, Sevilla vibra de asombro y maravilla, ya que, por sus calles y desde el puerto, una comitiva como nunca fue vista en Espanna avanza con esplendor hacia el rey, que aguarda en su trono colocado entre la catedral y el Alcázar.

Tambores y flautas tocan sones exóticos y, delante del embajador del sultán, guardias con la cabeza envuelta en turbantes de seda coronados con plumas de avestruz. Tras el emisario de Baibars, para dicha del pueblo sevillano, los servidores del sultán conducen un elefante, una jirafa, dos cebras, una pantera, una avestruz y hasta

un tigre traído desde la lejana India. Los animales van sujetos con cadenas de plata y los más fieros, metidos en jaulas doradas que transportan a hombros docenas de gigantescos esclavos, y en una de ellas, delirio y terror, se ve también un dragón: un cocodrilo del Nilo[2] .

No solo bestias exóticas, el sultán mameluco de Egipto envía magníficos regalos al rey de Castilla: perlas del mar Rojo y de los mares de la India, oro en polvo de las minas de Nubia, turquesas del Sinaí...

Esos son los presentes de Baibars, sultán de Egipto, vencedor de los mongoles, enviados con pompa sin igual al rey Alfonso de Castilla.

Por lo pronto, junto al embajador, luciendo magníficamente al estar revestidos con relucientes armaduras y llevando al costado espadas de acero damasceno, van dos caballeros: Tello Bermúdez y su sobrino, Alvar; y a su vera, felices como niñas, espléndidas como ninfas envueltas en brocados y muselinas indias[3] , Sancha, Isabel y Margarita; y un poco más allá, sonriendo pero con digna apostura, como corresponde a los sabios y precedidos por un guapo niño de cabellos castaños que porta delante de ellos un libro, van Juan de Aspa, Yehuda y al-Ricutí.

Solo falta Miguel.

2

San Juan de Acre. Tres meses antes. Agosto de 1260

La ciudad es Oriente y Occidente. La ciudad es el mundo en una minúscula porción de tierra acosada. Franceses, borgoñones, flamencos y alemanes, italianos e ingleses y hasta noruegos y aragoneses, recorren sus estrechas calles mezclándose con cristianos nativos: melquitas de Palestina, maronitas del Líbano, griegos, jacobitas sirios, nestorianos, armenios y georgianos llegados desde Cilicia, el Cáucaso, Mesopotamia y Persia, y hasta negros de Abisinia.

Calles estrechas, altas torres y gruesas murallas, bastiones engalanados con coloridos pendones de tafetán y seda, palacios asomándose al mar, monasterios buscando una soledad que, en aquella ciudad colmada de muchedumbres, es del todo imposible. E iglesias antiguas y otras recién construidas que parecen traídas desde Francia y, sobre todo, concurridos mercados, tiendas y, por todas partes, banqueros ofreciendo cambio y préstamo en sus mesas; comerciantes pisanos, amalfitanos y venecianos voceando sus mercancías o comprando azúcar, seda, marfiles, tapices, dátiles, especias..., y también campesinos que vienen a vender los frutos de sus huertas, trabajadores de los talleres de seda, de los telares, de los ingenios de azúcar que se alzan a las afueras.

Acre, en verdad, es Oriente y Occidente a la par y en un mismo lugar.

Llegar a ella no fue fácil. Tras embarcar en la urca, pusieron vela a Rodas y, de allí, al reino armenio de Cilicia y al de los francos de Chipre.

Dios dispuso otra cosa: apenas levaron ancla en Rodas, una tempestad los sorprendió y los obligó a refugiarse en Halicarnaso. Yehuda, Juan de Aspa y su nuevo y joven discípulo, Miguel, lo celebraron. Pudieron contemplar una de las tres maravillas del mundo que aún se conservaban: el Mausoleo. Pero el capitán genovés no estaba tan contento, la urca había sufrido severos daños y tardaron dos meses en repararlos.

Para entonces, salir de nuevo al mar era locura. El invierno se les echaba encima y, puesto que Halicarnaso no era puerto seguro, se arriesgaron a hacer la breve singladura que los separaba de la isla de Cos y allí invernaron.

Al-Ricutí no fue a ver el Mausoleo. Se pasaba los días y las noches junto al lecho de Isabel. La dama, simplemente, se moría.

Cuando regresaron a la urca, los ojos negros del andalusí la buscaron como quien busca el agua en el desierto, pero ella, más pálida que nunca, más delgada aún si eso era posible, más frágil que la alborada, solo le ofreció una triste sonrisa.

—Ahora que os tengo de nuevo a los tres... —dijo en un susurro —, puedo morir tranquila.

Se derrumbó como un lirio segado por la hoz.

Corrieron hacia ella los tres: su hijo Alvar; su hermano Tello y su amor al-Ricutí, y recuperó el sentido. Pero no las fuerzas.

El mal que llevaba años devorándola por dentro la había consumido casi por entero y ya no la dejaba vivir, sino solo languidecer en la cama.

Al-Ricutí se conformaba con eso, con que siguiera viva, que no lo dejara solo para siempre. Con eso y con la esperanza. Pero el

invierno les impidió llegar a Acre y poner a Isabel bajo los cuidados de la célebre médica Magistra Hersend, no ha mucho médico personal del rey Luis IX de Francia y de su esposa, la reina Margarita, ahora en Acre, desde donde había respondido a al-Ricutí y le había asegurado que podía salvar la vida de su amada.

Si hubieran llegado a tiempo, quizá. Pero los meses de invierno fueron largos, y ella, día tras día, se apagaba. Llegó la primavera, Isabel casi no podía hablar, apenas comía y, sin embargo, pese a su postración, siempre recibía a todos con una sonrisa.

Al-Ricutí solo se permitía llorar y desesperar cuando no estaba con ella. Entonces, como un niño pequeño, se derrumbaba en los brazos de Tello o de Alvar.

Aunque ya no había esperanza, zarparon hacia Acre. Tras abordar los puertos de la Cilicia armenia y los de Chipre, llegaron a Sidón y Tiro y desde esta última, y, al fin, al puerto de San Juan de Acre.

Bajaron a Isabel de la urca más muerta que viva, tendida sobre unas parihuelas, y acudieron a toda prisa a la casa de Magistra Hersend.

Llamaron a su puerta con el apremio de quien sabe que cada minuto cuenta y respiraron aliviados cuando se abrió y un viejo sirviente apareció en ella.

—Magistra Hersend está lejos. Puede que en Baalbek o quizá en Damasco, creo —dijo—. Mi ama, por orden del rey de Jerusalén, ha ido a atender al general mongol Kitbuqa. Dicen que es cristiano y que ha detenido su marcha sobre Jerusalén y Egipto porque ha caído enfermo[1] .

Al oír aquello, se miraron con desesperación. Isabel no había llegado a oír nada, estaba inconsciente. Débil más allá de toda medida.

Al-Ricutí se mordió los labios; Alvar, que veía morir a su madre y quien, después de todo, solo tenía dieciséis años, se echó a llorar; Tello, con la rabia de la desesperación, le dio un puñetazo a una de las jambas de la puerta, lo cual sobresaltó al sirviente, que dio un temeroso paso atrás.

Habían llegado tarde. Tan sencillo como eso.

—¡Iremos a Damasco entonces! ¡Por Dios que no nos detendrá ningún contratiempo!

Eso era Tello, un hombre que no se rinde. Uno que nunca deja a los suyos en la estacada. Puede que Isabel estuviera a punto de morir, pero no lo haría sin que él, su hermano, siguiera intentando salvarle la vida.

3

La batalla y el sultán

Los mongoles eran el terror a caballo. Tras pasar a fuego y espada Bagdad, las ciudades de Irak cayeron una tras otra. Nadie podrá contar jamás los inocentes que murieron esos días, pues fueron millones.

Luego le tocó el turno a Siria. En enero de 1260 Alepo fue escenario de una matanza tan terrible, tan despiadada, que sobrecogió al mundo entero. Allí, Hulagu Kan, nieto de Gengis Kan, cabalgó por las calles colmadas de cadáveres que fueron pisoteados por los cascos de su caballo como si fueran pasto de la estepa en vez de seres humanos.

Entonces llegó una inesperada noticia. Lejos, muy lejos al oriente, en Mongolia, el Gran Kan, Möngke, hermano de Hulagu, había muerto y había sido convocado el Kuriltai, la gran asamblea, para elegir a un nuevo gran kan.

Así que Hulagu abandonó Siria, se llevó con él a la mayor parte de su hueste y dejó tras él solo un tumen, una división de diez mil mongoles, al mando de su *noyan* favorito: Kitbuqa el cristiano.

Aunque el kan Hulagu ya no estaba, Kitbuqa se bastaba para seguir sembrando el horror. En marzo entró en Damasco y, aunque la ciudad se había rendido y abierto sus puertas para evitar la destrucción, los mongoles violaron, robaron y asesinaron a placer en sus calles.

Mas tampoco se detuvo ahí el espanto que llevaban en sus sables y arcos los nómadas mongoles. En verano, como una ráfaga de viento destructor, saquearon buena parte de Palestina y luego cayeron sobre Sidón, en el Líbano, para castigar a su señor, quien, creyendo que podía zafarse del castigo, se había atrevido a saquear tierras que ahora pertenecían al kan Hulagu.

Con Bofor y Sidón aún humeando, con Galilea devastada y Nablus ardiendo, los mongoles cabalgaron hasta las fronteras de Egipto y entraron a fuego y espada en Gaza, sembrando el pánico en el país del Nilo.

A fines de julio, Kitbuqa cayó enfermo y, además, quería contar con el auxilio de las tropas enviadas por los vasallos cristianos del kan: los armenios, los georgianos y los francos de Acre y Antioquía, antes de invadir Egipto a la cabeza de un ejército lo suficientemente numeroso y poderoso como para enfrentar con éxito el desafío que representaban los mamelucos.

Así que retrocedió a Baalbek y aguardó en ella a la médico más célebre de las tierras que estaba conquistando: Magistra Hersend. La misma a la que el rey Luis IX de Francia había confiado su salud y que ahora debía restablecer la suya: la de Kitbuqa, descendiente del rey mago Gaspar, *noyan* principal de Hulagu Kan y azote del islam.

Tello y los suyos cabalgaban hacia Damasco buscando también a Magistra Hersend mientras iban a la guarida del terror para encontrar en ella la sanación de una Isabel que se moría.

Kitbuqa había levantado su campamento en Baalbek para ir a Damasco, en donde una sublevación de los musulmanes había derivado en represalias contra los cristianos.

Muy lejos, en Castilla, mientras Tello y los suyos cabalgaban hacia Damasco, Nuño González de Lara perdió toda esperanza. Había

jugado fuerte y había perdido. Rota su secreta alianza con Ricardo de Cornualles, se había centrado en la consecución de un tesoro que había resultado ser un espejismo: nada sabía ni de sus hombres en Oriente ni de los del rey.

Pasado todo un año, estaba claro que ni los unos ni los otros habían sobrevivido al azaroso viaje. Nuño les había perdido la pista en Atenas. Desde ella le llegaron las últimas noticias: solo Egidio el Nigromante y Miguel, el joven monje, habían hecho escala allí camino de Negroponte, en donde se perdía su rastro. De Atenas provenían también las últimas nuevas que pudo averiguar de Tello Bermúdez y los suyos, quienes, en efecto, habían rescatado al hijo de la emperatriz y conducido a esta hasta el ducado de Atenas. Pero, una vez allí, la información de don Nuño se tornaba confusa e increíble, ya que se notificaba de un enfrentamiento sangriento entre la comitiva castellana que había escoltado a María de Brienne y los hombres y vasallos de esta última en Oriente. ¡Imposible! Eso no tenía sentido.

En cualquier caso, la posición política del conde era más precaria que cuando dio inicio a aquel peligroso juego: volvía a ser consejero principal del rey, cierto, pero sus sueños de poder absoluto habían quedado desechos. Debería conformarse con lo que tenía... ¿Para esto, para estar donde estaba, se había convertido en un traidor y sacrificado a su hija Juana? A veces, la impotencia y la rabia lo consumían durante días enteros. Entonces, en la callada derrota, se permitía soñar con algo imposible: con que recibía una carta de Egidio el Nigromante diciéndole que, al fin, el tesoro era suyo y que en breve llegarían con él a Castilla para entregárselo y resucitar, con una montaña de plata, sus moribundas ambiciones.

Tello cabalga en cabeza junto a Alvar, y detrás va un carro en el que, en una camilla, viaja una moribunda Isabel, asistida por Sancha y Margarita, mientras que en el pescante del carro, junto al conductor, se sienta un deprimido al-Ricutí y, tras el carro y a sus costados, van doce hombres de armas de la mesnada. Yehuda, Juan de Aspa, Miguel y el resto de la escolta han quedado en Acre junto con el tesoro.

Tras cuatro días y medio de marcha forzada, avistan los paradisiacos huertos del oasis de Damasco. Se aproximan a ellos enarbolando ramas verdes y una gran cruz, ya que por todas partes han oído decir que Kitbuqa es cristiano y que se muestra bien dispuesto hacia sus correligionarios. Ojalá que así sea. A galope tendido, viniendo sobre ellos como un bárbaro relámpago, cien jinetes mongoles se les echan encima.

—¡Mantened la calma y no echéis mano de las armas si no lo hago yo antes!

Aguardan nerviosos, tensos como cuerdas de ballesta. Sobre esos que se les vienen encima, los mongoles, se cuentan tantas historias de crueldad y salvajismo que más que hombres se les antojan seres míticos.

Tello los evalúa con mirada de guerrero: cien jinetes armados con arcos, lanzas, lazos y sables. Algunos llevan extrañas armaduras, otros, simplemente, se revisten con pieles y cuero, y todos, sin excepción, ofrecen un extraño aspecto con sus caras anchas, ojos rasgados y narices chatas. Hombres de otro mundo montados sobre caballos greñudos, de cabeza grande y patas finas, pero extraordinariamente veloces, que, en apenas unos segundos más, los sobrepasan, los rodean y los atosigan haciendo chocar sus monturas contra las de Tello y los suyos, aullando, gritando,

mostrándose belicosos con los sables desenvainados, los arcos tensados y los ojos encendidos con una chispa de malicia.

El que parece el jefe de los guerreros mongoles se aproxima al carro y levanta la capota. Desde dentro lo miran Sancha y Margarita. Sin embargo, es Isabel, que en ese momento despierta de su postrado estado, quien atrae la atención del guerrero de las estepas. Ve un fantasma. Isabel es un esqueleto pálido, de ojos desenfocados que tratan de ver y, al toparse con los del salvaje, creen estar soñando y sonríen.

Quizá fue eso lo que les salvó. Lo cierto es que aquella partida de jinetes mongoles los condujo a Damasco y su *jagun*, su oficial, los llevó ante su *mingghan*, quien, a su vez, comunicó a su *noyan*, Kitbuqa, la llegada de aquellos extraños extranjeros llegados desde un reino situado en el confín occidental del mundo[1] . Ahora están ante él, ante Kitbuqa, terror del islam, debelador de ciudades, y los mira con ojos de águila.

Yehuda, Juan de Aspa y Miguel miran al mar desde las murallas de Acre. Temen por sus amigos y tratan de distraerse paseando por aquella urbe extraña llena de prodigios y de peligros. En la torre que queda a pocos pasos de ellos, alguien los reconoce: el ballestero. El mismo que trató de matarlos en la garganta de los Carneros; el que, temiendo el castigo de don Nuño González de Lara, huyó a Oriente para tratar de reunirse en Acre con su hermano, un mercenario al servicio del rey de Jerusalén. Ahora, sus ojos de depredador no pueden creer lo que están viendo, pero, astuto, termina por aceptarlo y sacar conclusiones: si están aquí, en Acre, llevarán con ellos el maldito libro.

El ballestero no tiene claro por qué don Nuño estaba tan decidido a hacerse con él, pero sí sabe dos cosas: que no le gusta Acre y

que, si le lleva al conde la cabeza de alguno de aquellos sabios y agrega al regalo el condenado libro, será perdonado y premiado. Se permite una sonrisa. Siempre fue un tipo con suerte, y parece que sigue siéndolo.

Cuando los sabios dejan la muralla, el ballestero los sigue. William de Amesbury, o el Frany, como ahora lo llaman los mamelucos, contempla las murallas de Acre con un poco de nostalgia. Es lo más cerca que va a estar de la cristiandad en lo que le queda de vida.

Por supuesto, se ha convertido al islam y ahora es un mameluco de los pies a la cabeza, y uno poderoso, por cierto: el sultán Qutuz confía en él tanto que lo ha nombrado lugarteniente de su guardia personal.

Así que oro, mujeres y honores no le faltan, ¡pero ay, la nostalgia por volver a Inglaterra! Esa, pese al oro y las bellas, nunca lo abandona.

El gran ejército mameluco busca batalla contra los mongoles. En vanguardia va Baibars y, tras él, el resto de la gran hueste: sesenta mil guerreros. William no podía creer que pudiera juntarse en la tierra un ejército tan grande. Pero ahí lo tiene delante, acampado a las puertas de Acre, ocultando con sus innumerables tiendas las huertas de la urbe.

Baibars y Qutuz no se fían el uno del otro, pero, mientras los mongoles sean una amenaza, no les queda más remedio que estar juntos. Luego, si vencen, echarán cuentas y las cobrarán o las pagarán, según el caso, con traición y sangre.

Desde luego que así será, eso nadie lo duda. El problema es anticipar quién ganará al final. ¿Qutuz o Baibars? William está tranquilo al respecto. Sin duda, el «caballo ganador» en la futura carrera por el trono y la vida será Qutuz, y él, como hombre de

confianza del sultán, ocupará el puesto que ahora tiene ese perro rabioso de Baibars.

Por cierto, ahí viene. Regresa de Acre, a donde ha ido para negociar con el rey de Jerusalén y sus barones y consejeros. Los cruzados, exceptuando los de Antioquía, han decidido mantener una neutralidad un tanto extraña: no enviarán caballeros a combatir junto a los mamelucos contra los mongoles, pero permitirán al sultán Qutuz atravesar sus tierras y lo proveerán de víveres. A cambio, si los mamelucos obtienen la victoria, los francos de Acre podrán comprar a bajo precio los caballos mongoles capturados en la batalla.

Singular acuerdo para ser suscrito por unos cruzados que se ponen del lado de los musulmanes contra un general cristiano: Kitbuqa.

William es ya lo suficientemente mayor como para saber que la fe, ya sea en la Cruz o en la Media Luna, es solo una excusa cuando quien habla es el acero o el oro. Son ellos, el frío hierro y el codiciado dinero, los que han firmado el acuerdo entre Acre y los mamelucos contra los mongoles. Baibars va escoltado por cien de sus hombres y, al pasar junto a William, sus fríos ojos azules centellean antes de dejarlo atrás.

Por delante tiene una batalla. Una como no ha conocido el mundo, y, cuando la libre y la gane, ya ajustará cuentas con Qutuz y con su condenado *frany*.

Kitbuqa ha recuperado la salud. Se lo debe a la extraordinaria mujer que tiene a su diestra, Magistra Hersend; es ella quien le aconseja piedad para con estos extranjeros que tiene delante y, según dicen, son embajadores de un reino lejano llamado Castilla. Eso está bien, son muchas las embajadas que vienen buscando al Gran Kan para

ofrecerle su completa sumisión. Pero estos extranjeros no traen eso, sino que buscan la sanación de una de sus mujeres y, aunque dicen que no son francos, sino castellanos, él, Kitbuqa, recela de lo que cuentan, ya que desconfía de cualquier occidental.

Ya lo han desdeñado los francos de Acre, esos perros que se llaman a sí mismos cruzados: en vez de aliarse con él, el general cristiano de los mongoles, han preferido entenderse con el sultán de los mamelucos de Egipto, y le han permitido libre paso por sus tierras y han entregado víveres a su ejército.

¡Ya castigará a los francos a su debido tiempo! Pero, mientras tanto, desconfía de todos. Tal vez los que tiene delante son espías. O peor aún, ¿y si son asesinos que se ocultan bajo una excusa tan peregrina como la de que han cruzado medio mundo para buscar a Magistra Hersend?

Magistra Hersend tiene cuarenta años, es menuda, de facciones regulares, cabellos castaños y ojos tiernos. Lleva toda la vida luchando contra el mundo, ya que por supuesto que le resultó difícil convertirse en el médico más famoso de su tiempo. Pero lo logró. No es que no hubiera otras mujeres sabias, doctas o poderosas. Médicos, filósofas, teólogas, historiadoras, influyentes abadesas, reinas y hasta guerreras han parido de sobra los siglos y las tierras. Pero siempre fue y es difícil para ellas.

Mas aquí está. Tras tantos años de estudio, de ejercicio de la medicina, de convertirse en la garante de la salud del rey Luis IX de Francia y de su esposa, la reina Margarita, ahora ha salvado la vida de este hombre extraño, un tanto brutal, pero valiente como un león, que es Kitbuqa.

La mira con sus extraños ojos rasgados demandándole una última razón que lo decida a perdonar la vida de los castellanos que tienen ante ellos.

—Mi señor Kitbuqa —comienza a decir Magistra Hersend—, no tenéis por qué desconfiar de esta gente. Dicen verdad y puedo atestiguarlo: el maestre al-Ricutí me escribió hace dos años desde Toledo, una ciudad situada muy al oeste. Se interesaba por la posible cura que debía dispensarse a una dama. La misma que, después de tanto tiempo, ha llegado hasta mí, poderoso señor. Miradla —dice señalando a la postrada Isabel, que, desde las parihuelas, mira, pálida y agotada, a la mujer que, según cree, es su última posibilidad de salvación.

Kitbuqa observa a su vez a la mujer que le señala Magistra Hersend. Sin duda, está al borde de la muerte. Tiene el rostro casi cadavérico de tan consumido y pálido, y, sin embargo, en sus ojos hay valor y, cuando sus miradas se cruzan, ve algo más, algo que lo desequilibra: piedad. Sí, la mujer al borde de la muerte lo mira con piedad, como si fuera él y no ella quien necesitara auxilio inmediato.

Se levanta y camina hasta la dama postrada y, siguiendo un impulso, se arrodilla para poder así mirarla mejor a los ojos. En ellos se queda suspendido; son castaños, casi dorados, y la fuerza, la verdad y la dulzura se encuentran en sus pupilas de manera pura. Haciendo una seña, llama a Magistra Hersend, y la mujer, presta, acude a su lado.

—Pregúntale por qué me mira así.

Magistra Hersend, extrañada, pregunta, e Isabel, haciendo un esfuerzo que la deja exhausta, le contesta en un susurro.

—Estoy en el umbral de la muerte. Junto a la puerta de los cielos... Y siento piedad por ti. Has cometido muchos males y rezo para que te sean perdonados.

Kitbuqa creció en las estepas de Mongolia, allí donde la bóveda celeste se aferra a la tierra con manos de horizonte infinito. Como todo su clan, es cristiano nestoriano y siempre ha sabido que Tengri,

el cielo eterno, envió a Cristo al mundo para salvar a los hombres de los demonios. Su fe es sencilla, primitiva, mezclada con las creencias ancestrales de los chamanes y las fuerzas salvajes de la tierra indomable de Mongolia, y, por eso, ante aquella mujer que se muere, siente miedo.

Se pone en pie y durante un largo instante, sentado sobre su sitial, reflexiona en profundidad.

—Sánala —dice al cabo a Magistra Hersend—, sánala si puedes. Luego la dejaré libre y la enviaré de vuelta a su rey con un mensaje exigiéndole sumisión al Gran Kan.

Al oír aquello, Tello siente que el suelo se vuelve a cerrar bajo sus pies. Había creído que el bárbaro, después de todo, ordenaría que los decapitaran allí mismo y, ahora, al fin, podrán dejar a Isabel al cuidado de Magistra Hersend.

¿Podrá curarla? Esa es su esperanza, y ahora que, a lo que parece, todo ha sido aclarado, renace en él la fe en la cura y, con ella en el corazón, se inclina para dar las gracias y salir cuanto antes de la peligrosa presencia de Kitbuqa.

—Aún no he terminado —lo detiene el jefe mongol—. La mujer enferma queda bajo mi protección y, con ella, sus compañeras y el sabio. Pero los demás sois guerreros y, puesto que también os concedo la gracia de la vida y puesto que mantendré bajo mi protección a vuestras mujeres, según la ley de mi pueblo, estáis en grave deuda conmigo y exijo que paguéis conforme a la costumbre.

Tello casi suspira con resignación: como siempre le ocurre, salir bien de allí no podía ser tan fácil.

—Parto mañana a la guerra contra los mamelucos. Pagaréis vuestra deuda peleando a mi lado contra los musulmanes —sentencia Kitbuqa.

Y el destino, siempre presto a reírse de los hombres, en esta ocasión lo hace a carcajadas.

3 de septiembre de 1260. Junto a los manantiales de Goliat

Isabel mira con atención a Magistra Hersend. La médico se afana en preparar una suerte de brebaje que luego, alzándole la cabeza, le hace beber. La pócima es amarga, pero Isabel siente que le calma el estómago y destierra la náusea que la atormentaba.

—Lo que os he dado es una infusión de ajenjo y genciana. Por eso os sabe tan amargo —le dice Magistra Hersend—. A cambio, os asentará el estómago y os permitirá digerir los alimentos. El mal que padecéis no puede curarse, pero sí combatirse a base de hierbas y dieta. Si seguís mis indicaciones, recuperaréis fuerza y peso, y podréis llevar una vida plena. ¿Entendéis lo que os digo?

Isabel asiente. Percibe una extraña calma: tras tantos años de enfermedad, tras tanto tiempo preparándose para morir, tiene la convicción de que la puerta de la vida, la puerta que se cerraba tras ella, vuelve a abrirse, y que la de la muerte, por el contrario, al fin se cierra.

—El secreto es evitar las comidas grasas, la carne de cerdo y de caza, el pan recién horneado, la leche, el queso y cualquier verdura o cereal que no haya sido bien hervido o cocido —sigue explicándole Magistra Hersend—. No sabemos por qué, pero algunas personas, como os ocurre a vos, no toleran las grasas ni los alimentos poco hechos. Por el contrario, podéis tomar caldo de gallina, verduras muy hervidas, avena, cebada y trigo cocidos y hasta pan, de vez en cuando y en pequeñas cantidades, y siempre que lo tostéis mucho y que no esté recién hecho. En cuanto a las frutas, tomadlas siempre cocidas, asadas o secas, pero nunca crudas. Y mirad esto —y aquí le

muestra un cuenco con un brebaje espeso, blanco y de aspecto lechoso—, lo llaman yogur y se fabrica con leche. Os daré la receta, ya que este brebaje también os hará bien. Tomad un poco ahora.

Isabel, con precaución ante el extraño sabor y textura, bebe un poco y descubre que le gusta.

—Poco a poco, mi buena dama, despacio y con moderación —le susurra Magistra Hersend con una sonrisa repleta de bondad—. Debéis habituaros a comer poca cantidad, pero muchas veces. A partir de ahora, nada de dos o tres comidas al día. Por el contrario, comeréis seis veces desde que salga el sol hasta que os vayáis a la cama. Seis veces, pero cada una de ellas será provista de pocos alimentos y estos serán escogidos y preparados como ya os he dicho. Solo así recuperaréis el vigor que os ha robado padecer durante años los efectos de una debilidad del calor natural[2] .

Así fue. Día tras día, con aquella dieta y con las infusiones de ajenjo, genciana, menta, manzanilla, hinojo y anís, Isabel fue recuperando fuerza, peso y salud, pero no tranquilidad.

La suerte de Alvar y Tello se está decidiendo lejos de ella, en Palestina. Allí, Kitbuqa ha acampado en el valle que los lugareños, los cristianos de lengua aramea y árabe de aquellos parajes, conocen como Ain Yalut. Es decir, los manantiales o piscinas de Goliat.

Lleva con él a casi diez mil jinetes mongoles y entre sus tropas se cuentan también dos millares de jinetes turcos corasmios, un millar largo de caballeros armenios y georgianos, algunos cientos de francos y turcópolos[3] antioquenos, un puñado de árabes y curdos, y ahora, también, catorce castellanos.

Tello los ha formado en un *conroi*: una compacta formación de caballeros que, rodilla con rodilla, lanzas en ristre, carga como una

sola masa y de cuya efectividad tuvo más que pruebas en las guerras de Italia. Van a necesitar mucha «efectividad», pues, ante ellos, surge de las colinas una nube negra: la vanguardia mameluca llega y el suelo tiembla bajo los innumerables cascos de sus caballos. Son veinte mil como poco. Kitbuqa tiene consigo catorce mil a lo sumo. Pero diez mil de ellos son mongoles, y esos bárbaros jinetes son los más fieros del mundo y cada uno de ellos vale por diez enemigos.

Así que el *noyan*, el general mongol, no duda un momento: si los mamelucos están llegando, es hora de ir a su encuentro para matarlos.

Kitbuqa cabalga a lo largo de la línea de su ejército. Va montado sobre un espléndido «caballo celestial»[4] , una bestia magnífica y atigrada que parece flotar sobre la hierba reseca de aquel rincón de Palestina.

—¡Hombres del Gran Kan, guerreros de Hulagu, ahí enfrente están los que vienen a que les deis muerte! —los arenga, y un ronco bramido surge de catorce mil gargantas.

Tello y los suyos callan y, cuando Kitbuqa, al pasar ante ellos, se percata, refrena su caballo atigrado y lo mira de frente.

—¿No tenéis gritos de guerra en vuestra tierra? —pregunta hoscamente con ojos de piedra.

Tello, antes de contestar, dedica una nueva mirada a los veinte mil jinetes mamelucos que, a su bajada de las colinas, aúllan como demonios mientras se les echan encima. Luego, fijando sus ojos leonados en los de Kitbuqa, sonríe y habla.

—En Castilla gritamos poco, general. Allí, en nuestra tierra, preferimos que sea «esto» quien clame por nosotros —responde

mientras que torvamente palmea con la mano izquierda el acero de su desenvainada espada.

Al escuchar la traducción de lo que Tello le ha dicho, Kitbuqa sonríe a su vez satisfecho.

—¡Estos hombres de poniente son leones! —exclama—. ¡Hablad, pues, con vuestras armas y clamad con ellas hasta que estén saciadas de sangre humana! —ordena mientras pone de nuevo a galope a su caballo celestial para encabezar la contracarga que debe frenar la que ya lanzan sobre ellos los veinte mil mamelucos que encabeza Baibars.

Baibars es el tigre y el lobo que cabalgan juntos y en un mismo cuerpo. Grande, macizo, astuto, inquebrantable, y manda la vanguardia de Egipto. Sabe con certeza que el sultán Qutuz le ha entregado ese puesto de honor, este mando principal, porque espera que muera en la batalla. ¡Que crea lo que se le antoje! Él, Baibars, como siempre, triunfará y, cuando sea de nuevo invicto, la hora de la venganza llegará.

Ahora cabalga al frente de veinte mil centauros, de veinte mil mamelucos. Hombres de muchas naciones y razas, hombres que fueron hechos esclavos y que, después de ser comprados por el trono de Egipto, han sido transformados en la espada del islam. Acero son y vuelan hacia los mongoles, que, al fin, cargan también contra ellos. Al verlo, Baibars sonríe.

Tello embraza la lanza y da la orden a su *conroi* de avanzar. Lo hacen con mayor lentitud que los mongoles y turcos corasmios que forman el grueso de la hueste de Kitbuqa, pero casi a la par que los más o menos dos mil caballeros armenios, georgianos y antioquenos que militan también bajo los salvajes estandartes de colas de caballo

del imperio de los mongoles. La tierra tiembla y el aire está saturado de polvo y gritos de guerra, y Tello Bermúdez guía a trece castellanos hacia la muerte que aúlla ante ellos con voz de trueno parida por veinte mil gargantas.

Entonces chocan. Los dos ejércitos se embisten y Baibars alza el sable y lo descarga sobre un jinete mongol. El tajo es tan desolador que su enemigo casi es partido en dos desde el hombro hasta el ombligo.

Mientras, a su alrededor se generaliza la batalla: una muchedumbre de hombres a caballo, como furiosas y oscuras hormigas, colma el valle de Ain Yalut en un frenesí de matanza.

Cuando el cielo y la tierra se mezclan en sangre y horror, el viento de la batalla cambia de dirección.

—¡Atrás, atrás, a las colinas! —grita con todas sus fuerzas Baibars, y los cuernos de guerra y los estandartes replican su inesperada orden de retirada.

Kitbuqa ve cómo los mamelucos se retiran. ¿Sería una trampa? No hace ni media hora que ha comenzado la batalla, y la tierra, ansiosa de sangre, apenas ha podido tragarla. Pero no. No es una trampa. Simplemente, los mamelucos han perdido los nervios y, conducidos por ese perro de Baibars, se retiran a toda prisa hacia las colinas.

—¡Matadlos a todos! ¡No les deis tregua! —ruge con el entusiasmo y la confianza de quien no ha perdido nunca una batalla.

Tello clava su lanza en un mameluco. La punta, bien templada, destroza la cota de malla del guerrero y le parte en dos la espina dorsal, la cual le sale por la espalda. Rota la lanza, la arroja al suelo

y echa mano de la espada. A su lado, manteniendo el buen orden del *conroi*, Alvar y los demás hombres de armas barren con todo lo que se les opone como si, en vez de hombres y caballos, fueran viento destructor enviado por Dios a la tierra.

La batalla parece perdida para Egipto. Baibars galopa al frente de miles de jinetes mamelucos que parecen espantados ante el empuje de los mongoles y sus aliados. Galopan, con los caballos desbocados, con los guerreros de Kitbuqa pisándoles los cascos, hacia un horizonte estrecho agobiado de colinas y barrancos. Allí, escondidos tras las alturas o metidos en el fondo de las vaguadas, aguardan, silenciosos como un castigo inadvertido, otros cuarenta mil mamelucos.

Al pasar entre las dos altas colinas que marcó como inicio de su genial emboscada, Baibars grita como un endemoniado y, tirando con fuerza de las riendas de su caballo, lo detiene y lo hace girar, para encararlo de nuevo hacia sus perseguidores mongoles: la danza cruel de la batalla no ha terminado, simplemente cambia de ritmo y paso.

No mira atrás. No comprueba siquiera si lo siguen sus hombres o cabalga solo. Él es Baibars y, a su lado, aunque nadie pueda verla, siempre galopa la muerte sobre un esquelético caballo.

Cae sobre Kitbuqa y sus mongoles: desde detrás de las dos colinas, mientras Baibars y su vanguardia cargan de nuevo contra ellos tras su fingida fuga, surgen miles de jinetes mamelucos que destrozan los flancos de la formación mongola. Pronto, los enemigos son enjambre y las flechas entoldan el cielo como un presagio negro, y en torno a Kitbuqa los mongoles mueren como tigres acosados.

Por cada uno de ellos hay cinco mamelucos. Demasiados hasta para los conquistadores del mundo. Pero a Kitbuqa le dan igual los

números, a él solo le importa el valor, y lo tiene de sobra.

Es el comienzo de una jornada roja. De un vendaval de muerte. De masas de caballería que cargan, que se retiran y regresan para volver a cargar. Es un día de arqueros que disparan sus arcos hasta romper todas las cuerdas, de lanceros que atraviesan pechos y destrozan rostros, de sables que se alzan y caen como maldiciones de acero. Es, en suma, el verdadero infierno.

Y en su centro, Tello suma muerte a la muerte.

Son doce los que quedan. Doce castellanos en una batalla que no es suya. Con dueño o sin él, Tello mata. Su espada es fuego blanco y, a su lado, Alvar es un joven dios de la guerra, y los que lo enfrentan temen su rostro aniñado y su brazo tenso armado con malévolo hierro afilado.

Zumbido letal y otro castellano cae con la garganta atravesada por una flecha mameluca y una segunda saeta vuela tras ella para clavarse en el hombro de Tello. El impacto lo desequilibra y un lancero enemigo aprovecha para darle un golpe de lanza. Pero el caballero castellano lo desvía un tanto con el revés de un golpe de espada, y Alvar, atento, obliga a su caballo a dar dos zancadas y decapita al lancero.

Más hombres caen. El combate es caos. Ya no están peleando junto a armenios, georgianos y francos de Antioquía, sino entre los últimos mongoles que resisten en torno a Kitbuqa, quien, herido muchas veces, rojo de tanta sangre propia y enemiga, sigue batallando sin tregua, agrupando a los supervivientes y lanzándolos, una y otra vez, contra los mamelucos. Pero son demasiados. Una tempestad que colma colinas y valles, que los agobia, los envuelve, los acuchilla desde todos lados.

—¡Esto es el fin! —grita Alvar, y Tello, haciendo girar sobre sí mismo a su caballo, para así lograr algo de espacio, sabe que su

sobrino tiene razón.

Mira en derredor: cadáveres de hombres y caballos, moribundos que se arrastran tratando de retener sangre o de sujetar entrañas, animales que agonizan relinchando con espanto... En suma, el combate brutal y fiero que le llena los ojos, que le colma el olfato, que le ensordece los oídos. Pero esto, el combate, ha sido siempre su «casa», el horrendo «hogar» donde, desde los catorce años, ha crecido como hombre. Sí, este espanto del que ahora participa es lo que lo ha forjado. Así que, si ha de morir, que sea aquí, en el corazón de la batalla más terrible y grande.

—¡Hombres de Castilla, a la gloria nos vamos! —grita con todas sus fuerzas, pues ha aceptado su muerte y quiere que sea buena—. ¡A la gloria os digo, y esos perros infieles, que se vayan al infierno! —aúlla y, abriéndose paso como un oso, lleva a su caballo junto al de Kitbuqa y tras él, peleando como héroes, van Alvar y los que quedan de los suyos.

Fue una hora como nunca hubo otra. Carga tras carga, docenas de miles de mamelucos descargaron sus arcos sobre ellos o los golpearon con saña con sus sables y mazas. De modo que el acero retumbaba con fuerza y echaba chispas que parecían encender los fuegos de aquel rojo ocaso en el que los muertos se amontonaban a sus pies como muros siniestros.

Kitbuqa, pese a sus heridas, y Tello, pese a que estaba allí por capricho del destino, eran un remolino de espanto, y su valor acrecentaba el de sus hombres; estos, cada vez más menguados, no pedían, sin embargo, cuartel. Tampoco se lo habrían dado, ya que es Baibars quien encabeza los ataques contra ellos y, como se le ha quebrado la espada, ha echado mano de su pesada maza de guerra y con ella aplasta cabezas y hunde pechos. No lejos de él, pues el

destino no se cansa nunca de sus funestos juegos, pelea William de Amesbury, que está bien enseñado.

El sultán Qutuz lo aleccionó al respecto y, viendo la batalla ganada, no quiere que Baibars se lleve la gloria de haber sido quien la ha planeado y conseguido. Por eso ha ordenado a William que, en la confusión del final de la gran matanza, dé muerte a su rival apuñalándolo por la espalda.

Tello está agotado y sangra por muchas heridas. La excelente cota de malla y el gambesón de cuero lo libran de la mayor parte del daño, pero, aun así, la sangre perdida es ya mucha, y los brazos, hartos de tanto matar, le pesan como plomo fundido. El final se acerca. Alvar, a su vera, casi no se sostiene sobre el caballo, y de los doce mesnaderos con los que entraron en combate, solo cuatro permanecen vivos y a su lado.

A cuatro pasos, Kitbuqa resiste junto a lo que queda de su guardia personal. Eso es todo: el resto del ejército mongol ha sido borrado a base de hierro afilado.

Baibars talonea su caballo y lo hace brincar sobre el atigrado semental que monta Kitbuqa. Suya será la gloria de cobrarse la cabeza del jefe enemigo. Pero no la tendrá. William, sigiloso, fiero, rápido, prepara su espada para acuchillarlo por la espalda. En ese momento, Tello ve al gran mameluco de ojos azules y rostro brutal que es Baibars cargando sobre Kitbuqa. Lo ha visto antes, en otras fases del largo combate, y lo reconoce como un hombre valiente y diestro como pocos. Un enemigo, pero uno que vale por muchos. Así que pica espuelas y se lanza contra él para enfrentarlo.

Mientras carga contra el gran mameluco, ve cómo detrás de su enemigo un guerrero rubio y de ojos verdes prepara la espada para

acuchillar a su compañero por detrás. Y Tello lo reconoce en un destello de memoria: es el inglés que secuestró a Isabel y Sancha, el mismo que los persiguió hasta África al frente de una galea pirata. No sabe qué hace ahí, pero va a obtener venganza: dejando de lado al enorme mameluco de los ojos azules, detiene el golpe traicionero de William y lo desmonta de una patada. William cae al suelo. La tierra está tan colmada de muertos y heridos que no la toca y, sobre ellos, rápido como lobo, se levanta. Tello ya está de nuevo sobre él y alza la espada. En ese momento, el inglés lo reconoce y casi le dan ganas de reír. Pero es difícil reír cuando te separan la cabeza del cuello.

Mientras la cabeza de William es cortada, Baibars no da crédito: el caballero occidental que peleaba junto a Kitbuqa como lo haría un león le ha salvado la vida. No sabe el porqué, pero siempre ha pagado sus deudas.

—¡No matéis a estos! —ordena a sus hombres—. ¡No los matéis! ¡Hacedlos cautivos y traedlos a mi presencia cuando termine la batalla!

Terminó al poco. Kitbuqa, capturado, medio muerto por tantas heridas encajadas, fue obligado a arrodillarse.

Él, cuyo antepasado, según creía, había sido un rey mago, uno de los que se postró ante Cristo en el pesebre, fue forzado a arrodillarse ante un miserable esclavo convertido en sultán.

Pero un hombre de rodillas no tiene por qué ser un hombre vencido: desafiante, escupió a sus captores y les hizo una ominosa profecía antes de que le cortaran la cabeza:

—¡Muero como un valiente, como un hombre leal a mi kan, pero vosotros sois perros y viviréis como traidores acuchillándoos unos a otros!

Tenía razón. Unos días más tarde, Baibars traicionó a Qutuz y lo asesinó con sus propias manos. La venganza cobrada endulzaba los labios de Baibars. Ahora era el sultán de Egipto y se acordó del extraño caballero de poniente que le salvó la vida en Ain Yalut.

4

El ballestero lo tiene todo preparado: sabe dónde viven, sabe que tienen el libro y, más aún, sabe que tienen tanto oro con ellos que se permiten derrocharlo. Por tanto, tiene ya suficientes estímulos para ejecutar un asesinato. Por eso está allí, en la noche, aguardando a que salgan. Pues sabe que los sabios saldrán esta noche a mirar las estrellas con eso que llaman astrolabio.

Sin embargo, uno nunca conoce del todo dónde anida su destrucción: un niño. Un miserable mendigo lleva días y noches observándolo. Porque los extranjeros son generosos con él y le dan monedas y comida, así que suele esperar en la calle donde está la casa en que se alojan.

El niño tiene los ojos de un verde desvaído, los cabellos castaños, y su rostro sería hermoso si estuviera limpio. Huérfano por la espada, ha vagabundeado mucho y ha bastado un poco de cariño, unas palabras amables, comida caliente, algunas monedas y sonrisas para que, en su infantil mente, tenga ya por amigos a los extranjeros. Así que no va a consentir que ese hombre grande y malo los asesine esta noche.

Es como un ratón. Pequeño, ágil, ignorado. Se cuela en la casa y, desde la planta de arriba, ve a los tres sabios, a sus «amigos», los que cada día le sacan un plato caliente a la calle y le entregan una moneda junto a una sonrisa o una caricia. Durante unos instantes que se le hacen largos, los niños siempre tienen prisa, aguarda a

que los tres hombres terminen de hablar. Lo hacen en torno a un viejo libro.

Se decide al fin, pues no concluyen su charla, así que avanza hacia ellos esperando a que el ruido de sus pasos los alerte y lo presenten.

Entonces, el más viejo de ellos alza el libro y él, el niño que escapó de Bagdad, se queda helado: es el mismo por el que, dos años y medio atrás, le dieron unos puñados de harina y un poco de carne seca.

El ballestero no tuvo buena muerte: le rebanaron el cuello mientras esperaba cortárselo a sus supuestas víctimas. Mientras se moría, tuvo la visión fugaz de un niño. Nunca supo por qué, pues los muertos no tienen respuestas y, además, en el infierno no hay niños que te lo expliquen.

Semanas más tarde, todos se reunieron en la tienda del sultán. Baibars, tan impasible como siempre, no les dijo nada con su rostro de piedra. Pero sí con su voz ronca:

—El poder de Egipto llega lejos. Tengo ojos y oídos en todos los reinos de la tierra y dicen que Ricardo de Cornualles, príncipe de Inglaterra y aspirante al trono del Sacro Imperio, prepara una cruzada para así ganar fama e imponerse a vuestro rey, Alfonso de Castilla, en su disputa por la corona.

Eso les dijo. Además, les habló de otras cosas... Como que también ofrecía a Alfonso una alianza contra los benimerines, pues un imperio como el suyo, el de Egipto, no quería tener vecinos poderosos en sus fronteras africanas. En cualquier caso, lo único que pedía a Alfonso a cambio de dejarlos partir con el tesoro y de

agregar a este último espléndidos regalos era que su rey, Alfonso, arreciara cuanto pudiera su disputa con Ricardo de Cornualles.

—Que lo mantenga ocupado en el poniente —sentenció.

Así fue como los despachó a Espanna: como emisarios suyos.

Ahora están en Sevilla y caminan hacia Alfonso, que los aguarda mirándolos con atención con sus ojos castaños, reflexivos y algo tristes, mientras detrás, susurrándole algo al oído, está don Nuño González de Lara.

Don Nuño sonríe. Ha vencido, y eso es bueno. Así que se puede permitir sonreírle incluso a ese necio de Tello Bermúdez que tan ufano camina hacia ellos. Ahora, con el tesoro en su poder, volverá a poner en marcha sus planes y, poco a poco, conjura discreta tras discreta conjura, cercará a Alfonso y lo obligará a plegarse a su voluntad.

Está tan feliz porque, después de tanta amargura, de tanto sacrificio, ha obtenido el triunfo. Y de manos de quien menos lo esperaba: del joven monje, Miguel.

El maravilloso muchacho le envió una inesperada carta, tres semanas atrás, y en ella le informaba de que, tras muchas aventuras, habían terminado siendo capturados por Tello Bermúdez y obligados a ir con él y los suyos a Egipto. Atrás, muertos, dejó al canónigo Martín Pérez y a Egidio el Nigromante, pero él, contra toda esperanza, había logrado ganarse la confianza de Tello y los sabios, para luego engañarlos y arrebatarles el tesoro. De ahí que ahora viajara en una coca pisana con las bodegas repletas de riquezas que desembarcaría de manera secreta en Cartagena para entregárselas a su señor, el conde Nuño González de Lara.

Así que bien pueden estos imbéciles presentarse ante el rey trayéndole bestias exóticas y un puñado de oro, perlas y gemas, que él, señor de la casa de los Lara, tiene en sus manos el verdadero tesoro. Por todo ello, nada ha hecho contra aquellos. Han fracasado, y él, triunfado. Que vengan ante el rey y le digan la verdad: hallamos el tesoro, pero nos lo arrebataron mediante engaño. Te hemos, pues, fallado.

Fanfarria de trompetas y redoble de tambores, y el embajador del sultán, y a su lado, Tello y los demás, se detienen a tres pasos del trono real.

El caballero, alto, fuerte, mira a los ojos de su rey, y luego, a los de don Nuño González de Lara, que le devuelve la mirada con una sonrisa aviesa y perversa. Tello asiente de forma enigmática, casi como dándole la razón al noble. Luego vuelve a enfocar a su rey y le hace una reverencia.

—¿Habéis triunfado, Tello? —pregunta, impaciente, Alfonso.

—Hemos triunfado. ¡Por Santiago que hemos triunfado!

Al oír aquello, don Nuño se lleva un sobresalto y el rostro se le queda blanco cuando advierte que uno de los sirvientes del embajador egipcio, quitándose el turbante y mostrándole la mutilada oreja, se le evidencia no como un mameluco, sino como el joven Miguel. Y con supremo descaro, le dedica una triunfal sonrisa que le revela que, en efecto, Tello y los suyos lo han derrotado.

NOTA HISTÓRICA

Esta es una historia de ficción, pero la mayoría de los personajes y acontecimientos son históricos. Así, por ejemplo, María de Brienne, emperatriz de Constantinopla, era, en efecto, prima de Alfonso X, y llegó hasta él en 1259, después de un largo peregrinaje por otras cortes europeas, para rogarle que pagara el rescate de su hijo Felipe, que había sido entregado a los venecianos como prenda del préstamo concedido al Imperio latino de Constantinopla. Alfonso X, tal y como se cuenta en la novela, entregó cincuenta quintales de plata a su prima, y esta pudo entonces rescatar a su hijo.

Del mismo modo, es rigurosamente histórica la embajada que Baibars, nada más alzarse con el trono de Egipto, envió a Alfonso X a Sevilla. Fue, sin duda, la embajada más espléndida recibida hasta entonces por un soberano de la España medieval y, a nivel de Europa, solo se la puede comparar con la que el califa al-Rashid envió a Carlomagno cuatro siglos y medio antes.

Alfonso X fue un soberano extraordinario. La España de su tiempo era un lugar increíble, sin parangón cultural con ningún otro lugar del Occidente, y su poder era tan crecido que se pudo permitir desplegar una política exterior imperial en la que la pugna por el trono del Sacro Imperio Romano fue pieza esencial y le llevó a enviar quinientos caballeros a las guerras de Pisa, a mantener alianzas con Manfredo de Nápoles y Sicilia, con el rey de Noruega, con el sultanato de Egipto o con la lejana Constantinopla. Por el contrario, sus aspiraciones hegemónicas e imperiales le granjearon la oposición

no solo de Inglaterra, sino también de su suegro, Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, y del rey de Navarra, así como de una considerable parte de la nobleza castellana que no entendía que se gastaran inmensas cantidades de dinero en proyectos tan alejados de los intereses habituales de Castilla.

Al empezar 1259, la Castilla de Alfonso X estaba al borde de la bancarrota y, sin embargo, sin que los historiadores podamos explicarlo, a fines de 1260, cuando los proyectos imperiales de Alfonso X parecían muertos y enterrados, de súbito, el rey volvió a contar con dinero y empuje para reactivarlos durante más de una década. ¿De dónde sacó el dinero? Las fuentes no nos lo dicen, y es ese «hueco», esa pregunta sin respuesta, lo que esta novela aprovecha, por así decir, para desplegar su trama.

El *Secretum Secretorum* o *El tesoro de Alejandro*, atribuido a Aristóteles, existió, y una de sus supuestas copias medievales se guarda en la Biblioteca de El Escorial. La obra original fue encargada por Alejandro Magno a su maestro, Aristóteles, y, según narra Ateneo de Náucratis en su *Banquete de los eruditos,* Alejandro envió a Aristóteles ochocientos talentos de plata para que continuara con sus investigaciones. La suma es tan enorme, unas veintiún toneladas de plata, que, teniendo en cuenta el poder adquisitivo de la plata en época antigua y medieval, convertía al gran filósofo en un hombre muy rico. Sin embargo, en el testamento de Aristóteles recogido por Diógenes Laercio, no hay referencia alguna a esos ochocientos talentos. Insisto, ni una sola referencia a esa enorme mole de riquezas. ¿Dónde estaban?

Es cierto también que Aristóteles se obsesionó con el misterio de las corrientes del Euripo. Algunos autores antiguos, como Procopio de Cesarea, llegan incluso a relacionar su muerte en Calcis con la frustración de no poder solucionar el enigma, mientras que otros,

directamente, afirman que se suicidó movido por la impotencia de no poder entender aquel fenómeno natural. Pero no es de extrañar que Aristóteles no consiguiera descifrarlo, pues solo en época contemporánea se logró establecer la verdadera causa y el ritmo de las cambiantes corrientes del Euripo, y hoy, el fenómeno sigue siendo tan impresionante y llamativo que los turistas se reúnen en el puente de Calcis para ver y oír rugir al anárquico Euripo.

La batalla de Ain Yalut, el asedio y la destrucción de Bagdad; las citas del *Secretum Secretorum*; la situación en Venecia, en Atenas, en Negroponte/Eubea, en Castilla; la descripción de lugares y ciudades, de formas de combatir, de vestir, los duelos, los juicios y las torturas; la manera de usar el astrolabio, de escribir, de navegar, etc., todo es rigurosamente histórico. De la misma manera lo son personajes como don Nuño González de Lara, María de Brienne, Yehuda Ben Moshe, Juan de Aspa, al-Ricutí, Magistra Hersend, Baibars, Qutuz, Kitbuqa, el dux de Venecia, Juan de La Roche, Felipe de Courtenay, el gobernador de Algeciras, el arzobispo de Toledo, etc. Todos son históricos y, en cuanto me ha sido posible, fieles a su esencia.

Así, por ejemplo, don Nuño González de Lara fue, en efecto, amigo y consejero de Alfonso X, pero, tras años de mantener un doble juego, lo traicionó de manera abierta.

La rivalidad despiadada entre Alfonso X y Ricardo de Cornualles, con su juego sucio de espías, sobornos, etcétera, también es rigurosamente exacta, y mi apego a la realidad histórica ha sido tal que, cuando me ha sido posible, he descrito el aspecto físico y las vestiduras de los protagonistas conforme a como aparecen en miniaturas y esculturas. Alfonso X, por ejemplo, está plasmado en esta novela de acuerdo con los retratos que se conservan de él en sus libros, mientras que María de Brienne es retratada a partir de la

efigie yacente en piedra negra que de ella se conserva en la abadía de Saint-Denis.

Pero esto es una novela. Una expedición al pasado, a la medianía del siglo XIII, emprendida por un medievalista, por un doctor en Historia Medieval al que le interesa el alma humana. De ahí que los protagonistas se vean siempre en situaciones en donde sus convicciones, sus valores y sus deseos se ven sometidos a pruebas y tensiones y, ante todo, a la dictadura del azar. ¿Qué otra cosa es vivir?

AGRADECIMIENTOS

Una novela es un largo viaje y ese tipo de empresas necesita de una esforzada compañía para llegar entero a destino. Yo he contado con esa «compañía», una tan arrojada y leal como pudiera desear cualquier condotiero medieval.

Y la nombro aquí: gracias, en primer lugar, al equipo de Espasa que confía en lo que hago y que aporta su buen hacer y su calidez. Gracias, Rosa, David, Elena, Viviana y todos los demás.

Gracias al doctor Luis Gonzaga Roger Castillo por su amistad y por proporcionarme su inédita traducción del *Tesoro de Alejandro* así como sus infinitos conocimientos sobre astrología, magia y filosofía medieval.

Gracias a mi amiga Ana María Berenjeno, arqueóloga e historiadora, por sus magníficas y detalladas descripciones de las miniaturas que representan a Alfonso X, de la escultura yaciente de María de Brienne y de la geografía del estrecho de Gibraltar.

Gracias a mi sobrino y amigo, el doctor Jorge Juan Soto, por ser el mago supremo de la informática y proporcionarme incontables textos de difícil acceso.

Daniel Gómez Aragonés, historiador y, sin duda, el mejor conocedor del Toledo visigodo y medieval, me puso sobre la pista de Egidio de Portugal y «llevó a mis ojos» la descripción de algunos lugares del Toledo de 1259. Gracias.

Gracias a Inma Rueda y a Miguel Navarro por leer los cambiantes y continuos borradores que les iba enviando y por compartir

conmigo sus impresiones y sugerencias, amén de su amistad luminosa.

Gracias a mi hijo y compañero escritor, Ciro, por leer también el borrador y ofrecerme su consejo. Una vez más, hemos compartido el gozo de escribir juntos pues, mientras yo me aventuraba por Toledo y Atenas, él redactaba el cuarto volumen de su gran saga de fantasía épica. ¡Eres el mejor!

Gracias a Kenza por su paciencia infinita, su apoyo permanente y, sobre todo, por la luz que prende en mi corazón cada día con su cariño constante y su fortaleza. ¡Qué fortuna tenerte a mi lado!

Y claro está, gracias a Wendy y Kira, mis preciosos gatos, por subirse a mi regazo, puntualmente, a las seis de la mañana, cuando encendía cada día el ordenador y, alentado por su gatuno apoyo, levaba anclas hacia el siglo XIII.

Notas

PRÓLOGO

1 Esta era la forma más usual para designar a la Península Ibérica en el siglo XIII y la que terminó dando lugar al nombre de España. Un corónimo este último que ya se pronunciaba así, España, desde el siglo IV, y que pronto agregaría la letra ñ a su grafía. Aunque Omar es andalusí, no pocos andalusíes del siglo XIII usaban coloquialmente el nombre España como equivalente de al-Ándalus. De hecho, ya en las monedas acuñadas por los árabes en la recién conquistada Hispania del año 712 aparece esa sinonimia entre Hispania, de donde derivaría Espanna/España y al-Ándalus.

2 Se trata de una obra atribuida a Aristóteles de la que en la actualidad se conservan dos supuestas copias: la que llevó a cabo a mediados del siglo XII Juan Hispano o Juan Hispalense, miembro de la Escuela de Traductores de Toledo, y la que se conserva en árabe en la Real Biblioteca de El Escorial con el título de *Qitāb Dhakhīrat al-Iskandar,* esto es, *El tesoro de Alejandro.* Ambas son, a todas luces, falsificaciones de la supuesta obra original. Ahora bien, apuntan a la existencia verdadera de una obra perdida de Aristóteles que, de existir, tendría un valor incalculable.

3 Agradezco al doctor Luis Gonzaga Roger Castillo la traducción de este y otros fragmentos de *El tesoro de Alejandro* a partir del manuscrito que se conserva en la Biblioteca de El Escorial.

4 La vitela era un pergamino de la mejor calidad realizado a partir de pieles de cordero, cabra o becerro no nato. El resultado era un material de delicada factura, suave como terciopelo, uniforme y ligero que se usaba para los libros más preciosos y solo era apto para obras destinadas a reyes, emperadores, duques, obispos, etc.

5 La fecha se corresponde con el 16 de agosto del año 838 y, en efecto, ese día, tras dos semanas de asedio, el califa Abasí al-Mutásim tomó la

ciudad de Amorio, cerca de la actual Ankara, Turquía. El pasaje citado, nuevamente extraído del manuscrito árabe de *El tesoro de Alejandro*, sito en El Escorial, procede de la traducción que el doctor Luis Gonzaga Roger me ha facilitado de forma gentil.

6 Los sabeos eran un pueblo ubicado en la ciudad de Harrán y en las áreas circundantes que hoy se corresponden con las regiones donde confluyen las fronteras de Turquía, Siria e Irak. Eran célebres por su extraña religión, basada en la adoración de los planetas y la luna.

1

1 Se refiere al entonces príncipe Eduardo, que subiría al trono de Inglaterra como Eduardo I, y que sería el archienemigo del famoso y cinematográfico héroe escocés William Wallace.

2 Se trata de uno de los nobles más poderosos de Castilla y hombre principal en la corte de Alfonso X contra el que, sin embargo, se alzó en 1272, y pasó entonces a servir los intereses de los reyes de Granada y Navarra, para luego reconciliarse con Alfonso. Murió en 1275 en batalla contra los moros en Écija.

3 Bernal de Bonaval fue un célebre trovador de la España de mediados del siglo XIII, compositor de cantigas de amor y de cantigas de amigo, que circulaban en cancioneros muy buscados por caballeros y damas.

4 El pellote era una sobreveste que vestían las damas y que se confeccionaba en Damasco, brocado u otras telas lujosas; la saya o cote, era una suerte de túnica ajustada y con mangas, de seda si la dama era rica, teñida de vivos colores y ricamente bordada, dotada de cuello redondo o con forma de pico; y en cuanto a la aljuba, era una camisa larga de seda o lino, de influencia andalusí y que se llevaba sobre la piel a modo de ropa interior. El conjunto de prendas de una dama noble castellana se completaba con un manto forrado de piel, si se salía de casa, con zapatos de distinta forma, ceñidor para ajustar la saya, joyas diversas y una cofia o velo para cubrir los cabellos.

5 En marzo de 1256 Alfonso X, en agradecimiento a la ciudad de Pisa por proponerlo como emperador del Sacro Imperio, envió a quinientos de sus caballeros a luchar por dicha ciudad contra Génova y Florencia.

6 Así se llamaba en la Castilla de Alfonso X a lo que luego, ya en el Renacimiento, fue denominado como arte gótico.

7 En la Castilla de mediados del siglo XIII este término era equivalente al de nuestro actual arquitecto.

8 Célebre matemático, astrólogo, óptico, mago y erudito nacido en Escocia hacia 1175 y llegado a Toledo en busca de conocimiento hacia 1215. Se convirtió allí en una figura clave de la Escuela de Traductores y llevó a cabo traducciones de Aristóteles, así como de varios autores árabes. Su influencia entre los matemáticos de su tiempo fue enorme y como ejemplo sirva que el célebre Fibonacci le dedicó la segunda versión de su tratado de matemáticas en 1227.

9 Se trata de una historia universal redactada por el hispano Paulo Orosio hacia 417 d. C.

10 El Studium Generale de Salamanca fue renovado y ampliado por Alfonso X en 1254. Fue en ese momento cuando en la Península Ibérica se usó por primera vez y de forma institucional, el término *Universidad*. *Universitas* venía ya usándose desde la segunda mitad del siglo XII para designar a la comunidad de maestros que enseñaban en Bolonia y desde inicios del XIII también se usaba en la Sorbona. En cuanto a los sueldos de los profesores de la Universidad de Salamanca, fueron fijados en ese mismo documento de 1254.

11 El arzobispo Sancho de Castilla era hijo de Fernando III y, por ende, hermano de Alfonso X. Educado en la Sorbona de París por san Alberto Magno, fue protector de sabios y amante de las ciencias.

12 Este tratado fue redactado en el siglo IX en Italia.

13 En el Toledo de esta época el sistema monetario se hallaba sometido a continuos ajustes y cambios. Entre ellos, la sustitución del maravedí de oro por la dobla y la acuñación de moneda de plata que, sin embargo, se guiaba en su cambio por el viejo maravedí de oro. El resultado es una confusión de tipos y valores. Pero en general, podemos establecer que en la época de esta novela, el maravedí de oro poseía una ley del 80 % y pesaba 3,1 gramos de oro, lo que venía a equivaler a 23,3 gramos de plata o, puesto en moneda de plata, a 6 maravedís burgaleses, a 7,5 sueldos y a 90 dineros. El dinero, por su parte, solo contenía 0,26 gramos de plata.

14 Para un astrólogo de la Antigüedad o la Edad Media, esta configuración con predominio de Mercurio en Virgo, la Luna en Géminis y Saturno en Capricornio, pero relacionándose entre sí de forma armónica y con

predominio mercurial, expresaba el ideal de la razón y la fuerza gobernando el mundo en equilibrio perfecto y mediante la justicia. La configuración astral, por lo demás, remitía a los años 332-329 a. C., los años en los que las conquistas de Alejandro Magno alcanzaron su cénit.

2

1 Aunque eran centenares los estados, ciudades libres y señoríos que componían el Sacro Imperio Romano, solo siete grandes electores decidían con su voto a quién se le concedía la Corona Imperial: los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, el rey de Bohemia, el margrave de Brandeburgo, el duque de Sajonia y el conde Palatino del Rin.

2 Señor de los Cameros. Murió en Treviño en 1277 ejecutado por orden del rey Alfonso X. Era dueño de inmensas propiedades en lo que hoy son La Rioja y Álava.

3

1 Es muy poco lo que sabemos de este sabio, pues hasta su nombre aparece escrito de formas contradictorias y diversas. Lo que sí es cierto es que colaboró con Yehuda ben Moshe en la traducción de varias obras y que dedicó también mucha atención al estudio de Aristóteles.

2 Médico judío de Alfonso X, amén de sabio versado en astrología, astronomía, matemáticas, ingeniería y otras disciplinas.

3 Sabio nacido en lo que hoy es la región de Murcia y creador de un *Studium* trilingüe donde enseñaba a musulmanes, cristianos y judíos lógica, aritmética, medicina y otras ciencias en sus respectivas lenguas. Estuvo al servicio de Alfonso X y, aunque no se tiene la certeza, es probable que, además de en Murcia y Granada, laborase también un tiempo en Toledo antes de que la relación entre el sabio y el monarca se deteriorara.

4 Así es como los árabes conocen a Alejandro Magno. Bicorne: el de los dos cuernos, hace alusión al tocado de cuernos de carnero que Alejandro lucía y que puede verse en las monedas que lo representan.

5 En 323 a. C.

6 Egidio de Portugal fue un afamado mago y nigromante afincado en Toledo. El lugar conocido como Cueva de San Gil está ligado a su memoria.

En cuanto al término *athanor*, designaba en el siglo XIII al obrador o laboratorio de un alquimista o de un nigromante.

5

1 La llamada Escuela de Toledo cobró verdadera fuerza con Alfonso VII (1126-1157). Sus sucesores continuaron promocionándola y alcanzó su cénit con Alfonso X.

2 La fisura era la hendidura central que se practicaba en la punta y caña de la pluma para que la tinta corriera por ellas. Las plumas eran preparadas previamente secándolas con arena caliente y afiladas con el *scalpellum*, con el que también se realizaba la fisura o acanaladura. Luego, con el *cultellum* o cuchillo de escriba, este último procedía a volver a afilarla cuando era necesario.

6

1 La hueste o ejército de un rey castellano del siglo XIII se componía de caballeros a su servicio, equivalentes de los gendarmes reales franceses, que constituían la caballería pesada, completada con peones, ballesteros y jinetes ligeros. A esas tropas reales se agregaban, en caso de guerra, milicias concejiles, mesnadas nobiliarias, contingentes de las órdenes de caballería y los caballeros villanos proporcionados por las ciudades.

2 En una cerradura medieval los *wards* eran los salientes y huecos interiores en los que debía encajar la llave para girar y abrir la puerta. Por lo demás, una llave medieval se componía de tres partes: cabeza, blanco y dentadura.

3 A Fernando III, conocido como «el santo», en su tiempo y en los siglos inmediatos que vinieron tras su muerte en 1252, nadie lo conocía con ese sobrenombre, hoy tan ligado a él, sino con los de «el bueno» y «el justo».

4 La Lanza castellana del siglo XIII era una unidad básica de combate formada entre uno y dos caballeros con sus respectivos escuderos, varios jinetes ligeros y, en algunos casos, con peones de apoyo. Podía pues oscilar entre cuatro y ocho hombres a caballo, más un pequeño grupo de infantes.

5 3 de mayo de 1248.

6 La Torre de Pisa ya estaba inclinada en esa época, aunque no sería totalmente terminada hasta mediados del siglo XIV. La victoria del citado conde en Cerdeña motivó grandes festejos en Pisa.

7 La libra de plata pesaba 350 gramos y el maravedí de plata de Alfonso X en 1259, 3,8 gramos.

8 En la Antigüedad y la Edad Media, los médicos no diagnosticaban, sino que pronosticaban. El diagnóstico aparece en el Renacimiento, cuando la ciencia médica comienza a abandonar los principios de Galeno.

7

1 Así se denominaba a un juez nombrado directamente por el rey o por un tribunal superior, para que investigase un crimen horrendo o relevante. Se le otorgaban poderes extraordinarios y no se veía atado por cuestiones de procedimiento o reglamento.

2 En tiempos de Alfonso X se podía someter a tormento a un sospechoso si había sólidos indicios de su culpabilidad. En ese caso, para que confesase, se le podía azotar o someter a lo que se describe arriba.

8

1 Una suerte de altos funcionarios adscritos a la corte regia: alguacil mayor, guarda mayor, etc.

2 Era el encargado de recibir a quien quisiera presentarse ante el rey y de decidir si podía hacerlo o no y de conducirlo ante el monarca.

3 El talento ático de plata pesaba casi 26 kilogramos de plata pura, mientras que el maravedí alfonsí burgalés contaba con unos 3,8 gramos de dicho metal.

9

1 Diversas fuentes medievales dan fe de ese duelo entre campeones por establecer cuál era el rito correcto. Entre otras, el *Chronicon Burgense*. Algunos textos sitúan el duelo en Toledo; otros, con más acierto, junto al Pisuerga, en un prado de la palentina Aguilar de Campoo.

2 En efecto, al contrario que en la mayor parte de la Europa medieval, en la Castilla de Alfonso X el duelo judicial solo aparecía claramente recogido en los fueros concedidos a determinadas ciudades, mientras que en el Fuero Real y en las Siete Partidas, aunque se reconoce, la posición del rey era contraria. No obstante, desde Salamanca a Cuenca y desde Bilbao a Baeza, eran multitud las ciudades con fueros en los que se regulaban los duelos judiciales y, por ende, estos, lejos de ser raros, eran más frecuentes en la Península Ibérica que en cualquier otro lugar de Europa: Powers, James F., «Judicial Combat in Medieval Iberia During the Twelfth and Thirteenth Centuries: Evidence in Law and Image», *Viator*, vol. 46, n.º 3 (octubre de 2015), pp. 123-153.

11

1 Murcia fue sometida en 1243.

2 Unos veinticinco kilos de peso. En total, si se suma el resto de las piezas de su armadura, el caballero de esta época podía llevar unos treinta y cinco kilos de peso encima.

3 Una vara castellana medía algo menos de 84 centímetros. Cinco varas es igual a unos 4,2 metros de longitud.

4 Añafil: instrumento de metal recto y alargado; atabal: tambor de gran tamaño.

5 Lanzas de infantería.

1

1 La boda tuvo lugar en 1258. En cuanto a los almojarifes citados, eran los encargados de la gestión de la hacienda real y de todo lo relativo al cobro de impuestos, etc.

2 Las ciudades, repúblicas y principados italianos se hallaban divididos y enfrentados en dos partidos: los Gibelinos, partidarios del emperador; y los Güelfos, partidarios del papa. Alfonso X financió a los Gibelinos y a cambio recibió el apoyo de muchos de ellos.

3 Esta cruzada estaba en los planes del rey desde 1252, pero fue pospuesta por falta de fondos y se reactivó en 1259-1260, con la fundación de un puerto en Al-Canate, renombrado entonces como Santa María del

Puerto y hoy el Puerto de Santa María, que debía servir de base a la cruzada contra el sultanato meriní asentado en lo que hoy es Marruecos.

4 La embajada tuvo lugar entre 1259 y 1267, pues las crónicas de la época ofrecen fechas dispares que van desde 1254, totalmente imposible, pasando por 1259, 1263 y 1267. Y tampoco se ponen de acuerdo en el lugar donde Alfonso X recibió a la emperatriz, Burgos, Toledo y Sevilla como ciudades en donde los hechos tuvieron lugar. En mi caso, considero que fue en 1259 y que la emperatriz fue recibida en Sevilla.

5 Este era el método más parecido a la anestesia de cuantos usaban los médicos andalusíes: se tomaba una esponja y se empapaba con una infusión de adormidera, mandrágora o cualquier otra planta narcótica, se dejaba secar y luego, cuando había que aplicarla al enfermo, se volvía a humedecer con agua muy caliente y se acercaba a la nariz y la boca del paciente. ¿Resultado? Los vapores atontaban y calmaban al enfermo, aminorando su dolor y permitiendo al médico operar.

6 Estos eran los procedimientos que se aplicaban para sanar dislocaciones. En concreto, el que enseña el médico andalusí del siglo X, Abulcasi, que era el seguido en la España del siglo XIII.

2

1 Así se denominaba al estandarte que mostraba los colores y armas de un gran señor y que señalaba su presencia cuando salía de caza, iba a la guerra o participaba en alguna ceremonia.

2 Ese era el título del jefe de la guardia real en tiempos de Alfonso X.

3 Es el autor del primer tratado de astronomía escrito en castellano.

4 Se trataba de cristales de cuarzo y de otras piedras translúcidas talladas y pulidas de forma convexa que, al ser apoyadas sobre la página de un libro, actuaban como lupas. La piedra de lectura comenzó a ser usada en Occidente en el siglo XII.

5 El estadio ático equivalía a unos 185 metros; la milla romana, a unos 1480; y la legua castellana de tiempos de Alfonso X, a unos 4200. Por ende, la distancia es de unos 70 kilómetros.

6 Aristóteles era natural de la ciudad de Estagira y, por ende, a menudo se le denominaba «el Estagirita».

7 La muerte de Aristóteles tuvo lugar, en efecto, junto al Euripo, en Calcis de Eubea, en el verano del 322 a. C., durante su exilio y a los sesenta y tres años de edad, pero desde antiguo circularon varias versiones sobre su final: que se suicidó tomando cicuta; que murió de una dolencia estomacal; que, desesperado por no poder resolver el misterio de las corrientes del Euripo, se arrojó a ellas y, en fin, que su frustración por no ser capaz de comprender el fenómeno de las corrientes del Euripo lo consumió de pura impotencia, llevándolo a la muerte. Esta última versión es recogida, entre otros, por el historiador Procopio hacia 552 d. C. en su *Historia de las guerras*.

3

1 Ricardo, como rival de Alfonso X por el trono imperial, ostentaba también el título de «rey de romanos». Además, Cornualles, en esta época y hasta 1337, era un condado y no un ducado como lo sigue siendo en nuestros días.

4

1 Reino de Toledo era la denominación para buena parte de lo que hoy es Castilla-La Mancha; la Transierra o Extremadura castellana se extendía por lo que hoy es Ciudad Real, Albacete y partes de Badajoz. Por lo demás, Sevilla era, sin duda, la ciudad más poblada de la Península Ibérica en esas fechas, superando a Córdoba y pasando de los 50.000 habitantes.

2 Así era llamada una pequeña daga generalmente usada por los caballeros para rematar a un enemigo herido de muerte.

3 Paso de montaña y desfiladero de Sierra Morena situado al sur de Guadalmez, en la actual provincia de Ciudad Real, pero muy cerca de la frontera con Badajoz.

4 A unos 86 kilómetros.

5

1 «El honrado concejo de la Mesta» no sería fundado por Alfonso X hasta 1273, pero ya existían «mestas», es decir, asociaciones de ganaderos, y los inmensos rebaños trashumantes de ovejas también recorrían entonces los caminos de sus reinos. En torno a una de esas mestas o asociaciones de

pastores, la que se reunía desde antiguo alrededor de una «haya pomposa» —que algunos sitúan cerca de Barbadillo de Herreros, Burgos—, se constituyó el honrado concejo de la Mesta que estaría vigente hasta 1836.

6

1 Espada corta o cuchillo largo, de contundente hoja y un solo filo.

7

1 Así se denominaba a los estados cruzados: los reinos de Jerusalén y Chipre, los condados de Sidón, Tiro y Trípoli y el Principado de Antioquía.

2 Este fue el aspecto de la Giralda hasta 1356 cuando un terremoto derribó el yamur: el motivo decorativo consistente en tres esferas de bronce que la coronaban. En el siglo XVI se añadió el actual cuerpo de campanas y la giraldilla que representa la fe y que actúa como veleta. Para ese entonces, segunda mitad del XVI; la antigua mezquita era ya, en buena medida, el bellísimo edificio que hoy podemos ver.

3 Así lo recoge Ateneo de Náucratis en el libro VI de su *Banquete de los eruditos*.

4 En efecto, Diógenes Laercio, en su *Vida de los filósofos*, «Vida de Aristóteles 7», transcribe el testamento de Aristóteles, y de la suma de sus legados en moneda, en esclavos, obras de arte, objetos preciosos y propiedades inmuebles se obtiene un total inferior a cien talentos.

8

1 Nave de transporte de alto bordo, dos mástiles y castillo en popa, usada tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico y el mar del Norte.

2 Nave mercante de alta borda, muy pesada. Las había de dos clases: la usada por la Hansa en el norte de Europa y la que empleaban en el Mediterráneo genoveses, pisanos, venecianos, catalanes, etc.

3 El Peloponeso, en Grecia.

4 La Sevilla de 1259, reconquistada en 1248, aún mantenía este funcionario andalusí. Más tarde, muchas de sus atribuciones pasarían al veedor del mercado o a los veedores de los gremios.

9

1 En singular. Pues así era en la Edad Media. Si se empleaba el plural «las Algeciras», ya no se hacía referencia solo a la ciudad, sino a toda su comarca, con la portuaria Isla Verde incluida.

2 Así era comúnmente denominado el estrecho de Gibraltar en tiempos de Alfonso X.

3 Directa precursora de la galera de la Baja Edad Media, la galea era una nave de guerra que, aunque contaba con velas, las recogía para entrar en combate usando sus remos como propulsión. De baja borda, estilizada, de poco calado, dotada de un espolón para causar graves daños al enemigo y abordarlo, en el siglo XIII, entre combatientes, remeros y marinos, una galea llevaba a bordo entre sesenta hombres, si era pequeña, y ciento ochenta si era de las más grandes.

4 El Puerto de Santa María actual.

5 Dos cantidades se recogen en los testimonios de la época: en algunas fuentes se dice que el rescate era de 30.000 marcos de plata, es decir, unos 6.900 kg; en otras que ascendía a 50 quintales castellanos, que, a razón de 100 libras castellanas por quintal, nos daría unos 2.300.

6 La descripción del atuendo imperial y de la estampa de María de Brienne procede del análisis de la escultura yacente realizada en piedra negra de Tournai, que de ella se conserva en Saint-Denis y de los retratos de una contemporánea suya: santa Teodora de Arta, Despina de Epiro, uno de los estados griegos rivales de la Constantinopla latina de María de Brienne. Agradezco a mi amiga, la arqueóloga Ana María Berenjeno, su ayuda para esta tarea.

10

1 Nombres usuales en esta época para el océano Atlántico y el mar Mediterráneo.

11

1 La palabra *gendarme,* de origen francés, significa, en este contexto, «gente de armas». En cuanto a los arqueros cretenses, eran mercenarios

muy célebres y siguieron siéndolo hasta el siglo XVI.

2 Hoy los Caños de Meca.

3 Sin remos. En las Edades Media y Moderna, en el Mediterráneo había dos tipos de naves: las que solo tenían velas, las mancas, y las que combinaban remos y velas, como las galeas, galeras, fustas, etc.

4 La saetía era un barco ligero, rápido y aparejado con vela latina que era muy usado por los piratas y corsarios musulmanes; con toda la palamenta calada: todos los remos bogando con fuerza.

5 Las ruinas de Baelo Claudia, en Bolonia, que eran todavía visibles en 1259.

6 Actual cabo Camarinal.

7 Actual Getares.

13

1 Sierra Nevada contó con glaciares hasta 1995, cuando desapareció el último: el glaciar del Corral del Veleta.

2 En la costa occidental de la actual Argelia.

3 El río más importante de Argelia. Desemboca en la costa occidental mediterránea de dicho país.

4 El león del Atlas, hoy extinto en libertad, era la subespecie de león más grande y podía alcanzar los 280 kilogramos de peso.

5 En el siglo XIII eran muy populares las hazañas atribuidas a Alejandro Magno recogidas en el llamado *Román de Alexandre*, una suerte de novela de caballería francesa. Uno de los capítulos más celebrados de esta obra medieval es el que narra la lucha del héroe contra legendarios leones blancos, hazaña que puede verse en una de las miniaturas del *Romance de Alejandro* que se conserva en la British Library.

14

1 Bracear: tensar el arco para poder colocarle la cuerda; enconchar: colocarle la cuerda.

2 Esta es la fórmula medieval de la pólvora. Inventada en China en el siglo IX, a partir de mediados del XIII su fórmula empezó a ser difundida entre los eruditos árabes del Mediterráneo, mientras que a la Península Ibérica llegó a

fines de ese siglo, aunque no fue sino en la segunda década del siglo XIV cuando comenzó a ser usada en ingenios artilleros.

15

1 Agradezco nuevamente al doctor Luis Roger la traducción de este pasaje del *Secretum Secretorum* o *Tesoro de Alejandro*.

2 Pausanias escribió su obra hacia el año 175 de nuestra era y en ella describe, a modo de antigua guía de viaje, los lugares y monumentos más relevantes y, muy particularmente, los mitos e historias ligados a ellos.

3 Dux de Venecia de 1253 a 1268. En efecto, el hijo de María de Brienne fue entregado como prenda del préstamo que su padre, el emperador Balduino II, solicitó a los venecianos y rescatado por su madre en 1259 gracias a la plata entregada por Alfonso X de Castilla.

4 San Teodoro, que al igual que san Jorge da muerte a un dragón, fue el primer patrón de Venecia. Las columnas fueron llevadas a la ciudad en el siglo XII y permanecieron casi un siglo en el suelo, pues los venecianos no acertaban a ponerlas en pie sin quebrarlas. Al cabo, lo lograron, y para la segunda mitad del siglo XIII ya estaban coronadas por los conjuntos escultóricos del León de San Marcos y de San Teodoro alanceando el dragón.

5 Felipe de Courtenay. Juan y Ángel Ferro son mencionados como garantes de la seguridad del niño en Venecia.

6 Nombre veneciano para las gárgolas que habitualmente se disponían en las cornisas y tejados para expulsar el agua de la lluvia lejos de los muros.

7 En Venecia, ayer como hoy, un poste clavado en el fondo de un canal para poder atar a su extremo superior la cuerda de una barca.

8 Recuérdese que la vara medía poco más de 83 centímetros. Dieciocho varas son unos 15 metros.

16

1 Recuérdese que Morea es el nombre medieval del Peloponeso.

2 Los grandes edificios de la acrópolis, como el Partenón, los Propileos o el Erecteion, fueron alzados durante las últimas décadas del siglo V a. C. bajo el gobierno de Pericles, siendo Fidias el artista más destacado de cuantos trabajaron en ellos.

3 El Ática antigua contaba con una extensión de unos 2.650 kilómetros cuadrados, por lo que su población hacia el 311 a. C. daba un promedio de unos 184 habitantes por kilómetro cuadrado. En comparación, la España de Alfonso X y Jaime I el Conquistador debía de rondar los 12 habitantes por kilómetro cuadrado y la actual tiene 99.

4 Hoy solo quedan dieciséis colosales columnas corintias de este templo. Quince siguen en pie y una se vino abajo a mediados del siglo XIX. En la Edad Media, antes de que los terremotos y los hombres completaran su ruina, aún conservaba la totalidad de ellas y buena parte de sus monumentales muros, frisos, metopas, frontones y techumbre, aunque no las esculturas y relieves con los que fue adornado.

5 La vara castellana de este tiempo, recuérdese, medía algo más de 83 centímetros. Las columnas miden 17 metros de altura y los lados largos del templo medían 96 metros y los anchos, 40.

17

1 Autor romano del siglo IV de nuestra era dedicado a compilar hechos curiosos y memorables.

18

1 Los cumanos eran un pueblo nómada emparentado con los húngaros, pero muy mezclado con eslavos y turcos; los circasianos son un pueblo del norte del Cáucaso; los alanos son los actuales osetios, también en el norte del Cáucaso; los corasmios, eran un pueblo turco asentado en lo que hoy es Uzbekistán y que, expulsado de su país por los mongoles, huyó hacia Siria y Anatolia.

2 Actual Silvan, en el sudeste de Turquía. La ciudad fue arrasada por los mongoles a fines de julio o primeros de agosto de 1259.

3 *Frany*: término medieval árabe para designar a los franceses, ingleses, alemanes, flamencos y en general a los occidentales; Barbar: bereberes; Tremecén: ciudad y reino bereber situado en lo que hoy es el noroeste de Argelia.

4 Es la montaña que domina la isla de Eubea, la Negroponte medieval. Se alza 1743 metros sobre el mar y ocupa buena parte del centro y norte de la

isla.

5 Hoy este pozo ha sido colmado por los escombros y los terremotos, pero Pausanias, que lo vio con sus ojos y que se asomó a escuchar el batir de las prodigiosas olas, lo describe de idéntica manera.

6 Pausanias, en su libro III de la *Descripción de Grecia*, la menciona como origen de las cariátides. Laconia es el nombre de la región de Esparta y Arcadia era el país que ocupaba el centro del Peloponeso.

7 Cada cariátide mide 2,30 metros.

19

1 Recuérdese: el talento ático pesaba 26,2 kilogramos, así que 800 talentos equivalen, aproximadamente, a 20.960 kilogramos. El marco francés de esta época, por su parte, pesaba 244,75 gramos y, por ende, hacían falta 85.638 para igualar 800 talentos.

20

1 En España se conservan varios astrolabios medievales, pues su uso estaba muy extendido entre los sabios cristianos, musulmanes y judíos de la Península. Quizá, el mejor conservado sea el que se encuentra en el Museo Arqueológico y Etnológico de Granada, a cuya directora, doña María Ángeles Ginés Burgueño, agradezco su ayuda y amistad.

2 En concreto en Plinio, *Historia natural* VII.37.8.

3 Nombre de la barca que solía llevar a remolque una urca, nao o coca para desembarcar, cargar mercancías o abandonar la nave si tenía una vía de agua o se incendiaba.

21

1 *Amir kabir*: emir o general jefe. La captura de Luis IX de Francia, San Luis, tuvo lugar en la VII cruzada de 1249-1250.

2 El canal del Euripo tiene en su punto más estrecho 40 metros y rara vez pasa de los 1000 en los tramos más anchos. Su largo es de poco más de ocho kilómetros, y sus aguas, sometidas a las fuerzas de marea y a la complicada orografía de las costas que lo limitan, muestran potentes

corrientes que, aparentemente, son puro caos y que impiden nadar y navegar a pequeñas embarcaciones que no vayan prevenidas.

3 Eubea, la Negroponte de la Edad Media y Moderna, es la segunda isla más grande de Grecia con sus algo más de 3.650 kilómetros cuadrados. Esto es, un tamaño similar al de Mallorca, la isla más grande de España.

4 La palamenta es el conjunto de remos; calar palamenta es poner los remos a remar; boga arrancada es la orden de remar con fuerza para embestir, esto es, espolonear, a otra nave.

5 Estos es, sin remos.

22

1 Piedra negra y lustrosa procedente de la localidad francesa de Tournai y célebre en la Edad Media como material ideal para tallar esculturas. Curiosamente, o quizá no tanto, la efigie yaciente de María de Brienne sita en la abadía de Saint-Denis y que fue esculpida a su muerte fue hecha con esa piedra.

23

1 Trisulfuro de arsénico. Sustancia extremadamente venenosa usada en la Edad Media.

24

1 Entre Calcis y el golfo norte de Eubea, donde ahora están, la profundidad del canal del Euripo oscila entre ocho y veinte metros, con un promedio de diez.

1

1 La batalla se libró dos meses antes, el 3 de septiembre de 1260. Un mes más tarde, 1 de octubre, Baibars fue aclamado como sultán.

2 Esta embajada aparece recogida en varias crónicas, y aunque se presentan distintas fechas, la más probable es otoño de 1260. El cocodrilo

que se cita murió al poco y fue disecado, colgado del techo de la catedral de Sevilla y es todavía hoy conocido como «El lagarto», dando nombre a una de las puertas del magno edificio. Deteriorado, en el siglo XVI fue sustituido por una figura que lo imita, siendo esta última la que hoy puede verse. El resto de animales exóticos tampoco tuvo mejor fortuna. Por ejemplo, uno de los colmillos del elefante terminó también adornando la catedral de Sevilla y los demás perecieron poco después a causa de los rigores del invierno de Castilla.

3 El término *muselina* apareció más tarde, pero en 1260 ya eran bien conocidas estas sutilísimas telas de algodón tejidas en la India. Egipto se convirtió en centro principal de su exportación a Europa, aunque fue la ciudad de Mosul la que terminó dándoles el nombre.

2

1 Kitbuqa era *noyan* de Hulagu Khan. Esto es, general de un tumen, una unidad de diez mil jinetes del ejército mongol. Se le encomendó la conquista de Jerusalén y de Egipto, y, en efecto, era cristiano nestoriano.

3

1 *Jagun*: oficial mongol al frente de cien hombres; *mingghan*: oficial al mando de un millar; *noyan*, recuérdese: general al mando de diez mil jinetes.

2 La enfermedad de Isabel es una insuficiencia pancreática. Los médicos medievales la diagnosticaban como «debilidad del calor corporal» o como «estómago frío y húmedo» y no podían curarla, pero sí sabían cómo enfrentar sus síntomas y, mediante dieta e infusiones, tratarla de manera que el paciente pudiera recuperar fuerzas y peso y llevar una vida normal.

3 Tropas nativas de Siria al servicio de los cruzados. Solían ser sirios o armenios cristianos, pero también había entre ellos muchos de origen árabe y turco.

4 Raza de caballos de Asia Central famosos por su velocidad y resistencia. Muchos lucían un pelaje rayado.

Muerte en Toledo
José Soto Chica

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© José Soto Chica, 2026
© Editorial Planeta, S.A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los
lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-670-8268-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE. TOLEDO, FEBRERO DE 1259
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

SEGUNDA PARTE. DE TOLEDO A ATENAS. MARZO-SEPTIEMBRE DE 1259
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14

15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
TERCERA PARTE. LO QUE VINO DESPUÉS
1
2
3
4
NOTA HISTÓRICA
AGRADECIMIENTOS
Notas
Créditos